JOE ABERCROMBIE

UN POCO DE ODIO



"Un poco de odio", la esperada nueva novela de Joe Abercrombie, que da inicio a la trilogía "La era de la locura", nos lleva de nuevo al mundo de "La Primera Ley".

Años después, la era de la máquina está llegando al Círculo del Mundo, pero la era de la magia se niega a morir. Las chimeneas de la industria se elevan sobre Adua y el mundo bulle de nuevas oportunidades. Pero las viejas rencillas no se han olvidado.

En las castigadas fronteras de Angland, Leo dan Brock lucha por conseguir la fama en el campo de batalla y derrotar a los ejércitos de Stour Ocaso. Para ello espera recibir ayuda de la corona, pero es mejor no contar con el hijo del rey Jezal, el irresponsable príncipe Orso.

Savine dan Glokta (influyente inversora e hija del hombre más temido de la Unión) planea llegar a la cumbre del montón de escoria de la sociedad empleando los medios que sean precisos. Con lo que ella no cuenta es que ningún dinero podrá poner coto a la ira que va a estallar en los suburbios. Con ayuda de la montañera Isern-i-Phail, Ikke trata de controlar el don, o la maldición, del ojo largo.

Ver el futuro es una cosa, pero cambiarlo, cuando el Primero de los Magos sigue manejando los hilos, es otra muy distinta.

Joe Abercrombie

Un poco de odio

Título original: *A Little Hatred*
Edición: 2020

Para Lou,
con abrazos
lúgubres y oscuros

Primera parte

«La presente era está volviéndose loca en pos de la innovación, y todos los asuntos del mundo se llevarán de una manera distinta.»

Dr. Johnson

Bendiciones y maldiciones

—Rikke.

La joven hizo acopio de fuerzas para abrir un ojo. Una rendija de cortante y enfermizo fulgor.

—Regresa.

Expulsó de la boca el tarugo mojado de saliva, empujándolo con la lengua, y graznó la única palabra en la que pudo pensar.

—Joder.

—¡Esa es mi chica! —Isern se acuclilló junto a ella, haciendo que se balanceara su collar de runas y huesos de dedo, componiendo aquella sonrisa retorcida que mostraba el hueco de sus dientes y sin ofrecer a Rikke la menor ayuda—. ¿Qué has visto?

Rikke alzó una mano para agarrarse la cabeza. Tenía la sensación de que, si no contenía su cráneo, le iba a estallar. Aún veía formas burbujeantes en el interior de sus párpados, como las manchas brillantes después de haber mirado hacia el sol.

—He visto a gente cayendo de una torre alta. Docenas de personas. —Hizo una mueca al rememorar cómo golpeaban contra el suelo—. He visto a gente ahorcada. Hileras de personas. —Se le atenazó el estómago con el recuerdo de los cuerpos columpiándose, los pies meciéndose—. He visto... ¿una batalla, tal vez? Bajo una colina roja.

Isern dio un bufido.

—Esto es el Norte. No hace falta magia para ver que se avecina una batalla. ¿Qué más?

—He visto Uffrith arder. —Rikke casi podía oler todavía el humo. Se apretó la mano contra el ojo izquierdo. Lo notó caliente. Abrasador.

—¿Qué más?

—He visto a un lobo comerse el sol. Luego un león se comía al

lobo. Luego un cordero se comía al león. Luego un búho se comía al cordero.

—Pues menudo monstruo debía de ser ese búho.

—O puede que el cordero fuese diminuto, supongo. ¿Qué significa?

Isern se llevó la yema de un dedo a los labios cicatrizados, como hacía siempre cuando estaba a punto de lanzar alguna afirmación profunda.

—No tengo ni zorra idea. Quizá el girar de la rueda del tiempo acabe liberando el secreto de esas visiones.

Rikke escupió, pero la boca siguió sabiéndole a desesperación.

—Así que... nos tocará esperar.

—Once de cada doce veces es lo mejor que puede hacerse. —Isern se rascó el hueco entre las clavículas y guiñó un ojo—. Pero si lo dijera así, nadie me consideraría una gran pensadora.

—Bueno, yo puedo revelar dos secretos ahora mismo. —Rikke gimió mientras se incorporaba sobre un codo—. Me duele la cabeza y me he cagado encima.

—Lo segundo no es ningún secreto. Cualquiera que tenga nariz lo sabe de sobra.

—Me llamarán Rikke la Cagona. —Arrugó la nariz mientras cambiaba de postura—. Y no por primera vez.

—Tu problema es que te preocupa lo que te llamen.

—Mi problema es que tengo la maldición de estos ataques.

Isern se dio unos golpecitos bajo el ojo izquierdo.

—Tú dices que estás maldita por los ataques. Yo digo que estás bendecida con el ojo largo.

—Vaya. —Rikke se puso de rodillas mientras el estómago seguía dándole vueltas y la garganta le cosquilleaba por el vómito. Por los muertos, se sentía escocida y exhausta. El doble del dolor de una noche tomando jarras de cerveza sin ninguno de sus dulces recuerdos—. Pues a mí no me parece mucha bendición —murmuró, después de aventurarse a un pequeño eructo y someter a sus tripas por los pelos.

—Existen pocas bendiciones que no lleven escondida dentro una maldición, y pocas maldiciones sin una pizca de bendición. —Isern

cortó una pequeña porción de chagga de un trozo secado—. Igual que casi todo, es cuestión de cómo se mire.

—Muy profundo.

—Como siempre.

—Quizá alguien a quien le doliera menos la cabeza disfrutaría más de tu sabiduría.

Isern se lamió las yemas de los dedos, hizo una bolita con el chagga y se la ofreció a Rikke.

—Soy un pozo sin fondo de revelaciones, pero no puedo obligar a los ignorantes a beber de él. Y ahora, quítate los pantalones. —Ladró aquella carcajada salvaje que tenía—. Palabras que muchos hombres han anhelado oírme pronunciar.

Rikke se sentó con la espalda apoyada en un menhir cubierto de nieve, arrebujada en la capa de piel que le había regalado su padre, con los ojos entornados al sol que brillaba entre las ramas goteantes mientras el viento helado le soplaba en el culo desnudo. Mascó chagga y persiguió los picores que le danzaban por todo el cuerpo con uñas de bordes negros, tratando de calmar sus destrozados nervios y sacudirse de encima los recuerdos de aquella torre, de aquellos ahorcados, de Uffrith ardiendo.

—Las visiones —musitó—. Son una maldición, sin duda.

Isern chapoteó ribera arriba sujetando los pantalones de Rikke, empapados.

—¡Limpios como la nieve fresca! Ahora solo apestarás a juventud y decepción.

—Mira quién habla de apestar, Isern-i-Phail.

Isern alzó un brazo nervudo y tatuado, se olisqueó el sobaco y dio un suspiro de satisfacción.

—Tengo un aroma estupendo, terroso, femenino, de los que son muy apreciados por la luna. Si tanto te afecta un aroma, elegiste a la compañera equivocada.

Rikke escupió jugo de chagga, pero le salió mal y le goteó casi todo barbilla abajo.

—Si crees que elegí algo de todo esto, es que estás loca.

—Lo mismo opinaba la gente de mi padre.

—¡Pero si tú dices siempre que estaba más loco que un saco de

búhos!

—Ya, bueno, pero lo que unos llaman loco, otros lo llaman excepcional. ¿Debo recalcar que tú misma distas mucho de ser una persona ordinaria? Esta vez dabas tantas patadas que casi salen volando tus botas. A lo mejor, tendré que atarte para que no te abras la cabeza y acabes babeando como mi hermano Brait. Pero él, por lo menos, no se caga encima, ojo.

—Gracias por ese comentario.

—No se merecen. —Isern formó un pequeño rombo con los dedos y escrutó el sol a través de él—. Ya hace rato que tendríamos que estar de camino. Hoy se llevarán a cabo gestas de gran altura. O puede que de gran bajeza. —Dejó caer los pantalones en el regazo de Rikke—. Ve vistiéndote.

—¿Cómo, así, mojados? Me rozarán.

—¿Que te rozarán? —Isern resopló—. ¿Ahí terminan tus preocupaciones?

—La cabeza aún me duele tanto que lo noto hasta en los dientes. —Rikke quería gritar, pero sabía que le supondría demasiado suplicio, de modo que tuvo que gimotear en voz baja—. No me hace falta ninguna otra pequeña incomodidad.

—¡La vida está hecha de pequeñas incomodidades, chica! Es por lo que sabes que estás viva. —Isern volvió a toser aquella carcajada y dio una palmada animosa a Rikke en el hombro que la hizo trastabillar hacia un lado—. Puedes andar con ese culo blanco y gordo al aire si te apetece, pero andarás de una forma u otra.

—Una maldición —refunfuñó Rikke mientras embutía las piernas en los pantalones empapados—. Sin duda, una maldición.

—Entonces, ¿de verdad crees que tengo el ojo largo?

Isern siguió avanzando por el bosque con aquellas zancadas firmes que, por muy deprisa que caminara Rikke, siempre la dejaban un incómodo medio paso por detrás.

—¿De verdad crees que malgastaría mis esfuerzos contigo si no?

Rikke suspiró.

—Supongo que no. Es solo que, en las canciones, es una cosa que usaban las brujas, los magos y los sabios para ver en la niebla de lo que está por venir, no una cosa que hacía a las imbéciles caerse al suelo y cagarse encima.

—Por si no te habías dado cuenta, los bardos tienden a adornar un poco las cosas. Verás, se puede vivir bien a base de canciones sobre brujas sabias, pero no tanto si son sobre imbéciles cagonas.

Rikke tuvo que aceptar a regañadientes que era verdad.

—Y demostrar que tienes el ojo largo no es asunto fácil. No puedes obligarlo a abrirse. Debes persuadirlo. —Isern hizo cosquillas a Rikke bajo la barbilla y esta apartó la cabeza de sopetón—. Puedes llevarlo a los lugares sagrados donde se alzan las antiguas piedras para que la luna llena lo ilumine. Pero, aun así, el ojo largo verá lo que vea cuando él decida.

—Pero ¿Uffrith en llamas? —Rikke estaba bastante preocupada desde que habían descendido de las Altiplanicies y se acercaban a casa. Bien sabían los muertos que no siempre había sido feliz en Uffrith, pero no tenía el menor deseo de ver la ciudad en llamas—. ¿Cómo se supone que ocurrirá eso?

—Bastaría con un descuido cocinando. —Los ojos de Isern se desviaron a un lado—. Aunque aquí arriba, en el Norte, diría que la guerra es una causa más probable para el incendio de una ciudad.

—¿La guerra?

—Es lo que ocurre cuando una pelea se vuelve tan grande que nadie sale bien parado de ella.

—Ya sé qué coño es. —Rikke tenía un puntito de miedo creciéndole en la nuca que no podía sacudirse por mucho que moviera los hombros—. Pero en el Norte ha habido paz durante toda mi vida.

—Mi padre decía siempre que los tiempos de paz son cuando los sabios se preparan para la violencia.

—Tu padre estaba más loco que una bota llena de estiércol.

—¿Y qué dice tu padre? Hay pocos hombres tan cuerdos como el Sabueso.

Rikke meneó los hombros de nuevo, pero no sirvió de nada.

—Dice que hay que esperar lo mejor y prepararse para lo peor.

—Buen consejo, en mi opinión.

—Pero él pasó por unos tiempos muy negros. Siempre luchando. Contra Bethod. Contra Dow el Negro. En esa época las cosas eran distintas.

Isern hizo un gesto burlón.

—Qué van a serlo. Yo estuve allí cuando tu padre combatió contra Bethod, en las Altiplanicies, con Nueve el Sanguinario a su lado.

Rikke parpadeó, sorprendida.

—No tendrías ni diez años.

—Lo bastante mayor para matar a un hombre.

—¿Qué?

—Yo solía llevar la maza de mi padre, porque los más pequeños deben tener las cargas más grandes, pero ese día él luchaba con la maza, así que yo llevaba su lanza. Esta misma. —La contera marcaba el ritmo de sus pasos en el camino—. Mi padre derribó a un hombre y, cuando intentaba levantarse, se la clavé en todo el ojete.

—¿Esa lanza?

Rikke se había acostumbrado a considerar lo que llevaba Isern como un palo. Un palo que, por cosas de la vida, tenía un extremo cubierto en piel de ciervo. No le gustaba pensar que había una punta metálica allí debajo. Y mucho menos una punta que había estado metida en el culo de algún pobre desgraciado.

—Bueno, ya ha tenido unas cuantas varas desde entonces, pero...

Isern se detuvo en seco, alzó la mano tatuada y entrecerró los ojos. Rikke solo alcanzaba a oír los bisbiseos de las ramas, el «plic, plic» de las gotas al derretirse la nieve, el «pío, pío» de los pájaros en los árboles jóvenes. Se inclinó hacia Isern.

—¿Qué es lo...?

—Carga una flecha en el arco y haz que sigan hablando —susurró Isern.

—¿Quiénes?

—Si eso falla, enséñales los dientes. Tienes la bendición de unos buenos dientes.

Y dicho eso, salió corriendo del camino y se internó entre los árboles.

—¿Mis dientes? —siseó Rikke, pero la escurridiza sombra de Isern ya se había perdido en las zarzas.

Entonces oyó la voz de un hombre.

—¿Seguro que es por aquí?

Rikke llevaba su arco al hombro, confiando en poder cazar algún ciervo. Lo dejó caer hasta la mano, sacó con torpeza una flecha que estuvo a punto de escapársele y logró cargarla a pesar de la oleada de espasmos nerviosos que le recorría el brazo.

—Nos han dicho que busquemos en la espesura. —Una voz más profunda, más dura, más temible—. ¿A ti esto te parece una espesura?

Rikke tuvo un repentino ataque de pánico al pensar que podría ser una flecha para ardillas, pero comprobó que era de punta ancha, como debía ser.

—Un bosque, supongo.

Risas.

—¿Y cuál es la puta diferencia?

Por el recodo del camino apareció un anciano. Llevaba un bastón en la mano, pero, al bajarlo, la luz moteada se reflejó en el metal y Rikke comprendió que no era un bastón, sino una lanza, y sintió que la preocupación se extendía desde aquel punto de su nuca hasta las raíces del pelo.

Eran tres. El anciano tenía un aspecto triste, como si nada de aquello hubiera sido idea suya. A su lado había un chico nervioso con escudo y un hacha corta. Por último, llegó un hombre enorme con la barba tupida y el ceño aún más tupido. A Rikke no le hizo ninguna gracia la pinta que tenía.

Su padre siempre decía que no había que apuntar con flechas a nadie a no ser que se pretendiera verlo muerto, de modo que tensó el arco solo a medias y lo dejó apuntando hacia el camino.

—Será mejor que no os mováis —dijo.

El viejo se la quedó mirando.

—Chica, tienes un anillo atravesándote la nariz.

—Soy consciente. —Rikke sacó la lengua y lo tocó con la punta

—. Me mantiene amarrada.

—¿Podrías perderte si no?

—Mis pensamientos podrían.

—¿Es de oro? —preguntó el chico.

—De cobre —mintió ella, dado que el oro es muy propenso a convertir los encuentros desagradables en mortíferos.

—¿Y la pintura?

—La marca de la cruz es benéfica y muy apreciada por la luna. El ojo largo es el izquierdo y la cruz encamina su visión a través de la niebla de lo que está por venir. —Giró la cabeza y escupió jugo de chagga sin apartar la mirada de ellos—. Tal vez —añadió, ya que no estaba segura de que la cruz hubiera hecho otra cosa que manchar su almohada cuando se olvidaba de limpiársela por la noche.

No era la única que dudaba.

—¿Estás loca? —gruñó el hombretón.

Rikke suspiró. No era ni por asomo la primera vez que le hacían esa pregunta.

—Lo que unos llaman loco, otros lo llaman excepcional.

—Estaría muy bien que soltaras ese arco —dijo el anciano.

—Me gusta donde está.

Pero en realidad no le gustaba nada, porque lo notaba cada vez más pegajoso en la mano y, además, el hombro le dolía por el esfuerzo de mantenerlo a medio tensar y temía que las contracciones que empezaba a tener en el cuello acabaran liberando la cuerda.

Parecía que el chico tenía incluso menos confianza que ella en que lograra controlarlo, porque la miraba asomando los ojos por encima del brocal de su escudo. Fue entonces cuando Rikke reparó en lo que estaba pintado en él.

—Tienes un lobo en el escudo —dijo.

—La marca de Stour Ocaso —gruñó el gigante con aire orgulloso, y Rikke vio que también llevaba un lobo en el escudo, aunque el suyo era poco más que cuatro trazos difuminados en la madera.

—¿Sois hombres de Ocaso? —El miedo ya se le estaba extendiendo hasta las tripas—. ¿Qué hacéis aquí abajo?

—Acabar con el Sabueso y sus lameculos y devolver Uffrith al Norte, donde pertenece.

Los nudillos de Rikke se pusieron blancos en torno a su arco a medida que el miedo se convertía en ira.

—¡De eso ni hablar, joder!

—Ya está ocurriendo. —El anciano se encogió de hombros—. La única cuestión para ti es si te alzarás con los vencedores o regresarás al barro con los vencidos.

—¡Ocaso es el mejor guerrero que ha existido desde el Sanguinario! —exclamó el más joven—. ¡Va a reconquistar Angland y expulsar a la Unión del Norte!

—¿La Unión? —Rikke bajó la mirada hacia la cabeza de lobo mal garabateada en el escudo mal construido del chico—. Un lobo se come el sol —susurró.

—Está loca de remate. —El grandullón dio un paso adelante—. Venga, suelta el...

Entonces dio un largo gemido sibilante y le salió una protuberancia en la camisa en la que se entreveía un destello de metal.

—Oh —dijo el hombre, cayendo de rodillas.

El chico se volvió hacia él.

La flecha de Rikke se le clavó en la espalda, justo por debajo del omóplato.

Entonces le correspondió a ella decir: «Oh», al no estar muy segura de si había pretendido soltar la cuerda o no.

Un centelleo metálico y la cabeza del anciano dio una sacudida, con el puyón de la lanza de Isern atravesado en el cuello. Dejó caer su propia lanza y trató de aferrar a su atacante con dedos desmañados.

—Chist.

Isern le apartó el brazo de un manotazo y le arrancó la lanza, haciendo saltar un chorro negro. El hombre se revolvió en el suelo, con las manos sobre la enorme herida del cuello, como si pudiera impedir que la sangre siguiera manando. Intentaba decir algo, pero tan pronto como lograba escupir la sangre, se le volvía a llenar la boca. Entonces dejó de moverse.

—Te los has cargado.

Rikke se sentía acalorada. Tenía salpicaduras rojas en la mano. El hombretón estaba tendido bocabajo, con la camisa empapada en sangre oscura.

—A este lo has matado tú —replicó Isern.

El chico estaba arrodillado, dando tenues gañidos mientras intentaba llevarse las manos a la espalda para alcanzar el asta de la flecha, aunque Rikke no tenía ni idea de qué haría si lograba llegar a ella con los dedos. Lo más probable era que él tampoco tuviera ni idea. Isern era la única que estaba pensando con claridad en aquel momento. Se agachó con calma y cogió el cuchillo que el chico llevaba al cinto.

—Esperaba poder hacerle un par de preguntas, pero no va a responderme con esa flecha en el pulmón.

Como si quisiera darle la razón, el joven tosió sangre en su propia mano y miró a Rikke por encima de ella. Parecía un poco ofendido, como si ella hubiera hecho algún comentario hiriente.

—Pero en fin, a nadie le sale nunca todo como quiere.

Rikke se sobresaltó por el chasquido cuando Isern apuñaló al chico en la coronilla. Los ojos se le pusieron en blanco, tuvo una convulsión en la pierna y se le arqueó la espalda. Lo mismo que le pasaba a ella, tal vez, cuando le daba un ataque.

A Rikke se le erizaron los pelillos de los brazos mientras el chico caía inerte. Nunca había visto matar a un hombre. Había ocurrido todo tan deprisa que no sabía cómo debería sentirse.

—No parecían tan mala gente —dijo.

—Para estar intentando ver a través de las nieblas del futuro, la verdad es que ni te enteras de lo que tienes delante. —Isern ya estaba registrando los bolsillos del anciano, con la punta de la lengua encajada en el hueco de los dientes—. Si te esperas a que parezcan mala gente, has esperado demasiado, créeme.

—Podrías haberles dado una oportunidad.

—¿De qué? ¿De enviarte de vuelta al barro? ¿O de llevarte a rastras con Stour Ocaso? Entonces los roces sí que serían tu menor problema; ese chico tiene una reputación de mil demonios. —Cogió la pierna del viejo, lo arrastró desde el camino a los matorrales y

luego arrojó su lanza en la misma dirección—. ¿O querías que los invitáramos a bailar en el bosque con nosotras, ponernos todos florecitas en el pelo y convencerlos de que se pasaran a nuestro bando con mis hermosas palabras y tu hermosa sonrisa?

Rikke escupió jugo de chagga y se limpió la barbilla, mirando cómo la sangre iba invadiendo la tierra alrededor de la cabeza acuchillada del chico.

—Dudo que mi sonrisa fuese a dar la talla, y estoy segura de que tus palabras tampoco la darían.

—Entonces, matarlos era la única posibilidad que teníamos, ¿no? Tu problema es que eres toda corazón. —Y clavó un dedo huesudo en la teta de Rikke.

—¡Ay! —Rikke dio un paso atrás, abrazándose el pecho—. Eso duele, ¿sabes?

—Eres toda corazón por todas partes, así que te duelen todos los pinchazos y las bofetadas. Debes hacer de tu corazón piedra. —Isern se dio un puñetazo en las costillas que hizo repiquetear los huesos de dedo que llevaba al cuello—. La crueldad es una característica muy apreciada por la luna. —Como queriendo demostrarlo, se agachó y tiró al chico muerto al sotobosque—. Una líder debe ser dura, para que los demás no tengan que serlo.

—¿Líder de qué? —musitó Rikke, frotándose la teta dolorida.

Entonces le llegó un olorcillo a humo, igual que en el sueño que había tenido. Como si el olor tuviera un atractivo irresistible, echó a andar camino abajo.

—¡Oye! —la llamó Isern, con una tira de carne seca en la boca que había sacado del bolsillo del gigantón—. ¡Necesito ayuda para arrastrar a este cabrón enorme!

—No —susurró Rikke, mientras el olor a fuego crecía al mismo ritmo que su inquietud—. No, no, no.

Salió de entre los árboles a la fría luz del día, dio otro par de pasos tambaleantes y se detuvo, con el arco colgando de su mano flácida.

La neblina matutina se había alzado hacía tiempo, y Rikke alcanzaba a ver más allá de la cuadrícula de campos recién plantados hasta Uffrith, calzada contra el mar gris tras su gris

muralla. El lugar donde se alzaba el antiguo salón de su padre con el desastrado jardín en la parte de atrás. La segura y aburrida Uffrith, donde ella había nacido y crecido. Solo que estaba ardiendo, igual que la había visto, y una enorme columna de humo negro manchaba el cielo y flotaba hacia el mar picado.

—Por los muertos —graznó.

Isern llegó desde los árboles con la lanza cruzada sobre los hombros y una gran sonrisa cruzada en la cara.

—¿Sabes lo que significa esto?

—¿Guerra? —susurró Rikke, horrorizada.

—Sí, eso. —Isern le quitó importancia con un gesto, como si fuese una nadería—. ¡Pero el caso es que yo estaba en lo cierto! —Dio a Rikke una palmada tan fuerte en el hombro que estuvo a punto de derribarla—. ¡Sí que tienes el ojo largo!

En el meollo de la refriega

«En la batalla —solía decir el padre de Leo—, un hombre descubre quién es de verdad.»

Los norteños ya estaban dando media vuelta para huir cuando el caballo de Leo se estrelló contra ellos con una electrizante sacudida.

Golpeó a uno en la parte trasera del casco con toda la fuerza de su carga y casi le arrancó la cabeza.

Rugió mientras descargaba su hacha hacia el otro lado. Vislumbró un rostro boquiabierto mientras el arma lo partía en dos y la sangre salpicaba en chorros negros.

Otros jinetes arremetieron contra los norteños y los levantaron por los aires como muñecos rotos. Leo vio que un enemigo ensartaba la cabeza de un caballo con una lanza. El jinete dio una vuelta de campana al salir despedido de la silla.

Una lanza se hizo añicos y una astilla golpeó el yelmo de Leo con un resonante tañido mientras se apartaba. El mundo era una titilante rendija de rostros crispados, acero reluciente y cuerpos jadeantes, entrevisto a través de la abertura de la celada. Los chillidos de hombres y monturas y el metal se combinaban en un estrépito que aplastaba todo pensamiento.

Un caballo viró por delante de él. Sin jinete, con los estribos aleteando. El caballo de Ritter. Leo lo sabía por el sudadero amarillo. Un ataque de lanza le sacudió el escudo en el brazo e hizo que se tambaleara en su silla. La punta descendió chirriando por el quijote del muslo.

Asió las riendas con la mano del escudo mientras su montura corcoveaba y bufaba, con el rostro trabado en dolorosa sonrisa, blandiendo su hacha furiosamente a un lado y otro. Aporreó un escudo con un lobo negro pintado una y otra vez, sin pensar, luego pateó a un hombre y lo hizo retroceder trastabillando, momento en

que la espada de Barniva destelló al cercenarle el brazo.

Vio a Jin Aguablanca descargando su maza, con el pelo rojizo enganchado entre los dientes prietos. Justo detrás de él, Antaup chillaba algo mientras intentaba liberar su lanza de una cota de mallas ensangrentada. Glaward forcejeaba contra un carl, ambos desarmados, ambos enredados en sus riendas. Leo atacó al norteño y el golpe dejó al hombre el codo torcido hacia donde no debía; un segundo hachazo lo hizo caer al barro.

Señaló con el hacha hacia el estandarte de Stour Ocaso, un lobo negro que ondeaba al viento. Aulló y rugió con la garganta ronca. Nadie podía oírlo con la celada bajada. Nadie habría podido oírlo aunque la llevara levantada. Apenas sabía ni lo que estaba diciendo. Dejó de bramar y se dedicó a golpear con furia los cuerpos que se apiñaban a su alrededor.

Alguien le agarró la pierna. Pelo rizado. Pecas. Tenía aspecto de estar cagado de miedo. Como todos allí. No parecía ir armado. Quizá estuviera rindiéndose. Leo sacudió a Pecas en la coronilla con el brocal del escudo, espoleó a su caballo y lo pisoteó en el barro.

Aquel no era lugar para buenas intenciones. No era lugar para tediosas sutilezas ni aburridas refutaciones. Allí no cabían las críticas de su madre sobre la paciencia y la cautela. Todo era hermosamente simple.

«En la batalla, un hombre descubre quién es de verdad», y Leo era el héroe que siempre había soñado ser.

Descargó otro golpe, pero notó rara el hacha. La hoja había salido despedida y lo había dejado sosteniendo un puto palo. Lo soltó para desenfundar su acero de batalla, los dedos torpes vibrando en el guantelete, la empuñadura resbaladiza por la lluvia que arreciaba. Cayó en la cuenta de que el hombre al que estaba golpeando había muerto. Había caído contra la valla, por lo que parecía estar de pie, pero se veía una pulpa negra colgando de su cráneo roto, de modo que asunto resuelto.

Los norteños estaban desmoronándose. Corrían, gañían, caían al derribarlos desde detrás, y Leo los obligó a retirarse hacia su estandarte. Tres jinetes tenían a un grupo de norteños retenidos

contra una portalada, Barniva en el centro, su cara llena de cicatrices manchada de sangre mientras lanzaba tajos con su pesada espada.

El portaestandarte era un hombre inmenso con ojos desesperados y sangre en la barba, que seguía sosteniendo en alto el pendón del lobo negro. Leo se lanzó al galope contra él, bloqueó hacha con escudo y su espada chirrió contra la babera, le abrió un tajo enorme en la cara y le cortó media nariz. El hombre retrocedió con pasos tambaleantes y Jin Aguablanca le aplastó el yelmo de un mazazo que hizo salpicar sangre por la gorguera. Leo lo tiró al suelo de una patada y le arrancó el estandarte de la mano inerte mientras caía. Lo lanzó al aire, riendo, gorgoteando, a punto de ahogarse con su propia saliva antes de echarse a reír de nuevo, con la correa del hacha rodeándole todavía la muñeca, por lo que el mango roto repicaba contra su yelmo.

¿Habían vencido? Miró a su alrededor, buscando más enemigos. Unas pocas siluetas desarrapadas brincaban entre los cultivos en dirección a los lejanos árboles. Corrían para salvar la vida, después de abandonar sus armas. Aquello era todo.

A Leo le dolía todo el cuerpo: los muslos de aferrarse al caballo, los hombros de blandir el hacha, las manos de asir las riendas. Hasta las plantas de los pies le palpitaban por el esfuerzo. Su pecho subía y bajaba, el aliento resonaba en el yelmo, húmedo, cálido y salado. Quizá en algún momento se hubiera mordido la lengua. Se afanó en soltar la hebilla bajo su mentón y por fin logró soltarse el condenado trasto. El cráneo le estalló con el estruendo, transformado de ira a puro gozo. El ruido de la victoria.

Estuvo a punto de caer del caballo, pero logró subirse a la verja. Notó algo blando bajo el guantelete. El cadáver de un norteño, con una lanza rota clavada en la espalda. Lo único que Leo sintió fue un vertiginoso deleite.

Sin cadáveres no había gloria, a fin de cuentas. Lamentarlo sería como lamentar las mondas de una zanahoria. Alguien estaba ayudándolo a levantarse con una mano firme. Jurand. Siempre estaba allí cuando lo necesitaba. Leo se irguió y los rostros jubilosos de sus hombres se volvieron como uno solo hacia él.

—¡El Joven León! —rugió Glaward. Subió a la valla junto a Leo y le dio una pesada palmada en el hombro que lo hizo tambalearse un poco. Jurand extendió los brazos para sostenerlo, pero Leo no llegó a caer—. ¡Leo dan Brock!

Al momento todos estaban gritando su nombre, cantándolo como una plegaria, entonándolo como una palabra mágica, acuchillando con armas brillantes al cielo que les escupía.

—¡Leo! ¡Leo! ¡Leo!

«En la batalla, un hombre descubre quién es de verdad.»

Se sentía embriagado. Se sentía arder. Se sentía como un rey. Se sentía como un *dios*. ¡Aquello era para lo que había nacido!

—¡Victoria! —bramó, blandiendo su ensangrentada espada y el ensangrentado estandarte de los norteños.

Por los muertos, ¿qué podía existir mejor que aquello?

En la tienda de la señora gobernadora se libraba un tipo distinto de guerra. Una guerra de paciente análisis y meticuloso cálculo, de probabilidades sopesadas y ceños fruncidos, de líneas de suministros y una cantidad espantosa de mapas. Una clase de guerra para la que, a decir verdad, Leo no tenía paciencia.

El resplandor de la victoria se había amortiguado por la constante lluvia que los había acompañado en el arduo ascenso desde el valle, aguado por el irritante dolor de una docena de cortes y magulladuras y casi apagado por la mirada fría que le dedicó su madre cuando Leo apartó la lona de la tienda, seguido de Jurand y Jin Aguablanca.

La madre de Leo estaba hablando con un Mensajero Real. Era tan ridículamente alto que tenía que encorvarse con respeto para prestarle atención.

—Por favor, explicad a su majestad que estamos haciendo todo lo posible para contener el avance de los norteños, pero Uffrith ha caído y estamos perdiendo terreno. Han atacado con fuerza abrumadora en tres puntos y todavía estamos reuniendo nuestras tropas. Pedidle... no, *suplicadle* que nos envíe refuerzos.

—Así lo haré, mi señora gobernadora. —El Mensajero saludó

con la cabeza a Leo al cruzarse con él—. Mi enhorabuena por vuestra victoria, lord Brock.

—¡No necesitamos la puta ayuda del rey! —escupió Leo cuando la lona de la tienda hubo caído—. ¡Podemos derrotar a los perros de Calder el Negro!

Su voz sonaba extraña y floja dentro de la tienda, amortiguada por la lona húmeda. No tenía ni por asomo el mismo alcance que en el campo de batalla.

—Vaya. —Su madre apoyó los puños en la mesa y miró sus mapas con la frente arrugada. Por los muertos, a veces Leo pensaba que quería más a esos mapas que a él—. Si tenemos que librar las batallas del rey, deberíamos esperar la ayuda del rey.

—¡Deberías haber visto cómo corrían! —Maldición, con lo seguro de sí mismo que había estado Leo unos momentos antes. Podía cargar contra un frente de carls sin dudarlo, pero una mujer de cuello largo y cabello entrecano le succionaba toda la valentía del cuerpo—. ¡Se han desmoronado incluso antes de que llegáramos! Hemos tomado unas decenas de prisioneros y... —Miró a Jurand, pero vio que estaba dedicándole aquella mirada dudosa que tenía, la que ponía cuando no aprobaba algo, la misma que le había lanzado antes de la carga—. Y la granja vuelve a estar en nuestras manos... y...

Su madre permitió que Leo fuese tartamudeando cada vez más hasta dejar la frase en el aire, y solo entonces miró a sus amigos.

—Tienes mi gratitud, Jurand. Estoy segura de que has hecho todo lo posible para convencerlo. Y tú también, Aguablanca. Mi hijo no podría pedir mejores amigos, ni yo guerreros más valientes.

Jin dejó caer la mano con fuerza en el hombro de Leo.

—Ha sido Leo quien ha encabezado la...

—Podéis retiraros.

Jin se rascó la barba con expresión avergonzada, mostrando mucho menos temple de guerrero que en el valle. Jurand hizo una leve mueca de disculpa a Leo.

—Por supuesto, lady Finree.

Y se escabulleron de la tienda, abandonando a Leo, que jugueteaba débilmente con el ribete de su estandarte capturado.

Su madre dejó que el avasallador silencio se extendiera un momento más antes de dictar sentencia.

—Eres tonto del culo.

Leo ya se lo esperaba, pero aun así le dolió.

—¿Porque por fin he luchado de verdad?

—Por cuándo has decidido luchar, y cómo.

—¡Los grandes líderes siempre están en el meollo de la refriega!

Pero sabía que estaba sonando como los héroes de los libros de cuentos mal escritos que antes le encantaban.

—¿Sabes a quiénes encuentras también en el meollo de la refriega? —preguntó su madre—. A hombres muertos. Los dos sabemos que no eres ningún necio, Leo. ¿Para quién estás fingiendo serlo? —Movió la cabeza a los lados, con expresión cansada—. No debí permitir que tu padre te enviara a vivir con el Sabueso. Lo único que aprendiste en Uffrith fue impetuosidad, malas canciones y una admiración infantil por los asesinos. Debí enviarte a Adua. Dudo que así cantaras mejor, pero al menos podrías haber aprendido un poco de sutileza.

—¡Hay momentos para la sutileza y momentos para la acción!

—Nunca es buen momento para la temeridad, Leo. Ni para el engreimiento.

—¡Pero hemos ganado, joder!

—¿Qué hemos ganado? ¿Una granja sin ningún valor en un valle sin ningún valor? Lo que había allí era poco más que una unidad de exploradores, y ahora el enemigo podrá estimar nuestra fuerza. —Dio un amargo bufido mientras se volvía de nuevo hacia sus mapas—. O mejor dicho, su ausencia.

—He capturado un estandarte.

Pero, mirándolo bien, era un pendón bastante lamentable: estaba mal tejido y la vara se parecía más a una rama que a un asta. ¿Cómo podía haber pensado que tal vez el mismísimo Stour Ocaso cabalgara bajo aquello?

—Tenemos banderas de sobra —dijo su madre—. Lo que nos falta son hombres que marchen tras ellas. Quizá la próxima vez puedas traernos unos pocos regimientos, ¿te parece?

—Maldita sea, madre, no sé cómo complacerte.

—Escucha lo que se te dice. Aprende de quienes saben más que tú. Sé valiente, por supuesto, pero no imprudente. Y sobre todo, ¡no hagas que te maten, cojones! Siempre has sabido exactamente cómo complacerme, Leo, pero prefieres complacerte a ti mismo.

—¡Tú no puedes entenderlo! No eres... —Movió una mano impaciente y fracasó, como de costumbre, en su intento de hallar las palabras correctas—. No eres un hombre —concluyó con debilidad.

Ella enarcó una ceja.

—De haber tenido alguna confusión al respecto, se habría despejado del todo cuando te expulsé de mi vientre. ¿Tienes la menor idea de cuánto pesabas de bebé? Pásate dos días cagando un yunque y luego volveremos a hablar del tema.

—¡Me cago en la leche, madre! Me refiero a que los soldados admiran a cierto tipo de hombre, y...

—¿Igual que tu amigo Ritter te admiraba a ti?

A Leo lo asaltó el recuerdo de aquel caballo sin jinete que había pasado repiqueteando por delante de él. Se dio cuenta de que no había visto la cara de Ritter entre sus amigos cuando estaban celebrándolo. Se dio cuenta de que no había pensado en ello hasta ese preciso momento.

—Conocía los riesgos —dijo con voz ahogada, atragantado de pronto por la preocupación—. Él escogió luchar. ¡Estaba orgulloso de luchar!

—Lo estaba. Porque tú tienes ese fuego que inspira a los hombres a seguirte. Tu padre también lo tenía. Pero ese don trae consigo una responsabilidad. Los hombres ponen sus vidas en tus manos.

Leo tragó saliva, mientras su orgullo se derretía para revelar un horrible remordimiento igual que la nieve inmaculada se derrite para mostrar el mundo podrido y enlodado.

—Debería ir a verle. —Se volvió hacia la salida de la tienda y estuvo a punto de tropezar con la correa suelta de una de sus grebas—. ¿Está... con los heridos?

El rostro de su madre se había suavizado. Eso preocupó a Leo más que cualquier otra cosa.

—Está con los muertos, Leo. —Hubo un silencio largo y extraño,

y una ráfaga de viento hizo que la lona de la tienda batiera y bisbiseara—. Lo siento.

Sin cadáveres no había gloria. Leo se dejó caer en una silla plegable y el estandarte capturado rebotó contra el suelo.

—Me dijo que deberíamos esperarte —murmuró, recordando la cara preocupada con la que Ritter había contemplado el valle—. Igual que Jurand. Y yo les respondí que podían quedarse con las mujeres... mientras nosotros nos ocupábamos de la batalla.

—Has hecho lo que creías correcto, en caliente —murmuró su madre.

—Tenía esposa.

Leo recordaba la boda. ¿Cómo diantres se llamaba ella? Tenía la barbilla un poco hundida. El novio había estado más guapo. La feliz pareja había bailado, bastante mal, y Jin Aguablanca había gritado en norteño que esperaba, por el bien de la chica, que Ritter follase mejor que bailaba. Leo se había reído tanto que había estado a punto de vomitar. Ya no tenía ganas de reír. De vomitar, sí.

—Por los muertos, tenía un hijo —añadió.

—Les escribiré una carta.

—¿Y de qué va a servirles? —Notó el picor de lágrimas al fondo de la nariz—. ¡Les daré mi casa! ¡La de Ostenhorm!

—¿Estás seguro?

—¿Para qué quiero una casa, si me paso todo el tiempo en la silla de montar?

—Tienes buen corazón, Leo. —Su madre se acuclilló junto a él —. Demasiado bueno, pienso a veces. —Las manos pálidas de ella parecían diminutas en sus puños envueltos por guanteletes, pero en ese momento eran las más fuertes—. Tienes lo que hace falta para ser un gran hombre, pero no puedes permitir que guíe tus actos la primera emoción que te pasa por la cabeza. Puede que a veces los valientes ganen batallas, pero las guerras siempre las ganan los listos. ¿Lo comprendes?

—Lo comprendo —susurró él.

—Bien. Da la orden de abandonar esa granja y replegarse hacia el oeste antes de que Stour Ocaso llegue con sus huestes.

—Pero si nos retiramos... Ritter habrá muerto para nada. Si nos

retiramos, ¿qué impresión daremos?

Ella se levantó.

—Una impresión de debilidad e indecisión femeninas, espero. Y entonces, quizá prevalezcan las mentes más temerarias de los norteños y nos persigan con varoniles sonrisas en sus varoniles caras, y cuando por fin lleguen los soldados del rey, los haremos pedacitos en un terreno elegido por nosotros.

Leo parpadeó mirando al suelo y notó que le caían lágrimas por las mejillas.

—Entiendo.

Ella puso su voz suave.

—Ha sido temerario, y ha sido imprudente, pero también ha sido valiente y... para bien o para mal, es verdad que los soldados admiran a cierto tipo de hombre. No voy a negar que todos necesitamos algo que vitorear. Le has dado un puñetazo en la nariz a Stour Ocaso, y los grandes guerreros son de ira rápida, y los hombres iracundos cometen errores. —Puso algo en la mano sin fuerza de Leo. El estandarte con el lobo de Ocaso—. Tu padre habría estado orgulloso de tu coraje, Leo. Ahora, haz que yo esté orgullosa de tu buen juicio.

Leo fue con paso pesado hacia la lona de la tienda, notando los hombros caídos bajo una armadura que parecía tres veces más pesada que al llegar. Ritter había desaparecido y jamás regresaría, y había dejado a su esposa sin barbilla sollozando junto a la hoguera. Asesinado por su propia lealtad, y por el orgullo de Leo, y por la despreocupación de Leo, y por la arrogancia de Leo.

—Por los muertos.

Intentó limpiarse las lágrimas con el dorso de la mano, pero no podía llevando los guanteletes puestos. Utilizó el ribete del estandarte capturado.

«En la batalla, un hombre descubre quién es de verdad.»

Se quedó petrificado al salir a la luz del día. Ante la tienda de su madre se había congregado lo que parecía un regimiento entero, formando en semicírculo.

—¡Un hurra por Leo dan Brock! —rugió Glaward, cogiendo la muñeca de Leo con su enorme manaza y alzándola—. ¡El Joven

León!

—¡El Joven León! —bramó Barniva mientras se alzaba un vítor entusiasta—. ¡Leo dan Brock!

—Intenté avisarte —susurró Jurand, inclinándose para hablarle al oído—. ¿Te ha echado una buena bronca?

—La que me merecía. —Pero Leo consiguió sonreír un poco. Solo para levantar la moral. No se podía negar que todos necesitaban algo que vitorear.

La algarabía creció cuando Leo alzó aquel trapo que pasaba por estandarte, y Antaup se adelantó con arrogancia y levantó los brazos para incitar más ruido. Un hombre, sin duda ya borracho, se bajó los pantalones y enseñó el culo desnudo al Norte, para gran regocijo general. Entonces cayó al suelo, lo que provocó risotadas generales. Glaward y Barniva cogieron a Leo y lo levantaron al aire sobre sus hombros, mientras Jurand ponía los brazos en jarras y los miraba con condescendencia.

La lluvia había amainado y el sol relució sobre armaduras pulidas y hojas afiladas y caras sonrientes.

Era difícil no sentirse mucho mejor.

Los remordimientos son un lujo

La nieve se había derretido, dejando el mundo frío e incómodo. La porquería helada que pasaba por suelo se colaba en las botas de Rikke y salpicaba sus pantalones calados. Un rocío gélido goteaba sin cesar de las ramas negras a su pelo empapado, a su capa mojada y a su espalda dolorida. La humedad que llegaba desde arriba se encontraba con la que subía desde abajo en torno a su cinturón, que Rikke se había visto obligada a apretarse por apenas haber comido nada en los tres días que habían transcurrido desde que matara a un chico y viera arder su propio hogar.

Por lo menos, la cosa no podía empeorar. O eso se decía a sí misma.

—Estaría muy bien andar por un camino —refunfuñó mientras intentaba soltarse el pie de una maraña de zarzas, aunque solo consiguió hacerse más rozaduras.

Isern tenía algún truco sobrenatural para que sus pies encontraran solo las partes secas de una ciénaga. Rikke juraría que Isern era capaz de cruzar un estanque bailando sobre los nenúfares y ni siquiera mojarse los pies.

—¿Quién más podría estar andando de puntillas por los caminos, en nuestra opinión?

—Los hombres de Stour Ocaso —respondió Rikke, huraña.

—Sí, y los de su tío Scale Mano de Hierro, y los de su padre Calder el Negro. Las espinas pueden rasparte esa piel suave y aterciopelada que tienes, pero no se clavan tan profundo como lo harían sus espadas.

Rikke maldijo cuando el fango estuvo a punto de sacarle una bota del pie.

—Podríamos auparnos a terreno elevado, por lo menos.

Isern se frotó el caballete de la nariz como si jamás hubiera oído

un disparate tan enorme.

—¿Quién más crees que estará pasándolo de aúpa en el terreno elevado?

Rikke, disgustada, se pasó la bolita de chagga del labio superior al inferior.

—Los exploradores de Stour Ocaso.

—Y los de Scale Mano de Hierro, y los de Calder el Negro. Y dado que ellos están allí, pululando por los caminos y las colinas como piojos en un tronco, ¿dónde deberíamos estar nosotras?

Rikke mató de una palmada un insecto que tenía en el mugroso dorso de la mano.

—Aquí abajo, en el fondo del valle, con las zarzas, el barro y los putos bichos de mierda.

—Casi podría decirse que tener un ejército hostil ocupando tus tierras es una incomodidad, se mire como se mire. Tú estás acostumbrada a actuar como si el mundo fuese tu patio del recreo. Pero ahora está plagado de peligros, chica. Es hora de comportarse en consecuencia.

Isern siguió avanzando entre los matorrales, rápida y sigilosa como una serpiente, dejando que Rikke la siguiera con dificultades, soltando inútiles reniegos.

A Rikke le gustaba considerarse una montañera bastante curtida, pero, comparada con Isern, era una patosa chica de ciudad. Isern-i-Phail se conocía todos los caminos, o eso se rumoreaba. Incluso mejor que su padre. Rikke había aprendido más a base de observarla durante las últimas dos semanas que todo lo que le había enseñado aquel ridículo maestro de la Unión en Ostenhorm a lo largo de un año. Cómo construir un refugio con helechos. Cómo tender trampas para conejos, aunque no hubieran funcionado. Cómo orientarse según la forma en que crece el musgo en los troncos de los árboles. Cómo distinguir a un hombre de un animal en el bosque mirando solo sus pisadas.

Había quienes decían que Isern era una bruja, y desde luego tenía el aspecto y el mal genio de una bruja, pero ni siquiera ella podía conjurar comida a partir de piedras y agua pantanosa a finales del puto invierno. Por desgracia.

Mientras el sol descendía por detrás de las colinas y dejaba los valles más fríos que nunca, se metieron culebreando como gusanos en una grieta entre peñascos y se apretaron una contra la otra para darse calor, mientras fuera el viento ganaba fuerza y la tenue llovizna se convertía en punzante aguanieve.

—¿Crees que podrías encontrar en todo este valle una rama lo bastante seca como para encenderse? —susurró Rikke mientras se frotaba las manos heladas frente a su aliento humeante y luego se las metía en los sobacos, donde, en lugar de calentarse, solo consiguieron enfriarle el cuerpo entero.

Isern se encorvó sobre el petate donde llevaban sus menguantes provisiones, como un avaro sobre su oro.

—Aunque pudiera, el humo quizá nos traería cazadores.

—Supongo que seguiremos pasando frío, pues —dijo Rikke con un hilo de voz.

—Así es el nacimiento de la primavera, sobre todo cuando tus enemigos han tomado el salón de tu padre y no tienes un fuego bien calentito para acurrucarte junto a él.

Rikke sabía lo que decía la gente de ella, y era posible que su cabeza no tuviera las partes que debía en los lugares que debía, pero siempre había sido una persona observadora. Por eso, a pesar de la penumbra y de los dedos ágiles de Isern, Rikke vio que la montañesa solo comía la mitad de lo que le ofreció a ella. Lo vio, y se sintió agradecida, y deseó tener las agallas para insistir en porciones equitativas, pero tenía demasiada hambre. Se comió su tira de carne seca tan deprisa que, al tragar, envió para abajo también la bolita de chagga sin darse cuenta.

Mientras se lamía el delicioso sabor a pan rancio de los dientes, descubrió que estaba pensando en el chico al que había disparado. Aquella tira de tela tintada rodeando su cuello escuálido, como las que ponían las madres a sus hijos para que no cogieran frío. Aquella mirada herida, confusa. La misma mirada que había tenido ella, tal vez, cuando los otros niños se reían de sus sacudidas.

—Maté a ese chaval. —Se sorbió el moco frío de la nariz y lo escupió.

—Sí. —Isern separó una bolita de chagga y se la metió detrás

del labio—. Lo mataste bien muerto, y se lo arrebataste a todos sus conocidos, y cortaste de raíz todo el bien que pudiera haber hecho jamás en el mundo.

Rikke parpadeó.

—¡Pero si el cráneo se lo partiste tú!

—Eso fue por piedad. Se habría ahogado por tu flecha sin remedio.

Rikke reparó en que se estaba frotando la espalda, intentando alcanzar con el pulgar el punto donde se había clavado aquella asta, pero no lograba llegar. No más de lo que lo había logrado el chico.

—No creo que se lo mereciera, en realidad.

—A las flechas les da bastante igual quién lo merece y quién no. La mejor defensa contra las flechas no es una vida de nobleza, sino ser tú quien las está disparando, ¿comprendes? —Isern se reclinó contra ella, oliendo a sudor y a tierra y chagga mascado—. Eran los enemigos de tu padre. Nuestros enemigos. Tampoco es que hubiera otra elección.

—No estoy segura ni de que lo eligiera. —Rikke se mordisqueó las uñas agrietadas mientras seguía mordisqueando aquel recuerdo, una y otra vez—. Fue solo que se me escapó la cuerda. Fue solo un error estúpido.

—También podrías llamarlo una casualidad afortunada.

Rikke se arrebujó en su capa helada y su humor lóbrego.

—No hay justicia, ¿verdad? Ni para él ni para mí. Solo hay un mundo que hace la vista gorda y al que no le importamos una mierda ni él ni yo.

—¿Por qué deberíais importarle?

—Maté a ese chico. —El pie de Rikke tuvo un espasmo, y el espasmo se convirtió en un temblor que le subió por la pierna, y el temblor se convirtió en un escalofrío que recorrió todo su cuerpo—. Por muchas vueltas que le dé... no me parece que esté bien.

Notó la mano firme de Isern en el hombro y se sintió agradecida.

—Si en algún momento empieza a parecerte que está bien matar a gente, tendrás un problema mucho más grave. Los remordimientos pueden escocer, pero deberías dar las gracias por tenerlos.

—¿Las gracias?

—Los remordimientos son un lujo reservado a aquellos que siguen respirando y no sufren un dolor, un frío o un hambre insoportables que acaparen toda su veleidosa atención. Mientras los remordimientos sean tu mayor problema, chica... —Rikke vio el tenue destello de los dientes de Isern en la creciente oscuridad—. Es que las cosas no van tan, tan mal.

Dio una palmada en el muslo de Rikke y soltó una carcajada de bruja, y quizá hubiera algo de magia en todo ello a fin de cuentas, porque Rikke compuso su primera sonrisa en un par de días, y eso hizo que se sintiera un poquito mejor. «Tu mejor escudo es una sonrisa», decía siempre su padre.

—¿Por qué no me has dejado atrás? —preguntó.

—Di mi palabra a tu padre.

—Sí, pero todo el mundo dice que eres la bruja menos de fiar en todo el Norte.

—Nadie debería saber mejor que tú lo que valen las cosas que dice todo el mundo. La verdad es que solo me preocupo de mantener mi palabra con la gente que me cae bien. Parezco poco de fiar porque, fuera de las colinas, eso se reduce a solo siete personas. —Cerró la mano tatuada en un puño tan tenso que temblaba—. Para esos siete, soy una roca.

Rikke tragó saliva.

—¿Te caigo bien, entonces?

—Ni fu ni fa. —Isern abrió el puño azul y movió los dedos con un chasquido de nudillos—. Sobre ti, todavía tengo que decidirme, pero tu padre me cae bien y a él le di mi palabra. Le prometí que intentaría acabar con tus ataques y abrirte el ojo largo, y que luego te devolvería con él sana y salva. Puede que ese asuntillo de la invasión lo haya sacado de Uffrith, pero, por lo que a mí respecta y dondequiera que lo hayan empujado esos cabrones de Stour Ocaso, el compromiso sigue en pie. —Sus ojos se desviaron un instante hacia Rikke, tan astutos como los de un zorro al ver el gallinero desprotegido—. Pero reconozco que también tengo un motivo egoísta, cosa que te conviene, porque los motivos egoístas son los únicos en los que deberías confiar.

—¿Qué motivo es?

Isern abrió tanto los ojos que casi se le desorbitaron en su rostro mugriento.

—Que sé que nos espera un Norte mejor. Un Norte libre de las zarpas de Scale Mano de Hierro, y de quien maneja sus hilos, Calder el Negro, e incluso también de quien maneja los hilos de él. Un Norte libre, para que cada cual viva a su propia manera. —Isern se inclinó hacia Rikke en la penumbra—. Y tu ojo largo nos encontrará el camino hacia él.

Llevar la cuenta

Las chispas regaban la noche y el calor era una presión constante en el rostro sonriente de Savine. Al otro lado del portón abierto de par en par, los cuerpos esforzados y la maquinaria esforzada se tornaban demoníacos por el resplandor del metal fundido. Los martillos aporreaban, las cadenas traqueteaban, el vapor siseaba, los trabajadores maldecían. La música del dinero al ganarse.

Al fin y al cabo, una sexta parte de la Fundición Calle de la Colina le pertenecía a ella.

Uno de los seis grandes pabellones era propiedad de Savine. Dos de las doce altísimas chimeneas. Una de cada seis de las nuevas máquinas que giraban en el interior, una sexta parte del carbón en los enormes montones acumulados a paladas en el patio, de los centenares de relucientes hojas de cristal que daban a la calle. Por no mencionar la sexta parte de los beneficios, siempre crecientes. Un flujo de plata que dejaba a la altura del betún la ceca de su majestad.

—Mejor que no nos entretengamos, mi señora —musitó Zuri, con el fuego brillando en sus ojos mientras miraba a un lado y al otro de la calle oscurecida.

Tenía razón, como siempre. La mayoría de las jóvenes damas conocidas de Savine se habrían desmayado ante la mera sugerencia de visitar aquella parte de Adua sin hacerse acompañar por una comitiva de soldados. Pero quienes desean ocupar los puestos más altos de la sociedad deben estar dispuestos a dragar las profundidades de vez en cuando, si ven brillar oportunidades entre la mugre.

—Vamos —dijo Savine.

Los tacones de sus botas chapotearon al seguir la oscilante luz del niño que las guiaba con una antorcha por el laberinto de

edificios. Casas estrechas con familias enteras embutidas en cada habitación se inclinaban unas contra otras, unidas por una telaraña de cuerdas de tender bajo la que pasaban retumbando carretas cargadas que salpicaban de porquería hasta los tejados. Allí donde no se habían demolido edificios enteros para dejar espacio a los nuevos talleres y fábricas, las callejuelas retorcidas apestaban a humo de carbón y de madera, a cañerías obstruidas y a ausencia absoluta de cañerías. Era un barrio atestado de humanidad. Bullente de industria. Y sobre todo, a rebosar de dinero listo para embolsarlo.

Savine no era ni por asomo la única que se daba cuenta. Era día de paga, y los mercaderes espontáneos se arremolinaban en torno a los almacenes y las fraguas, esperando aliviar los monederos de los trabajadores al finalizar su turno, vendiéndoles pequeños placeres y exiguas necesidades. Vendiéndose a sí mismos, incluso, si lograran hallar un comprador.

Había otros que confiaban en aliviar los monederos por medios más directos. Pequeños y sucios rateros serpenteando entre la muchedumbre. Atracadores acechando en la tiniebla de los callejones. Matones encorvados en las esquinas, dispuestos a recolectar en nombre de los muchos prestamistas de la zona.

Riesgos, quizá, y peligros, pero a Savine siempre le había encantado la emoción de una apuesta, sobre todo cuando los dados estaban cargados a su favor. Había aprendido mucho tiempo atrás que por lo menos la mitad de cualquier cosa estriba en cómo se presenta. Si alguien tiene aspecto de víctima, no tardará en serlo. Si alguien parece al mando, la gente se desvivirá por obedecer sus órdenes.

Por tanto, Savine caminaba contoneándose, vestida a la ultimísima moda, sin bajar la mirada ante nadie. Andaba dolorosamente erguida, aunque lo cierto era que los tirones que había dado Zuri a los cordones de su corsé le dejaban poca elección. Caminaba como si la calle le perteneciera, y de hecho era dueña de cinco casas semiderruidas que se alzaban más abajo, abarrotadas hasta sus podridas vigas de refugiados gurkos que pagaban el doble del arriendo habitual.

Zuri era una presencia muy reconfortante a un lado, y el hermoso

acero corto forjado de Savine, una presencia muy reconfortante al otro. Muchas damas jóvenes habían empezado a adornar sus caderas con espadas desde que Finree dan Brock había causado furor al llevar una en la corte. Savine opinaba que no había nada que proporcionara tanta confianza como una hoja de metal afilado bien a mano.

El chico se había detenido frente a un edificio particularmente miserable, y sostenía en alto la antorcha para iluminar el letrero descascarillado que había sobre el dintel.

—¿De verdad es aquí? —preguntó.

Savine se recogió las faldas para poder acuclillarse al lado del chico y mirarle la cara manchada. Se preguntó si se aplicaría la suciedad con el mismo esmero con que sus doncellas ponían los polvos que llevaba ella, para despertar la cantidad exacta de compasión. A fin de cuentas, los niños limpios no necesitaban caridad.

—Es aquí. Nuestro más sentido agradecimiento por guiarnos.

Zuri puso con disimulo una moneda en la mano enguantada de Savine para que ella pudiera ofrecérsela.

A Savine no se le caían los anillos en absoluto por dar muestras sentimentales de generosidad. Si de algo servía estrujar a sus socios en privado era para que ellos se ocuparan del estrujamiento en público. Mientras tanto, Savine podía lucir su sonrisa más dulce y lanzar monedas a algún pilluelo callejero de vez en cuando, y así parecer virtuosa sin hacer el menor daño a su cuenta de resultados. En lo relativo a la virtud, a fin de cuentas, las apariencias lo son todo.

El chico se quedó mirando la plata como si fuese algún tipo de bestia legendaria de la que había oído hablar pero que jamás había esperado ver en persona.

—¿Para mí?

Savine era consciente de que en su fábrica de botones y hebillas de Holsthorm unos niños más pequeños y casi a ciencia cierta más sucios cobraban una miserable fracción de aquello por el duro trabajo de toda una jornada. El gerente insistía en que los dedos pequeños eran los más adecuados para las tareas pequeñas, y

además costaban solo salarios pequeños. Pero Holsthorm estaba muy lejos, y la distancia vuelve minúsculas las cosas. Incluso el sufrimiento de los niños.

—Para ti.

No se aventuró a revolverle el pelo, por supuesto. ¿Quién sabía qué podría estar viviendo en él?

—Qué niño tan majo —dijo Zuri, mirando cómo se marchaba corriendo en la penumbra con la moneda en un puño y su antorcha crepitante en la otra.

—Todos lo son —repuso Savine—, cuando tienes algo que quieren.

—Mi maestro de escrituras afirmó una vez que no hay nadie más bendito que quien ilumina el camino para los demás.

—¿Te refieres a ese que tuvo un hijo con una de sus discípulas?

—El mismo. —Las cejas negras de Zuri se alzaron, pensativas—. Para que luego digan de la instrucción espiritual.

La cochambrosa taberna quedó en silencio con la llegada de Savine, como si hubiera entrado de la calle algún animal exótico de la selva.

Zuri sacó un pañuelo para limpiar una zona vacía de la barra y, mientras Savine se sentaba, retiró el pasador y le quitó el sombrero sin perturbar un solo cabello. Se lo quedó guardado cerca del pecho, lo cual fue un acto prudente. Casi sin la menor duda, el sombrero de Savine valía más que aquel edificio entero, clientela incluida. Bastaba un vistazo rápido para determinar que los parroquianos solo reducían su valor.

—Vaya, vaya. —El hombre que se encontraba tras la barra estaba acercándose, secándose las manos en su delantal manchado y mirando a Savine de arriba abajo—. Diría que este no es lugar para una dama como vos.

—Acabamos de conocernos. En realidad, no tienes ni la menor idea de la clase de dama que soy. Vamos, hasta podrías estar arriesgando la vida solo por hablar conmigo.

—Supongo que puedo ser valiente si vos también lo sois. —Por su media sonrisa, parecía que se las había ingeniado para convencerse a sí mismo de que tenía algún atractivo para el sexo

opuesto—. ¿Cómo os llamáis?

Savine hincó un codo en la parte de la barra que Zuri había limpiado, de modo que pudiera inclinarse hacia delante y pronunciar con lentitud las dos sílabas.

—Savine.

—Qué nombre tan encantador.

—Huy, pues si te ha gustado la puntita, te volverás loco cuando lo tengas entero.

—¿Ah, sí? —ronroneó él—. ¿Y cómo es?

—Savine... dan... —Y se inclinó más aún para rematar la jugada —. Glokta.

Si los apellidos fuesen cuchillos y Savine le hubiera rajado la garganta con el suyo, la sangre no podría haber abandonado su cara más deprisa. Dio un carraspeo ahogado, retrocedió un paso y estuvo a punto de caer sobre uno de sus propios toneles.

—Lady Savine. —Majir estaba bajando desde una oficina del primer piso, y los peldaños de madera crujían bajo el considerable peso de la mujer—. Es todo un honor.

—¿Verdad que sí? Tu hombre y yo estábamos conociéndonos.

Majir miró al pálido tabernero.

—¿Os gustaría que se disculpara?

—¿Por qué? ¿Por no ser tan valiente como afirmaba? Si ejecutáramos a los hombres por eso, seguro que no quedarían ni media docena vivos en toda la Unión, ¿verdad, Zuri?

Zuri se apretó el sombrero de Savine contra el pecho, con expresión triste.

—Hay una escasez lamentable de héroes.

Majir carraspeó.

—Si hubiera sabido que ibais a venir hasta aquí vos misma...

—Si me pasara todo el tiempo encerrada con mi madre, acabaríamos matándonos —dijo Savine—. Y creo que los negocios deben llevarse en persona, siempre que sea posible. De lo contrario, los socios podrían sacar la conclusión de que los ojos de una no están puestos en los detalles. Y mis ojos siempre están puestos en los detalles, Majir.

En compañía de baja estofa, Savine podía dar golpes bajos.

Estaba tratando con matones, así que debía comportarse como ellos. Era el idioma que comprendían. El grueso cuello de Majir se movió al tragar saliva.

—¿Quién osaría dudarlo?

Dejó un monedero plano de cuero en la barra.

—¿Está todo?

—Un pagaré de la Banca Valint y Balk.

—¿En serio? —Valint y Balk tenía muy mala reputación, incluso para tratarse de un banco. El padre de Savine le había advertido en muchas ocasiones que no hiciera tratos con ellos, porque cuando se está en deuda con Valint y Balk, jamás se sale de ella. Pero un pagaré era lo mismo que dinero, y el dinero nunca podía ser malo. Savine pasó el monedero a Zuri, que miró dentro y dio un leve asentimiento—. Qué lejos ha llegado la cosa si hasta los bandidos usan la banca.

Majir enarcó un poco una ceja.

—Las mujeres honradas tienen la ley para protegerlas. Los bandidos deben tener más cuidado con sus ganancias.

—Eres un cielo. —Savine pasó el brazo sobre la barra para pellizcar la rolliza mejilla de Majir y darle un tirón afectuoso—. Y gracias, Zuri. Tú también eres un cielo.

Su acompañante ya estaba colocando el pasador de nuevo en su sitio.

—Si no os importa —dijo Majir—, haré que unos cuantos chicos os acompañen hasta fuera del barrio. Nunca podría perdonármelo si os ocurriera alguna cosa.

—Va, venga ya. Si me pasara algo, tu propio perdón sería el menor de tus problemas.

—Cierto. —Majir vio cómo Savine se volvía, con sus enormes puños apretados contra la barra—. Dadle mis recuerdos a vuestro padre.

Savine se echó a reír.

—No nos rebajemos a fingir que a mi padre le importan una puta mierda tus recuerdos.

Y tiró un beso al aterrorizado tabernero de camino hacia la puerta.

Dietam dan Kort, afamado arquitecto, era un hombre con toda la apariencia de ostentar el control. Su escritorio, repleto de mapas, planos y proyectos de delineante, era una maravilla de la ingeniería. Savine se había codeado con los hombres más poderosos del reino y seguía dudando haber visto un escritorio más grande que aquel. Llenaba tan por completo su despacho que dejaba solo el paso más angosto en torno a sus bordes para llegar a la silla. Dietam debía de necesitar ayuda para pasar estrujándose cada mañana. Savine se preguntó si debería recomendarle su corsetería.

—Lady Savine —entonó el arquitecto—. Es todo un honor.

—¿Verdad que sí?

Savine lo obligó a inclinarse peligrosamente lejos sobre la mesa para poder besarle la mano. Mientras tanto, aprovechó para observar la de él, grande y ancha, con los dedos llenos de cicatrices producto del trabajo duro. Un hombre hecho a sí mismo. Su pelo entrecano estaba concienzudamente extendido de lado a lado sobre una evidente calva en la coronilla. Un hombre orgulloso y presumido. Savine reparó en que los puños de su chaquetón, otrora espléndido, estaban un poco deshilachados. Un hombre que pasaba apuros pero estaba decidido a aparentar que no.

—¿A qué se debe el placer de vuestra visita? —preguntó Kort.

Savine se sentó enfrente de él mientras Zuri le quitaba el sombrero con manos diestras. Una dama con buen gusto debía dar la impresión de que no hacía el menor esfuerzo. A su alrededor sucedía lo que debía suceder, sin más.

—A la oportunidad de inversión que mencionaste en nuestro anterior encuentro —respondió ella.

El rostro de Kort se iluminó.

—¿Habéis venido a negociar esa inversión?

—He venido a hacerla.

Zuri dejó el monedero de Majir en la mesa con tanta delicadeza como si lo hubiera depositado un airecillo veraniego. Parecía diminuto en aquella enorme extensión de cuero verde. Pero esa era la magia de los bancos. Podían convertir lo impagable en minúsculo,

lo inmenso en despreciable.

En la frente de Kort había emergido un levísimo lustre de sudor.

—¿Está todo ahí?

—Un pagaré de Valint y Balk. Confío en que será suficiente.

—¡Por supuesto! —Kort fue incapaz de disimular un matiz de impaciente codicia mientras extendía el brazo sobre el escritorio—. Creo que acordamos una participación de la veinteava parte para...

Savine posó la yema de un dedo en la esquina del monedero.

—Tú mencionaste una veinteava parte. Yo me quedé callada.

La mano del arquitecto se quedó inmóvil.

—¿Entonces...?

—Una quinta parte.

Se hizo el silencio mientras él decidía lo indignado que podía permitirse estar y Savine decidía lo poco que quería mostrar que le importaba.

—¿Una quinta parte? —La cara de Kort, ya rubicunda de por sí, se puso volcánica—. ¡Mis primeros inversores recibieron la mitad de eso por el doble de dinero! ¡Yo mismo poseo tan solo una quinta parte, y eso que prácticamente lo excavé todo con mis propias manos! ¿Una quinta parte? ¿Habéis perdido el juicio?

Para Savine, no había invitación más atractiva que una puerta cerrada en su cara.

—Lo que para una persona es locura, para otra es perspicacia —replicó, sin perder ni un ápice de su sonrisa—. Tu canal sigue una ruta inteligente y tu puente es una maravilla. De verdad que tienes mi enhorabuena por él. Dentro de unos pocos años, se construirá todo en hierro. Pero no está terminado y se te ha acabado el dinero.

—¡Tengo reservas para dos meses!

—Tienes para dos semanas como mucho.

—¡En ese caso, dispongo de dos semanas para encontrar un inversor más razonable!

—Dispones de dos horas. —Savine envió sus cejas casi hasta el techo—. Esta noche visitaré a Tilde dan Rucksted.

—¿A quién?

—A Tilde, la joven esposa del lord mariscal Rucksted. Una chica maravillosa y afable, pero ¡caray, menuda chismosa! —Alzó la

mirada buscando confirmación.

—Me apena hablar mal de una criatura de Dios —reconoció Zuri, con un santurrón aleteo de sus largas pestañas—, pero sí que es una cotilla de mucho cuidado.

—Cuando le revele en la más estricta confianza que andas falto de inversiones, que careces de los permisos necesarios y que tienes trabajadores revoltosos dándote problemas, lo sabrá toda la ciudad antes de que salga el sol.

—Sería como imprimirlo en un folleto —convino Zuri con expresión abatida.

—Y entonces, buena suerte encontrando inversores, razonables o no.

A Kort le había costado solo un momento pasar del rojo brillante al blanco cadavérico, y Savine se echó a reír.

—¡No seas tonto, cómo voy a hacer algo así! —Dejó de reírse—. Porque vas a firmarme la concesión de una quinta parte de tu empresa. Ahora mismo. Y así podré confiarle a Tilde que acabo de hacer la mejor inversión de mi vida, y ella no podrá resistirse a invertir también. No solo es una mujer de lengua larga, sino también de puño cerrado.

—La avaricia es una cualidad que los sacerdotes aborrecen. —Zuri suspiró—. Sobre todo los ricos.

—Pero está muy extendida en estos tiempos —se lamentó Savine—. Si lady Rucksted ve una posibilidad de beneficio, me atrevería a decir que puede convencer a su marido de abrir una brecha en la Muralla de Casamir para que puedas extender tu canal cruzando las Tres Granjas. —Y Savine podría obtener unos beneficios inauditos revendiéndose a sí misma las chabolas de barrio pobre que había comprado en la ruta más probable del canal—. El mariscal muestra una infame tozudez con casi todos los demás, pero con su esposa es un calzonazos. Ya sabes cómo son los hombres mayores casados con mujeres jóvenes.

Kort estaba atrapado a medio camino entre la ira y la ambición. A Savine le parecía bastante bien tenerlo en ese punto. La mayoría de los animales, a fin de cuentas, tenían mejor aspecto enjaulados.

—¿Extender mi canal... por las Tres Granjas?

—Serías el primero en hacerlo. —Y de paso, el canal podría dar servicio a las tres plantas textiles que poseía Savine y a la Fundición Calle de la Colina, e incrementar drásticamente su productividad—. Incluso me atrevería a decir que, tratándose de un amigo, podría ingeniármelas para que la Inquisición de su majestad se presentara en una reunión de trabajadores. Supongo que esa mano de obra tuya tan problemática se volverá mucho más maleable después de sentar unos cuantos ejemplos severos.

—Los ejemplos severos —terció Zuri— son algo que los sacerdotes siempre aprueban.

Kort parecía a punto de ponerse a babear. Savine pensó que más les valía parar antes de que el hombre tuviese que cambiarse de pantalones.

—Una décima parte —ofreció Kort, con la voz bastante ronca.

—Bah. —Savine se levantó y Zuri se acercó a ella con el sombrero, dando vueltas al pasador entre sus largos dedos con la delicadeza de un mago—. Como arquitecto, rivalizas con el mismísimo Kanedias, pero te pierdes sin remedio en el laberinto que es la sociedad aduense. Necesitas un guía, y yo soy la mejor que existe. Venga, sé bueno y dame esa quinta parte antes de que me quede con una cuarta. Sabes bien que sería una ganga incluso llevándome un tercio del negocio.

Kort se hundió, su barbilla aposentándose en la grasienta papada, sus ojos resentidos fijos en ella. Saltaba a la vista que no era un hombre a quien le gustara perder. Pero ¿qué diversión tendría derrotar a un hombre al que le gustara?

—Muy bien. Una quinta parte.

—Un notario de la firma de Temple y Kahdia está redactando ya los documentos. Se pondrá en contacto contigo.

Savine se volvió hacia la puerta.

—Ya me lo advirtieron —gruñó Kort mientras sacaba el pagaré de Valint y Balk del monedero—. Me advirtieron que lo único que os importa es el dinero.

—Desde luego, hay que ver lo pretenciosa que es alguna gente. Pasado un punto que superé hace mucho tiempo, ya ni siquiera me preocupa el dinero. —Savine alzó el ala de su sombrero a modo de

despedida—. Pero ¿cómo si no voy a llevar la cuenta?

Un pequeño ahorcamiento público

—Odio los putos ahorcamientos —dijo Orso.

Una de las fulanas soltó una risita, como si hubiera sido una ocurrencia divertidísima. Fue la risa más falsa que Orso había oído en la vida y, en lo concerniente a risas falsas, era un gran entendido. Todo el mundo era falso en su presencia, y él, el peor actor de todos.

—Imagino que vos podríais impedirlo —dijo Hildi—, si quisierais.

Orso alzó la mirada para fruncir el ceño a la chica, sentada en el muro con las piernas cruzadas y la barbilla apoyada en la palma de una mano.

—Bueno... supongo que sí. —Era raro que nunca se le hubiera ocurrido esa idea. Se visualizó a sí mismo subiendo de un salto al patíbulo, exigiendo que se indultara a aquella pobre gente y devolviéndolos a sus miserables vidas entre lágrimas agradecidas y eufóricos aplausos. Entonces suspiró—. Pero... la verdad es que no debería interferir en el trabajo del poder judicial.

Embustes, como todo lo que salía de su boca, construidos para dejarlo como alguien un poquito menos detestable. Orso se preguntó a quién pretendía engañar. Sin duda, Hildi le adivinaba las intenciones. Lo cierto era que a la hora de detener el ahorcamiento, como a la hora de hacer muchas otras cosas, sencillamente no le daba la gana molestarse. Esnifó otro pellizco de polvo de perla, haciendo un ruido que resonó mientras el inquisidor al mando llegaba al frente del cadalso y la multitud guardaba un silencio expectante.

—Estas tres... personas —dijo el inquisidor, y paseó un brazo hacia los presos encadenados, cada cual sostenido por la axila por un verdugo encapuchado— son miembros del grupo de criminales conocido como los Rompedores. ¡Están acusados de alta traición a

la Corona!

—¡Traición! —chilló alguien.

El grito degeneró en toses. Ese día no hacía viento, lo cual empeoraba los vapores. No era que hubiese muchos días buenos para los vapores en los últimos tiempos, con tantas chimeneas nuevas brotando a lo largo y ancho de Adua. A la gente del fondo debía de costarle ver el cadalso a través del aire lóbrego.

—¡Han sido declarados culpables de provocar incendios y romper maquinaria, de incitar a la revuelta y dar cobijo a fugitivos de la justicia del rey! ¿Tenéis alguna cosa que decir?

Era evidente que el primer prisionero, un tipo corpulento y barbudo, tenía algo.

—¡Somos leales súbditos de su majestad! —bramó con voz de héroe, grave, varonil y vibrante de pasión—. ¡Lo único que queremos es un salario decente por un trabajo decente!

—Yo preferiría un salario indecente por un trabajo nulo —masculló Tunny.

Yema se echó a reír mientras daba un sorbo a su botella y escupía una apestosa neblina alcohólica que se aposentó en la peluca de la anciana dama bien vestida que tenían delante.

Un hombre de espectaculares patillas entrecanas, cabía suponer que su marido, parecía opinar que no estaban tomándose aquella ocasión con la solemnidad requerida.

—¡Sois todos una condenada vergüenza! —restalló después de volverse hacia ellos hecho una furia.

—¿Ah, sí? —Tunny sacó hacia fuera con la lengua un moflete canoso—. ¿Lo has oído, Orso? Eres una condenada vergüenza.

—¿Orso? —murmuró el hombre—. No será...

—Exacto.

Tunny lució su sonrisa amarilla y Orso hizo una mueca. Odiaba que Tunny lo utilizara para intimidar a la gente. Casi tanto como odiaba los ahorcamientos. Pero, por algún motivo, nunca encontraba las fuerzas necesarias para detener ninguna de las dos cosas.

El fanático de las patillas se había puesto tan blanco como una sábana recién lavada, cosa que Orso llevaba ya algún tiempo sin

ver.

—Alteza, no tenía ni idea. Por favor, aceptad mis...

—No son necesarias. —Orso hizo un gesto perezoso con la mano, haciendo aletear el puño de encaje manchado de vino, y tomó otro pellizco de polvo de perla—. Soy una condenada vergüenza. Se me conoce por ello. —Dio al hombre una palmadita tranquilizadora en el hombro, cayó en la cuenta de que se lo había manchado de polvo e intentó sacudírselo sin éxito—. Por favor, no te preocupes por mis sentimientos. No los tengo.

O eso decía a menudo. La verdad era que a veces le daba la sensación de tener demasiados. Tiraban de él con tanta violencia en una docena de direcciones distintas que lo dejaban incapaz de moverse en absoluto.

Tomó otro pellizco por si acaso. Al mirar hacia abajo con ojos lacrimosos, reparó en que la caja estaba vaciándose peligrosamente.

—Hildi —musitó, alzándola hacia ella—. No queda.

La chica se dejó caer del muro y se irguió en toda su altura. Lo cual dejó su coronilla más o menos a la altura de las costillas de Orso.

—¿Otra vez? ¿A quién le compro?

—¿A Majir?

—Ya le debéis a Majir ciento cincuenta y un marcos. Dice que no puede fiaros más.

—¿A Spizeria, pues?

—A él le debéis trescientos seis. Tres cuartos de lo mismo.

—¿Cómo leches he llegado a eso?

Hildi lanzó una mirada significativa en dirección a Tunny, Yema y las putas.

—¿Queréis que responda a esa pregunta?

Orso se devanó los sesos buscando a alguien más, pero se rindió. Si sobresalía en algo, a fin de cuentas, era en rendirse.

—Por el amor de Dios, Hildi, todo el mundo sabe que soy solvente. Cualquier día de estos me llegará una herencia considerable.

Nada menos que la Unión, y todo lo que contenía, y toda su

insoportable carga de preocupaciones, y de imposible responsabilidad, y de aplastantes expectativas. Torció el gesto y lanzó la cajita a la chica.

—Y a mí me debéis nueve marcos —murmuró ella.

—¡Largo! —Orso intentó ahuyentarla con un ademán, se enganchó dolorosamente el meñique en el ribete de la manga y tuvo que romperlo para soltarse—. ¡Tú tráemelo!

Hildi dio un sufrido suspiro, se colocó aquel antiguo gorro de soldado sobre los rizos rubios y se perdió entre la muchedumbre.

—Tu chica de los recados es muy mona y graciosa —farfulló una fulana, volcando su peso en el brazo de él.

—Es mi ayuda de cámara —dijo Orso, arrugando la frente—, y es un puto tesoro.

Mientras tanto, en el patíbulo, el barbudo estaba vociferando el manifiesto de los Rompedores con más emoción si cabe. El ruido del gentío iba en aumento, pero, para gran malestar del inquisidor, el discurso del barbudo comenzaba a calar. Entre las burlas empezaban a oírse gritos de apoyo.

—¡Basta de máquinas! —rugió el barbudo, con las venas marcándose en su grueso cuello—. ¡Basta de confiscar tierras comunales!

Parecía un tipo bastante de provecho. Más de provecho que Orso, eso desde luego.

—Qué puto desperdicio —murmuró.

—¡El Consejo Abierto no debería ser solo para los nobles! ¡Todo hombre debería tener voz en...!

—¡Basta! —bramó el inquisidor, e indicó a un verdugo que avanzara.

El preso siguió intentando hablar mientras le apretaban el nudo corredizo, pero sus palabras se perdieron en la ira creciente de la multitud.

Era incomprensible. Aquel hombre, nacido sin ventajas, creía tanto en algo que estaba dispuesto a morir por ello. Orso, nacido con todo lo concebible, apenas lograba obligarse a salir de la cama por las mañanas. O por las tardes, ya puestos.

—Pero la cama está calentita, eso sí —musitó.

—Ciertamente lo está, alteza —le ronroneó al oído la otra puta. Llevaba un perfume tan fuerte y mareante que era sorprendente que las palomas no cayeran aturdidas del aire a su alrededor.

El inquisidor asintió con la cabeza.

En lugar de requerir hombres fuertes o caballos para izar a los condenados, alguien con iniciativa había diseñado un sistema mediante el cual los condenados podían caer a través del suelo del cadalso con solo accionar una palanca. Últimamente existía un invento para volver cualquier cosa más efectiva, a fin de cuentas. ¿Por qué matar a gente iba a ser una excepción?

Se alzó un extraño sonido en la muchedumbre cuando la cuerda se tensó. En parte era aclamación gozosa, en parte abucheo burlón, en parte gemido incómodo, pero sobre todo respingo de alivio. Alivio de no ser ellos quienes estaban en el extremo de la soga.

—Mierda —masculló Orso, metiéndose un dedo por el cuello de la camisa.

No había nada ni remotamente satisfactorio en aquello. Incluso si aquellas personas de verdad eran enemigas del estado, la verdad era que muy peligrosas no parecían.

La siguiente en recibir la justicia del rey fue una chica que no llegaría ni a los dieciséis años. Sus ojos, muy abiertos en sus cuencas magulladas, pasaron de la trampilla abierta al inquisidor que se aproximaba a ella.

—¿Tienes algo que decir?

La chica apenas pareció comprenderlo. Orso se descubrió deseando que los vapores fuesen más densos y le impidieran del todo verle la cara.

—Por favor —dijo el hombre que estaba a su lado. Había lágrimas cayendo en surcos por sus mejillas sucias—. Matadme a mí, pero por favor...

—Hacedlo callar —espetó el inquisidor, que no estaba disfrutando en absoluto del papel que le había correspondido en aquella macabra pantomima.

El público estaba arrojando verduras al cadalso con desgana, pero costaba saber si iban dirigidas a los condenados o a quienes estaban ejecutando la sentencia. Se extendía una mancha oscura

por la parte delantera del vestido de la chica.

—Puaj —dijo Yema—. Se ha meado encima.

Orso arrugó la frente mirándolo de reojo.

—¿Y eso es lo que te asquea?

—Anda que no te he visto yo veces mearte encima —dijo Tunny a Yema en tono burlón, y las rameras soltaron más risitas falsas. Las patillas del hombre de delante se movieron cuando hizo rechinar los dientes.

Orso apretó también los suyos mirando hacia el cadalso. Hildi había estado en lo cierto y él podía detener todo aquello. Si no él, ¿quién? Si no entonces, ¿cuándo?

Había algún problema con la cuerda de la chica y el inquisidor bisbiseaba furioso a un verdugo que se había levantado el capuchón sobre el rostro sudado para estudiar el nudo.

Orso estaba a punto de dar un paso adelante. Estaba a punto de rugir: «¡Alto!».

Pero las circunstancias siempre conspiraban para impedirle hacer lo correcto. Oyó una voz tenue y aguda junto a su oído.

—Alteza.

Se volvió para ver el rostro ancho, plano y decididamente inoportuno de Bremer dan Gorst, que estaba a su lado.

—Gorst, cabrón agobiante. —El insulto no provocó ni la más leve reacción. Nada la provocaba jamás—. ¿Cómo me has localizado?

—Habrá seguido la peste a vergüenza —dijo Tunny.

—Es bastante fuerte por estos lares. —Orso echó mano al polvo de perla, recordó que ya no lo tenía y optó por arrancar la botella de manos de Yema y echarle un trago.

—La reina me envía a buscaros —trinó Gorst.

Orso sopló entre los labios fruncidos para hacer una larga pedorreta.

—¿Es que no tiene nada mejor que hacer?

Yema soltó una risita.

—¿Qué podría importar más a una madre que el bienestar de su hijo mayor?

Los ojos de Gorst se volvieron de soslayo hacia él y se quedaron allí. No hizo otra cosa que mirar, pero bastó para que la risa de

Yema fuese desinflándose hasta quedar en nervioso silencio. Quizá sonara como un payaso, pero el primer guardia de su majestad no era alguien a quien tratar a la ligera.

—¿Crees que podría llevarme a las fulanas? —preguntó Orso—. Les he pagado el día entero. —Entonces llegó su turno de afrontar la mirada inexpresiva de Gorst. Suspiró—. ¿Querrías acompañar a las damas a su residencia, Tunny?

—Ah, les haré un acompañamiento sinfónico, alteza.

Más risitas falsas.

Orso se apartó del grupo sin grandes reparos. Odiaba los putos ahorcamientos, pero las chicas habían querido ir a verlos y Orso también odiaba decepcionar a la gente. Por lo visto, el resultado era que terminaba decepcionando a todo el mundo. A su espalda se oyó ese extraño sonido a medio camino entre el respingo y la aclamación cuando se abrió la siguiente trampilla.

Orso lanzó su sombrero sobre la cabeza calva de un busto de Bayaz y se felicitó al ver que quedaba reposando en el legendario mago en un ángulo elegante.

Las pisadas de los talones de sus botas resonaron en el cavernoso espacio de salón mientras cruzaba un mar de baldosas hacia la diminuta isla de mobiliario que había en el centro. La gran reina de la Unión estaba sentada en una temible postura erecta, envuelta en diamantes, emergiendo del diván como una espectacular orquídea creciendo en una maceta bañada en oro. Sobraba decir que Orso la conocía de toda la vida, pero la pura majestuosidad que emanaba de aquella mujer seguía sobrecogiéndolo siempre que la veía.

—Madre —saludó en estirio. Hablar en el idioma del país que gobernaban la sacaba de quicio, y Orso sabía por experiencia propia que sacar de quicio a la reina Terez nunca, jamás, merecía la pena—. Venía de camino a verte cuando me ha encontrado Gorst.

—Debes de tomarme por alguna extraña clase de idiota —replicó la reina, volviendo la cara en ángulo hacia él.

—No, no. —Orso se agachó para rozar con los labios una mejilla

muy maquillada—. Solo por la clase normal.

—De verdad, Orso, ese acento que tienes se ha vuelto espantoso.

—Bueno, ahora que Estiria está controlada casi del todo por nuestros enemigos, encuentro muy pocas oportunidades de practicar.

La reina le quitó una minúscula pelusilla de la chaqueta.

—¿Estás embriagado?

—No debería estarlo. —Orso cogió la jarra con un floreo y se sirvió una copa—. He esnifado la cantidad justa de polvo de perla para compensar las cáscaras que había fumado a primera hora. —Se frotó la nariz, que seguía agradablemente adormecida, y alzó su copa en saludo—. Con una botella o dos para suavizar la subida, debería llegar perfecto a la hora de comer.

Los pechos reales, constreñidos por un corsé que era una obra maestra de la ingeniería a la altura de cualquier otra maravilla de la nueva era, se inflaron majestuosos cuando la reina suspiró.

—La gente espera cierta indolencia en un príncipe heredero. Era encantador cuando tenías diecisiete años. A los veintidós, empezó a hacerse irritante. A tus veintisiete, hiede a desesperación.

—Ni te lo imaginas, madre. —Orso se dejó caer en una silla tan incómoda que fue como encajar un puñetazo en el culo—. Llevo muchísimo tiempo muy avergonzado de mí mismo.

—Podrías probar a hacer algo de lo que enorgullecerte. ¿Te lo habías planteado?

—He pasado días enteros planteándomelo. —Arrugó la frente con aire de entendido tras alzar la copa hacia la luz de los enormes ventanales—. Pero llegar a hacerlo de verdad se me antoja un esfuerzo muy excesivo.

—La verdad es que a tu padre le vendría muy bien tu apoyo. Es un hombre débil, Orso.

—Como jamás te cansas de hacerle saber.

—Y vivimos en tiempos difíciles. La última guerra... no terminó bien.

—Terminó de maravilla, si eres el rey Jappo de Estiria.

Su madre pronunció las siguientes palabras con gélida precisión.

—Pero tú... no lo... eres.

—Una lástima, se mire como se mire.

—Eres el enemigo acérrimo del rey Jappo y el legítimo heredero de todo lo que robaron él y esa Serpiente de Talins, tres veces maldita, ¡y ya va siendo hora de que te tomes en serio tu posición! Tenemos enemigos por todas partes. También dentro de nuestras fronteras.

—Soy consciente. Acabo de asistir al ahorcamiento de tres de ellos. Dos campesinos y una chica de quince años. Se ha meado encima. Nunca me he sentido más orgulloso.

—En ese caso, confío en que hayas venido con una actitud receptiva.

La madre de Orso dio dos fuertes palmadas y el lord chambelán Hoff entró con andares pomposos. Con su chaleco abultado en torno a la barriga y las piernas como palos envueltas en calzas ajustadas, recordaba sobre todo a un gallo de competición patrullando celoso su corral.

—Majestad. —Se inclinó tan bajo ante la reina que casi sacó brillo a las baldosas con la nariz—. Alteza. —La inclinación ante Orso fue igual de profunda, pero de algún modo logró transmitir un desprecio ilimitado. O quizá fuese solo que Orso veía su propio desprecio por sí mismo reflejado en aquella sonrisa servil—. He registrado a fondo el Círculo del Mundo entero en busca de las candidatas más adecuadas. ¿Debería atreverme a sugerir que la futura alta reina de la Unión se halla entre ellas?

—Ay, madre mía. —Orso dejó caer la cabeza hacia atrás y fijó la mirada en el hermoso mural del techo, que representaba a los pueblos del mundo arrodillados ante un sol dorado—. ¿*Otro* desfile?

—Asegurar la sucesión no es ninguna broma —afirmó su madre.

—O si lo es, no tiene gracia.

—No te pongas ocurrente, Orso. Tus dos hermanas han cumplido con sus deberes dinásticos. ¿Acaso crees que Cathil quería mudarse a Starikland?

—Es toda una inspiración para mí.

—¿Acaso crees que Carlot quería casarse con el canciller de Sipani?

En realidad a Carlot le había encantado la idea, pero a la madre de Orso le gustaba imaginarse a todo el mundo sacrificando su vida entera en el altar del deber, como siempre decía haber hecho ella.

—Por supuesto que no, madre.

Ya había dos lacayos metiendo un enorme cuadro en la estancia, esforzándose para que el marco no se quedase atascado en el hueco de la puerta. Desde el lienzo, una chica paliducha con un cuello absurdamente largo sonreía cautivadora.

—Lady Sithrin dan Harnveld —anunció el lord chambelán.

Orso se hundió más en su silla.

—¿De verdad me interesa una esposa que pueda medir en leguas la distancia entre la barbilla y las tetas?

—Es una licencia artística, alteza —aclaró Hoff.

—Si lo llamas arte, puedes hacer que cuele cualquier cosa.

—En persona es bastante presentable —dijo la reina—. Y su familia se remonta a los tiempos de Harod el Grande.

—Una auténtica purasangre —terció el lord chambelán.

—Sí que es más tonta que un caballo, sí —repuso Orso—. Y no se puede tener a dos imbéciles como rey y también como reina.

—Siguiente —dijo la madre de Orso con voz crispada, y una segunda pareja de lacayos estuvo a punto de chocar con la primera mientras entraba cargando con el cuadro de una estiria de sonrisa artera.

—La condesa Istarine de Affoia es una experta política y nos proporcionaría valiosos aliados en Estiria.

—Por la pinta que tiene, es más probable que me proporcione un caso grave de polla podrida.

—Suponía que ya serías inmune a base de exposición constante —comentó la reina, haciendo desaparecer el retrato con una exquisita floritura de los dedos.

—Es una pena que ya nunca te vea bailar, madre. —La reina era una bailarina excelente. A veces, hasta parecía disfrutar con ello.

—Tu padre es un patán absoluto como compañero.

Orso compuso una sonrisa triste.

—Lo hace lo mejor que puede.

—Esta es Messela Sivirine Sistus —proclamó el chambelán—, la

hija menor del emperador Dantus Goltus, una...

—¿Ni siquiera nos ofrece a la hija mayor? —preguntó imperiosa la reina, antes de que Orso tuviera ocasión de plantear sus propias objeciones—. Me parece a mí que no.

Y así prosiguió el desfile, mientras Orso veía la mañana transformarse en tarde por el constante decrecimiento del nivel de vino en la jarra e iba rechazando una a una a todas las flores de la feminidad.

—¿Cómo iba a tolerar a una esposa que me saque una cabeza?

—Esta es más borracha que yo.

—Por lo menos sabemos que es fértil, ya que ha parido a dos bastardos, que yo sepa.

—¿Eso que tiene en la cara es una nariz o una verga?

Casi deseó haber regresado a los ahorcamientos. Eso, en teoría, podía haberlo detenido. Pero ante su madre estaba absolutamente desvalido. Su única posibilidad era esperar a que terminara. En el Círculo del Mundo había una cantidad finita de mujeres, después de todo.

Al cabo de mucho tiempo, se llevaron el último retrato del salón y el lord chambelán se quedó retorciéndose las manos.

—Majestad, alteza, de verdad que lamento...

—¿Ya está? —preguntó Orso—. ¿No hay un cuadro de Savine dan Glokta esperando en el pasillo?

Incluso desde aquella distancia notó la gelidez del desagrado de la reina.

—Venga, por favor, si su madre es una palurda de baja estofa, y para colmo borracha.

—Pero también el colmo de la diversión en las fiestas, y digas lo que digas de lady Ardee, el archilector Glokta tiene el respeto del pueblo. O por lo menos, su terror más abyecto.

—Un gusano lisiado —escupió la reina—. ¡Un torturador!

—Pero es nuestro torturador, ¿no, madre? *Nuestro* torturador. Y tengo entendido que su hija se ha hecho con unas riquezas espectaculares.

—Dinero ganado mediante el *comercio*, *tratos e inversiones*. —La reina pronunció las palabras con el mismo desprecio que si

fuesen iniciativas criminales. Y que Orso supiera, los negocios de Savine bien podían ser criminales. No se habría sorprendido en absoluto de que lo fueran.

—Venga, madre, el dinero obtenido vergonzosamente del comercio llena los mismos huecos en el tesoro que el exprimido con nobleza de la miseria de los campesinos.

—¡Es demasiado mayor! Tú eres demasiado mayor, y ella es incluso más vieja que tú.

—Pero tiene unos modales impecables y sigue siendo una belleza muy celebrada. —Hizo un gesto perezoso en dirección a la puerta—. Su retrato sería más bonito que el de cualquiera de esas lechonas, y el pintor no se vería obligado a mentir. Y «reina Savine» suena bastante bien. —Soltó una risita—. Casi hasta rima.

Su madre era un témpano furibundo.

—¿Estás haciéndolo solo para irritarme?

—No solo para irritarte.

—Prométeme que jamás tendrás nada que ver con esa gusana ambiciosa.

—¿Con Savine dan Glokta? —Orso se reclinó con expresión divertida—. Su madre es plebeya, su padre torturador y ella ha obtenido su dinero de los negocios. —Sacudió la jarra para que las últimas gotas cayeran en su copa—. Y aparte de todo eso, ya lo creo que es demasiado mayor, coño.

—Oh —gimió—. ¡Oh! ¡Oh, joder!

Orso arqueó la espalda, se agarró con desespero al borde de la mesa, volcó de una patada un lapicero lleno de plumas en el suelo, dio con la cabeza contra la pared y provocó una pequeña lluvia de yeso que le cayó en los hombros. Intentó escabullirse con todas sus fuerzas, pero ella lo tenía agarrado por las pelotas. Literalmente.

Estiró el cuello, estuvo a punto de tragarse la lengua, tosió y susurró un «joder» incluso más apurado a través de dientes apretados antes de decaer con un gimoteo, lanzar una patada y decaer de nuevo, notando las piernas temblar débiles con los dolorosos espasmos de después.

—Joder —suspiró.

Savine miró a su alrededor con los labios apretados, cogió la copa de vino medio llena de Orso y escupió en su interior. Él reparó en que, incluso en esas circunstancias, la cogía por el fuste con toda la elegancia del mundo. Savine se raspó los dientes con la lengua, escupió otra vez y dejó la copa en la mesa al lado de la suya.

Orso miró cómo su simiente flotaba en el vino.

—Eso... es un poco asqueroso.

—Venga ya. —Savine se enjuagó la boca con el contenido de la otra copa—. Tú solo tienes que mirarlo.

—Cuánta irreverencia. ¡Un día, señora mía, seré vuestro rey!

—Y sin duda, vuestra reina escupirá vuestras corridas en una caja dorada con objeto de distribuirla en días festivos para bien del pueblo. Mi enhorabuena a los dos, alteza.

Él se permitió una risita tontorrona.

—¿Por qué una persona tan absolutamente perfecta como tú desperdicia sus energías con un memo como yo?

Savine hizo un mohín perspicaz, como si intentara resolver el misterio, y durante un momento extraño y estúpido, Orso estuvo a punto de proponérselo. Las palabras le hicieron cosquillas en los labios. No había ninguna más adecuada para él. Savine tenía todas las cualidades que desearía tener él. Qué lista era. Qué disciplinada. Qué decidida. Además, habría merecido la pena solo por ver la cara que pondría su madre. Casi se decidió a proponérselo.

Pero las circunstancias siempre conspiraban para impedirle hacer lo correcto.

—Solo se me ocurre un motivo —dijo ella, subiéndose las faldas y sentándose en la mesa al lado de él.

El culo sudado de Orso se sacudió contra el cuero mientras se escurría hasta al suelo con las piernas aún temblorosas y los pantalones caídos alrededor de los tobillos. Abrió la cajita y esparció un poco de polvo de perla en el dorso de la mano para esnifar la mitad y ofrecer el resto a Savine.

—Que no se diga que solo pienso en mí mismo —dijo mientras ella se tapaba una fosa nasal para esnifar su parte.

Savine parpadeó un momento mirando al techo, con las

pestañas aleteando como si estuviese a punto de estornudar. Luego volvió a apoyarse en los codos y movió las caderas hacia él.

—Venga, ponte a ello.

—Hoy no estás nada romántica, ¿eh?

Ella le metió los dedos en el pelo y le retorció la cabeza haciéndole un poco de daño para ponérsela entre las piernas.

—Mi tiempo sí que es valioso.

—Cuánto descaro. —Orso suspiró mientras se pasaba una pierna de Savine sobre el hombro y bajaba la mano por la piel desnuda hasta oírla dar una bocanada, hasta sentirla estremecerse. Le dio ligeros besos en la espinilla, en la rodilla, en el muslo—. ¿Acaso no tienen fin las exigencias de los súbditos de uno?

Los Rompedores

—¿Qué clase de nombre es Vick, por cierto?

—Diminutivo de Victarine.

—Coooño, vuesa merced —se burló Grise. Vick no la conocía de hacía mucho, pero ya empezaba a hartarse de ella—. Seguro que también tenéis un puto «dan» en el apellido, ¿eh, excelencia?

La mujer bromeaba. Pero la cosa tenía que ponerse muy graciosa para hacer reír a Vick, y aquello no superaba el listón.

Sostuvo la mirada a Grise.

—Sí que tuve un «dan» en el apellido, una vez. Mi padre era maestre de la Ceca del Rey. Tenía unos aposentos enormes en el Agriont. —Vick señaló con el mentón hacia donde suponía que estaba situada la fortaleza, aunque los puntos cardinales eran difíciles de distinguir en un sótano mohoso—. Justo al lado del palacio. Tan grande que cabía una estatua de Harod el Grande en el salón. A puto tamaño real.

A esas alturas Grise llevaba las cejas bien bajas en su cara redonda, que reflejaba la luz intermitente cuando las botas, los cascos de caballos y las ruedas de carro pasaban frente a los ventanucos que había cerca del techo.

—¿Te criaste en el Agriont?

—No me estás escuchando. Mi padre tenía sus aposentos allí. Pero a mis ocho años pisó los pies que no debía y la Inquisición se lo llevó. Dicen que fue el Viejo Palos en persona quien le hizo las preguntas.

Eso cambió el ambiente. Grise hizo una leve mueca y Sebo parpadeó mirando las sombras como si el mismísimo archilector pudiera estar merodeando tras las polvorientas estanterías con una docena de practicantes.

—Mi padre era inocente. Por lo menos, de lo que lo acusaron.

Pero cuando el Viejo Palos empezó con lo suyo... —Vick dio tal manotazo en la mesa que Sebo saltó hasta casi dar contra el techo —. Empezaron a chorrear las confesiones como de un desagüe roto. Alta traición. Lo enviaron a Angland, a los campos de prisioneros, allá en el Norte. —A Vick no le apetecía mucho hacerlo, pero sonrió—. Y nadie quiere dividir una familia feliz, así que enviaron a mi madre con él. A mi madre, a mi hermano, a mis hermanas y a mí. A los campos, Grise. Allí fue donde me crie. Así que no pongas en duda mi compromiso con la causa. Eso, jamás.

Se llegó a oír a Sebo tragando para contener una náusea.

—¿Cómo son los campos?

—Te las vas apañando.

Cuánta mugre, cuánto dolor, hambre, muerte, injusticia y traición enterró Vick en aquella frase. La helada oscuridad de las minas, el abrasador brillo de los hornos, la rechinante furia y la sollozante desesperación, los cuerpos en la nieve. Vick se obligó a mantener el rostro neutro, empujó hacia abajo el pasado como se empuja hacia abajo la tapa de una caja llena de gusanos.

—Te las vas apañando —repitió con más firmeza. Cuando se cuenta una mentira, hay que sonar como quien se la cree. Y el doble de eso para las que una se cuenta a sí misma.

Grise dio media vuelta al oír el chirrido de la puerta abriéndose, pero era solo Sibalt, que llegaba por fin, acompañado del enorme y adusto Páramo. Sibalt apoyó los puños en la mesa y respiró hondo, con su noble cara llena de abatimiento.

—¿Qué pasa? —preguntó Sebo con un hilo de voz.

—Han colgado a Junco. Han colgado a Cudber. Han colgado a su hija.

Grise se lo quedó mirando.

—Tenía quince años.

—¿Por qué? —preguntó Sebo.

—Solo por hablar. —Sibalt puso la mano en el flaco hombro del chico y le dio un apretón—. Solo por organizar. Solo por intentar que los trabajadores se unieran y hablaran con una sola voz. Ahora eso se considera traición.

—¡Pues entonces ya pasó el momento de hablar, coño! —rugió

Grise.

Vick estaba igual de furiosa que los demás. Pero en los campos había aprendido que todo sentimiento es una debilidad. Había que encerrar el dolor con candado y pensar en lo que ocurriría después.

—¿De quiénes sabían ellos tres? —preguntó.

—¿Eso es en lo único que piensas? —Grise subió su gordo puño ante la cara de Vick y lo agitó—. ¿En si estás a salvo, joder?

Vick pasó la mirada de su puño a sus ojos.

—Todo nombre que supieran, lo habrán revelado.

—Cudber no. Él nunca lo haría.

—¿Ni cuando pusieron los hierros a su hija? —Grise no tuvo nada que decir a eso, y la impresión fue borrándole poco a poco la ira del rostro—. Habrán confesado todos los nombres que conocieran. Y luego, otros muchos nombres más, porque cuando se te acaba la verdad empiezas a soltar mentiras.

Páramo negó con su inmensa cabeza.

—Junco no.

—Sí, Junco, y Cudber, y su hija, sí, y tú o yo o cualquiera. La Inquisición vendrá a por todos aquellos de quienes ellos supieran, y no tardará. Así que insisto: ¿de quiénes sabían ellos tres?

—Solo de mí. —Sibalt la miró, calmado y a los ojos—. Ya me aseguré de ello.

—Pues entonces tienes que huir de Adua. Por tu bien y por el bien de la causa.

—¿Quién coño eres tú para dar órdenes? —Grise se inclinó hacia ella señalándola con el dedo—. ¡Aquí eres la más nueva!

—Y tal vez por eso sea la que piensa más claro.

Vick apoyó la mano en la hebilla del cinturón, donde llevaba escondida la nudillera. No era que considerase a Grise una gran amenaza, por corpulenta que fuese. La gente muy gritona tendía a tardar un tiempo en pasar a mayores. Pero Vick estaba dispuesta a derribarla si era necesario. Y cuando Vick derribaba a alguien, se preocupaba de que cayera de verdad.

Por suerte para Grise, Sibalt le puso una mano amable en el hombro y la contuvo.

—Vick tiene razón. Debo salir de Adua. En el momento en que

hayamos dado el golpe.

Páramo sacó un papel sucio y lo desenrolló en la mesa. Era un plano de la ciudad. Sibalt tocó un punto en las Tres Granjas, no muy lejos de donde habían empezado a construir aquel canal nuevo.

—La Fundición Calle de la Colina.

—Aunque la calle de la Colina ya no exista —añadió Páramo a su manera laboriosa—, desde que la echaron abajo para levantar la fundición.

—Están haciendo sitio para más máquinas —dijo Sibalt.

Sebo asintió.

—He pasado de camino hacia aquí. Se comenta que esas máquinas dejarán a doscientos hombres y mujeres sin trabajo.

—Entonces, ¿qué? —murmuró Vick, frunciendo el ceño—. ¿Vamos a romperlas?

—Vamos a enviarlo todo al infierno —dijo Grise—. Con fuego gurko.

Vick parpadeó.

—¿Cuánto tenéis?

—Tres toneles —respondió Sibalt—. ¿Crees que bastarán?

—Bien colocados, tal vez sí. ¿Sabéis utilizarlo?

—La verdad es que no. —Sibalt le sonrió—. Pero tú sí. Trabajaste con él en las minas, ¿verdad? En Angland.

—Así es. —Vick lo miró entornando los ojos—. ¿De dónde lo habéis sacado?

—¿Y a ti qué te importa? —espetó Grise.

—Me importa que vuestra fuente sea de confianza. Me importa que funcione. Me importa que no vaya a explotar demasiado pronto y acaben lloviendo trocitos nuestros por todas las Tres Granjas.

—Pues no hace falta que te preocupes, porque viene derecho desde Valbeck —dijo Grise, oronda como una modista de la corte—. Viene derecho del Tejedor en persona, así que...

—Chist —la interrumpió Sibalt—. Es mejor que nadie sepa más de lo necesario. Tranquilos, el polvo es bueno.

Grise se dio un puñetazo en la palma de la mano.

—Un buen golpe en favor del pueblo, ¿a que sí, hermanos?

—Sí —respondió Páramo, asintiendo despacio con su gran

cabeza—. Encenderemos una chispa.

—Y la chispa encenderá un fuego —dijo Sibalt.

Vick echó el cuerpo hacia delante.

—Si hacemos esto, habrá heridos. Habrá muertos.

—Solo quienes lo merecen —dijo Grise.

—Cuando se empieza a matar, rara vez se queda en quienes lo merecen.

—¿Tienes miedo?

—Si tú no tienes miedo, es que estás loca o eres tonta, y no hay lugar para ninguna de las dos cosas en una tarea como esta. Tenemos que planificar hasta el último detalle.

—He conseguido trabajo allí —dijo Páramo—. Puedo dibujar un plano.

—Bien —repuso Vick—. Cuantos más planes, menos riesgos.

Grise hizo una mueca de asqueado desdén.

—¡No haces más que hablar de putos riesgos!

—Alguien tiene que hacerlo. Esto debe ser algo que nosotros elijamos, no en lo que nos metamos a lo loco porque estamos dolidos y no se nos ocurre nada mejor que hacer. —Repasó sus caras, extrañas a la titilante luz del sótano—. Es lo que queréis todos, ¿verdad?

—Claro que es lo que quiero, joder —asintió Grise.

—Es lo que quiero —dijo Sibalt.

—Sí —atronó Páramo.

Por último, Vick miró a Sebo. No tendría más de quince años, y con un poco de suerte habría tomado tres buenas comidas en todo ese tiempo. Le recordaba un poco a su hermano. Aquellas muñecas flacuchas asomando de unas mangas raídas y un ápice demasiado cortas. Tratando de endurecer el semblante, pero irradiando miedos y dudas como un faro en la oscuridad a través de aquellos ojos grandes y húmedos.

—Se avecina un Gran Cambio —dijo Sebo por fin—. Es lo que quiero.

Vick compuso una sonrisa lúgubre.

—Bueno, si algo aprendí en los campos, es que no basta con hablar. —Reparó en que había cerrado los dedos en un puño—. Si

quieres algo, tienes que luchar por ello.

Se quedó montada sobre él un rato después de terminar, su pecho apretado contra el suyo con cada respiración entrecortada. Besándole el labio. Mordiéndoselo. Luego, con un gruñido, desmontó, rodó para quedar de lado junto a él en el estrecho catre y tiró de las mantas para taparse el hombro desnudo. Había empezado a notar el frío cuando habían parado, y se veía escarcha iluminada por la lámpara en las esquinas de la pequeña ventana.

Los dos se quedaron tumbados en silencio, él mirando el techo, ella mirándolo a él. Fuera, las carretas pasaban traqueteando, los vendedores ofrecían sus mercancías y aquel borracho de la esquina bramaba su dolor y su furia sin sentido a nada y a nadie. A todo y a todos.

Al cabo de un tiempo, él se volvió hacia ella.

—Perdona que no haya intervenido con Grise.

—Sé cuidarme sola.

Sibalt dio un bufido.

—Y mejor que nadie. No lo siento porque pensara que necesitabas mi ayuda. Lo siento porque no podía dártela. Es mejor que no sepan que estamos... —Sibalt subió la mano a las costillas de Vick y le frotó con el pulgar la vieja quemadura del costado mientras intentaba hallar la palabra que describiera bien cómo estaban—. Juntos.

—Aquí dentro estamos juntos. —Señaló con gesto brusco la puerta combada en su marco combado—. Allí fuera...

Allí fuera cada cual se valía por sí mismo.

Sibalt miró ceñudo el pequeño hueco de áspera sábana que había entre ellos como si fuese una gran separación insalvable.

—Lamento no poder decirte de dónde ha salido el fuego gurko.

—Es mejor que nadie sepa más de lo necesario.

—Funcionará.

—Te creo —dijo ella—. Confío en ti.

Vick no confiaba en nadie. Eso lo había aprendido en los campos de prisioneros, a la vez que había aprendido a mentir. Sabía mentir

tan bien que podía coger una diminuta esquirla de verdad y amartillarla, como los orfebres al hacer láminas de oro a partir de una pepita, hasta poder cubrir con ella toda una explanada de mentiras. Sibalt no dudó de ella ni un instante.

—Ojalá nos hubiéramos conocido antes —dijo—. Esto podría haber sido distinto.

—No lo hicimos y no lo es. Así que aprovechemos lo que tenemos, ¿no?

—Por los Hados, qué dura eres, Vick.

—Ninguno de nosotros somos tan duros como aparentamos. —Vick le rodeó la nuca con la mano, metió los dedos en el cabello negro salpicado de gris, lo sostuvo con firmeza, miró a Sibalt a los ojos y se lo preguntó una vez más—: ¿Estás seguro, Collem? ¿Estás seguro de que esto es lo que quieres?

—No importa mucho lo que queramos, ¿verdad? Hay que tener en cuenta cosas más importantes que nuestro futuro. Podemos encender una chispa que desatará un incendio. Un día llegará un Gran Cambio, Vick. Y la gente como tú y como yo podrá hacerse valer.

—Un Gran Cambio —repitió ella, intentando sonar como que se lo creía.

—Cuando esto acabe, tendré que marcharme de Adua.

Vick se quedó callada. Era lo mejor cuando no se tenía nada que decir.

—Deberías venirte conmigo.

También debería haber callado después de eso. Pero en vez de hacerlo, se descubrió a sí misma preguntando:

—¿Dónde iríamos?

Se extendió una sonrisa en el rostro de Sibalt. Verla hizo que ella sonriera también. Era la primera vez en bastante tiempo. Tuvo la sensación de que sus labios no deberían poder torcerse de ese modo.

El armazón de la cama crujió mientras Sibalt bajaba el brazo por su lado y recogía un libro viejo y maltrecho. *La vida de Dab Sweet*, de Marin Glanhorm.

—¿Otra vez eso? —preguntó Vick.

—Sí, esto.

El libro cayó en la cama mostrando un grabado que ocupaba las dos páginas, como si soliera abrirse por ese punto. Representaba a un jinete mirando al infinito por una extensión de hierba interminable y cielo interminable. Sibalt sostuvo la ilustración con el brazo estirado, como si la vista se extendiera ante ellos, y susurró las palabras como un sortilegio.

—Las Tierras Lejanas, Vick.

—Lo sé —gruñó ella—. Lo pone debajo del dibujo.

—Hierba y más hierba y más hierba. —Sibalt hablaba medio en broma. Pero eso significaba que también hablaba medio en serio—. Un lugar en el que puedes llegar tan lejos como te lleven tus sueños. Un lugar donde poder empezar de cero. Es hermoso, ¿verdad?

—Sí, supongo. —Vick se dio cuenta de que estaba extendiendo el brazo hacia la ilustración como si pudiera tocar algo allí aparte del papel, y lo retrajo de golpe—. Pero es un dibujo inventado en un libro lleno de embustes, Collem.

—Lo sé —dijo él con una sonrisa triste, como si pensar en ello fuese un juego divertido, pero nada más que un juego. Cerró el libro y lo dejó caer de nuevo sobre los tablones—. Supongo que llega un momento en que hay que renunciar a lo que uno quiere y aprovechar bien lo que se le ha dado.

Vick se dio la vuelta y apretó la espalda contra el abdomen de él. Se quedaron los dos callados, calentitos bajo las mantas, mientras el mundo seguía adelante fuera y la luz de los hornos de la acera de enfrente brillaba naranja al otro lado de los empañados cristales.

—Cuando encendamos esa chispa —musitó él, pero la voz sonó fuerte en el oído de Vick—, lo cambiará todo.

—Sin duda —dijo ella.

Otro silencio.

—Lo cambiará todo entre nosotros.

—Sin duda —dijo Vick, y entrelazó los dedos con los de Sibalt y se apretó su mano contra el pecho—. Así que aprovechemos lo que tenemos. Si algo aprendí en los campos, es que no se debe mirar demasiado hacia delante.

Lo más probable es que no se vea nada bueno allí.

La respuesta a tus lágrimas

A veces despiertas de una pesadilla y sientes una maravillosa oleada de alivio al comprender que los horrores que veías eran solo fantasmas y que estás a salvo en tu cama caliente.

A Rikke le sucedió justo al revés.

Había estado soñando con algo feliz, en algún lugar feliz, acunada en plumas con una sonrisa en la cara. Entonces notó el frío, deslizándose en su corazón por mucho que se acurrucara. Luego el dolor en las piernas escocidas cuando cambió de postura en el suelo inclemente. Después el hambre que ya le mordisqueaba las entrañas y regresó en oleada allí mismo, haciendo que despertara con un gemido.

Abrió los ojos de muy mala gana y vio el cielo frío y gris a través de unas ramas que crujían con el viento, y también algo que se mecía en...

—¡Mierda! —graznó, apartándose a rastras de su capa empapada.

Habían colgado a un hombre del árbol bajo el que había dormido. Si se levantaba y se erguía, podría haber tocado los pies que se balanceaban. Al acostarse, estaba demasiado oscuro para verse sus propias manos, no digamos ya un cadáver ahorcado encima de ella. Pero en esos momentos era imposible pasarlo por alto.

—Hay un muerto —gimió Rikke, señalando con un dedo tembloroso.

Isern apenas le dedicó una mirada fugaz.

—Considerándolo todo, prefiero que me sorprenda un muerto que un vivo. Toma. —Puso algo en la mano helada de Rikke. Una punta de pan húmeda y un puñado de aquellas horribles bayas amargas que dejaban los dientes de color violeta—. El desayuno.

Saboréalo, porque es toda la comida que la luna ha tenido a bien concedernos. —Juntó la mano azul y la blanca y sopló en ellas, muy poco a poco, como si incluso el aliento fuese un recurso que debiera racionarse—. Mi padre decía siempre que se puede descubrir toda la belleza que hay en el mundo mirando la forma en que se columpia un ahorcado.

Rikke mordió el pan mojado y masticó en su boca dolorida, mientras sus ojos no dejaban de regresar al cuerpo, que iba girando despacio.

—Pues yo no se la veo, la verdad.

—Reconozco que yo tampoco.

—¿No deberíamos bajarlo?

—Dudo que nos lo vaya a agradecer.

—¿Quién será?

—Si te soy sincera, hasta ahora no ha tenido mucho que decir al respecto. Podría ser un hombre de tu padre, ahorcado por los de Stour Ocaso. Podría ser uno de Stour Ocaso, ahorcado por los de tu padre. Ya no supone una gran diferencia. Los muertos no combaten por nadie.

¿Un hombre de su padre? ¿Era posible que Rikke lo hubiera conocido, entonces? ¿Cuántos conocidos suyos habían caído en los últimos días? Notó el escozor de las lágrimas al fondo de la nariz y lo sorbió con ímpetu.

—¿Cuánto más de esto podemos soportar? —Y sabía que su voz estaba volviéndose chillona y rasposa, pero no pudo contenerse.

—¿Que cuánto puedo soportar yo? —preguntó Isern—. Tenía seis años cuando mi padre me envió por primera vez a arrancar flechas de los muertos. Yo puedo soportar lo que me echen. Ahora, ¿cuánto puedes tú? Si caes y no consigues levantarte, habremos descubierto cuál es tu límite. Hasta entonces... —Miró entre los árboles mientras se limpiaba los dientes manchados de bayas con una uña—. No podemos quedarnos aquí paradas. Ni tampoco llegar a las colinas con mi pueblo. De forma que tenemos que encontrar la Unión, o a los hombres de tu padre, que estarán todos replegándose hacia el Torrente Blanco rápidos como cabras huyendo de un lobo.

Debemos avanzar más deprisa que ellos, y tenemos al enemigo entre ellos y nosotras, así que cuanto más cerca estemos, más peligroso será. Aún nos quedan días de marcha. Semanas, quizá.

Semanas de marcha a través de ciénaga y zarza, esquivando a crueles enemigos, comiendo gusanos y durmiendo bajo hombres ahorcados. Rikke notó que se le hundían los hombros.

Pensó en el salón de su padre, en Uffrith. Las caras talladas en las vigas y la grasa de la carne goteando sobre las llamas. Los sabuesos suplicando con sus ojos tristes y sus cabezas en la rodilla de Rikke. Las canciones sobre grandes gestas en los luminosos valles del pasado. Su padre poniéndose sentimental cada vez que se mencionaba a Tresárboles, a Cabeza de Trueno e incluso a Dow el Negro, y alzando su copa cada vez que una voz bramaba el nombre de Nueve el Sanguinario.

Pensó en los Mejores Guerreros alineados a ambos lados de la larga hoguera. Todos sonriendo tras escuchar algún chiste que había hecho ella. Alguna canción que había cantado. Esa Rikke, qué gracia tiene. Nadie querría que su propia hija estuviera mal de la cabeza, pero ella tiene gracia.

Pensó en acercarse agradablemente borracha a su habitación, y en su catre calentito con la manta que le había hecho su madre, y en las cosas bonitas que encontraba bien ordenadas en el estante, y en la ropa seca y hermosa, doblada en el baúl.

Pensó en las empinadas calles de Uffrith, en los adoquines brillantes por la lluvia, en las barcas atracadas en el puerto gris, en la gente parloteando en el mercado, en los peces que resbalaban centelleantes de las redes cuando llegaba la captura del día.

Sabía que allí había sido desdichada. Lo había dicho tan a menudo que hasta ella estaba harta de sus lloriqueos. Sin embargo, mientras frotaba la raída y apestosa piel de su capa, se preguntó cómo había podido sentirse tan dolida por las palabras frías y las miradas incisivas. Le parecía de necios, de críos, de blandengues. Pero tal vez en eso consistía crecer: en darse cuenta de lo puto gilipollas que se había sido.

Por los muertos, anhelaba regresar a la seguridad y al calor, y ser despreciada en vez de perseguida, pero Rikke había visto Uffrith

arder. Quizá el ojo largo pudiera robar imágenes del pasado, pero de una cosa no cabía la menor duda, y era que no se podía regresar a él. El mundo que ella había conocido ya no existía y tenía las mismas posibilidades de volver que aquel muerto que se balanceaba, y el mundo que le quedaba era amargo y gélido y, para colmo, un miserable abusón.

No pudo evitarlo. Tenía hambre y frío y rozaduras y miedo, y lo mejor que podía esperar era más de lo mismo. Se quedó de pie con las manos entumecidas colgando y los hombros temblando, y las lágrimas resbalaron silenciosas por su cara y le gotearon de la nariz y le llevaron un tenue sabor salado al labio inferior, que no dejaba de temblar.

Notó que Isern se acercaba a ella. Que le ponía una mano amistosa en el hombro. Que le cogía la barbilla, se la levantaba y hablaba con la voz más suave que Rikke le había oído emplear en la vida.

—¿Sabes lo que me decía mi padre siempre que me echaba a llorar?

—No —gorjeó Rikke, chorreando moco.

Isern le propinó una repentina y brusca bofetada en toda la cara.

Rikke parpadeó, boquiabierta, y se llevó una mano a la mejilla ardiente.

—Pero ¿qué narices...?

—Eso era lo que me decía. —Isern la sacudió con fuerza—. Y cuando esa es la respuesta a tus lágrimas, aprendes bien pronto a dejar de gimotear y a ocuparte de lo que hay que hacer.

—Au —murmuró Rikke, notando que le palpitaba la cara entera.

—Sí, lo has pasado mal. La enfermedad y los ataques, y que te tomaran por loca y bla, bla, bla. Pero también naciste con todos los miembros y unos buenos dientes en esa cara tan bonita, y eras la única hija de un poderoso jefe de clan, sin madre y con un salón lleno de viejos guerreros bobalicones que te adoraban.

—Eso no es justo, me cago en la leche.

Dio un respingo cuando Isern volvió a abofetearla, con más fuerza aún si cabe, tanta que la sal de la sangre se añadió a la de las lágrimas en sus labios.

—Estás acostumbrada a mangonear a los viejos con un chasquear de dedos. Pero como Calder el Negro te eche mano, te hará chasquear a ti. Te hará chasquear los huesos hasta partírtelos, y será por tu propia culpa. Eres una malcriada, Rikke. Eres blanda como la grasa de cerdo. —Y aquel dedo despiadado volvió a clavársele doloroso en la teta—. Por suerte para ti, estoy aquí contigo, y voy a mondar esa grasa hasta dejar bien afilado el hierro que veo debajo. —Dedo, dedo, en la misma vieja magulladura—. Y digo por suerte para ti porque aquí fuera, esa blandura acabará matándote, y ese hierro puede salvarte. —Dedo, dedo—. Puede que ahora mismo sea solo una aguja, pero un día podríamos llegar a hacer una daga que...

—¡Serás zorra! —chilló Rikke, y dio a Isern un puñetazo en la boca.

Fue un puñetazo decente, que le echó la cabeza hacia atrás y envió gotas de saliva por los aires. Rikke siempre se había considerado débil. Más llorona que luchadora. Pero en esos momentos, una furia que no había sabido que tenía estaba bullendo en su interior. Era una sensación agradable, fuerte. El primer atisbo de calor que había sentido en días.

Alzó el puño de nuevo, pero Isern la cogió por la muñeca, luego también por el pelo y, de un tirón, la obligó a arquear la espalda hacia atrás. Rikke dio un graznido cuando se vio apresada contra el árbol con una fuerza temible.

—¡Ahí está ese hierro! —Isern sonrió de oreja a oreja, mostrando unos dientes manchados tanto de sangre como de bayas—. Tal vez sí que sea una daga, ahora que lo veo. Un día, quizá logremos forjar a partir de él una espada que acobarde a los hombres y a la que sonría la mismísima luna. —Soltó el pelo de Rikke—. Y ahora, ¿ya has calentado? ¿Estás lista para bailar conmigo hacia el oeste? —Su mirada se alzó hacia el cuerpo que se mecía—. ¿O preferirías bailar junto a nuestro amigo?

Rikke dio una larga y discontinua bocanada y la soltó humeante al aire frío. Entonces levantó las manos vacías, una de las cuales se acababa de sumar a sus desgracias palpitando de dolor en los nudillos.

—Estoy lista.

Jóvenes héroes

—Hijos de puta —susurró Jurand, observando el valle a través de su catalejo.

Leo se lo arrebató de las manos y lo apuntó hacia la colina. Por su ventana redonda, que temblaba por su propia frustración apenas contenida, vio a los norteños y sus lanzas como negros alfileres contra el cielo apagado. No se habían movido en toda la mañana. Serían como unos sesenta, todos ellos contemplando con fruición la vergonzosa retirada de Angland. Leo lanzó el catalejo a Jin Aguablanca.

—Hijos de puta.

—Sí —convino Jin con su cerrado acento norteño, mientras bajaba el instrumento y se rascaba pensativo la barba—. Sí que son unos hijos de puta, sí.

Glaward se dejó caer por encima del borrén de su silla con un gemido.

—¿Quién iba a decir que la guerra pudiera ser tan puto muermo?

—Nueve décimas partes de la guerra consisten en aguardar —dijo Jurand—. Según Stolicus.

Como si citar a un famoso lo volviera más soportable.

—En la guerra hay dos opciones —afirmó Barniva—. El aburrimiento y el terror, y mi experiencia me dice que el aburrimiento es mucho más preferible.

Leo empezaba a hartarse de la experiencia de Barniva. De que no dejara de hablar de unos horrores que los demás no alcanzaban a entender. De que pusiera una expresión intensa mirando al horizonte como si hubiera unos recuerdos funestos al otro lado. Y todo porque había estado ocho meses de campaña en Estiria, durante los que apenas había salido del bien protegido puesto de mando del lord mariscal Mitterick.

—No todo el mundo tiene ese estilo tuyo tan curtido en mil batallas. —Leo aflojó su espada en la vaina por centésima vez esa mañana y luego volvió a hundirla—. Algunos queremos ver un poco de acción.

—Ritter vio un poco de acción. —Barniva se frotó la cicatriz con la yema de un dedo—. No diré más que eso.

Leo torció el gesto, deseando tener él también una cicatriz.

—Si la guerra es tan horrible, ¿por qué no te haces granjero o algo?

—Lo intenté. Se me dio fatal. —Y Barniva puso una expresión intensa mirando al horizonte como si hubiera unos recuerdos funestos al otro lado.

Jurand cruzó la mirada con Leo y alzó los ojos hacia el cielo, y Leo tuvo que contener una carcajada. Se conocían tan bien que casi no les hacían falta las palabras.

—¿Siguen ahí arriba?

Antaup tiró de las riendas de su caballo junto a ellos y se puso en pie sobre los estribos mientras Jin le pasaba el catalejo.

—Ahí siguen —respondió Leo.

—Hijos de puta.

Antaup se echó hacia atrás aquel bucle de pelo negro que siempre le colgaba en la frente y, al instante, volvió a caer. Era a él a quien las chicas nunca dejaban en paz, hábil y diestro y bien arreglado como un caballo campeón, pero todos los amigos de Leo eran hombres de buen ver cada uno a su manera. Jin era tan feroz como Nueve el Sanguinario en combate, pero cuando aquella sonrisa llena de dientes separaba su barba pelirroja y aquellos ojos azules centelleaban, era como si saliera el sol. No podía negarse que a Barniva le funcionaba bien el aire de veterano taciturno, sobre todo con la cicatriz de la frente y la mecha blanca que le había dejado en el pelo. Por su parte, Glaward era todo un bloque de hombría bienhumorada, con su altura, y sus hombros, y la barba incipiente que ya se le veía densa una hora después de afeitarse.

Eran un grupo de jóvenes héroes tan atractivos como pudiera desearse encontrar. ¡Menudo cuadro compondrían entre todos! Quizá Leo consiguiera encargar que alguien lo pintara. ¿Alguien

conocería a algún artista? Se sorprendió a sí mismo mirando hacia un lado.

Quizá las damas de Ostenhorm no se dieran cuenta, pero Jurand era el más guapo de todos. Podría decirse que tenía los rasgos finos, al menos comparándolos con el hoyuelo en la barbilla de Glaward o los pómulos marcados de Antaup, pero a Leo le parecían más bien... ¿delicados? ¿Sutiles? ¿Tal vez incluso ligerísimamente vulnerables? Y sin embargo, sería imposible hallar a alguien que defendiera a sus amigos con más firmeza que Jurand. ¡Cuánta expresividad podía transmitir con solo una mirada! Y aquellas arruguitas en la frente cuando daba vueltas a algo en la cabeza. Y aquella leve curva en la comisura de los labios cuando se acercaba para decirlo. Y siempre era algo que merecía la pena escuchar. Algo en lo que nadie más habría...

Jurand miró de reojo y Leo se apresuró a apartar los ojos, de nuevo hacia aquellos norteños de la colina.

—Hijos de puta —dijo, con la voz un poco ronca.

—Y no podemos hacer otra cosa que quedarnos aquí —refunfuñó Antaup, hurgándose un poco para soltar las pelotas—. Como leones enjaulados.

—Como cachorrillos con correa. —Glaward forcejeó con Antaup para quitarle el catalejo—. ¿Dónde diantres estabas, por cierto?

—Estaba... comprobando los bártulos.

Jin dio un bufido burlón.

—¿Con una mujer?

—No necesariamente. —La sonrisa de Antaup parecía tener el doble de dientes que una boca reglamentaria—. Pueden haber sido varias. Uno tiene que encontrar algo con lo que combatir el desespero. ¿Quién iba a decir que la guerra pudiera ser tan puto muermo?

Barniva alzó la mirada.

—En la guerra hay dos...

—Como acabes esa frase, te apuñalo —interrumpió Leo.

—Parece que a todos nos vendría bien una subida de moral.

Glaward señaló con el mentón una columna de hombres mucho menos agraciados, que caminaban con paso cansado por el fondo

del valle, agarrando sus casacas desgarradas, sus capas raídas y sus mantas andrajosas, con las lanzas colgando de unos hombros encorvados en todos los ángulos salvo el recto.

En general, Leo podía confiar en que hubiera unas cuantas ovaciones cuando los soldados rasos lo veían. Unos pocos gritos de «¡El Joven León!», para que él pudiera agitar un puño y dar una palmada en una espalda y vociferar alguna chorrada sobre el rey. Pero vio que los hombres pasaban cansados en silencio, con los ojos fijos en el barro y, dado que aún no había llegado ninguna ayuda de Midderland, incluso Leo estaba mucho menos inspirado por la realeza que de costumbre. Parecía que los días de los reyes guerreros como Harod el Grande y Casamir el Firme habían quedado muy en el pasado, y los suministros de bravatas patrióticas andaban peligrosamente bajos.

—Ni se me ocurriría discutir de estrategia con tu madre —gruñó Antaup—, pero esta retirada constante no hace ningún bien al espíritu de las tropas.

—Un mordisco de victoria los animaría en un momento —dijo Aguablanca.

—Y a nosotros también. —Glaward llevó su caballo más cerca de Leo y bajó la voz—. Sería fácil dar una lección a esos hijos de puta. —Cerró su mano enorme y venosa para dar un puñetazo al aire—. Como hicimos en esa granja.

Leo jugueteó con el pomo de su espada y volvió a aflojarla en la vaina. Recordaba hasta el último detalle de la carga. El viento desgarrador y el estruendo de los cascos. La empuñadura del hacha sacudiéndose en su mano. Los rostros temerosos de los enemigos. El vertiginoso júbilo al verlos romper filas y huir.

Jurand tenía aquella arruguita de preocupación entre las cejas.

—No tenemos ni idea de lo que hay tras esa cima.

Leo recordó el funeral de Ritter. Las palabras pronunciadas junto a la tumba. La esposa de barbilla hundida sollozando cerca del hogar. Había vidas de hombres en sus manos. Las vidas de aquellos hombres, que cruzarían el fuego al galope por él. Sus amigos. Sus hermanos. No soportaría perder a otro de ellos.

—Jurand tiene razón. —Hundió de nuevo su espada en la vaina

y se obligó a apartar la mano del puño—. No sabemos qué hay tras la colina. Y mi madre me mataría.

—Si subes ahí arriba, me ahorrarás el esfuerzo.

Leo hizo una mueca al oír aquella extraña mezcla de apoyo y resentimiento que siempre manifestaba la voz de su madre, aunque cada vez había menos apoyo y más resentimiento.

—Mi señora gobernadora. —Jurand apartó a un lado su montura para dejarle paso hasta Leo, mientras los oficiales que la acompañaban se quedaban merodeando en la cuesta.

—Lo hicimos bien contra los hombres de Stour Ocaso la semana pasada —gruñó Leo.

—Ocaso está a nuestra derecha ahora mismo. —Lady Finree señaló hacia el sur con su bastón de mando, provocando otra mueca a Leo. Había algo que no acababa de encajar en que una mujer blandiera el bastón, aunque de momento estuviese al mando—. Esos son hombres de Calder el Negro. Y Calder no es un guerrero como su hijo. —Enarcó una ceja mirando a Leo—. Ni como el mío. Calder es un pensador, igual que yo. ¿Ves ese bosque que hay más a la derecha? Tiene jinetes ahí, esperando a que hagamos alguna tontería.

Jurand arrancó su catalejo de la mano cerrada de Glaward.

—Metal —murmuró—, entre los árboles.

Leo debería haberse enorgullecido de su buen juicio. Pero en vez de eso, estaba furioso por no haber reparado en lo evidente.

—Entonces, ¿nos quedamos aquí sin más y dejamos que se rían de nosotros?

—No me gustaría que se perdieran el espectáculo. —Su madre señaló con la cabeza la columna rezagada, incluso más desorganizada que antes por culpa de un charco en el camino—. He situado a nuestras tropas más desarrapadas en este valle, con órdenes de marchar tan mal como puedan.

—¿Cómo dices?

—Que se rían, Leo. Sus carcajadas no dejarán a ninguna viuda llorando. Tenemos a nuestras mejores compañías ocultas en el valle de atrás. Si vienen, estaremos preparados. —Se inclinó en la silla de montar para apartar el pelo de Leo—. ¿Qué es esto?

—Nada —respondió él, apartando las manos de su madre de la costra—. Me lo he hecho entrenando. Con Antaup y Barniva.

—Por fin he conseguido darle un golpe —dijo Antaup, sonriente.

Jurand carraspeó y la madre de Leo frunció el ceño.

—Dime que no ha combatido contra los dos a la vez.

Resultaba evidente que la famosa desenvoltura de Antanp con las señoras no incluía a las señoras gobernadoras.

—Bueno... tampoco es que...

—¿Cuándo aprenderás que no puedes vencer a dos hombres fuertes a la vez?

—Vi hacerlo a Bremer dan Gorst —dijo Leo.

—Ese hombre no es un modelo de nada —espetó ella—. Piensa en tu padre. Era valiente, más que ningún otro, pero entre la traición de tu abuelo y lo débil que estaba Angland cuando tomó el mando, aprendió a ser paciente. Sabía qué cosas se le daban bien. Nunca fue pagado de sí mismo.

—¿Estás diciendo que yo sí?

Jurand carraspeó de nuevo y la madre de Leo se echó a reír.

—Sabes que te quiero, Leo, pero sí, me duele ver lo mucho que lo eres. Aun así, no debería sorprender a nadie que hayas salido impetuoso. Fuiste concebido en un campo de batalla.

Leo pilló a Glaward y Barniva sonriéndose y notó que se sonrojaba.

—¿Hace falta que hables de esto, madre?

—Falta, lo que se dice falta, no. De verdad, cada generación parece creer que el apareamiento es un grandioso invento nuevo que nunca se le había ocurrido a nadie antes. De dónde creen que vienen ellos es algo que se me escapa por completo. Y ya va siendo hora de que encuentres esposa. Alguien que te aparte de los problemas.

—Creía que eso era tarea tuya —rezongó él.

—Yo tengo una guerra que combatir.

—Ahí está el problema. No estás moviendo ni un puto dedo para combatir.

—¿No has leído el libro de Verturio que te di? La guerra consiste precisamente en *no* combatir.

Y habiendo dicho la última palabra, como siempre, lady Ardee se marchó trotando hacia el oeste, seguida de su séquito.

Jurand carraspeó una vez más y Leo se volvió hacia él.

—¿Podrías toser de una condenada vez y soltarlo?

—Bueno, la señora gobernadora siempre dice cosas inteligentes. Y es verdad que deberías leer a Verturio.

—Solo será gobernadora hasta que el rey me confirme en el puesto de mi padre. —Habían pasado tres putos años desde el funeral, y Leo seguía esperando. Miró furioso hacia el otro lado del valle, donde aquellos hijos de puta norteños observaban desde su colina—. Entonces podré hacer las cosas a mi manera.

—Hum. —Jurand volvía a tener su arruga de preocupación entre las cejas.

—¿De qué parte estás tú?

—De parte de la Unión, igual que tú e igual también que tu madre.

Leo no pudo contenerse y sonrió.

—Muy razonable, como siempre.

Jurand le devolvió la sonrisa.

—Alguien tiene que serlo.

—Los hombres razonables viven más tiempo. —Leo se quitó los guantes, los lanzó y dejó a Jurand intentando atraparlos mientras desmontaba—. Pero ¿alguien se acuerda de esos cabrones después?

El niño del tambor que encabezaba la siguiente compañía había renunciado por completo a tocar y caminaba casi arrastrando los pies y golpeando las rodillas contra el instrumento, con los dientes castañeteando de frío. Alzó la mirada mientras Leo se aproximaba y se sacó las manos blanquecinas de los sobacos, pero se le cayeron las baquetas al suelo.

Leo se agachó, las recogió antes de que el chico pudiera encorvarse, las guardó entre los dientes, se quitó la capa y se la ofreció al tamborilero.

—Te cambio el sitio.

—¿Mi señor?

El chico apenas daba crédito a su suerte mientras se quitaba la

correa del tambor y se envolvía en la mejor lana de Midderland, valorada en varias docenas de marcos.

Barniva había desmontado de un salto y, por una vez, sonreía adaptándose al paso de los soldados. Glaward y Jurand se unieron a él, y Jin Aguablanca, aunque meneando su desgreñada cabeza, se abrió paso para incorporarse a la columna sin perder su sonrisa.

—Pues yo devolveré los putos caballos, ¿de acuerdo? —dijo Antaup, afanándose en reunir todas las riendas.

—¡La mía es una yegua! —gritó Glaward—. ¿No estás siempre diciendo lo mucho que te adoran las damas?

Hubo algunas risas en la columna al oírlo. Las primeras en bastante tiempo, a juzgar por las apariencias. Leo acomodó las baquetas en los dedos, como cuando acostumbraba a hacer marchar a los sirvientes por la residencia del lord gobernador, de niño.

«Un líder debe compartir las privaciones de sus hombres», solía decirle su padre. Él iba a tener una tienda seca, un fuego cálido y una buena cena aquella noche, mientras que ellos podrían considerarse afortunados si les daban una manta y un plato de sopa. Pero si Leo conseguía dar un poco de brío a su marcha mientras tanto, ya sería algo. Algo para ellos y también algo para él. Algo que mostrar a aquellos hijos de puta de la colina.

Eso, y que no había nadie en el mundo a quien se le diera peor que a Leo no hacer nada.

—Yo intentaré recordar cómo se toca —dijo mirando hacia atrás —, ¡si vosotros intentáis recordar cómo se marcha!

—Yo no soy un genio como Jurand —vociferó Glaward, dando media vuelta y trotando hacia atrás—, pero, si no recuerdo mal, ¡era ir poniendo un pie delante del otro!

—¡Lo intentaremos, mi señor! —gritó un sargento rechoncho, mientras sus hombres ya empezaban a avanzar más deprisa.

Leo sonrió mientras empezaba a marcar el ritmo.

—Es lo único que pido.

El momento

—¿Estás dormido?

—No —masculló Trébol. Tampoco era mentira del todo, porque en realidad acababa de despertar—. Tenía los ojos cerrados, nada más.

—¿Por qué?

Abrió un ojo y lo alzó para mirar al chico. No sabía muy bien cuál era, con el sol entrando entre las ramas. Y sobre todo, porque Trébol había vuelto a olvidar sus nombres.

—Para no tener que ver cómo estáis destrozando los dos el noble arte de la esgrima.

—Lo hacemos lo mejor que podemos —refunfuñó el otro chico, comoquiera que se llamara.

—Eso será un gran consuelo para vuestras madres cuando os maten por no hacer caso a mi sabiduría.

Trébol dejó un momento su mano flotando sobre el cesto de manzanas y luego cogió una cuyo aspecto le gustaba. Estaba bien roja. Le dio un mordisco y sorbió el jugo.

—Ácida —dijo enseñando los dientes—, pero tolerable. Igual que la vida, ¿eh, chicos? Igual que la vida.

Los dos lo miraron impasibles. Trébol dejó escapar un suspiro cansado.

—Venga, volved a ello.

Los dos salieron con desgana al sol y se volvieron para encararse.

—¡Yaaa! —El moreno se lanzó a la carga, blandiendo su palo.

—¡Umf! —El rubio detuvo el golpe, retrocediendo a trompicones.

Clac, clac, cuando los palos chocaban. Cu, cu, hizo un cuclillo en los árboles de atrás. En algún lugar había hombres discutiendo sobre algo, pero de momento sus voces no eran más que un

parloteo reconfortante. Trébol se puso una mano en la nuca y volvió a reclinarse contra el árbol.

A veces, hasta daba la sensación de que la vida no estaba tan mal.

Entonces dio un gruñido insatisfecho. Luego se retorció. Luego hizo una mueca. El problema era que aquellos alumnos suyos venían a ser los peores espadachines que había visto en la vida. El rubio atacaba y atacaba y atacaba, con los dientes apretados, mientras el moreno soltaba gemidos y gorgoteos, más escapando que defendiéndose, y los dos se habían quedado ya sin aliento.

—¡Basta! —Trébol se incorporó y tiró su manzana a medio comer—. ¡Por los muertos, parad!

Los chicos se detuvieron y bajaron los palos.

—No, chavales, no. —Trébol negó con la cabeza—. Así, ni hablar. Vais contra el otro como un perro hacia una perra, salvajes y tercos. Tenéis que pensar más en este momento que en ningún otro. Todo vuestro cerebro y todo vuestro esfuerzo, porque todo lo que tendréis jamás os lo pueden arrebatar con el siguiente aliento. ¡Vuestras vidas están en juego!

—Pero si solo son palos —dijo el rubio.

Trébol se frotó las sienes.

—Pero estamos *fingiendo* que son espadas, so botarate. Y yo no soy un puto maestro de palos, ¿a que no? —El moreno abrió la boca y Trébol levantó la mano para silenciarlo—. No respondas. Tú tómate tu tiempo. La cena no se te va a enfriar, ¿verdad?

—Has dicho que ataquemos rápido.

—Exacto. ¡Cuando ataquéis, que sea como el rayo! Pero pensad antes de atacar, ¿de acuerdo?

—¿Por qué no vienes y nos lo enseñas? —preguntó el moreno.

—¿Ahí fuera, al sol? —Trébol soltó una risita para sus adentros —. No me hice maestro para tener que levantarme y hacerlo yo mismo, joder.

—Pero... —El chico rubio se hizo visera con la mano. Si Trébol hubiera sido el moreno, le habría atizado en ese mismo instante, cuando no miraba. Pero el moreno se limitó a quedarse plantado hurgándose la nariz. Aquellos cabroncetes no tenían la menor

iniciativa—. ¿No vas a enseñarnos eso de...? ¿Cómo lo llamabas? ¿Técnica?

—Técnica. —Trébol se rio—. La técnica es lo último que veremos. De momento, lo único que habéis conseguido los dos es coger la espada por el lado correcto.

—Es un palo —dijo el rubio, mirando su palo con el rostro pensativo—. Los dos lados son iguales.

Trébol no le hizo caso.

—Lo que intento enseñaros es un *estado mental*. Una manera victoriosa de mirar el mundo.

El moreno estaba tan perplejo que casi parecía dolerle.

—La idea es darle con una espada, ¿no?

Trébol inhaló despacio y soltó el aire despacio también.

—Para empezar, la idea es decidir cuándo hacerlo y cuándo no hacerlo. Al final... lo único que de verdad puede hacer un hombre... es escoger su *momento*. Buscar una abertura, reconocerla cuando la ve y aprovecharla. —Trébol atrapó del aire un puñado de nada y agitó el puño—. Escoger tu momento. Ese es el secreto. ¿Lo entendéis?

El moreno parecía dubitativo.

—Mi padre decía siempre que todo está en el agarre.

—Sí. En fin, si no tuvieras agarre, la espada se te caería de la mano.

Los chicos volvieron a mirarlo impasibles. Trébol volvió a suspirar.

—Poneos otra vez, chavales, y esta vez escoged vuestro momento.

Clac, clac, hicieron los palos. Toc, toc, hizo un pájaro carpintero en los árboles de atrás. Se partió una ramita entre los matorrales y Trébol sacó el puñal de su vaina y lo empuñó hacia abajo detrás del brazo.

Otra pisada y Trébol extendió el brazo sin mirar y volcó el cesto de manzanas en dirección al recién llegado.

—¿Una manzana? —preguntó.

Vio a Calder el Negro allí de pie, frotándose la pequeña cicatriz que tenía en la barbilla mientras miraba a los chicos liarse a palos y

no elegir su momento en absoluto.

—No —dijo Calder con un gruñido.

—¿Un día difícil, jefe?

—Cuando se llega a mi posición, todos lo son.

Trébol se volvió de nuevo hacia aquella demostración de cómo no usar una espada, con el puñal ya enfundado y las manos entrelazadas sobre la panza.

—Supongo que por eso prefiero la posición que tengo yo.

—Ah. —Calder movió la boca, con algo de amargura en opinión de Trébol, y dijo con una voz aguzada de sarcasmo—: No te levantes.

—No lo he hecho.

Calder movió la boca incluso con más amargura. Últimamente era todo amargura, teniendo en cuenta lo mucho que la vida le había concedido, o por lo menos lo mucho que él había logrado arrebatarle a zarpazos. Tiempo atrás, había hecho gala de un buen sentido del humor, pero, cuanto más consiguen los hombres, más amargados tienden a volverse, y Calder el Negro estaba en posesión de casi todo el Norte. Su hermano Scale podía llevar la cadena real, pero todo el mundo sabía que Calder el Negro era quien tomaba las decisiones del rey.

—Me refiero a que te levantes —dijo.

—Ah.

Trébol se lo tomó con parsimonia. Consideraba un principio básico tomarse siempre tanto tiempo como fuese capaz. Después meneó las piernas doloridas, se sacudió la arena y la pinocha seca del culo de los pantalones y luego dio unas palmadas para quitarse los restos de las manos.

—Hala, ya está —dijo—. Me he levantado.

—Pues que toquen las campanas —replicó Calder—. Te presento a Jonas Trébol.

Trébol miró a su alrededor y se sorprendió bastante al ver que alguien se había aproximado por detrás de él y estaba apoyado en el árbol. Era un joven de cabello negro, de unos doce o trece años, con el labio superior leporino y ojos vigilantes. Miró a Trébol de arriba abajo y no dijo ni una palabra.

—Antes lo llamaban el Escarpado —añadió Calder, lo que hizo que Trébol se rascara la nuca disgustado—. Quizá hayas oído hablar de él.

—No —dijo el muchacho, mirando a los dos chicos que combatían con sus ojos claros entrecerrados—. ¿Quiénes son estos?

Los chicos se habían rebajado a forcejear, dando tumbos mientras sus palos se balanceaban apuntados hacia el cielo.

—Estos... —Trébol se planteó negar toda relación con ellos, pero dudó que pudiera salirse con la suya—. Estos son mis discípulos.

El joven los estudió un momento y luego pronunció su solemne veredicto.

—No son nada buenos.

—Tienes un ojo excelente. Son unos mierdas. Pero así es como se sabe lo buen maestro que soy. Cualquier idiota puede obtener resultados de quienes tienen un don.

El chico se quedó un momento pensando en eso.

—¿Y dónde están los resultados?

—Hay que confiar en que terminen llegando. La paciencia es el arma más temible de un guerrero. Créeme. He estado en unas cuantas peleas.

—¿Ganaste alguna?

Trébol bufó.

—Eh, me cae bien, Calder. ¿Has bajado hasta aquí solo para revolcar por el fango la reputación que con tanto esfuerzo me he labrado?

—No solo para eso —respondió Calder—. Necesito tu ayuda.

—¿Estás pensando en aprender esgrima?

—En mi opinión, la mejor forma de blandir una espada es que lo hagan otros.

—¿Entonces...?

Calder tomó una sonora e irritada bocanada de aire.

—Vengo por mi hijo.

—¿El Gran Lobo? ¿Nuestro rey en ciernes? ¿El guerrero sin par llamado Stour Ocaso? Creía que ya sabía manejar la espada.

—Y sabe. Demasiado bien, si acaso. Está resultando un tanto...

obstinado. Ha incendiado Uffrith, el puto imbécil. Mira que estuve años planeando cómo tomar la ciudad y, tan pronto como la conquisto, él va y le pega fuego.

—Cuando empiezas a llamarlo guerra, la gente tiende a emocionarse demasiado.

—Mi padre solía decir que si despliegas a tres norteños mirando en la misma dirección, estarán matándose entre ellos antes de que puedas dar la orden de cargar. No sabría decirte si Gregun Cabezahueca y sus chicos de los Valles Occidentales se unirán al Sabueso o combatirán contra él. ¿Cómo voy a hacer que me obedezcan, cuando no me hace caso ni mi propia sangre? Si Stour no fuera hijo mío, me vería obligado a decir que el chaval es un puto capullo.

—Pero es tu hijo, así que...

Calder no escuchaba.

—No le importa nada aparte de su propia fama. Su propia leyenda. Pero ¿qué valor tiene un puto nombre en el mercado? En fin, guerreros. —Escupió la palabra como si le supiera amarga—. Te juro que, cuanto más ganan, peor se ponen.

—La derrota es buena para el espíritu. —Trébol se rascó suavemente su cicatriz con la uña del dedo pequeño, que se dejaba larga a tal efecto—. Eso lo aprendí yo por las malas.

—Se cree invencible, joder. Y su nombre atrae a los memos como un zurullo a las moscas, y esos memos le dan consejos de memo. He enviado a Wonderful con él para ser su segunda, a ver si puede enseñar algo de cautela al Gran Lobo.

—Buena elección. Buena mujer. Buen juicio.

—Stour la tiene tirándose de los putos pelos.

Trébol frunció el ceño.

—¿Ahora Wonderful tiene pelo?

—Era una forma de hablar.

—Ah.

—Quiero que le eches una mano. Que lleves a Stour por el buen camino.

—¿Y se supone que yo sé cuál es el buen camino?

—Muchísimo mejor que el capullo de mi hijo. Con un poco de

suerte, podrás apartarlo de un par de caminos malos, por lo menos.

Trébol se rascó la barba y miró a los chicos forcejear en el prado, y al muchacho de Calder negar con la cabeza asqueado; cogió aire despacio y lo soltó también despacio.

—Muy bien, pues. —Llevaba vivo el tiempo suficiente para saber cuándo no iba a poder escabullirse de algo. Gruñó al agacharse para recoger su espada. Despacio, porque ¿por qué no?—. Haré lo que pueda.

—Supongo que es lo más que se puede pedir a nadie, a fin de cuentas. Eres un tipo recto, Trébol. Siempre has sido leal.

—Sin duda. Fui leal a Bethod, y luego a Glama Dorado, y luego a Cairm Cabeza de Hierro, y ahora a ti.

—Bien. Fuiste leal a ellos hasta que se situaron en el bando perdedor.

—Eso suena casi a la definición exacta de deslealtad.

Calder se encogió de hombros.

—Un hombre debe combarse con el viento.

—Si tengo algún don, es el de combarme con el viento. Quédate las manzanas. —Trébol movió el cesto con la bota hacia el muchacho de la cicatriz en el labio—. A mí me dan dolor de barriga.

—Todos mis sueños acaban de hacerse realidad —dijo Trébol, acercándose con paso tranquilo y la espalda apoyada en el hombro.

Wonderful giró la cabeza, dejando a la vista la cicatriz blanca que cruzaba el cortísimo pelo negro y plateado de su cuero cabelludo, y soltó una carcajada rasposa. Una risa sin demasiada alegría.

—Mira quién es —dijo.

Trébol bajó la mirada hacia sí mismo.

—¡Eh, reconozco esas botas! Jonas Trébol ha llegado y todos los males se resolverán. —Guiñó un ojo a Wonderful, pero a ella no pareció hacerle mucha gracia—. Debe de ser tu día de suerte.

—Ya me iba tocando, coño. —Y juntó la mano con la de Trébol de una palmada, tiró de él y se dieron más palmadas en la espalda, por si no bastaba con la primera.

—¿Estás comiendo bien? —preguntó él, mirándola de arriba

abajo—. Eres como abrazar un fardo de lanzas.

—Siempre he sido flaca.

—Ah, yo también. —Trébol se frotó la panza—. Tengo el cuerpo de un héroe justo debajo de esta capa de grasa que cuido con tanto mimo.

Ella enarcó una ceja. A Trébol le encantaba que las cosas se hicieran bien, y Wonderful levantaba la ceja como nadie, desde luego que sí.

—¿Y qué es lo que ha logrado arrastrar tu grasa hasta tan cerca del combate?

—Calder el Negro. Dice que necesitas ayuda.

—No voy a negarlo. ¿Cuándo va a llegarme?

—¿Osas burlarte de mí, mujer? Se supone que debo encargarme del futuro del Norte, del rey en ciernes, del Gran Lobo, de Stour Ocaso.

En esa ocasión, las dos cejas de Wonderful se alzaron.

—¿Tú?

—Debo llevarlo por el buen camino, en palabras de Calder.

—Pues te deseo suerte. —Wonderful le indicó que se acercara y bajó la voz—. No sé si he conocido jamás a un capullo más grande que ese chico, y eso que fui segunda de Dow el Negro.

Trébol rebufó.

—Ya, durante un día.

—Tuve de sobra con un día.

—Sí que había oído decir que el Gran Lobo puede tender un poco a la capullería.

Wonderful movió la cabeza en dirección a una columna de humo que se alzaba sobre los árboles.

—Mientras hablamos, está quemando un pueblo que acabamos de conquistar ahí mismo. Estaba yendo casa por casa cuando lo he dejado, no vaya a ser que alguna se quede sin su ración.

A Trébol ya le parecía haber captado ese olorcillo a edificio ardiendo en el viento.

—¿Por qué luchar por algo si luego lo único que haces es quemarlo?

—A lo mejor el Gran Lobo puede explicártelo. Yo, desde luego

que no.

—En fin. —Trébol levantó la barbilla y se rascó la barba de unos días que tenía en el cuello estirado—. Por suerte, soy un hombre de paciencia heroica.

—Más te valdrá serlo. —Wonderful echó la cabeza a un lado—. Por ahí viene el futuro.

Y Stour llegó pavoneándose por el camino. Le habían puesto el nombre de Ocaso siendo bebé, por haber nacido durante un eclipse. En realidad había sido una hora antes, pero ya nadie se atrevía a mencionarlo. Todo formaba parte de la cada vez más inflada leyenda del Gran Lobo. Tenía el pelo negro y largo, y vestía caros ropajes con hebillas y remaches de oro, y tenía aquellos ojos de color azul grisáceo, siempre húmedos, como si estuviera a punto de llorar. Quizá fueran lágrimas de ácido desdén por el mundo y todo lo que contenía.

No era ningún gigante, pero su forma de moverse dejaba adivinar una fuerza rápida. Tenía la elegancia de un bailarín. Y presunción burlona en cantidades desmedidas. Un exceso de confianza podía ser mortífero, pero Trébol también lo había visto llevar a hombres a atravesar el fuego. Tenía delante a un tipo que sabía escoger su momento y cortar lo que quisiera de él sin ninguna vacilación e incluso menos arrepentimiento.

Lo acompañaba el habitual grupo de mamones que tienden a congregar a su alrededor los guerreros famosos, muchos de los cuales lucían el signo del lobo en sus escudos. Hombres que no se habían labrado su propio nombre y se veían atraídos por uno famoso como las polillas por una hoguera. Trébol había visto la misma miserable rutina una docena de veces. Glama Dorado llevaba un séquito muy parecido, igual que el Sanguinario, y era muy probable que Skarling el Desencapuchado tuviera también su pandilla de malcarados, hiciera los siglos que hiciera.

Los tiempos cambiaban, pero ese grupo de mamones permanecía más o menos igual.

Stour Ocaso clavó en Trébol aquella mirada húmeda, fría, hueca, con su rápida mano reposando en el pomo de su espada, y su sonrisa estaba llena de buenos dientes y malas amenazas.

—Jonas Trébol —dijo—. ¿Qué coño haces tú aquí?

—Me envía vuestro padre, Calder el Negro.

—Sé quién es mi padre.

—Sabe quién es su padre —se burló uno de los burlones. Era un joven cabrón muy musculoso, con toda una armería sujeta con correas al cuerpo, que al moverse hacía el mismo ruido que un cuchillero cargando con demasiado género.

Stour miró furioso a un lado.

—Cierra el pico, Magweer. —Magweer se había erizado para que lo pusieran en su sitio, un tedioso patrón de comportamiento varonil en el que Trébol, para su vergüenza, había participado de mil amores en otro tiempo—. Lo que quiero saber es para qué te envía.

—Para llevaros por el buen camino. —Trébol levantó un poco los hombros en gesto de impotencia—. Son sus propias palabras, ya sabéis.

—¿Sabes distinguir el buen camino de un estercolero, entonces?

Los lameculos con escudo de lobo de Stour rieron como si hubiera sido una ocurrencia ingeniosísima, y Trébol se unió a la farsa con una sonrisa. Si lo único que podía hacer un hombre era escoger su momento, aquel no era buen momento para el orgullo.

—No voy a dármelas de gran experto, pero he elegido unos cuantos caminos malos a lo largo de los años. A lo mejor puedo evitar que piséis algunos mojones de los que han vuelto tan fragantes mis botas.

—Ya me parecía que olía a mierda. —Stour olisqueó, se lamió los dientes y se pasó el pulgar por la nariz—. ¿Y cuál sería tu primer consejo?

—Nunca os rasquéis las cejas con una espada. —Trébol sonrió. Nadie más lo hizo, pero eso era problema de ellos—. Es mejor dejarlas en sus vainas siempre que sea posible, diría yo. Las espadas desenfundadas son un puto peligro, eso está claro.

Stour se acercó un poco más, llevando con él una pequeña burbuja de amenaza.

—Sabiduría digna de héroes —susurró.

—Yo antes quería ser un héroe. —Trébol se dio unas palmadas en la barriga—. Luego se me pasó. Pero prometí a vuestro padre

que haría todo lo que pudiera.

—Entonces... —Stour hizo un gesto que abarcó el valle—. ¿Me señalas el camino, si no te importa?

—No me atrevería. Sé lo que soy, y soy un seguidor nato.

El rey en ciernes puso sus ojos húmedos como platos.

—Pues entonces, intenta no quedarte atrás, viejo. —Pasó junto a Trébol, con los ojos fijos ya en su siguiente conquista, y Trébol se apartó de sus malcarados compañeros con una profunda inclinación—. ¡Quiero que quememos otro pueblo o dos antes de que anochezca! —exclamó el Gran Lobo mirando hacia atrás, y las jóvenes glorias compitieron entre sí para ver quién reía más alto.

—¿Qué te había dicho? —Wonderful se inclinó hacia Trébol—. Un capullo de mucho cuidado.

Romper todo lo que ama

Rikke movió los hombros para hundirse más en las nudosas raíces, con el agua helada del río hasta el cuello y el pelo lleno de mugre, oyendo las trabajosas pisadas de los guerreros de su enemigo en el camino. Por cómo sonaba, eran un buen montón de cabronazos. Se preguntó de nuevo qué sucedería si la atrapaban. Mejor dicho, cuando la atraparan. Intentó que su respiración se hiciera lenta, regular, silenciosa.

Entre el opresivo miedo por sí misma, la irritante preocupación por todas las personas que conocía, el molesto dolor de un centenar de pequeños golpes y rasguños y la constante hambre y el insistente frío, aquella debía de ser la tarde más asquerosa que había pasado en la vida, y eso que la competencia reciente había sido muy feroz.

Sintió la yema de un dedo bajo la mandíbula, cerrándole la boca, y cayó en la cuenta de que sus dientes habían empezado a castañetear. Isern estaba apretada contra la ribera a su lado, con el agua hasta la afilada barbilla y el pelo aplastado sobre el rostro ceñudo, quieta como la tierra, paciente como los árboles, dura como las piedras. Sus ojos pasaron de Rikke al saliente colmado de raíces que tenían por encima, y sin hacer ruido sacó un dedo del agua y se lo llevó a los labios llenos de cicatrices para exigirle silencio.

—Mierda —dijo una voz, tan alta y clara que parecía estar junto a su oído.

Rikke se asustó y podría haberse levantado con un chapoteo por acto reflejo si Isern no le hubiera aferrado el brazo entumecido bajo el agua.

—Mierda... y... —Era la voz de un hombre, algo entrado en años pero suave y lenta, como si no tuviera prisa—. Allá vamos.

Un gruñido de satisfacción, y luego un chorro de pis que

humeaba un poco cayó al agua a menos de un paso de la cara de Rikke. Lo más triste de todo fue que se vio tentada de meter la cabeza debajo por el calor.

—En la vida existe todo tipo de placeres —dijo la voz—, pero he llegado a la conclusión de que pocos son mejores que una buena meada cuando de verdad la necesitas.

—Vaya. —Una voz de mujer esta vez, eligiendo cada palabra con el mismo cuidado que un herrero escogiendo clavos para las herraduras de un ricachón—. No estoy segura de si te guardo más o menos respeto, después de esa pequeña revelación.

—He llegado al punto... —El chorro cesó y luego se inició de nuevo—. En el que a veces lo retengo... y así, cuando lo suelto... —Unos pocos chorros cortos más—. La sensación es mejor que nunca. ¿Qué tal va la noble contienda?

—La Unión se retira a marchas forzadas. Algunas escaramuzas sueltas, pero no tienen ánimo de combatir. Ni rastro de los chicos del Sabueso. Estarán huyendo, supongo.

—Por mí, perfecto —repuso el hombre—. Con un poco de suerte, correrán de vuelta hasta Angland y podremos descansar todos.

Rikke miró a Isern. La mujer había estado en lo cierto. Siempre tenía razón, joder, sobre todo cuando se trataba de predicciones desalentadoras.

Ese mañana habían llegado a un claro lleno de cadáveres. Más de una docena. Hombres de ambos bandos, que habían pasado a estar todos en el mismo. Ya se decía que la Gran Niveladora resolvía todas las diferencias. Rikke se había quedado mirando los cuerpos, con la muñeca contra los labios, casi sin aliento. Entonces había visto a Isern, acuclillada sobre los muertos como un comedor de cadáveres salido de las canciones, registrando ropas raídas, trasteando con hebillas.

—¿Qué haces?

—Buscar cualquier cosa que podamos comernos.

Rikke se había puesto a buscar también. Intentando no mirar las caras mientras hurgaba en bolsillos con dedos insensibles. Isern también había tenido razón en eso. El miedo, el remordimiento, la

repugnancia: todo se desvanecía cuando había la suficiente hambre. Lo que más la molestó mientras se alejaban de los muertos fue que no habían encontrado nada.

—¡El jefe! —gritó alguien arriba, en el camino—. ¡Ocaso! ¡El rey en ciernes!

Y llegó un aprobador estrépito de armas contra escudos.

Rikke se tensó bajo el agua. Se tensó tanto como pudo, teniendo en cuenta que ya prácticamente era un bloque de hielo, e Isern se apretó contra ella y susurró, con apenas un hilillo de voz:

—Chissssst.

—Por los muertos —oyó que la mujer musitaba arriba, y luego, con un forzado buen ánimo—: ¡Jefe! ¿Cómo va el día?

—Hasta el momento, sin sangre, pero todavía es pronto. —Debía de ser la voz del mismísimo Stour Ocaso. Era una voz quejumbrosa, para tratarse de un guerrero famoso. Sonaba como un niño al borde de una rabieta—. Estos sureños son unos flojuchos, siempre escabulléndose. Nueve el Sanguinario tenía a Rudd Tresárboles para combatir, y a Dow el Negro, y a Hosco Harding, y a todos los demás. ¿Cómo puede alguien labrarse un gran nombre sin grandes enemigos contra los que probarlo?

Una breve pausa.

—Sí que es un problema, desde luego —dijo la mujer.

—Tengo una tarea para ti, Wonderful. En estos bosques hay una chica. La quiero.

Rikke tuvo una mala sensación en el estómago. Era peor que el hambre, y se apretó contra la ribera como si pudiera hacerse una con la tierra.

Una risita burlona del meador entusiasta.

—¿Y quién no iba a querer una chica en los bosques? —Se hizo el silencio, como si la broma no hubiera calado en nadie. Desde luego, a Rikke no le hizo ni puta gracia—. ¿Cómo podremos distinguir a esa chica de cualquier otra?

—Dicen que tiene como espasmos. Llevará un anillo dorado en la nariz, y tal vez tenga una cruz pintada sobre el ojo.

Rikke rozó con la punta de la lengua el anillo que le atravesaba la nariz y susurró:

—Mierda.

—Quizá vaya acompañada de una montañesa. A esa podéis matarla. Pero a la chica la necesitamos viva.

—Debe de ser importante —dijo la mujer llamada Wonderful.

Ocaso soltó una risita ululante.

—Pues ahí está el asunto. Es la hija del Sabueso.

—Doble mierda —vocalizó Rikke.

—Chissssst —siseó Isern.

—¿Qué pasará si la capturamos?

Un gruñido descontento.

—Bueno, si la captura mi padre, imagino que la usará para pedir rescate, o como cebo, o para salirse con la suya cuando haya que hablar de *paz*. —Ocaso escupió la palabra como si le supiera mal—. Ya conocéis a mi padre. Planes dentro de planes.

—Calder el Negro siempre ha sido un tipo listo —dijo la voz del hombre.

—Yo veo las cosas de otra manera. Tal y como yo lo veo, la forma de doblegar a tu enemigo es romper todo lo que ama. Por lo que cuentan, esos viejos chochos del otro bando adoran a la zorrita de los espasmos. Es como una especie de talismán para ellos. —Rikke oyó la sonrisa en su voz—. Así que, si le echo mano yo, la desnudaré y la azotaré, y le arrancaré los dientes, y quizá haga que unos cuantos siervos se la follen, fuera, entre las líneas, donde todos puedan oír cómo chilla. —Un poco de silencio, y Rikke sintió que su respiración se entrecortaba y que la mano de Isern le apretaba el brazo—. O tal vez haga que se la folle mi caballo. O mis perros. O... no sé, ¿un cerdo, a lo mejor?

El hombre mayor sonó bastante asqueado.

—¿Y cómo cuernos haríais eso?

—No hay nada que no pueda hacerse si se dispone de imaginación y paciencia. Luego usaría zarzas para atarla a la copa de un árbol, donde todos puedan verla, y le cortaría la cruz de sangre, y dejaría un cubo debajo para que cayeran sus tripas, y las enviaría al otro bando.

—¿Sus tripas?

—Sí, en una caja bonita. De madera, con buenas tallas. Y con

flores, quizá. ¡O mejor no! Con hierbas. Para que esos viejos idiotas no huelan lo que están recibiendo hasta que abran la caja.

Y Ocaso dio un gruñido satisfecho, como si estuviera hablando de un buen pez que pretendiera pescar, o una buena cena que pretendiera comerse, o un buen asiento en el porche en el que tuviera muchas ganas de sentarse al anochecer.

—Imaginaos la cara que pondrían.

Rio como si las tripas de Rikke en una caja fuesen el colmo del humor.

—Joder —susurró Rikke.

Isern se limitó a sisear:

—Chissssst.

—Pero eso será más adelante. —Stour soltó un suspiro decepcionado—. No se puede cocinar lo que aún no has cazado, ¿verdad? Mi padre ofrece una gran recompensa por ella, eso está claro. Quienquiera que se la lleve será un hombre rico.

La mujer llamada Wonderful sonó como si todo aquello le estuviera haciendo tan poca gracia como a Rikke.

—Como ordenéis, jefe. La buscaremos.

—Maravilloso. Ya puedes seguir meando, Trébol.

—Estoy bien. Ya no me hará falta en un buen rato, creo.

Rikke oyó tenues pasos que se alejaban. Quizá debería haber estado petrificada de miedo. Bien sabían los muertos que tenía todo el derecho del mundo a estarlo. Pero bullía de furia. Una furia que la calentaba a pesar de la gélida agua que espumeaba contra su mentón. Una furia que la tentaba a salir del arroyo con el cuchillo entre los dientes y cortar la cruz de sangre a Stour Ocaso allí mismo, en ese preciso instante.

Su padre siempre le había dicho que la venganza era desperdiciar esfuerzos. Que superar las afrentas era la opción fuerte, la sabia, la correcta. Que la sangre solo traía consigo más sangre. Pero las lecciones de su padre le parecían muy lejanas, adecuadas solo para lugares más cálidos. Apretó la mandíbula, entrecerró los ojos y se juró a sí misma que, si sobrevivía a aquella semana, se encargaría de ver a Stour Ocaso follado por un cerdo.

—Voy a serte sincero, Wonderful —dijo la voz del hombre, al que

llamaban Trébol, hablando en voz baja como si estuviera compartiendo un secreto—. Cada vez me preocupa más ese hijo de puta.

—Sí, lo sé.

—Al principio creía que era todo una pose, pero empiezo a pensar que es todo lo que finge ser.

—Sí, lo sé.

—¿Tripas en una caja? ¿Con hierbas?

—Sí, lo sé.

—Cualquier día de estos nuestro amigo de las tripas en una caja será rey. Rey de los norteños. Ese de ahí.

Una larga pausa, y luego un gruñido agotado.

—Es algo que no desearía nadie en su sano juicio.

Rikke no tuvo más remedio que estar de acuerdo. Le pareció vislumbrar sus reflejos, danzando entre las ramas negras en el agua.

—¿Ves alguna cosa ahí abajo?

Rikke se crispó, y sus dedos entumecidos se cerraron con fuerza en torno a la empuñadura de su cuchillo. Vio que se tensaban los músculos de la mandíbula en el lado de la cara de Isern, y la punta de su lanza asomó sobre la superficie, embadurnada en brea para no reflejar la luz.

—¿Qué? ¿Peces?

—Sí. ¿Crees que merece la pena que traiga la caña?

Llegó el sonido de Wonderful sorbiendo por la nariz y luego cayó un gargajo dando vueltas desde arriba hasta el agua.

—En este arroyo no hay nada que merezca la pena atrapar, diría yo.

Fue malo

El sol terminaba de ponerse cuando llegó a casa, dejando solo un resquicio rosado sobre las colinas negras. El valle estaba a oscuras, pero Broad podría haberlo cruzado con los ojos vendados. Conocía hasta el último surco del camino, hasta la última piedra del muro derruido junto al que discurría.

Todo muy familiar. Pero todo muy extraño.

Después de pasar dos años lejos, cualquiera habría pensado que un hombre correría a toda velocidad hacia un lugar amado, con la mayor sonrisa que pudieran contener sus mejillas. Pero Broad caminaba despacio, como un condenado hacia la horca, y sonreía más o menos lo mismo, también. El hombre que había partido de allí no tenía nada. El que regresaba tenía miedo a todas horas. Casi ya ni sabía de qué. De sí mismo, tal vez.

Cuando vio la casa, acurrucada entre aquellos árboles pelados, con la luz de una lámpara asomando en torno a los postigos, tuvo un inesperado impulso de seguir caminando. Un inesperado pensamiento de que aquel ya no era su sitio. No después de todo lo que había visto. No después de todo lo que había hecho. ¿Y si llevaba todo aquello consigo al interior?

Pero el camino que dejaba atrás la casa era un camino de cobardes. Apretó los puños doloridos. Gunnar Broad no era ningún cobarde. Que preguntaran a cualquiera.

Aun así, tuvo que hacer acopio de toda su valentía para llamar a la puerta. Más de la que había necesitado para subir por las escalas de asalto en Borletta o para encabezar la carga hacia aquellas picas en Musselia, o incluso para cargar con aquellos hombres que morían de apretón en el largo invierno que llegó después. Pero llamó a la puerta.

—¿Quién va?

La voz de mujer, al otro lado, provocó a Broad una mueca peor que los puyones de aquellas picas. Hasta ese momento, había temido que no estuviera allí. Que hubiera pasado página. Que se hubiera olvidado de él. O quizá en realidad había esperado que ella lo hiciera.

Apenas pudo encontrar su propia voz.

—Soy yo, Liddy. Soy Gunnar.

La puerta se abrió con una sacudida y allí estaba ella. Había cambiado. Ni por asomo tanto como él, pero había cambiado. Tal vez estuviera más delgada. Tal vez pareciese más dura. Pero cuando sonrió, siguió iluminando el tenebroso mundo como había hecho siempre.

—Pero ¿qué haces llamando a tu propia puerta, tonto?

Y Broad se echó a llorar. Lo primero fue un violento sollozo que le subió desde el estómago. Luego ya no hubo forma de pararlo. Se quitó las lentes de los ojos con una mano torpe y temblorosa y todas las lágrimas que no había derramado en Estiria, porque Gunnar Broad no era ningún cobarde, cayeron ardientes por su cara engurruñada.

Liddy dio un paso adelante y él se encogió, encorvado y dolorido, levantando los brazos como para apartarla. Como si Liddy fuera de cristal y pudiera hacerse añicos en sus manos. Ella lo cogió de todos modos. Tenía los brazos delgados pero un agarre del que Broad no pudo zafarse y, aunque era una cabeza más bajita que él, le sostuvo la cara contra su pecho, y le besó en la cabeza, y susurró:

—Venga, venga. Chist, tranquilo.

Al cabo de un rato, cuando los sollozos de Broad empezaron a calmarse, Liddy puso las manos en sus mejillas y le levantó la cabeza para poder mirarlo a la cara, tranquila y seria.

—¿Tan malo fue, entonces? —le preguntó.

—Sí —graznó él—. Fue malo.

Liddy sonrió. Puso aquella sonrisa que iluminaba el mundo. Tan cerca que, incluso sin sus lentes, Broad pudo verla.

—Pero ahora estás en casa.

—Sí. Ahora estoy en casa.

Y se echó a llorar de nuevo.

El hachazo hizo que Broad se encogiera. Se dijo a sí mismo que era el sonido de un trabajo honesto bien hecho. Se dijo que estaba en casa, a salvo, lejos del campo de batalla. Pero quizá había llevado consigo el campo de batalla hasta casa. Quizá el campo de batalla hubiese pasado a ser cualquier suelo que hollara. Intentó ocultarlo con una broma.

—Sigo diciendo que cortar leña es trabajo de hombres.

May colocó otro tronco en el tajo y alzó el hacha.

—Si los hombres se largan a Estiria, todo se convierte en trabajo de mujeres.

Cuando Broad se marchó, May era aniñada, silenciosa, desmañada. Como si su piel no fuese de su talla. Seguía siendo huesuda, pero en su forma de moverse había una fuerza veloz. Había crecido muy deprisa. No le había quedado más remedio. Otro golpe y dos pedazos de madera bien cortada cayeron al suelo.

—Debería haberme quedado y enviarte a ti a luchar —dijo Broad—. Quizá así habríamos ganado.

May sonrió, y Broad sonrió por poder hacerla sonreír, y se preguntó cómo era posible que alguien que había hecho tanto mal como él hubiera podido intervenir en la creación de algo tan bueno como ella.

—¿De dónde sacaste los anteojos? —preguntó ella.

Broad los tocó con un dedo. A veces olvidaba que los llevaba en la cara, hasta que se los quitaba y todo lo que quedaba fuera del alcance de su brazo se convertía en un borrón.

—Salvé a un hombre. El lord mariscal Mitterick.

—Suena a importante.

—Comandante del ejército, nada menos. Hubo una emboscada, y resultó que yo estaba allí y, bueno... —Reparó en que había vuelto a cerrar los puños con tanta fuerza que le temblaban y se obligó a abrirlos—. Él creyó que lo había salvado. Pero debo reconocer que no tuve ni la menor idea de quién era hasta después de que pasara todo, porque no veía más allá de cinco pasos. Así que me los dio

como regalo. —Se quitó los anteojos, les echó el vaho y los limpió con cuidado usando el dobladillo de la camisa—. Deben de costar como unos seis meses de la paga de un soldado. Son un milagro de la era moderna. —Volvió a sujetárselos tras las orejas y en la familiar muesca del caballete de la nariz—. Pero estoy agradecido, porque ahora puedo apreciar la belleza de mi hija desde mitad del patio.

—Belleza, dice.

May dio un bufido desdeñoso, pero al mismo tiempo pareció un poco satisfecha. El sol asomó entre las nubes y calentó la sonrisa de Broad, y por un instante todo fue como antes. Como si nunca se hubiera marchado.

—¿Combatiste, entonces?

De pronto Broad notó seca la boca.

—Combatí.

—¿Cómo fue?

—Bueno... —Con el tiempo que había pasado soñando con la cara de May y, ahora que la tenía delante, le costaba mirarla a los ojos—. Fue malo.

—Voy por ahí diciendo a todo el mundo que mi padre es un héroe.

Broad hizo una mueca. Las nubes se movieron y proyectaron su sombra en el patio, y el temor volvió a atenazarlo.

—No les digas eso.

—¿Y qué les digo?

Broad miró ceñudo sus manos doloridas y se las frotó.

—Eso no.

—¿Qué significan las marcas?

Broad intentó bajarse la manga de la camisa para cubrir el tatuaje que lo señalaba como soldado de escala de asalto, pero seguían viéndose las estrellas azules que llevaba en los nudillos.

—Nada, una cosa que me hicieron los chicos con los que estaba.

Se llevó las manos tras la espalda. Donde May no pudiera verlas. Donde él no tuviera que hacerlo.

—Pero...

—Basta de preguntas —dijo Liddy, saliendo al porche—. Tu

padre acaba de volver.

—Y tengo muchas cosas que hacer —convino él, levantándose. Las dos debían de haber trabajado mucho para mantener presentable la casa, pero era demasiado para tres personas, no digamos para dos, y parecía que estaba a punto de desmoronarse—. Debe de haber como una docena de goteras que arreglar.

—Ten cuidado. Si cargas tu peso en el techo, me da la impresión de que podría caer la casa entera.

—No me extrañaría. Pero antes voy a ver el rebaño. Dicen que el precio de la lana nunca había subido tanto, con todas esas plantas textiles nuevas. ¿Están valle arriba?

May parpadeó mirando a su madre, Liddy puso una mueca algo rara y Broad sintió que el temor caía sobre él con mucha más fuerza.

—¿Qué pasa?

—Ya no tenemos rebaño, Gunnar.

—¿Qué?

—Quería que durmieras bien una noche sin tener que preocuparte. —Liddy soltó un suspiro que pareció salir de sus desgastados zapatos—. Lord Isher cercó el valle. Dijo que ya no podíamos pastar allí.

Broad apenas entendió lo que le estaban diciendo.

—El valle es tierra comunal. Siempre lo ha sido.

—Ahora ya no. Decreto real. Está pasando lo mismo por todas partes. El valle de al lado también. Hemos tenido que venderle el rebaño.

—¿Hemos tenido que venderle nuestras ovejas para que pueda apacentarlas en nuestra tierra?

—Nos pagó un buen precio. Algunos señores no dieron tanto a sus arrendatarios.

—¿Así que me joden vivo cuando voy a la guerra y me joden vivo cuando regreso? —rugió él. La voz casi no parecía la suya—. ¿Y no... hiciste nada?

La mirada de Liddy se endureció.

—No se me ocurrió nada que hacer. A lo mejor tú podrías haber hecho algo, pero no estabas.

—¡Nada de esto funcionará sin un rebaño! —Su padre había criado ovejas, y su abuelo, y el abuelo de su abuelo. Sintió que su mundo entero estaba deshaciéndose—. ¿Qué vamos a hacer? —Descubrió que había vuelto a cerrar los puños. Estaba gritando, pero no podía parar—. ¿Qué vamos a *hacer*?

Y vio que a May le temblaba el labio como si estuviera al borde del llanto, y Liddy rodeó a su hija con un brazo, y toda la ira lo abandonó, dejándolo frío y desesperado.

—Lo siento. —Había jurado no volver a perder nunca los estribos. Había jurado que viviría para ellas dos, que les daría una buena vida, y la había jodido a base de bien unas pocas horas después de cruzar la puerta—. Lo siento.

Dio un paso hacia ellas levantando una mano, pero entonces vio los tatuajes de los nudillos y la retiró de golpe.

Liddy habló en tono suave y firme, mirándolo a los ojos.

—No tenemos elección, Gunnar. Isher se ha ofrecido a comprarnos la granja, y tenemos que marcharnos. Estaba pensando en Valbeck. Allí hay trabajo, en las nuevas fábricas.

Broad solo pudo quedarse mirándola. Y en el silencio oyó el sonido de caballos y se volvió hacia el camino.

Se aproximaban hombres. Venían despacio, como si dispusieran de todo el día para llegar. Uno iba montado en una yegua alazana. Otros dos en un carro con una rueda que chirriaba. Gunnar reconoció al carretero. Lennart Seldom, el hermano pequeño del molinero. Broad siempre lo había tenido por un cobarde, y no vio nada en sus ojos furtivos y entornados que le hiciera cambiar de opinión.

—Es Lennart Seldom —murmuró.

—Sí que lo es —dijo Liddy—. May, ve dentro.

—Pero ma...

—Dentro.

A los otros dos, Broad no los conocía. Sentado al lado de Seldom había un tipo larguirucho que se mecía con el vaivén del carro y llevaba una ballesta en el regazo. No estaba cargada, lo cual era bueno, porque tendían a dispararse en los peores momentos, pero aun así Broad no veía ningún motivo para que la llevara. Era

un arma para matar a hombres. O como mínimo, para amenazar con hacerlo.

El aspecto del jinete le gustó incluso menos. Era grande y barbudo, con una elegante espada de caballería colgando baja a su lado y un elegante tricornio en la cabeza, y una elegante manera de sentarse en la silla de montar y mirar a su alrededor como si aquellas tierras le pertenecieran.

Tiró de las riendas de su montura demasiado cerca de la casa, saltándose las más elementales normas de educación, se quitó el tricornio, se revolvió el pelo aplanado con las uñas y contempló a Broad en pensativo silencio. Seldom detuvo el carro detrás de él, entre los dos grandes postes invadidos por el liquen que el abuelo de Gunnar había tallado para delimitar su propiedad.

—Gunnar —dijo, y sus furtivos ojos se desviaron un instante hacia Liddy.

—Seldom.

Liddy se recogió un mechón suelto detrás de la oreja, pero el viento lo liberó al instante y lo hizo ondear de nuevo sobre su rostro preocupado.

—Has vuelto, pues. —Si Seldom intentaba aparentar alegría con el tono, se quedó bien corto—. ¿De dónde has sacado los anteojos?

—De Estiria.

—¿Cómo fue?

—Malo —respondió Broad.

—Parece que has perdido peso.

El de la ballesta puso media sonrisa.

—¿Cómo de grande era antes?

—Más grande todavía —dijo el barbudo, sin apenas dedicar una sola mirada a Broad mientras volvía a ponerse el tricornio—. Evidentemente.

—Comer poco y cagar demasiado, supongo —dijo Broad.

—La maldición del soldado —asintió el barbudo—. Me llamo Marsh. —Acortaba el final de las palabras, como si no le gustara hablar y prefiriera dedicarles tan poco tiempo como pudiera.

—Yo soy Capaz —dijo el flaco—. Trabajamos para lord Isher.

—¿Qué trabajo hacéis? —preguntó Broad, aunque era evidente

por las armas.

—Un poco de todo. Comprar propiedades, más que otra cosa. Este valle pertenece a Isher y...

—Esta parte no —lo interrumpió Broad.

Marsh dio un gruñido contrariado y alzó el mentón para rascarse la barba.

—Aquí no podrás ganarte la vida, Gunnar. —Seldom soltó una risita lisonjera—. Lo sabes bien. Ahora, sin pastos, ya no. Para ser justos con Isher, el rey le ha subido los impuestos hasta el cuello para pagarse sus putas guerras. Están cercando terreno por todas partes, para trabajarlo con máquinas.

—Eficacia —musitó Marsh, sin girarse siquiera.

Que a Marsh no le importara una mierda hizo que a Broad le importara mucho más.

—Mi padre murió en esta tierra —dijo, esforzándose por no levantar la voz—. Combatiendo a los gurkos.

—Lo sé. El mío también. —Seldom se encogió de hombros—. Pero ¿qué quieres que le haga?

—Te limitas a obedecer órdenes, ¿eh?

—Si no lo hago yo, será algún otro.

—Progreso —murmuró Marsh.

—¿Lo es? —Broad miró ceñudo valle arriba, hacia las otras casas, todas en silencio. Ya le había parecido raro que no saliera humo de las chimeneas—. A todos esos ya los habéis echado, ¿verdad? A Lant y sus hijas, y a los Barrow, y al viejo Neiman.

—Neiman murió, pero los demás vendieron.

—Hicimos que entraran en razón —dijo Capaz, acomodando la ballesta en su regazo.

—¿Y por qué mi esposa sigue aquí?

Seldom amagó otra mirada furtiva a Liddy.

—Nos pareció bien dejarle algo más de tiempo, porque aquí nos conocemos todos y...

—Y siempre te ha gustado. Lo comprendo. A mí también me gusta. Por eso me casé con ella.

Liddy puso en la voz un matiz de preocupación, de advertencia.

—Gunnar...

—Por qué se casó ella conmigo, no sabría decirte. Pero eso hizo.

Seldom hizo un aguado intento de sonreír.

—Escucha, amigo...

—No era amigo tuyo antes de marcharme. —De pronto, tuvo la sensación de que hablaba otra persona y Broad se limitaba a observar—. Ahora lo soy incluso menos.

—Ya basta. —Marsh hizo avanzar a su yegua con los talones. La situó entre Broad y el tajo, donde estaba el hacha. Era buen jinete. Montaba erguido en la silla, con el cielo brillante detrás para que Broad tuviera que entrecerrar los ojos al mirarlo—. Lord Isher va a adquirir este valle de un modo u otro. No tiene sentido ser tozudo. Es mejor para ti marcharte con algo de dinero en el bolsillo.

—¿Mejor que qué?

Marsh se llenó los pulmones respirando por la nariz.

—Sería una lástima que esta casa tan bonita que tienes se incendiara una noche.

Su mano descendió muy poco a poco. No hacia el descascarillado baño dorado de la cazoleta de su elegante espada, sino seguramente hacia algún cuchillo. Creía que podía provocar a Broad para que se precipitara y entonces apuñalarlo, y así resolver con un pedazo de metal afilado un problema que parecía resistirse a tanta charla. Quizá le hubiera funcionado antes. Quizá le hubiera funcionado muchas veces.

—¿Incendiarse, dices? —Lo más curioso era que Broad no sentía furia. Lo aliviaba tanto poder soltarse, aunque fuese un momento, que estuvo a punto de sonreír.

—Exacto. —Marsh se agachó hacia él—. Sería una lástima... que a tu encantadora esposa y a tu hija...

Broad cogió la bota del hombre y lo derribó de la silla de montar. Marsh dio un gruñido de sorpresa e hizo aspavientos mientras caía. Broad rodeó la yegua mientras Marsh rugía improperios e intentaba levantarse, pero aún tenía un pie enganchado en el estribo.

Broad le aferró la muñeca antes de que pudiera enderezarse y la retorció hacia arriba, obligando al barbudo a bajar la cabeza hasta el tajo. Marsh chilló cuando se le dislocó el codo y su puñal cayó al

suelo, pero solo hasta que Broad levantó una bota y le aplastó la cara contra la madera llena de surcos con todo su peso, destrozando huesos una, dos, tres veces.

Capaz se levantó a medias del pescante del carro, con los ojos como platos, manoseando la cuerda de su ballesta. La mayoría de los hombres necesitan tiempo para actuar. Broad tenía el problema contrario. Él siempre estaba cargado. Siempre.

Capaz no tuvo tiempo de tensar la cuerda antes de que Broad llegara al carro dando zancadas. Ni siquiera tuvo tiempo de coger una saeta.

Logró descargar un golpe con la ballesta, pero Broad la apartó con el antebrazo y cogió a Capaz por la pechera de su casaca. El hombre dio un pequeño aullido cuando Broad lo levantó en vilo y lo estampó de cabeza contra el viejo poste. La sangre salpicó el costado del carro. Cayó como un muñeco y se le quedó un brazo enganchado en los rayos de aquella rueda que chirriaba. Su cráneo hecho trizas estaba combado hacia dentro.

Broad subió de un salto al pescante mientras Seldom lo miraba, con las riendas todavía en sus manos laxas.

—Gunnar...

Intentó levantarse, pero Broad lo empujó hacia abajo con la rodilla.

No estaba seguro de cuántas veces lo golpeó, puño arriba y puño abajo, puño arriba y puño abajo, pero cuando paró, la cara de Seldom era solo un amasijo de brillante rojo.

Broad parpadeó mirándolo, un poco sin aliento. Notó el viento frío en la frente sudada.

Broad parpadeó mirando a Liddy. Ella tenía los ojos fijos en él y se tapaba la boca con una mano.

Broad parpadeó mirando sus propios puños. Le costó un doloroso esfuerzo extender los dedos rojos, y solo entonces empezó a darse cuenta de lo que acababa de ocurrir.

Se sentó junto al cadáver de Seldom en el pescante del carro, débil y tembloroso. Había manchas en su visión. Sangre, comprendió, en las lentes. Se las quitó con dedos torpes y convirtió el mundo en un borrón.

Liddy no dijo nada. Él tampoco.
¿Qué iban a decir?

Un mar de negocios

—¡Sed todos bienvenidos al decimotercer encuentro semestral de la Sociedad Solar de Adua!

Hornig Curnsbick, el gran maquinista, resplandeciente en un chaleco bordado con hojas de oro, alzó al aire sus amplias manos. El aplauso fue el más entusiasta que se podía haber oído en aquel teatro desde que Iosiv Lestek interpretara su última función en el escenario.

—¡Muchísimas gracias a nuestras distinguidas mecenas, lady Ardee y su hija, lady Savine dan Glokta!

Curnsbick hizo un gesto hacia el palco de Savine, que sonrió por encima de su abanico como si sus delicados sentimientos apenas soportaran tanta atención. Hubo vítores y gritos de «¡Bravo!». De miembros con un anhelo particular por su dinero, supuso ella.

—Nunca nos atrevimos siquiera a soñar, cuando nueve de nosotros nos reunimos por primera vez en el salón de lady Savine, ¡que solo ocho años más tarde la Sociedad Solar contaría con más de cuatrocientos miembros a lo largo y ancho de la Unión e incluso más allá! —Quizá Curnsbick no, pero Savine siempre había soñado a lo grande—. ¡Vivimos en unos tiempos nuevos y emocionantes! En tiempos en los que solo los perezosos tienen por qué ser pobres. En los que solo los de mente estrecha tienen por qué estar insatisfechos. ¡En los que el mundo puede cambiar por el ingenio y el empeño de un solo hombre!

O, que los Hados nos asistan, de una sola mujer.

—Ayer mismo, aquí en Adua, Dietam dan Kort terminó de construir un puente hecho exclusivamente de hierro. ¡De hierro, nada menos! Un puente que traerá un canal a través de la Muralla de Casamir hasta el corazón de la ciudad. —Más aplausos mientras abajo, entre el público, Kort recibía palmaditas de sus colegas en la

espalda. En una espalda cubierta por un chaquetón nuevo de primerísima calidad pagado con el dinero de Savine, por cierto—. Y ese canal nos traerá un acceso ilimitado a materias primas. Nos traerá más industria y más comercio. Nos traerá mejores trabajos y mejores bienes y mejores vidas para las masas. —Curnsbick abrió los brazos con una floritura de artista y sus anteojos destellaron—. ¡Nos traerá prosperidad a todos!

Pero sobre todo, a Savine, sobraba decir. ¿Qué sentido tenía la prosperidad, a fin de cuentas, si todo el mundo la disfrutaba?

—¡Y ahora, a los negocios! ¡Al negocio del progreso! Nuestra primera conferencia correrá a cargo de Kaspar dan Arinhorm, sobre la aplicación de la Máquina de Curnsbick al bombeo de agua de las minas de hierro.

Savine se levantó para marcharse mientras Arinhorm se dirigía al atril. La verdad era que nunca le habían interesado mucho los inventos. Su obsesión era cómo convertirlos en dinero. Y esa alquimia particular se llevaba a cabo en el vestíbulo.

Ya había congregada una multitud considerable bajo las tres enormes lámparas de araña, zumbando con emocionada cháchara, bullendo de expectativas y propuestas. Los grupos de caballeros vestidos con sobriedad se deshacían y volvían a formarse, atraídos por vertiginosas corrientes y remolinos, y los vestidos de las damas eran brillantes puntos de color cabeceando en la inundación. Aquí y allá, incluso se distinguían las túnicas de alguna reliquia de los antiguos gremios de mercaderes. El ojo experto de Savine reconocía a aquellos que disponían de dinero o contactos, y a quienes carecían de ellos, que les seguían como botes de remos en la estela de barcos enormes, desesperados por un patrocinio, una intervención, una inversión.

Era un mar de negocios. Aguas procelosas, asoladas por impredecibles tormentas, en las que las fortunas podían naufragar, las empresas perderse con toda su tripulación, las reputaciones hundirse bajo las olas, pero en las que una oficial de derrota con la suficiente visión podía obtener un éxito espectacular en las corrientes ocultas de la riqueza y la influencia.

—Dios trabaja para quienes trabajan por sí mismos —musitó

Zuri, mirando su reloj.

Siempre estaba junto a Savine, dispuesta a apartarle a la chusma o, de vez en cuando, a tomar nota en su cuaderno para un encuentro informal, o quizá una invitación a tomar el té si alguien resultaba prometedor. A menudo, en esas agradables entrevistas, hacía algún comentario de pasada sobre costumbres nocturnas, o pasados cuestionables, o descendencia ilegítima, y sobre cómo este o aquel escándalo podría dejar en ruinas una carrera con futuro. No había casi nadie digno de atención que no tuviera algún secreto anotado en el cuaderno de Zuri. Una pizca de chantaje, administrada con buen gusto, siempre lograba que los precios cambiaran en la dirección adecuada. Para ganar en aquel juego, había que tener un pie en la sala de baile y el otro hundido hasta la rodilla en la cloaca.

—A trabajar, pues.

Savine compuso su sonrisa más radiante, abrió el abanico con un giro de muñeca y bajó flotando los peldaños hacia la refriega.

—¿Habéis considerado mi propuesta? ¿Lady Savine? Un diseño nuevo para los barcos carboneros, ¿os acordáis? ¡Navega a vela y con palas! Llevaremos el carbón a todas las casas, por humildes que sean. ¡El carbón es el futuro!

—Mis estudios demuestran que las colinas cerca de Rostod están atestadas de cobre, lady Savine. ¡Si hasta podría sacarse con las manos! ¡Los metales son el futuro!

—Solo me falta convencer al propietario del terreno, un pariente de lord Isher, y sé que sois íntima de su hermana...

Savine podía llevar espada, pero en aquel campo de batalla luchaba con abanico. Un golpecito conspiratorio con el utensilio cerrado podía provocar sonrisas con más eficacia que la varita de una bruja. Si lo abría de golpe torciendo la muñeca, cortaba las conversaciones infructuosas con un filo más aguzado que el hacha de un verdugo. Alzado con destreza, y sumado a un labio curvado y un giro de hombro, enterraba a los hombres a más profundidad que una pala.

—La sal es la mejor inversión ahora mismo, lady Savine. Sal en cantidad, para todo el mundo. Una socia podría triplicar su dinero en

pocos meses, y seguro que cuadruplicarlo...

—¡Los relojes son la mejor inversión! ¡Relojes precisos! ¡Relojes asequibles! ¡Qué potencial, lady Savine! Sin duda, no podéis hacer caso omiso al potencial que...

—Y con solo unas palabras en los oídos adecuados de la Oficina de Patentes...

Uno por uno, iba haciéndolos acercarse con sus planes, sus sueños, la luz de la certeza fulgurante en sus miradas. La más leve sonrisa de Savine iluminaba sus caras con puro deleite. Su más leve fruncimiento de ceño los anegaba de terror. Cuando concluía cada entrevista con un chasquido de abanico, pensaba en todos los rechazos que había tenido que soportar y gozaba de su poder.

—Con vuestros contactos en Estiria, vuestro patrocinio podría suponer la diferencia entre...

—Con los amigos que tenéis en el Agriont, bastaría con una sola entrevista para...

—¡Lo único que necesito es inversión!

—¡Quintuplicaría su dinero!

—¿Lady Savine? —Una mujer, joven, con peluca pelirroja y pecas en los hombros, que miraba por encima de su abanico chillón de una forma que pretendía ser adorable pero que a Savine le parecía solo taimada—. Disculpadme, pero soy una gran admiradora vuestra.

Savine tenía toda una cola de grandes admiradores y no entendía por qué aquella chica se creía con derecho a saltársela.

—Qué encantadora.

—Me llamo Selest dan Heugen.

—¿Prima de Boras dan Heugen? —Menudo patán vanidoso estaba hecho. Parecía que era cosa de familia.

—Somos solo primos segundos —respondió Selest con una sonrisa afectada—. Me temo que no soy más que una ramita de nada en un extremo muy alejado del árbol familiar.

—Una hermosa ramita que empieza a florecer, sin duda.

Selest se sonrojó como una inocente chica de campo que está como pez fuera del agua en la gran ciudad. Hizo que Savine pensara en una mala actriz de una mala obra de teatro.

—Sabía que seríais hermosa, pero jamás soñé que pudierais ser tan amable. Mi padre me dejó algún dinero y tengo intención de invertirlo. ¿Podría pediros que me dierais algún consejo?

—Compra cosas que incrementen su valor —dijo Savine, y dio media vuelta.

—Lady Savine dan Glokta. —Quien la saludaba era un hombre menudo con el pelo rizado y una manera de vestir que revelaba a la vez dinero y un mesurado buen gusto—. Esperaba poder conoceros esta noche.

—Me temo que jugáis con ventaja, pues.

—Ciertamente no en belleza. —Era un hombre poco notable, cierto, aparte de sus brillantes ojos. Eran de colores distintos, uno azul y el otro verde—. Me llamo Yoru Sulfur.

Era muy poco frecuente que Savine oyera un apellido desconocido, y siempre que ocurría le entraba la curiosidad. Los apellidos nuevos implicaban oportunidades nuevas, a fin de cuentas.

—¿Y a qué os dedicáis, maese Sulfur?

—Pertenezco a la Orden de los Magos.

No era fácil sorprender a Savine, pero no pudo evitar enarcar las cejas al oírlo. Zuri solía apartar de ella a los tipos raros, pero por una vez parecía hallarse en algún otro sitio.

—¿Un hechicero en una reunión de inversores e inventores? ¿Estáis vigilando al enemigo?

—Mejor digamos que busco nuevos amigos. —Su sonrisa estaba llena de dientes limpios, afilados y relucientes—. Los magos siempre hemos estado interesados en cambiar el mundo.

—Qué admirable —replicó Savine, aunque había observado que, cuando los hombres hablaban de cambiar el mundo, siempre se referían a ajustarlo a sus propios intereses.

—Hubo una época, en los días de Euz y sus hijos, en la que la mejor manera de hacerlo era la magia. Pero esa época ha quedado en el recuerdo. En estos tiempos... —Sulfur miró a su alrededor por el abarrotado vestíbulo y se inclinó hacia ella como para revelarle un secreto—. En estos tiempos empiezo a pensar que esta es una manera mejor.

—Vais allá donde está el poder —musitó Savine, dándole un

ligero toque en la muñeca con su abanico—. Yo hago justo lo mismo.

—Ah, pues deberíais conocer a mi maestro. Tengo la sensación de que descubriríais que los dos tenéis muchísimo en común. Él está acostumbrado a tratar con vuestro padre, por supuesto. Pero nadie vive eternamente.

Savine frunció el ceño.

—¿A qué os estáis...?

—¡Lady Savine! —Curnsbick avanzaba hacia ella, con los brazos muy abiertos en gesto de gran afecto—. ¿Cuándo diantres pensáis casaros conmigo?

—Unos días después de nunca. Además, juraría que estuve presente cuando te casaste con otra persona.

Curnsbick cogió su mano entre las suyas y la besó.

—Una palabra tuya y la estrangularé yo mismo.

—¡Pero si es una mujer encantadora! No querría cargar con algo así en mi conciencia.

—No irás a fingir ahora que tienes conciencia.

—Ah, claro que la tengo. Pero la guardo amordazada y bien lejos de mis intereses mercantiles. Este es... —Se giró para presentarle a Sulfur, pero este ya había desaparecido entre el gentío.

—¡Curnsbick, viejo perro! —Era Arinhorm, el primer ponente de la velada, irrumpiendo en la conversación como un cerdo en un jardín de rosas.

—¡Arinhorm, amigo mío! —Curnsbick le dio una enérgica palmada en el hombro. Era un genio en lo referente a las máquinas, pero tendía a atribuir demasiado mérito a la gente—. ¿Puedo presentarte a Savine dan Glokta?

—Ah, sí. —Arinhorm dedicó a Savine una sonrisa particularmente desprovista de alegría. Era de esos hombres tan insufribles que creían que todos los demás existían solo para satisfacer sus necesidades—. Tengo entendido que habéis invertido en varias minas de hierro en Angland. De hecho, tengo entendido que quizá seáis la mayor propietaria de toda la provincia.

A Savine no le gustaba que se hablara de sus asuntos en público. El triunfo volvía amistosa a la gente. El triunfo excesivo los

ponía nerviosos.

—Creo que tengo algunos intereses allí.

—Deberíais haber escuchado mi ponencia. El principal desafío en el rendimiento de las minas es la velocidad a la que puede drenarse el agua de sus profundidades. Existen límites para lo que puede lograrse a mano o empleando caballos, pero con mi adaptación de la máquina de maese Cursnbick, es posible bombear a diez veces más velocidad y, en consecuencia, excavar más lejos y a mayor profundidad que...

Lo que decía tenía sentido, pero Savine detestaba su forma de decirlo.

—Os lo agradezco, pero en este momento lo que me interesa no es el hierro, sino el jabón.

—¿Disculpad?

—Jabón, cristal, vajilla. Los bienes que una vez fueron lujos reservados a los nobles se han convertido en esenciales para las personas pudientes, y pronto serán productos básicos para todos los demás. Cuerpos limpios, ventanas acristaladas y... vajilla. Si halláis la forma de bombear platos del suelo, me encantará hablar del tema.

—Debe de ser broma.

—Las bromas me las reservo para quienes tienen sentido del humor. Comprenderéis que debo ser cuidadosa en la elección de socios.

—Cometéis un error.

—No sería el primero ni por asomo. Y aquí sigo bregando.

—Nadie debería permitir que los sentimientos se interpongan a la hora de obtener beneficios —restalló él, con el cuello enrojecido por la ira. Zuri se había escabullido de la multitud y hacía todo lo posible para apartarlo, pero Arinhorm se negaba a dejarse mover—. Esto solo refuerza mi convicción de que realmente no hay lugar en los negocios para las mujeres.

—Y sin embargo, aquí estoy yo —replicó Savine, ensanchando la sonrisa—. Y aquí estáis vos, con vuestro cuenco de mendigo. Sin duda, existen muchas facetas de la vida en la Unión donde no hay lugar para las mujeres. Pero no podéis impedirme que compre ni

venda nada.

Cursnbick echó el aliento en sus anteojos y los frotó con un paño.

—Ten cuidado, amigo mío. —Se puso los anteojos en la nariz y miró por encima de ellos—. No vaya a ser que lady Savine te compre y te venda.

—No hay de qué preocuparse. —Savine abrió el abanico con un giro brusco—. Solo compro cosas a las que puede sacarse algún beneficio.

—Maese Arinhorm parece más bien enfadado —murmuró Curnsbick mientras se alejaban entre la muchedumbre—. Quizá descubras que, a largo plazo, un poco de generosidad puede reembolsar cinco veces su valor. La buena voluntad puede ser la mejor inversión de todas, y...

Savine interrumpió aquel sinsentido con una cariñosa palmadita en la mano de Curnsbick.

—La generosidad y la buena voluntad te sientan bien a ti, pero no casan en absoluto con mi naturaleza. Una cierta cantidad de enemigos acérrimos es un complemento imprescindible para una dama a la moda.

—Y quizá al final Arinhorm haya encontrado inversora.

—Maldición. —El hombre estaba manteniendo una conversación intensa con Selest dan Heugen—. ¿Esa chica está escogiendo entre mis sobras?

—¿Sabes? Creo que es muy posible.

—Como una perra en los cubos de basura de la carnicería.

—Parece bastante popular entre los caballeros de la alta sociedad.

Y en efecto, casi podían distinguirse las cabezas entrecanas volviéndose al verla cruzar la estancia del brazo de Arinhorm.

—Cualquier cosa con coño es popular entre ellos —murmuró Savine.

—¡Eso duele! Me recuerda a ti cuando eras más joven.

—La yo más joven era puro veneno.

—La tú más joven era puro néctar. Casi tanto como la tú más mayor. Pero dicen por ahí que la imitación es el tributo más sincero.

Al fin y al cabo, aquí tenemos un teatro lleno de jóvenes necios intentando marcarse un Curnsbick. ¿Y me oyes quejarme?

—Siempre que no estás presumiendo.

—Llevo tanto tiempo presumiendo sin parar que no había tenido ocasión. —Curnsbick le dedicó una levísima sonrisa—. El Círculo del Mundo es ancho, Savine. Puedes permitir que otra persona ocupe un poquito de terreno.

—Supongo que sí —reconoció ella a regañadientes, apartando de su mente la desagradable unión de Arinhorm y Heugen—. Siempre que me paguen alquiler.

Pero Curnsbick ya no la escuchaba. La charla animada estaba reduciéndose al silencio, y la gente abría paso a alguien como la tierra al arado. Un hombre atravesó con paso firme el gentío, su vello facial meticulosamente recortado y profusamente encerado, su uniforme carmesí adornado con galones de oro.

—Me cago en la leche —susurró Curnsbick, cogiendo la muñeca de Savine—. ¡Es el puto rey!

Por muchas críticas que pudieran hacerse a su majestad —y las había en cantidad, difundidas en cada vez más panfletos groseros—, era innegable que el rey Jezal tenía la actitud y el aspecto adecuados para la posición que ocupaba. Reía, daba palmadas en brazos, estrechaba manos e intercambiaba bromas como un dechado de buen humor un tanto ausente. Tras él llegaba el estruendo de una docena de Caballeros de la Escolta con armadura completa, seguidos de al menos dos veintenas de secretarios, oficiales, sirvientes, ayudantes y parásitos, adornados con carretadas de medallas inmerecidas que titilaban bajo las mil llamas que danzaban en lo alto.

—Maese Curnsbick. —Su majestad indicó al gran inventor arrodillado que se levantara—. Lamento mucho llegar tarde. Las cosas de palacio, ya sabéis. La gestión del reino. Hay tanto de lo que ocuparse...

—Majestad —repuso Curnsbick, todo melaza—, la Sociedad Solar se ilumina con vuestra presencia. Siento mucho que hayamos tenido que empezar las ponencias sin vos, pero...

—¡Qué va, qué va! El progreso no espera a nadie, ¿eh,

Cursnbick? Ni siquiera a los reyes.

media vuelta sobre un talón bien abrillantado, y su séquito lo siguió a toda prisa como una bandada de patitos vanidosos en pos de su madre, sin una sola sonrisa en sus caras.

Curnsbick infló los carrillos.

—¿Crees que podemos considerarnos respaldados por su majestad después de una visita de medio minuto?

—Una visita es una visita —musitó Savine. Las conversaciones ya sonaban más fuertes que antes y la gente se arremolinaba hacia las puertas, casi dándose codazos en su prisa por ser los primeros en enterarse de las noticias. Y por sacarles beneficio—. Averigua lo que tenía que decir ese mensajero real —murmuró a Zuri—. Ah, y toma nota. Me gustaría que Kaspar dan Arinhorm tuviera problemas en sus negocios en Angland.

Zuri sacó el lápiz de detrás de su oreja.

—¿Rumores, legislación o que nadie responda a sus cartas y punto?

—Empecemos con un poco de cada y a ver cómo va la cosa.

Savine no había convertido la sociedad en un nido de víboras. Sencillamente, estaba decidida a reptar hasta la cima y permanecer allí. Si hacerlo requería ser el reptil más venenoso de toda Adua, que así fuera.

Esgrima con papá

—Despertad, alteza.

Y se oyó el espantoso chirrido de las cortinas al abrirse de sopetón.

Orso se obligó a abrir una rendija en un párpado y levantó la mano para bloquear el brutal fulgor.

—Creo que te dije que no me llamaras así. —Levantó la cabeza, pero empezó a palpitar de forma harto desagradable, por lo que volvió a dejarla caer—. ¿Y cómo osas despertar al legítimo heredero al trono?

—Creo que me dijiste que no te llamara así.

—Estoy siendo inconsistente. El príncipe heredero de la Unión...

—Y de Talins, en teoría.

—... puede ser tan inconsistente como se le antoje.

La mano titubeante de Orso se cerró en torno al asa de una jarra, la levantó, dio un buen sorbo, se dio cuenta demasiado tarde de que contenía cerveza rancia y no agua y la escupió salpicando toda la pared.

—Su alteza tendrá que ser inconsistente mientras se viste —dijo Tunny—. Hay noticias.

Orso buscó algo de agua, no encontró nada y se tragó los restos de la cerveza de todos modos.

—No me digas que esa rubia de ayer era portadora de la polla podrida. —Envió la jarra rodando por el suelo y se reclinó de nuevo en la cama—. Lo último que necesito es otra dosis de...

—Scale Mano de Hierro y sus norteños han invadido el Protectorado. Han incendiado Uffrith.

—Puf. —Orso pensó en coger un zapato y tirárselo a Tunny, pero decidió que no quería esforzarse, así que rodó y se abrazó a aquella chica, como-se-llamara, apretando la polla morcillona contra el final

de su espalda, donde estaba calentita, y provocándole un maullido semiconsciente de malestar—. No tiene gracia.

—Ya lo creo que no la tiene. La señora gobernadora Finree dan Brock está combatiendo con bravura en la retaguardia, junto con el Sabueso y su hijo Leo, el gran y valiente Joven León, pero están cediendo terreno ante el terror de los norteños y su temible campeón, Stour Ocaso, el Gran Lobo, que ha jurado expulsar a los malditos sureños de Angland. —Hubo un breve silencio—. Los malditos sureños somos nosotros, por si te lo estabas preguntando.

Orso consiguió abrir los dos ojos al mismo tiempo.

—¿No estás de cachondeo?

—Su alteza lo sabrá cuando esté de cachondeo porque se echará a reír.

—Pero ¿qué...?

Orso notó una repentina punzada de... algo. ¿Inquietud? ¿Emoción? ¿Ira? ¿Celos? De algún sentimiento, eso seguro. Había pasado tanto tiempo desde el último que fue como una espuela en el trasero. Salió de la cama, se le enredó un pie en la sábana, lo zarandeó para liberarlo y, sin querer, dio una patada a como-se-llamara en la espalda.

—¿Qué coño haces? —murmuró ella mientras se incorporaba e intentaba quitarse el pelo enmarañado con vino de la cara.

—¡Perdona! —exclamó Orso—. Lo siento mucho, pero... ¡Norteños! ¡Invasión! ¡Leones y lobos y no sé qué más! —Cogió su cajita y tomó un pellizco de polvo de perla por cada fosa nasal. Solo para quitarse las telarañas—. Alguien debería hacer algo, joder.

Cuando el ardor al fondo de su nariz remitió, aquella sensación se hizo más intensa. Tan intensa que le dio escalofríos y le erizó los pelillos de los brazos. «Podrías probar a hacer algo de lo que enorgullecerte», le había dicho su madre. ¿Sería esa su oportunidad? Casi ni se había dado cuenta de lo mucho que anhelaba tener una.

Miró las botellas vacías que rodeaban la cama y luego a Tunny, de pie contra la pared, cruzado de brazos.

—¡Yo debería hacer algo! ¡Prepárame un baño!

—Ya lo está haciendo Hildi.

—¿Dónde están mis pantalones? —Tunny se los arrojó y Orso los atrapó en el aire—. ¡Tengo que hablar con mi padre ahora mismo! ¿Es lunes?

—Martes —respondió Tunny mientras salía pavoneándose de la habitación—. Estará practicando esgrima.

—¡Pues mira a ver si encuentras mis aceros también! —bramó Orso mientras la puerta se cerraba.

—Por el amor de Dios, calla de una vez —gimoteó como-se-llamara, tapándose la cabeza con las mantas.

—¡Empate a un toque!

El rey sonrió de oreja a oreja mientras le ofrecía la mano.

—Bien luchado, majestad.

Orso dejó que su padre lo levantara del suelo y se frotó las costillas magulladas mientras se agachaba para recuperar su acero caído. Tuvo que reconocer que estaba acusando el ritmo. La chaqueta acolchada parecía bastante más acolchada que la última vez que se la había puesto. Tal vez su madre tuviera razón y Orso hubiera dejado atrás la edad en la que podía permitírselo todo. Un día sobrio a la semana podía ser buena idea, en adelante. O una mañana a la semana, por lo menos.

Pero las circunstancias siempre se confabulaban para impedirle hacer lo correcto. Ya había un sirviente vagando por la hierba, cortada a la perfección, con dos copas sobre su bandeja pulida.

El rey sostuvo su acero largo bajo el brazo para coger una.

—¿Un refrigerio?

—Sabes que nunca bebo antes de comer —dijo Orso.

Se miraron un momento y entonces los dos estallaron en carcajadas.

—Menudo sentido del humor tienes —dijo el padre de Orso, alzando su copa a modo de pequeño brindis—. Eso no puede negarlo nadie.

—Que yo sepa, nadie lo ha hecho. De lo que me acusan es de carecer de todas las demás buenas cualidades. —Dio un sorbo, movió el vino dentro de la boca y tragó—. Ah, fuerte y con cuerpo y

lleno de luz del sol. —Era un caldo ospriano, sin duda, lo que le hizo desear por un instante que al final hubieran conquistado Estiria—. Había olvidado lo excelentes que son tus vinos.

—Soy el rey, ¿no? Si el vino que tengo es de garrafón, algo anda muy mal en el mundo.

—Hay varias cosas que andan muy mal en el mundo, padre.

—¡Ya lo creo! ¿Sabes? Ayer mismo me visitó una delegación de trabajadores de Keln, con una serie de quejas sobre las condiciones en las zonas fabriles. —Arrugó el entrecejo mirando los hermosos jardines de palacio y negó con la cabeza, consternado—. Vapores asfixiantes en el aire, comida adulterada, agua putrefacta, un brote de fiebres, heridas terribles provocadas por la maquinaria, bebés que nacen deformados. Unas historias espantosas.

—Y además, Scale Mano de Hierro ha invadido el Protectorado del Sabueso.

El rey detuvo la copa a medio camino de su boca.

—¿Te has enterado de eso?

—Estaba en un burdel, no en el fondo de un pozo. En Adua no se habla de otra cosa.

—¿Desde cuándo te importa la política?

—Me importa que un hatajo de bárbaros incendie las ciudades de nuestros aliados, extienda la sangre y la muerte y amenace con invadir el territorio soberano de la Unión. Soy el heredero al puto trono, ¿verdad?

El rey se limpió el lustroso bigote, ya más gris salpicado de oro que oro salpicado de gris, y volvió a meter los dedos en el guante.

—¿Desde cuándo te importa ser el heredero al trono?

—Siempre me ha importado —mintió Orso, soltando la copa en la bandeja de cualquier manera y haciendo que el sirviente diera un respingo mientras él se giraba para impedir que cayera—. Es solo que... me cuesta un poco expresarlo. ¿Preparado, anciano?

—¡Siempre, cachorro!

El rey se abalanzó sobre Orso con su espada por delante. Sus aceros largos entraron en contacto, tintinearon y se frotaron. El rey dio una estocada con su acero corto, pero Orso lo atrapó con el suyo, lo contuvo, lo apartó con un juego de muñeca. Se separaron y

trazaron círculos en torno al otro, los ojos de Orso en la punta del acero largo de su padre, pero desviándose de vez en cuando a su pie adelantado. Su majestad tendía a girarlo antes de atacar.

—Eres buen espadachín, ¿sabes? —dijo el rey—. Juraría que tienes talento suficiente para ganar un Certamen.

—¿Talento? Es posible. ¿Dedicación, vigor, compromiso? Jamás.

—Podrías ser un verdadero maestro si practicaras más de una vez al mes.

—Si practico más de una vez al año, es que es un año ajetreado.

En realidad Orso practicaba como mínimo una vez por semana, pero, si su padre lo hubiera sabido, acaso habría sospechado que Orso perdía a propósito. Nadie supondría que al monarca de la nación más poderosa del Círculo del Mundo le preocupase ganar a su propio hijo en el terreno de prácticas, pero dejarse dar un toque o dos era siempre la mejor manera de que Orso obtuviera lo que quería.

—Bueno, ¿y qué tenemos pensado hacer con los norteños? —preguntó.

—¿Tenemos? —La punta del acero largo de su padre presionó contra la de Orso.

—Muy bien, tienes.

—¿Tengo? —Y presionó hacia el otro lado.

—Qué tiene pensado hacer tu Consejo Cerrado, pues.

—Tienen pensado hacer exactamente nada.

—¿Cómo? —El acero de Orso languideció—. ¡Pero Scale Mano de Hierro ha invadido nuestro Protectorado!

—De eso no cabe la menor duda.

—Se supone que debemos protegerlo. ¡Prácticamente por definición!

—Comprendo el principio básico, chico. —El rey acometió y Orso esquivó hacia un lado antes de dar un tajo con su acero corto, y el tañido de los filos hizo que los enormes pajarracos rosados que vadeaban en una fuente cercana los miraran con desdén—. Pero los principios y la realidad son, como mucho, compañeros de cama ocasionales.

«¿Igual que mi madre y tú?», estuvo a punto de replicar Orso, pero pensó que quizá fuese demasiada especia para el gusto más bien soso que tenía el rey para el humor. En vez de hablar, esquivó otra acometida y pasó al ataque, atrapó el acero largo de su padre con el suyo, retorció la hoja y arrancó la espada larga de la mano del rey.

Detuvo un ataque desesperado del acero corto, su gavilán raspó contra el filo y luego la hoja de su acero largo se combó un poco al pinchar al rey en el hombro.

—Dos a uno —dijo Orso, dando un tajo al aire. Tampoco convenía dejar que el viejo ganara con demasiada facilidad. Nadie valora nunca lo que obtiene sin esfuerzo, al fin y al cabo.

Llamó con un gesto a un sirviente que llevaba una toalla mientras su padre hacía chasquear los dedos con impaciencia para que otro le recogiera su espada caída.

—Siempre va a haber alguna crisis, Orso, y siempre será la peor de la historia. No hace mucho tiempo nos aterrorizaban los gurkos, y con buen motivo. Media Adua quedó destruida mientras los expulsábamos. Y ahora, su gran profeta Khalul se ha esfumado, su todopoderoso emperador Uthman está derrocado y su poder se ha dispersado como humo en el aire. En lugar de ejércitos conquistadores, son refugiados desesperados lo que nos llega desde el sur.

—¿No podemos tomarnos un momento para disfrutar de la caída de un enemigo?

—Algunos de nosotros vemos poco que celebrar en el derrocamiento violento de un monarca.

Orso hizo una mueca.

—Sí, supongo que te toca un poco demasiado de cerca.

—Lo único que demuestra esto es que los grandes poderes pueden caer además de alzarse. Murcatto tiene casi toda Estiria bajo su yugo y el Viejo Imperio gana fuerza, desafiando nuestra influencia en las Tierras Lejanas e incluso incitando a la rebelión con más fuerza en Starikland. Y ahora, los putos norteños incumplen los tratados que tanto nos costó lograr y van de nuevo a la guerra. No hay límite para el ansia de sangre que tienen allá arriba.

—De sangre ajena, tal vez. —Orso arrojó la toalla por encima de la cabeza del sirviente y regresó a su marca—. Es sorprendente lo rápido que hasta los hombres más duros se cansan de ver la propia.

—Muy cierto. Pero son los enemigos internos los que más me quitan el sueño. Las guerras de Estiria han dejado a todo el mundo con los bolsillos y la paciencia agotados. El Consejo Abierto no deja de quejarse. Si los nobles no se odiaran entre ellos más que a mí, te aseguro que ya se habrían rebelado abiertamente. Los plebeyos quizá hablen en voz más baja, pero están igual de insatisfechos. Me enfrento a deslealtades por todas partes.

—Pues debemos darles una buena lección, majestad. —Orso dio un tajo y luego otro, seguidos de una estocada, y el rey desvió los tajos, esquivó la estocada, tropezó con un arbusto podado con forma de la torre de un mago de cuento infantil y regresó con destreza al círculo—. Una lección impartida a los norteños, pero que también presenciarán tus súbditos fieles. Mostremos a nuestros aliados que pueden confiar en nosotros, y a nuestros enemigos que no deberían buscarnos las cosquillas. ¡Un puñado de victorias, un par de desfiles y una pizca de fervor patriótico! Es lo que hace falta para unir a la nación.

—Estás utilizando los mismos argumentos que he dado yo a mi propio Consejo Cerrado, pero sucede que las arcas están vacías. Más que vacías, de hecho. Se podría llenar el foso del Agriont con el dinero que debo y todavía me sobrarían deudas. No hay nada que pueda hacer.

—¡Pero eres el gran rey de la Unión!

El padre de Orso puso una sonrisa triste.

—Un día, hijo mío, lo comprenderás. Cuanto más poderoso eres, menos puedes hacer en realidad sobre cualquier cosa.

Las puntas de sus aceros parecieron marchitarse mientras hablaba, pero saltaba a la vista que era una treta, por cómo mantenía la pierna atrasada. Aun así, el rey estaba tan complacido con su trampa que habría sido una grosería no caer en ella. Orso se lanzó adelante con un ladrido triunfal, que enseguida se transformó en un gorgoteo muy convincente de sorpresa por la parada que sabía que llegaría. Reprimió el instinto de bloquear el acero corto del

rey, dejó que superara su guardia y gimió al encajarlo en la chaqueta de entrenamiento.

—¡Empate a dos! —rio el padre de Orso—. ¡No hay nada como un poco de autocompasión para que los atolondrados ataquen a lo loco!

—Muy bien hecho, padre.

—Aún queda algo de vida en el viejo perro, ¿eh?

—Por suerte. Creo que los dos estaremos de acuerdo en que no estoy preparado para ocupar el trono.

—Nadie lo está jamás, hijo mío. ¿Por qué te interesa tanto que haya una expedición al Norte, de todos modos?

Orso respiró hondo y miró a su padre a los ojos.

—Quiero liderarla.

—¿Quieres qué?

—Quiero... bueno, contribuir. A algo que no sean los monederos de las putas.

Su padre soltó una carcajada seca.

—La última unidad de soldados que lideraste fue aquel regimiento de juguete que te envió el gobernador de Starikland cuando tenías cinco años.

—Pues ya va siendo hora de que coja un poco de experiencia. Soy el heredero al trono, ¿verdad?

—Eso me dice tu madre, y yo procuro no llevarle nunca la contraria.

—Tendré que reparar mi reputación en algún momento. —Orso se situó en su marca para el lance decisivo, soltando un terrón del césped perfecto con el talón—. La pobre está muy hecha polvo.

—Te preocupa que el Joven León se lleve toda la gloria, ¿eh?

Orso había oído ese nombre demasiadas veces para su gusto en los últimos tiempos.

—Diría que puede dejar algunas migajas para su futuro rey.

—Pero... ¿combatir? —El padre de Orso movió la boca con cierto disgusto y la vieja cicatriz que le dividía la barba se retorció—. Los norteños no se andan con tonterías a la hora de derramar sangre. Podría contarte historias de mi viejo amigo Logen Nuevededos.

—Ya lo has hecho, padre, cientos de veces.

—¡Pero es que son unas historias de puta madre! —El rey se enderezó un momento, bajó sus aceros y miró a Orso con un pequeño fruncimiento inquisitivo—. Realmente quieres esto, ¿verdad?

—Algo tenemos que hacer.

—Pues supongo que sí, la verdad. —El rey saltó hacia delante, pero Orso estaba preparado y paró, se retorció y paró de nuevo—. Muy bien, a ver qué te parece esto. —Tajo, tajo, estocada, y Orso retrocedió, vigilante—. Te daré a Gorst, veinte Caballeros de la Escolta y un batallón de la Guardia Real.

—¡No es suficiente ni de lejos! —Orso pasó a la ofensiva, estuvo a punto de alcanzar a su padre con una estocada y lo obligó a retroceder de un salto.

—Estoy de acuerdo. —El rey se movió de lado, haciendo que la punta de su acero largo describiera relucientes circulitos en el aire—. El resto tendrás que reunirlo por tu cuenta. Demuéstrame que eres capaz de alzar en armas a otros cinco mil. Y entonces podrás lanzarte al rescate.

Orso parpadeó. Reclutar a cinco mil soldados sonaba a trabajo de forma preocupante. Pero se extendía una desacostumbrada energía por su cuerpo ante la idea de tener algo significativo que hacer.

—¡Pues eso haré, joder! —Ya había obtenido todo lo que iba a obtener perdiendo. Le apetecía ganar por una vez—. ¡Defendeos, majestad!

Y el acero raspó contra el acero cuando se lanzó a la carga.

Esgrima con papá

—Estocada, estocada, Savine —dijo su padre, encorvándose hacia delante en su silla para seguir los movimientos de Savine—. Estocada, estocada.

El hombro de Savine ardía en llamas y el dolor se extendía brazo abajo hasta las yemas de sus dedos, pero se obligó a continuar, esforzándose en que cada estocada saliera rápida, certera, perfecta.

—Bien —dijo Gorst con voz atiplada mientras desviaba sus intentos, siempre equilibrado, siempre tranquilo, y los sonidos del acero entrechocando resonaron en la sala desnuda.

Pero, para su padre, nada era jamás lo bastante bueno.

—Vigila el pie adelantado —restalló—. Mantén el peso repartido.

—Ya tengo el peso repartido. —Savine lanzó tres estocadas más, raudas como el rayo.

—Repártelo más. Sé lo mucho que odias hacer mal cualquier cosa.

—Casi tanto como tú odias verme hacer mal cualquier cosa.

—Pues reparte el peso, entonces. Los dos seremos más felices.

Savine ensanchó la postura y descargó varias estocadas más. Su acero se deslizó contra el de Gorst.

—¿Mejor así? —preguntó su padre.

Era evidente que sí, pero los dos sabían que ella jamás le concedería la victoria reconociéndolo.

—Veremos. ¿Cómo están las cosas en el Norte?

—Son un desfile de decepciones, como casi todo en la vida. Los norteños avanzan, Angland se retira.

—La gente dice que no podemos esperar nada mejor con una mujer liderando nuestras tropas. —Savine acometió y el acero tañó cuando Gorst atrapó su espada con la propia y la desvió a un lado.

—Los dos sabemos lo zopenca que es la *gente*. —Su padre

pronunció la palabra con tanto desprecio que pareció que la mera mención de los seres humanos le causara repugnancia—. Desde que murió su padre, me atrevería a decir que Finree dan Brock es la general más competente de toda la Unión. Tú la conoces, ¿verdad, Gorst?

El descomunal guardaespaldas del rey, que acostumbraba a ser la persona menos expresiva del mundo, hizo una mueca.

—Un poco, eminencia.

—Ojalá pudiera haberla puesto al mando en Estiria —dijo el padre de Savine—. Quizá así estaríamos contando victorias en vez de muertos. ¡Venga, estocada!

—Brock contra Murcatto, eso sí que habría sido digno de verse —bisbiseó Savine mientras lanzaba otra ráfaga—. Los dos mayores ejércitos del Círculo del Mundo, ambos comandados por mujeres.

—Es muy posible que hubieran decidido que tenían mejores cosas en las que gastar el dinero y lo hubieran resuelto hablando. Y entonces, ¿dónde estaríamos? Ya basta con la punta; veamos qué sabes hacer con el filo. Y quiero ver tajos serios, Savine, que Gorst no es de cristal.

Savine se abalanzó contra Gorst como si pretendiera ir a la derecha, cambió sin previo aviso a la izquierda y descargó un salvaje revés a la altura de la cabeza. Gorst bajó puntas y se apartó, rápido como una serpiente a pesar de su tamaño, con los ojos fijos en la hoja que pasó silbando por delante de su nariz.

—Excelente —trinó.

Savine hizo un pequeño floreo con sus aceros.

—¿Brock puede vencer a los norteños ella sola?

—Todavía está reuniendo sus fuerzas en Angland —dijo su padre—, y tiene al Sabueso con ella, pero Scale Mano de Hierro los supera con mucho en número. Supongo que el Protectorado caerá, pero Brock contendrá a los norteños en el Torrente Blanco. Luego tal vez cambien las circunstancias aquí y podamos hacer nuestra entrada triunfal la próxima primavera y cosechar toda la gloria.

—Las mujeres hacen el trabajo duro y los hombres cosechan la gloria. Me resulta familiar.

—El enfurruñamiento es impropio de una espadachina. Tajo,

chica. Y ponle ganas.

Savine bailó en torno a Gorst, sus zapatos rechinando en el suelo de madera, atacando desde todos los ángulos. Aunque el hombretón apenas parecía moverse, sus aceros estaban siempre en el lugar adecuado para bloquear.

—Mi hija tiene los pies rápidos, ¿eh, Gorst?

—Muy rápidos, eminencia.

—Eso es por las lecciones de baile de tu madre. Me entristece decir que yo no bailo mucho en los últimos tiempos.

—Es una pena —dijo Savine mientras seguía trazando círculos, buscando una abertura, sintiendo las cosquillas del sudor en el cuero cabelludo rapado casi al cero—. Supongo que al Consejo Cerrado le convendría aprender algunos pasos hábiles. Como Brock pierda, vais a quedar como unos cobardes y unos necios.

—Incluso más cobardes y más necios que ahora mismo.

—Y si gana, bañará en oro su reputación. Y la de su hijo.

—Leonault dan Brock. —Su padre hizo una mueca burlona, mostrando de nuevo sus encías desprovistas de dientes—. El Joven León.

—¿A quién se le ocurren esos motes tan ridículos?

—A *escritores*, diría yo. Vi leones cuando estuve de campaña en Gurkhul. Unos animales estúpidos, sobre todo los machos. Ya es suficiente. Descansad.

Savine respiró hondo y abrió su chaqueta acolchada para dejar que entrara el aire. Tenía toda la camisa sudada. Mientras se frotaba con una toalla la cabeza afeitada, se preguntó si los corteses caballeros de la Sociedad Solar la reconocerían en esos momentos, sin pintura, sin joyas, sin vestido, sin peluca. En fin, era más que probable que olieran el dinero en su sudor y revolotearan en torno a ella de todos modos.

—Podríamos ajustar un poco tu agarre. —El padre de Savine se inclinó hacia delante y los huesos se movieron bajo la pálida piel de su mano cuando asió el bastón para levantarse.

—No, no. —Savine fue hasta su padre y le puso una mano amable en el hombro—. No vas a hacerte daño solo para enseñarme a coger una espada.

Cogió la manta del brazo de la silla, le envolvió las piernas con ella y se la ajustó con cuidado. Por los Hados, qué flaco lo notó. Habría sido injusto decir que era todo piel y huesos. Apenas tenía nada de piel.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

El ojo izquierdo de su padre palpitó.

—¿Has visto que la nación esté derrumbándose?

—Esta mañana, no.

—Entonces supongo que hoy sigo con vida. Pero quizá quieras volver a comprobarlo mañana. Tengo enemigos en todos los rincones. En palacio. En el Consejo Cerrado. En el Consejo Abierto. En los campos y en las fábricas. Los anglandeses ya estaban furiosos conmigo antes de la guerra, y ahora se han puesto incandescentes. Me odian en todas partes.

—Aquí no —dijo ella. Era lo más próximo a una declaración de afecto que se vería capaz jamás de pronunciar.

—Eso es más que suficiente para mí. —Con gesto suave tocó la cara de Savine, que notó las yemas de sus dedos fríos en la mejilla sudada—. Y mucho, mucho más de lo que merezco.

—Supongo que unos cuantos enemigos son el precio de ocupar una silla importante.

Su padre dio un bufido asqueado, amargo incluso para él.

—En el momento en que tu culo toca la madera, te das cuenta de lo que valen. ¿Crees que el Consejo Cerrado gobierna de verdad? ¿O el rey y la reina? Ninguno de nosotros somos nada más que marionetas bailando. Estamos para atraer las miradas. Para cargar con las culpas.

Savine apretó las cejas.

—¿Y quién mueve los hilos?

Los ojos de su padre se clavaron en los suyos, brillantes y duros.

—Llevo toda la vida haciendo preguntas. He aprendido que algunas están mejor sin respuesta. —Dejó caer la mano y la posó en la de ella. La que sostenía sus aceros—. Y ahora, a trabajar en tu defensa.

—¿Tres asaltos? —preguntó Gorst.

Savine lanzó al aire su acero corto con la mano derecha y lo

atrapó con la izquierda.

—Como quieras.

Gorst atacó, lanzando varias estocadas y un tajo que no tenían ningún veneno. A Savine le resultó fácil bloquear las estocadas y desviar el tajo con un llamativo giro de muñeca.

—Entonces, si la señora gobernadora combate a los norteños hasta llevarlos a unas tablas, ¿qué supondría eso para las inversiones en Angland?

—¡Ah! —Su padre sonrió—. Estaba preguntándome cuándo llegaríamos al dinero.

—Nunca hemos dejado de hablar de él. —Savine bloqueó, paró otro ataque, se apartó de una torpe embestida. Para tratarse de un hombre famoso por su ferocidad, Gorst apenas golpeaba—. Los precios se están desmoronando allí. ¿Debo vender o seguir invirtiendo?

—La Unión nunca renunciará a Angland. Si yo fuese un hombre de negocios, estaría haciéndome con todas las gangas. Al fin y al cabo, el peligro y la oportunidad...

—... suelen ir de la mano —terminó Savine la frase, y por el rabillo del ojo vio que su padre sonreía. Había pocas cosas que le dieran tanta satisfacción como hacer sonreír al archilector. Aparte de su madre, nadie más era capaz de lograrlo—. Miraré si consigo algún préstamo para expandir mis participaciones en las minas de allá arriba. —Le costaba trabajo no sonreír ella también—. Hay una oferta a un interés excelente de Valint y Balk que...

—¡No! —ladró su padre, con una mueca de dolor que la hizo sentir un poco culpable—. Con eso ni bromees, Savine. Valint y Balk son unas alimañas. Parásitos. Sanguijuelas. Cuando se te enganchan, no hay forma de librarse de ellos. No se quedarán contentos hasta que sean dueños del sol y puedan cobrar intereses al mundo por permitir que salga cada mañana. ¡Prométeme que nunca aceptarás un préstamo de esos cabrones!

—Lo prometo. Me mantendré apartada de ellos. —Aunque no siempre era fácil. Al igual que un viejo y avaricioso sauce, las retorcidas raíces de aquella casa bancaria se metían por debajo de todo—. De todas formas, tampoco necesito mucho. Ya adquirí una

participación mayoritaria en la armería de Ostenhorm, a un precio que no te creerías.

—Las espadas son siempre buena inversión —reconoció el archilector, mientras miraba cómo Savine desviaba la de Gorst con la propia.

—Dicen que los tubos de fuego son el futuro. Los cañones.

—En Estiria nos funcionaron mejor unas veces que otras.

—Pero los están haciendo cada vez más pequeños, más transportables y más potentes. —Soslayó con ligereza un tajo débil—. Ahora han desarrollado una piedra de cañón explosiva.

—Las explosiones también son siempre buena inversión.

—Sobre todo si consigo cerrar un contrato o dos con la Guardia Real.

—¿Ah, sí? ¿Conoces a alguien con influencia?

—Resulta que he organizado una pequeña velada con algunas esposas de militares, entre ellas Asil dan Roth. Creo que acaban de nombrar a su marido maestre de las Armerías Reales.

—Qué buena fortuna —murmuró su padre, con sequedad.

La siguiente acometida de Gorst fue directamente denigrante.

—Yo tampoco soy de cristal —dijo Savine, desviando irritada la punta de su acero—. Atácame en serio.

Llevaba practicando la esgrima toda la vida, a fin de cuentas. De niña había soñado con ganar el Certamen disfrazada de hombre y luego quitarse el gorro para revelar sus tirabuzones dorados a un público extasiado. Entonces se habían puesto de moda las pelucas y ella se había afeitado los tirabuzones, que, a decir verdad, habían sido de un castaño más bien soso de todos modos. Luego había descubierto que los hombres jamás aclaman a una mujer que los derrota en sus propios juegos, así que había optado por dejar el círculo de prácticas a las pollas y empezar a contar sus victorias en el banco.

Detuvo dos intentos que apenas eran más decididos que antes y, en esa ocasión se apartó con destreza del perezoso tajo que los siguió y dio un empujón a Gorst con la cazoleta de su acero corto.

—¿Pegas como una mujer, además de hablar como ellas?

El ojo de Gorst se crispó un ápice.

—¡Eso ha dolido! —exclamó su padre—. Asalto para la dama.

—Quiero saber lo que se siente cuando te ataca un hombre peligroso que pretende hacerte daño. —Savine se situó de nuevo en su marca, segura de su postura, segura de su agarre, segura de sus capacidades—. Si no, ¿qué sentido tiene esto?

Gorst miró al padre de Savine. El archilector apretó los labios, pensativo, y luego hizo un levísimo encogimiento de hombros.

—La verdad es que está aquí para aprender. —En su rostro había una dureza que Savine no estaba acostumbrada a ver—. Enséñale.

Savine percibió una minúscula diferencia en la forma en que Gorst ocupó su puesto, en la forma en que giró los pies para asentarlos en los tablones, que crujieron un poco, en la forma en que relajó sus inmensos hombros y empuñó sus aceros llenos de muescas. Su rostro plano apenas mostraba ninguna emoción, pero fue como si se hubiera abierto una rendija en una puerta, y al otro lado Savine entrevió algo monstruoso.

Es fácil sonreír a un toro que sabes que está encadenado. Pero cuando de repente te das cuenta de que la cadena está suelta, y de que sus cuernos te apuntan, y de que su pezuña está rascando el suelo, el toro parece un animal diferente por completo.

Savine abrió a medias la boca para decir: «Espera».

—Empezad.

Había estado preparada para la fuerza de Gorst. Lo que la sorprendió fue su velocidad. Gorst estaba encima de ella antes de que pudiera coger aliento siquiera. Los ojos de Savine se ensancharon al ver el acero largo que caía sobre ella, y a duras penas tuvo la suficiente presencia de ánimo para echarse a un lado y alzar su acero corto para bloquear.

Pero resultó que tampoco había estado preparada para su fuerza. El impacto le entumeció el brazo desde los dedos hasta el hombro y le sacudió los dientes en la mandíbula. Reculó trastabillando, con la respiración agitada, pero el acero corto de Gorst ya iba hacia ella y, al estrellarse contra el largo de Savine, se lo arrancó de los dedos insensibles y lo envió resbalando por el suelo. Savine agitó a ciegas su corto, olvidado todo entrenamiento y

toda técnica, y vio un destello metálico que...

El acero largo de Gorst se empotró en su chaqueta acolchada, le sacó todo el aire de los pulmones en un ardiente gemido, estuvo a punto de levantarla del suelo y la lanzó tambaleándose a un lado. Al instante, el hombro de Gorst embistió contra su cuerpo. La cabeza de Savine recibió una violenta sacudida hacia delante y su cara se estampó contra algo. En la coronilla de Gorst, tal vez.

¿Estaba en el aire?

La pared impactó en su espalda, la sala sin muebles dio vueltas y, para gran sorpresa de Savine, se descubrió a cuatro patas, mirando al suelo entre parpadeos.

Cayeron gotas de sangre a la madera pulida que tenía delante de la cara.

—Oh —dijo con un jadeo.

Las costillas le palpitaban con cada aliento que lograba robar al aire y el vómito le hervía al fondo de la garganta. Tenía la mano enredada en la ornamentada cazoleta de su acero corto, y la sacudió como una borracha hasta que la espada cayó repiqueteando contra el suelo. Tenía los dorsos de los dedos magullados. Se los llevó a la boca dolorida y los separó manchados de sangre. Le temblaba la mano. Le temblaba todo el cuerpo.

Dolía. Su cara, su costado, su orgullo. Pero no era el dolor lo que de verdad la había conmocionado. Era la impotencia. Era el juicio absolutamente erróneo que había hecho de sus propias capacidades. El telón se había alzado y Savine vio lo frágil que era en realidad. Lo frágil que era cualquiera, comparado con una espada blandida con furia. El mundo era un lugar distinto al que había sido unos momentos antes, y para nada mejor.

Gorst se acuclilló delante de ella, con sus dos aceros llenos de muescas en una mano.

—Debo advertiros que todavía estaba conteniéndome.

Savine logró asentir.

—Comprendo.

No había ni un atisbo de remordimiento en la cara de su padre. El dolor incesante, como solía decir, lo había curado de eso.

—Las prácticas de esgrima son una cosa —dijo—. La violencia

real, otra muy distinta. Pocos de nosotros estamos hechos para ella. Es saludable abrir los ojos a nuestros autoengaños de vez en cuando, aunque nos duela.

Sonrió mientras ella se limpiaba la sangre de la nariz. Savine había renunciado a intentar comprenderlo. La mayor parte del tiempo, ella era lo único que su padre amaba en un mundo que despreciaba. Y entonces, de vez en cuando, la trataba como una rival a la que aplastar.

—Si os ataca un hombre peligroso que pretende haceros daño, mi consejo es que huyáis de él. —Gorst se levantó y le tendió su manaza—. Lo normal es que termine destruyéndose a sí mismo antes de que pase mucho tiempo.

Cuando Gorst la levantó, sus piernas parecían de gelatina.

—Gracias, coronel Gorst. Ha sido... una lección muy útil. —Savine quería llorar. O su cuerpo quería, al menos. Pero no iba a permitírselo. Cuadró la mandíbula dolorida y levantó la barbilla para mirarlo—. ¿A la misma hora la semana que viene?

Su padre soltó una risotada y dio un manotazo en el brazo de su silla.

—¡Esa es mi chica!

Promesas

Broad estaba tumbado pero despierto, mirando al techo.

Había una grieta al lado de una burbuja amarillenta en el encalado. Tenía la sensación de haber estado mirándola toda la noche. Mirándola mientras el sol trepaba sobre los estrechos edificios y sobre la ropa tendida entre ellos para colarse en el estrecho callejón, por el estrecho ventanuco y en el sótano de una sola habitación donde estaban viviendo.

Tenía la sensación de haber estado mirando esa grieta durante semanas. Dando vueltas a las cosas en su mente. Preocupándose por ellas como si fueran grandes decisiones que debía tomar. Pero eran grandes decisiones que ya había tomado, y habían sido equivocadas, y ya no había vuelta atrás.

Respiró hondo y notó que el aliento se le trababa al fondo de la garganta. Era ese picor grasiento del aire de Valbeck. Ese olor a mierda y a cebollas que siempre tenía el sótano, por mucho que Liddy lo limpiara. Estaba en las paredes. Estaba en la piel de Broad.

Fuera, la gente iba hacia el trabajo y las botas chafaban el barro al otro lado del minúsculo ventanuco que había cerca del techo, mientras sus sombras intermitentes caían en la pared manchada de moho.

—¿Cómo tienes las manos? —murmuró Liddy, volviéndose hacia él en la estrecha cama.

Broad hizo una mueca al mover los dedos.

—Siempre me duelen por la mañana.

Liddy cogió su gran mano en las suyas, pequeñas, y le frotó la palma dolorida, los nudillos palpitantes.

—¿May ya esta levantada?

—Ha salido sin hacer ruido. No quería despertarte.

Se quedaron tumbados, ella mirándolo, él no atreviéndose a

mirarla. No quería ver la decepción en sus ojos. La inquietud. El miedo. Incluso si eran solo su propia decepción, su inquietud y su miedo reflejados como en un espejo.

—No es justo para ella —susurró Broad a aquella grieta del techo—. Debería tener una vida. Debería bailar, coquetear. No servir a un ricachón hijo de puta.

—A ella no le importa hacerlo. Quiere ayudar. Es buena chica.

—Es lo mejor que he hecho en la vida. Es lo único bueno que he hecho en la vida.

—Has hecho cosas buenas, Gunnar. Has hecho mucho bien.

—No sabes cómo era aquello, en Estiria. Cómo era yo.

—Pues haz el bien ahora. —Había un matiz de impaciencia en la voz de Liddy, que dio un último apretón a su mano antes de soltarla—. No puedes cambiar lo que ya pasó, ¿verdad? Solo lo que está por venir.

Broad quería discutir, pero no encontraba ningún fallo en su evidente buen razonamiento. Se quedó tumbado, taciturno, escuchando las pisadas de las botas y los berridos de voces furiosas y a la chica de la encrucijada que bramaba malas noticias a cambio de monedas de cobre. Una revuelta por el precio del pan en Holsthorm, y un plan frustrado de incendiar una factoría en Keln, y disturbios en todos los rincones de Midderland, y guerra. Guerra en el Norte.

—Es culpa mía —murmuró. No encontraba ninguna forma de atacar a Liddy, de modo que se tendió una emboscada a sí mismo—. No debí marcharme a la guerra.

—Yo te dejé ir. Yo dejé ir la granja.

—La granja estaba acabada de todas formas. Esa vida estaba acabada. Habría sido mejor para May y para ti si yo no hubiera vuelto nunca.

Liddy le puso la mano en la mejilla, firme. Le giró la cabeza para que la mirara directo a la cara.

—Eso no lo digas nunca, Gunnar. No lo digas *nunca*.

—Los maté, Liddy —susurró él—. Los maté.

Ella no dijo nada. ¿Qué iba a decir?

—Lo jodí todo —continuó él—. En un momento. ¿Es que hay

algo que no pueda echar a perder?

—No hay nada que no pueda echarse a perder en un momento —dijo Liddy—. Todo pende de un hilo, todo el tiempo. Ahora tenemos que mirar hacia el futuro. Es lo que se hace. Se sigue adelante.

—Lo arreglaré —aseguró él—. Encontraré trabajo aquí.

—Sé que lo harás. —Liddy forzó una sonrisa. Pareció que le costaba mucho esfuerzo, pero logró forzarla—. Eres un buen hombre, Gunnar.

Broad torció el gesto al oírlo, sintió el dolor de las lágrimas al fondo de la nariz.

—No más violencia —dijo, con voz atropellada y ronca—. Lo prometo, Liddy. —Reparó en que había apretado los puños y se obligó a abrirlos—. De ahora en adelante no me meteré en líos.

—Gunnar —musitó ella, amable y seria—, solo deberías hacer promesas que sabes que puedes cumplir.

Cayó un poco de polvo flotando a la cama. En la fundición de la calle, las máquinas estaban arrancando y hacían temblar la habitación entera.

No fue hasta doblar la esquina cuando Broad comprendió siquiera para qué estaba haciendo cola.

El letrero de «Cervezas Cadman» estaba grabado en letras doradas encima de las puertas correderas del almacén, de cuyo interior salían retumbando los golpes y el estrépito del trabajo duro. Era una cervecería. En Estiria, Broad había pasado la mitad del tiempo borracho y la otra mitad intentando emborracharse. Había prometido no meterse en líos y sabía que, para él, toda botella tenía un lío al fondo.

Aun así, la tentación nunca quedaba demasiado lejos en Valbeck. En uno de cada dos edificios había una taberna, o una licorería, o una destilería, con licencia o sin ella, en torno a las que revoloteaban las putas y los mendigos como moscas alrededor de un estercolero, y si uno no lograba llegar a la puerta de al lado para ahogar sus penas, había chicos correteando por la calle con barriles

a la espalda para acercarle la cerveza.

Una cervecería era muy mal presagio, al menos en lo referente a la promesa que había hecho Broad de no meterse en líos. Pero no había visto ningún presagio bueno en Valbeck, y necesitaba trabajar. Así que se cerró el abrigo y agachó los hombros para protegerse de la llovizna que caía negra como tinta del cielo turbio, y dio otro medio paso hacia delante.

—Por más que madrugue para venir, aquí siempre hay cola —dijo un hombre de rostro ceniciento y pelo ceniciento que llevaba un abrigo con agujeros en los codos.

—Viene cada vez más gente a Valbeck buscando trabajo —murmuró otro.

—Siempre hay más gente que busca trabajo. No hay bastante para todos. Yo antes tenía casa propia, allá en el valle cerca de Hambernalt. ¿Lo conocéis?

—La verdad es que no —murmuró Broad, recordando su propio valle. Los verdes árboles mecidos por el viento, la hierba verde acariciándole los tobillos.

Sabía que las cosas siempre eran mejores en el recuerdo y que la granja había supuesto trabajo duro y escasa recompensa, pero sí que había sido verde. En Valbeck no había nada verde. Salvo el río, tal vez, salpicado de enormes manchurrones de colores por la industria de tintes que había corriente arriba.

—Antes era un valle precioso —seguía arengando el anciano—. Yo tenía una buena casa, en el bosque, al lado del río. Crie a cinco chicos allí. Antes se sacaba buena tajada de los vástagos, de carbonear en tierra, ya sabéis. Pero empezaron a hacer carbón barato en un horno más arriba y el río se llenó de brea. —Dio un largo y resignado suspiro—. Los precios siguieron bajando. Y de todas formas, entonces el hideputa de lord Barezin taló el bosque para tener más pastizales.

Pasó un carro grande traqueteando y sus ruedas bamboleantes arrancaron mugre del camino y la proyectaron por toda la cola, y los hombres rezongaron y gritaron improperios al carretero y el carretero rezongó y gritó improperios a los hombres, y todos dieron otro medio paso hacia delante.

—Mis chicos se marcharon a hacer otras cosas. Uno murió en Estiria. Otro se casó allá abajo, cerca de Keln, me dijeron. Tuve que pedir prestado y perdí la casa. Antes era un valle precioso.

—Ya, bueno —masculló Broad, sintiendo demasiada lástima por sí mismo para disfrutar viendo a otros hacer lo mismo—. El antes no te lleva a ninguna parte.

—Muy cierto —dijo el anciano, y al instante Broad se arrepintió de haber hablado—. Vaya, pues recuerdo que cuando era un chaval...

—Cierra la puta boca, viejo chocho —espetó el hombre que estaba delante de Broad.

Era un cabronazo bien grande, con una cicatriz en forma de estrella en la mejilla y al que le faltaba un trozo de oreja. Un veterano, sin duda. La ira de su voz hizo martillear el corazón de Broad. Sintió un cosquilleo de emoción.

El viejo se lo quedó mirando.

—No tengo intención de ofender.

—Por eso deberías cerrar la puta boca.

Quédate callado. No te metas donde no te llaman. Broad debería haber aprendido esa lección, ¿verdad? Debería haberla aprendido una docena de veces, y más. Se lo había prometido a Liddy. Hacía solo unas pocas horas que se lo había prometido. No más líos.

—Déjalo en paz —gruñó Broad.

—¿Qué has dicho?

Broad se quitó los anteojos y se los guardó en el bolsillo del abrigo; la cola que había tras el rostro malcarado del hombre se emborronó.

—Lo entiendo —dijo Broad—. Estás decepcionado. Pero no creo yo que a nadie de aquí la vida le haya satisfecho sus esperanzas, ¿verdad que no?

—¿Qué sabrás tú de mis esperanzas?

Broad tuvo que empeñar toda su voluntad en no machacar el cráneo de aquel capullo. Pero se lo había prometido a Liddy. Así que dio un paso al frente para que la saliva que salía de entre sus dientes descubiertos salpicara la mejilla cicatrizada del hombre.

—Sé que no vas a encontrar ninguna mirando hacia aquí. —

Levantó el puño. Sacó el dedo índice y lo giró—. Así que date media vuelta antes de que atraviese la pared con tu puta cabeza.

La cicatriz de la mejilla del hombre se retorció y, por un instante, Broad pensó que quizá le plantase cara. Por un hermoso instante creyó que podría dejar de reprimirse, que podría soltarse. Era la primera vez que se sentía libre desde que había vuelto de Estiria. Bueno, aparte de cuando había hundido la cara de Lennart Seldom.

Entonces los ojos inyectados en sangre del hombre encontraron el puño de Broad. El tatuaje que había en el dorso. Farfulló algo y dio media vuelta. Se quedó allí un momento, cambiando el peso de un pie al otro. Luego se subió las solapas harapientas, salió de la cola y se marchó.

—Gracias —dijo el anciano, con la nuez subiendo y bajando en su cuello esquelético—. No quedan ya muchos hombres dispuestos a hacer lo que es decente.

—Lo que es decente. —Broad hizo una mueca al intentar abrir los dedos. Parecía que los únicos momentos en que no le dolían era cuando apretaba los puños—. Ya ni siquiera sé lo que significa eso.

Broad había visto a muchos hombres distintos al final de las colas como aquella, decidiendo quiénes conseguían trabajo y quiénes se marchaban sin nada. La mayoría se habían aficionado a ver retorcerse a los candidatos. Pasaba lo mismo con los oficiales en Estiria. Raro es el hombre que mejora cuando le cae encima un poco de poder.

Sin embargo, el encargado que había en la puerta de Cervezas Cadman parecía de los buenos, sentado bajo un pequeño toldo con un gran libro de contabilidad delante. Tenía el pelo entrecano y parecía un tipo firme, de movimientos lentos y precisos, como si hubiera dedicado tiempo a pensar la manera correcta de hacerlos.

—Me llamo Gunnar Toro —mintió Broad. Era mal mentiroso, y tuvo la sensación de que aquel hombre lo había pillado al instante.

—Yo soy Malmer. —Miró a Broad de arriba abajo con cautela—. ¿Tienes alguna experiencia en la elaboración de cerveza?

—Supongo que me he bebido buena parte de la producción a lo largo de los años. —Broad probó a sonreír, pero no parecía que Malmer fuese a imitarlo—. Pero no tengo experiencia en hacerla, no.

—Al oírlo, Malmer asintió despacio, como si estuviera acostumbrado a las decepciones—. Eso sí, trabajaré duro. —Esa semana había echado solo dos horas, rastrillando cuadras. Esa era su tercera parada del día, y no podía volver a casa con las manos vacías—. Puedo palear carbón, o barrer suelos, o... bueno, o lo que haga falta. Trabajaré duro, eso te lo prometo.

Malmer compuso una sonrisita triste.

—Las promesas son baratas, amigo.

—¡Me cago en la puta! ¿Ese es el sargento Broad?

Un hombre delgado con barba rubia y un delantal manchado salió dando zancadas de la cervecería, con los brazos en jarras. A Broad le sonaba la cara, pero le costó un rato recordar de qué le sonaba e insertarla en el mundo donde había pasado a vivir.

—¿Sarlby?

—¡Pero si es Toro Broad! —Sarlby aferró la mano de Broad y la sacudió como si intentara sacar agua de una bomba atascada—. ¿No te acuerdas, Malmer? ¡Pero si te he hablado de él! ¡Luché junto a él en Estiria! O al menos detrás de él, porque no era muy buena idea ponerse delante.

Malmer se reclinó en su silla y volvió a dedicar a Broad aquella mirada cautelosa.

—Me has contado muchas historias sobre Estiria. Debo confesar que, en algún momento, dejé de escuchar.

—¡Pues ya estás empezando a escuchar, coño, porque este debe de ser el mejor tipo que conozco! ¡Fue el primero en subir por las escalas en el asedio de Borletta! O el primero que no volvió a caer al momento, por lo menos. Siempre era el primero que subía. ¿Cuántas veces fueron, cinco? —Cogió la muñeca de Broad y le subió la manga para que se vieran las estrellas de sus nudillos—. ¡Mira esas cabronas! —Era como si estuviera fanfarroneando de alguna verdura excelente—. ¡Mira esas cabronazas!

Broad soltó la mano y la metió de nuevo en la manga.

—He dejado atrás todo eso.

—Hasta donde he visto yo, el pasado nunca cae demasiado atrás —dijo Malmer—. ¿Respondes por él?

—No hay hombre que haya servido con él que no responda diez

veces. ¡Por todos los putos Hados, claro que respondo por él!

—Pues estás contratado. —Malmer mojó su pluma, le dio unos golpecitos con calma y la dejó suspendida sobre el libro de contabilidad—. Entonces, ¿es Toro o Broad?

—Gunnar Toro —dijo Broad—. Apunta eso.

—¿Dirección?

—Estamos en un sótano de la calle Draw. Allí las casas no tienen números.

—¿En los sótanos? —Sarlby negó con la cabeza, indignado—. Te sacaremos de ahí, no te preocupes. —Y rodeó con un brazo amistoso los hombros de Broad para guiarlo a través del ajetreado y oloroso calor de la cervecería—. ¿Qué narices haces tú aquí, por cierto? Creía que tenías una granja en alguna parte.

—Tuve que venderla —murmuró Broad, tartamudeando al mentir.

Sarlby se limitó a sonreír.

—Hubo problemas, ¿eh?

—Sí —dijo Broad con voz ahogada—. Unos pocos.

—¿Quieres un sorbito? —preguntó Sarlby, ofreciéndole una petaca.

Broad lo quería, en realidad. Lo quería mucho más de lo que era razonable. Le costó horrores expulsar las palabras.

—Mejor que no. Nunca he podido dejarlo en uno solo.

—No eras tan tímido en Estiria, que yo recuerde —dijo Sarlby, y dio un buen trago.

—Intento no cometer los mismos errores dos veces.

—¡Pues a mí me parece que es lo único que hago yo, joder! ¿Qué impresión tienes de Valbeck?

—Está bien, supongo.

—Es un puto desecho. Es una puta trituradora. Es un puto estercolero.

—Sí. —Broad infló los mofletes—. Sí que es un estercolero.

—Está bien para los ricos que viven en la colina, pero ¿a nosotros qué nos toca? ¿A nosotros, que hemos luchado por nuestro país? Cloacas abiertas. Tres familias por habitación. Porquería en las calles. Los fuertes abusando de los débiles. Hubo

un tiempo en que a la gente le importaba hacer lo correcto, ¿a que sí?

—¿De verdad?

Pero Sarlby no escuchaba.

—Y ahora un hombre solo vale la cantidad de trabajo que se le pueda exprimir. Somos cascarillas que repelar y luego tirar por ahí. Somos engranajes en la gran máquina. Pero hay quienes intentan mejorar las cosas.

Broad enarcó una ceja.

—Me parece a mí que los que parlotean mucho de mejorar las cosas tienden a empeorarlas mucho de camino.

Sarlby tampoco escuchó eso. Siempre se le había dado bien no escuchar las cosas que no quería. Quizá como a todo el mundo. Se inclinó hacia Broad, como si tuviera un secreto que revelar.

—¿Has oído hablar de los Rompedores?

—Son los bandidos esos, ¿verdad? Rompen máquinas. Queman fábricas. Unos traidores, se dice.

—Eso solo lo dice la puta Inquisición. —Sarlby escupió en el suelo cubierto de serrín. Escupir también se le había dado bien siempre—. ¡Los Rompedores van a cambiar las cosas! No solo rompen máquinas, Broad, rompen grilletes. Tus grilletes y los míos.

—Yo no llevo grilletes.

—Dice el hombre que vive en un sótano de la calle Draw. No te hablo de grilletes en las muñecas, Broad. Te hablo de grilletes en la mente. ¡Grilletes en tu futuro! En el futuro de tus hijos. ¡Los amos van a caer! Esos que engordan con nuestro sudor y nuestro sufrimiento. Los lores y las damas. Los reyes y los príncipes. —Los ojos de Sarlby relucieron con el maravilloso futuro que veía aproximarse—. Se acabó que esos mamones ricos y viejos nos digan cómo van a ser las cosas. Todo hombre tendrá voz en cómo se le gobierna. Todo hombre tendrá *voto*.

—Entonces, ¿no habrá rey?

—¡Todo hombre será rey!

En otros tiempos Broad quizá hubiera llamado a aquello traición, pero sus sentimientos patrióticos se habían llevado una buena paliza en los últimos dos años. En ese momento, solo le parecía una

fantasía.

—No creo que haya bastante reyedad para todos —murmuró—. No quiero líos, Sarlby. Ya he tenido más que de sobra.

—Hay gente que está hecha para los líos, Toro. Siempre dabas lo mejor de ti con los puños bien cerrados.

Broad hizo una mueca al oírlo.

—También daba lo peor.

—Estuviste allí, en las murallas. Sabes cómo funciona. ¡Todo lo que tiene algún valor hay que ganárselo luchando!

Sarlby enseñó los dientes y dio un puñetazo al aire, mostrando en el dorso de la mano un tatuaje de escalador de asalto como el que llevaba Broad.

—Puede. —Broad notó un cosquilleo de emoción, una punzada de gozo, pero los apartó y retorció su propia mano hacia el interior de la manga todo lo que pudo—. Pero ya he luchado bastante.

Había hecho una promesa a Liddy. Y esa vez pensaba cumplirla.

Un buen golpe en favor del pueblo

—¿Todo listo? —preguntó Sibalt.

Incluso en la penumbra, Vick le notaba los nervios y no ayudaban en nada con los que sentía ella.

Alzó la mirada hacia Páramo, una enorme silueta en el pescante del carro, con las riendas en las manos. Miró a Sebo, sentado a su lado, la lluvia perlando la capa impermeable demasiado grande que llevaba puesta. Estuvo a punto de preguntar de nuevo si estaban seguros de querer hacer aquello. Pero hay un tiempo en que las dudas pueden ser beneficiosas. Un tiempo en el que sopesar riesgos y consecuencias. Luego transcurre un instante. Un instante que puede incluso pasar inadvertido. Y entonces ya es demasiado tarde, y hay que comprometerse y echar toda la carne en el asador sin mirar atrás.

—Todo listo —dijo Vick—. Vamos.

Grise le cogió el brazo en la oscuridad.

—¿Qué pasa con ellos?

Señaló con la cabeza a los dos guardias nocturnos empapados que había a ambos lados del portón de la fundición, con las caras contraídas a la luz de sus propios faroles.

—Están comprados.

—¿Has pagado a esos cabrones?

—Es más fácil convencer a un hombre con oro que con acero, y casi siempre termina saliendo más barato.

Y antes de que Grise tuviera ocasión de replicar, Vick empezó a cruzar la calzada, cabeza gacha, solapas altas. Miró a los dos lados, pero la llovizna estaba de su parte y apenas había nadie en la calle. La sangre palpitó en su cabeza mientras caminaba hacia el portón. El miedo le subió insidioso por la garganta y le dio ganas de echar a correr, de gritar. Se dijo a sí misma que había estado en mayores

apuros, y sabía que era cierto. Mantuvo su respiración profunda, sus pasos lentos.

—Traigo una entrega para vosotros —dijo, sorprendida por lo tranquila que sonaba su voz.

Un guardia levantó su farol para mirarla y Vick entrecerró los ojos, deslumbrada. El hombre dio un golpe en la puerta y se oyó el sonido de una tranca al alzarse. Allí les llegaba material durante toda la noche. No era nada fuera de lo normal.

—¡Adelante! —gritó Vick.

Páramo sacudió las riendas e hizo que el carro cruzara la calle enfangada y entrara al patio oscurecido. Los montones de carbón y las pilas de madera eran tenebrosos fantasmas, relucientes de humedad. Ante ellos se alzaba como un acantilado la fachada lateral del caserón y al otro lado de las ventanas se veía el furioso resplandor de los fuegos.

Páramo habló en voz baja al enorme caballo de tiro, echó la galga y pasó las riendas a Sebo. Sibalt bajó por la parte trasera del lecho, secándose las manos en su delantal de cuero.

—De momento va bien —murmuró mientras caminaba con Vick hacia la inmensa puerta de la fundición.

—De momento —dijo ella.

Alguien había dejado abierto el enorme candado, que Vick sacó del pasador. Puso las manos en la descomunal manivela junto a las de Sibalt. Sus manos al lado de las de él. Tiraron con fuerza y los engranajes traquetearon mientras la puerta se deslizaba hacia un lado.

Desde dentro les llegó una oleada de calor. Los hornos, las máquinas y las fraguas seguían desprendiendo un brillo acogedor. Allí dentro nunca haría frío, nunca estaría oscuro. Vick distinguió los contornos negros de los herrajes. El esqueleto del edificio. Las columnas donde colocarían las cargas de pólvora.

Emprendió el regreso hacia el carro mientras Sibalt terminaba de abrir la puerta. Grise ya había soltado la lona y la había retirado, y debajo se veían los toneles.

—Muy bien —le dijo Vick susurrando—, pongamos ese primero en...

La luz inundó el patio y todos se quedaron paralizados, parpadeando contra el fulgor. Lámparas veladas, abiertas de repente por todas partes en torno a ellos. Grise estaba subida al carro, con la cuerda en las manos. Páramo tenía ya los dedos bajo el primer tonel. Sebo sostenía las riendas, sus ojos más abiertos que nunca. Sibalt estaba en el ancho umbral de la fundición.

Y así de rápido sus planes se habían ido a la mierda.

—¡Alto! —gritó una voz—. ¡En nombre de su majestad!

El gran caballo de tiro se asustó y arrastró el carro chirriando hacia delante con la galga echada. Grise cayó al suelo por un lado.

Páramo se levantó después de soltar el tonel y recoger un hacha.

Sebo dio un agudo chillido. Ni siquiera era una palabra.

Hubo chasquidos, zumbidos. Las saetas de ballesta se clavaron en los adrales del carro. Se clavaron también en Páramo.

Vick ya estaba corriendo. Cogió el brazo de Sibalt y lo arrastró dentro de la fundición. Serpentearon entre las máquinas, los carros, los raíles, frenéticos en la penumbra interrumpida por los fuegos. Sibalt dio un respingo al resbalar, se estrelló contra unos cajones y dispersó barras de metal sobre la piedra del suelo entre golpes y sonidos metálicos.

Vick lo ayudó a levantarse, estuvo a punto de caer ella también, tiró de Sibalt, el aliento de ella y los jadeos y siseos de él, sus pisadas resonando en el techo, muy por encima. Miró atrás y vio luces titilando, un destello de movimiento, oyó gritos en la oscuridad.

Ahogó un grito cuando algo dio contra su cabeza: una cadena colgada, que se quedó balanceándose tras ella. Unas zancadas más y Sibalt la agarró por el codo y la bajó a un espacio sombrío que había entre dos inmensos depósitos de hierro. Estaba a punto de preguntarle por qué cuando vio las luces por delante. Oyó los pasos. Estaban cercándolos desde ambos lados.

—Nos esperaban —susurró Sibalt—. Sabían que veníamos.

—¿Quién se lo ha dicho? —siseó Vick.

En la semioscuridad, la cara de Sibalt tenía algo raro. Vick estaba acostumbrada a verlo agobiado de preocupaciones, pero en esos momentos parecía que se hubiera liberado de su carga. Vick

bajó la mirada y vio que Sibalt tenía una daga en el puño, que reflejaba en el filo el naranja de los hornos. Se apartó un poco por instinto.

—No pensarás que he sido yo.

—No. Pero no importa.

Oyó que Grise chillaba en algún lugar.

—¡Venga, hijos de puta! ¡Vamos!

—Tú misma lo dijiste —susurró Sibalt—. Si te atrapan, todo el mundo habla. Siento mucho dejarte así en la estacada.

—¿Qué estás diciendo? —La voz de Vick ya no sonaba tranquila.

Él le sonrió. Aquella pequeña y triste sonrisa.

—Ojalá te hubiera conocido antes. Las cosas podrían haber sido distintas. Pero llega un momento... en el que hay que alzarse.

Y se clavó la daga en el cuello.

—No —susurró ella—. ¡No, no, no!

Le puso las manos en la garganta, pero estaba desgarrada del todo y la sangre negra se acumulaba. No había nada que pudiera hacer. Ya tenía los brazos pegajosos hasta los codos. Los pantalones empapados de sangre, que se extendía pringosa y cálida.

Sibalt la miró a los ojos, borbollando negro de la boca, de la nariz. Quizá intentaba hacerle llegar algún mensaje. De arrepentimiento, o de perdón, o de esperanza, o de culpa. No había forma de saberlo.

Los chillidos de Grise se convirtieron en aullidos inarticulados y luego en gorgoteos amortiguados. Los sonidos de alguien a quien acababan de cubrir la cabeza con una bolsa.

Los ojos de Sibalt ya estaban vidriosos y Vick le soltó el cuello chorreante. Apoyó la espalda contra el hierro todavía caliente de la jornada de trabajo, dejando colgar las manos rojas.

Y allí estaba cuando la encontraron los practicantes.

Conocer la flecha

Rikke corrió cuesta abajo dando traspiés, los árboles y el cielo brincando en su visión, todos los meticulosos planes que habían hecho perdidos en el viento junto con su capa y su arco. Era el problema que tenían los planes: no había muchos que sobrevivieran a la persecución de una jauría de perros durante un aguacero. Unas zarzas mojadas le engancharon el tobillo, se lo arrancaron de debajo y la dejaron tambaleándose, pero el aullido de Rikke quedó interrumpido en seco cuando se dio de narices contra un árbol, cayó y rodó sin remedio entre arbustos espinosos, una y otra vez, gañendo con cada rebote y luego dando un largo gemido mientras resbalaba boca abajo por un montón de hojas empapadas.

Miró hacia arriba y vio un par de botas grandes. Subió más la mirada y vio al hombre que las llevaba, observándola con una expresión que era más perpleja que victoriosa.

—Menuda entrada triunfal —dijo el hombre.

No era alto, pero sí sólido como un árbol. Panza grande y carnosa, antebrazos grandes y carnosos, cuello y carrillos grandes y carnosos, pulgares metidos en un desgastado talabarte. Quizá tuviera la misma altura que Rikke, pero como mínimo le duplicaba el peso. Tenía toda una mejilla surcada por una vieja cicatriz.

Rikke escupió trocitos de hoja y susurró:

—Mierda.

Pero en lugar de asirla por el cuello, el hombre dio un paso atrás e hizo una inclinación.

—Por favor. —Y le cedió el paso con una ancha palma abierta, como podría haber hecho un lacayo de esos tan repeinados que había en Ostenhorm.

No había tiempo para reflexionar sobre el regalo, solo para agarrarlo con las dos manos.

—Gracias —jadeó Rikke mientras se levantaba con esfuerzo, notando el sabor de la sangre en la boca.

La camisa mojada se había rajado sin remedio entre los espinos, así que la dejó caer y siguió adelante envuelta en su chaleco.

Llegaban ladridos de perros desde detrás y Rikke fue echando miradas borrosas por encima del hombro, a sombras que danzaban en el bosque azotado por la lluvia, segura a cada brusca zancada de que unos colmillos se le hundirían en el culo y la derribarían. Había alguien corriendo a trompicones por el bosque delante de ella y oyó que Isern gritaba:

—¿Rikke? ¿Estás ahí?

—¡Voy... —balbució ella— detrás de ti!

Entonces brilló la luz entre los troncos, que iban haciéndose menos densos. Rikke sintió una embriagadora oleada de alivio que, como de costumbre, tardó poco en transformarse en terror. Habían visto desde más arriba la cicatriz en el bosque y habían pensado que debía de ser un río. Pero mirando a través del diluvio, no habían tenido forma de saber que discurría por una profunda rambla.

En ese momento era más que evidente. Un borde rocoso, salpicado de hierba enferma y arbolitos atrofiados, y el fragor del torrente por debajo. Vio que Isern brincaba y arqueaba la espalda en el aire, con su lanza por encima de la cabeza. Vio que superaba el barranco, de unos abrumadores cuatro pasos de anchura como mínimo, rodaba por el musgo y los helechos que se aferraban al otro borde del despeñadero y se levantaba como si nada.

Por un instante, Rikke consideró detenerse. Entonces consideró ser follada por el caballo de Stour Ocaso y, de pronto, hacerse picadillo al fondo de un barranco le pareció un desenlace bastante apetecible. Y de todas formas, tampoco es que pudiera parar, bajando a toda velocidad por una cuesta empinada y resbaladiza. Apretó el paso, resollante, con los dientes castañeteando, y confió en la suerte, por muy mala que la hubiera tenido últimamente.

El barranco se extendía ante ella cuando emergió de entre los árboles, un atisbo de roca escarpada que caía a plomo hasta el agua blanca.

Consiguió plantar un pie firme en el borde, lo cual fue una suerte,

e impulsarse fuerte con la pierna derecha, lo cual estuvo bien, y ascendió que era un primor, sintiendo el viento frío en la boca abierta, volando en la copiosa lluvia.

El problema fue que empezó a descender demasiado pronto. Quizá si hubiera comido algo ese día, se habría dado más impulso. Pero no lo había hecho. Echó zarpazos al aire, como si pudiera tirar de sí misma hacia delante, pero ya estaba cayendo deprisa y no le hacía falta el ojo largo para saber que iba a quedarse corta.

La terrible justicia del suelo. Tarde o temprano, todo aquel que salta debe enfrentarse a ella.

Las rocas mojadas se acercaban rápidas e inexorables.

—Ay, jod...

La tierra se le hundió en la tripa y le hizo expulsar todo el aire con un enorme y baboso resuello. Se aferró desesperada a hojas mojadas, raíces mojadas, hierba mojada, sin fuerza, sin aliento, y le cayó tierra a los ojos mientras empezaba a resbalar borde abajo, escarbando inútilmente con las uñas.

Entonces la mano de Isern le atenazó la muñeca. Apareció la cara de Isern sobre ella, tensa por el frenético esfuerzo, la cicatriz blanca en sus labios, la lengua encajada en el hueco entre sus dientes apretados. Rikke gimió al notar que le cedía el hombro, temió que el tirón le arrancara el brazo entero.

Supuso que debería haber dicho a Isern que la soltara, hacer un gran gesto dramático, permitirse soltar una lágrima antes de precipitarse a la muerte, pero las cosas no funcionan así cuando una siente el aliento de la Gran Niveladora en la nuca. Se aferró al brazo nervudo de Isern como una náufraga al mástil de un barco que se hunde, sofocada y apurada y pateando y con las mismas probabilidades de salvarse que de enviarlas a las dos al fondo del precipicio.

—Pesas más de lo que... ¡Au!

Había pasado algo volando e Isern gruñó y tiró con más fuerza incluso. El pie de Rikke encontró una roca que le permitió impulsarse hacia arriba. Por fin logró meter una bocanada de aire en el pecho dolorido, gritó mientras empujaba de nuevo y vio que Isern caía hacia atrás, arrastrando a Rikke encima de ella, y las dos

rodaron juntas entre los helechos mojados.

—¡Corre!

Isern intentó levantarse, cayó y se arrastró, arrastrando su lanza junto con un puñado de hierba arrancada. Tenía la pierna atravesada por una flecha. Rikke veía la punta ensangrentada saliéndole del dorso del muslo.

Miró hacia atrás y, a través de la lluvia que empezaba a remitir, vio perros ladrando y gruñendo y merodeando al borde de la rambla y, unos pasos por encima de ellos, a un hombre arrodillado entre los árboles. Lo bastante cerca para distinguir el ceño fruncido en su mugrienta cara, el borde raído de su brazalete de arquero, la flecha cargada en su mano.

Se le pusieron los ojos como platos, y uno empezó a quemarle, ardiente como un ascua encendida en el cráneo.

Oyó el chasquido aleteante de la cuerda al destensarse.

Vio la flecha.

Pero la vio con el ojo largo.

Y por un instante, como si fuese el sol del alba resplandeciendo en su habitación al abrir de golpe los postigos, el conocimiento absoluto de aquella flecha la embargó.

Vio dónde estaba, todo lo que era, dónde había estado y dónde iba a estar.

Vio su fabricación, al herrero con la mandíbula apretada mientras martilleaba la punta, al flechero con la lengua hundida en el carrillo mientras recortaba las plumas.

Vio su final, el astil podrido y la punta desconchada oxidándose entre las zarzas.

Vio la flecha en el carcaj colgado del pie de la cama del arquero mientras él se despedía con un beso de su esposa, Riam, y le deseaba que su dedo del pie roto se curara.

Vio su brillante punta atravesar una gota de lluvia que caía y dispersarla en centelleante neblina.

Supo con absoluta certeza dónde iba a estar aquella flecha en todo momento. De modo que extendió la mano y, cuando la flecha llegó a su lado, como sabía que haría, le resultó sencillísimo empujarla. Solo un leve toque con el dedo para que en vez de

acertar a Isern, que se alejaba renqueando, se desviara inofensiva hacia los árboles, rebotara una vez y quedara reposando en el sotobosque, en su lugar correcto, en el único sitio donde podía estar, donde ella la había visto descomponerse entre las zarzas.

—Por los muertos —susurró Rikke, mirándose la mano.

Había una gota de sangre en la yema del dedo índice. La punta de la flecha debía de haberla rozado. Y la recorrió un trémulo escalofrío. No se lo había terminado de creer hasta ese preciso instante, ni siquiera cuando había visto Uffrith ardiendo, igual que en su sueño. Pero ya no había manera de negarlo.

Rikke tenía el ojo largo.

Seguía palpitando, caliente en su cara húmeda y fría. Miró al arquero, que tenía el entrecejo arrugado por la sorpresa y la mirada fija en ella mientras la boca se le abría cada vez más.

Burbujeó una risita intensa, gozosa y fascinada por lo imposible que era lo que acababa de hacer, y Rikke alzó el puño y gritó:

—¡Dale recuerdos míos a Riam! ¡Espero que se le cure el dedo!

Y luego puso pies en polvorosa tras Isern, la cogió por la axila y la ayudó a internarse entre los árboles goteantes.

Pero no antes de avistar un puente de cuerda que había a cien pasos río arriba, sacudiéndose y retorciéndose por los hombres que lo cruzaban a la carrera con metales afilados en las manos que relucían por la humedad. No habría sabido decir cuántos eran. Suficientes, esa era la cifra, y el júbilo de conocer la flecha la abandonó como si se lo hubieran exprimido.

—Vamos —susurró mientras avanzaban a trompicones por los arbustos ganchudos, dificultosos, empapados.

Isern cayó con un rugido y Rikke la ayudó a levantarse, pero estaban yendo muy lentas; todo pesaba demasiado por el agua e Isern arrastraba la pierna por el suelo.

—Sigue —espetó Isern—. Yo voy detrás.

—No —dijo Rikke, tirando de ella.

Le pareció oír ruido de pelea detrás de ellas. Hombres chillando. Perros gimoteando. Acero raspando y chocando. El sonido rebotaba en los árboles, desde todas partes y desde ninguna. Las ramas la azotaban y Rikke las apartó a manotazos hasta que salieron a un

claro cenagoso. Ya solo lloviznaba, y delante había una pared rota de piedras musgosas, resbaladizas por el agua que chorreaba.

—Vete. —Isern se volvió hacia el bosque y gruñó de dolor cuando su pierna herida cedió y tuvo que apoyarse en el costado de Rikke—. ¡Trepa!

—No —repitió Rikke—. No voy a abandonarte.

—Mejor que viva una de las dos que ninguna. Vete.

—No —dijo Rikke.

Oyó que alguien llegaba deprisa entre los árboles hacia ellas. Alguien grande.

—Pues ponte detrás de mí.

Isern empujó a Rikke hacia atrás, pero solo pudo mantenerse en pie apoyándose en su lanza. No iba a poder luchar contra nadie. O, al menos, no iba a poder ganar.

—Ya me he escondido detrás de ti bastante tiempo. —Era raro, pero Rikke ya no estaba asustada—. Y tampoco soy muy buena trepando. —Separó los dedos de Isern del asta de su lanza y la ayudó a inclinarse contra las rocas—. Ahora me toca a mí estar al frente.

La pierna ensangrentada de Isern tiritó mientras se desplomaba.

—Estamos perdidas.

Rikke asió la lanza con fuerza y la bajó hacia los árboles, preguntándose si debía quedársela o arrojarla cuando saliera alguien, deseando que su ojo largo volviera a abrirse para no tener que decidir.

Pensó en la voz de Ocaso por encima de ella, mientras estaba escondida en el arroyo. Sus tripas en una caja, con hierbas para que su padre no las oliera hasta abrirla.

—¡Venga! —chilló, salpicando saliva—. ¡Aquí te espero, joder!

Las hojas mojadas se movieron y salió un hombre al claro. Era un hombre grande con un chaquetón descolorido, que sostenía un escudo mellado y una espada con una letra de plata cerca de la empuñadura. Incluso con el pelo canoso que le caía lacio en la cara, Rikke distinguió la horrible cicatriz, que nacía en la frente, surcaba una ceja y recorría la mejilla hasta la comisura de su boca, y vio que en la deformada cuenca de su ojo izquierdo no había ningún ojo,

sino una brillante bola de metal muerto que centelleó cuando el sol se abrió paso entre las nubes.

El hombre enarcó las cejas mirándolas a las dos, encorvadas y ensangrentadas contra la pared rocosa. O por lo menos, enarcó la ceja buena. La que tenía quemada solo se movió un poco. Entonces habló con una voz que parecía el chirrido de una rueda de molino.

—Os estaba buscando.

Rikke se quedó quieta un momento, sin poder dejar de mirarlo. Luego anduvo hacia él, dejando escapar un largo y tembloroso suspiro, y tiró la lanza a la hierba y rodeó al hombre con sus brazos.

—¡Joder si has tardado, Caul Escalofríos! —masculló Isern entre dientes—. Hay unos chicos de Ocaso dándonos caza.

—Olvidaos de ellos. —Y Rikke vio que en la espada de Escalofríos había franjas y salpicaduras rojas. Siempre había sido un hombre capaz de decir mucho con pocas palabras—. ¿Puedes andar?

—Si no tuviera esta flecha —siseó Isern—, te ganaría hasta corriendo en círculos.

—No lo dudo. —Escalofríos infló unos carrillos de los que asomaba una barba plateada de unos días mientras se agachaba junto a ella—. Pero tienes la flecha. —Le dio un golpecito con un dedo gigantesco e Isern hizo una mueca de dolor.

—No vas a cargar conmigo, cabrón —gruñó ella.

—No es lo que más me apetece, lo creas o no. —Escalofríos metió la espada en la anilla de su cinturón—. Pero puestos a hacer algo, mejor es no demorarlo...

— ... que vivir temiéndolo —terminó Rikke la frase. Era una de las favoritas de su padre.

Escalofríos levantó a Isern por un brazo y se la echó al hombro como si no pesara nada. Con lo poco que habían comido en los últimos tiempos, por ahí andaría la cosa.

—Esto es una puta humillación —protestó Isern a la espalda de Escalofríos mientras el hombretón echaba a andar.

—¿Y qué pasa conmigo? —murmuró Rikke.

Se le había ido toda la fuerza al verse más o menos a salvo; tenía espasmos en la cara y sus rodillas entrechocaban, y se sentía

como si fuera a derrumbarse allí mismo y no volver a levantarse jamás.

—Siempre has sido una quejica. —Escalofríos negó con la cabeza—. Vamos. Tu padre nos espera.

Darle tiempo, perder tiempo

—¿Nunca se te ha ocurrido que a lo mejor bebes demasiado? —preguntó Wonderful.

Trébol hizo chasquear los labios.

—«Demasiado» sería, por definición, demasiado. A mi juicio, la cantidad que esté bebiendo es la cantidad precisa.

Le ofreció la botella. Wonderful negó con la cabeza.

—Los borrachos tienden a decir eso.

Trébol le dedicó su mirada ofendida.

—Y los que suelen estar sobrios, eso otro. —A Trébol le salía una mirada ofendida maravillosa. Cuestión de práctica—. Me siento ofendido. ¿Alguna vez me has visto perder una pelea por estar borracho?

—Nunca te he visto pelear.

Trébol volvió a meter el corcho en la botella.

—Una clara indicación de que bebo razonablemente, a todas luces.

—Bueno, pues yo en tu lugar por lo menos aparentaría estar sobrio. —Wonderful señaló con una ceja hacia el camino—. Se acerca el Gran Lobo.

Y en efecto se acercaba, con gran teatralidad. Unos andares furiosos y fanfarrones al mismo tiempo, con el ceño bien fruncido y su joven guardia malcarada tras él, espantando a siervos de su camino como gallos en un patio. Teniendo en cuenta lo húmedo que seguía estando el aire, era sorprendente que no soltaran vapor.

—Aquí llegan los dioses de la guerra —casi vocalizó Trébol, y luego, cuando el Gran Lobo estuvo más cerca, añadió en voz alta—: ¿Un trago, jefe?

Stour dio un manotazo a la botella, que rebotó hasta los arbustos. Trébol la miró con tristeza.

—Me lo tomo como un no.

—¡La chica ha escapado! —rugió el rey en ciernes, iracundo hasta para tratarse de él—. ¡La jodida zorrilla ha escapado!

—Estamos todos afligidos.

—¡Ha pasado justo por donde se suponía que estabas tú! —restalló un mamón de los que seguían a Stour, llamado Sendaverde. Si se forjaran leyendas por poner muecas despectivas, sería el protagonista de muchas canciones—. ¿La has visto?

—He visto su camisa —respondió Trébol, y le lanzó la prenda desgarrada—. O por lo menos, imagino que es de ella. Pero no creo que a ti te venga bien, ojo. Seguro que te tira un poco en las axilas y...

Sendaverde la arrojó furioso al suelo.

—¿La has visto a ella?

—Si la hubiera visto, la habría capturado.

—Tendrías que haberte levantado del puto suelo para hacerlo —vociferó Magweer, intentando la misma actitud de lobo enjaulado que Stour pero logrando solo una fracción de su amenaza.

—Habría dado una voz, por lo menos —dijo Trébol—. Eso puedo hacerlo sentado.

Se preguntó por qué no había dado la voz de alarma. La chica había parecido una cosita demasiado desesperada y hecha polvo para tener a todos aquellos hijos de puta persiguiéndola, y en las cacerías Trébol siempre se ponía en secreto del lado del zorro. Si alguien no logra encontrar una manera de ganar que no implique torturar a una chavala medio loca, a lo mejor no merece ganar en absoluto. O quizá todo eso eran excusas de mierda y había sido solo porque la chica era bonita. La triste verdad era que la gente guapa podía escabullirse de todo tipo de apuros que terminarían muy mal para los feos.

Trébol pasó la mirada de Sendaverde a Magweer y se encogió de hombros.

—Por lo visto, cazar chicas no es lo mío.

Stour dio un paso hacia él y miró a Trébol con esos ojos siempre húmedos que tenía.

—Lo tuyo es lo que yo diga que es.

Trébol le quitó importancia con un gesto.

—Solo deseo serviros, gran príncipe, pero no puedo convertirme en mariposa. Vuestro padre me envió por mi sagacidad, no por mi velocidad. Caramba, ya puestos, podríais ordenar al río que soplara y al viento que fluyera.

—Eres leal, ¿verdad, Trébol? —Magweer lo dijo en voz baja, como si estuviera tendiéndole una astuta trampa verbal.

—Razonablemente leal, quiero creer. Un hombre debe combarse con el viento.

—He oído que traicionaste a Glama Dorado —dijo Sendaverde, ascendiendo a nuevas cimas en poner muecas despectivas—. Y a Cairm Cabeza de Hierro también.

—Fui leal a los dos —replicó Trébol—. Lo que pasa es que fui más leal a mí mismo. La verdad es que los hombres se llenan la boca hablando de lealtad hasta que ven que puede atraparlos en el bando perdedor. Entonces se hace un estruendoso silencio sobre el asunto. Por tanto, considero que ser «razonablemente leal» es ser un poco más leal que la mayoría y también mucho más sincero que la mayoría. Solo un necio hace que la gente elija demasiado a menudo entre la lealtad y el sentido común. ¿Cómo ha podido huir la chica, por cierto?

—Caul Escalofríos estaba esperando al otro lado del río —siseó Stour, apretando los puños—. Ha matado a cuatro de mis hombres.

—Escalofríos. —Magweer estaba apretando los puños exactamente igual que Stour—. Ojalá me hubiera encontrado con ese viejo cabrón.

Wonderful y Trébol estallaron en carcajadas en el mismo preciso instante. Él se echó hacia delante con las manos en las rodillas, y ella hacia atrás con el puño en el hombro de Trébol, y sin duda componían todo un cuadro allí desternillándose, pero no podían contenerse.

—Muy buena —dijo Trébol—. Muy buena.

—¿Qué te hace tanta puta gracia?

Wonderful movió un dedo hacia la colección de armas de Magweer.

—Amigo mío, si te hubieras encontrado con Caul Escalofríos,

ahora mismo tendrías todas esas hachas metidas por el culo. Deberías tener cuidado con eso de buscar el combate. Tarde o temprano toparás con algo más gordo que lo que esperabas.

—No hay combate demasiado gordo para mí —replicó él con un gruñido.

—¿Ah, no? —dijo Wonderful—. ¿Y si son diecinueve contra ti solo?

Magweer abrió la boca, esforzado, pero no encontró respuesta. Era la visión infantil de lo que debería ser un guerrero, todo ceño y músculo y cargando con media herrería por ahí. Trébol suspiró.

—Tienes que tranquilizarte, amigo.

—¿Y si no, qué, viejo?

—Y si no, te pondrás triste, y ¿acaso el mundo no es ya un lugar bastante tétrico sin más malas caras? ¿Sin que todo el mundo vaya andando a pisotones como el Sanguinario, como si quisieran asesinar al mundo entero a la menor ocasión?

Stour entornó los ojos.

—Nueve el Sanguinario fue el mayor guerrero que el Norte haya visto jamás.

—Lo sé —dijo Trébol—. Lo vi derrotar a Fenris el Temible en el círculo.

Silencio.

—¿Viste eso? —De pronto, en la voz quejumbrosa de Stour se había colado una pincelada de respeto.

Wonderful se echó a reír de nuevo y dio uno de sus puñetazos en el hombro de Trébol.

—Sostuvo un escudo.

—¿Sostuviste un escudo? ¿Cuando el Sanguinario combatió al Temible?

—En nombre de vuestro abuelo, Bethod —dijo Trébol—. Tenía dieciocho años, y sabía menos que nada, y me creía un cabronazo de los duros.

—Todo el mundo dice que fue un gran duelo —susurró Stour, con una mirada distante en los ojos húmedos.

—Fue un duelo sangriento. Por desgracia, salí de allí habiendo aprendido las lecciones equivocadas. Tanto que terminé aceptando

un par de desafíos yo mismo. —Trébol se descubrió rascándose la cicatriz y se obligó a dejarla en paz—. Si queréis mi consejo, manteneos apartados del círculo.

—¡El círculo es donde se labran los nombres! —gritó Stour, dándose un puñetazo en el pecho—. ¡En él derroté al Extraño que Llama! ¡Lo envié bien cortado al infierno!

—Y por lo que he oído, fue un combate digno de canciones. —Aunque lo que había oído Trébol en realidad era que el Extraño que Llama se había hecho viejo y lento, que había sobrevivido con mucho a su reputación, una tragedia que acaece a todos los luchadores a los que no matan en su punto álgido—. Pero cada vez que uno entra en el círculo, pone su vida en el filo de una espada. Tarde o temprano caerá donde no debe.

Los jóvenes guerreros de Stour bufaron como si jamás hubieran escuchado nada tan despreciable como aquella evidente muestra de buen juicio.

—¿Acaso Dow el Negro temía el círculo? —dijo Sendaverde, burlón.

—¿O Whirrun de Bligh, o Shama el Cruel, o Rudd Tresárboles? —preguntó Magweer.

Wonderful puso los ojos en blanco. Sin duda iba a señalar que esos cuatro héroes tuvieron unas muertes atroces, y la mitad de ellos precisamente en el círculo. Pero Stour se le adelantó.

—Nueve el Sanguinario libró once duelos y los ganó todos.

—Superó los pronósticos, es verdad —dijo Trébol—. Durante un tiempo. Derrotó al Temible y robó la cadena de vuestro abuelo. Pero ¿de qué le sirvió? Lo perdió todo, no creó nada y el tiempo terminará entregándoos la cadena a vos de todos modos. ¿Quién querría ser como ese hijoputa?

Stour separó del todo los brazos, separó del todo los párpados, se puso otra vez en plan teatral.

—¡La única cadena que yo quiero es una cadena de *sangre*! —Lo cual no tenía el menor sentido. ¿Cómo iba a forjar nadie una cadena con sangre? Qué metáfora más espantosa. Pero Magweer, Sendaverde y los demás lameculos emprendieron un coro de rugidos belicosos y puños agitados—. Yo no quiero ser *como* el

Sanguinario. ¡Quiero *ser* el Sanguinario! —Stour ensanchó un poco más su sonrisa enloquecida, en una imitación razonable de Nueve el Sanguinario en sus peores momentos—. No hubo hombre más afamado. No hubo hombre más temido.

—Quiere ser el Sanguinario —dijo Wonderful, inexpresiva, cuando el Gran Lobo se hubo marchado y ya no podía oírla, siempre con prisas hacia ninguna parte.

—Que las mujeres escupan al oír mencionar su nombre. Sembrar la muerte durante años y no cosechar más que odio al final. Caminar todos sus días en un círculo de sangre. —Trébol solo pudo menear la cabeza a los lados—. Jamás resolveré el enigma de por qué los hombres quieren lo que quieren.

—¿Vas a dejar que ese imbécil de Magweer te hable así? —preguntó Wonderful.

Trébol la miró.

—¿Qué más te da a ti cómo hable?

—Reafirma a esos jóvenes idiotas en su opinión de que saben más que nadie.

—No podemos corregir las necedades de cada idiota, igual que no podemos corregir la marea. —Trébol dirigió una mirada pensativa a los húmedos matorrales donde Stour había enviado aquella botella, preguntándose si le quedaba dentro lo suficiente para justificar la búsqueda. Decidió que seguramente no, así que fue hasta el árbol más cercano y se dejó caer despacio apoyado en él—. Las palabras no dejan herida, y ya he corrido hacia suficientes contiendas. Ahora intento correr en dirección contraria.

—Muy sabio. Pero, como has dicho, no eres un gran corredor.

—Cierto. Si alguien está empeñado en la contienda, he llegado a la conclusión de que solo hay dos opciones realistas. —Trébol se retorció contra el tronco hasta que encontró una postura cómoda—. La primera, flotar por encima de ella, como un diente de león cuando hace aire, y no prestarle la menor atención.

—¿Y la segunda?

—Asesinar al muy hijo de puta. —Trébol sonrió al cielo azul, donde el sol por fin empezaba a calentar un poco—. Pero preferiría no estropear una tarde tan maravillosa con un asesinato, ¿no te

parece?

—Sería una pena, lo reconozco. —Wonderful miró a Trébol mientras él se desperezaba y cruzaba las piernas—. ¿Qué estás haciendo?

—Lo que deberíamos estar haciendo todos. —Trébol cerró los ojos—. Darle tiempo al tiempo.

—¿Qué diferencia hay entre darle tiempo al tiempo y perder el tiempo?

Trébol no vio ninguna necesidad de abrir los ojos.

—Los resultados, mujer. Los resultados.

Cuanto más grandes son

Glaward se quitó la camisa y se la arrojó a Barniva antes de rugir y hacer chocar los puños, flexionando el duro músculo de su desmesurado pecho. Entre los mirones congregados en la valla se levantó un murmullo apreciativo y empezaron a oírse números. Las apuestas cada vez más en contra de Leo, sin duda.

—Juraría que se ha hecho más grande —murmuró Jurand, con los ojos como platos.

—Yo también —masculló Leo, intentando sonar tan grande como pudiera.

—Sin duda. Ahora tus piernas son casi tan gruesas como sus brazos.

—Puedo derrotarlo.

—Sin problema. A espada. Así que ¿por qué luchar contra él con las manos?

Leo empezó a desabotonarse también la camisa.

—Cuando vivía en Uffrith, el Sabueso me contaba historias de Nueve el Sanguinario. Los duelos que había ganado en el círculo. Esas historias me encantaban. Siempre estaba bailando por el jardín de detrás de su salón con un palo, fingiendo que era Nuevededos y que el poste de la lavandería era Rudd Tresárboles, o Dow el Negro, o Fenris el Temible. —Seguía emocionándose al pronunciar esos nombres, como si fuesen palabras mágicas.

Jurand observó a Glaward mientras este soltaba unos cuantos puñetazos brutales al aire para calentar.

—El poste de la lavandería no va a sacarte los dientes.

Leo tiró su camisa por encima de la cabeza de Jurand.

—Un campeón nunca sabe con qué va a tener que combatir. Por eso siempre dejo que elijáis vosotros las armas. —Era una mañana fría, así que Leo empezó a dar saltitos para que circulara la sangre

—. Por eso vencí a Barniva con espada pesada, y a Antaup con lanza. Por eso gané a Jin Aguablanca con maza y a ti con aceros largo y corto. Por eso compito en tiro con arco contra Ritter. O competía, claro. —Pobre desgraciado muerto—. Pero nunca he derrotado a Glaward con las manos desnudas.

—Pues claro que no —dijo Jurand, con aquella arruga de preocupación entre las cejas—. Tiene la constitución de un granero.

—Cuanto más grandes son...

—¿Más fuerte pegan?

—Las derrotas te enseñan mucho más que las victorias —musitó Leo, intentando calentarse un poco los músculos a palmadas.

—También hacen más daño. —Jurand bajó un poco la voz—. Por lo menos, dime que vas a pelear sucio.

—Lucharé con honor o no lucharé —gruñó Leo. Era posible que lo hubiera dicho Casamir el Firme en algún libro de cuentos—. ¿De qué parte estás tú, a todo esto?

—De la tuya. —Jurand parecía un poco ofendido por la pregunta —. Siempre. Todos lo estamos. Por eso no voy a disfrutar nada cuando te deje inconsciente asfixiándote.

Leo entornó los ojos.

—Lo que necesito de mi segundo es fe.

Cuando Glaward levantó los puños se le marcaron los tendones en los brazos. Leo no podía negar que era una visión majestuosa. Como una estatua exagerada. Hasta sus dientes parecían musculosos.

—Voy a exprimirte como a un limón —rugió.

—¡El Joven Limón! —exclamó Barniva, para gran regocijo de los mirones.

Jurand se inclinó hacia Leo.

—Si mueres, ¿puedo quedarme tu caballo?

—*Fe* —mascculló Leo.

Y se lanzó a la carga. Atacar, siempre atacar. Sobre todo cuando lo tienes todo en contra.

Sorprendió a Glaward con la guardia baja, se agachó para esquivar un puño lanzado a lo loco pero cuyo aire le revolvió el pelo y atizó en el cuerpo del hombretón los puñetazos más fuertes que

pudo. Estaba claro que Glaward tenía algo de grasa, pero toda esperanza de que fuera blando por debajo estaba perdida hacía mucho tiempo. Leo se sintió como si hubiera pegado a un árbol.

—Mierda —susurró con la sonrisa fija, sacudiendo los dedos doloridos.

—Voy a hacer que te comas esta ladera —gruñó Glaward, y el creciente público vitoreó y rio.

Bien sabían los muertos que Leo debería vigilar los puños de Glaward, pero su mirada no dejaba de verse atraída hacia dos de las mujeres con aspecto más raro de entre los espectadores. La mayor tenía unas facciones marcadas e inexpresivas, la boca torcida por una cicatriz y una pernera del pantalón abierta revelando vendas por debajo. La más joven tenía una cara ancha, casi demasiado expresiva, un grueso anillo de oro atravesándole la amplia y pecosa nariz y una maraña de pelo entre castaño y pelirrojo tan rebelde que los que estaban detrás tenían que hacerse a un lado para poder ver.

—Qué varonil todo —dijo, apoyando en el travesaño de la empalizada una bota llena de barro cuya lengüeta asomaba del cordel mal atado—. ¿Cobran por el espectáculo?

—Que yo sepa —rumió la mayor—, se quitan la ropa gratis.

La joven separó los brazos y puso una sonrisa enorme.

—¡Qué altruista por su parte!

Glaward no estaba de humor para regalar nada. Siguió apretando, sacando un puño enorme en derechazos de aspecto letal. Leo esquivó uno y luego otro, pero el tercero le rozó la mejilla y le hizo trastabillar. Resbaló en la hierba mojada, y menos mal, porque el otro puño de Glaward hizo silbar el aire en el lugar donde había estado su cabeza. Se deslizó alrededor del gigantón y al pasar le dio un vistoso golpe en las costillas que no tuvo ningún efecto.

Glaward soltó una risotada burlona.

—¿Estamos peleando o bailando?

Por encima del grueso hombro de Glaward, Leo volvió a ver a la chica, bizqueando al mirar un mechón de pelo que le había caído en la cara. Sacó el labio inferior para soplarlo hacia atrás y al instante

cayó de nuevo sobre sus ojos, acompañado de otros tres. Había algo en ella que le sonaba, como cuando se tiene un nombre en la punta de la lengua.

—¡Peleando! —bramó, y embistió con una ráfaga de puñetazos, enseñando los dientes y soltando saliva.

—¡Eso es! —oyó que gritaba Jurand—. ¡Dale estopa!

Pero los mejores intentos de Leo topaban inútiles contra los grandes brazos de Glaward, le rozaban la coronilla, rebotaban en sus costados. Entonces de la nada salió un pesado puño que alcanzó a Leo bajo la barbilla y lo proyectó tambaleándose. Dio un grito indefenso cuando lo levantaron por los aires cogido del cinturón.

La tierra oscura y el cielo brillante rodaron mientras Leo hacía aspavientos, y entonces el suelo le dio un buen golpe en el costado, que hizo que le temblaran los dientes y que rebotara dando vueltas y vueltas hasta quedar bocabajo.

Dejó escapar un largo gemido mientras se levantaba y vio que la gigantesca bota de Glaward ya surcaba el aire hacia él. Dio un respingo mientras rodaba y el gran tacón excavó un enorme hueco en el suelo. Leo se puso en pie como pudo, perdió el equilibrio y cayó contra la empalizada.

—El rubio este de aquí es guapo —estaba diciendo la mujer más mayor.

—Tengo ojos. —La joven observaba a Leo con la barbilla apoyada en las manos, subiendo y bajando la cabeza al masticar algo. Y desde luego, ojos tenía. Grandes y muy claros, y muy penetrantes.

—Es como un perro de caza, todo feroz y vivaracho.

Leo no se sintió muy vivaracho cuando los puños de Glaward volvieron a por él. Se cubrió, pero tenían una fuerza temible. Un golpe en el costado lo estampó contra la valla y le quitó el aliento, y un nudillo lo alcanzó en la mandíbula y le saló la boca.

—¡Sal de ahí! —oyó que gritaba Jurand por encima de su propia respiración borboteante y rasposa.

Esquivó por los pelos un golpe que lo habría lanzado por encima de la empalizada y empujó a Glaward con todas sus fuerzas. El

hombretón apenas se movió, pero al menos Leo se impulsó lejos de él y se apartó de la valla con la cara palpitando, los pulmones ardiendo, las rodillas flaqueando.

Glaward podría haberlo derribado con el dedo índice. Pero estaba concentrado en sacar provecho a su momento y lanzaba sus grandes puños al aire, pavoneándose como un gallo en su corral.

—¡Pégale! —aulló Jurand, haciéndose oír entre el barullo—. ¡Pégale, joder!

Pero era evidente que Leo jamás vencería a Glaward usando los puños. Tenía que derrotarlo con la cabeza. Pensó, embotado, en lo que le habría dicho su madre. Menos coraje, más buen juicio. Exhibir a sus peores tropas en el valle, marchando tan mal como pudieran. Aunque se le empezaba a aclarar la cabeza, la sacudió como si apenas consiguiera enfocar la vista y se agarró las costillas como si apenas consiguiera respirar. Aunque la fuerza empezaba a volverle a las piernas, fingió un tambaleo de borracho.

—¿Estamos pelear? —balbuceó, enseñando los dientes sanguinolentos—. ¿O bailar?

No se habría ganado ningún laurel por su puesta en escena, pero Glaward estaba bendecido con más músculos que imaginación. Embistió sin la menor cautela, preparando un puñetazo del que se hablaría años y años. Pero Leo había recobrado el ingenio. Se dejó caer por debajo, rodó con agilidad, cogió la enorme pantorrilla de Glaward al pasar y se levantó con brío, tirando de la pierna consigo.

Glaward gruñó sorprendido, dio un saltito moviendo los brazos para equilibrarse y entonces su otro pie resbaló y se precipitó al suelo de cara.

—¿Quién se come ahora la ladera? —cacareó Leo. Glaward dio unos desesperados zarpazos al suelo, retorciéndose y gruñendo, pero Leo tenía la inmensa bota de Glaward aferrada contra su pecho y no pensaba soltarla—. ¿Qué tal sabe?

Leo retorció la pierna con más fuerza y el gigantón dio una palmada al suelo.

—¡Muy bien! ¡Me rindo! ¡Me rindo!

Leo dejó caer la bota y retrocedió con paso inestable. Notó que

Jurand le cogía la muñeca y levantaba al cielo sus dos brazos.

—¡Una victoria para los hombres con tamaño razonable de todo el mundo! —gritó, dejando a Leo su camisa encima del hombro.

—Por nosotras, no hace falta que te vistas —voceó la mujer más mayor, y la joven echó la cabeza atrás y soltó una risa gorgoteante.

—¡Leo! —gritó alguien. Uno de los pocos optimistas que habían apostado por él, probablemente. Leo intentó sonreír a pesar del considerable dolor. ¿Tenía un diente suelto?—. ¡El Joven León!

La chica lo miró directa a los ojos con la frente arrugada.

—¿Eres Leo dan Brock?

—El que viste y calza —dijo Jurand, dándole una palmada orgullosa en el hombro.

—¡Ja! —La chica saltó desde la empalizada y fue pavoneándose hacia él con una enorme sonrisa—. ¡Pero si es el pequeño Leo!

Jurand levantó las cejas.

—¿El pequeño Leo?

Ella lo miró de arriba abajo.

—Bueno, ahora ha crecido.

Y para gran sorpresa de Leo, le dio un abrazo, le cogió la cabeza por la nuca y le apretó la cara contra su hombro.

Entonces fue cuando Leo vio, entre la infinidad de amuletos, huesos, runas y collares que llevaba la chica, un tarugo de madera lleno de marcas de dientes.

—¿Rikke? —Se apartó para mirarla, buscando algún rastro de la niñita enfermiza de la que solía burlarse en el salón de su padre en Uffrith—. ¡Decían que te habías perdido!

Ella echó los puños al aire.

—¡Me encontré! —Entonces los dejó caer y se rascó la coronilla —. Bueno, la verdad es que estaba un poco perdida, pero Isern-i-Phail se conoce todos los caminos. Ella me dirigió hasta casa.

—Igual que una gran capitana de los mares dirige un esquife que hace aguas, ¿estamos? —La cicatriz de la mujer más mayor le retorcía la comisura de los labios y le daba aspecto de estar siempre enfadada. O quizá estuviera siempre enfadada—. Estoy hecha toda una heroína, pero tampoco le demos demasiada importancia.

—Había cabronazos de Calder el Negro por todas partes. Y su

puto hijo, Stour Ocaso. —Rikke enseñó los dientes en un estallido de furia tan repentino que Leo estuvo a punto de retroceder un paso —. ¡Voy a ver a ese capullo devuelto al barro, te lo prometo! —Escupió, se le quedó un largo hilo de saliva colgando del labio y se lo quitó de un manotazo—. Hijos de puta.

—Pero... ¿no estás herida?

Rikke subió los puños hasta delante de la cara de Leo y fue levantando dedos para contar.

—He pasado hambre, me han abofeteado, meado, disparado, perseguido perros, amenazado con que se me follara un cerdo, he dormido bajo un ahorcado, casi me caigo por un barranco, he matado a un chico y me he cagado encima, así que, en fin... —Levantó los hombros y dejó caer la cabeza a un lado sin separar los hombros de las orejas—. Espero que la semana que viene sea un poco más llevadera, dejémoslo así.

—Suena... complicado. —No sabía de qué hablaba Rikke, pero le gustaba oírla hablar—. Me alegro de volver a verte.

Lo decía en serio. Habían sido amigos. Tan amigos como se puede ser de alguien tan raro como había sido ella.

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos? —preguntó la chica.

Leo hizo una mueca.

—Es difícil de olvidar.

—Te burlaste de mis espasmos y de mi pelo ridículo y de mis rarezas.

—Quería demostrar mi valía delante de los chicos.

Ella señaló con el mentón hacia Glaward, que estaba sentado en la ladera frotándose el tobillo torcido.

—Algunas cosas nunca cambian.

—Si te sirve de algo, no estoy orgulloso.

—Me sirvió tirarte al suelo y sentarme encima de ti.

Fue el turno de Leo de rascarse la coronilla.

—Las derrotas te enseñan más que las victorias, dicen. Y me sacabas media cabeza. —Leo se irguió en toda su altura y la miró desde tan arriba como lo había mirado ella hacía tiempo—. Dudo que ahora quieras intentarlo.

—Ah, no sé yo. —Rikke extendió un brazo y le limpió la sangre

del labio superior con el pulgar. Quizá tuvo un tic en el párpado. O quizá le guiñara un ojo—. Podría dejarme convencer.

—Mejor eso a que te folle un cerdo, supongo —dijo Isern-i-Phail, y protestó un poco al levantar la pierna vendada de la valla para dar media vuelta cojeando—. Tengo que llevar este esquife que hace aguas a su padre antes de que vuelva a perder el rumbo. ¡Le he dado mi palabra!

—Estoy muy solicitada. —Rikke retrocedió, hizo una inclinación que le dejó una mano rozando el suelo y se subió a la valla—. Ya nos veremos, pequeño Leo.

Pasó las botas al otro lado y se marchó contoneándose bajo la atenta mirada de Leo.

—Vaya, vaya, vaya. —Antaup había aparecido, como solía hacer cuando había mujeres cerca, aspirando con los labios fruncidos mientras miraba alejarse a Rikke—. ¿Quién es esa belleza del anillo en la nariz?

—¿Tres vayas? —murmuró Jurand en tono seco—. Eso viene a ser una petición de mano.

—Esa era Rikke —dijo Leo.

—¿La hija desaparecida del Sabueso?

—Éramos amigos cuando vivía en Uffrith. Ha... crecido.

—En todos los lugares adecuados —dijo Antaup—. Pero esos ojos...

—¿No dicen que puede ver el futuro? —preguntó Jurand, con cara de poco convencido.

El susurro de Barniva llegó cargado de humor al oído de Leo.

—Sospecho que ve tu nabo en él.

Jurand se apartó, negando con la cabeza.

—Venga, hombre.

Era un gran amigo, y listo como nadie, pero podía ser de lo más puritano.

—Cuidadito. —Leo rodeó el cuello de Barniva con un brazo y le apresó la cabeza—. A lo mejor tengo que hacer que te comas tú la ladera.

—Bueno, si a ti te apetece más pelear... —Antaup se lamió el índice y el pulgar y dio un pequeño giro al pequeño rizo que le caía

en la frente—. Sería una lástima dejar un campo tan prometedor sin labrar.

Fue entonces cuando Leo decidió que estaba interesado. Antaup lo sabía todo sobre las mujeres. Si él estaba impresionado, todos lo estarían.

—Guarda el arado, anda. —Cogió a Antaup con el brazo libre y tiró de él en amistoso forcejeo, dedicando al trasero de Rikke la misma sonrisa hambrienta que estaban luciendo sus amigos—. Y apártate de mis tierras.

Preguntas

Creía que Sebo estaba en la sala de su izquierda. Había reconocido su voz farfullando a través de la pared, y aunque no alcanzara a distinguir las palabras, sí oía el miedo. Grise estaba a su derecha. Vick la había oído chillando insultos. Luego, solo chillando. Pero aún no le habían hecho preguntas. Estarían ablandándola. Vick se preguntó cómo de blanda la habrían dejado.

Era raro lo deprisa que se perdía la noción del tiempo cuando no se podía ver el cielo. Solo una sala blanca sin ventanas, demasiado iluminada, y la mesa con dos sillas y tres manchas de sangre, y la puerta. ¿Habían pasado horas desde que los capturaran, o días? Quizá hubiera dormitado un poco. Y despertado de sopetón con sudores fríos en la piel desnuda al oír a alguien suplicar en el pasillo. Pero la puerta había permanecido cerrada. La habían desnudado, la habían encadenado a la silla y la habían dejado allí, cada vez con más y más ganas de mear.

Empezaba a preguntarse si debía mearse allí mismo cuando se abrió la puerta.

Entró un hombre. O más bien lo entraron. Iba sentado en una extraña silla sobre ruedas, empujada por un practicante de tamaño monstruoso. Tenía el pelo plateado y una piel casi tan pálida como su inmaculada chaqueta blanca, con profundos pliegues, como si estuviera demasiado tensada contra los huesos. Tenía la cara retorcida, el ojo izquierdo más cerrado y palpitante. En el dedo meñique llevaba un anillo oficial con una enorme piedra púrpura, pero incluso sin él, era inconfundible.

El Viejo Palos. El Tullido. El Desollador Real. El eje alrededor del que giraba el Consejo Cerrado. Su eminencia el archilector Glokta.

—Me gusta vuestra silla —dijo Vick, viendo cómo se detenía con un chirrido al otro lado de la mesa.

El archilector enarcó una ceja.

—A mí no. Pero caminar me duele más cada día que pasa y mi hija dice que no hay nobleza en sufrir. Persuadió a su amigo maese Curnsbick para que me la construyera.

—¿El gran maquinista en persona?

—Dicen que es un genio. —Glokta alzó la mirada hacia el enorme practicante que tenía encima, las manijas de la silla perdidas en la inmensidad de sus puños—. Ahora un hombre inútil puede volver inútil a un hombre útil haciendo que lo pasee rodando. Menudo progreso, ¿eh? Quítale las ataduras, por favor.

—¿Eminencia? —La palabra llegó amortiguada desde detrás de la máscara del practicante.

—Venga, venga, que no somos animales.

El practicante sacó una pequeña cuña del bolsillo, se arrodilló y la metió bajo una rueda de la silla con sorprendente delicadeza. Luego rodeó la mesa y los grilletes se clavaron en la piel de Vick mientras los abría. Tenía las muñecas irritadísimas, pero se aseguró de no frotárselas. Se aseguró de no retorcerse ni encogerse ni estirarse ni gemir. Ni siquiera cuando puso las manos sobre la mesa y vio la sangre seca de Sibalt todavía bajo sus uñas. Si te muestras herida, estás pidiendo que te hieran. Esa lección la había aprendido en los campos. La había aprendido por las malas.

El archilector Glokta la estaba observando con un atisbo de sonrisa en su rostro deforme, como si estuviera leyéndole los pensamientos.

—Y la ropa, por favor.

El practicante dejó a regañadientes en la mesa una camisa doblada con pulcritud y unos pantalones, y desdobló una esquina del tejido como un mayordomo quisquilloso.

—Puedes dejarnos, Dole.

—¿Eminencia? —La voz del practicante sonó aguda por la angustia.

—Tengo mejores cosas que hacer que repetirme.

El practicante dedicó a Vick un último fruncimiento de ceño, regresó a la puerta, se agachó bajo el dintel y la cerró a su espalda. El cerrojo cayó con un chasquido que sonó definitivo, dejándola sola

en aquella sala vacía y blanca con el hombre más temido de la Unión.

—Bueno. —El archilector mostró aquel enorme agujero en los dientes al sonreír—. Parece que se impone una felicitación, inquisidora Teufel. Muy bien hecho, como siempre. Sabía que mi confianza en ti no iba desencaminada.

—Gracias, eminencia.

—¿Debo darme la vuelta mientras te vistes? —Miró las ruedas de su silla con los ojos entrecerrados—. Me temo que podría tardar un poco. No soy ni por asomo tan ágil como en mis años mozos. Gané el Certamen sin conceder un solo asalto, ya sabes.

Vick hizo rechinar su propia silla al levantarse, haciendo caso omiso al dolor en la cadera agarrotada.

—No os molestéis.

Sacudió la camisa para desdoblarla y empezó a ponérsela.

Se desnuda a un preso para hacer que se sienta vulnerable. Para que crea que no tiene donde ocultar un secreto. Pero solo funciona si el preso lo permite. Vick se aseguró de vestirse exactamente como lo habría hecho si estuviera sola. Cuando se crece en los campos, durmiendo al lado de desconocidos, compartiendo su calor, su hedor, sus piojos; cuando los guardias limpian a manguerazos a un encogido grupo de enfermos, la modestia es un lujo sin el que no se tarda en aprender a vivir.

—No puedo más que disculparme por haber tardado tanto en venir —dijo su eminencia, tan impasible a la desnudez de Vick como ella—. El gobierno está alborotado por la guerra en el Norte. ¿Los hemos capturado a todos?

—A todos excepto a Sibalt. Él... —Vick mantuvo el rostro cuidadosamente inexpresivo mientras recordaba cómo se había clavado la hoja en el cuello—. Se suicidó para que no lo apresaran.

—Desafortunado. Sé que vosotros dos os habíais... relacionado.

El archilector lo averiguaba todo, por supuesto. Pero fue como si el hecho de que lo dijera, de que lo supiera, lo volviese real. El sentimiento la cogió por sorpresa. Tuvo que parar de abotonarse la camisa, mirar al suelo con los dientes apretados y quedarse callada por si su voz la delataba. Solo durante un momento. Luego siguió

cerrando la camisa con los dedos cubiertos de sangre seca y la máscara de nuevo en su sitio.

—¿Supone un problema, eminencia?

—Para mí, no. Todos anhelamos un mundo sencillo, pero las personas somos bestias imperfectas, impredecibles y contradictorias, dotadas de compasión, y necesidades, y *sentimientos*. Incluso las personas como nosotros.

—Los sentimientos no tuvieron nada que ver —dijo Vick, subiéndose los pantalones.

Tenía la impresión de que era transparente para el archilector.

—Si no tuvieron nada que ver, has demostrado tu compromiso. Si sí lo tuvieron, mejor todavía, porque has demostrado tu lealtad.

—Sé lo que os debo. Yo no olvido.

—Procuro no culpar nunca a nadie por lo que piensa. Solo por lo que hace. Y tú has hecho todo lo que podría haberte pedido.

Vick volvió a sentarse en la silla, de cara a él.

—Sibalt era el cabecilla. Dudo que ninguno de los otros sepa gran cosa.

—Tardaremos poco en averiguarlo.

Vick lo miró a los ojos. A aquellos ojos hundidos, brillantes y febriles.

—No son malas personas. Es solo que quieren un poco más.

—¿No dices que los sentimientos no tenían nada que ver? —El ojo izquierdo del archilector había empezado a lagrimear, y sacó un pañuelo blanco para secarlo con ligeros toques—. Tú creciste en los campos de prisioneros, inquisidora Teufel.

—Sabéis que así fue, eminencia.

—Has visto a la humanidad en su estado más descarnado.

—Tan descarnado como se puede llegar a ser, eminencia.

—Entonces, dime. Si estas buenas personas consiguen un poco más, ¿qué querrán a continuación?

Vick se quedó callada un momento, pero no había otra cosa que decir.

—Un poco más.

—Porque tal es la naturaleza de la gente. Y su poco más hay que quitárselo a otras personas, y a esas otras personas no les va a

hacer mucha gracia que digamos. No se puede eliminar el descontento, igual que no se puede eliminar la oscuridad. Verás. —Y el archilector pinchó el aire con su huesudo índice—. El objetivo de todo gobierno es cargar el descontento en quienes sean menos capaces de hacerte sufrir por ello.

—¿Y si se juzga mal quién puede hacerte sufrir?

—El mal juicio forma parte de la vida en tanta medida como el descontento. Es agradable ostentar el poder y tomar las decisiones por todos los demás. Pero el riesgo de tomar cualquier decisión siempre es que uno puede equivocarse. Y aun así, debemos decidir. El miedo a ser adulto es un mal motivo para seguir siendo un niño.

—Por supuesto, eminencia.

Lo que se puede hacer tiene un límite. Una vez alcanzado, hay que pasar página. Los campos también le habían enseñado esa lección.

—¿De dónde sacaron el fuego gurko?

—Hablaron de unos amigos en Valbeck.

—¿Más Rompedores?

—Un grupo más organizado, tal vez. Mencionaron al Tejedor.

Glokta no tuvo ninguna reacción visible al oír el nombre. Pero, claro, sabía enterrar sus sentimientos incluso más hondo que Vick. Si es que aún le quedaban. Por muy duros que hubieran sido los campos, eran un paseo en comparación con el lugar donde él había aprendido sus lecciones.

—Valbeck es una ciudad grande —dijo su eminencia—, y crece más a cada día que pasa. Nuevos talleres. Nuevos suburbios. Pero es un lugar donde empezar. Preguntaré a tus amigos sobre sus amigos de Valbeck, y veré si podemos averiguar algo más sobre ese... Tejedor.

Venga, quizá un intento más. Vick se inclinó un poco hacia delante y juntó las manos.

—Con vuestro permiso... creo que podríamos convertir al chico, Sebo.

—¿Puedes garantizar su lealtad?

—Tiene una hermana. Si la apresamos...

El archilector puso aquella sonrisa desdentada.

—Muy bien. Puedes ir a la puerta de al lado y liberarlo de sus cadenas. Me alegro de que alguien vaya a recibir buenas noticias hoy. Y sin duda, querrás partir en dirección a Valbeck, para eliminar esta conspiración de raíz.

—Estoy ansiosa por empezar, eminencia.

—No trabajes demasiado. ¡Practicante Dole! —La puerta se abrió y el descomunal practicante casi llenó el marco—. Llévame fuera, ¿quieres? —Dole recogió la cuña y las ruedas chirriaron mientras se llevaba la silla—. Has hecho lo correcto.

—Lo sé, eminencia —dijo ella, mirándolo a los ojos hundidos—. No tengo dudas.

Cuando cuentas una mentira, tienes que sonar como si te la creyeras.

Y el doble para las que te cuentas a ti misma.

Sebo la miraba con aquellos ojos grandes, sus manos esposadas encima de la mesa y los hombros flacuchos encogidos contra las orejas. De verdad se parecía a su hermano. Aún no tenía ninguna marca. Algo es algo, supuso Vick.

—¿Te has escapado de ellos? —susurró el joven.

Vick compuso una sonrisa triste mientras se sentaba delante de él, en la silla de quien hace las preguntas.

—Nadie escapa de ellos.

—Entonces...

—Yo soy ellos.

Sebo se la quedó mirando un largo momento, y Vick se preguntó si se pondría a insultarla a gritos. Si empezaría a patear y a arañar y a revolverse. Pero o bien era demasiado listo o bien estaba demasiado asustado. Se limitó a bajar la mirada a la mesa manchada y decir:

—Oh.

—¿Sabes con quién acabo de hablar en la sala de al lado?

Sebo negó despacio con la cabeza.

—Con su eminencia el archilector.

Sus ojos se volvieron todavía más grandes.

—¿Aquí?

—En su tullida persona. Eres un chico con suerte. Nunca lo has visto trabajar. Yo sí. —Y dio un prolongado y poco ruidoso silbido—. El Viejo Palos... bueno, no va a ganar ninguna carrera. Pero cuando se trata de hacer hablar a la gente, créeme, no hay nadie más veloz. Me imagino que tu amiga Grise ya le estará contando todo lo que sabe acerca de todo.

—Grise es fuerte —dijo él.

—No, no lo es. Pero eso da lo mismo. Una vez estás desnudo y solo y él empieza a cortar, no hay fuerte que sea lo bastante fuerte.

Sebo parpadeó, con los ojos brillando de lágrimas.

—Pero ella es...

—Olvídate de ella. Ya está ahorcada. Páramo está muerto y Sibalt...

De pronto se le atenazó la garganta.

—¿Sibalt?

—Está muerto también.

—Lo dices como si estuvieras orgullosa.

—No lo estoy. Pero tampoco estoy avergonzada. Ellos lo decidieron, me oíste preguntarles. Igual que te pregunté a ti.

Sebo calló un momento y se lamió los labios. Ese chico no era ningún tonto.

—¿Grise está ahorcada pero... yo no?

—Lo captas rápido. Para ti, aún hay una puerta abierta. Para ti... y para tu hermana. —Y Sebo parpadeó al oírlo. El pobre desgraciado habría sido el peor jugador de cartas de toda la Unión. Era como si tuviera hasta el último sentimiento escrito en su cara crispada—. He dicho a su eminencia que es posible salvarte. Quizá puedas prestar un servicio al rey.

—¿Qué clase de servicio?

—La clase que yo escoja.

Él bajó la mirada a la mesa.

—Traicionar a mis hermanos.

—Eso esperaré de ti.

—¿Qué opciones tengo?

—Solo esta, y considérate muy afortunado por tenerla.

Entonces Sebo levantó la mirada, con una cierta e inesperada dureza en los ojos.

—Entonces, ¿para qué preguntar siquiera?

—Para que comprendas lo que me debes. —Vick se levantó, sacó la llave y le abrió las cadenas. Luego le tiró su ropa—. Vístete. Y duerme un poco. Partiremos hacia Valbeck por la mañana. Tengo que descubrir de dónde sacaron esos lelos tres barriles de fuego gurko.

Sebo se quedó allí sentado, con las flacas muñecas todavía dentro de los grilletes abiertos.

—¿Había algo que fuese verdad?

—¿Algo de qué?

—De lo que nos dijiste.

Vick lo miró entornando los ojos.

—Un buen mentiroso miente tan poco como sea posible.

—Entonces... ¿de verdad te criaste en los campos?

—Doce años. De niña y de mujer. Mis padres y mis hermanas murieron allí. —Tragó saliva—. Mi hermano también.

Él la miró como si no comprendiera.

—Has perdido tanto como cualquiera.

—Más que la mayoría.

—Entonces, ¿cómo puedes...?

—Porque si algo aprendí en los campos... —Vick se inclinó sobre él, enseñando los dientes, haciendo que Sebo se encogiera en su silla—. Es que hay que estar con los ganadores.

La maquinaria del estado

—Lord mariscal Brint —dijo Orso—, gracias por recibirme después de avisaros con tan poca antelación. Sé que debéis de ser un hombre muy ocupado.

—Cómo no, alteza. —El lord mariscal tenía un solo brazo y ninguna imaginación. Todo en él, desde las botas de caballería bien bruñidas hasta su bigote bien encerado, era tieso, almidonado y conforme a la normativa—. Vuestro padre es un viejo amigo.

—Por no mencionar que es el gran rey de la Unión.

La sonrisa del mariscal flojeó solo un ápice.

—Por no mencionarlo. ¿En qué puedo ayudar?

—Deseaba hablaros sobre nuestra respuesta al ataque de Scale Mano de Hierro y sus norteños.

Brint soltó un bufido amargado.

—¡Ya quisiera yo que la hubiese! Esos embaucadores avarientos del Consejo Cerrado se niegan a liberar los fondos, ¿podéis creéroslo?

—No puedo. Pero he logrado persuadir a mi padre para que me ponga al mando de una fuerza expedicionaria.

—¿Ah, sí?

—Bueno...

—¡Es una noticia excelente! —El lord mariscal se levantó de un salto y fue hacia sus mapas, pasando junto a una armadura completa bien pulida que, si acaso, debió de ponerse en su juventud, porque aún tenía los dos brazos—. ¡Vamos a dar una lección a esos hijos de puta norteños, ya lo creo que sí!

Orso había temido que un soldado de carrera se molestara al ver a un príncipe puesto al mando a dedo, pero Brint parecía entusiasmado.

—Soy consciente de que carezco de experiencia militar, lord

mariscal, a menos que cuente jugar de niño con soldaditos. —O follarse a putas de uniforme, por supuesto.

—Para eso tenéis oficiales, alteza. —Brint estaba ensimismado en la contemplación de sus cartas, estimando distancias con el pulgar y el índice extendidos—. Os sugeriría al coronel Forest como segundo al mando. Ingresó en el ejército como recluta mucho antes que yo, y desde entonces ha combatido en todas las guerras importantes. No se me ocurre nadie con experiencia más candente ni cabeza más fría.

Orso sonrió.

—Agradecería sobremanera su consejo, y también el vuestro.

—La señora gobernadora Finree está conteniendo al enemigo con gran valentía. Menuda mujer. Es vieja amiga mía, ¿sabéis? Si lograra seguir haciéndolo, ¡podríamos desplegarnos aquí! —Y golpeó el mapa con tanta fuerza que Orso temió que se hiriera la mano que le quedaba—. ¡Aquí, cerca de Uffrith, y flanquear a esos cabronazos!

—¡Excelente! Flanquear. Cabronazos. Maravilloso.

Era imperioso que Orso averiguara lo que significaba flanquear, pero aparte de eso todo empezaba a ir como la seda. Los severos gritos de un sargento instructor llegaban flotando por la ventana desde el patio de fuera, confiriendo a la conversación un apropiado aire militar. Orso casi deseó haberse puesto el uniforme para la ocasión, aunque seguro que desde hacía un tiempo le apretaría un poco en el abdomen. Tendría que hacerse con uno nuevo para la campaña.

—Ahora, lo único que me falta son las tropas.

Brint levantó la mirada.

—¿Disculpad?

—Mi padre me ha prometido un batallón de la Guardia Real y también a su primer guardia, Bremer dan Gorst, que tengo entendido que vale por una compañía él solo. —Soltó una carcajada que Brint no hizo ni ademán de devolverle—. Pero sigo necesitando... una cantidad aproximada de... en fin, de cinco mil hombres más.

El silencio se extendió.

—¿No tenéis las tropas? —murmuró Brint, dejando escapar saliva entre los labios.

—Bueno, por eso acudo a vos, lord mariscal. Me refiero a que... sois el lord mariscal. —Orso hizo una mueca—. ¿Verdad?

Brint respiró hondo y recobró la compostura.

—Lo soy, alteza, y os pido perdón. Me cuesta mantener la lucidez en lo referente a esos norteños. —Miró ceñudo el anillo que llevaba en el dedo meñique y lo empujó con la yema del pulgar. Parecía un anillo de mujer, con una gema amarilla—. Los salvajes me arrebataron a mi esposa, además de a dos buenos amigos. Por no mencionar el puto brazo.

—No tenéis por qué disculparos, lord mariscal, lo comprendo perfectamente.

—Confío en que no penséis que os reprocho vuestra solicitud, en extremo razonable. La aplaudo. —Brint bufó mirándose la manga vacía—. O lo haría, de estar equipado para ello. Me avergüenza no poder proporcionaros las tropas, como también no haber enviado ayuda para la señora gobernadora a estas alturas. Se disolvieron varios regimientos después de la guerra en Estiria, y lo que queda está más que ocupado. La rebelión en Starikland parece no tener fin. —Movió el brazo que tenía en dirección a otro mapa—. Y ahora se extiende la agitación entre el populacho de Midderland. Esos condenados Rompedores, malditos sean, hacen que la gente humilde no esté conforme con el lugar que le corresponde en el mundo. Si os soy sincero, me preocupa el batallón que ya os ha prometido vuestro padre. No tengo ni la menor posibilidad de reclutar más tropas sin fondos adicionales del lord canciller.

—Hum. —Orso se reclinó contra el respaldo, cruzado de brazos. Parecía que, como casi todo en la vida, aquello iba a ser muchísimo más difícil de lo que había esperado—. ¿Es cuestión de dinero, entonces?

—Alteza —dijo el lord mariscal Brint, y dio un suspiro que evocaba un infinito desencanto—, siempre es cuestión de dinero.

—Lord canciller Gorodets, gracias por recibirme después de

avisaros con tan poca antelación. Sé que debéis de ser un hombre muy ocupado.

—Lo soy, alteza.

Hubo una pausa significativa, durante la que el lord canciller miró inmutable a Orso por encima de sus anteojos con montura de oro. Recordaba a un sapo con afición a las salsas grasientas, cuyas múltiples papadas se inflaban expansivas sobre el cuello de piel de su chaqueta. Orso deseó, y no por primera vez ese día, estar mucho más borracho. Pero si quería imponerse a la hermética maquinaria del estado, iba a necesitar todas sus facultades.

—Permitidme que vaya al grano, entonces —dijo—. Ardo en deseos, como seguro que todo hombre decente de la Unión, de acudir en ayuda de nuestros apurados hermanos y hermanas en Angland.

Gorodets hizo una mueca de dolor casi físico.

—Una guerra.

—Bueno, sí, pero una que se nos ha impuesto.

—Esas no salen más baratas, alteza.

—¿No salen más baratas? —murmuró Orso.

—A lo largo de los últimos veinte años, vuestro padre, animado por su majestad la reina Terez, ha librado tres guerras en Estiria en aras de vuestra prerrogativa, el Gran Ducado de Talins.

—Ojalá me hubiera pedido mi opinión. —Orso soltó lo que esperaba que fuera una risita encantadora—. Si apenas quiero una nación, no digamos ya dos.

—Pues menos mal, alteza, porque la Unión perdió las tres guerras.

—Venga, va, ¿la del medio no podríamos considerarla un empate?

—Podríamos, pero dudo que nadie que luchara en ella nos diera la razón. En todo caso, desde un punto de vista financiero, las victorias tampoco son preferibles. Para pagar esas guerras, me he visto obligado a imponer rigurosos impuestos al campesinado, a los mercaderes, a las provincias y por último, y muy a mi pesar, a los nobles. Estos nobles, en consecuencia, han consolidado sus propiedades, han expulsado a sus arrendatarios y han aprobado

leyes en el Consejo Abierto para cercar tierras comunales y apropiarse de ellas. La gente ha emigrado en masa del campo a las ciudades y ha puesto patas arriba todo el sistema tributario. La corona no ha tenido más remedio que endeudarse en gran medida. O mejor dicho, en incluso mayor medida. Solo la cantidad que se debe a la Banca Valint y Balk es... —Gorodets estuvo un momento repasando su vocabulario en busca de una palabra que expresara la suficiente escala y terminó por rendirse—. Es difícil de describir. Entre nosotros, solamente los intereses ya representan una fracción significativa de los gastos de la nación.

—¿Tanto es?

—*Más*. Es una situación de lo más peliaguda, con acritud exacerbada por todas partes. Proveernos de fondos adicionales en estos momentos es... impensable.

Orso escuchó con creciente horror.

—Lord canciller, lo único que pido es dinero para los cinco mil soldados que...

—¿*Lo único*, alteza? —Gorodets lo miró por encima de los anteojos como un tutor a un alumno decepcionante, una mirada de la que Orso ya tenía un mal recuerdo por sus auténticos tutores. Y por cualquiera en una posición de autoridad, ahora que lo pensaba —. ¿Sois consciente de la ingente suma que supondría eso?

Orso contuvo su cada vez más acentuada frustración.

—¡Pero coincidiréis conmigo en que tenemos que hacer algo con esos norteños!

—Me temo que en lo que yo coincida carece de importancia, alteza. Soy un contable venido a más, y ni siquiera tan venido a más. —Abarcó con un gesto el cavernoso despacho, todas sus superficies con paneles de mármol o incrustaciones de pan de oro, hasta llegar a los vaciados de escayola de sus antecesores que los miraban altivos desde cerca del techo—. Llevo los libros de cuentas. Procuro asegurarme de que lo que sale en gastos quede igualado por lo que entra en impuestos. En esto, como todo lord canciller antes que yo, suelo fracasar. Quizá se me haya concedido manejar el cordel del monedero, pero... no establezco la política yo solo.

—¿Vos solo?

El lord canciller soltó una risita triste mientras limpiaba los anteojos con una punta de su chaqueta de piel y los levantaba hacia la luz.

—Apenas establezco la política en absoluto.

—¿Quién la establece?

—Es su eminencia el archilector Glokta quien lleva la voz cantante en dictar las prioridades del Consejo Cerrado.

Orso se hundió disgustado en la silla. Ya recordaba por qué había abandonado el gobierno y había canalizado sus energías hacia las mujeres y el vino.

—¿Es cuestión de prioridades, entonces?

—Alteza —dijo el lord canciller, y volvió a posar los anteojos en su nariz—, siempre es cuestión de prioridades.

—Eminencia —dijo Orso—, gracias por recibirme después de avisaros con tan poca antelación. Sé que debéis de ser un hombre muy ocupado.

—Para vos, alteza, mi puerta siempre está abierta.

—¡Pues menuda corriente tiene que haber!

El archilector Glokta compuso una sonrisa falsa, enseñando aquel horroroso hueco en los dientes. Orso se preguntó una vez más cómo era posible que aquel monstruoso despojo de hombre pudiera haber intervenido en la creación de algo tan imponente como su hija.

—Deseaba hablaros sobre la desafortunada situación en el Norte, que...

—Yo no la llamaría desafortunada.

—¿Ah, no?

—Scale Mano de Hierro, su hermano Calder el Negro y el hijo de este, Stour Ocaso, han invadido nuestro Protectorado y pegado fuego a la capital de nuestro antiguo aliado. Eso no es un infortunio. Es un acto de guerra calculado.

—Lo cual es peor.

—Mucho peor.

—¡Deberíamos escarmentar a esos invasores, pues! —exclamó

Orso, dándose un puñetazo en la palma abierta.

—Deberíamos.

Pero había algo en la forma en que el archilector dijo «deberíamos» que sugería que no creía que fuesen a hacerlo. Orso calló un momento, pensando en cómo plantear el tema, pero la vía directa solía ser la mejor.

—Deseo liderar la expedición contra ellos.

—En ese caso, apruebo vuestros sentimientos patrióticos, alteza. —Había que concederle a Glokta que no mostró ni la menor traza de burla—. Pero se trata de un asunto militar. Quizá deberíais sacar el tema al lord mariscal Brint.

—Ya lo he hecho. Me ha dirigido dando rodeos hasta el lord canciller Gorodets, quien me ha dirigido dando rodeos hasta vos. He seguido el poder, cabría decir, hasta vuestra puerta. —Sonrió—. Que siempre está abierta para mí.

El párpado izquierdo del archilector se contrajo y Orso renegó para sus adentros. Aquellas florituras de listillo nunca le hacían ningún bien. Llegaría más lejos con los hombres poderosos si creían que estaban consintiendo a un idiota. A fin de cuentas, probablemente era lo que hacían.

—Mi padre me ha concedido permiso para marchar —siguió diciendo—. El lord mariscal Brint puede proporcionarme los oficiales. Lo que me falta son hombres. O, mejor dicho, el dinero necesario para sus salarios y su equipamiento. El de cinco mil fulanos, para ser exacto.

Su eminencia apoyó la espalda y contempló a Orso con aquellos ojos hundidos, brillantes y febriles. No era una mirada agradable de soportar, en absoluto. Orso se alegró de tener que soportarla allí, en la planta baja del Pabellón de Interrogatorios, y no más abajo.

—¿Conocéis a mi hija, alteza?

Un vientecillo gélido escogió ese instante para cruzar el despacho austero y adusto, haciendo moverse y crujir las pilas de papeles de las mesas como espíritus inquietos. Por un momento, Orso se descubrió preguntándose cuántos de ellos serían las confesiones de culpables de traición. O de inocentes. Pero en todo caso, quedó más que satisfecho con lo impasible que mantuvo el

rostro, a pesar de la repentina oleada de horror culpable, por no mencionar el saludable miedo, que le produjo la pregunta. Quizá Orso no sobresaliera en todas las disciplinas que habría deseado su madre, pero en fingir ignorancia era un verdadero maestro. Tal vez se debiera a que tenía mucha ignorancia real en la que inspirarse.

—Vuestra hija... ¿Sarene, se llamaba?

—Savine.

—¡Savine, exacto! Creo que nos hemos encontrado... en algún sitio. —En efecto, la lengua de Orso había encontrado el coño de ella y su boca la polla de él no hacía mucho, y se habían llevado todos a las mil maravillas. Carraspeó, consciente de un abultamiento en sus pantalones que de ningún modo era apropiado en una entrevista con el hombre más temido de la Unión—. Una chica encantadora... si no recuerdo mal.

—¿Sabéis a qué se dedica?

—¿Se dedica? —Orso empezaba a preguntarse si su eminencia lo había averiguado todo sobre el pequeño acuerdo que tenía con Savine, a pesar de las exhaustivas precauciones en las que insistía ella. Era un hombre cuyo trabajo consistía en averiguar cosas, al fin y al cabo, y se le daba muy, muy bien ese trabajo. Y eso no era todo lo que hacía Glokta. Orso confiaba en que el heredero al trono no terminaría flotando hasta la superficie de un canal en un futuro inmediato, hinchado por el agua de mar y horriblemente mutilado, pero aun así... era una mala idea molestar al archilector. La peor—. Las damas jóvenes hacen mucha costura, tengo entendido.

—Es inversora —dijo Glokta.

Orso se hizo el tonto, moviendo una mano para que el puño de encaje ondeara sobre sus dedos.

—¿Eso es una especie de... mercader?

—Una mercader en inventos. Máquinas. Factorías. Formas mejores de hacer las cosas. Mi hija compra ideas y las hace reales.

En realidad, Orso no habría podido estar más impresionado y confundido por lo que hacía Savine ni aunque hubiera sido una maga practicando el Gran Arte, pero pensó que encajaba mejor en su papel ladrar una risotada con un poco de desdén.

—Toda una muestra de... modernidad.

—Toda una muestra de modernidad, sí. En mis tiempos, que alguien se granjeara una fortuna enorme de ese modo, y más siendo mujer, habría sido inconcebible. Es posible que Savine sea una pionera, pero otros la siguen. Estamos entrando en una nueva era, alteza.

—¿Ah, sí?

—Hace poco, mi hija participó en la financiación de una gran factoría textil cerca de Keln. —Con un dedo pálido y nudoso su eminencia señaló en el mapa de la Unión que estaba tallado en la mesa que los separaba hacia lo que parecía poco más que un arañazo viejo y manchado—. En esa factoría hay una máquina, operada por un hombre y alimentada por una noria, que puede cardar en una jornada la misma lana que nueve hombres con el método antiguo.

—Supongo que eso es bueno para el negocio de la lana —aventuró Orso, perplejo.

—Lo es. Y también es bueno para mi hija y sus socios. Pero no es tan bueno para esos otros ocho hombres, que antes cardaban lana y ahora están buscando otra manera de alimentar a sus familias.

—Imagino que no.

—Y al hombre inteligentísimo al que se le ocurrió esa máquina, un refugiado gurko llamado Masrud, acaba de ocurrírsele otra que hila esa lana cardada. Cada máquina de esas deja a seis mujeres sin trabajo. Y no están nada contentas.

—Archilector, por muy fascinado que esté con los logros de vuestra hija... —Y lo estaba de verdad, joder, si hasta había tenido que cruzar las piernas para evitar una situación incómoda solo por pensar en ella—. No termino de comprender qué relación tiene con nuestros problemas en el Norte.

—El cambio, alteza. De un tipo y con una velocidad que jamás se habían visto antes. Un orden que se había mantenido durante siglos está flaqueando y retorciéndose. Las barreras tradicionales, por mucho que intentemos apuntalarlas, se vienen abajo como castillos de arena ante la marea. Los hombres temen perder lo que tienen y codician lo que no tienen. Es una época de caos. De miedo.

—El archilector se encogió de hombros, pero con cautela, como si hasta eso le doliera—. Una época de oportunidades para quienes son tan listos como mi hija, pero también una época de grandes peligros. No hace mucho, la Inquisición erradicó un complot, organizado por un grupo de asalariados desafectos, para incendiar esa factoría de la que os hablaba y alzar a los trabajadores contra el gobierno de vuestro padre.

—Ah.

—Cada día llegan amenazas a los propietarios de las fábricas. Cada noche, trabajadores con las caras manchadas de hollín, provocan daños caprichosos a la maquinaria. En Hocksted, ayer por la mañana, el funeral de un agitador degeneró en unos disturbios en toda regla.

—Ah.

—Bajo nuestros pies, en las celdas, hay miembros del grupo llamado los Rompedores, apresados anoche mismo en el intento de hacer explotar una fundición a menos de una legua de donde estamos sentados. Ahora mismo estamos convenciéndolos de que nos ayuden a acabar con una conspiración que se extiende a lo largo y ancho del país.

Los ojos de Orso cayeron hacia el suelo.

—Eso suena... mal. —No estaba seguro de si pensaba en la conspiración o en el destino de los conspiradores. Quizá en ambas cosas.

—Hay deslealtad por todas partes. Traición allá donde se mire. A la gente le encanta decir que las cosas nunca han estado tan mal...

Orso sonrió.

—Les encanta, les encanta.

—Pero es que de verdad las cosas nunca han estado tan mal.

La sonrisa de Orso se desvaneció.

—Ah.

—Desearía que tuviéramos libertad para hacer lo que creemos correcto. De verdad lo desearía. —El archilector alzó la mirada un momento hacia un retrato enorme y oscuro que había en la pared. Algún burócrata calvo y temible del pasado que miraba torvo y vigilante a la gente humilde. Zoller, a lo mejor—. Pero la simple

realidad es que no podemos arriesgarnos a ninguna aventura en el extranjero, por muy bienintencionada que sea, por muy deseada que sea, por muy necesaria que parezca. —Juntó las manos largas y delgadas y miró a Orso muy serio, sus ojos reluciendo en cuencas esqueléticas—. Expresado en términos sencillos, el gobierno de la Unión pende de un hilo y, antes que nada, debe atender a su propia seguridad. Al legado del rey. A la posición de su heredero.

—Bueno, no seré yo quien impida que lo dejéis en una posición cómoda. —Orso hizo un impotente encogimiento de hombros. Se le habían terminado las ideas—. ¿Es cuestión de política, entonces?

—Alteza —dijo el archilector sonriendo, mostrando una vez más aquel gran hueco en los dientes—, siempre es cuestión de política.

Orso volvió a repasar los naipes, pero la mano que tenía era igual de horrible que cuando se la habían dado.

—No voy —gruñó, tirando las cartas con desagrado—. Menudo asco de día. Hace que te preguntes cómo llega a hacerse cualquier cosa.

—O a comprender por qué no llega a hacerse nada —dijo Tunny mientras se llevaba el bote.

—Me quita todo el entusiasmo por el oficio de ser rey, eso desde luego.

—Tampoco es que tuvieras mucho para empezar.

—No. Voy empezando a entender por qué mi padre es... como es.

—¿Ineficaz, quieres decir? —Yema soltó una risita—. Debe de ser el rey más inefic...

Orso le retorció la camisa en el puño y lo arrastró casi fuera de su silla.

—Yo puedo burlarme de él —gritó a la sorprendida cara de Yema —. Tú, ni en tus putos sueños.

—No tiene sentido atemorizar a ese idiota —dijo Tunny, ingeniándoselas para fumar una pipa de chagga, mirar a Orso con los ojos entrecerrados y repartir como un experto, todo a la vez—. Es idiota.

Yema separó las manos abiertas en mudo acuerdo y Orso siseó hastiado, se dejó caer de nuevo en su silla, recogió su nueva mano y la miró con pereza. Era igual de horrible que la anterior. Pero quizá los buenos jugadores eran los que podían ganar incluso con malas cartas.

—Olvídate de esos vejestorios hijos de puta del gobierno. —Tunny señaló a Orso con la cánula de la pipa—. No tienen visión. Ni audacia. Tenemos que mirar esto de otra forma. Tenemos que pensar en ello como una apuesta. —Lanzó un par de monedas de plata al centro vacío de la mesa—. Te hace falta alguien con dinero, con ambición, con paciencia. Alguien que vea como una buena apuesta para el futuro que tú le debas un par de favores.

—No seré yo —dijo Yema apenado mientras tiraba su mano a la mesa.

—Una persona rica, ambiciosa y paciente —musitó Orso, mirando pensativo las dos monedas brillantes—. Una apuesta. O... ¿una inversión? Pásame ese lápiz. —Orso garabateó unas palabras en una carta de su mano, la dobló y la alzó—. ¿Puedes llevar esto donde siempre, Hildi? —Y meneó las cejas en gesto significativo—. Es una invitación al despacho de Sworbreck. Te ganarás diez cobres si eres rápida.

—Veinte y la habré entregado ayer —replicó Hildi, saltando del banco y apuntándolo con el mentón como si fuese una ballesta cargada y ella una bandolera.

—Muy bien, veinte, ladrona. ¿Cuánto te debo ya?

—Diecisiete marcos y ocho cobres.

—¿Tanto?

—Nunca me equivoco con los números —dijo ella, solemne.

—Nunca se equivoca con los números —dijo Tunny, pasándose la pipa de chagga de un lado a otro de la boca utilizando solo la lengua y los dientes.

—*Nunca* se equivoca con los números —dijo Orso, contando las monedas.

Hildi se las arrancó de la mano, las metió en su gorro, se lo caló con fuerza sobre la masa de rizos rubios y se escabulló por la puerta, ágil como una gata.

—¿Cómo vamos a jugar con una carta de menos? —refunfuñó Yema.

—Te las apañas sin belleza, ingenio ni dinero —dijo Orso, repasando de nuevo su mano—. Puedes apañártelas sin una carta.

El dedo en la llaga

—¿Cómo demonios te has hecho ese cardenal?

Savine se llevó los dedos a la boca. Se había maquillado a conciencia, pero su madre, ajena a tantas cosas, tenía un ojo increíble para las heridas.

—Tranquila, no es nada. Ha sido practicando esgrima. Con Bremer dan Gorst.

—¿Esgrima? ¿Con el condenado Bremer dan Gorst, nada menos? Para lo lista que eres, haces algunas cosas muy estúpidas.

Savine torció el gesto por el dolor en las costillas al cambiar de postura en la butaca.

—Reconozco que no es la mejor idea que he tenido.

—¿Tu padre sabe algo de esto?

—Presidió el entrenamiento. De hecho, tengo la sensación de que se divirtió mucho.

—No me extrañaría nada. Lo único que disfruta más que su propio sufrimiento es el de los demás. Pero no me entra en la cabeza que tú quieras jugar con espadas.

—Es un buen ejercicio. Me mantiene fuerte. Me mantiene... centrada.

—Lo que necesitas es menos centrarte y más fiesta. —La madre de Savine apuró el vaso con un practicado movimiento de la cabeza —. Deberías casarte.

—¿Para que pueda mangonearme algún idiota? Gracias, pero no.

—Pues no te cases con un idiota. Cásate con algún rico al que le gusten los hombres. Por lo menos, tendréis eso en común. —Miró pensativa al techo—. O como mínimo, cásate con un idiota guapo, y así tendrás algo bonito que mirar mientras lo lamentas.

—Ese era tu plan, ¿verdad? —preguntó Savine, dando un sorbo

a su propia copa.

—La verdad es que sí, pero, cuando llegué al mostrador, solo les quedaba el genio tullido.

Savine soltó una carcajada tan repentina que echó vino por la nariz, tuvo que levantarse a toda prisa para no salpicarse el vestido y acabó limpiándose la nariz con la mano y echándolo a la alfombra con muy poco refinamiento.

Su madre rio entre dientes al verla tan incómoda y luego suspiró.

—¿Y sabes qué? —Dedicó una sonrisa torcida al monstruoso diamante que coronaba su anillo de boda—. No me he arrepentido ni una vez desde entonces.

Llamaron a la puerta con ímpetu y Zuri entró con el libro bajo un brazo y se agachó para murmurar al oído de Savine:

—Hay que tomar algunas decisiones, mi señora. Y luego, cena con esa chismosa agarrada de Tilde dan Rucksted y su marido. Una oportunidad de hablar de su inversión en el canal de maese Kort.

Le correspondió a Savine suspirar. Si escuchaba otra vez al lord mariscal narrando sus hazañas en la frontera, quizá tuviera que ahogarse ella misma en el canal para no prolongar la agonía. Pero los negocios eran los negocios.

La madre de Savine estaba sirviéndose otra copa de vino.

—¿Qué pasa, cariño?

—Tengo que vestirme para la cena.

—¿Ya? —Sacó el labio en un puchero desvalido—. Menudo incordio. Esperaba que pudiéramos charlar esta noche.

—Acabamos de hacerlo.

—¡No como antes, Savine! Tengo un centenar de comentarios mordaces igual de graciosos que el último.

Savine dejó su copa y siguió a Zuri hasta la puerta.

—Guárdalos bien hasta la próxima, madre. Son negocios.

—Negocios. —Su madre limpió la gota del lado de la jarra y se chupó el dedo—. De un tiempo a esta parte, eres toda negocios.

—Más apretado —siseó Savine entre dientes, los puños tensos apoyados en el tocador, y oyó a Freid gemir por el esfuerzo mientras

tiraba de los cordones.

Era una velada informal, de modo que solo hacían falta cuatro mujeres para vestirla. Freid se encargaba ella sola del guardarropa. Lisbit de la cara, con pintura, polvos y perfume. Metello, una estiria de rasgos afilados que había sido jefa de cámara de la duquesa de Affoia, apenas hablaba la lengua común pero se expresaba con una elocuencia sin par a través de las pelucas. Y Zuri, mientras tanto, se ocupaba del libro y las joyas y se aseguraba de que las demás no la cagaran en nada, todo a la vez.

—Maese Tardiche ha escrito avisando de que la fundición no puede ser competitiva sin otros cinco mil marcos para maquinaria nueva —dijo, mirando a Savine a los ojos por el espejo.

Savine frunció el ceño.

—No me gustó su forma de hablarme la última vez que se presentó aquí. Un tipo alto y grande, declamando desde los cielos. —Levantó la barbilla para que Lisbit pudiera acercarse, con distintas tonalidades de polvos embadurnadas en el dorso de la mano a modo de paleta, y ponerse a trabajar en los párpados con la yema del meñique—. Infórmale de que voy a vender mi participación. Si viene suplicando, a lo mejor me lo pienso. —Se le escapó un respingo cuando Freid dio otro tirón al corsé y estuvo a punto de levantarla del suelo—. Hay hombres que como mejor se ven es de rodillas. Más apretado, Freid.

—Todo el mundo se ve mejor de rodillas. Era lo que más me gustaba de ir al templo. —Zuri dejó el libro para ayudar, dio unas vueltas a los cordones en torno a sus manos y subió una rodilla a la espalda de Savine—. Soltad el aire.

Los pulmones de Savine se vaciaron con un tenue gemido mientras Zuri tiraba. Estaba delgada como una vara de sauce, pero, por los Hados, tenía la fuerza de un estibador. La sensación opresiva fue aterradora por un instante, pero los grandes resultados requerían grandes penas.

A la gente le gustaba pensar que la belleza era un don natural, pero Savine tenía la firme creencia de que cualquiera podía ser hermosa, si invertía trabajo duro y el suficiente dinero. Era una mera cuestión de poner de relieve lo bueno, disimular lo malo y estrujar

dolorosamente lo intermedio hasta darle la configuración más impresionante posible. Muy parecido a los negocios, en realidad.

—Eso es, Zuri —graznó Savine, echando los hombros hacia atrás y dejando que todo se asentara—. Si no sientes que te estás partiendo en dos, es que aún no basta. Los nudos, Freid, antes de que se afloje.

—Ha venido maese Hisselring. —Zuri cogió el libro de nuevo—. Pide otra extensión de su préstamo.

Savine habría alzado las cejas si Lisbit no estuviera dándoles forma.

—Pobrecito Hisselring. Sería una lástima que perdiera su casa.

—Las escrituras ensalzan mucho la caridad, pero también afirman que solo los ahorradores entrarán en el paraíso.

—Una cínica podría observar que las escrituras pueden utilizarse para apoyar los dos lados de cualquier debate.

Zuri tenía una sonrisita ínfima en la comisura de los labios.

—Una cínica podría decir que para eso están.

Cuando Savine notaba que empezaba a ablandarse, aunque fuese por un segundo, encontraba efectivo pincharse a sí misma con las cosas que otros tenían y ella no. En ese momento, tenía en su campo de visión el bonito y rosado rubor del pómulo de Lisbit. Hacía que la chica pareciera una campesina, pero estaba de moda. Siempre podía hallarse algún detalle pequeño e irrelevante del que estar celosa. El momento en que se perdía el instinto asesino, al fin y al cabo, podía ser el momento en que se perdiera todo.

Quizá alguien pudiera decir que eso la volvía interesada, superficial y venenosa. Ella habría replicado que la gente interesada, superficial y venenosa siempre parecía salir bien parada de todo. Y luego habría reído con toda la dulzura del mundo y habría susurrado a Zuri que tomara nota en el libro para su futura destrucción.

Savine estudió su cara en el espejo.

—Un poco más de colorete. Y creo que ya he concedido a Hisselring bastante tiempo. Cóbrale la deuda.

—Sí, mi señora. Luego está el coronel Vallimir y la fábrica textil en Valbeck.

Savine soltó el gemido de frustración más ruidoso que pudo permitirse con los labios hacia fuera para el pincel de Lisbit.

—¿Sigue teniendo pérdidas?

—Al contrario. Informa de jugosos beneficios este mes.

Savine no pudo evitar girar la cabeza de golpe, haciendo que Lisbit chasqueara la lengua con disgusto al correrse el maquillaje y luego se acercara tanto para corregirlo con la yema del dedo que Savine le olió el aliento empalagoso.

—Benditos sean los ahorradores. ¿Vallimir explica de alguna manera su éxito repentino?

—No lo explica —dijo Zuri, poniendo un collar a Savine con tanta ligereza que apenas lo notó. Las nuevas esmeraldas que había enviado su hombre de Ospria. Justo el collar que Savine habría escogido.

—Sospechoso.

—Lo es.

—Deberíamos hacerle una visita, recordar a nuestros socios que siempre tenemos el ojo puesto en los detalles. Y tenemos otros muchos intereses en Valbeck. Nunca ha existido otra ciudad tan mal concebida, mal construida y con peor talante, pero la verdad es que allí se puede hacer mucho dinero. Zuri, despeja unos días el mes que viene para que tú y yo podamos...

—Me temo... que no podré acompañaros. —Zuri lo dijo como lo decía todo. Con suavidad. Con elegancia. Pero con mucha firmeza.

Savine la miró por el espejo, sin palabras por un instante. Lisbit tragó saliva. Metello alzó la mirada de la peluca en su soporte, con el cepillo quieto en la mano.

—Las cosas en el Sur están... peor que nunca —dijo Zuri, con los ojos hacia el suelo—. Algunos dicen que al Profeta lo mató una diablesa. Otros, que logró vencerla y se está recuperando de la batalla. El emperador está derrocado y sus cinco hijos luchan entre ellos. Las provincias declaran su independencia y buscan su propia supervivencia. Surgen caudillos y bandidos por todas partes. Es un caos. —Zuri subió la vista hacia ella—. Ul-Safayn, donde vive mi familia, se ha vuelto anárquico. Mis hermanos corren peligro. Debo ayudar a sacarlos de allí.

Savine parpadeó.

—Pero Zuri... tú eres mi roca.

Y lo era. Era hermosa, distinguida, discreta, hablaba cinco idiomas, tenía un refinado sentido del humor y un dominio espontáneo de los entresijos de los negocios, y aun así, de algún modo, nunca acaparaba la atención en sí misma. Sin duda, habría gozado de una posición tan elevada en la sociedad gurka como la que tenía Savine en la Unión, si la sociedad gurka no se hubiera sumido en la locura provocando que una oleada de refugiados cruzara el mar Circular y que las damas de compañía con piel oscura se hubieran puesto de pronto tan de moda en Adua.

Desde que el padre de Savine se la había presentado, una exiliada sin amigos que necesitaba un empleo con desespero, Zuri se había vuelto indispensable de muchas maneras distintas. Pero era más que eso. Savine tenía una cantidad inmensa de conocidos. Una gran red de favores, asociaciones y obligaciones que se extendía a lo largo y ancho de la Unión y más allá. Pero lo cierto era que no tenía ni un solo amigo. Exceptuando a una, a quien pagaba.

—¿Volverás pronto? —descubrió que había preguntado.

—Tan pronto como pueda.

—Debería enviar algunos hombres contigo para...

—Estaré más segura sola.

Savine captó un reflejo de sí misma en el espejo y se dio cuenta, incluso con el elaborado maquillaje, de que parecía bastante desolada. Eso no podía ser.

—Por supuesto que debes marcharte —dijo, un tanto demasiado animada—. La familia es lo primero. Te pagaré el pasaje.

—Lady Savine, yo...

—De camino, podrías visitar a nuestros agentes en Dagoska y asegurarte de que no estén desplumándonos. Y quizá, dadas las circunstancias, haya alguna ganga aprovechable en las costas del mar Gurko.

—No me sorprendería —dijo Zuri, y miró inquisitiva a Freid.

La joven estaba aferrada al vestido de Savine como si fuese un escudo, sus ojos como platos asomando por encima del cuello bordado.

—¿No te asustan los... devoradores?

Zuri suspiró.

—Dios sabe que ya tengo bastantes preocupaciones reales sin tener que inventar más.

—Mi tía dice que el Sur está repleto de devoradores —dijo Lisbit, siempre deseosa de lanzarse de cabeza a cualquier chismorreo.

—Mi padre vio uno —dijo Freid, casi sin aliento—. Hace años, en la batalla de Adua. Pueden robarte la cara, y volverte la carne hacia fuera con solo mirarte, y...

—Fantasías que propagan personas que deberían ser más sensatas —interrumpió Savine en tono áspero—. Lisbit, serás mi dama de compañía mientras Zuri no esté. Te gustaría viajar a Valbeck, ¿verdad que sí?

Las mejillas rosadas de Lisbit se pusieron aún más rosadas.

—¡Sería un honor, mi señora!

Como si su honor preocupara lo más mínimo a Savine. Sin hacer el menor ruido, Zuri proclamaba a los cuatro vientos que era una dama de compañía incomparable, y que por tanto la dama a la que acompañaba también debía de ser incomparable. Lisbit no enviaba el mismo mensaje. Era bastante bonita, pero sería peor que inútil con el libro y no tenía el menor gusto. Pero aun así, hay que arreglárselas con los instrumentos de que disponemos, como nunca se cansaba de repetir el padre de Savine. Disimuló su decepción con una sonrisa.

—Y por supuesto, si alguien de tu familia necesita trabajo o un lugar donde quedarse, conmigo siempre serán bienvenidos.

—Sois demasiado generosa —dijo Zuri—, como siempre.

—Me atrevería a decir que maese Hisselring no estará de acuerdo. Si tus hermanos son la mitad de útiles que tú, será la mejor inversión que haya hecho en la vida.

Llamaron a la puerta. Lisbit la abrió una rendija y al momento regresó mientras Freid y Zuri ponían el vestido a Savine.

—Ha venido esa chica, mi señora. —El labio de Lisbit se arrugó de aversión—. Con un mensaje de Spillion Sworbreck.

Savine notó aquel acostumbrado hormigueo en el estómago, aquel familiar calor en la cara.

—¿Cuándo me esperan en casa de los Rucksted?

Zuri consultó el reloj.

—Dentro de dos horas y diez minutos.

Savine lo meditó, pero tampoco demasiado.

—Por favor, transmite a Tilde cuánto lo siento, pero no podré asistir. Tengo migraña. Haz pasar a la chica de Sworbreck.

Por supuesto, no era la chica de Sworbreck en absoluto, sino la del príncipe Orso. Casi cualquier otro príncipe habría empleado al hijo de algún señor como ayuda de cámara, pero él, con su característico desprecio por las normas, tenía a una vagabunda de trece años cuyo último trabajo había sido limpiar sábanas sucias en un burdel. A Orso le encantaba rodearse de curiosidades. Seguramente para distraer la atención tanto como pudiera del hecho de que era el heredero al trono.

Y allí estaba la chica, con la cara llena de pecas, la ropa andrajosa y un maltrecho gorro de soldado calado hasta los ojos, tan incongruente en el perfumado vestidor de Savine como una rata en un pastel de boda. La chica observó a Metello subirse al taburete para colocar la peluca a Savine con un asombro horrorizado, como si hubiera interrumpido un aquelarre de brujas en pleno ritual arcano.

—Te llamabas Hildi, ¿verdad? —preguntó Savine, mirándola por el espejo.

La chica asintió. Tenía ojos rápidos.

—Mi señora.

—¿Maese Sworbreck solicita mi presencia?

La chica dio un guiño de ojo impresionantemente disimulado.

—En su despacho, mi señora.

—Quítate el gorro en presencia de lady Savine —dijo Lisbit, que ya empezaba a darse aires al considerarse ascendida. Savine se preguntó si la habría estrangulado para cuando regresara Zuri, y le dio más o menos un cincuenta por ciento de probabilidades.

Hildi se quitó el gorro de mala gana. Debajo tenía una sorprendente masa de pelo rubio claro recogido. Metello hizo un «Mmm» interesado, saltó de su taburete para pasarle el peine, frotó un bucle entre el índice y el pulgar y por último hizo que Hildi

ahogara un grito al arrancarle un mechón de la cabeza y levantarlo hacia la luz. Lanzó a Savine una mirada significativa desde debajo de sus cejas grises.

—Qué pelo más hermoso tienes —dijo Savine.

—Gracias —masculló Hildi, todavía frotándose la cabeza—. Supongo.

—Te ofrezco tres marcos por él.

—¿Por mi pelo? —La sorpresa de Hildi no duró mucho—. Diez.

—Cinco. No lo echarás de menos bajo ese gorro.

—El gorro se me caerá sin él. Diez o nada.

—Vaya, me gusta esta chica. Dale doce, Zuri.

Zuri fue hacia ella con aquel cuchillo curvo que tenía.

—Quédate quieta, niña.

Savine miró mientras Zuri le rapaba el pelo con maña.

—Es como la luz del sol embotellada —murmuró Savine mientras Metello extendía los mechones—. Podemos pasar de camino por mi fabricante de pelucas. Ve tú por delante, chica. —La idea de ver a Orso había dispersado bastante lo molesta que estaba por la futura ausencia de Zuri, de modo que cruzó la mirada con Hildi en el espejo y le devolvió el mismo guiño exacto—. Dile a maese Sworbreck que será todo un *placer* reunirme con él.

—Mierda —boqueó, tirando una pila de papeles de Sworbreck al dejarse caer exangüe hacia atrás, y una avalancha de notas se precipitó al suelo detrás de ella.

Relajó la mano dolorida y vio la huella de la mesa marcada en blanco en su palma. Sacó los dedos de la otra mano del pelo de Orso y le dio una palmadita en la mejilla.

—Tú... has estado practicando.

—Tan a menudo como puedo. —Orso sonrió mientras se secaba la cara y levantó un hombro para quitarse la pierna de Savine de encima.

—Tendría que decir a Sworbreck que meta una cama aquí. —Su respiración aún estaba entrecortada mientras se sacaba un molesto abrecartas de debajo del hombro y lo tiraba por ahí.

—Echaría de menos esta mesa. —Orso se inclinó hacia ella, pero no del todo, obligándola a incorporarse para besarlo—. Son muchos recuerdos.

Savine se bajó las faldas y echó mano al cinturón de Orso.

—Te toca.

—¿Podemos... hablar antes?

—¿Hablar *antes*? —Savine entornó los ojos. Seguía agradablemente blanda, sonrojada y temblorosa por todas partes, pero si Orso pretendía colarle alguna jugada, iba a tener un despertar bien duro—. ¿Qué pretendes?

—Es el asunto este del Norte. —Se arrodilló delante de ella y miró serio hacia arriba—. No podemos dejar que Finree dan Brock libre sola nuestras batallas. Se supone que somos una puta Unión.

—Se supone.

—¡Tiene que haber una reacción! —Orso dio un puñetazo en la mesa, tan fuerte que hizo tintinear las copas—. Y... creo que debería ser yo quien la lidere.

Savine estalló en carcajadas, vio que Orso no y dejó que se extinguieran en un silencio dubitativo.

—¿Hablas en serio?

—Mucho. He ido a ver a mi padre. Luego he ido a ver al tuyo y...

Savine irguió la espalda de sopetón.

—¿Has hecho *qué*?

—Confía un poco en mí, Savine. No he empezado diciéndole: «Eminencia, anoche tenía la lengua metida en vuestra hija». No sospecha nada.

—Habría que ser muy valiente para apostar a lo que mi padre sospecha o no.

—¿Y yo no lo soy, quieres decir?

Parecía un poco dolido, y a ella le dio un poco de pena.

—Ay, pobrecito. —Le rodeó el cuello con los brazos, se lo acercó y le dio un beso suave—. ¿Después de doce años bebiendo, apostando y follándote a todo lo que tenga agujero, nadie te toma en serio?

—Salta a la vista que tú no. —Orso se levantó y empezó a abotonarse la camisa.

Lo cierto era que Savine pensaba que quizá fuese la única que sí se lo tomaba en serio.

—Estoy aquí, ¿o no? —Tiró de él hacia abajo otra vez, le metió la mano en el pelo y se llevó su cabeza al pecho—. ¿Qué han dicho esos grandes hombres a su alteza?

—Mi padre me ha dado un batallón y dice que puedo estar al mando si reúno a otros cinco mil hombres, pero... para eso necesito dinero. —Orso dejó que la yema de su dedo bajara por la clavícula de Savine hasta el hueco bajo el cuello—. Tú conoces a gente. A gente rica. Gente que podría considerarme... una inversión.

Savine frunció el entrecejo. Si juzgaba que una oportunidad era mala, no iba a dañar su reputación sugiriéndosela a otro. Si la juzgaba buena, la quería para sí misma. Pero cinco mil soldados suponían un gasto gigantesco. Uniformes, armas, armaduras, esteras, provisiones. Y por si fuera poco, la hueste de hombres y mujeres necesarios para llevar a esos soldados al frente y mantenerlos allí. El aluvión de carretas, carros y bestias de carga. La comida y los suministros para todos ellos.

Y por muy generosa que quisiera ser, Orso era pero que muy poco fiable. Tenía a una lavandera de burdel como mayordomo, por el amor de Dios. Si apenas comprendía las reglas de los negocios, ¿cómo iba a esperarse que las cumpliera? Si Savine iba a prestarle dinero, necesitaría garantías. Una comprensión cristalina de lo que esperaría a cambio. Un contrato. Uno tan draconiano y vinculante que ni un rey pudiera escabullirse de él.

Tal vez animado por el silencio caviloso de Savine, Orso compuso una levísima e insegura sonrisa.

—¿Qué te parece?

La boca de Savine le devolvió la sonrisa. Y luego, aislada por completo de su mente, dijo:

—Te daré el dinero.

Se hizo el silencio. Cuando se fue formando poco a poco una expresión en el rostro de Orso, era más de sospecha que de agradecimiento. ¿Y cómo reprochárselo? ¿Qué narices estaba haciendo Savine?

—¿Así, tal cual? ¿Todo el que necesito?

—¿Para qué tener dinero si no puedes ayudar a... un amigo? —Por algún motivo, casi se atragantó con la palabra.

—¿Sin un plan de reembolso? ¿Sin favores a cambio? ¿Sin pedirme que hable con fulano dan tal sobre este o aquel negocio?

—Es por una buena causa, ¿verdad? Por patriotismo. —¿Buenas causas? ¿Patriotismo? Era como si otra persona estuviera hablando con su voz.

Orso levantó un brazo y le acarició la mejilla con ternura. Qué delicado podía ser cuando quería.

—Justo cuando pienso que no puedo tener mejor opinión de ti... vas y me sorprendes. ¡Tengo que irme! Hay mucho que organizar.

No fue hasta que Orso retiró la mano cuando Savine se dio cuenta de que había estado apretando la cara contra ella. Seguía notando aquel calor en la mejilla. Estaba ruborizándose y se volvió, avergonzada. Furiosa consigo misma, de hecho.

—Claro. —Se alisó el vestido, se colocó bien el collar, se ajustó la peluca—. Yo tengo que asistir a una cena. Con el mariscal Rucksted y su esposa.

—Suena a jolgorio supremo. Oye, ¿estás segura de esto? —Le pasó un brazo por la cintura desde detrás y la sostuvo apretada contra él—. ¿Estás completamente segura?

—Siempre digo lo que pienso. —Y era cierto. Salvo en esos momentos, por algún motivo.

—Estaré en contacto —le susurró Orso al oído, haciéndole cosquillas en el cuello—. O Sworbreck lo estará, al menos.

Y la puerta se cerró de golpe tras él.

Savine se quedó allí en silencio, en el atestado despacho de Sworbreck, tratando de encontrar algún sentido a lo que acababa de hacer. Le encantaba apostar, pero siempre conocía el juego de antemano. Aquello era una imprudencia. Aquello contravenía todas sus normas.

Todos aquellos horribles amigos íntimos que sabía que en realidad la envidiaban y la odiaban tendrían una respuesta inmediata, por supuesto. No existe serpiente más ambiciosa en toda Adua que Savine dan Glokta. Esa zorra confía en cabalgar montada en la polla del despreciable príncipe heredero hasta el palacio.

Quiere robar el trono. Y así de verdad podrá estar por encima de todos nosotros en vez de solo comportarse como si lo estuviera.

Quizá habrían estado en lo cierto. Quizá Savine albergara algún sueño infantil de convertirse en la gran reina de la Unión. Zuri tenía razón, a fin de cuentas: todo el mundo tenía mejor aspecto de rodillas. Si Orso no hubiera sido el príncipe heredero, ella no se habría interesado por él. ¿Qué tenía que mereciera interés?

Aparte de su aspecto, por supuesto. Y de su confianza relajada. Y de cómo la hacía reír. Reír de verdad, sin un ápice de fingimiento. Esa minúscula contracción en la comisura de sus labios cuando se le ocurría un chiste que hacía que los de ella se contrajeran por simpatía mientras se preguntaba cuál iba a ser, sin poder adivinarlo del todo jamás. Nadie podía sorprenderla tanto como él. Nadie comprendía lo que ella necesitaba mejor que él. Pensó en lo tedioso que era todo mientras esperaba el siguiente mensaje de Sworbreck. Vestirse, las cenas, los tés, los beneficios, vestirse, los rumores, las estrategias, las anotaciones en el libro. Y luego, la forma en que todo estallaba en color cuando llegaba el mensaje. Como si estuviera apresada salvo en su compañía. Como si estuviera enterrada y solo cobrara vida cuando...

—Mierda —susurró.

De pronto, sintió las rodillas tan débiles como cuando Bremer dan Gorst la había estrellado contra la pared. Tuvo que dejarse caer sobre el escritorio de Sworbreck y se quedó mirando su ropa interior, hecha un ovillo en el suelo.

Todo el mundo sabía que Orso era un presumido, perezoso e inútil desperdicio de carne. Un hombre al que Savine no debería desear. Un hombre al que jamás podría tener.

Y estaba enamorada de él hasta las cachas.

Segunda parte

«El progreso solo significa que las cosas malas suceden más deprisa.»

Terry Pratchett

Lleno de historias tristes

—No te olvides de limpiar primero las chimeneas de la parte este —dijo Sarlby, apoyándose en su escoba—. Estas acaban de mojarlas y siguen calientes como la fragua del Creador.

El deshollinador era un viejo borracho tembloroso con bizquera y un hedor que estaba a medio camino entre una taberna y una fosa común. Dos olores que Broad conocía más de lo que le gustaría.

—Ya sé lo que me hago —gruñó el viejo, sin alzar la mirada siquiera mientras pasaba seguido de sus chicos.

Eran cuatro, manchados de hollín y con aspecto hambriento, cargados con cepillos y varas. El más pequeño de todos silbaba al andar y lanzó a Broad una amplia sonrisa a la que faltaba un par de dientes. Broad intentó devolvérsela, pero no le quedaba mucha sonrisa en el cuerpo.

—Te juro que ese mamón va más borracho cada vez que lo veo —murmuró Sarlby, mirando con mala cara la pequeña y lamentable procesión.

—Si no hubiera dejado ya la bebida, verlo sería un buen argumento en favor de la sobriedad —dijo Broad.

—Es una pena que metan a chavales de esa edad en las chimeneas. ¿Cuántos años le echarías al más pequeño?

Broad siguió barriendo. Había aprendido en Estiria que hay muchas cosas en las que más vale no pensar. No podía ser casualidad que los hombres más felices que Broad había conocido fuesen también los más estúpidos.

—Los compran, ¿sabes? A los orfanatos. Chicos sin familia y sin esperanzas. Son poco más que esclavos. —Sarlby se secó la frente y se inclinó hacia Broad—. Les frotan las rodillas con salmuera. Los codos también. Se los frotan hasta dejarlos en carne viva, por las mañanas y por las noches, para endurecerlos como el cuero de las

botas y que puedan soportar esas chimeneas tan calientes.

—Sí que es una pena. —Broad se levantó los anteojos para frotarse el sudado caballete de la nariz y luego volvió a colocárselos. Fuera era verano y allí dentro los calderos hervían todo el día y la cervecería parecía un horno—. Pero el mundo está lleno de historias tristes.

—Ya lo creo. —Sarlby soltó una risita sin el menor humor—. Conozco a un pobre capullo que vive en un sótano cerca del río, allá en la calle Prado, y le entra tanta agua que tiene que achicarla cada mañana como si su casa fuera un esquife hundiéndose. ¿Dónde tienes ahora a la familia?

—Malmer nos encontró unas habitaciones a medio camino colina arriba.

—¡Madre mía! —Sarlby levantó la nariz y puso lo que era su idea de la voz de un noble—. ¿*Varias* habitaciones?

—Si se puede llamar varias a dos. Cuestan dinero, pero mi hija ha encontrado trabajo de doncella y mi mujer trae dinero a casa cosiendo. Ropa fúnebre, sobre todo.

—La mejor ropa que hay por aquí es la ropa fúnebre.

—Sí. —Broad suspiró—. Siempre ha sido buena con la aguja, mi Liddy. Es buena en cualquier cosa que se proponga. Ella es la que tiene el talento.

Sarlby sonrió.

—Por no mencionar la imagen, los sesos, el sentido del humor... ¿Qué decías que aportas tú al matrimonio?

—La verdad, no tengo ni puta idea.

—Bueno, pues me alegro por ti y por tu familia. Las cosas no están tan mal colina arriba; ahí los vapores son un poco menos densos. Alguien tiene que salir bien parado, supongo. A alguien tiene que irle bien mientras otros sufren.

Broad lanzó una mirada a Sarlby por encima de las lentes.

—¿Vas a dejar de pincharme alguna vez?

—Es tu conciencia la que lo hace.

—Ya, claro, tú solo le das la munición.

—Si te cansas de esos pinchazos, ya sabes lo que puedes hacer. —Sarlby puso una mano en el hombro de Broad y le susurró

al oído—. Los Rompedores nos estamos uniendo, hermano. Somos más a cada día que pasa. Va a llegar un Gran Cambio. La única cuestión es cuándo.

Quizá fuese el aliento en el cuello, o la sensación de compartir un secreto, o lo arriesgada que era su conversación, o quizá solo el calor pegajoso, pero algo dio un escalofrío a Broad. En otros tiempos había querido cambiar las cosas. Antes de marcharse a Estiria y aprender que las cosas no cambian con facilidad.

—Claro —gruñó—. Y darán a cada uno un dragón para montar y un castillo de caramelo para vivir. Así, cuando nos entre hambre, podremos comernos las paredes.

—No soy idiota, Toro. Sé cómo es el mundo. Pero a lo mejor podemos distribuir la riqueza un poquito. A lo mejor podemos sacar a algunos cabronazos ricachones de esos palacios de la colina y a algunas familias pobres de esos sótanos de la calle Prado. A lo mejor podemos dar a cada hombre un salario decente por una jornada de trabajo decente. Parar los falsos relojes y las multas y las chicas obligadas a hacer el trabajo nocturno. Acabar con los carniceros que venden carne podrida y con la harina engrosada con tiza, y con la cerveza rebajada con agua podrida. A lo mejor podemos asegurarnos de que a los niños pequeños no les froten salmuera, por lo menos. Eso ya sería algo.

—Sí, eso ya sería algo. —Broad tuvo que reconocer que no había mucho en el discurso de Sarlby que pudiera rebatirle—. No te tenía por un gran orador.

Hubo un estrépito procedente de algún sitio, más allá en la planta de la cervecería.

—Robo las palabras a hombres mejores que yo —dijo Sarlby—. Si esto te ha gustado, tendrías que venir a una reunión y escuchar al Tejedor. Tardarías poco en pensar como nosotros.

Broad oyó unos gritos amortiguados.

—No puedo permitirme pensar como vosotros —dijo, con cierto remordimiento—. Renuncié a mejorar el mundo hace ya un tiempo. La primera vez que subimos por aquellas escalas, quizá. La segunda vez, seguro. Ya tengo bastantes problemas encima. No puedo asomar la cabeza. Tengo que cuidar de mi familia.

Otro estrépito, más fuerte, y una de las chimeneas que acababan de empapar eructó una nube de hollín.

—¿Qué coño pasa? —Sarlby dio un paso hacia ella—. ¡Aquí abajo intentamos barrer!

Sonó como si algo se escurriera arañando las paredes de la chimenea y hubo otra descarga de hollín, y un agudo gemido procedente del interior. Broad se quedó helado al oír el chillido de dolor y pánico.

—¡No puedo salir! —Tenía que ser uno de los chicos del deshollinador—. ¡No puedo salir!

Broad y Sarlby se miraron y Broad vio su propio horror impotente reflejado en la cara de su viejo camarada.

—¡Está atrapado ahí dentro! —gañó Sarlby.

Broad corrió hasta la chimenea, soltó la escoba y se subió a un banco que había junto al cañón. Los fuegos habían estado encendidos todo el día. Incluso por fuera, los ladrillos estaban calientes al tacto.

Hubo otro traqueteo, el sonido de algo resbalando, y los gritos del chico se convirtieron en aullidos incoherentes, inarticulados.

El tubo de la chimenea no estaba mejor construido que la mayoría de Valbeck, y Broad atacó el mortero desmigajado con los dedos, con las uñas, como si pudiera rasgarlo con las manos desnudas para llegar al chico, pero no podía.

—¡Toma!

Malmer había llegado corriendo y le alcanzaba una palanca, que Broad le quitó de las manos para empezar a excavar el mortero suelto, apuñalando, hacheando, haciendo saltar esquirlas de ladrillo mientras siseaba maldiciones.

Oía al chico dentro, ya no pidiendo ayuda a gritos, solo toses y gemidos.

Logró arrancar un ladrillo y la oleada de calor hizo que Broad apartase la cara. Metió la palanca en el hueco y la usó para hacer saltar más ladrillos.

Con ellos salió una humareda de hollín y Broad tosió, con un lado de las lentes manchado. Vio que Sarlby se agarraba al lateral del agujero irregular, daba un respingo por el calor, se arrancaba el

delantal y se envolvía las manos con él.

Broad hincó la palanca en la chimenea y tiró con todo su peso, temblando por el esfuerzo, rugiendo entre dientes apretados. Una enorme cuña de ladrillos se soltó y cayó rebotando, y con el negro cañón abierto Broad vio algo atascado dentro. Dos palos negros. Uno con una bota al final.

Qué calor hacía dentro. Como en un horno. Broad sentía el sudor emanándole de la cara. Los pantalones del chico estaban encendidos, echando humo, y la carne de sus piernas blanda, llena de ampollas. Al principio Broad pensó que era ceniza lo que se desprendió al cogerlas. Entonces vio que era piel.

—¡Maldición! —bramó Sarlby, y se puso a cavar de nuevo con la palanca.

Fueron cayendo ladrillos y mortero hasta que el chico resbaló a los brazos de Broad entre una lluvia de hollín. Estaba caliente, demasiado para tocarlo. Fue un doloroso esfuerzo no dejar que cayera.

—¡Túmbalo! —ronqueó Malmer, despejando un banco y haciendo saltar brasas del pelo humeante del chico.

—Joder —susurró Sarlby, con el dorso del brazo sobre la boca.

El chico no se movía. No respiraba. Con lo quemado que estaba, quizá fuese buena noticia. Olía como a cocina. Como a panceta en la sartén por las mañanas.

—¿Qué hacemos? —gritó Broad—. ¿Qué podemos hacer?

—No podemos hacer nada. —Malmer movió la mandíbula puntuada en gris mirando hacia abajo—. Está muerto.

—Cocinado —susurró Sarlby—. Se ha cocinado vivo, joder.

—Me pareció que decías la parte oeste... —Broad se volvió para ver al deshollinador allí de pie, al lado del niño pequeño, mirando—. Me pareció que decías...

La frase se interrumpió con un gorgoteo cuando Broad lo cogió del cuello de la chaqueta, lo levantó y lo empotró en la chimenea rota. El viejo manoteó desesperado a los puños de Broad, a los tendones que resaltaban del tatuaje en el dorso de su mano.

—No sabía... —Lágrimas recorriendo su cara y su aliento apestando a bebida y podredumbre—. No sabía...

—Calma —oyó Broad que decía alguien. Una voz profunda, suave y tranquilizadora—. Tranquilo, grandullón. Suéltalo.

Broad era como una ballesta demasiado tirante, la tensión recorriéndole todo el cuerpo, mucho más fácil soltar la saeta que no. Le costó un esfuerzo atroz no partir la espalda del deshollinador contra la chimenea, desagarrotar las manos y soltar la sucia chaqueta, apartarse de él, dejar que cayera resbalando y se quedara sentado sollozando en el suelo junto al hervidor.

Malmer dio una palmada a Broad en el pecho.

—Eso es. La violencia no lleva a ninguna parte. Ahora no.

Ni nunca. Broad lo sabía. Llevaba años sabiéndolo. Pero lo que sabía y lo que hacía rara vez tenían mucho que ver entre sí.

Volvió a mirar al chico, allí tirado todo ennegrecido, todo enrojecido. Se forzó a abrir los puños doloridos. Se quitó con torpeza los anteojos sucios y se quedó respirando. Alzó la mirada hacia Sarlby y Malmer, convertidos en sendos borrones a la luz de lámparas.

—¿Cuándo son esas reuniones?

Sorpresas

Rikke aflojó las piernas, calculó mal la distancia y se sentó con tanta fuerza que se mordió la lengua y se magulló el trasero. Isern tuvo que sacar una mano rápida para impedir que su silla cayera hacia atrás.

—Estás borracha —dijo.

—Sí que estoy borracha —confirmó Rikke, orgullosa. También le había dado a la pipa de chagga y todo tenía un brillo encantador. Caras brillantes y desdibujadas y felices a la luz de las velas.

—Estás como una cuba —dijo Isern—. Pero la gente te lo perdona porque eres joven, atolondrada y, por extraño que parezca, adorable.

—Es que soy adorable. —Rikke dio otro sorbo, que topó con algo de eructo y vómito que iba a echar e hizo que se medio ahogara y escupiera cerveza por todas partes. Habría sido de lo más indigno si hubiera estado menos borracha. En esas circunstancias se echó a reír—. Y emborracharse... bueno, es justo para lo que está un *fechtín*.

Los ojos de Isern giraron despacio hacia ella sobre el borde de su jarra.

—Se dice festín.

—Pues eso he dicho —replicó Rikke—. *Fechtín*.

Puta palabra, era como si sus dientes insensibles se negaran a pronunciarla. El salón, o más bien el granero, porque últimamente había que aprovechar lo que se tenía, estaba quedando en silencio. El padre de Rikke se levantaba para pronunciar un discurso.

—¡Chist! —siseó Rikke—. ¡Chist!

—No he hablado —dijo Isern.

—¡He dicho que chist!

Su voz quebrada resonó por todo el granero, ya callado, y su

padre carraspeó y Rikke sintió todas las miradas en ella y le ardió la cara y se encorvó todo lo que pudo y dio un sorbo disimulado a su jarra.

—¡Puede que Calder, Scale y sus hijos de puta nos tengan a la fuga! —vociferó el padre de Rikke—. De momento.

—¡De momento, hijos de puta! —gritó alguien, y otros aprovecharon la ocasión para ladrar insultos de un tipo u otro al enemigo; Rikke frunció el labio y escupió en la paja.

—¡Puede que mi jardín esté pisoteado y embarrado!

—¡Total, solo había zarzas! —exclamó alguien al fondo.

—¡Puede que esté dando un discurso en el granero de algún desgraciado y no en mi salón de Uffrith!

—¡Ese salón olía a perro! —llegó una voz, y hubo risas dispersas entre los más de cien Mejores Guerreros embutidos en torno a mesas hechas de puertas viejas.

Pero el padre de Rikke sonaba adusto y no tardaron en callar.

—He perdido muchas cosas en la vida —dijo—. Las he perdido o me las han quitado. Estas últimas semanas mucha buena gente ha vuelto al barro. Muchos espacios vacíos aquí, ahora, donde debería haber amigos sentados. Espacios que nunca podrán rellenarse.

Y alzó la jarra, y lo mismo hicieron todos los demás, y el granero se llenó de un solemne murmullo.

—Por los muertos —gruñó Escalofríos.

—Por los muertos —repitió Rikke, sorbiéndose una súbita oleada de tristeza y furia mezcladas.

—¡Pero se me ha bendecido con aliados leales! —El padre de Rikke asintió hacia lady Finree, que hacía lo posible por parecer cómoda, pobrecilla—. Y ahora, mi hija ha vuelto a mí. —Sonrió a Rikke—. ¡Así que, a pesar de algunas penas, me considero afortunado! —Y le dio un fuerte abrazo, y le besó la cabeza y, mientras el granero se llenaba de ovaciones y aullidos, murmuró en voz baja—: Más de lo que merezco, en mi opinión.

—¡Yo también quiero alzar mi jarra! —Rikke se subió a la mesa con una mano en el hombro de su padre y levantó la copa por encima de la cabeza. Cayó cerveza que salpicó en la madera, aunque ya estaba tan manchada que nadie se habría dado cuenta

—. ¡Por todos vosotros, cabrones desgraciados, que estabais perdidos sin remedio, pero gracias a la tierna guía de Isern-i-Phail pudisteis encontrar el camino de regreso a mí!

—¡Por los cabrones perdidos! —rugió alguien, y todos bebieron y hubo risas, y una estrofa de una canción, y estalló una pelea en un rincón y alguien recibió un puñetazo y perdió un trozo de diente, pero todo con buen humor.

—Por los muertos, me alegro de que hayas regresado sana y salva, Rikke. —Su padre le acunó la cara entre sus viejas manos nudosas—. Si te hubiera pasado algo... —Parecía que tenía lágrimas centelleando en las comisuras de los ojos, y sonrió y se sorbió los mocos—. Tú eres lo único bueno que he hecho.

El aspecto de su padre la preocupaba: estaba descolorido, demacrado, años más viejo que la última vez que se habían visto, solo unas semanas antes. Su forma de hablar también la preocupaba: cursi y sentimental, siempre mirando atrás como si no tuviera nada por delante. Pero lo último que quería era dejarle ver que estaba preocupada, así que hizo la payasa más que nunca.

—Pero ¿de qué hablas, viejo chocho cabrón? Has hecho un montón de bien. Montañas. ¿Quién ha hecho más bien por el Norte que tú? No hay ni uno solo de estos idiotas que no moriría por ti.

—Puede. Pero no deberían tener que hacerlo. Lo que pasa es que no estoy seguro... —Miró ceñudo el granero lleno de guerreros borrachos como si apenas los viese. Como si estuviera mirando a través de ellos con el ojo largo y viendo algo horrible más allá—. No estoy seguro de que tenga ya los huesos para seguir luchando.

—Tú escúchame. —Le cogió la cara arrugada y tiró hacia ella mientras le gruñía las palabras, feroz—. ¡Eres el Sabueso! ¡No hay hombre en el Norte con más redaños que tú! ¿En cuántas batallas has participado?

Al oírlo, su padre puso una sonrisa tenue.

—Da la sensación de que en casi todas.

—¡Es porque son casi todas! ¡Luchaste junto a Nueve el Sanguinario! ¡Luchaste junto a Rudd Tresárboles! ¡Derrotaste a Bethod en las Altiplanicies!

Su padre se lamió un diente puntiagudo mientras sonreía de

oreja a oreja.

—No me gusta fanfarronear, ya lo sabes.

—A alguien con tu renombre no le hace falta. —Levantó la barbilla y se infló, mostrándole lo orgullosa que estaba de ser su hija—. ¡Vencerás a Stour Ocaso y sus lameculos, y lo veremos colgado con zarzas, y yo le cortaré la cruz de sangre y enviaré sus putos intestinos de vuelta a su padre! —Cayó en que estaba rugiendo las palabras, echando rociadas de saliva, agitando el puño en la cara de su padre, y se obligó a separar los dedos y secarse con ellos la boca—. O algo así.

El padre de Rikke se había quedado algo sorprendido por su ansia de sangre.

—Antes nunca hablabas así.

—Ya, bueno, es que antes nunca habían quemado mi hogar. No entendía por qué la venganza era un pasatiempo tan popular en el Norte, pero me parece que ya lo voy cogiendo.

Su padre hizo una mueca.

—Esperaba que mis enemistades murieran conmigo y tú te libraras de ellas.

—¡No son culpa tuya! Ni mía. ¡Scale Mano de Hierro nos atacó! ¡Calder el Negro incendió Uffrith! El puto Stour Ocaso me persiguió por el bosque. Pisotearon tu jardín —terminó con menos convicción.

—La belleza de los jardines es que vuelven a crecer.

—Te cambia los sentimientos —masculló, la ira borbotando de nuevo al recordarlo— cuando estás hundida hasta el cuello en un río helado, muerta de hambre y cagándote encima y también toda escocida, la verdad, y oyes a un hijo de puta presumir de los horrores que quiere infligirte. Romper lo que aman, dijo, y lo han roto todo, joder. Pues muy bien, yo romperé lo que *ellos* aman, y entonces veremos. Me juré a mí misma que vería a Stour muerto, y juro que lo veré.

El padre de Rikke suspiró.

—La belleza de hacerte promesas a ti misma es que nadie más se queja si no las cumples.

—Vaya. —Rikke fue consciente de que tenía los puños apretados de nuevo y decidió dejarlos así—. Isern dice que soy una

blanda. Que soy una consentida.

—Se puede ser peores cosas.

—Isern dice que la crueldad es una característica muy apreciada por la luna.

—Quizá deberías tener cuidado con qué lecciones aprendes de Isern-i-Phail.

—Quiere lo mejor para mí. Lo mejor para el Norte.

Su padre compuso una sonrisa triste al oírlo.

—Lo creas o no, todos queremos lo mejor. La raíz de los males del mundo es que nadie se pone de acuerdo en qué es eso.

—Dice que debes hacer de tu corazón piedra.

—Rikke. —Su padre le puso las manos en los hombros—. Ahora escúchame tú. He conocido a muchos hombres que hicieron eso a lo largo de los años. Hombres que tenían mucho que admirar. Hombres que endurecieron sus corazones para poder liderar, para poder vencer, para poder gobernar. Al final no les hizo ningún bien, ni a ellos ni a quienes tenían alrededor. —Le dio un apretón en los hombros—. A mí me gusta tu corazón como está. Tal vez, si hubiera unos pocos más parecidos, el Norte sería un lugar mejor.

—¿Tú crees? —murmuró ella, muy poco convencida.

—Tienes redaños, Rikke, y tienes cerebro. Te gusta ocultarlo. Hasta de ti misma, a lo mejor. —Miró la estancia y a los hombres que la llenaban con sus gritos—. Me parece que estos van a necesitar tus redaños y tu cerebro, cuando todo acabe. Pero también van a necesitar tu corazón. Cuando yo me haya ido.

Rikke tragó saliva. Convirtió su miedo en broma, como de costumbre.

—¿Adónde vas, a la letrina?

—Letrina primero. Luego a mi manta. No te emborraches demasiado, ¿eh? —Se inclinó para murmurarle al oído—. Sería una pena que hicieras de tu corazón odre, también.

Rikke lo vio marcharse, preocupada. Siempre había sido delgado, pero nervudo y fuerte como un arco en tensión. En ese momento lo vio abatido, frágil. Se descubrió preguntándose cuánto le quedaría. Preguntándose qué sería de ella cuando muriera. Qué sería de todos ellos. Si estaban contando con los redaños y el

cerebro de Rikke, estaban en mayores apuros de lo que ella había creído.

Escalofríos estaba sentado con el ceño fruncido por el centro del granero, con un poco de espacio vacío a su alrededor. Tenía una reputación que mantenía a distancia a la mayoría, incluso borracho. Había muchos hombres malos en el Norte y Caul Escalofríos, según todas las historias, era de los peores. Los hombres malos son una maldición terrible, sin duda, hasta el preciso instante en que se está pasándolo fatal y se tiene a uno de su parte. Entonces son lo mejor del mundo.

—¡Eh, eh, Escalofríos! —Le dio una palmada en el hombro y estuvo a punto de fallar. Menos mal que era un hombro grande—. No me parece que estés comprendiendo esto de los festines. Estamos regocijándonos por mi heroico regreso. Se supone que tienes que sonreír. —Miró su rostro destrozado, el párpado que pendía sobre su ojo metálico y la inmensa quemadura que le cruzaba la mejilla—. Puedes sonreír, ¿verdad?

Escalofríos miró la mano de Rikke en su hombro, luego a ella, y no sonrió en absoluto.

—¿Por qué nunca te he dado miedo?

—No sé, nunca he opinado que des tanto miedo. Ese ojo tuyo siempre me ha parecido como bonito. Brillante. —Rikke le dio una palmadita en la mejilla cicatrizada—. Siempre he pensado que parecías... perdido. Como si te hubieras extraviado y no supieras dónde buscar.— Le puso la mano en el pecho—. Pero estás ahí dentro, todavía. Estás ahí dentro.

Escalofríos pareció tan impresionado como si Rikke le hubiera atizado un sopapo, y hubo un resplandor húmedo en su ojo de verdad, o a lo mejor era que ella no veía del todo bien, porque Caul Escalofríos no tenía fama de ser muy lacrimoso, excepto cuando le goteaba el ojo malo, que era otra cosa distinta.

—Esta noche hay un montón de viejos lacrimosos por aquí —murmuró Rikke, apartándose de la mesa—. Necesito otra jarra.

Lo más seguro era que otra jarra no fuese buena idea, pero por algún motivo ella siempre había encontrado más atractivas las malas ideas. Estaba llenándose la jarra, con la lengua apretada en

la muesca del labio donde solía estar el chagga por la concentración para no derramar la cerveza, cuando avistó a Leo dan Brock.

Normalmente iba acompañado de unos pocos amigos, y el que tenía todos aquellos dientes no andaba lejos, sonriendo a una sirviente como si su sonrisa fuera un regalo que ella tenía la suerte de recibir, pero parecía que a los demás los había espantado la madre de Leo. Para ser justos, lady Finree era una mujer bastante temible, y estaba impartiendo una arenga bastante temible a su hijo, a juzgar por el dedo que esgrimía y la cara crispada.

—... pero ya no voy a seguir controlándote —oyó Rikke que decía al acercarse—. Alguien tiene que organizar esta retirada, al fin y al cabo.

Leo fulminó con la mirada a su madre mientras ella se marchaba a zancadas, y luego echó atrás la cabeza, vació su jarra, la empujó por la mesa llena de basura y empezó a beber directamente del jarro grande, haciendo caer pequeños riachuelos por su esforzada garganta.

—A veces pienso que en estas veladas se derrama más cerveza que se bebe —dijo Rikke en el idioma de la Unión, apoyando las dos manos en la mesa junto a él con los hombros a la altura de las orejas.

Leo bajó el jarro y la miró por encima del borde antes de responder en norteño.

—Vaya, pero si es nada menos que la hija perdida del Sabueso. ¿Te alegras de haber vuelto?

—Preferiría haber vuelto a Uffrith, pero Uffrith está quemada y su gente desperdigada. Los que tuvieron suerte, por lo menos. Siempre creí que odiaba ese sitio, pero ahora que no está lo echo de menos. —Tuvo que tragarse otro nudo de tristeza—. Aun así, esto es muchísimo mejor que estar perseguida a través de un bosque helado por una pandilla de hijos de la gran puta, así que en fin. Mira que hay cabronazos en el Norte, pero ese Stour Ocaso... —Y desnudó los dientes con un súbito aguijonazo de odio—. Por los muertos, es un cabronazo digno de canciones.

—Cómo os gusta a los hombres del Norte hacer canciones sobre cabronazos.

—Yo soy una *mujer* del Norte —dijo ella, clavándose un pulgar en el pecho.

—Me había dado cuenta —repuso él, mirándolo con las cejas levantadas. El pulgar, no el pecho. Aunque tal vez estuviera mirándolo de reojo también. Rikke creía que más o menos eso esperaba, pero estaba demasiado borracha para saberlo. Parecía que todas las palabras que cruzaban tenían filo. Un poco de peligro, como las estocadas en un duelo. Un poco de emoción, como si cada aliento fuese una apuesta.

—No es fácil —gruñó ella, dejándose caer en el taburete vacío que había ocupado la madre de Leo. Subió una bota a la mesa con estruendo y se inclinó descuidada hacia atrás—. No es fácil estar a la sombra de un padre famoso.

—Qué va. Yo echo de menos a mi padre. —Leo frunció el ceño a su jarra de cerveza—. Ya hace tres años que murió y sigue pareciéndome ayer. Mi madre no me prestaba ni de lejos la misma atención cuando él vivía.

—Deberías alegrarte por la atención de tu madre. Yo no conocí a la mía.

—Pronto seré lord gobernador —dijo Leo, intentando y fallando casi del todo en sonar lord-gobernadoresco, aunque fue un fracaso que Rikke encontró adorable. En esos momentos encontraba adorable todo en él. Sobre todo sus clavículas, por alguna razón. Tenía unas clavículas fuertes y anchas, con un hueco entre ellas en el que le pareció que su nariz podría abrirse paso a la perfección—. El rey enviará un decreto, y entonces podré hacer todo lo que me venga en gana.

Rikke abrió mucho los ojos.

—Entonces... ¿solo tienes que hacer lo que te diga tu mamaíta hasta que un hombre con sombrero dorado te dé permiso? —Infló los carrillos—. Qué impresionante. Me dejas de puta piedra.

Al principio Leo puso mala cara, pero Rikke se alegró de ver que la expresión se derretía en una sonrisa avergonzada.

—Tienes razón. Estoy siendo un capullo.

Rikke estaba pensando que a veces un capullo es justo lo que una necesita, pero se refrenó por los pelos de decirlo. Una chica

debía mantener al menos algún misterio, incluso borracha.

Leo se acercó a ella y Rikke sintió un rubor culpable y cálido en el lado que tenía hacia él, como si Leo estuviera hecho de ascuas ardientes y ella se hubiera sentado demasiado cerca del fuego.

—Dicen que te criaron las hechiceras.

Rikke soltó un bufido mientras desviaba la mirada hacia Isern-i-Phail.

—Rameras, tal vez.

—Dicen que tienes el ojo largo.

Rikke aprovechó la oportunidad para inclinarse un poco hacia él y giró el ojo izquierdo en su dirección.

—Eso es verdad. —Sus caras no podían estar separadas por más que unos centímetros, y el espacio entre ellas se sentía caliente como un horno abierto—. Puedo ver tu futuro.

—¿Y qué hay en él? —Duda, y risa, y curiosidad en su voz, y ¿había captado un matiz de ronco deseo también? Por los muertos, ojalá que sí.

—El problema de ver el futuro es que no quieres reventar la sorpresa. —Se levantó y estuvo a punto de tropezar con su propio taburete, pero se recuperó con maestría agarrándose al borde de la mesa—. Te lo mostraré.

Lo cogió por el brazo y empezó a intentar levantarlo, pero se distrajo con algo y terminó limitándose a palparlo pensativa. Estaba duro dentro de la manga. Como hecho de madera.

—Eso es mucho brazo —murmuró, y tiró de él hacia los grandes portones del granero, abiertos de par en par desde que los hombres habían empezado a marcharse hacia sus tiendas y sus esteras.

El amigo cauteloso de Leo, Jurand o como se llamara, los observaba desde cerca de la pared con expresión reprobadora, pero Rikke no estaba dispuesta a que la reprobaran en ese preciso momento. Isern-i-Phail se encontraba de pie al lado de Escalofríos, con la pierna vendada desnuda apoyada en un taburete.

—Esto sí que es una pierna. —Isern señaló con orgullo los tendones que sobresalían de su muslo blanco—. ¿Te das cuenta? Esto es todo lo que debería ser una pierna y más.

Escalofríos dio a la pierna en cuestión un examen concienzudo.

—Sin duda.

—Pues la otra —dijo Isern— es incluso mejor.

Los ojos de Escalofríos, o su ojo, al menos, pasó de la pierna de Isern a su cara.

—No me digas.

—Sí te digo. —Isern se agachó hacia él—. Y en cuanto a lo que hay entre ellas...

—Disculpad —dijo Rikke, pasando a su lado con Leo a rastras, ambos intentando ahogar sus risitas.

El aire nocturno fue como una bofetada tras el calor de dentro, pellizcándole la nariz y haciendo que la cabeza le diera vueltas. Las hogueras picoteaban la noche, asomos de tiendas en la oscuridad, un retazo de alguien cantando alguna vieja canción sobre algún héroe muerto. Rikke guio a Leo por el codo, en dirección a ninguna parte, los dos riendo cada vez que perdían el equilibrio.

Leo le cogió el hombro.

—¿Donde me llev...?

Dio un gruñido cuando Rikke lo empujó contra una pared medio desmoronada, le metió los dedos en el pelo y tiró de él hacia ella. Lo retuvo allí, sus caras a solo unos dedos de distancia. Alargó el momento, el cálido y anhelante aliento de cerveza de Leo haciéndole cosquillas en el pómulo. Alargó el momento, la distante luz de los fuegos reflejándose en los bordes de sus ojos. Alargó el momento, acercándose, acercándose, hasta que él empujó sus labios sonrientes hacia ella y Rikke los rozó con los suyos, hacia un lado, luego hacia el otro.

Y entonces estaban besándose, hambrientos, desmañados, labios sorbiendo y dientes rozando y lenguas lamiendo y Rikke pensó que besaba bastante de maravilla, aunque estuviese feo que lo dijera ella, y él tampoco lo hacía nada mal. No tenía sentido picotear como un gorrión las semillas. Había que lanzarse a fondo. Se separaron para recobrar el aliento y ella se tambaleó un poco y se secó la boca, los ojos de Leo recorriéndole toda la cara de una forma un poco aturdida, un poco excitada, un poco borracha que la hizo sentir a ella aturdida y excitada y borracha también. Entonces Leo respiró hondo y expulsó el aire con fuerza.

—Bueno, y ¿dónde está esa sorpresa?

Ella sonrió.

—Hijo de puta.

Una puerta desvencijada revelaba una rendija de oscuridad y Rikke la abrió tambaleante con el hombro y metió a Leo de un empujón. Él se hizo un lío con los pies, trotó un poco hacia atrás, cayó con un golpe seco y se hizo el silencio.

—¿Leo? —susurró ella, avanzando.

Estaba casi a oscuras del todo y Rikke tenía la mano extendida, buscándolo. Entonces notó que le asían la muñeca y dio un gañido cuando tiraron de ella hacia abajo hasta que cayó en algo blando, un montón de paja que olía a tierra y animales y podredumbre, pero Rikke nunca había sido muy quisquillosa y en ese momento se sentía incluso menos quisquillosa que de costumbre. Rikke la Quisquillosa. Soltó una risotada ronca mientras Leo subía encima de ella y la besaba de nuevo, haciendo unos gruñiditos ansiosos con la garganta que a ella le dieron ganas de gruñir también, su boca ardiente en la oscuridad.

Una mano de Leo se metió bajo su camisa, subió por la cintura, por las costillas, y ella le cogió la muñeca.

—¡Espera! —susurró.

Él se quedó petrificado.

—¿Qué pasa? —Silencio, y Rikke oyó su rápida respiración por encima del sonido atronador de su propio corazón—. ¿Estás bien?

—¿No deberíamos... pedir permiso a tu madre antes?

Entrevió el leve resplandor de los dientes de Leo al sonreír.

—Hija de puta.

—¿O quizá el de su majestad? Un decreto real seguro que prevalece sobre una señora gobernadora.

—Tienes razón —dijo él, apoyando los brazos para apartarse—. Enviaré un mensaje a Adua. Querrán tratar la cuestión en el Consejo Cerrado, pero debería llegarnos un mensajero real con la respuesta antes de...

—No sé si para entonces estaré así de borracha —lo interrumpió ella, empezando a zafarse ya de sus pantalones.

Antes de poder bajárselos más allá de las caderas, le resbaló la

mano y cayó rodando y se le metió paja en la boca, siseó y escupió, rio y eructó, y estaban besándose otra vez, las dos manos de Rikke en su cara, la mandíbula de Leo afilada y la barba de unos días rugosa bajo sus yemas.

La mano de él bajó entre sus muslos y Rikke intentó abrir las piernas pero estaba enredada con el cinturón y la paja le pinchaba el culo mientras se apretaba contra él, frotando, frotando, su lengua en la boca de Leo y el aliento de él rápido y sonando como a sonrisa. Ella sonreía también, sonreía hasta los bordes de la cara, y sin duda aquello era mejor que ser perseguida por el bosque, en lo que respectaba a entretenerse.

No hacía falta el ojo largo para ver hacia dónde estaban yendo las cosas. No había nada como que la desearan a una, ¿verdad que no? Que la deseara alguien que ella deseaba. Siempre parecía cosa de magia que algo pudiera sentar tan bien sin costar nada.

Rodó para ponerse encima de él, en parte pensando que le apetecía estar al mando, en parte bastante incordiada por la paja en el culo. Consiguió bajarse los pantalones hasta los tobillos y sentarse a horcajadas, empezó a pugnar con el cinturón de él pero no veía nada y la oscuridad le daba vueltas y le dio media impresión de que igual se caía aunque estuviera solo arrodillada y para colmo sobre paja y tenía los dedos torpes y era como intentar deshacer puntadas con los guantes puestos.

—Joder —susurró—. ¿Es que tu madre le ha puesto cerradura? ¿Dónde está la hebilla?

—En su sitio —musitó él, y su aliento le acarició la oreja y le dio un curioso escalofrío—. ¿Dónde si no iba a estar?

Y hubo un tenue tintineo cuando él abrió la hebilla y entonces Rikke metió la mano dentro.

—Oh —dijo, como una tonta.

Siempre la sorprendían, por algún motivo, las pollas. Menuda parte más rara de la anatomía. Aun así, sabía manejarse con una, aunque estuviera mal que lo dijera ella. No tenía sentido tantearla como si le tuviera miedo. Había que lanzarse a fondo.

—¡Au! —Y Leo se incorporó de golpe en la paja—. Suave.

—Perdona.

Quizá estuviera un poco oxidada a fin de cuentas y desde luego parecía que el cobertizo estaba dando vueltas, girando como una barca que se hunde en un remolino, pero un remolino decididamente agradable, cálido y pegajoso y con olor a animales, y la mano de él se atareaba entre las piernas separadas de ella, no del todo en el punto justo pero bastante cerca, y Rikke movió las caderas hasta llevarla al punto justo y empezó a gruñir en la oreja de él, meciéndose adelante y atrás, adelante y atrás, adelante y atrás.

—Mierda —susurró él en la negrura, buscando a tientas, su voz al borde de la risa—. ¿Donde tienes el...?

—En su sitio —replicó ella también susurrando, y se escupió en la mano, le agarró la polla y se contoneó para pegarse más a él—. ¿Dónde si no iba a estar?

El león y el lobo

Si le preguntase cualquiera, él siempre diría que adoraba a las damas. La persecución. La conquista. Las bromas groseras. Pero lo cierto era que Leo nunca había estado cómodo con las mujeres. Los hombres sí tenían sentido. Palmadas en la espalda y apretones firmes de manos y habla directa y lucha cuerpo a cuerpo. Pero las mujeres eran un puto misterio. Nunca sabía del todo a qué atenerse con su conversación y sus sentimientos y sus cuerpos extraños y blandos. Tetas. Los hombres hablaban mucho de tetas. Por tanto, Leo también. Codazo en las costillas, mira esa qué bien cargada viene. Pero, si tenía que ser sincero del todo, en realidad no comprendía el atractivo. Para Leo, las tetas... estaban ahí y punto. Siempre estaba dispuesto a cumplir en la cama, por supuesto. ¡Estaba dispuesto a encabezar la condenada carga! Por esa parte no había problemas. Pero algunos de los momentos más incómodos de su vida habían sido las mañanas de después.

Recogió sus pantalones, les sacudió un poco de paja y se los puso con cuidado, haciendo una mueca cuando tintineó la hebilla del cinturón. Encontró la camisa y las botas, dio un paso hacia la rendija de luz que entraba por debajo de la puerta y miró atrás.

Rikke estaba tumbada en el heno, los brazos abiertos con despreocupación, el anillo de oro que le atravesaba la nariz resplandeciente a la luz matutina, el batiburrillo de cadenas y runas y talismanes moviéndose con cada respiración, un mechón suelto de pelo cruzándole la cara. A pesar del dolor de cabeza, Leo se descubrió sonriendo.

Nunca había estado cómodo con las mujeres. Pero quizá su problema hubiera estado en encontrar a la adecuada. Rikke era muy distinta de las mujeres que su madre maniobraba para cruzar en su camino en Ostenhorm. Ellas siempre parecían decir una cosa pero

referirse a otra, como si hablar fuera un juego al que se ganaba dejando al adversario confundido. Rikke lo conocía desde hacía años. No había necesidad de farfullar una charla insustancial. Y cada momento con ella daba la sensación de ser una aventura. Rikke podía secuestrar una conversación y, en un suspiro, llevársela a territorio desconocido. Nunca sabías dónde ibas a acabar, pero siempre era algo *sincero*.

Tiró las botas a un lado y se acostó de nuevo junto a ella. Levantó la mano, se detuvo un momento y luego, sin dejar de sonreír, le apartó con delicadeza aquel mechón de la cara. Los ojos de Rikke no se abrieron, pero su boca se curvó en una sonrisa.

—¿Al final has decidido no escaquearte?

—Me he dado cuenta de que no hay otro sitio donde prefiera estar.

Leo sintió un pequeño y extraño escalofrío cuando ella abrió sus grandes ojos grises y lo miró.

—Te apetece otra ronda, ¿eh? —Y Rikke se desperezó, con los brazos hacia arriba, y volvió a hundirse en la paja.

—Aún no tenemos respuesta del rey —dijo él, acercándose para besarla.

Ella apartó la barbilla.

—¿Y de la señora gobernadora?

—Nada por escrito —murmuró Leo—, así que supondré que dan su aprobación.

Rikke tenía el aliento acre, los labios espumosos en las comisuras, y a él le traía sin cuidado. Ella le pasó la mano por el pelo, se lo asió con fuerza y lo besó vehemente. Besos hambrientos, lenguosos, que no dejaban nada a la imaginación. Rikke lo hizo rodar, se incorporó sobre un codo y se mordió el labio mientras empezaba a desabrocharle el cinturón, y él se volvió a dejar caer en el heno, la respiración acelerada de nuevo, el dolor de cabeza olvidado, la...

Rikke paró y frunció el ceño. Se incorporó, arrugando la nariz.

—¿Hueles eso?

—Aquí dentro tienen animales.

—No. Huele dulce. Huele como a... —Rikke olisqueó,

abanicándose aire a la nariz. El dedo meñique se le empezó a contraer—. Oh, no. —Lo miró con desánimo—. Siempre en los peores momentos. —Ya se le contraían todos los dedos—. ¡Trae a Isern-i-Phail!

Cayó de nuevo a la paja, con el brazo entero sacudiéndose.

—¿Qué?

—¡Trae a Isern!

Rikke cogió el tarugo que llevaba colgado al cuello con una cinta de cuero y lo mordió con fuerza. Al momento, arqueó la espalda como un arco bien tensado. Dio un gran resuello, largo, hueco, como si le estuvieran exprimiendo todo el aire de dentro. Entonces cayó y la paja empezó a volar con sus retortijones, los músculos sacudiéndose violentamente, los talones clavándose a patadas en el suelo de tierra.

—¡Mierda! —gruñó Leo, con un brazo hacia ella y el otro extendido hacia la puerta, queriendo sostener a Rikke contra el suelo para que no se hiciera daño, queriendo ayudarla pero no sabiendo cómo. La primera idea que tuvo, para su enorme desaliento, fue correr a buscar a su madre. La segunda fue hacer lo que le habían dicho y traer a Isern-i-Phail.

Abrió la puerta de un tirón y cruzó el patio a la carga, espantando gallinas entre tiendas, dejando atrás a hombres que desayunaban sin mucha hambre, que afilaban sus armas, que se quejaban de la humedad y de la comida y de cómo estaban las cosas, que lo siguieron con la mirada cuando pasó corriendo semidesnudo. Vio a Glaward sentado junto a una hoguera, sonriendo mientras Jurand le susurraba algo al oído. Los dos se volvieron sorprendidos cuando Leo llegó casi sin poner los pies en el suelo, se separaron y Leo saltó entre ellos sobre las llamas, derribando una cacerola llena de agua.

—¡Perdón!

Estuvo a punto de caer cuando su pie desnudo resbaló al otro lado, dio unos pasos trastabillando y retomó la carga, cruzando el campamento de los norteños, fuegos humeantes y olor a comida y alguien cantando con una retumbante voz de bajo mientras meaba contra los árboles.

—¿Dónde está Isern-i-Phail? —chilló—. ¡Isern-i-Phail!

Siguió una mano que señalaba hacia una tienda, sin saber de quién era la mano, apartó el faldón e irrumpió sin pensárselo.

Casi esperaba encontrarla encorvada sobre un caldero, pero la montañesa estaba sentada en su tienda con una bata deshilachada, la pierna apoyada en una caja vieja, una pipa de chagga encendida en una mano y una jarra de la cerveza de la víspera en la otra.

La mujer lo miró mientras Leo intentaba recuperar el aliento.

—Pocas veces rechazo a un hombre semidesnudo a primera hora de la mañana, pero...

—¡Está teniendo un ataque! —resolló.

Isern soltó la pipa en la jarra con un silbido, se ayudó con los brazos a bajar la pierna herida de la caja y se levantó envarada.

—Vamos.

Rikke seguía en el mismo sitio, ya sin revolcarse como antes pero todavía retorciéndose y haciendo los mismos gemidos sibilantes, la saliva alrededor del tarugo convertida en espuma y salpicándole toda la cara crispada. Debía de haberse dado un cabezazo contra la pared, porque tenía sangre en el pelo.

—Por los muertos —gruñó Isern, arrodillándose a su lado y poniéndole una mano en el hombro—. ¡Ayúdame a agarrarla, venga!

Leo se arrodilló también, con una mano en el brazo de Rikke y otra en su rodilla mientras Isern le apartaba el pelo para echar un vistazo al corte. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que Rikke estaba desnuda del todo y a él poco le faltaba.

—Estábamos... —Quizá a Antaup se le hubiera ocurrido una explicación inocente. Tenía práctica. Pero Leo nunca había sido muy buen mentiroso, y aquello requería un verdadero maestro en el arte—. Estábamos...

—Soy mujer de mundo. —Isern-i-Phail ni se molestó en mirarlo—. Puedo aventurarme a adivinar lo que estabais haciendo, chico. —Se inclinó sobre Rikke, le limpió la saliva con los dedos y le apartó el pelo de la cara—. Chissssst —susurró, casi cantando—. Chissssst.

La sostuvo con toda la delicadeza posible. Le habló con toda la suavidad posible. Más delicada y más suave de lo que Leo habría

creído capaz a aquella montañesa de rasgos duros.

—Regresa, Rikke. Regresa.

Rikke dio un débil gruñido mientras una última oleada de retortijones le recorría las piernas y le subía a los hombros. Gimió y, muy despacio, se sacó el tarugo babeado de la boca con la lengua.

—Joder —graznó.

—¡Esa es mi chica! —exclamó Isern, de nuevo con filo en la voz.

Leo cerró los ojos y dejó escapar un suspiro de alivio. Rikke estaba bien. Y reparó en que todavía tenía agarrado su muslo aunque había dejado de sacudirse, se apresuró a soltarla y vio las marcas rosas que le habían dejado sus dedos en el brazo.

Isern ya estaba metiendo los pies flácidos de Rikke en sus pantalones y subiéndoselos por las piernas.

—Ayúdame a vestirla.

—No estoy seguro de saber...

—Bien que la desnudaste, ¿verdad? Verás, es lo mismo pero al revés.

Rikke soltó un largo gemido mientras se incorporaba despacio, agarrándose la cabeza ensangrentada.

—¿Qué has visto? —preguntó Isern, envolviendo los hombros de Rikke con su camisa y acuclillándose junto a ella.

—He visto a un tejedor calvo con un monedero que nunca se vaciaba.

La voz de Rikke sonaba rara. Áspera, hueca. No parecía su voz en absoluto. Por algún motivo, Leo se asustó un poco. Y se excitó un poco.

—¿Qué más? —preguntó Isern.

—He visto a una anciana cuya cabeza estaba cosida con hilo dorado.

—Vaya. ¿Qué más?

—He visto un león... y un lobo... luchar en un círculo de sangre. Peleaban con dientes y garras y el lobo llevaba la mejor parte... —Alzó la mirada hacia Leo—. El lobo llevaba la mejor parte... pero el león fue el ganador. —Lo cogió de la mano, mirándolo a la cara, y tiró de él con sorprendente fuerza—. ¡El león fue el ganador!

Hasta ese momento, Leo había estado seguro de que todo eran

pamplinas. El ojo largo. Viejos cuentos y supersticiones. ¿Qué otra cosa iba a ser? Pero al mirar los ojos salvajes y húmedos de Rikke, al ver sus pupilas tan dilatadas que no quedaban iris sino solo pozos negros sin fondo, sintió que se le erizaban los pelos de la nuca y que le cosquilleaba la piel de la columna vertebral. De pronto empezó a dudar.

O quizá empezó a creer.

—¿El león soy *yo*? —susurró.

Pero Rikke había cerrado los ojos, se hundió en la paja y su mano inerte cayó de la de Leo.

—Venga, chico, largo de aquí —dijo Isern, poniéndole sus botas y su camisa en los brazos.

—¿El león soy yo? —preguntó de nuevo, por algún motivo desesperado por saberlo.

—¿León? —Isern rio mientras lo empujaba hacia el patio—. Burro, como mucho.

Y cerró la puerta de un puntapié.

Sin sentimientos innecesarios

—Mi padre tiene muy buena opinión de ti.

Los ojos permanentemente entrecerrados de la inquisidora Teufel pasaron del campo soleado que iba quedando atrás al otro lado de la ventanilla a Savine, pero no dijo nada. Decir que parecía una mujer dura sería quedarse cortísima. Parecía esculpida en pedernal. Tenía la barbilla y los pómulos prominentes, la nariz roma y un poco torcida, dos marcadas arrugas sobre el caballete de tanto fruncir el ceño y el pelo oscuro salpicado de gris aquí y allá, recogido hacia atrás con tanta presión como los grilletes de un asesino.

Savine le lanzó su sonrisa ingenua construida con tanto ingenio, la que la gente en general no podía evitar devolverle.

—Y no es un hombre que elogie a la ligera.

Teufel confirmó que lo había oído con un levísimo asentimiento, pero se mantuvo en silencio. Los cumplidos podrían ser más persuasivos que la tortura para según quiénes, y Savine había descubierto que los cumplidos transmitidos de una tercera fuente respetada eran los más efectivos de todos. Pero las cerraduras de Teufel no eran tan fáciles de forzar. Aunque se mecía un poco con los tambaleos del carruaje, su rostro siguió tan velado como la cámara acorazada de un banco.

Savine no pudo evitar moverse por un súbito calambre. Con un sentido de la oportunidad impecable, su periodo estaba empezando antes de la cuenta, provocándole el habitual dolor sordo en la tripa y la parte trasera de los muslos con la ocasional punzada intensa en el culo a modo de ligero alivio. Como de costumbre, se esforzó con todos los músculos para parecer relajada y obligó a su mueca a convertirse en una sonrisa incluso más resplandeciente.

—Me contó que te criaste en Angland —dijo, probando otro

ángulo.

Teufel habló por fin, pero solo el mínimo necesario.

—Así es, mi señora.

A Savine le recordó a una máquina de las de Cursnbick: minimalista, angulosa y sin concesiones. Sin carne innecesaria, sin adornos innecesarios y, desde luego, sin sentimientos innecesarios.

—Trabajaste en una mina de carbón.

—Así es.

Y no se había cambiado de ropa desde entonces, por lo visto. Una camisa desgastada arremangada hasta los codos y aquellos brazales de cuero que llevaban los operarios. Pantalones bastos metidos en botas de trabajo muy apretadas, una de las cuales se extendía desafiante hasta el centro del suelo del carruaje, como si pretendiera reclamar para sí el territorio. Apenas la menor concesión a la feminidad por ninguna parte. ¿Había existido alguna vez una mujer que se preocupara menos de su apariencia? Savine se arregló con sutileza el vestido nuevo en un vano intento de apartar una costura irritante de su axila húmeda. Jamás lo reconocería, pero demonios, cómo la envidiaba, sobre todo con el calor que hacía.

—El carbón está cambiando el mundo —observó, bajando un poco la ventanilla para que entrara algo más de aire y abanicándose con una pizca más de brío.

—Eso dicen.

—Pero ¿está cambiándolo para bien? —murmuró el chico, melancólico—. Esa es la cuestión.

Alzó la mirada y se extendió un rubor por sus mejillas pálidas, y aquellos ojos como de rana, grandes y tristes, se desviaron un instante hacia Teufel. La mujer le dedicó la misma mirada tranquila y crítica que a Savine. Una mirada que lo animaba a juzgar por sí mismo si debería haber abierto la boca. El chico miró al suelo y apretó aún más los brazos cruzados sobre el pecho.

Sin duda, componían una pareja extraña. La mujer de pedernal y el chico de cera. Ella sin revelar ni un ápice de sentimiento, él con todas las emociones escritas con grandes letras en la cara. Parecían las últimas personas del mundo sospechosas de ser agentes de la Inquisición. Pero Savine supuso que era justo eso lo

que se pretendía.

—¿Esperáis problemas en Valbeck? —preguntó.

—Si los esperásemos —respondió Vick—, supongo que vuestro padre os habría dicho que no vinierais.

—Me lo dijo. No le hice caso. E imagino que no os enviaría a vosotros si no hubiera por lo menos algún pequeño problemilla por ahí, ¿me equivoco?

Vick ni siquiera parpadeó. No había manera de descolocar a aquella mujer.

—¿Y vos esperáis problemas? —preguntó Vick, respondiendo a una pregunta con otra.

—Siempre considero que es sabio esperarlos. Poseo una planta textil en la ciudad.

—Entre otras cosas.

—Entre otras cosas. Tengo un socio allí, llamado coronel Vallimir.

—Fue comandante en jefe del Primer Regimiento de la Guardia Real. Demasiado inflexible para trabajar a las órdenes de Mitterick. ¿Es lo bastante flexible para trabajar a las vuestras?

Al parecer, Vick no solo conocía su negocio, sino también el de todos los demás.

—¿Qué diversión tendría doblegar a tus caprichos a la gente flexible? —preguntó Savine—. Y los socios son útiles. Sirven para supervisar las operaciones. Sirven para compartir los riesgos.

—Sirven para cargar con la culpa.

—Deberías dedicarte a los negocios.

—No estoy segura de ser lo bastante despiadada. Creo que me quedaré en la Inquisición.

Savine recompensó la ocurrencia con su risa espontánea practicada hasta la extenuación.

—La planta estaba perdiendo dinero. Problemas con los trabajadores, supongo. Yo antes siempre decía que la tela está para vestir, no para invertir. —Expulsó una mota de polvo infinitesimal del puño bordado de su chaqueta de viaje—. Entre los tejedores hay muchos exsoldados, hombres violentos propensos al rencor. Cuando los gremios se desbandaron, esos hombres se quedaron sin rumbo, heridos en los bolsillos y los orgullos.

—¿Qué os hizo cambiar de opinión?

—Lo habitual. Me di cuenta de la cantidad de dinero que podía sacarse. Y ahora, de pronto, descubro que mi planta textil tiene beneficios.

—Lo cual es maravilloso, por supuesto —afirmó Lisbit, que jamás decía nada que mereciera la pena decir, pero no podía evitar decirlo de todos modos, y para colmo estaba diciéndolo con un acento incluso más afectado desde que había ascendido a dama de compañía en funciones. A ese ritmo, Savine la habría estrangulado antes de que llegaran a Valbeck, ya no digamos antes de que Zuri regresara del Sur.

—Lo cual, en efecto, es maravilloso —asintió Savine—. Pero unos beneficios tan rápidos y cuantiosos me ponen... suspicaz.

—Deberíais ingresar en la Inquisición.

—¿Con este corsé? Me parece a mí que no.

Teufel por fin sonrió. Fue solo un pliegue en la comisura de la boca. Calculado, como todas sus expresiones. Como si hubiera repasado el presupuesto y decidido que podía permitirse el gesto.

—No haces muchas concesiones, ¿verdad? —preguntó Savine.

La sonrisa se curvó un poco más.

—Será que no tengo mucho con lo que hacerlas, tal vez.

No era una burla, no del todo. Era simplemente que las dos sabían que Teufel había visto cosas, sufrido cosas, superado cosas que Savine nunca tendría que ver, sufrir, superar. Cosas con las que nunca se atrevería. Teufel no necesitaba pelucas ni maquillaje tras los que esconderse. Se veía segura allí sentada, con la certeza de estar tallada en madera endurecida al fuego y de que podía partir a Savine en dos con aquellas manos venosas de minera de carbón cuando le apeteciera.

Savine descubrió que estaba cambiando un poco de postura para ocultar su espada. Deseó no haberla llevado. Qué absurdo le parecía el artificio, sentada enfrente de alguien que se ganaba la vida cortando a otros.

Vick tenía la pierna estirada. La antigua herida de la cadera estaba

teniendo una rabieta, y cada bache del camino hacía sacudirse todo el carruaje y enviaba un relámpago de dolor desde su rodilla derecha hasta la espalda, pero no iba a ponerse a buscar una postura cómoda que sabía que no encontraría jamás.

Savine dan Glokta parecía serena y a gusto, con una pierna descuidadamente cruzada sobre la otra, la brillante punta de una bota inmaculada asomando bajo el dobladillo bordado de un vestido que seguro que costaba más que el carruaje entero, y el carruaje era de los caros. Vick nunca había visto a una mujer que se preocupara más de su apariencia, y eso que una vez había pasado media hora espantosa acechando al fondo del público en una ceremonia organizada por la reina Terez.

Ni un solo pelo de las cejas de Savine, ni un hilo de su ropa, ni una mota de su maquillaje estaba fuera de lugar, ni siquiera con el calor que hacía. Todo en ella era tan inmaculado, tan como de porcelana, que era una sorpresa cada vez que se movía, que hablaba, que respiraba como los seres humanos ordinarios. Llevaba una espadita ridícula con joyas en la empuñadura. Lucía un sombrero diminuto e inútil sujeto con un alfiler de cristal. Movía un abanico hecho de tiras de iridiscente concha marina de un lado a otro, de un lado a otro. Tenía puesto un recogido de trenzas doradas que solo un zoquete habría creído que era su pelo real. O el pelo real de nadie. De existir la menor justicia en el mundo, habría tenido un aspecto absurdo. Pero Vick sabía bien que no había justicia y Savine estaba espectacular.

¿Podría Vick haber tenido un aspecto similar si a su padre no lo hubiera apresado la Inquisición? ¿Si a su familia no la hubieran enviado a Angland con él? ¿Podría haber estado sentada allí, con una peluca que habría costado un mes entretejer, dando golpecitos al suelo con la punta de aquellas maravillosas y horribles botas, tan engreída y satisfecha de sí misma como un gato tumbado junto al fuego de la cocina?

Vick había aprendido mucho tiempo atrás que el «podría» era un juego sin ganadores. Pocos juegos tenían ganadores, al final.

—¿Tienes los dulces esos, Lisbit? —preguntó Savine.

Lisbit, que iba solo un poco menos arreglada que su señora,

sacó una caja pulida de su bolsa de viaje. Emanó un olor perfumado cuando la abrió para revelar no más de una docena de pequeños frutos azucarados, reposando en trocitos de papel. La boca de Vick se anegó de saliva. Cuando se ha pasado hambre, la comida pasa a tocar un punto especial y ya nunca hay vuelta atrás.

—¿Puedo tentarte con uno? —musitó Savine.

Vick pasó la mirada de los dulces demasiado caros a su sonrisa demasiado cara. En los campos todo tenía un precio, y por lo general también con un interés exagerado. Al mirar a los ojos de Savine dan Glokta, duros y resplandecientes como los de una muñeca cara, Vick dudó que se pudiera encontrar a un acreedor más despiadado aunque se registrara toda Angland.

Deber un favor a un Glokta ya era más que suficiente.

—No, gracias.

—No sabes cómo te comprendo. Yo tampoco puedo comerlos. —Savine suspiró mientras arqueaba la espalda y apretaba una mano contra su costado de una delgadez imposible—. Tal y como están las cosas, ya soy como una libra de salchicha embutida en media libra de pellejo.

No era una burla, no del todo. Era simplemente que las dos sabían que Savine tenía más modales, dinero y belleza en un solo pelo del coño que los que Vick podría encontrar en todos sus conocidos juntos. Se veía segura allí sentada, en sus cojines invisibles de poder y privilegio, sabiendo que podría comprar y vender a Vick cuando le apeteciera.

Savine ofreció la caja a Sebo.

—¿Y tú, joven?

Un rubor a manchas se extendió por las mejillas del chico. Era como si una diosa hubiera descendido flotando de los cielos para ofrecerle la vida eterna.

—Eh... —Miró a Vick—. ¿Puedo coger uno?

—Si lady Savine dice que puedes coger uno, puedes coger uno.

La sonrisa de Savine se ensanchó más que nunca.

—Puedes coger uno.

Sebo extendió una mano temblorosa, separó un dulce de aquel papel tan elegante y luego se quedó sentado mirándolo.

—Ese dulce debe de costar más que tu calzado —dijo Vick.

Sebo levantó una bota sucia, cuya lengüeta arrugada colgaba como la lengua de un perro sediento.

—Las botas no me costaron nada. Se las quité a un muerto. —Se metió el dulce en la boca—. Oh. —Sus ojos se abrieron todavía más—. Oh. —Los cerró, y masticó, y se derritió en su asiento.

—¿Está bueno? —preguntó Lisbit.

—Es como un rayo de sol —murmuró él.

—Deberías dar las gracias.

—No hace falta. —Savine lo ocultó bien, pero Vick se percató del pequeño tic de irritación en su cara. Le ofreció la caja de nuevo—. ¿Estás segura?

—No, gracias —dijo Vick—. Pero sois muy amable.

—Dudo que todo el mundo esté de acuerdo.

—Si todo el mundo estuviera de acuerdo, me quedaría sin trabajo. —Vick contuvo una mueca de dolor cuando retrajo la pierna extendida y bajó la ventanilla del todo—. ¡Para el carro! —gritó al cochero—. Seguiremos a pie a partir de aquí.

—Es cierto que hay que cuidar en qué compañía la ven a una. —Savine abrió mucho los ojos mientras el carruaje se detenía traqueteando—. A mi madre le gusta decirme que la reputación es lo único que tiene una dama. Es irónico, en realidad. Su reputación es pésima.

—A veces no se valoran las cosas hasta que se han desperdiciado —murmuró Vick.

Valbeck quedaba oculta tras las colinas que había al norte cuando Vick bajó al fango lleno de surcos, pero alcanzaba a ver el humo de los millares de chimeneas, extendiéndose con el viento hasta crear una inmensa mancha oscura que cubría la ciudad. Quizá también alcanzara a olerlo. Notaba un cosquilleo acre al fondo de la garganta.

—¿Eso es todo vuestro equipaje? —preguntó Savine mientras Sebo bajaba sus petates manchados de la enorme acumulación de cajas del techo.

—Viajamos ligeros —dijo Vick, poniéndose el abrigo maltrecho y dando a sus hombros el encorvamiento de trabajadora que iba con

él.

—En eso te envidio. A veces me da la impresión de que no puedo salir de casa sin una docena de baúles y un perchero.

—La riqueza puede ser todo un incordio, ¿eh?

—No te haces una idea —dijo Savine mientras Lisbit cerraba la portezuela.

—Gracias por el dulce, mi señora —graznó Sebo.

—Una educación tan exquisita merece recompensa. —Y Savine arrojó la caja por la ventana.

Sebo dio un pequeño respingo al atraparla, se le escapó, logró cogerla antes de que cayera y por fin se la apretó contra el pecho.

—No sé qué decir —susurró.

Savine sonrió. Fue una sonrisa abierta, fácil y llena de dientes perlados pulidos a la perfección.

—Entonces, el silencio probablemente sea tu mejor opción —replicó Savine. Casi siempre lo era, en opinión de Vick. Savine tocó con el abanico el ala de su perfecto sombrerito—. Buena caza.

El abanico se abrió, el látigo restalló y el carruaje reemprendió la marcha hacia Valbeck. Sebo lo vio partir en triste silencio, haciéndose visera en los ojos contra el fulgor del mediodía. Vick se revolvió el pelo, metió la mano en la zanja que había junto al camino y se aseguró de empapárselo bien con agua sucia de la raíz a las puntas.

—¿De verdad tienes que hacer eso? —preguntó Sebo.

—Ahora estamos entre los desesperados, chico —dijo ella, poniendo cierta ronquera de trabajadora en la voz—. Tenemos que parecerlo. —Extendió la mano y manchó de barro la mejilla de Sebo.

El joven suspiró mientras el carruaje de Savine se perdía tras unos árboles, todavía con aquella caja tan elegante bien aferrada.

—Nunca he conocido a nadie como ella —susurró.

—No. —Vick se dio unas palmadas en la pierna agarrotada, se sorbió la nariz, carraspeó y escupió en el camino. Luego chasqueó los dedos en dirección a Sebo—. Trae acá un dulce de esos, anda.

Con amigos como estos

La residencia Vallimir, en lo alto de la colina, donde la mayoría de los ciudadanos adinerados de Valbeck tenían sus casas, era toda una lección sobre los peligros de la excesiva riqueza y el gusto inadecuado. Los muebles, la cubertería y sobre todo los invitados, todo era demasiado pomposo, demasiado recargado, demasiado brillante. El vestido de la señora Vallimir era de un malaconsejado púrpura, las cortinas de un chillón turquesa, la sopa de un espeluznante amarillo. Del color de la orina, y con un sabor no muy ajeno.

—¡No recuerdo que hayamos tenido nunca una temporada de tanto calor! —cloqueó la señora de la casa, abanicándose incluso con más vigor.

—Es opresivo —convino el superior Risinau, líder de la Inquisición en Valbeck, secándose de las mejillas regordetas un rocío de sudor que volvió a emerger al instante—. Hasta para esta época del año.

Tampoco ayudaba en absoluto que el periodo de Savine estuviera en su pleno y particularmente brutal flujo del primer día. Sus bragas eran un campo de batalla, como a su madre le encantaba decir. Incluso envuelta en triple paño, no le habría sorprendido nada si, al levantarse, hubiera descubierto que había dejado una enorme mancha sanguinolenta por todo aquel tapizado de tan mal gusto de los Vallimir. Una contribución a la fiesta que perduraría en el recuerdo. Tuvo que contener un rictus al sentir una punzada de las muy agudas, dejó su cuchara demasiado ornamentada y empujó el plato hacia dentro de la mesa.

—¿No tenéis hambre, lady Savine? —preguntó el coronel Vallimir, mirando desde la cabecera de la mesa.

—Todo está delicioso pero, por desgracia, con los años tengo

que esforzarme cada vez más en conservar la figura.

Risinau gorjeó una risita.

—¡No es un asunto que a mí me quite el sueño!

Savine cubrió su desagrado con una sonrisa mientras lo veía sorber de su cuchara como un cerdo de su comedero.

—Qué suerte para vos.

Y qué repulsivo para todos los demás.

Lord Parmhalt, el alcalde de la ciudad, se balanceaba en el límite de la duermevela. La señora Vallimir fingió no darse cuenta de que el alcalde empezaba a inclinarse hacia ella, con el riesgo inminente de quedarse dormido en su regazo. La corriente del abanico había soltado algunos mechones de pelo entrecano que antes estaban pegados a su coronilla calva, y Savine los vio flotar elevándose de su cabeza a una altura impresionante. Por décima vez aquella noche, deseó haberse quedado en Adua. Con toda seguridad, estaría acurrucada hecha un agónico ovillo con las cortinas cerradas, descargando un torrente de obscenidades. Pero se negaba en redondo a convertirse en esclava del tirano que era su útero. Los negocios eran lo primero. Los negocios siempre eran lo primero.

—¿Y cómo van los negocios? —preguntó.

—En auténtico auge —dijo Vallimir—. El tercer pabellón ya está montado y en marcha, y la planta funciona a plena capacidad. Los costes bajan, los beneficios suben.

—Justo las direcciones que me gustan para los costes y los beneficios.

Vallimir soltó algo entre una tos y una risita. Era un hombre con un sentido del humor frágil.

—Son todo buenas noticias, como os dije en mi carta. No hay nada de lo que debáis preocuparos.

—Ah, siempre puedo encontrar algo que me mantenga despierta de noche —dijo Savine. Aunque fuese solo un dolor continuo y mortificante en la tripa y detrás de los muslos.

Quizá fuera por su presencia, pero aquella reunión tenía una atmósfera nerviosa. La conversación era demasiado apremiada, la risa demasiado aguda, el servicio azorado mientras se llevaba los

platos de sopa. La mirada de Savine se vio atraída por un destello metálico en la ventana: el de un par de guardias que patrullaban el terreno. Al llegar, había encontrado a cuatro en la puerta, acompañados por un perro monstruoso y huraño.

—¿Son necesarios tantos hombres armados? —preguntó.

La satisfizo captar la contracción consternada en el rostro de Vallimir. Como si se hubiera sentado sobre un alfiler.

—Dada vuestra posición en la sociedad, dada la envidia que podríais despertar, dado... quién es vuestro padre, he pensado que nunca se es demasiado cuidadoso.

—Nunca se puede ser demasiado cuidadoso —repitió el superior Risinau, acercándose para tocar el hombro de Savine con demasiada familiaridad—. Pero no tenéis nada que temer, lady Savine.

—Ah, no soy de las que se dejan intimidar. Recibo al menos una docena de amenazas cada día. Las fantasías más gráficas que podáis imaginar de mi humillación y asesinato violento. Competidores furiosos, rivales celosos, trabajadores disgustados, socios despechados, pretendientes decepcionados. Si las amenazas fuesen dinero, sería... —Calló un momento para considerarlo—. Sería incluso más rica, supongo. Juraría que recibo más veneno hasta que mi padre. Me ha hecho darme cuenta de que solo hay una cosa que los hombres odien más que a otros hombres.

Hubo una pausa expectante.

—¿Y cuál es? —preguntó la señora Vallimir.

—A las mujeres —dijo Savine, cambiando de postura en aquella silla tan incómoda.

Si a un hombre le daban en las pelotas durante un combate de entrenamiento, se esperaba de él que aullara y sollozara y rodara por el suelo, mientras su adversario le concedía todo el tiempo que necesitase y el público murmuraba comprensivo. Si, durante sus días de suplicio mensual, una mujer dejaba que su sonrisa se agriara por un instante, se consideraba una vergüenza. Savine se obligó a ensanchar la sonrisa mientras el sudor emanaba de ella.

—¿Debo suponer entonces que los barrotes de las ventanas también están instalados por mi bien?

—Aquí en la colina... —La señora Vallimir se inclinó por delante del alcalde, que estaba dando cabezadas, y escogió sus palabras con la misma cautela que si cruzara un río pisando piedras musgosas—. Todos nos vemos obligados a proteger con celo nuestra seguridad.

—Hace tres semanas —dijo con voz gimoteante Condine dan Sirisk, la apocada esposa del propietario de una planta textil que no había podido acudir por negocios—, *mataron* al dueño de una factoría. ¡Lo asesinaron en su propia casa!

—Fue un robo. —Risinau se relamió mientras empezaban a servir unos platitos de gelatina morada en el otro extremo de la mesa—. Un allanamiento que se torció, así de sencillo. —Se inclinó hacia el lado para dar a Savine una tranquilizadora palmadita en el antebrazo, envolviéndola en su aroma a agua de rosas y sudor agrio —. Encontraremos a los culpables, no os preocupéis por eso.

—Entonces, ¿no hay Rompedores en Valbeck?

Todos los rostros se volvieron hacia Savine y entonces cayó el silencio. El único movimiento fue el bamboleo de aquellas espantosas gelatinas.

—Hace solo unas semanas, en Adua se frustró una conspiración para hacer estallar una fundición mediante fuego gurko —siguió diciendo. La señora Sirisk se llevó una mano al pecho y dio un respingo. A juzgar por su expresión, fue menos miedo ante la noticia que un deleite casi sexual por la perspectiva de compartirla con todo su círculo social antes del siguiente mediodía. Savine le lanzó un guiño conspirador—. Tengo algunos contactos en la Inquisición.

—Bueno —refunfuñó Vallimir, más bien incómodo. Parecía ser uno de esos hombres que se incomodaban cada vez que una mujer abría la boca—. Aquí en Valbeck no tenemos problemas de ese tipo.

—Ninguno —convino Risinau con ligereza, secándose una nueva pátina de sudor de la frente. Saltaba a la vista que algo ocultaba—. No tenemos Rompedores ni Quemadores...

—¿Quemadores? —preguntó Savine.

Vallimir y su esposa cruzaron una mirada preocupada.

—Son una escoria incluso peor que los Rompedores —explicó el dueño de la casa, a regañadientes—. Locos y fanáticos que

disfrutan con la destrucción. Los Rompedores aspiran... —Arrugó el labio con repugnancia—. Aspiran a reorganizar la Unión. Los Quemadores aspiran a destruirla.

—Incluso aunque creyerais que existen tales monstruos, no encontraréis a ninguno de ellos aquí —dijo Risinau—. Los trabajadores de Valbeck no protestan.

—Que yo haya visto hasta ahora, los trabajadores pueden tejer una protesta a partir del hilo menos prometedor —dijo Savine—, y aquí contáis con una enorme cantidad de trabajadores. ¿Una ciudad puede crecer tan rápido sin que surjan problemas?

Lord Parmhalt despertó de sopetón. Quizá como resultado del codo aplicado con esmero de la señora Vallimir.

—Hemos dado grandes pasos, lady Savine, en parte gracias a los generosos préstamos de la Banca Valint y Balk. Han abierto hace poco una nueva filial en Valbeck, ¿lo sabíais? —Sacudió la cabeza y luego empezó a adormilarse de nuevo—. Deberíais visitar... la parte nueva de la ciudad.

—Calles nuevas —dijo Vallimir.

—Calles modélicas —dijo Risinau.

—Desagües cerrados —dijo el alcalde, espabilando con otro esfuerzo heroico—, y agua corriente en todas las casas, y todo tipo... de innovaciones.

—En Gurkhul construyen templos —observó Savine—. En Estiria, palacios. Aquí construimos desagües. —Hubo una ronda de risas educadas. Savine miró a la doncella, que estaba maniobrando para colocar una gelatina en su sitio con desesperada concentración —. ¿Puedo preguntar cómo te llamas, querida?

La joven parpadeó mirando a Savine, luego a la señora Vallimir, y entonces se sonrojó hasta ponerse rosa del todo y se recogió un mechón suelto de pelo detrás de la oreja.

—May, mi señora. May Broad.

—Dime, May, ¿te gusta Valbeck?

—Es tolerable, mi señora. Todavía estoy... acostumbrándome al aire de aquí.

—El aire puede ser terriblemente áspero fuera de la colina. Los vapores son incluso peores que en Adua.

May tragó saliva.

—Eso he oído, mi señora.

—Tranquila, puedes decir lo que piensas —dijo Savine—. Insisto en que lo hagas. No tendría mucho sentido de lo contrario, ¿verdad?

—Bueno, ahora mi familia vive en un buen sitio, en la ladera de la colina. Lo agradecemos mucho.

—¿Y qué hay del casco viejo?

May carraspeó con nerviosismo.

—Estuvimos allí cuando llegamos a la ciudad. El casco viejo está muy lleno, si me disculpáis que lo diga. Pueden vivir seis familias en un sótano.

—¿Seis por sótano? —Savine miró a Vallimir, que volvió a dejar escapar aquella mueca.

—Y las paredes gotean por la humedad, y los niños juegan en las alcantarillas abiertas, y se crían cerdos en los callejones, y el agua de las bombas no es nada saludable. —La chica se estaba animando y empezaba a gesticular—. Llega más gente cada día y no hay trabajo para todos, y los precios están altísimos y...

Una mano de la doncella dio contra la copa de Savine y la hizo vacilar. La chica lanzó la otra mano como si diera una estocada con el acero corto y la atrapó antes de que cayera. Miró hacia abajo horrorizada.

—Lo... lo siento mucho...

—No ha pasado nada. Muchísimas gracias. Puedes retirarte.

—Qué chica tan necia y desobediente —restalló la señora Vallimir en el instante en que la doncella hubo cerrado la puerta demasiado pulida, abanicándose con auténtica violencia.

—Bobadas —dijo Savine—. Ha sido todo culpa mía.

—Manos sueltas y la lengua todavía más suelta. La despediré mañana por la mañana.

La voz de Savine adoptó una repentina dureza.

—Preferiría que no lo hicierais.

La señora Vallimir se erizó.

—Disculpadme, lady Savine, pero en mi propia casa...

—Una casa preciosa en la que tengo el honor de estar invitada. Pero he sido yo quien le ha pedido sinceridad. No toleraré que se la

castigue por ello. —El dolor había acabado casi del todo con la paciencia de Savine. Por una vez, renunció a su sonrisa y se aseguró de trabar la mirada con Vallimir—. Por favor, no me obliguéis a insistir, no en una velada tan encantadora como esta. Si a mí me hubieran castigado cada vez que he dicho la verdad a un inversor... vaya, no habría sido capaz de haceros a vos tan rico.

Se hizo un largo silencio y luego Risinau se inclinó hacia Savine y puso su mano gorda y húmeda en la de ella. Fue como si le ahogaran los dedos en masa pasada.

—Lady Savine, os doy mi garantía personal de que los trabajadores están satisfechos y no hay nada, pero nada, de lo que preocuparse.

Risinau tuvo la mala suerte de que sus palabras tranquilizadoras y condescendientes coincidieran con un calambre particularmente violento, como si un puño le atenazara las entrañas. Savine acercó la cara hacia Risinau, se cubrió la boca con una mano para que no la oyera nadie más y le susurró al oído:

—Como vuelvas a tocarme, te apuñalo con el tenedor. En tu puto cuello grasiento. ¿Queda claro?

El superior tragó saliva y separó su mano de la de Savine con todo cuidado. Savine volvió a mirar a Vallimir.

—¿Decís que el negocio de la planta textil va bien?

—Así es.

—En ese caso, me gustaría mucho echar un vistazo a los libros de cuentas. Disfruto mucho con los que reflejan el éxito.

Vallimir dejó escapar de nuevo aquella leve mueca.

—Haré que os los lleven.

—Prefiero ir yo con ellos. Ya que he venido hasta aquí, debería ver las mejoras que habéis hecho con mis propios ojos.

—Una visita en persona... —aventuró Vallimir, torciendo el gesto.

Risinau aceptó el desafío.

—Quizá no sea la mejor...

—Ni os daréis cuenta de que estoy allí. —Que quisieran mantenerla apartada significaba que debía ir sin la menor duda—. He descubierto que, en lo concerniente a los negocios, no hay nada como un toque personal. —Cogió la cuchara, absurdamente larga,

la hundió en la gelatina y la sorbió sacando los labios con gran placer.

»Mi enhorabuena, señora Vallimir, la gelatina está deliciosa. —Era una gelatina nauseabunda. Quizá la peor que Savine hubiera tenido jamás la desgracia de probar. Capeó una nueva punzada en la tripa y dedicó a los presentes su sonrisa más fulgurante—. De verdad que tenéis que dar a mi doncella la receta.

Barcos yéndose a pique

Comieron en un asador demasiado caro que tenía las ventanas llenas de mugre ennegrecida de hollín y unos platos que apenas estaban más limpios. Sebo engulló su carne en salsa y luego se quedó mirando cómo Vick se comía la suya, casi babeando como un perro hambriento. A Vick no le gustaba comer con aquellos grandes ojos tristes puestos en ella, pero aun así se acabó el plato con parsimonia. Era otra costumbre que había adquirido en los campos. Que había adquirido por no tener nunca suficiente.

Si disfrutas de cada bocado, parece que alimentan más.

Esperaron al anochecer, aunque el humo que flotaba sobre Valbeck hacía que no estuviese mucho más oscuro que de día y que diera la sensación de hacer incluso más calor. El ocaso era una furiosa mancha de metal fundido tras las inmensas chimeneas que estaban levantando al oeste. Luego se internaron en las callejuelas atestadas y humeantes como ratas en un estercolero e hicieron preguntas indirectas aquí y allá, tratando de hacer saltar alguna pista de dónde podían estar los Rompedores.

Vick había repasado su historia falsa un centenar de veces. También había repasado la de Sebo hasta que las mentiras fueron como una segunda piel, más familiares que la verdad. Tenía una respuesta para cada pregunta, una explicación para cada sospecha, un repertorio de excusas que la hacía quedar bien, pero no demasiado bien. Lo único para lo que no se había preparado fue justo lo que encontró.

—¿Los Rompedores? —dijo un joven puto, sin molestarse siquiera en bajar la voz—. Supongo que los encontrarás reunidos en ese callejón pequeño que sale de la calle Ramnard. —Llamó a una colega también joven que estaba atareada colocándose los tirantes del vestido sobre unos hombros desnudos picados de viruelas—.

¿Cómo se llama el callejón ese donde se juntan los Rompedores?

—No creo que tenga nombre —dijo la chica, y siguió sonriendo para captar clientes.

Todo sin la menor cautela, como si los Rompedores fuesen una reunión de costura y no una turba de renegados dispuesta a hacer pedazos el tejido de la sociedad. El Viejo Palos había llamado al superior Risinau un gordo propenso a la estupidez, sin imaginación pero con mucha lealtad. Por la forma descuidada en que la gente hablaba allí de traición, estaba claro que Risinau había permitido que las cosas se salieran mucho de madre en Valbeck.

Los jóvenes la dirigieron hacia un chulo sonriente. Tras un poco de tira y afloja, el chulo les señaló a un mendigo con un solo brazo. A cambio de unos pocos cobres, el mendigo los envió a un herrero que se había quedado sin trabajo y vendía cerillas en un puesto con ruedas. El herrero les hizo un gesto hacia un callejón que llevaba a un viejo almacén. A la entrada había un hombre corpulento, y la luz de una ventana en el piso de arriba se reflejaba en las lentes redondas que parecían minúsculas en su amplio cráneo.

Vick supo nada más verlo que podía darles problemas. Sí, un poco por su tamaño, ya que casi le sacaba una cabeza, y por la chaqueta deshilachada que se tensaba sobre unos hombros enormes y fornidos. Pero fue más por la cara que puso cuando la vio acercarse. Casi como de disculpa. Nada de aquel pavoneo de gallito que ponían los hombres que se creían duros, sino ese atisbo de remordimiento que tendían a mostrar los que eran peligrosos de verdad.

Vick lo conocía de mirarse al espejo, en los días malos.

Y por si le quedaba alguna duda, vio que el hombre llevaba un tatuaje en el puño, antes de esconderlo dentro de la manga. Hacha y relámpago, cruzados sobre un portón hecho añicos. Estrellas azules en los nudillos. En todos los nudillos. Por tanto, había sido soldado de escala de asalto. El primero en trepar la muralla durante un asedio. El que había encabezado su grupo de asalto. Lo había hecho cinco veces y había vivido para contarlo. O, lo más probable, para no volver a hablar de ello jamás.

Era una costumbre adquirida en los campos pensar en cómo

derribaría a un hombre. A ese, más le valía asegurarse de tenerlo de su parte. O huir de él, tan deprisa como pudiera. Aquello daba a Vick la sensación de ser una trampa. Pero en fin, todo le daba esa sensación, y Vick se dijo que era bueno. El momento en que se sintiera segura sería cuando cometiera su último error.

—Me llamo Vick. Él es Sebo. —Los Rompedores tendían a ceñirse a los nombres de pila.

El hombretón los miró de arriba abajo con aquellos ojos culpables empequeñecidos por los anteojos.

—Yo soy Gunnar.

—Venimos desde Adua. —Se acercó a él para murmurar—: Éramos amigos de Collem Sibalt.

—Muy bien. —El hombre pareció más perplejo que suspicaz, como si en realidad no fuera asunto suyo—. Me alegro por vosotros.

—¿No estás vigilando la puerta?

—Solo he salido a tomar el aire. Ahí dentro empieza a hacer demasiado calor para mí. —Se tiró del cuello de la camisa—. Esa mujer, la Jueza, me da... —Calló, con la boca abierta, como si no terminase de decidir lo que le daba aquella tal Jueza—. Bueno, el caso es que no me gusta cómo están las cosas. Si no, no habría venido. Pero no me parece que ella vaya a mejorarlas.

Vick se acercó más a él y bajó la voz.

—¿No te preocupa la Inquisición?

—Reconozco que sí, pero aquí no parece preocupar a nadie más.

Gunnar abrió la puerta con su mano tatuada y los dejó pasar.

Vick no hablaba mucho, pero era por decisión propia. Quedarse sin palabras de verdad no era algo que acostumbrara a pasarle. Sin embargo, lo único que logró decir cuando cruzó el umbral de aquel almacén fue:

—Mierda.

—Sí. —Los ojos de Sebo se habían ensanchado más que nunca —. Mierda.

Debía de haber unas quinientas personas aglomeradas allí dentro. Parecía un horno por el calor que hacía y un matadero por el ruido que había, y olía a brea vieja, cuerpos sin lavar y rabia. Estaba

mal iluminado por antorchas, y el vaivén del fuego confería a todo un matiz de locura. Contra una pared, alguien había desplegado un inmenso cartel hecho con sábanas viejas, en el que estaban pintadas las palabras «Ahora o nunca».

Unos niños habían trepado para sentarse en las altas vigas, con las piernas colgando, y por un instante Vick pensó que tenían una hilera de hombres ahorcados debajo de ellos. Entonces vio que eran maniquíes de paja, con caras maliciosas pintadas. Estaban el rey y la reina, con coronas de madera encima de los ojos. Un inflado lord canciller Gorodets, un retorcido archilector Glokta. El calvo que llevaba un palo en la mano debía de ser Bayaz, el Primero de los Magos. La flor y nata del gobierno, ridiculizada en público.

Habían colocado un viejo carro para hacer de escenario, y sobre él se alzaba una mujer que estaba ejecutando una actuación más exagerada que la de cualquier actriz, agarrada con una mano a la barandilla mientras hendía el aire con la otra.

La Jueza, supuso Vick, y lo cierto era que la mujer tenía sentido del espectáculo. Llevaba un viejo y mellado peto de coraza con óxido en los remaches por encima de un vestido rojo raído que quizá una vez fuera el vestido de boda de alguna noble. Tenía una melena de pelo rojo como la llama, todo trenzas y bucles y pasadores que componían una maraña enloquecida. Sus ojos saltones se veían enormes en su rostro huesudo y manchado, negros y vacíos, reflejando el fuego de las antorchas de un modo que parecía que tuviera el cráneo encendido. Y quizá lo tuviera.

—¡El momento de hablar pasó hace mucho tiempo! —chilló con una voz fiera y penetrante, que hizo encogerse a Vick—. Nunca se ha conseguido nada hablando... —La Jueza dejó la frase un momento en el aire, con la cabeza ladeada y una frágil sonrisa temblando en sus labios—. ¡Nada que no pudiera conseguirse con el *fuego*!

—¡Que ardan! —gritó alguien.

—¡Que ardan las fábricas!

—¡Que ardan los propietarios!

—¡Que arda todo! —gritó una niña desde las vigas, tan emocionada que estuvo a punto de caerse, y los demás se sumaron

al cántico.

—¡Que arda! ¡Que arda! ¡Que arda!

Puños cerrados al aire, palabras tatuadas en antebrazos descubiertos. Como los que habían llevado los rebeldes de Starikland. Consignas traicioneras, exhibidas con orgullo. También había armas alzadas por la multitud al ritmo del griterío, y no eran solo herramientas afiladas para la ocasión. Armas de asta. Espadas. Por lo menos una ballesta. Armas de soldado, hechas para matar.

—¿Qué te decía? —El hombre llamado Gunnar estaba de pie a su lado, negando con la cabeza mientras observaba a la Jueza moverse por el escenario, animando al público a gritar más.

—Si hubiera sabido que era una fiesta elegante —murmuró Vick—, me habría esforzado más.

Podía sacarse de la manga un comentario agudo cuando hacía falta, pero lo cierto era que Vick estaba completamente desconcertada. Había esperado que los Rompedores de Valbeck fuesen una docena de capullos fanfarrones como Grise, escondidos en un sótano y discutiendo de qué color iban a pintar un maravilloso mundo nuevo que jamás llegaría. En lugar de eso, los había encontrado armados y numerosos, predicando la rebelión abierta. Estaba desconcertada, y no acostumbraba a estarlo, y su mente aceleró para ponerse al día.

—¡Esperad, esperad! —Un anciano se izó al escenario junto a la Jueza—. ¡Esperad!

—Ese es Malmer —dijo Gunnar, agachándose hacia el oído de Vick—. Es un buen hombre.

Era lo contrario que la Jueza. Grande, sólido y vestido con ropa sencilla de trabajo, la cara arrugada por los años de duro esfuerzo y el poco pelo que le quedaba gris como el hierro, todo gélida calma en contraste con la ardiente furia de ella.

—Siempre es fácil encontrar a gente ansiosa por encender fuegos —dijo, volviéndose hacia el sofocante almacén—. Encontrar a gente que construya en las cenizas ya cuesta más.

La Jueza cruzó los brazos sobre su maltrecho peto y miró burlona a Malmer por encima del hombro, pero la muchedumbre se calmó para oírlo hablar.

—Todos estáis aquí porque no os gusta cómo están las cosas —dijo él—. ¿Y a quién podría gustarle? —Y Gunnar gruñó y asintió junto con los demás—. Yo nací en esta ciudad. He vivido aquí toda la vida. ¿Creéis que me hacen gracia los cambios que ha habido? ¿Creéis que me gusta que el río baje lleno de porquería y que las calles estén hasta las rodillas de basura? —Con cada frase su voz sonaba más alta, con cada frase crecía un murmullo de respuesta en el público—. ¿Creéis que me gusta ver a buenas personas quedarse sin trabajo por los caprichos de unos hijos de puta nacidos con todos los privilegios? ¿Que nos arrebaten nuestros derechos para alimentar su codicia? ¿Que nos traten como a ganado?

—¡Que se jodan los propietarios! —aulló la Jueza, y la multitud vitoreó y abucheó, gimió y rezongó.

—¡Hay hombres aquí que producen millas de tela cada día pero no pueden pagarse una camisa! ¡Mujeres cuya mayor ambición es convencer al encargado de la fábrica de que su hijo ya tiene edad para trabajar! ¿Cuántos dedos se han perdido en este almacén? ¿Y manos? ¿Y brazos? —La gente levantó muñones y muletas y manos destrozadas, veteranos no de batallas sino de turnos interminables operando la maquinaria—. ¡Hay gente muriendo de hambre solo a una milla de los palacios de la colina! Chicos que apenas pueden respirar por el pulmón blanco. Chicas de las que algún propietario se encapricha y se ven obligadas a hacer trabajo nocturno. ¡Ya sabéis a qué trabajo me refiero!

—¡Que se jodan los propietarios! —aulló la Jueza de nuevo, y la ira de la muchedumbre regresó con más fuerza que antes.

—¡Habrá un ajuste de cuentas! —Malmer apretó los puños mirando amenazador al público, y su ira abrasiva resultó igual de preocupante que la incisiva furia de la Jueza—. Eso os lo prometo. Pero tenemos que pensar. Tenemos que planear. Cuando derramemos sangre, que la derramaremos, podéis contar con ello, tenemos que asegurarnos de que nos proporcione alguna cosa.

—¡Y nos la proporcionará! ¡Nada menos que todo! —exclamó una voz delicada, culta, y el público calló a toda prisa. Se hizo una atmósfera de expectativa, en la que nadie se atrevía casi ni a respirar.

La Jueza sonrió mientras extendía el brazo para ayudar a alguien a subir al carro. Era un hombre rollizo en un traje oscuro y de buena factura, blando y pálido, que resultaba extraño y fuera de lugar en una compañía tan ruda.

—Ahí está —murmuró Gunnar, cruzándose de brazos.

—¿Ahí está quién? —susurró Vick, aunque por el silencio ya había adivinado la respuesta.

—El Tejedor.

—¡Amigos! —vociferó el hombre orondo, acariciando el aire con sus gruesos dedos—. ¡Hermanos y hermanas! ¡Rompedores y Quemadores! ¡Gente honesta de Valbeck! Algunos me conoceréis como el superior Risinau de la Inquisición de su majestad. —Levantó las palmas rosadas y compuso una sonrisa apenada—. Por eso, solo puedo disculparme.

Vick solo pudo mirarlo. Si antes había estado desconcertada, acababa de caerse de culo.

—Me cago en la puta —oyó que susurraba Sebo.

—¡Todos los demás me conocéis como el Tejedor!

El público emprendió un murmullo entrecortado, en parte de ira, en parte de amor, en parte de anticipación, como si hubieran acudido para ver un combate importante y el campeón acabase de entrar pavoneándose en el círculo.

Un gordo propenso a la estupidez, había dicho Glokta. Sin imaginación pero con mucha lealtad. Por primera vez que recordara Vick, parecía que su eminencia había cometido un grave error de juicio.

—Hace unas semanas escribí al rey —prosiguió Risinau— para exponerle nuestras reclamaciones. Fue una carta anónima, por supuesto. No consideré adecuado utilizar mi verdadero nombre. —Algunas risas aisladas entre el público—. Los salarios cada vez más reducidos. El coste de vivir cada vez mayor. Las espantosas condiciones de los alojamientos. El aire y el agua fétidos. La enfermedad, la miseria y el hambre. La estafa a los trabajadores por medio de medidas falsas y deducciones ocultas. La opresión de los patronos.

—¡Que se jodan los patronos! —aulló la Jueza, salpicando

saliva.

Risinau sostuvo en alto un papel.

—Esta mañana he recibido respuesta. No de su mema majestad, por supuesto.

—¡La polla del Agriont! —se mofó la Jueza, agarrándose la entrepierna para gran regocijo del público mientras los niños saltaban en las vigas y hacían bailar al maniquí del rey.

—Ni tampoco de su reina estiria —continuó Risinau.

—¡El coño del palacio! —chilló la Jueza adelantando las caderas hacia la multitud, y alguien tiró de un hilo que levantó las faldas de la reina maniquí, revelando una mata de lana que despertó un vendaval de júbilo.

—Ni de su libertino hijo, el príncipe Orso. —Risinau miró expectante a la Jueza.

Ella levantó sus hombros huesudos.

—No hay nada que decir sobre ese puto desperdicio de carne.

Y una oleada de abucheos recorrió la muchedumbre.

—Ni tampoco de ninguna de las marionetas —gritó Risinau—, ¡sino del capitán del barco! ¡Del Viejo Palos en persona, el archilector Glokta!

La furia al oír el nombre fue la más ruidosa con mucho hasta el momento. Delante de ella, Vick vio a un anciano con la espalda encorvada fruncir los labios y escupir al maniquí retorcido de Glokta con repugnancia.

—Os sorprenderá saber que no nos ofrece ayuda alguna. —Risinau bajó la mirada hacia la carta—. Nos previene contra la deslealtad y nos advierte de severas penas.

—¡Que se jodan sus penas! —rugió la Jueza.

—Me dice que el mercado debe ser libre para funcionar. Que el mundo debe ser libre para avanzar. Que al progreso no se le pueden poner cadenas, por lo que parece. ¿Quién habría pensado que el archilector estaría tan en contra de los grilletes? —Algunas risas al oírlo—. ¡Cuando un hombre mata a otro a sabiendas, lo llaman asesinato! Pero cuando la sociedad provoca la muerte de millares, se encogen de hombros y lo llaman ley de vida. —Gruñidos de avenencia, mientras Risinau arrugaba la carta en su puño y la

arrojaba al suelo—. ¡El momento de hablar ya pasó, amigos míos! Nadie nos escucha. Nadie que pueda hacer algo. Ha llegado la hora de que nos quitemos el yugo y nos alcemos como hombres y mujeres libres. Si no están dispuestos a darnos lo que se nos debe, tendremos que alzarnos y tomarlo por la fuerza. ¡Nosotros debemos ser quienes traigamos el Gran Cambio!

—¡Sí! —bramó la Jueza, y Malmer asintió adusto mientras los hombres blandían sus armas.

Risinau levantó las manos para pedir silencio.

—¡Vamos a tomar Valbeck! No para quemar la ciudad. —Movió un dedo decepcionado en dirección a la Jueza, que sacó la lengua y escupió al público—. ¡Sino para liberarla! Para devolverla al pueblo. Para servir de ejemplo al resto de la Unión.

Y el gentío estalló en un bramido aprobador.

—Ojalá fuera tan fácil. —Gunnar negó despacio con la cabeza—. Dudo que vaya a serlo.

—No —musitó Vick.

Apretó el brazo de Sebo tan fuerte que hizo que se encogiera, y lo arrastró hacia la pared para susurrarle al oído.

—Vete de la ciudad ahora mismo, ¿me oyes? Dirígete a Adua.

—Pero...

Vick le puso su monedero en la mano flácida.

—Todo lo rápido que puedas. Ve a hablar con mi jefe. Ya sabes a quién me refiero. Cuéntale lo que has visto esta noche. Dile... —Miró a su alrededor, pero la gente estaba demasiado ocupada ovacionando el enloquecido discurso de Risinau para prestarle atención a ella—. Dile quién es el Tejedor. Confío en ti para que lo hagas.

Lo soltó, pero Sebo se quedó quieto, mirándola con aquellos grandes ojos tan parecidos a los de su hermano.

—¿Tú no vienes?

—Alguien tiene que intentar ocuparse de este embrollo. Vete.

Le dio un empujón y lo vio moverse a trompicones hacia la puerta.

Vick tenía ganas de seguirlo. Muchas. Pero tenía que llegar a la colina y encontrar a Savine dan Glokta, quizá aún estuviera a tiempo

de enviar una advertencia y...

—¡Tú debes de ser Victarine dan Teufel! —La extraña voz remilgada la dejó quieta en el sitio—. Ya había oído que estabas en Valbeck.

Risinau se acercaba sonriendo entre la multitud, secándose la cara brillante con un pañuelo, acompañado de la Jueza a un lado y de Malmer al otro.

Vick tuvo una sensación hueca en las entrañas mientras docenas de pares de ojos endurecidos se volvían hacia ella. Fue como aquel momento en las minas, a oscuras, el día en que su hermana se ahogó. Cuando chistó para pedir silencio y oyó el fragor del agua, muy lejos.

La habían pillado. Estaba acabada.

Risinau meneó arriba y abajo un dedo regordete.

—Collem Sibalt me lo explicó todo sobre ti.

El corazón de Vick golpeaba tan fuerte que apenas podía respirar. Apenas podía ver. Los niños habían descolgado el maniquí de Bayaz y estaban apaleándolo con su propio cayado, haciendo volar la paja. Vick no pudo creer lo tranquila que sonó su propia voz. Como si fuera la de otra persona. Alguien que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—Cosas buenas, espero.

—Todo cosas buenas. Me dijo que eres una mujer de corazón duro y cabeza fría. Una mujer tan comprometida con nuestra causa como la que más. Una mujer que mantiene la compostura en un barco yéndose a pique. —Risinau dio un paso adelante y la envolvió en un abrazo asfixiante mientras ella se quedaba allí plantada, empapada de sudor frío y con la piel de gallina—. Collem Sibalt era un amigo muy querido. Toda amiga suya es amiga mía.

La Jueza estaba mirándola fijamente con aquellos ojos negros y vacíos con la cabeza echada a un lado. Vick no habría sabido asegurar si era una actriz de primera o si de verdad estaba tan loca como aparentaba.

—No me fío de esta —gruñó la mujer.

—Tú no te fías de nadie —masculló Malmer.

—Y aun así la gente sigue decepcionándome.

Risinau sostuvo a Vick con los brazos extendidos, sonriente.

—Has llegado justo en el momento perfecto, hermana.

—¿Por qué? —preguntó Vick—. ¿Estamos en un barco yéndose a pique?

—En absoluto. —El superior convertido en revolucionario le envolvió los hombros con un brazo—. ¡Estamos a bordo de un barco que zarpa hacia costas de prosperidad, costas de igualdad, costas de libertad! ¡Un barco con rumbo hacia un Gran Cambio! Pero la travesía no será fácil. Mañana a mediodía atravesará nuestra bella ciudad una feroz tormenta. ¡Sí, amigos míos! —Se volvió hacia el almacén abarrotado y alzó las manos hacia el techo—. ¡Mañana es el día!

Y los Rompedores y los Quemadores estallaron en un aplauso atronador.

Bienvenida al futuro

El muro coronado de pinchos parecía más adecuado para una cárcel que para una factoría, y Savine no se sintió nada cómoda cruzando el portón de hierro. Su agonía mensual había menguado a insistente dolor, pero el calor veraniego era incluso más opresivo que en la víspera y la sensación de inquietud que tenía había estado creciendo sin cesar durante todo el trayecto a través de Valbeck desde la colina, mientras el carruaje traqueteaba por unas calles mugrientas extrañamente vacías, curiosamente silenciosas, hacia el río.

Los tres altísimos pabellones eran unas construcciones feas de ladrillo veteado de hollín, con pocas ventanas y sin adornos. Incluso a través de las botas de suela gruesa que había elegido ese día, Savine notaba los adoquines del patio vibrar con el movimiento de las grandes máquinas que ocupaban el interior. Los hombres vagaban taciturnos por el patio, cargando y descargando carros, vestidos del mismo gris que sus pieles, sus duros ojos dirigidos con grosería a los recién llegados. Savine sostuvo la mirada a uno de ellos, que escupió con un gran aspaviento. Le recordó a la encantadora bienvenida que recibía la reina Terez en sus escasas apariciones ante los plebeyos. Por lo menos a ella nadie le gritaba «¡Zorra estiria!». Pero sospechaba que solo se debía a que ella no era estiria.

—Los trabajadores no parecen muy entusiasmados con mi visita —murmuró Savine.

Vallimir dio un bufido.

—Si existe alguna forma de entusiasmar a los trabajadores, aún no la he encontrado. Dirigir a soldados era muchísimo más directo.

—Es posible tener relaciones perfectamente cordiales con los competidores, pero muy pocas veces con los empleados. —Savine

echó una mirada atrás, hacia los diez guardias con armadura que cruzaban el portón tras ellos, con los dedos rozando sus armas. No ayudó nada a tranquilizarla que aquellos hombres armados hasta los dientes parecieran incluso más nerviosos que ella—. ¿De verdad necesitamos una escolta tan llamativa?

—Es una mera precaución —dijo Vallimir mientras guiaba a Savine, Lisbit y el resto de su comitiva a través del patio—. El superior Risinau sugirió que llevarais con vos una docena de practicantes a todas horas.

—Eso parece... excesivo. —Hasta para la hija del hombre más odiado de la Unión.

—Me pareció que su presencia serviría solo para exacerbar las tensiones. Para que esta planta textil sea rentable, han sido necesarias ciertas... medidas en pro de la eficacia. Turnos más largos y descansos más cortos. Recortes en el presupuesto de comida y alojamiento. Castigos por hablar o silbar.

Savine asintió, aprobadora.

—Unos ahorros razonables.

—Pero varios de los empleados más antiguos se unieron para oponerse a ellas, y tuve que prescindir de ellos. Hubo cierta violencia. Se hizo necesario prohibir cualquier tipo de organización entre los trabajadores, aunque eso lo facilitaron las nuevas leyes del rey contra la congregación. —Las nuevas leyes del padre de Savine, en realidad, que ella había ayudado en persona a bosquejar—. Y después, los novedosos métodos que pusimos en práctica en nuestro tercer pabellón han provocado... —Vallimir miró ceñudo el más reciente de los tres edificios, más largo, más bajo y con ventanas incluso más estrechas en sus paredes ya mugrosas—. Han provocado una considerable animadversión.

—Suele ocurrir que, cuando más eficaz es el método, mayor animadversión causa. Quizá deberíamos empezar la visita por ahí.

Vallimir hizo una mueca.

—No estoy seguro de que vayáis a encontraros... cómoda dentro. Mucho ruido. Mucho calor. No es en absoluto un lugar adecuado para una dama de vuestra posición.

—Venga ya, coronel —dijo ella, avanzando a zancadas hacia el

edificio—. Por parte de madre, desciendo del rudo populacho.

—Soy consciente. Conocí a vuestro tío.

—¿El lord mariscal West?

Había muerto antes de que naciera Savine, pero su madre hablaba a veces de él. Si es que contaban los tópicos sentimentales que se decían sobre los familiares fallecidos tiempo atrás.

—Una vez me desafió a un duelo, de hecho.

—¿Ah, sí? —Aquel destello de recuerdo sincero había despertado el interés de Savine—. ¿Por qué motivo?

—Unas palabras impulsivas que he lamentado a menudo. Vos me recordáis a él, en cierto modo. Era un hombre muy determinado. Muy comprometido. —Vallimir la miró mientras sacaba una llave y abría la cerradura—. Y podía ser bastante aterrador.

El zumbido de la maquinaria se tornó rugido cuando Vallimir empujó la puerta. Dentro, el edificio entero se sacudía con la incesante ira de las máquinas. Los latigazos de las correas, el repicar de los engranajes, el traqueteo de los alimentadores, el chillido del metal sometido a tremendas presiones. El piso de la factoría estaba excavado a bastante profundidad en el suelo, de modo que se hallaban en una especie de balcón. Savine se adelantó hasta la barandilla, miró con cara dubitativa a los trabajadores de abajo y se preguntó si la perspectiva le estaría jugando alguna mala pasada.

Pero no.

—Son niños.

No permitió que su voz se embargara de emoción alguna. Había centenares de niños, flacos y sucios, congregados en largas filas junto a los telares, moviéndose rápidamente entre las máquinas, enrollando husos de hilaza tan altos como ellos, agachados bajo el peso de rollos de tela acabada.

—Si hay una mercancía que Valbeck posee en abundancia —le gritó Vallimir al oído— son los niños huérfanos y abandonados. Indigentes, que solo suponen una carga para el estado. Aquí les proporcionamos una ocupación útil. —Compuso una ancha sonrisa —. Bienvenida... al futuro.

En un rincón del pabellón había unas estanterías enormes, de

cinco o seis alturas, equipadas con escaleras correderas pero conteniendo solo harapos. Mientras Savine miraba, una niña de pelo enredado salió reptando de una. Eran sus camas, pues. Los niños vivían en aquel lugar. El olor era nauseabundo, el calor aplastante, el ruido atronador, la combinación infernal del todo.

Savine contuvo una tos al intentar hablar de nuevo. Incluso allí arriba, en el balcón, el aire estaba saturado de polvo, las franjas de luz que entraban por los angostos ventanucos llenas de motas arremolinadas.

—Los salarios son mínimos, supongo.

Vallimir puso una cara muy rara.

—Esa es la belleza de este método. Aparte de un estipendio al hospicio del que se obtienen y unos gastos mínimos en comida y ropa, no reciben ningún salario. De hecho, pueden... adquirirse.

—Adquirirse. —Savine tampoco permitió esa vez que ninguna emoción permeara su voz—. Como cualquier otra maquinaria.

Bajó la mirada al nuevo cinto en el que llevaba su espada. Había estado encantada cuando se lo entregaron unos días antes. Era toda una obra maestra. Cuero sipanés, con pan de plata tachonado de joyas y grabados de escenas de *La Caída de los Magos*. ¿Cuántos niños podría haber comprado por ese mismo dinero? ¿Cuántos *había* comprado?

—Antes empleábamos a expertos que tejían a mano, pero en la práctica son poco necesarios. Los niños pueden aprender a manejar las máquinas igual de rápido, y con la décima parte de jaleos. —Vallimir señaló las máquinas que zumbaban y las pequeñas figuras que se movían entre ellas—. Con esta maquinaria mejorada, además de los costes más bajos del trabajo y el alojamiento, este pabellón es más rentable que los otros dos juntos. Y muchísimo más fácil de controlar.

Vallimir señaló con el mentón hacia un fornido capataz que patrullaba la planta. Savine vio que sostenía un palo a su espalda. ¿O podría describirse como un látigo?

—¿Cuánto tiempo trabajan aquí? —graznó, a través de la mano que, sin darse cuenta, había apretado contra su boca.

—Los turnos son de catorce horas. Prolongarlos más se ha

demostrado insostenible.

Savine había alardeado de su dureza, pero el poco tiempo que llevaba allí dentro había bastado para marearla y tuvo que agarrarse a la barandilla. Catorce horas de duro trabajo entre aquel polvo y aquel ruido, un día tras otro. Y el aire estaba más caliente que en la fragua del Creador, como le gustaba decir a su padre. Ya notaba el sudor cosquilleándole en el cuero cabelludo bajo la peluca.

—¿Por qué hace tanto calor?

—Porque si no, la fibra se pone pegajosa y puede atascar las máquinas.

Savine se preguntó si alguna vez se había creado antes en un solo lugar tanta miseria humana premeditada. Puso una mano en el hombro de Vallimir.

—En asuntos de negocios, el beneficio es lo único correcto. Las pérdidas, lo único incorrecto.

—Por supuesto.

Algo decía a Savine que los dos albergaban sus dudas. Pero ella podía culparlo a él, el hijo de puta despiadado, y él podía culparla a ella, la zorra con el corazón de pedernal, y sin duda los beneficios lubricarían cualquier engranaje que chirriara en las conciencias de ambos. Al fin y al cabo, si ellos no tomaban medidas efectivas, siempre habría algún otro propietario cuyo estómago se hubiera reforzado por el fracaso. ¿Acaso sus empleados llorarían por ellos cuando tuvieran que cerrar el negocio? ¿O se apresurarían a buscar un nuevo patrono al que ir lloriqueando con sus insignificantes agravios?

—Bien hecho —gritó a la oreja de Vallimir, aunque la voz le salió algo estrangulada. Era por el calor, claro, y por el ruido, y por el polvo—. Os pedí que obtuvierais beneficios y eso habéis hecho, sin sentimentalismos.

—El sentimentalismo es incluso más peligroso en el propietario de una planta que en un soldado.

Estaban cocinando algo en alguna parte y a Savine le llegó el olorcillo. Era como la comida que daban a los perros de su madre en la finca. Se apretó una mano contra la tripa, aún dolorida, pero apenas la notó a través de las varillas del corsé. Pensó en su fábrica

de botones y hebillas de Holsthorm, en la que los dedos pequeños eran los más adecuados para las tareas finas. ¿Sería como aquello? ¿Sería peor? Se lamió los labios y tragó saliva amarga.

—Sin embargo, podríais considerar mejorar sus condiciones. Quizá se pudiera construir un alojamiento separado en el patio. Un lugar limpio donde puedan dormir. Mejor comida.

Vallimir enarcó una ceja.

—Los lujos son un desperdicio —dijo Savine—, pero las penurias pueden reducir la productividad. El tiempo me ha enseñado que hay que buscar un equilibrio óptimo. Con unas condiciones mejores, quizá al final podríais alargar los turnos.

—Una sugerencia interesante, lady Savine.

Vallimir asintió despacio mientras miraba a los niños, tensando los músculos de la mandíbula. Debería haber sido un espectáculo que partiera el corazón. Pero en los negocios no había lugar para los corazones. Por lo menos, para los fáciles de partir.

Savine izó los bordes de su sonrisa.

—¿Me permitís repasar ahora los libros de cuentas?

Una enorme estructura se extendía por el centro del primer pabellón, el más grande de los tres, con un enorme poste que giraba alimentado por el río a través de una pesadilla de ingeniería compuesta de engranajes, piñones, cigüeñales y correas, y derivaba la energía a los inmensos telares que se extendían a lo largo de dos hileras por toda la planta. De los gigantescos husos se recogía una red de hilos y de los rodillos salía rechinando el tejido de distintos diseños y colores. Alrededor de los telares había hombres congregados, empapados de sudor y manchados de grasa, con los labios apretados y los ojos endurecidos. Si los ocupantes del tercer pabellón habían amenazado con partirle el corazón, Savine supuso que los ocupantes del primero serían más propensos a aplastarle el cráneo.

Savine no había esperado ningún afecto por parte de los trabajadores. Había construido su reputación a partir de flagrantes exhibiciones de riqueza, a fin de cuentas, y esas cosas tendían a sentar mal a los pobres. Pero había algo en la manera en que la miraban aquellos hombres en concreto. Su furia tenía un foco frío y

silencioso más preocupante que cualquier estallido. Empezó a preguntarse si, en lugar de haber traído demasiados guardias, quizá se habían quedado cortos.

Rozó a Lisbit en el codo.

—¿Te importa salir y acercar el carruaje hasta el portón?

El calor había encendido las mejillas rosadas de Lisbit de un rojo furioso y moteado.

—¿Estáis segura de que no deberíamos marcharnos ya, mi señora? —murmuró, mientras sus ojos preocupados se desviaban hacia los trabajadores.

Savine mantuvo su tenue sonrisa. Una dama de buen gusto siempre sonreía.

—Es mejor no mostrar debilidad, ni a nuestros empleados ni a nuestros socios.

No era una mujer a la que achicara el odio, ni el de sus trabajadores ni el de sus rivales ni el de los hombres a los que amedrentaba, sobornaba o chantajeaba para salirse con la suya. Era cuando de verdad la odiaban a una, a fin de cuentas, cuando sabía que había ganado. De modo que afrontó la furiosa antipatía con una distraída superioridad, desfilando ante ellos con los hombros atrasados y el mentón bien alto. Si iban a darle el papel de villana, que así fuera. Los villanos siempre eran los personajes más interesantes, de todos modos.

La oficina de Vallimir estaba justo al final del pabellón, una especie de contenedor elevado sobre una estructura, con toneles y cajas amontonados de cualquier manera debajo y un balcón para que el propietario pudiera mirar a sus empleados desde lo alto como un rey a sus súbditos. O como una emperatriz a sus esclavos.

El coronel hizo una rígida inclinación mientras la invitaba a subir con un gesto.

—Tomaos el tiempo que necesitéis. —Se volvió para mirar ceñudo a la multitud de trabajadores hoscos—. Aunque quizá no lo alarguéis.

La puerta estaba equipada con dos cerraduras y una pesada tranca, tan sólida que a Savine le costó girarla para cerrar. Se abrió el gancho del cuello de la chaqueta e intentó abanicar con la mano

un poco de aire a su cuello sudado, pero la atmósfera de la oficina apenas era un poco menos sofocante que en la planta de la factoría, el enervante castañeteo de las máquinas apenas un poco menos opresivo.

Un tablón suelto crujió bajo su bota de camino al escritorio de Vallimir, cargado de libros de cuentas. A Savine no le gustaba nada ver chapuzas, y mucho menos en un edificio que había contribuido a pagar, pero en ese momento tenía preocupaciones más acuciantes. Se apartó de la mesa y fue a la ventana, frotándose con una mano el punto del cuello donde la inquietud se había convertido en una presión casi dolorosa.

Fuera, la calle estaba desierta. Estaría todo el mundo trabajando, por supuesto, porque ¿qué si no el trabajo llevaría a alguien a esa calle de muros pinchudos y puertas atrancadas, de altísimas factorías y ruidosa maquinaria? Y aun así había algo que no terminaba de encajar en aquel silencio. Un peso en el aire, como la calma que precede a una tormenta. Savine miró con gesto turbado la calle vacía, mordiéndose el labio, preguntándose si podría marcharse en ese mismo momento sin...

Un hombre dobló la esquina de ladrillo de la fábrica de al lado. Lo seguían otros, un grupo de veinte o más. Eran trabajadores con ropa gris, muy parecidos a los que Savine había visto en Holsthorm, en Adua, en todas las ciudades de la Unión. Muy parecidos a los que se esforzaban en la planta de abajo, pero los de la calle se movían con un aire furtivo, como un solo animal con un único propósito.

Entonces percibió un destello de acero brillante y se dio cuenta, con un extraño escalofrío, de que todos iban armados. Algunos llevaban palos al lado de las piernas, otros herramientas pesadas. El líder portaba lo que saltaba a la vista que era una espada antigua. Llamó con los nudillos a una puerta de la pared y esta se abrió como si tuvieran un acuerdo previo para que los hombres entraran a toda prisa.

Dio la vuelta al oír un grito a su espalda, en el pabellón, y enseguida llegaron más gritos y más estridentes. Una conmoción que se escuchaba hasta por encima del rugir de las máquinas. Fue

sigilosa hasta la puerta y puso una mano dubitativa en el cerrojo, queriendo abrirlo, temiendo abrirlo.

—¡Atrás! —oyó que gritaba Vallimir mientras ella desatrancaba la puerta poco a poco—. ¡Atrás, malditos seáis!

Los trabajadores habían abandonado sus quehaceres y se desplazaban en tropel hacia aquel extremo de la planta, una masa sólida de hombres encarados hacia ella, sus rostros retorcidos por la ira, con herramientas, barras de hierro y piedras en los puños. Savine se quedó boquiabierta.

Los guardias de Vallimir estaban conteniéndolos formando un desesperado semicírculo al pie de la escalera, pero los superaban en número veinte a uno. Los ojos de Savine recorrieron horrorizados aquella espantosa muchedumbre. Aquella turba.

Vallimir estaba de cara a ellos en el balcón y su nuca iba poniéndose roja a medida que seguía desgañitándose.

—¡Apartaos de aquí ahora mismo!

Un hombre que llevaba un chaleco manchado y cuyos brazos parecían hechos de soga vieja señaló a Vallimir con un garrote y chilló:

—¡Apártate tú, viejo de mierda!

Empezaron a entreverse cosas por encima de la multitud: piedras, herramientas y piezas de máquinas arrojadas por los hombres que rebotaron en las paredes de la oficina, que tañeron contra la armadura de los guardias.

Algo derribó el sombrero de Vallimir, que se desplomó con la mano agarrando su cuero cabelludo sanguinolento. Una botella se hizo añicos al lado de la puerta y Savine la cerró de nuevo, dejó caer la pesada tranca y retrocedió en la oficina. A pesar del calor sofocante, sintió un frío que se extendió hasta su cabeza rapada. Había esperado tal vez una escena fea al salir, que le lanzaran insultos y hombres ariscos arrastrados hasta las celdas mientras ella regresaba flotando a la opulencia, sin inmutarse. ¿Cómo iba a esperar algo como lo que estaba ocurriendo? ¡Era una insurrección armada!

Oyó su propia respiración urgente. La respiración de un animal perseguido. Sintiéndose tonta y con dedos torpes, desenvainó la

espada. Era lo que se suponía que debía hacer alguien cuando su vida corría peligro. ¿La vida de Savine corría peligro? El ruido de fuera sonaba más alto, más próximo. Entre el incesante traqueteo de la maquinaria oyó chillidos, maldiciones, gruñidos inarticulados, el choque del acero. Empezó un largo y agudo aullido que no parecía tener fin.

Savine tenía que mear, apenas podía contenerlo. El puño de la espada estaba resbaladizo en la palma de su mano, de pronto sudorosa. Sus ojos se desviaron hacia las ventanas. Calzadas con pesadas rejas. Hacia el mobiliario. Ningún lugar en el que esconderse donde no fueran a encontrarla al instante. Hacia el suelo... y el tablón suelto.

Se puso de rodillas y empezó a tirar de la madera con las yemas de los dedos, con sus refinadas uñas. Le chirriaron los dientes mientras metía los dedos bajo el tablón, haciendo caso omiso de las cortantes astillas, y logró introducir la punta de la espada en el hueco para ponerse a martillear el pomo con la base de la otra palma.

Levantó la cabeza de golpe al oír una voz procedente de fuera.

—Abre la puerta, ricura. —Acaramelada, pero con un matiz de amenaza. Era la voz de un matarife atrayendo a un cochinillo de vuelta al redil—. Si abres la puerta, seremos amables. Si tenemos que romperla, igual te rompemos a ti también.

Hubo unas risitas rudas y Savine saltó al oír un golpe que sacudió la tranca. Tiró de la empuñadura de la espada, tensando hasta el último y tembloroso tendón. Con una chirriante protesta, los clavos cedieron y Savine cayó espatarrada hacia atrás mientras la espada rebotaba doblada por el suelo.

Gateó hasta el agujero. Entrevió las cajas polvorientas abajo, entre dos viguetas. ¿Sería lo bastante ancho para escurrirse por él? Hurgó en los botones de la chaqueta, dejando manchas rojas en la tela con sus dedos sangrantes, y se la quitó. Forcejeó con la hebilla de plata de su cinto hasta abrirla y lo tiró a un lado. La espada la dejó caer por el agujero, confiando en que el estruendo de las máquinas ahogara el ruido. No había tiempo para preparativos. No había tiempo para dudas. Metió las piernas en el hueco y empezó a

deslizarse por él. Sus movimientos distaban mucho de ser refinados, pero no había forma refinada de escapar de una panda de asesinos.

—¡Voy a contar hasta cinco, zorra! —Era la misma voz fuera de la puerta, ya bullendo de violencia—. ¡Hasta cinco y entramos!

—¡Por mí, cuenta hasta mil, gilipollas! —rugió ella, mientras embutía las caderas en el agujero, estrecho, demasiado estrecho, tanto que se le clavaban los tablones a través de la ropa.

—¡Uno!

Estaba atascada. Apretó los dientes, se retorció desesperada, aferró las vigas e intentó tirar de sí misma para traspasar el suelo.

—¡Dos!

Dio un gruñido y, con un enorme rasgar de tela, logró atravesarlo, se raspó un hombro, se dio un golpe en la barbilla con algo de madera al caer y, al impactar de costado contra el suelo, su cabeza se estrelló contra el borde de un tonel.

—¡Tres! —oyó débilmente, entre los pitidos de sus oídos.

Se levantó, aturdida. No veía nada y por un momento fue presa del pánico. Se llevó una mano temblorosa a los ojos. Tenía la peluca caída sobre ellos. Se la arrancó y la arrojó al suelo. Estaba atrapada por algo. Su falda desgarrada, enganchada en un clavo más arriba. Deshizo los cordones con torpeza y la dejó allí, colgada a su espalda.

—¡Cuatro!

Vio su espada relucir entre las sombras, cerró la mano en torno a la empuñadura y empezó a arrastrarse, sin levantar la cabeza, serpenteando por el polvo tras los toneles. Aquel chillido inhumano seguía resonando, deteniéndose de vez en cuando para una inhalación resollante y empezando de nuevo.

—¡Cinco!

Oyó que la puerta de la oficina se sacudía por un golpe y que la tranca temblaba en sus soportes.

Se había hecho un corte en la palma de la mano, no sabía cómo, y tenía dos uñas medio partidas, y estaba dejando sangre en todo lo que tocaba, manchurrones y gotas en las enaguas. Le costaría horrores salir de allí. Horrores salir. Tenía que salir.

Siguió arrastrándose, notando el pulso en la cabeza, con el

hombro palpitando, la mandíbula dolorida, las caderas en carne viva, se arrastró tan deprisa como pudo, la lengua apretada contra los dientes, se arrastró, la sangre cayéndole hasta una ceja, echando miradas rápidas entre los toneles al pasar.

Estaban llevándose a rastras a Vallimir, con la cabeza ensangrentada colgando. Un trabajador se carcajeaba mientras mecía el sombrero del coronel a modo de bandera, empalado en la punta de un cuchillo gigantesco. Había un guardia tendido e inmóvil, sin yelmo, con el pelo apelmazado y un charco oscuro en torno a su cabeza rota. Había otro a cuatro patas, rodeado de hombres que le atizaban perezosos con unos palos que arrancaban sonidos metálicos a su armadura abollada.

El guardia se levantó como pudo, sacó un brazo vacilante para equilibrarse, le barrieron los pies de una patada y la mano se le quedó sujeta entre dos engranajes que tiraron de ella hacia el interior de la maquinaria. Soltó un enorme y agudo chillido mientras la máquina le aplastaba el brazo, tiraba de él hasta el hombro y la sangre empezaba a salpicarle la cara. Savine sintió que le caían gotas en su propia mejilla, pero nadie oyó su respingo entre el ruido de la maquinaria torturada, del hombre torturado.

Hubo un tambaleo, un lento crujido y el chillido del guardia se convirtió en borbollante quejido, y luego la máquina siguió funcionando, sus engranajes girando de nuevo. Savine intentó no mirar. Mantuvo los ojos al frente. Aquello no estaba ocurriendo. Nada de todo aquello estaba ocurriendo. ¿Cómo podía estar ocurriendo? Los hombres gritaban. Ladraban como una jauría de perros. Savine no distinguió las palabras, solo la furia y los golpetazos en la puerta de arriba.

Siguió el eje de transmisión principal con la mirada y lo vio desaparecer por un hueco oscuro en los ladrillos al otro lado de los telares. Quizá pudiera llegar hasta él por el espacio sombrío y polvoriento que había bajo los engranajes. Salir por allí. Quizá salir por allí.

Se arrastró bajo los rodillos con la tripa contra el suelo. Ambiciosa como una serpiente, se vio reptando como una serpiente, como un gusano, mojada de sudor en aquel calor pegajoso,

estremecida de miedo mientras los soportes se sacudían y vibraban a su alrededor. Vio a un chico a través de los giros de la maquinaria, un haz de luz que cruzaba su cara anhelante, pero estaba mirando hacia la oficina. Como todos los demás. Mirando como lobos al gallinero. Esperando que la puerta cediera. Para poder sacarla a ella por la fuerza.

Siguió arrastrándose, aferrando el suelo con sus uñas rotas, cruzando una gran mancha de la sangre de aquel guardia, bajo el gran poste que proporcionaba energía a toda la planta, brillante de grasa en su enloquecida rotación, levantando nubecillas de polvo del suelo con cada respiración gimoteante.

Esperaba que en cualquier momento llegara el grito entusiasmado. «¡Ahí está!». Esperaba que en cualquier momento unas manos encallecidas se cerraran en torno a su tobillo. «¡Sacad de ahí a esa puta!». La espalda sudada le hacía cosquillas anticipándolo. Le costaba respirar, tosía y se estremecía por el polvo mientras avanzaba con esfuerzo, mordiéndose la lengua, intentando sofocar el miedo desesperado.

Cuando por fin llegó al agujero de la pared, estuvo a punto de sollozar de alivio. Asió los ladrillos desiguales y se metió entre ellos. Se precipitó a un pasillo oscuro, cayó despatarrada en el agua fétida que llegaba a los tobillos, se le metió en la boca y la escupió entre arcadas.

Casi no había luz, solo un titilar intermitente en los bordes de los ladrillos mojados, que latían con el ruido de las máquinas, resonaban con gritos distorsionados. Por delante se entreveía algo más de luz y Savine fue hacia ella, sus botas empapadas chapoteando y hundiéndose en el barro, cada vez con más ruido, el de algo que se movía al fondo.

Era una de las enormes norias que hacían girar el eje de transmisión. Madera que vibraba, crujía, se revolvía, luz que llegaba cegadora entre barrotes negros, agua que espumeaba cuando las palas de la noria se hundían en el río, que salpicaba cuando salían de nuevo en una llovizna de gotitas brillantes.

La noria tendría cuatro veces la altura de un hombre. No había forma de atravesarla. Pero entre sus maderos, que no dejaban de

moverse, y la viscosa pared de la factoría quedaba un hueco. Un hueco más allá del cual Savine alcanzó a ver una turbia luz del día, pudo vislumbrar una playa de gravilla.

Miró hacia atrás por el túnel ensombrecido. No había señales de persecución. Pero la puerta no resistiría para siempre. Terminarían yendo a por ella. Y si la atrapaban...

¿Podría escurrirse entre la noria y la pared? ¿Era posible?

Apretó la lengua contra la bóveda del paladar mientras intentaba estimar la anchura del hueco. ¿Y si no pasaba? ¿Las palas la hundirían y la ahogarían? ¿La meterían entre los engranajes y la desmembrarían? ¿Le aplastarían el cráneo como una nuez entre la noria y sus soportes? ¿Se llenaría de tajos, cortes, mordeduras y pellizcos mientras intentaba liberarse hasta morir desangrada por un centenar de heridas mientras las palas le daban vueltas y más vueltas y más vueltas sin remedio? Recordó el gemido desesperado del guardia mientras la maquinaria le destrozaba el brazo. Pero no tenía otra opción.

Se apretó contra la pared, respirando temblorosa entre dientes por el miedo y el agotamiento y, muy despacio, centímetro a centímetro, pasó un hombro al otro lado de la esquina. Bajó una bota mugrienta al río, buscando el fondo, buscando, notando que las enaguas caladas se le pegaban a la pierna temblorosa mientras la metía hasta el muslo y encontraba fango. Avanzó con infinita lentitud, pegándose a la esquina, aferrándose a ella con los omóplatos como si su vida dependiera de ello. Y dependía.

Intentó, a la desesperada y sin sentido, absorberse hacia dentro, volverse plana, sin dejar de asir el puño empapado de su espada, mordiéndose el labio con temible concentración, la luz del sol destellando y titilando a través de las barras que giraban. Confió en su apoyo en el lecho fangoso del río y poco a poco, muy poco a poco, metió la otra pierna, con las enaguas en su otro puño y apretadas contra el cuerpo, por si llegaban flotando hasta la noria y la arrastraban a su muerte. Muerta por su propia ropa mientras huía de una planta textil. En alguna parte de eso había un chiste.

Ahogó un grito cuando un tornillo que sobresalía orgulloso de la madera se le enganchó en el pecho, le arrancó unos bordados y

estuvo a punto de llevársela a los raudos maderos de la noria. Logró mantener el equilibrio por los pelos, arañando con uñas rotas la argamasa desmigajada a su espalda, con los dientes castañeteando de puro terror. Se desplazó hacia el lado, con el peso húmedo de sus enaguas empapadas pegado a las piernas, a través de un diluvio de agua, sin apenas poder respirar por el hedor podrido y ácido del río, con una mejilla raspando los ladrillos y los párpados casi cerrados del todo, su cráneo a punto de estallar por el estruendo de la noria, su martilleo, sus chasquidos, su ira descerebrada.

Y con un gemido se deslizó al otro lado, cayó bocabajo en el río, se revolvió entre sollozos, gorgoteando, medio nadando y medio gateando. Subió hasta la grava húmeda con manos y rodillas temblorosas. Por un instante quiso besar el suelo. Hasta que vio la porquería espumosa que lo cubría.

Alzó la vista mientras se secaba la cara mojada con el dorso de una mano trémula.

El río fluía denso, púrpura y naranja y verde, con grandes manchas de colores artificiales procedentes de las fábricas de tinte que había corriente arriba, arrastrando basura que cabeceaba, revuelto con una apestosa espuma por docenas de norias funcionando a pleno rendimiento. En la orilla izquierda había una especie de playa, surcada por líneas de marea compuestas de algas de un marrón muerto, salpicada de desperdicios de la ciudad, de harapos y pieles y sillas rotas y cristal astillado y alambre oxidado y cosas demasiado podridas para identificarlas, todo ello vomitado por las aguas torturadas y picoteado por bandadas de aves tan zarrapastrosas que parecían ratas con alas.

Una mujer jorobada estaba hurgando entre la basura. Miró a Savine con ojos desorbitados, miró la espada que aún sostenía en una mano y echó a correr con un saco hinchado sobre un hombro hinchado.

Savine subió tambaleándose por la gravilla, con la ropa mojada adhiriéndosele al cuerpo, azotándola. Tenía que encontrar algún lugar donde esconderse. Avanzó a trompicones, rodeando ramas de árboles envueltas en jirones, levantando cajas rotas, tosiendo por la

peste a podredumbre acuosa. Había moscas zumbando cerca de un cadáver, de cerdo o de oveja o de perro, todo pelo apelmazado y hueso sucio.

Savine vio algo que había a su lado. Un viejo abrigo, con una manga arrancada y el forro colgando como las vísceras de una carcasa, pero lo cogió con mucho más gozo que si hubieran sido las últimas sedas que ofrecían los sastres de Adua. Esas sedas, al fin y al cabo, no le salvarían la vida. Aquello era posible que sí.

Tenía las botas tan rebozadas de suciedad que nadie habría dicho que costaban más que una casa en aquel barrio, pero sus enaguas, asquerosas por la mugre, pesadas como una armadura por el agua del río, podrían delatarla. Intentó desabrochar los cierres con dedos ensangrentados y terminó serrándolos con su espada doblada. Se quedó agachada en aquella apestosa ribera con solo sus bragas pegajosas bajo la cintura. El corsé tendría que dejárselo puesto, rajado como estaba y con una ballena suelta. No tenía forma de llegar a los cordones.

Se puso por encima el abrigo enlodado, una prenda en la que ni siquiera la mendiga había visto ningún valor. Hedía a podredumbre con un matiz químico que se quedaba en la garganta, pero Savine no podía estar más agradecida. Por lo menos, nadie la reconocería como aquella pionera de la moda, aquel azote de los bailes y los salones, aquel terror de inventores e inversores llamado Savine dan Glokta.

En ese momento no había nada que deseara más que excavarse una madriguera entre los desperdicios y esconderse. Pero llegarían buscándola. Sabían quién era. Quién era su padre. A esas alturas ya habrían derribado la puerta de la oficina y encontrado el tablón suelto. Estarían siguiendo su rastro sanguinolento, a través de las máquinas, más allá de la noria. En cualquier momento iban a encontrarla.

Rascó fango de la playa y se lo extendió por el cuero cabelludo rapado y por la cara. Se encorvó como había visto hacer a la vieja vagabunda y empezó a arrastrar una bota mugrienta al andar. Casi ni siquiera tenía que fingir la cojera, porque se había torcido el tobillo en algún momento y empezaba a dolerle. Le dolía todo. Se arrebujó

con el maloliente abrigo, comprobó que la espada estaba oculta en su interior y siguió renqueando, dejando atrás un valor de doscientos marcos en la mejor tela gurka hecha jirones sobre la gravilla.

Rebasó un murete y llegó a la calle que había detrás de la planta textil. La calle en la que había visto antes a los hombres armados. Notó que algo le rozaba el cuello. ¡Por los Hados, los pendientes! Aquellos tan chillones que había escogido Lisbit. Se los quitó y estaba a punto de tirarlos cuando pensó en lo que podrían valer. Los guardó en el forro rasgado del corsé.

El sonido de las máquinas había cesado. Solo quedaba un lejano estrépito de metal golpeando, tela rajándose, cristal destrozándose. Se llamaban los Rompedores, a fin de cuentas. Por lo que a Savine respectaba, podían destruir la ciudad entera siempre que a ella la dejasen de una pieza.

Se acercó despacio a la esquina de la pared y asomó los ojos para ver el portón de la planta textil.

Allí estaba el carruaje, exactamente igual que cuando había subido en él esa misma mañana, el cochero sentado con la barbilla metida en la bufanda, uno de los caballos cabeceando y haciendo tintinear los arreos. Todo extrañamente seguro y normal en la calle desierta.

Con un gimoteo de alivio, Savine cojeó en su dirección.

La gente pequeña

Lisbit estaba practicando la forma de sentarse recta. No estaba segura de cómo lo hacía lady Savine para que el cuello le quedara como le quedaba. No podía tener más huesos en él que todos los demás. Pero Lisbit había estado estudiándola, a cada momento libre, y acabaría pillándole el truco. Había que echar hacia atrás los omóplatos hasta que diera la sensación de que iban a tocarse, y entonces no era exactamente levantar la barbilla, sino más o menos levantar el cuello entero y...

Se dejó caer contra el respaldo, soltando los hombros. Maldición, cuánto costaba. Abrió el reloj, dedicó un momento a calcular qué hora era y lo cerró de golpe, sacándole aquel chasquido tan encantador. Lady Savine estaba tardando mucho, pero Lisbit esperaría, por supuesto, porque eso era lo que hacía una dama de compañía. Esperaría hasta que se pusiera el sol si hacía falta. Así de leal era. Mucho mejor que esa puta marrón de Zuri, que miraba por encima del hombro y daba órdenes a las personas decentes como si fuese mejor que ellas. Pues bien, no era mejor que Lisbit, y ella iba a demostrarlo. Por fin le había llegado su oportunidad y pensaba aprovecharla. Enderezó uno de los elegantes dobladillos de la manga del elegante vestido nuevo que llevaba, dio una palmadita en el reloj que reposaba sobre su corazón, magnífico con su hermosa cadenita. Lisbit Beech, dama de compañía. Es que hasta sonaba bien. Se lo merecía. Más que la zorra de Zuri. ¿Y qué clase de nombre era ese, a todo esto? Era un nombre que se le pondría a una muñeca.

Aquella puta bruja marrón tenía a todo el mundo convencido de que era quien más sabía de todo. Y ahora tenía intención de traerse también a sus hermanos. Y lady Savine le había dicho: «¡Claro, tráelos! ¡Que vivan aquí, donde tiene que vivir la gente decente!».

Lisbit no se lo podía creer. Como si no hubiera ya bastantes de ellos en Midderland. Ella quería ser amable. Era una persona generosa. Tenía un gran corazón, que preguntaran a cualquiera. Siempre daba cobres a los vagabundos cuando le sobraba alguno. Pero tenía que haber un límite. La gente de la Unión tenía sus propios problemas sin que llegara una horda de hijos de puta marrones en tropel y trajera más. ¡Ya estaban hasta en el último rincón de Adua! Había partes de la ciudad donde las personas decentes ya casi no se atrevían a entrar.

Sacó su espejito para mirarse la cara. Aquel dichoso calor era lo peor para el maquillaje. Mientras chasqueaba la lengua, disgustada por el color de sus mejillas, le pareció entrever por la ventanilla a un mendigo que cojeaba calle arriba, derecho hacia el carruaje. Un mendigo con un abrigo asqueroso al que le faltaba una manga, en vez de la cual se le veía un brazo flacucho. Pensó que quizá fuese una mujer y frunció los labios, asqueada. No podía ser más roñosa, con el pelo rapado cubierto de una capa de mierda y sangre y a saber qué más. Parecía enferma. Lo último que necesitaba Lisbit cuando regresara lady Savine era a una tullida enferma con la mano extendida.

Bajó la ventanilla y gritó:

—¡Largo de aquí, joder!

Los ojos rojos de la mendiga se desviaron a un lado y entonces se apartó del carruaje y se marchó cojeando, más encogida que antes.

Un momento después, alguien abrió de sopetón la portezuela del otro lado del carruaje con gran estrépito. Un hombre entró agachado. Era un hombre grande con ropa de trabajo y una enorme mancha de hollín a un lado de la cara. Irrumpiendo en el carruaje de lady Savine, habrase visto el atrevimiento.

—¡Fuera! —restalló Lisbit, furiosa.

Pero el hombre no salió. Había más hombres apelotonados detrás de él, caras lascivas en las ventanillas, manos sucias intentando agarrarla.

—¡Socorro! —chilló, encogiéndose contra la puerta—. ¡Socorro!

Y empezó a dar iracundas patadas al de la mancha de hollín y le

acertó una buena en la mandíbula, pero uno de los otros le cogió el tobillo y tiraron de ella mientras gritaba hasta sacarla del carruaje y hacerla caer al albañal, y de repente fue como si estuviera ahogándose en un mar de manos que agarraban y botas que pisoteaban y rostros furiosos.

—¿Dónde está?

—¿La hija del Viejo Palos?

—¿Dónde está esa zorra Glokta?

—¡Yo solo soy la maquilladora! —gañó Lisbit.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando. ¡Un robo! ¡Una revuelta! Habían derribado al cochero del pescante y estaban dándole puntapiés y más puntapiés mientras él se quedaba acurrucado en el suelo tapándose la cabeza con las manos ensangrentadas.

—Vamos a darte una oportunidad.

—Yo soy solo...

Alguien le pegó. Un golpe sordo y la cabeza de Lisbit se estrelló contra el adoquinado y la boca se le llenó de sangre. Alguien la levantó tirándole del pelo. Cedió alguna costura. La manga de su chaqueta estaba medio arrancada y el encaje colgaba suelto. Alguien estaba registrando su bolso, tirando al suelo sus bonitos tarros de pintura y polvo, pisando sus pinceles contra la calle.

—Metedla dentro y no tardará en decirnos lo que sabe.

—¡No! —gimió ella, y la cadenita del reloj le raspó la cara cuando alguien se lo arrancó—. ¡No! —Y todos se reían mientras la arrastraban por el portón—. ¡No! —Intentó aferrarse al marco, pero uno la tenía cogida por el brazo izquierdo, otro por el derecho y un tercero por el tobillo izquierdo—. ¡No! —Su zapato derecho pateó impotente el suelo. Con lo bonito que era. Con lo orgullosa que había estado de ponérselo—. ¡Yo soy solo la maquilladora! —aulló.

—¡Parad! —rugió Kurbman, y apartó a un hombre de su camino y luego a otro—. ¡Parad! —Cogió por el cuello a un chico que había metido una mano ansiosa bajo la falda desgarrada de la chica y lo tiró al suelo—. ¿Es que habéis olvidado quiénes somos? ¡No somos

animales! ¡Somos Rompedores!

En ese momento, mientras las caras enloquecidas de los demás se volvían hacia él, tuvo sus dudas. Pero siguió gritando de todas formas. ¿Qué iba a hacer si no?

—Hemos hecho esto para dejar de ser víctimas, no para hacer víctimas de ellos. ¡Somos mejores que eso, hermanos! —Y empezó a gesticular, tratando de hacerse entender—. ¡Hemos hecho esto para traer el Gran Cambio! Por la justicia, ¿recordáis?

Pero sabía que no era así, por supuesto. Algunos lo hacían por justicia, otros por venganza, otros en beneficio propio y otros por la oportunidad de descontrolarse, y tampoco era que no hubiera espacio para una mezcla de varias cosas. En momentos como ese, con todo el mundo ebrio de victoria y violencia, hasta los mejores podían pervertirse. Aun así, quedaban todavía los suficientes del primer grupo para que la duda pudiese enraizar.

—¿Estás pensando en soltarla? —preguntó alguien.

—Nadie va a soltar a nadie —dijo Kurbman—. Los juzgarán junto a los demás. Un juicio justo. Un juicio como debe ser.

—Yo soy solo la maquilladora —jadeó la chica, los polvos de su cara surcados de lágrimas.

En ese momento, otros dos hombres salieron arrastrando a Vallimir, que tenía la ropa destrozada y la cara llena de sangre y los ojos apenas abiertos. Un chico le escupió. Otro gruñó:

—¡Cabrón de mierda!

Kurbman se puso delante de él con las manos levantadas.

—Tranquilos, hermanos. No hagamos nada que vayamos a lamentar.

—Yo no lamentaré nada —espetó alguien.

—Y yo no soy tu hermano —dijo otro.

—Si no tienes agallas para hacer esto, déjaselo a los que sí —dijo un tercero, como si incorporarse a una turba fuese todo un acto de valentía.

Las cosas podrían haberse puesto feas en ese momento, o más feas, en realidad, de no ser por unos prisioneros a los que traían con un rumor metálico por la calle. Serían unas dos docenas, tal vez, con mucha ropa cara destrozada y muchas caras orgullosas

magulladas, perplejas y lacrimosas, sujetos en parejas a una larga cadena. Había cinco Rompedores a su cargo, con grilletes caseros colgando de sus cinturones, encabezados por un viejo cabrón de rasgos duros al que Kurbman conocía de las reuniones, aunque creía que nunca lo había oído hablar.

—¡Hermano Lock! —gritó, y el hombre detuvo su lenta columna —. ¿Te los llevas al juzgado?

—Eso es.

—Tengo a otros dos.

Kurbman sacó a la chica de entre los hombres y, pese a las protestas de sus camaradas, se la entregó a un hombre de barba rubia que empezó a maniatarla a la cadena. Joder, pero si uno de los prisioneros era Self, el capataz del tercer pabellón en la fábrica de vidrio de Resling, con los ojos hacia el suelo y una enorme hinchazón ensangrentada en la mejilla. Self era buena persona. Siempre había hecho lo mejor que podía para los suyos. Kurbman tragó saliva. Añadir a esa gente a la cadena era lo mejor que él podía hacer. Quitarle los grilletes a alguien seguramente llevaría a su propia muerte.

—Yo soy solo la maquilladora —gimoteó la chica mientras encadenaban a Vallimir a su lado, con la cabeza gacha y el pelo apelmazado por la sangre.

Kurbman se volvió de nuevo hacia los trabajadores y la voz le salió quebrada.

—¡Tenemos la oportunidad de crear un mundo mejor, hermanos! Mejor, ¿lo entendéis? Pero tenemos que hacerlo bien.

Con un tirón de la cadena, obligaron a Resling y los demás a marchar otra vez. O, en todo caso, a tropezar, tambalearse, sollozar y gemir, vigilados por media docena de hombres musculosos con ropa de trabajador y palos en sus sucios puños.

—Hijos de puta —murmuró entre dientes.

Él era Karlric dan Resling, y se encargaría de que los ahorcaran a todos.

Pasaron junto al ardiente cascarón de un carruaje. La calle

estaba llena de basura. Madera rota, cristal roto. Resling se encogió cuando algo salió despedido de una ventana de arriba: un enorme escritorio que quedó destrozado contra el suelo mientras los papeles se dispersaban sobre los adoquines.

Había algunos hombres cerca, mirando. Uno se comía una manzana. Otro reía. Era una risa aguda, como nerviosa.

Los hombres habían entrado por la fuerza en el puente. Es decir, en su oficina, pero él la llamaba el puente. Siempre le habían encantado las metáforas marineras.

—¡Fuera de aquí, maldición! —Gritar siempre había hecho que bajaran la mirada—. ¡Fuera! —Pero esa vez no. ¡No había podido creérselo! ¡*Aún* no podía! ¡Pero si él era el almirante! ¡Era Karlric dan Resling!

Lo habían sacado a rastras de detrás de su mesa.

—¡Malditos seáis!

Lo habían arrastrado por su propia cubierta. Es decir, por la planta de la factoría, llena de desperdicios de sus propios empleados, que trabajaban con más vigor que nunca, ¡solo que destruyendo las máquinas que tendrían que haber estado operando!

—¡Malditos seáis todos!

Después de todo lo que había hecho por aquellos hombres, por aquella ciudad. Le habían puesto grilletes, lo habían atado a esa dichosa cadena, junto a otras dos docenas de impotentes desafortunados, como esclavos en la puta Gurkhul.

—¿Cómo os atrevéis?

Eran un grupo variopinto. Al hombre que había allá delante con la chaqueta rajada, Resling lo conocía de vista. ¿Era abogado, tal vez? A su lado iba la mujer de aquel idiota, ¿cómo se llamaba? ¿Sirisk? La chica que acababan de atar a la cadena parecía más una puta doncella que una dama. Sus mejillas surcadas de lágrimas eran rosas como las de una granjera. ¿Adónde los llevaban? Aquello no tenía sentido. Nada de aquello tenía sentido.

Una mujer con la cara pintada de colores chillones se asomó por una ventana superior, riendo, riendo, y empezó a tirar al aire grandes montones de papel. Cuentas. Recibos. Escrituras. Aleteando como un confeti demencial, cubriendo los adoquines,

remolinos de elaborada caligrafía manchándose en la mugre.

Era más que una huelga. Más que unos disturbios. No era solo su fábrica ni la fábrica de al lado. ¡Las calles estaban infectadas por la revolución! Estaba por todas partes. El mundo se había vuelto loco de remate.

¿Qué habría pensado su querida Seline al ver su adorada ciudad degradada a aquello? Seline, que pasaba las tardes dando sopa a los desamparados. Alimentando a esos gorrones de mierda. Quizá fuese una suerte que el apretón se la hubiera llevado en aquel crudo invierno, a pesar de todo el dinero que Resling había prodigado en médicos. Había sido para bien. Tal y como se había dicho en su funeral.

En una calle lateral vio a unos hombres que derribaban un carro y volcaban su cargamento de barriles en los adoquines.

—¡Serán hijos de puta! —rugió al guardia más cercano. Al rompedor más cercano. Al traidor más cercano—. Soy Karlric dan Resling, y me encargaré de que os...

El hombre le dio un puñetazo. Fue tan inesperado que Resling tropezó y su trasero dio contra el suelo, casi derribando también a la mujer que iba delante de él. Se quedó sentado en el polvo, pasmado, con sangre burbujeándole en la nariz. Nunca le habían dado un puñetazo antes. Nunca en la vida. Decidió, con gran firmeza, que no quería que le dieran otro jamás.

—Levanta —dijo el hombre.

Resling se levantó. Tenía lágrimas en los ojos. ¿Qué pensaría su querida Seline si lo viera en esos momentos?

Él era Karlric dan Resling. Era el almirante, ¿verdad?

Ya no estaba tan seguro.

—Hijos de puta —gimió el hombre que iba al lado de ella, pero ya era solo un balido débil y quejumbroso. Aun así, era tentar al destino.

—¡Cállate! —le siseó Condine entre lágrimas—. Solo vas a empeorar las cosas.

Pero ¿aquello podía empeorar? Pasaban hombres haciendo

ruido junto a ellos, rostros feroces, puños apretados, palos y hachas. Gritaban, aullaban, ruidos animales que apenas sonaban como palabras. Uno se agachó acercándose a ella, le enseñó los dientes y Condine se encogió mientras todos se alejaban corriendo.

Las lágrimas le caían por la cara. Llevaba así desde que los hombres habían abierto de una patada la puerta de la tetería donde había estado difundiendo los rumores de Savine dan Glokta. No había ninguna necesidad de patear la puerta. Podrían haberla abierto. Con lo bien que sonaba siempre la campanilla.

Su padre siempre se había impacientado cuando ella lloraba. «Tienes que endurecerte, chica.» Se enfurecía, como si las lágrimas de Condine fueran un ataque injusto dirigido a él. A veces le había dado algún cachete, pero los golpes parecían haberla vuelto menos dura, no más. Su marido, en cambio, había optado por una especie de benigna negligencia. La idea de que se interesara lo suficiente por ella como para pegarle era absurda. Encadenarla era la mayor atención que nadie le había prestado en años.

La hilera de prisioneros pasó arrastrando los pies por delante de una gran factoría incendiada que vomitaba humo al cielo lúgubre, cada vez más oscuro. Un sonoro estallido al reventar una ventana, que hizo llover a la calle cristal, llamaradas, basura incandescente, listones y trozos de pizarra, y Condine levantó una mano para protegerse del calor, que le secaba las lágrimas de la cara tan deprisa como ella podía derramarlas.

Una rebelión obrera había sido el trasfondo de uno de sus libros favoritos, *Perdida entre los trabajadores*, en el que la hermosa hija del propietario de una factoría era rescatada de un incendio por el empleado más rudo de su padre. Los bordes de las páginas del pasaje en el que la joven por fin se entregaba a él entre las máquinas estaban bastante desgastados. A Condine siempre le había gustado en particular la descripción de los brazos del hombre, tan fuertes y tan gentiles.

Allí había brazos fuertes. Gentiles, no. Vio a hombres dando salvajes puntapiés a la puerta de una tienda. Otros estaban llevándose una alfombra de una casa. Los ojos de Condine, entre picores y sollozos, saltaban sobre gritos, gemidos, sonidos

enloquecidos. Horrores mezquinos por todas partes. No había ni una pizca de romanticismo en nada de ello.

Una mendiga con un abrigo mugriento iba siguiéndolos a cierta distancia. ¿Por qué? Estaban yendo hacia el infierno. Ya habían llegado a él.

—Hijos de puta —sollozó el hombre que tenía detrás.

—¡Calla! —le espetó Condine, furiosa.

El hombre que iba delante volvió la cabeza con expresión adusta.

—Callaos los dos.

Colton apartó la mirada de la gimoteante y llorosa pareja de detrás, negando con la cabeza. Era el problema de los ricachones, que no tenían ni idea de cómo afrontar las desgracias. No tenían práctica. Se rascó la piel irritada debajo de los grilletes. Eran unos trastos caseros, con bordes sin pulir, que raspaban. Pero Colton estaba acostumbrado a que las cosas rasparan.

No había querido hacerse guardia. Pero le ofrecieron una casaca. Y comidas, aunque fuesen malas, y una paga, aunque fuese una mierda. Y llegados a aquel punto, ¿qué opciones tenía? Habría hecho de puto *perro* guardián si le hubieran puesto una caseta. Los principios estaban muy bien, pero solo después de haberse asegurado un techo.

Pasaron al lado de tres figuras agachadas en el suelo. Casacas rojas rasgadas, con manchas oscuras. Soldados. Si el ejército no podía detener esa locura, ¿qué esperanza tenían los demás?

Siempre creyó que terminaría siendo tejedor, como su padre. Hubo unos años dorados, justo después de que Cursnbick patentara su máquina de hilar, cuando los carretes salían de las factorías tan deprisa que casi los regalaban, y de pronto hubo una gran demanda de tejedores. Se los veía vestidos como reyes y caminaban pavoneándose. Y sí, los hilanderos pasaron una mala racha, pobres desgraciados, pero eso era problema suyo.

Entonces, más o menos cuando Colton estaba terminando su aprendizaje, llegó la máquina de tejer de Masrud y, antes de que

transcurrieran tres veranos, los tejedores empezaron a sufrir lo mismo que habían sufrido los hilanderos, es decir, desgracias. Y lo suyo fue peor, porque muchos hilanderos se habían pasado al oficio de tejedor, que era donde había estado el dinero, pero el dinero ya no estaba allí tampoco.

De modo que Colton se había quedado sin trabajo. Llegó a Valbeck, donde todos decían que siempre había trabajo, pero a todo el mundo se le había ocurrido la misma idea. Así que se había hecho guardia. La gente lo miraba como si los hubiera traicionado. Pero le había hecho falta la casaca. Le habían hecho falta las comidas. Y allí estaba, sujeto a una cadena junto a un montón de hijos de puta ricos. Como si de una broma cruel se tratara, hasta le habían robado la casaca. No le parecía justo. Pero claro, que preguntaran a los hilanderos lo que era justo y lo que no.

Ladraba un perro mientras iban llegando al puente. Brincaba enloquecido dando vueltas a un carro del que unos niños estaban robando el cargamento de cajas, ladrando a nadie, ladrando a todos. Aquella mujer seguía sollozando detrás de él. Los ricachones no tenían ni idea de cómo afrontar las desgracias. No tenían práctica. Colton supuso que ahora empezarían a practicar un poco.

—Alto —dijo el rompedor que estaba al cargo de la cadena, y la columna se detuvo a trompicones en el puente.

Lo más raro era que Colton lo conocía. Se llamaba Lock, creía recordar. Había sido tejedor en los viejos tiempos. Lo recordaba con el padre de Colton, riendo juntos en una reunión del gremio, antes de que su padre muriera y el gremio se desbandara. Se había convertido en un cabronazo repelente. Igual que muchos otros tejedores. Sobre todo por culpa de la máquina de tejer de Masrud.

Lock fue al antepecho del puente y miró ceñudo el agua.

Un agua asquerosa, llena de espuma y basura, manchada de brillante aceite. Se había quedado allí de pie muchas veces. En aquel preciso lugar. Pensando en el agua. Después de que muriera su esposa. Costaba imaginar, en ese verano tan caluroso, lo duro que había sido aquel invierno.

Quizá acabara con ella el frío, o el hambre, o el apretón, o tal vez fuera que se quedó sin esperanzas. Al final, no había forma de calentarla. Se puso cada vez más enferma y un día ya no despertó. Su hijo siguió sus pasos dos noches más tarde, con solo ocho años. Su hija fue la última en morir, justo antes del deshielo. En realidad ya no recordaba qué aspecto habían tenido. No los recordaba vivos. Pero los recordaba muertos. Había dormido unas pocas noches al lado de ellos, mientras el suelo se ablandaba. Unas últimas noches juntos.

Recordaba el entierro. Una sola tumba, y suerte había tenido de conseguirla, con tantas muertes. Su mujer al fondo y los niños encima, como si estuviera abrazándolos, tal vez. Al mirarlos, Lock había pensado que ellos eran los afortunados. Deseó estar con ellos. No había llorado. No sabía hacerlo. El enterrador le había puesto una mano en el hombro y le había dicho: «Tienes que venir a una reunión, a oír hablar al Tejedor».

Recordaba haber apartado la mirada y ver a unos ricos pasear cerca, riendo. No se reían de él ni de sus desgracias. Ni siquiera habían reparado en su presencia. Era como si vivieran en un mundo distinto del de Lock y los suyos.

Pero ya no.

Se volvió para mirarlos.

Algunos hombres sangraban y algunas mujeres lloraban, pero Lock no sintió lástima. No sintió nada. Llevaba mucho tiempo sin sentir nada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó uno. El hombre de la boca ensangrentada—. Exijo saber qué...

—¡Calla! —chilló la chica del vestido destrozado y las mejillas rojas—. ¡Cierra el puto pico, mamón de mierda!

Lock miró la pesada cadena. Ninguno de ellos podría nadar enganchado a aquella cosa. Lo único que tenía que hacer era empujar a la primera pareja y todos caerían arrastrados detrás y se hundirían hasta el fondo del río, y listos.

Sabía que no sería justicia.

Pero se preguntó si tal vez se acercaría lo suficiente.

Dos hombres perseguían a otro con palos en las manos, riendo

mientras le pegaban. Hicieron que tropezara, volvieron a levantarlo y siguieron pegándole. Había una mendiga agachada en un portal al pie del puente que miraba a Lock con ojos brillantes.

El viejo rompedor que dirigía la columna clavó la mirada en ella y Savine retrocedió doblando la esquina, encorvada en su apestoso abrigo.

No se atrevía a subir al puente, donde quedaría atrapada e indefensa. Solo había seguido a los prisioneros porque tampoco sabía qué otra cosa hacer. Por lo menos, con ellos por delante, no se sentía sola del todo. Pero no podía ayudarlos. Ellos tampoco podían ayudarla a ella. No había ayuda posible para nadie.

Su cuerpo estaba desesperado por correr, hasta el último músculo dolorido por la tensión, pero no había hacia dónde escapar. Lo único que podía hacer era escabullirse por las calles repletas de papeles rotos, carros volcados, caballos degollados y maquinaria destrozada, con la espada aferrada bajo el trapo fétido que era su abrigo, tratando de encontrar algún escondite. Algún agujero en el que pudiera razonar sobre lo que había ocurrido y pensar alguna manera de escapar de ello. Algún lugar al que no hubiera llegado la demencia. Pero tardó poco en darse cuenta de que estaba por todas partes. Se extendía como una enfermedad. Como un incendio. La ciudad entera había perdido el juicio. El mundo entero.

Se encogió al oír un chillido de mujer, amortiguado casi al instante. Vio cuerpos moviéndose en un callejón, una mujer obligada a bajar al albañal, piernas pateando, un pie cubierto por una media, un zapato rayado.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Savine podría haber hecho algo. Llevaba espada. Pero en vez de eso, siguió adelante a toda prisa y los chillidos enloquecidos se difuminaron enseguida entre los gritos, los golpes, los ladridos de los perros. Oyó un crujido, alzó la mirada y reculó contra la pared. Un cuerpo se balanceaba colgado de una chaveta en la fachada lateral de un edificio. Un cuerpo bien vestido, maniatado, con el pelo canoso revuelto. ¿Algún propietario de factoría? ¿Algún ingeniero?

¿Algún conocido suyo, con quien había reído en alguna ceremonia?

Siguió renqueando con los ojos fijos en el suelo, que fue cambiando del empedrado más nuevo a los viejos adoquines, a tierra salpicada de paja, a fango lleno de surcos. Calles más estrechas, alejadas del río, apartadas de las factorías. Los edificios fueron cerniéndose cada vez más sobre ella hasta que recorrió malolientes zanjas pavimentadas solo con los desechos de los sótanos, ventanucos a la altura de sus botas, ropa miserable aleteando por encima como puñados de banderas alocadas, pequeños rincones de la calle convertidos en corrales donde los cerdos daban guarridos y chillaban y se revolcaban en la porquería.

Una lobreguez incluso más infernal que la de costumbre había descendido sobre la ciudad al ponerse el sol, y el humo de los edificios incendiados avanzaba por las calles. Las siluetas aparecían y se esfumaban, como fantasmas en la espesa penumbra. Savine estaba completamente perdida. Valbeck se había transformado en un laberinto de horrores del que no había escapatoria. ¿Podía seguir siendo el mismo mundo en el que ella había presidido las reuniones de la Sociedad Solar, cambiando vidas con una sacudida de abanico?

De pronto, la gente estaba desperdigándose como un banco de peces, chillando de terror. Savine no sabía de qué huían, pero el pánico era más contagioso que la peste y corrió, corrió sin pensar hacia ninguna parte, la costosa respiración raspándole en la garganta irritada, el abrigo podrido fustigándole las rodillas peladas. Vio a un hombre meterse en un callejón, lo siguió y estuvo a punto de chocar con él cuando el hombre dio media vuelta, con una pata de silla rota en la mano.

—¡Atrás!

Tenía la cara tan desquiciada que apenas parecía humano. El hombre le dio un empujón y Savine cayó, se mordió la lengua, se quedó tirada de cualquier manera en la calle y estuvo a punto de cortarse con la espada cuando rodó hasta el albañal. Alguien le dio una patada en un costado al pasar corriendo y tropezó con ella. Savine se levantó y siguió cojeando, crispando el semblante por sus nuevas magulladuras.

¿Podía ser esa misma mañana cuando había estado charlando de tonterías en la recargada mesa del desayuno de la señora Vallimir? Qué aromática es esta infusión, ¿quién la importa? ¿Podía ser solo una hora antes cuando había estado cavilando sobre el precio de los niños con el coronel? ¡Su nuevo cinto para la espada, qué maravilla de la artesanía! Seguro que a esas alturas ya habían asesinado al coronel y a su esposa, y Savine dan Glokta era un recuerdo. Una historia fantasiosa que le habían contado.

Si el destino le permitía sobrevivir a aquella pesadilla, sería mejor persona. Sería la buena persona que siempre había fingido ser. Dejaría de apostar. Dejaría de ser una serpiente ambiciosa. Con que el destino le permitiera sobrevivir. Al poco tiempo, cayó en la cuenta de que estaba murmurando entre dientes con cada aliento gimoteante.

—Por favor, haz que viva... Por favor, haz que viva... Por favor, haz que viva...

Como un poema. Como una plegaria. Siempre se reía cuando Zuri hablaba de Dios. ¿Cómo podía una persona tan lista creer en algo tan estúpido? En esos momentos, Savine intentó creer también. Deseó poder creer.

—Por favor, haz que viva...

Llegó cojeando a una plaza de adoquines hendidos, al fondo de la cual ardía un gran edificio. Las llamas brotaban detrás de negras columnas y la ceniza caía flotando ante el anochecer sangriento. En el centro se alzaba una estatua de Harod el Grande. Había gente congregada en torno al pedestal, dando martillazos a las piernas. Otros le habían atado cuerdas en torno a los hombros y se esforzaban en derribarla. Una multitud encandilada miraba, con antorchas en las manos, chillando de gozo y rabia, maldiciendo con voces rudas. Sonaba música, una flauta y un violín silbando y aserrando, y una mujer bailaba como loca, la falda harapienta y el pelo harapiento arremolinados. Y había un hombre. Un hombre gordo desnudo que se movía sin gracia. La atmósfera era de jolgorio enajenado.

Savine se quedó allí mirando, más que desesperada, más que exhausta. Estaba sucia como una cerda. Estaba sedienta como una

perra. Casi tuvo ganas de reír. Casi tuvo ganas de llorar. Casi tuvo ganas de unirse al baile y rendirse. Se apoyó sin fuerzas contra una pared, intentando respirar. Intentando pensar. Pero aquella música de locos no le dejaba espacio en la cabeza.

Siluetas, negras contra los fuegos, titilando por su calor. Un hombre alto con un sombrero de copa, chillando, señalando.

—¡Derribadla! —bramó Chispas.

Era un puto rey, y aquella plaza era su reino, y no toleraría que hubiera otro rey dentro de sus fronteras.

—¡Derribadla!

A lo mejor, a su debido tiempo haría levantar otra estatua allí arriba. Una estatua de él, con el sombrero de copa que acababa de robar y que tan elegante le quedaba.

Chispas no tenía miedo de nada. Cuanto más lo decía, a todos los demás y a sí mismo, más cierto se volvía. Acres había tenido miedo de todo. Se había escondido para llorar en la despensa cuando los hombres iban a visitar a su madre. Chispas odiaba a ese capullo rastrero y debilucho, asustado de todo, así que se lo había quitado de encima, igual que una serpiente cambiaba de piel. Chispas no tenía miedo de nada.

Sonrió a los bailarines, que se tambaleaban con andares de pato, en diversos grados de desnudez, azotados y humillados.

—¡Igual tendríamos que colgar a un hijoputa de estos! —Lo gritó más alto que nunca, para que todo el mundo viera que no tenía miedo de nada—. Será una lección para los demás.

—¿No deberíamos esperar a la Jueza? —preguntó Framer.

Chispas tragó saliva. No tenía miedo de nada, pero la Jueza era un caso aparte... no solo porque estuviera loca, sino porque de algún modo se las ingeniaba para volver locas a otras personas. Como si ella fuese una cerilla y los demás la yesca. Y nunca se podía estar seguro de lo que opinaría sobre nada. Tal vez le encantara lo que Chispas había hecho con la plaza. O tal vez lo encontrara chabacano. Aquellos ojos negros podían deslizarse hacia él, mientras enseñaba la punta de la lengua entre los dientes.

«¿Esto no es un poco de mal gusto, Chispas?», diría, y entonces todos lo mirarían a él, y se le secaría la boca y le tiritarían las rodillas, igual que le pasaba antes a Acres, cuando se escondía en la despensa.

—Pero ¿qué dices? —chilló. Como siempre, el miedo lo ponía furioso. Asió a Framer por la chaqueta raída. Al muy imbécil ni se le había ocurrido robar mejor ropa a algún cliente del burdel—. ¡Aquí el puto jefe soy yo, gilipollas! Esta puta plaza es mía, ¿estamos?

—Muy bien, muy bien, la plaza es tuya.

—¡Exacto! ¡Y quemaré lo que me dé la gana! —Chispas subió con andares pomposos por el montón de papeles hasta la cima de la pira y rodeó con el brazo al desgraciado que tenían atado al poste en su centro—. Quemaré a *quien* me dé la gana. —Levantó la antorcha por encima de la cabeza y el fuego en la oscuridad hizo que volviera a sentirse valiente—. ¡Soy el rey de esta puta plaza! ¿Lo entendéis?

Y revolvió la cabeza caída del desgraciado con la mano y entonces, como tenía el pelo todo lleno de vino y sangre, tuvo que limpiársela en el pecho ensangrentado de la camisa. Luego bajó de un salto, cogió la botella de la mano de Framer y le dio un trago. El alcohol le ayudaba a sentirse valiente. A sentir que Acres estaba muy lejos, y la despensa también, y hasta la Jueza.

Sonrió mientras contemplaba su obra. Aún no había decidido si quemaría a aquel desgraciado o no. Se había empezado a decantar por no prenderle fuego, pero a medida que caía la noche, empezó a plantearse si un hombre en llamas no quedaría bien como atracción central.

—Socorro —gimoteó Alinghan.

Pero no había nadie que pudiera socorrerle. Todos se habían vuelto locos, locos como cabras. Sonrisas llenas de dientes brillantes. Ojos llenos de fuego inclemente. Eran como demonios. *Eran* demonios.

Cuando lo sacaron por la fuerza de su despacho, había estado seguro de que la guardia de la ciudad acudiría. Cuando lo ataron a

la estaca, no había dudado de que la Inquisición llegaría en su rescate. Cuando cayó la penumbra y la gran revuelta degeneró en una orgía de destrucción, había conservado la esperanza de que los soldados irrumpirían en la plaza y pondrían fin a todo aquello.

Pero no había llegado nadie, y el enorme montón de documentos legales y diseños de ingeniería y dictámenes oficiales y grabados obscenos y muebles rotos de las oficinas de la plaza le llegaba ya hasta los muslos.

Era una pira.

No creía que fuesen a encenderla de verdad. No podía ser que se propusieran encenderla. ¿Verdad que no?

En su momento, ya se había preguntado si aquel barrio no sería demasiado inseguro para alquilar allí un despacho. Pero si un ingeniero quería que se lo tomaran en serio, necesitaba un despacho, y los alquileres en las zonas buenas de Valbeck estaban todos por las nubes. Le habían dicho que los Rompedores estaban completamente bajo control. Que les habían dado unas cuantas buenas lecciones. Que los Quemadores eran solo un rumor extendido por quejicas pesimistas que pretendían hundir la ciudad a base de palabras. Le habían señalado la flamante y modernísima filial de Valint y Balk y le habían hablado de aburguesar el vecindario.

En ese momento salían llamas de las ventanas de la flamante y modernísima filial de Valint y Balk, y caían a la plaza ceniza y pagarés ardientes, y las sombras habían vomitado Quemadores por todas partes, de carne y hueso, una legión enloquecida que correteaba haciendo cabriolas a su alrededor con sus antorchas y sus lámparas.

Alguien le dio un bofetón, riendo, riendo. ¿Por qué lo odiaban? Él había mejorado el mundo. Lo había hecho más eficiente. Había introducido innumerables pequeñas mejoras en la maquinaria y el funcionamiento de distintas fábricas. Se había labrado poco a poco una reputación de trabajador aplicado. ¿Por qué lo odiaban?

—¡Ha llegado el día! —estaba aullando alguien—. ¡El Gran Cambio está aquí por fin!

Inhaló una asfixiante bocanada de humo y miró desesperado a

su alrededor para comprobar si su pira se había encendido, pero no. Había tantas hogueras, brillantes a través de las lágrimas impotentes de sus ojos...

—Socorro —murmuró, a nadie.

Bastaría con una antorcha despistada. Con un papel despistado, llevado por el caprichoso viento. Con una chispa despistada. Y cuanto más tiempo pasaba, más salvajes se volvían todos y más probable era su destrucción.

Una mujer se arrancó el vestido, otra le derramó vino sobre los senos desnudos y un hombre metió la cabeza entre ellos como un cerdo en su abrevadero, todos chillando con risa desesperada, como si el mundo fuese a terminar el día siguiente. Quizá ya hubiera terminado. El violinista pasó bailando, tocando música disonante, las cuerdas rotas colgando del diapasón de su instrumento.

Alinghan cerró los ojos. Era como aquella historia de *La Caída de Aulcu*s, llena de caos y desenfreno en las calles. Él siempre había considerado la civilización como una máquina, moldeada en hierro rígido, con cada cosa tachonada en su lugar correcto. Pero en esos momentos le pareció un tejido tan diáfano como el velo de una novia. Un tejido que todo el mundo había acordado dejar en su sitio, pero que podía arrancarse en un instante. Y el infierno acechaba justo debajo.

—¡Amontonad más, cabronazos! —bramó el que llamaban Chispas, el quemador jefe, el demonio jefe, el Glustrod provisional de aquella plaza, y los hombres y las mujeres arrojaron más papeles a la cara de Alinghan, que revolotearon y se enrollaron y se arremolinaron en el aire caliente.

—Socorro —susurró, a nadie.

Pues claro que iban a llegar. La guardia de la ciudad. La Inquisición. Los soldados. Alguien llegaría. ¿Cómo no iban a llegar?

Pero Alinghan se vio obligado a reconocer, mientras miraba aterrado el creciente montón de papeles que rodeaba sus piernas, que era posible que llegaran demasiado tarde para él.

—¡El Gran Cambio! —vociferó alguien, carcajeándose con loco deleite—. ¡Ha llegado el día!

—¡Ha llegado el día! —gritó el cabrón bizco.

Mally nunca se acordaba de su nombre. Un hijo de puta despreciable, había pensado siempre. De los que siempre estaban mirando desde fuera de las ventanas, buscando algo que pudieran afanar.

—¡Somos libres, joder! —chilló el cabrón.

Mally quería ser libre. ¿Quién no iba a querer liberarse? El principio estaba muy bien. Era un sueño bonito poder corretear por el jardín floral con el pelo suelto. Pero Mally no quería liberarse de que le pagaran. Ya lo había probado y acababa doliendo pero cosa mala. Era así como había terminado metiéndose a puta, en un principio. Nadie la había obligado, no exactamente. Era solo que elegir entre ser puta y pasar hambre no era una elección en absoluto.

Habían derribado la puerta del burdel, habían sacado a los clientes arrastrándolos por los pies y los habían puesto a bailar para diversión de todo el mundo bajo el fulgor del banco en llamas, vestidos o desvestidos, como hubieran estado en ese momento. Un corpulento caballero entrado en años se movía cerca del montón de papeles con el sombrero todavía puesto pero los pantalones en los tobillos. Otro tipo, un abogado, creía ella, el que siempre hablaba de caridad y le gustaba taparse la cara mientras le comían el rabo, estaba desnudo como un bebé y las marcas de látigo en su espalda peluda resplandecían a la luz del fuego.

Ver a los parroquianos bailando para ella era un cambio bienvenido, eso tenía que admitirlo, y le traía sin cuidado que el banco ardiera hasta los cimientos, pero la acuciaba la preocupación de quién iba a pagarle la puerta rota. Y detrás de esa preocupación acechaba otra más grande: si pegaban fuego a todos los parroquianos, ¿quién iba a pagar nada al día siguiente?

—¡El Gran Cambio! —El cabrón bizco cogió a Mally por el brazo, tan fuerte que le hizo daño, y estuvo a punto de tirarla al suelo. Era curioso que, siempre que los hombres hablaban de libertad, nunca se refirieran a libertad para las mujeres—. Ha llegado el día, ¿eh? —

le chilló en la cara, con una ráfaga de vaho fétido.

—Sí —dijo ella, sonriendo mientras se soltaba el brazo—. El Gran Cambio.

Pero ¿sería un cambio a mejor? Eso era lo que la inquietaba. A lo mejor, despertaría al día siguiente y el mundo de pronto se habría vuelto cuerdo, y además alguien le habría arreglado la cerradura rota. Pero lo dudaba mucho. Sin embargo, ¿qué podía hacer salvo sonreír mientras capeaba el temporal y confiar en que todo se arreglaría? Por lo menos, en eso tenía mucha práctica.

Vio que Chispas la observaba. Tuvo la sensación de que debía hacer algo cruel, demostrar que era una de ellos. El abogado desnudo pasó trastabillando junto a ella y Mally le puso la zancadilla. El abogado se precipitó al suelo y rodó, y ella lo señaló con el dedo y forzó una risa aullante.

No le gustaba nada, pero elegir entre que le hicieran daño y hacerlo ella no era una elección en absoluto. Ya había estado en el lado de mierda de ese balancín demasiadas veces.

—¡Arriba, cerdo! —gritó alguien.

Randock se puso de pie con esfuerzo, agarrándose el costado, intentando levantar una mano débil y bailar al mismo tiempo. Nunca había sido muy buen bailarín. Ni siquiera yendo vestido. Y para colmo, estaba agotado, sudando como un cerdo a pesar de ir desnudo, y la vieja dispepsia le ardía en la garganta. Pero la dispepsia era la menor de sus preocupaciones.

Le parecía que aquella chica, Mally, le había puesto la zancadilla. La vio señalándolo, chillando y riendo. Randock no lo comprendía. ¡Pero si él la había ayudado, y muchas veces! Asistencia financiera, nacida de la bondad de su corazón. Por eso seguía yendo allí, para ayudar a esas pobres chicas forzadas a una vida de libertinaje en tiempos duros. Si ellas deseaban expresarle su natural gratitud, no sería él quien las humillara rechazándola. Tenía una poderosa conciencia social. Y así era como se lo pagaban, las muy zorras ingratas. ¡Eran unas putas asquerosas, todas ellas!

Pasó junto a la colina de documentos que estaban amontonando

en torno al pobre tipo del traje barato, atado a un poste como si fuese un hereje entre fanáticos, en el salvaje Sur. Tal vez en la pira hubiese algún caso de Randock, a punto de deshacerse en humo. Qué desperdicio. ¡Qué locura! Randock había entregado su vida a la ley. Otro acto de caridad por su parte. Había sudado por sus clientes. ¡Qué meticuloso era! ¡Con Randock se está en buenas manos! Había construido su reputación a partir de eso. Y por eso había sido tan próspera la asociación de Zalev, Randock y Crun. Zalev había muerto unos años antes, claro, a causa del apretón en aquel invierno tan duro, y Crun estaba fuera trabajando en patentes. Se ganaba mucho dinero con las patentes en los últimos tiempos.

Con papel y tinta se podía allanar montañas, había dicho él siempre, dados el suficiente tiempo y los contactos adecuados en el juzgado. ¡Nada era más fuerte que la ley! Pero empezaba a darle la impresión de que el fuego era incluso más fuerte. La ley a solas, sin formas de imponerla, era solo aliento desperdiciado. Se encogió al ver que una parte del tejado del banco se derrumbaba hacia dentro y brotaban llamas y volaban chispas. «Nunca te pongas a malas con Valint y Balk —le había dicho Zalev el día en que entró en el despacho—. Jamás.» Por los Hados, si hasta ellos, con todas sus riquezas y sus secretos y su poder, podían arder, ¿qué estaba a salvo? El fuego ya se extendía hacia el estrecho edificio donde estaba situada su oficina.

Había dedicado toda una vida de trabajo a aquel bufete. Lo había levantado con sus propias manos. Bueno, las suyas, las de Zalev y las de Crun, supuso, pero sobre todo las suyas, ya que Zalev había muerto y Crun estaba dedicándose a las patentes.

Se detuvo a trompicones, resollando, gimiendo, doblándose con las manos en las rodillas mientras la espantosa música seguía rechinando y las putas señalaban y reían y bebían. ¡Qué injusticia! ¡Pero si él solo iba allí para ayudar a las chicas! Era su benefactor. Su mecenas. ¡Una figura paterna! Bueno, no, más bien su simpático tío. En su vecindario lo adoraban. Y ahí estaban ahora, burlándose de él mientras se movía a trompicones en pelotas. Como un oso muy triste que vio una vez en un espectáculo itinerante.

Aun así, podría haber sido peor. Podría haber sido él quien

estuviera atado al poste con toda aquella yesca legal por los tobillos. Se llevó una mano a la boca e intentó tragarse la dispepsia.

Alguien le atizó un golpe y Randock gañó de dolor. Una línea de fuego le cruzó las nalgas desnudas.

—¡Por favor! —jadeó, alzando aquella mano desesperada—. ¡Por favor!

Un tipo menudo con una bizquera muy fea puso una mueca burlona y alzó un látigo de cochero.

—¡Baila, pedazo de mierda gordinflona! —rugió—. ¡O serás tú al que quememos!

Randock bailó.

—¡Ha llegado el día! —chilló Polilla, porque por fin se había producido el Gran Cambio y todo estaba del revés, y la gente que había vivido abajo desde siempre de pronto estaba encima de todo, la escoria transformada en señores, y todo lo que siempre había deseado pero sabía que jamás tendría estaba al alcance de su mano. ¿Quién iba a detenerlo?—. ¡Ha llegado el día!

Volvió a azotar al abogado con el látigo y le dio en los muslos, hizo que tropezara y que cayera de rodillas, el capullo gordinflón. Ese mismo capullo gordinflón que apenas lo había mirado de reojo unos días antes, cuando Polilla le había pedido una moneda. Como si fuera un insecto. Pero ¿quién era el insecto ahora, eh? Polilla los conocía a todos. Los veía, aunque ellos no lo vieran a él. Llevaba la cuenta de todas las afrentas que había sufrido, y ese día iban a saldarse todas las deudas.

—¡Baila, pedazo de mierda gordinflona!

Dio un puntapié al abogado en la mandíbula mientras este trataba de levantarse y lo derrumbó de espaldas. Soltó el látigo, cogió un mazo con las dos manos y empezó a aporrear la estatua de nuevo.

—¡Que te jodan! —chilló al monumento. Era algún rey, algún hombre importante—. Ya no eres tan importante, ¿eh?

Arrancó un trozo de la inscripción. No tenía ni idea de lo que ponía allí. Las letras no serían necesarias después del Gran

Cambio.

—¡Trae eso para acá! —Arrancó una botella de la mano de Framer mientras él intentaba beber, y le derramó licor por encima de aquel gorro tan ridículo que llevaba.

—Serás hijoputa —dijo Framer, limpiándose la cara, pero Polilla se echó a reír y dio otro trago.

Vio a una niña pequeña en un portal, mirándolo. Una niñita marrón con los ojos grandes y oscuros y lágrimas reluciendo en su cara.

Tiró la botella por los aires y rio.

—¡Ha llegado el día!

Hessel dio la espalda a la locura de la plaza. Le daba demasiado miedo. Volvió a meterse por la puerta hacia donde estaba tendido su padre.

—Padre —susurró, tirándole del brazo—. ¡Despierta, por favor!

Su padre se bamboleó con sus tirones, pero no despertó. Tenía un ojo un poco abierto y se le veía una minúscula ranura blanca. Pero no despertó.

Una vez, mientras paseaban por los jardines públicos de Bizurt, donde se decía que el emperador Solkun había plantado diez mil palmeras, su padre le había dicho que llevara siempre un pañuelo para mantenerse limpia y presentable. Lo sacó del bolsillo, lo lamió e intentó secar la sangre de la frente de su padre, pero cuanta más limpiaba, más había. La tela se tiñó de rojo. El pelo grisáceo de su padre se tiñó de negro.

—Por Dios —susurró mientras pasaba el pañuelo, sin saber del todo si estaba blasfemando o rezando. Por mucho que se hubieran esforzado los sacerdotes en instruirla, nunca había sido capaz de distinguir bien las dos cosas—. Por Dios, por Dios, por Dios.

Su padre había dicho que les iría mejor allí. Dawah ya no era un lugar seguro. Primero, habían expulsado de la ciudad a los soldados del emperador, y se hizo el caos, y aquello había sido muy malo. Luego habían llegado los devoradores para imponer otra vez el orden, y eso había sido mucho peor. Hessel había visto a uno, en la

calle Mayor, al anochecer. Había emanado de él una luz terrible. Seguía viéndolo en sueños, aquellos ojos negros y la sonrisa vacía, y la sangre en su magnífica túnica. De modo que habían huido de Dawah. Su padre había dicho que les iría mejor allí.

—Por Dios, por Dios, por Dios...

Pero no les había ido mejor allí. No había trabajo. La gente les escupía por la calle. Habían viajado de un pueblo a otro, y el poco dinero que no les habían robado los marineros en la travesía se les había ido gastando. Habían oído que había trabajo en Valbeck, así que se habían unido a una docena de otros kánticos para estar más seguros en el camino. Había sido un trayecto difícil, y todo para terminar descubriendo que en Valbeck tampoco había trabajo. Si no lo había para los caras blancas, ya no digamos para los de piel oscura. La gente los miraba como si fuesen ratas. Y ese mismo día, todo se había vuelto loco. Hessel ni siquiera sabía quién había golpeado a su padre ni por qué.

—Por Dios, por Dios...

Los sacerdotes decían que, si rezaba cada mañana y cada noche y se mantenía pura por dentro, le pasarían cosas buenas. Ella había rezado cada mañana y cada noche. ¿Lo habría hecho mal? ¿Estaría podrida por dentro, ya que Dios la castigaba?

—Por Dios —gimió, sacudiendo el hombro de su padre—. ¡Por favor, despierta!

No sabía qué hacer. Allí no conocía a nadie. Se habían llevado los zapatos de su padre. Los zapatos, por el amor de Dios, y sus pies descalzos sobresalían por los lados, y Hessel tocó uno suavemente con una mano temblorosa, sus ojos llenos de lágrimas.

—Por Dios —susurró. ¿Qué iba a hacer?

Oyó unos pasos arrastrados. Alguien había rodeado la pared y entrado por la puerta, y estaba agachado, cubierto por un abrigo andrajoso al que le faltaba una manga, mirando con ojos temerosos la plaza, llena de siluetas que se retorcían y daban tumbos al ritmo de la música demencial.

Hessel se acuclilló, enseñando los dientes, sin saber si luchar o gritar. A veces, le habían dicho los sacerdotes, hay que confiar en la bondad de los extraños.

—Por favor —dijo. Le salió como un gritito desesperado.

La mendiga se volvió. Era una mujer. Una mujer pálida con la cabeza afeitada. Parecía estar loca. Tenía franjas de sangre seca procedente de una costra en el cuero cabelludo, y un manchurrón de pintura negra que se extendía desde un ojo rojizo que la miraba fijamente.

—Mi padre... no levanta —dijo Hessel, y las extrañas palabras le brotaron torpes de la boca.

—Lo siento. —El cuello ensangrentado de la mujer se movió al tragar saliva—. No hay nada que pueda hacer yo.

—¡Por favor!

—¡Tienes que guardar silencio! —siseó la mujer, mientras sus ojos se dirigían aterrorizados hacia la plaza.

—¡Por favor! —gritó Hessel, agarrándole el brazo desnudo—. ¡Por favor, por favor!

Empezó a repetir las palabras a gritos, cada vez más altos, sin poder detenerse. Ni siquiera estaba segura de si lo decía en el idioma de la Unión o en kántico.

La mendiga se movió, arrastrando a Hessel tras ella.

—¡Por favor, por favor, por favor!

—¡Cállate de una vez! —chilló la mujer, y la lanzó contra la pared, y Hessel la oyó escabullirse de vuelta hacia la plaza.

Se levantó del suelo y se frotó el lugar donde se había dado un cabezazo contra la piedra. Gateó hasta su padre y lo tocó con delicadeza en el brazo.

—Padre —suplicó—. Despierta, por favor.

Algo que nos pertenece

Savine salió a trompicones del callejón. Detrás de ella, la niña seguía sollozando.

La estridente música había cesado. El baile también. Se volvieron ojos hacia ella. Ojos negros, que reflejaban las llamas en la oscuridad.

Vio el contorno del hombre alto con el sombrero de copa, antorcha en una mano y la otra alzada para señalarla a ella.

—¡Traedme a ese!

Huyó, obligando a sus piernas temblorosas a hacer otro esfuerzo. Se metió por una calle lateral, resbaló en la mugre, cayó en el albañal y volvió a levantarse. Pasó corriendo por delante de una anciana que la miraba y cruzó un patio embutido entre casas diminutas, con un gran montón de ceniza y boñiga y huesos apilado en el centro, a rebosar de gusanos.

Gritos a su espalda, voces entrecortadas y risa entrecortada, pisadas que resonaban en las paredes desconchadas. Se lanzó desesperada contra las puertas que iba pasando, cerrada, cerrada, cerrada, y entonces una se abrió y Savine se internó en las entrañas de un escuálido edificio.

Era una sala con el techo combado y el suelo lleno de harapos y gente estirada durmiendo. Borrachos, intoxicados por las cáscaras, a medio vestir, sus bocas abiertas colgando aleladas, babeando. El hedor era indescriptible. Alguien había hecho un agujero en el suelo y lo usaban de retrete, atestado de moscas. Savine tuvo una arcada mientras pasaba entre los cuerpos, con la boca tapada, hasta que cruzó tropezando una puerta al fondo y salió a un callejón.

—Ahí estás.

Dos hombres por delante de ella. Savine retrocedió, arrastrando las botas por los adoquines, y se encontró con que el callejón no

tenía salida. Una pared desnuda de ladrillo mohoso, sin una sola puerta que probar a abrir. Se volvió despacio, con la respiración atenazada en la garganta. Los hombres se aproximaron con el engreído pavoneo de quienes saben que han ganado. Uno bizqueaba mucho y tenía un palo con un clavo atravesado. El otro llevaba un gorro muy calado sobre un rostro retorcido.

—¡Atrás! —susurró Savine, levantando la mano. Quizá habría resultado más impresionante si no estuviera temblando tanto.

—Es una mujer —dijo Bizco, empezando a sonreír.

El del gorro miró por encima de su nariz torcida hacia el abrigo de Savine, doblado sobre su espada.

—¿Qué escondes ahí?

—No es asunto vuestro. —Savine intentó que la voz le saliera confiada sin esfuerzo, igual que antes. Si sonabas como si estuvieras al mando, ya tenías medio camino hecho. Pero lo que sonó fue un gorjeo trémulo. Sin embargo, aun así su acento resultó evidente.

La sonrisa de Bizco se ensanchó más.

—Y no solo una mujer, sino una verdadera dama. —Se dio con el palo contra la palma de la otra mano y tocó con un dedo el clavo que lo atravesaba—. ¿Estará pasando una mala racha?

—Hoy les pasa a muchas damas —dijo el del gorro, empezando a acercarse.

Savine retrocedió agachada, sin dejar de mirar de uno al otro.

—Os lo advierto...

Bizco se había puesto pensativo.

—Pues igual es ella.

—¿Ella? ¿Quién?

—Savine dan...

—¡Cerrad el pico! —chilló ella. Se le desorbitaron los ojos. Se dio cuenta de que lo había atravesado limpiamente con la espada. Una estocada de libro, de la que Bremer dan Gorst podría haber estado orgulloso.

—Joder —dijo el del gorro, retrocediendo con los ojos muy abiertos.

Bizco soltó una tos estrangulada, dejó caer el palo y se dio

manotazos al pecho, donde estaba la hoja. Intentó decir algo, pero no tenía aliento.

Savine retiró la espada e hizo un profundo corte a Bizco en el lado de la mano. Brotó la sangre, una mancha negra que se expandió por la chaqueta del hombre.

El del gorro salió corriendo y Savine se abalanzó sobre él y le descargó un tajo en la parte trasera del muslo. Tenía mal agarrada la espada, le dio con la parte plana de la hoja y ni siquiera le cortó los harapientos pantalones, pero bastó para hacerlo tropezar y que cayera despatarrado en el albañal.

—¡Por favor! —gimió el hombre, poniéndose a gatas y mirando hacia atrás, tan asustado como lo había estado Savine un momento antes—. ¡Por favor!

Dio un leve silbido cuando la hoja le perforó las costillas, arqueó la espalda y se retorció, con el rostro crispado por la agonía. Savine se arrodilló encima de él para tratar de liberar la espada, pero estaba atascada y el hombre no dejaba de retorcerse, gemir, retorcerse. Oyó gritos calle arriba. Ecos de pisadas.

Dejó allí la espada y corrió, ya con todos los músculos doloridos y los pulmones ardiendo. Aventuró una mirada atrás. Figuras en la tiniebla, enormes, distorsionadas. Vítores y risas, como cazadores tras un zorro. Una silueta inmensa aguardaba delante de ella, un monstruo con mil extremidades erizadas, y Savine resbaló hasta detenerse. Era una barricada, que habían levantado cortando la calle, y las extremidades eran patas de sillas y mesas y un amasijo de maderos. Había un hombre de pie encima de ella. Un hombre que apenas tenía cuello, con el pelo rapado casi al cero y los rasgos ocultos a excepción de unos anteojos que relucían anaranjados, de los nuevos, con montura de alambre fino, diminutos en su cara ancha y con barba de unos días.

—¡Ayuda! —Savine extendió el brazo sanguinolento, su voz un gañido desesperado—. ¡Os lo ruego!

El hombre envolvió la muñeca de Savine con una fuerza irresistible. Durante un instante aterrador, se preguntó si había cometido el peor error de su vida.

El hombre la izó sin ningún esfuerzo y la depositó junto a él.

Savine vio llamas de antorchas que se mecían, casi incapaz de respirar por el miedo, casi incapaz de moverse. Se encogió temblando detrás de un armario roto con cajones y se aferró a la pata de una silla.

Sus perseguidores fueron aminorando la marcha al acercarse. Eran seis, jadeando por la carrera, con palos y garrotes y antorchas en sus puños apretados, y el primero, el más alto, se aproximó con aire arrogante y el sombrero de copa un poco ladeado a propósito.

—Hasta ahí está bien —dijo el hombretón. Una voz tranquila, muy profunda, muy lenta. ¿Cómo podía estar tranquilo? ¿Cómo podía nadie volver a estar tranquilo jamás?

—Habéis construido una buena muralla —replicó Sombrero de Copa, con la burla evidente en su cara sudada y picada de viruelas, en sus ojos salvajes, muy abiertos, ardientes por el fuego reflejado de la antorcha que sostenía bien alta.

—Gracias —dijo el hombretón—, pero voy a pediros que la admiréis desde cierta distancia. —Se desenganchó los anteojos de las orejas y los plegó con sumo esmero—. Lo pediré con buenas maneras. —Se frotó el caballete de la nariz con el índice y el pulgar —. Pero no lo pediré más de una vez.

—Imposible. —Sombrero de Copa sonrió de oreja a oreja—. Tenéis algo que nos pertenece.

El hombretón puso sus anteojos plegados en la mano inerte de Savine y, poco a poco, le cerró los dedos alrededor de ellos. Al hablar, sonó casi triste.

—Creedme, aquí no hay nada que queráis.

—¡Entrégamela! —gritó Sombrero de Copa, y su voz se había vuelto cortante tan de repente que Savine se encogió al oírla.

El hombretón saltó a la calle desde la barricada y anduvo hacia delante, sin preocuparse, sin prisa. A Savine le costaba entender lo que estaba haciendo.

Sombrero de Copa también tenía sus dudas. Levantó otra vez la antorcha.

—No tengo miedo de...

El hombretón embistió hacia él, encajó la antorcha blandida contra él en el hombro y la apartó entre una lluvia de chispas. Su

puño se hundió en el costado de Sombrero de Copa. Fue un golpe corto y rápido, pero Savine oyó su impacto, sintió su fuerza. Dejó a Sombrero de Copa doblado por la mitad tambaleándose.

El hombretón lo cogió por el chaquetón y lo levantó del suelo. Lo sostuvo en alto, como si no fuera más que un saco de trapos, y luego lo arrojó a los adoquines con tanta fuerza que el sombrero salió rebotando.

Sombrero de Copa soltó un débil gemido, extendió una mano temblorosa y el hombretón, todo calma, levantó su enorme bota y le aplastó la cara contra la calle.

Savine se quedó mirándolo, casi sin respirar.

El hombretón alzó la vista hacia los acompañantes de Sombrero de Copa, sacudiéndose unas ascuas del hombro. Estaban formando un sorprendido semicírculo. Eran cinco, pero ninguno de ellos se había movido en todo el tiempo.

—Podemos con él —dijo uno, aunque sonaba lejos de estar convencido. Se lamió los labios y avanzó un vacilante paso.

—Ah, ah. —Un segundo hombre había subido a la barricada. O quizá estaba allí desde el principio, tan quieto que Savine no se había fijado. Era un hombre fibroso con un bigote lacio. Sostenía una ballesta cargada y se le veía algo dibujado en el dorso de la mano del gatillo. No, tatuado—. «Ah, ah», he dicho. —Se desplazó un poco hacia ellos, apuntando con más intención, dejando que vieran el brillo afilado de la saeta—. ¿Es que no entendéis lo que significa «ah, ah», mamones?

Parecía que sí lo entendían. Empezaron a retirarse. El que había llevado el sombrero dio un tenue gorgoteo. Uno de los otros lo levantó del suelo con la cabeza colgando; su rostro, un mar de sangre negra.

—¡Eso es! —gritó el hombre fibroso, bajando la ballesta mientras los otros seis se perdían en la sofocante noche—. ¡Y no volváis! —Se secó la sudorosa frente con la mano tatuada mientras su compañero se encaramaba de nuevo a la barricada—. Mierda, Toro, esto no estaba en el plan.

Toro era un nombre apropiado para el hombretón. Miró frunciendo el ceño a Savine y ella retrocedió encogida hasta dar con

la espalda contra una pared.

—Bueno —dijo Toro, con una mueca al frotarse los nudillos—, ya sabes lo que pasa con los planes cuando empieza la lucha.

—¡Putos Quemadores! —exclamó el ballestero, soltando la cuerda y sacando la saeta con gesto practicado—. Los muy cabrones se han vuelto locos. ¡Solo quieren quemarlo todo!

—Por eso los llaman Quemadores, Sarlby. —Allí también había una mujer. Una chica de rostro severo, huesudo, que se acuclilló junto a Savine con aire de saber lo que hacía.

—¿Está herida? —preguntó Toro.

—Creo que, sobre todo, asustada. —Savine notó que le abrían la mano y la chica le cogió los anteojos y los pasó hacia arriba—. ¿Y cómo no iba a estarlo?

Savine cayó en la cuenta de quién era. La doncella de los Vallimir. ¿Cómo se llamaba? Le parecía que la cena en la colina había tenido lugar mil años antes. May. May Broad.

La chica puso los dedos con delicadeza en la mejilla de Savine.

—¿Cómo te llamas?

No la reconocía. Normal. Savine apenas se reconocía a sí misma.

—Ardee —susurró. El nombre de su madre fue el primero que se le ocurrió, y sintió un dolor ardiente creciendo al fondo de la nariz y soltó un sollozo enorme y mocoso, y se echó a llorar. No recordaba la última vez que había llorado. No estaba segura de haberlo hecho jamás—. Gracias —farfulló—, gracias por...

La chica miraba hacia el pecho de Savine con la frente arrugada y Savine reparó en que su apestoso abrigo se había abierto. Por destrozado que estuviera su corsé, con una ballena asomando de la seda rasgada, era imposible no darse cuenta de su calidad. Solo un necio podría dudar que aquella prenda pertenecía a una dama muy rica, con sirvientes para ponérselo. Y una mirada a los ojos agudos de la chica bastó para que Savine supiera que no era ninguna necia.

Abrió la boca. Para largar alguna historia. Para vomitar alguna mentira. Pero lo único que logró hacer salir fue un graznido tartamudeado. No le quedaba nada dentro.

Los ojos de May se elevaron desde aquel bordado echado a

perder que había supuesto un mes de trabajo de alguna pobre mujer. Entonces, sin alterarse, le cerró el abrigo por encima de él.

—Ahora estás a salvo —dijo—. La llevaré dentro. —Ayudó a Savine a levantarse y la dirigió hacia una puerta abierta—. Me parece que ha tenido un día intenso.

Savine se aferró a ella y lloró como un bebé.

El hombre de acción

El Estandarte Firme se extendió majestuoso, bordado con tal destreza que su caballo blanco rampante parecía encabritado al viento contra un sol de tejido de oro, con los nombres de gloriosas victorias de la Unión destellando en el borde. Era la mismísima bandera bajo la que Casamir el Firme había conquistado Angland, en esos momentos extendida a la perfección entre los puños nudosos del cabo Tunny, arrojo marcial destilado en un cuadrado de tela.

Hubo un estimulante ajetreo de armas y armaduras cuando los hombres giraron en dirección a Orso, golpearon el suelo con los talones izquierdos y saludaron exactamente al mismo tiempo. Quinientos soldados moviéndose como uno solo, reflejando el sol en su equipación recién forjada. Era una mera décima parte de su fuerza expedicionaria, reunida hacía bien poco, completamente dispuesta para navegar al norte y dar a Stour Ocaso una resonante patada en todo el culo.

Quizá estuviera mal que fuese Orso quien lo dijera, pero era un espectáculo emocionante.

Les devolvió el saludo con una floritura que había estado perfeccionando frente al espejo. Tuvo que reconocer que le gustaba llevar uniforme. Le daba la novedosa sensación de ser un hombre de acción. Además, con el buen corte que tenía y lo almidonado que estaba, ningún observador casual podría haber sospechado que la panza de Orso había estado creciendo en tiempos recientes.

El coronel Forest sonrió al inspeccionar a los soldados. Era una sonrisa abierta y sincera que parecía representar lo mejor del ciudadano de a pie de la Unión. Sencillo, fiable, leal. Un recio campesino donde los hubiera, con su constitución baja y fornida, su pronunciada cicatriz facial, su lustroso bigote entrecano y su gorro

de piel desgastado en mil campañas.

—Un cuerpo de combatientes tan magnífico como los haya visto jamás, alteza —dijo—. Y he visto unos cuantos.

Habían elegido llamarse a sí mismos la División del Príncipe Heredero. Bueno, Orso les había permitido elegir el nombre y sin duda Forest lo había sugerido. O, lo que era más probable, había insistido en él. Aun así, Orso estaba más que satisfecho con el cumplido. Quizá porque, por una vez, sentía que había hecho un mínimo para merecerlo.

—¿Qué te parece, Hildi? —preguntó.

—Muy brillante todo —dijo ella.

Con su habitual iniciativa, se había agenciado un uniforme bordado de tamborilero que hacía juego con su gorro maltrecho, y parecía toda una soldado. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, no contaba con menos experiencia militar que Orso.

—¿Qué opináis, Gorst? —preguntó.

—Una buena unidad de combatientes, alteza. —Al oírlo, Orso tuvo que contener una mueca. Por muy a menudo que uno escuchara aquella voz atiplada, era imposible acostumbrarse—. Merecéis la enhorabuena.

—Sandeces. Lo único que he hecho yo es estar ahí de pie. —Y gastarse el dinero de Savine, y sonreír, y desarrollar un saludo de primerísima calidad, pero en fin—. ¡Quien ha hecho todo el trabajo es el coronel Forest!

—Madre mía, ¿*coronel* Forest? —murmuró Tunny, negando con la cabeza como ofendido ante un artificio insufrible, mientras Yema, siempre ansioso por seguir a su líder, hacía una mueca de desagrado a juego.

Forest no les hizo caso. En el acto de no hacer caso a Tunny, como en muchas otras cosas, parecía ser todo un experto.

—Todos han servido antes, alteza. Algunos lucharon en el Norte. La mayoría combatió en Estiria. Lo único que hice yo fue recordarles cómo se hace, que es en lo que consiste mi trabajo.

—Los hombres pueden hacer mal su trabajo, pero tú has hecho el tuyo de puta madre. Soy afortunado por tenerte. —Y Orso dedicó a Forest su sonrisa especial, la que reservaba para los momentos

de auténtica felicidad.

Entre los dos componían una asociación ganadora, hasta el momento. Forest proporcionaba la experiencia, el buen juicio, la calidez, la disciplina, la valentía, las cicatrices en la cara y, por supuesto, su soberbio bigote. Orso aportaba la chispa, el... Bueno, su vello facial siempre había sido un desastre y no tenía cicatrices perceptibles, así que, sinceramente, la chispa venía a ser todo. Quizá fuese así como terminarían refiriéndose a él los historiadores: el Rey de la Chispa. Soltó una risotada desvalida. Supuso que la gente podía llamarlo cosas peores. De hecho, era lo que hacían a menudo.

—El trabajo de un rey no consiste en hacer bien las cosas.

Orso hizo una levísima mueca al oír las palabras en estirio, pronunciadas a un volumen ostentoso frente a centenares de hombres que habían pasado los últimos diez años combatiendo contra estirios... y perdiendo. Había olvidado que su madre se había presentado allí para observar. Estaba sentada en su silla plegable, a la sombra de un toldo portátil de color púrpura, con sus damas situadas a su alrededor en la hierba como el marco dorado de una obra maestra. Su madre siguió hablando.

—Consiste en escoger a la gente que las hará bien en su nombre.

—Suenas casi impresionada, madre —dijo Orso, cambiando también al estirio pero por lo menos hablando más bajo—. No sabía que tu voz pudiera adoptar ese tono.

—Tonterías, Orso. Me has oído impresionada por otras personas de vez en cuando.

Orso suspiró.

—Muy cierto.

—Y tampoco es que hayas hecho gran cosa con la que pudieras esperar impresionarme desde que pasaste a alimentarte de sólidos.

Orso suspiró de nuevo, más profundamente.

—Muy cierto también.

—Un futuro rey no debería luchar.

—Todos los más grandes fueron guerreros, ¿no? Harod, Casamir, Arnault...

La reina desestimó aquellos nombres tan importantes con un gesto despectivo.

—Sin duda, los reyes conquistadores embelesan al populacho, pero son los reyes que se emparejan quienes fundan las dinastías.

—Llevo años emparejándome. Eso tampoco te ha impresionado nunca.

—La cuestión es con quién te emparejas, Orso, como muy bien sabes. Preferiría con mucho que estuvieras planeando casarte. —Su madre se reclinó mientras lo inspeccionaba a conciencia, dando golpecitos en el brazo de su silla plegable con una uña de exquisita manicura—. Pero si de verdad tienes que jugar a los soldados mientras tanto... —Permitió que una comisura de su boca se doblara hacia arriba una fracción infinitesimal—. Debo reconocer que sí estoy impresionada.

Orso acostumbraba a decirse a sí mismo que las opiniones de su madre habían dejado de importarle hacía mucho tiempo. El fulgor de satisfacción que lo calentó hasta las raíces del pelo reveló que aquella era solo una más de sus muchas mentiras.

—Supongo que todo el mundo termina creciendo tarde o temprano —dijo, volviéndose para que su madre no viera cómo se sonrojaba.

La reina se levantó y, al instante, un lacayo uniformado hizo desaparecer la silla plegable.

—Quizá puedas ayudar a tu padre a hacerlo.

Y se dirigió de vuelta al palacio mientras sus damas de compañía componían una reluciente formación en cuña de la que ella era la punta de diamante.

—Su majestad parecía casi... complacida —musitó Tunny, bajando el Estandarte Firme y enrollando aquella reliquia real con una destreza soberbia. Podían decirse muchas cosas de él, y la gente solía hacerlo, pero Tunny sabía manejarse con las banderas—. Y tengo la sensación de que no es algo fácil de conseguir.

Orso enarcó las cejas.

—Preferiría que fuese a casarme, por lo visto.

—Podrías casarte con el coronel Forest —dijo Tunny—. Salta a la vista que está floreciendo el amor entre vosotros dos.

—Hay opciones muchísimo peores. Forest es una persona experta, organizada, fiable y, aunque es considerablemente más inteligente que yo, se somete a mi autoridad de todos modos. Aparte de un coño, tiene todas las cualidades que se podrían pedir en una esposa.

Tunny miró de soslayo a Forest, cuya cara estaba enrojeciendo bajo aquel mullido gorro de piel mientras gritaba órdenes a las tropas.

—Ese puto gorro que lleva parece un coño.

Orso ahogó una carcajada. Era verdad que se parecía, un poco.

—Cuidado con esa boca, cabo. Podría verme obligado a ascenderte.

—Cualquier cosa menos eso. —A Tunny le habían ofrecido la categoría de sargento mayor, pero se negaba en redondo a plantearse siquiera ningún rango por encima del de cabo. Algunos hombres eran como el agua: por mucho que los ascendieran, siempre anhelaban regresar a su nivel adecuado. Miró el sol centelleante con ojos entrecerrados—. Espero que llevéis ropa calentita, alteza. Ahora cuesta imaginarlo, pero allá arriba, en el Norte, hace un frío que pela.

—Es por lo que se conoce el lugar, al fin y al cabo.

Estaba llegando a toda prisa un mensajero real, que pasaba junto a los lacayos ajetreados en desmantelar el toldo de la reina.

—¡Alteza! —atronó a un volumen del todo innecesario, haciendo entrechocar los talones de sus escarpes—. ¡Su majestad desea veros de inmediato!

—¿En palacio?

—En el Pabellón de Interrogatorios, en compañía del archilector Glokta.

Orso torció el gesto.

—¿No se dan cuenta de que tengo un ejército al que llevar a la gloria? —Pensó en eso un momento—. O mejor dicho, ¿un ejército al que ver cómo el coronel Forest lleva a la gloria?

Tunny se inclinó hacia él para murmurar:

—Has hecho esperar a la gloria veinte años. Yo diría que una hora más tampoco tiene mucha importancia.

—¡Por fin! —restalló el rey cuando Orso cruzó la puerta, a todas luces muy lejos de su acostumbrada actitud jovial.

Su eminencia estaba sentado tras su escritorio en su silla de ruedas, con una manta sobre las rodillas a pesar del calor y un aspecto incluso más adusto, cadavérico y pálido que el habitual, lo cual no era gesta fácil. Orso había visto una vez un cadáver víctima de la peste que llevaba tres días muerto y tenía más color en las mejillas. De pie al lado de Glokta estaba quien quizá fuese el único hombre de toda la Unión más grotesco que él: su segundo al mando, el superior Pike, cuyo rostro estaba desfigurado por unas quemaduras monstruosas. La expresión de Pike era difícil de interpretar, pero el ambiente general no era nada alentador.

Como tenía por antigua costumbre, Orso empezó la conversación desviándola.

—Tengo un día bastante atareado, padre. Si quieres que parta hoy, será mejor que...

—No vas a ir al Norte —gruñó el rey.

—¿Que no qué? —A Orso acababan de arrebatarle la oportunidad de recurrir a evasivas, por lo que se vio obligado a pasar directamente a la desazón indignada—. Padre, me he esforzado mucho por esto y...

—¡Otros hombres se esfuerzan mucho por cosas a todas horas! ¿Qué te hace a ti especial?

«¡Que soy el príncipe heredero de la puta Unión!». Orso tenía la frase en la punta de la lengua, pero por suerte Pike se le adelantó, con una voz comedida que no revelaba más emoción que su rostro quemado.

—Alteza, se ha producido un levantamiento en Valbeck.

Orso tragó saliva.

—¿Un levantamiento?

La palabra era, sin duda, de las más feas que podían emplearse ante alguien de sangre real. ¿Pike no podría haberse decidido por otra más neutra, como «incidente»? Hasta «disturbio» habría resultado preferible. Entonces Orso cayó en la cuenta de que el

hecho de que el superior estuviera utilizándola, delante de un rey, un príncipe heredero y su archilector, quizá diera una cierta idea de la gravedad de la situación.

—Está coordinado, bien organizado y es de una magnitud considerable. Parece que los trabajadores de varias factorías se han rebelado al mismo tiempo y han sometido a los capataces, los guardias y los propietarios.

—¿Han tomado el control de esas factorías?

Al archilector empezó a palpitarle el ojo izquierdo y se secó una lágrima.

—Al parecer, han tomado el control de la ciudad entera. Es muy posible que se hayan infiltrado en la guardia de la ciudad, además. Quizá... incluso en la Inquisición.

—Han levantado barricadas —añadió Pike—, tomado rehenes y están presentando demandas.

—Madre mía. —Orso se sentó en una silla, aturdido. Valbeck se había convertido en una de las ciudades más grandes y modernas de Midderland. La palabra «levantamiento» empezaba a sonar a eufemismo. ¡Aquello casi parecía una sublevación en toda regla!—. ¿Cómo es posible que haya ocurrido?

—¡Muy buena pregunta! —espetó el rey, mirando ceñudo al archilector.

—En el meollo del asunto están los Rompedores —dijo Glokta—. Y los Quemadores.

—¿Quién narices son esos? —preguntó Orso.

Un músculo se tensaba furioso una y otra vez en la sien de su majestad.

—Los Rompedores quieren obligarme a hacer concesiones. Los Quemadores quieren vernos a mí y a toda la nobleza y al gobierno de la Unión ahorcados para poder imponer un nuevo orden, posiblemente uno en llamas.

Orso volvió a tragar saliva. Era como si tuviera un nudo en la garganta que no lograra hacer bajar.

—Y supongo que su opinión sobre mí no es muy halagüeña.

—¿Crees que tu madre es muy crítica contigo? Pues espera a oír lo que dicen de ti esos hijos de puta.

—Tengo a una agente en Valbeck —afirmó Glokta—. Envió a un chico de vuelta a Adua con una advertencia, pero demasiado tarde para que pudiéramos reaccionar. Y desde entonces... nada. No tenemos ni la menor idea de cuál es la situación dentro de la ciudad.

—Caos —gruñó el padre de Orso, apretando los puños.

—El éxito de esos traidores animará a otros descontentos —dijo Glokta—. Provocará más conspiraciones contra su majestad y sus súbditos. Nuestros recursos apenas alcanzan para mantener la paz. Príncipe Orso, las vuestras son las únicas tropas disponibles.

—Yo os acompañaré a Valbeck, alteza —dijo Pike—, para proporcionaros el pleno apoyo de la Inquisición.

Orso parpadeó.

—Pero ¿qué pasa con el Norte? Iba a...

—¡Por todos los demonios! —saltó el rey con una violencia muy poco característica, abriéndose el botón de su chaqueta repleta de galones y limpiándose furioso el sudor de la frente—. ¡No todo gira a tu alrededor! ¡La mismísima hija del archilector está atrapada en todo esto! —Pareció recobrar la compostura y carraspeó, algo avergonzado—. Y muchos otros, por supuesto. Muchos hijos e hijas de...

—Un momento, ¿cómo dices? —Orso se esforzó en reprimir una oleada de terror absoluto—. Vuestra hija... ¿Savine? —Aunque sabía de sobra que el archilector no tenía más descendencia. Aquel nudo en la garganta se había hinchado tanto que casi le impedía hablar.

Glokta desfalleció en su silla.

—Estaba en Valbeck, visitando una de sus factorías. —Sus labios descoloridos se retrajeron de sus dientes arruinados—. No he vuelto a saber de ella. No sé si está libre o prisionera. No sé si sigue con vida o...

—¡Malditos sean esos cabronazos traidores! —estalló el rey, apretándose un puño contra la otra palma—. ¡Estoy por encabezar yo mismo a los Caballeros de la Escolta hasta allí!

—Estaría por debajo de la dignidad del rey. —Orso se levantó y las patas de su silla chirriaron contra las baldosas—. Iré yo. —Savine le necesitaba—. Iré ahora mismo. —Y el resto de la Unión

también, pero ¡joder, Savine le necesitaba!—. ¡Tunny! —rugió, regresando a la puerta a zancadas. Fue casi un chillido, en realidad —. ¡Informa al coronel Forest de que marchamos hacia Valbeck de inmediato!

Un asunto turbio

Estaba tumbada de lado, su mejilla contra el hombro de él y con las dos piernas envolviendo una de las suyas, apretada contra él, acurrucada contra él, aovillada bajo las mantas a su lado.

Qué cálido estaba siempre Leo. Era como tener un encantador y resplandeciente tronco de la hoguera invernal con ella en la cama. No hacía mucho tiempo había pasado semanas congelada, por no mencionar hambrienta, irritada y aterrorizada, por lo que estar tendida a salvo y calentita, en un perfecto equilibrio entre el sueño y la vigilia, era una satisfacción de la que estar pero que muy agradecida en opinión de Rikke. En realidad, podría haber sido perfecto.

Con solo que Leo hubiera tenido la boca cerrada.

—Es que no me deja hacer ni una puta cosa —estaba rezongando—. Me trata como... ¡como a un cachorro con una correa corta!

—Un león con correa —musitó ella.

—Me sorprende que no me guarde en una caja por las noches.

Si la madre de Leo hubiera podido meter su cabeza en una caja pero dejando disponible el resto de él, a Rikke le habría parecido estupendo, pero lo más seguro era que eso no fuese lo que Leo quería escuchar.

—Lo único que hacemos es pincharlos —espetó—, merodear por sus líneas de suministro, mordisquear pequeñas victorias aquí y allá.

—Hum —gruñó Rikke, acariciando distraída los bonitos surcos del abdomen de Leo y esperando en vano que aquello lograra hacerlo callar. No hubo suerte.

—Tenemos que enfrentarnos a ellos de una vez. —En su hombro hubo una incómoda sacudida cuando Leo apretó los puños—.

¡Tenemos que hacer daño a esos hijos de puta!

—¿No es esa la idea? —A regañadientes, Rikke abrió un ojo y levantó la cabeza para mirarlo con él—. Entre Scale, Calder y Stour tienen más hombres que nosotros. Así que tenemos que retrasarlos. Mantenerlos separados. Mantenerlos a oscuras. Con cada milla que les hacemos recorrer, se debilitan más. —Era un poco inquietante que ella, que jamás había desenfundado una espada, tuviera que explicarle a él, un guerrero de renombre, cómo funcionaba su estrategia—. Esperamos nuestro momento. Tu momento. —Dejó caer de nuevo la cabeza sobre el hombro de Leo y se volvió a arrebujar en su calidez—. Esperamos a que llegue tu amigo el príncipe Orso y... Leo se incorporó de golpe, empujando la cabeza de Rikke contra el colchón, lo que fue un desagradable despertar para ella.

—Ah, claro —se burló él—, el Príncipe de los Borrachos llegará dando tumbos en nuestro rescate.

—Bueno, tampoco es que vaya a venir él solo. —Rikke intentó quitarse el sueño de los ojos frotándolos—. Mi padre dice que trae con él a cinco mil hombres.

—Cinco mil zorras, a lo mejor. Dicen que es la cantidad con las que se ha acostado.

—¿Cuántos años tiene, veinticinco? —Rikke arrugó la cara mientras hacía los cálculos—. Si se puso en serio a los diecisiete, son ocho años de folleteo, así que... ¿cuántas salen, un par cada día? Eso suponiendo que ninguna lograra tentarlo de repetir. Y sin tomarse ni un solo día libre. En fin, todo el mundo tiene momentos en los que no le apetece. ¿Las pondrá a hacer cola en los pasillos de palacio? —Soltó una carcajada seca—. Sí que debe de tener dolorido el rabo.

—Puede que sean solo cuatro mil —dijo Leo, con amargura.

—Veo más probable que su reputación supere de largo a la realidad. —Rikke levantó una ceja a Leo—. He oído decir que a algunos jóvenes puede pasarles.

—Tal vez el príncipe heredero Orso sea la excepción. A lo mejor acaba con los norteños a base de polvos y nos ahorra el trabajo.

—Por mí bien, si así envía a casa a esos hijos de puta.

Rikke intentó acostarlo de nuevo a su lado, pero Leo no se dejaba mover.

—No me sorprendería mucho, dado que tiene a una estiria depravada por madre.

—¿Una estiria qué?

Leo torció el labio como si hubiera encontrado un perro muerto en la cama con ellos.

—Se rumorea que yace con *mujeres*.

Rikke nunca había logrado entender por qué debería importar una mierda a nadie con quién yaciera una persona a la que no conocía. Había que tener muy pocos problemas para llegar a incluir ese entre ellos.

—Cualquiera habría dicho que tú lo entenderías. Pasas casi todo el tiempo con hombres.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, tus amigos son un grupo muy unido, ¿no?

Leo arrugó el entrecejo, todavía sin comprenderla del todo.

—Nos conocemos desde hace años. Yo me crie con Jurand y Antaup. Conocí a Jin en Uffrith, eso ya lo sabes. Somos hermanos de armas.

—¡Y blandidas con brazos bien fuertes! —Le apretó uno de los suyos—. No me extraña que a todos os guste luchar cuerpo a cuerpo.

—Es un buen ejercicio, y además... —Los ojos de Leo se ensancharon y se retorció para apartarse de ella—. ¡Qué desagradable!

—No para mí. —Rikke sabía que Leo tenía unas opiniones muy encumbradas, pero rara vez con buena base. Le gustaba bastante socavar sus cimientos y ver cómo se tambaleaban—. Se me ocurren pocas cosas más gratificantes que todos esos cuerpos masculinos musculosos, brillantes de sudor, gruñendo y forcejeando y resbalando unos contra los otros y...

—¿Es que tienes que llevártelo todo a la cloaca?

—No es que tenga. —Le cogió el hombro y tiró de él para bajarlo junto a ella—. Pero aquí abajo se está calentita.

Intentó acurrucarse contra él, pero Leo ya había pasado a su

siguiente agravio.

—En realidad, no culpo a Orso. —Lo dijo como si le estuviera haciendo todo un favor—. Los príncipes están para robar la gloria a otros hombres. —Como si todo aquello consistiera en quién se llevaba la gloria, no en quién volviera a casa vivo—. ¡A quien culpo es a mi condenada madre, por permitir que se salga con la suya! —Leo habría culpado a su madre por permitir que la lluvia cayera—. ¿Por qué no puede confiar en mí?

—Uf —dijo Rikke, rodando boca arriba para quedarse mirando la ondeante lona de la tienda.

Estaba claro que su parte favorita del día se había ido a pique del todo. No le entraba en la cabeza que Leo estuviera tan ansioso de lanzarse a una batalla que con toda probabilidad perdería. El chico tenía muchas características positivas: valentía, sinceridad, buen humor, una cara bien formada, un culo incluso mejor formado y una calidez constante y fiable. Pero la imaginación no era su mayor virtud. Y tampoco estaba razonando a partir de una mala opinión de sí mismo. Quizá la derrota fuera inconcebible para él. Quizá, desde su punto de vista, todo retraso fuese consecuencia de algún mierda que se interpusiera entre él y su incuestionable triunfo.

—... Si me soltara la correa, iba a enseñarles cuatro cosas a esos hijos de puta...

Regresó el recuerdo, como ocurría al menos una vez al día, de cuando había estado escondida bajo aquella ribera mientras Stour Ocaso se reía de lo que pretendía hacerle. Pensó en Uffrith incendiada, en toda la buena gente que había terminado herida o muerta, y cerró los puños con la habitual oleada de furia. Nadie quería ver muerto a aquel mamón tanto como ella, pero incluso Rikke comprendía que debían ser pacientes. Para ella no era ningún dilema si debían o no esperar a que llegara toda la ayuda posible.

—... se supone que soy su hijo, y me trata como a...

Rikke infló los carrillos y soltó un suspiro que le hizo aletear los labios.

—Perdona —dijo Leo, enfurruñado—, ¿te estoy aburriendo?

—Ah, no, no, qué va. —Rikke giró la cara hacia él y puso los ojos en blanco—. No hay nada que ponga tan mojada a una chica como

oír a un hombre quejarse de su madre.

Leo sonrió. Había que reconocerle que, por muchas rabietas que se cogiera, también se animaba deprisa. Apartó las mantas, se tumbó junto a ella y le pasó una mano por el pecho, la bajó por la tripa, le rodeó el culo y le acarició el interior del muslo, provocándole un escalofrío más que placentero.

—¿Y qué es lo que pone mojada a una chica? —le susurró al oído.

—Para mí, los chicos guapos con demasiado coraje y muy poca paciencia.

Parecía que, al final, la mañana no iba a ser un desastre total. Rikke le metió los dedos en el pelo y tiró de su cara hacia la suya, estirándose para besarle, notando su aliento matutino un poco fuerte, pero...

—¡Leo! —llamó una voz desde fuera.

—Mierda —susurró ella, dejando caer la cabeza.

—¡Hay un mensajero real en el campamento! —Era la voz de Jurand, avivada por la emoción.

—¡La leche! —Leo se escabulló de Rikke a pesar de sus intentos de atenazarlo con las piernas, saltó de la cama y empezó a ponerse los pantalones—. ¡Podría ser del Consejo Cerrado! —Sonrió con la cabeza vuelta hacia ella como si fuese justo la noticia que Rikke esperaba—. ¡Nombrándome lord gobernador!

—Estupendo —mascculló Rikke, dando la vuelta a una bota y sacudiéndola hasta que cayó la bolita de chagga, que se metió detrás del labio.

Fuera había un ambiente de gran expectación, de hombres a medio vestir vagando entre las tiendas, masticando todavía sus desayunos, humeando por la boca al preguntar por las noticias y no obtener respuesta. Todo el mundo circulaba en una dirección, como hojas llevadas por la corriente, hacia un par de alas refulgentes que cabeceaban más adelante: el yelmo de un mensajero real que cruzaba el campamento empapado por la lluvia hacia la fragua que lady Finree había ocupado como su cuartel general.

Leo correteó tras él poniéndose la capa, mientras Rikke lo seguía cojeando al lado de Jurand, con un calcetín ya todo

embarrado.

—¿Tu mensaje es para mí? —preguntó Leo—. ¿Para lord Brock?

Pero quizá resultase que no todo giraba a su alrededor. El mensajero real siguió subiendo por la enfangada ladera sin una mirada de reojo siquiera, con un morral al hombro estampado con el sol dorado de la Unión.

—Puede que el príncipe Orso haya llegado con sus hombres —dijo Rikke esperanzada, intentando ponerse la otra bota y caminar al mismo tiempo.

—Yo no me haría ilusiones. —Jurand ni la miró. Estaba tensando una y otra vez un músculo del lado de la cara.

—No te caigo muy bien, ¿verdad?

Jurand miró hacia el lado, sorprendido.

—Pues lo cierto es que sí. —Y le ofreció el codo para que Rikke pudiera dejar de dar saltitos—. Es difícil que no caigas bien a alguien.

—Sí, ¿verdad? —dijo ella, logrando ponerse por fin la bota.

—Es solo que soy... protector. —Miró ceñudo hacia Leo mientras retomaban la marcha, aún sin haber conseguido sacar ni una palabra al mensajero real—. Crecimos juntos y... bueno, Leo no es ni por asomo tan duro como finge ser.

Ella dio un bufido.

—Yo también me crie un tiempo con él, y créeme, lo sé.

—No ha tenido demasiada suerte. Con las mujeres.

—A lo mejor yo seré la excepción.

—A lo mejor. —Jurand compuso una sonrisa que tenía pinta de haberle costado cierto esfuerzo—. Es solo que no quiero que le hagan daño.

—Solo oficiales de alta graduación —gruñó un soldado que había en la puerta de la fragua.

Rikke embistió contra Jurand con el hombro y lo echó a los brazos del guardia. Mientras estaban entretenidos soltándose, dio un paso a un lado, los rodeó y se metió dentro.

Nunca había estado antes en un consejo de guerra pero, al igual que sucedía con los polvos y los funerales, su primera vez fue un

poco decepcionante.

La fragua estaba atestada de gente, cálida y húmeda con sus alientos nerviosos. La madre de Leo tenía los puños envueltos en guantes plantados en una mesa repleta de mapas, rodeada por un grupito de oficiales ansiosos. Entre ellos estaban lord Mustred y lord Clensher, dos viejos nobles taciturnos de Angland que habían traído algunos refuerzos el día anterior. Rikke no estaba segura de cuál era cuál, pero uno tenía un frondoso bigote canoso y el otro unas patillas que le rodeaban toda la mandíbula pero el labio superior afeitado. Como si solo les hubiera tocado una barba completa a repartir entre los dos.

El padre de Rikke estaba rascándose incómodo su barba entrecana de unos días, rodeado por sus jefes guerreros. Hardbread parecía preocupado, como siempre. Sombrero Rojo parecía adusto, como siempre. Oxel tenía su mirada torva y esquiva de siempre, como si el mensajero real fuese un cordero ajeno que estuviera pensando en afanar. Y Escalofríos parecía Escalofríos, sin más, lo cual tal vez fuese lo más inquietante de todo.

De hecho, el hombre menos inquieto de los presentes en la fragua era su propietario, que solo parecía enfadado porque le impidieran trabajar para que un puñado de lerdos pudieran discutir bajo su techo lleno de goteras. Pero así era la guerra, un asunto turbio que solo mejoraba la vida de los malvados. Rikke no alcanzaba a entender por qué la gente se empeñaba en cantar a todas horas sobre grandes guerreros. ¿Por qué no cantar sobre grandes pescadores, o panaderos, o techadores, o sobre cualquiera que de verdad mejorase el mundo en vez de amontonar cadáveres e incendiar cosas? ¿Acaso era ese un comportamiento que incentivar?

—El mundo está lleno de misterios, ya lo creo que sí —murmuró entre dientes, y se pasó la bolita de chagga de un lado de la boca al otro.

—¡Mi señora gobernadora! —vociferó el mensajero real, dolorosamente estridente en aquel espacio reducido, mientras hacía una profunda inclinación que estuvo a punto de sacar el ojo bueno a Escalofríos con un ala del yelmo—. ¡Una comunicación de su

augusta majestad!

Con un gesto brusco sacó un pergamino de su morral y se abrió paso entre la húmeda multitud para entregarlo con un floreo de espadachín.

Cayó el silencio mientras Finree dan Brock rompía el enorme sello rojo y empezaba a leer, sin que su pétreo rostro dejara traslucir ninguna emoción. Rikke sabía de letras. Las había aprendido, a las muy cabronas, con grandes dolores durante el espantoso año que pasó en Ostenhorm. Pero aquellas no las distinguía en absoluto, de lo recargadas y floridas que eran.

—¿Y bien? —restalló Leo, con una voz ansiosa que sonó áspera en el silencio expectante.

—¿Ha llegado el príncipe Orso? —retumbó Mustred. O Clensher.

—No ha llegado —dijo ella, todavía leyendo.

—¡Decidme que ha embarcado, al menos! —retumbó Clensher. O quizá Mustred.

—No ha embarcado. —La señora gobernadora tensó la mandíbula mientras levantaba la vista—. Ni lo hará.

Entregó la carta a Leo y reparó por primera vez en que su hijo llevaba la camisa colgando por fuera, y entonces miró con mala cara a Rikke, cuya camisa también estaba por fuera y con todos los botones en los ojales equivocados.

Rikke bajó la mirada al suelo, masticando fuerte el chagga y con la cara en llamas. Lady Finree hablaba a menudo de forjar lazos más fuertes entre la Unión y el Norte, pero seguramente que Rikke se follara a su hijo no era del todo lo que tenía en mente.

—Ha habido un levantamiento muy grave en Valbeck —dijo la madre de Leo con voz forzada—. Los Rompedores han tomado la ciudad. Se teme que el levantamiento pueda extenderse a una revuelta general.

Los ojos de Leo recorrieron el papel.

—El príncipe heredero ha sido enviado a reconquistar la ciudad. Incluso aunque lo logre... ¡tardará semanas en llegar aquí!

Se hizo el silencio en la pequeña fragua, a excepción de una nueva llovizna en el tejado y el chorrito de una gotera cayendo a un cubo. Un silencio en el que todo hombre y mujer estaba rumiando

las implicaciones. Entonces todos empezaron a gritar a la vez.

—Por los muertos —susurró Hardbread, tirándose del escaso pelo canoso.

—¡Puta Unión! —bramó Oxel—. Ya os dije que somos unos idiotas por confiar en ellos.

—Entonces, ¿qué? —le replicó Sombrero Rojo—. ¿Vas a arrodillarte ante Calder el Negro?

Escalofríos se limitó a quedarse de pie y tener aspecto de Escalofríos, lo cual ya era bastante inquietante, y el padre de Rikke se frotó el caballete de la nariz y dejó escapar un gemido de agotamiento.

—¿Para esto han dejado Angland casi en bancarrota a base de impuestos? —se encolerizó Mustred, o tal vez Clensher.

—¿Qué condenado sentido tiene un rey que no está dispuesto a defender su reino? —atronó Clensher. O Mustred.

—¡Esto es repugnante! ¡Intolerable! ¡Un inaudito...!

—¡Mis señores, por favor! —Lady Finree levantó las palmas de las manos, intentando tranquilizar lo intranquilizable—. ¡Esto no nos ayuda en nada!

La única persona que parecía feliz era el Joven León, cuya sonrisa se ensanchaba más y más a medida que iba cayendo en la cuenta de lo que significaba.

Rikke infló las mejillas.

—Pues supongo que tendremos que salvarnos por nuestra cuenta.

En el espejo

Scale Mano de Hierro, rey de los norteños, llevaba por lo menos veinte años en decadencia.

Había sido un gran luchador, pero entonces había perdido la mano y le habían colocado una de hierro en el muñón. Había sido un gran jefe guerrero, pero en tiempos más recientes se contentaba con ocupar la retaguardia y alimentarse de los despojos. Alimentarse poniéndolo todo perdido, ya que le faltaban los dos dientes delanteros además de la mano. Trébol lo recordaba cuando aún era una torre de músculo. Pero se había transformado en una montaña de sebo, con los pálidos carrillos caídos sobre el cuello de la chaqueta de piel, un mechón de canas brotando de la coronilla perlada de sudor, la barba llena de grasa y las mejillas hinchadas y llenas de venas rotas. Dos chicas flacas como palos danzaban alrededor de sus codos con una bandeja y una jarra y el trabajo más difícil de todo el Norte: asegurarse de que a su rey nunca le faltara cerveza.

Había un grupo de viejos guerreros congregados a su lado derecho, con armaduras bien pulidas pero nombres ya desteñidos. Scale los llamaría sus Mejores Guerreros más estrechos, su séquito real, su guardia personal. Pero el único propósito que tenían era recordarle antiguas victorias e insistir en que todavía era el hombre que había sido cuando tenía la mitad de barriga y el doble de manos, pese a toda evidencia.

El fuego ardía alto, las mesas se veían a rebosar de guerreros, el salón robado estaba sudoroso como una forja y ruidoso como una batalla y las mujeres pateaban y maldecían mientras pasaban entre la muchedumbre cargadas con bandejas de carne. Trébol estaba sentado con Wonderful a la mesa de Calder el Negro, situada en las sombras más alejadas de la hoguera. Allí había menos oro, menos

risa y menos cerveza, pero mucho más poder. Scale Mano de Hierro llevaría la corona del rey, pero cualquier persona importante sabía que era su hermano quien tomaba las decisiones del rey.

Sin embargo, ese día Calder tenía un invitado extraño. Un hombrecillo vestido con ropas desgastadas de viajar que no llevaba armas, sino un báculo que había dejado apoyado contra la pared. En aquel salón erizado de hojas afiladas, resultaba tan chocante como una gallina jugando entre zorros. Trébol había visto a Calder el Negro recibir a huéspedes raros, orgullosos, importantes. Estirios, y hombres de la Unión, y sureños de piel oscura atraídos a su telaraña de intrigas. Pero nunca lo había visto tratar a nadie con tanto respeto como a aquel pequeño hombre desarmado que tan poquita cosa parecía.

—Vendrá, maese Sulfur —dijo Calder, poniendo una mano humilde en la mesa entre ellos—. Podéis confiar en ello.

—Nunca me habéis dado motivo para dudar —repuso Sulfur—. Todavía.

Dio a esa mano una palmadita con toda la familiaridad del mundo. Calder tragó saliva y la retiró.

—Es una pena que vuestro maestro no haya podido venir.

—Ah, ciertamente. —Sulfur paseó la mirada sonriendo por la reunión manchada de grasa y salpicada de cerveza—. Le encantan las conversaciones sofisticadas. Pero, por desgracia, tiene asuntos pendientes en el oeste.

—Nada grave, espero.

—Un desacuerdo con otros dos miembros de nuestra orden. Su hermano Zacharus y su hermana Cawneil tienen... su propia forma de ver las cosas.

—Así son los parientes, ¿eh? —gruñó Calder, mirando muy serio a su hermano—. Nuestros mejores amigos y nuestros peores enemigos.

Hubo un estrépito cuando las puertas se abrieron a empujones. Stour Ocaso entró pavoneándose con la barbilla bien alta y la espada colgada baja, rezumando tanto desdén que fue asombroso que no se internara en la hoguera y retara a las llamas a quemarlo. Los guerreros que lo seguían barrieron los bancos con miradas de

desprecio mientras el salón quedaba en silencio. Magweer dirigió una mirada siniestra a Trébol, que lo saludó levantando un pedazo de carne a medio comer.

—¿Llegas *tarde*? —atronó Scale. Chupeteó los últimos jirones de un hueso y lo tiró a sus perros para que se pelearan por él—. ¿A cenar con tu *rey*?

El viejo monarca y sus viejos mamones miraron amenazadores al joven heredero y sus jóvenes mamones, sin tener nada digno de elogio en ningún bando pero todos celosos de lo que tenían los otros de todos modos. Eran grupos que se correspondían en muchos aspectos, y Trébol casi podía ver a cada guerrero midiéndose con su contrapartida. El mezquino, el guapo, el que apenas hablaba, el que hablaba demasiado.

—Es como mirar en un espejo —murmuró.

—Un espejo que envejece —dijo Wonderful.

—Llego a la puta hora que me viene en gana. —Stour alzó su mirada burlona de la impresionante colección de huesos roídos del rey a su cara regordeta—. Al fin y al cabo... ya suponía... que estaríais cenando... un buen rato.

El momento de tensión se extendió un poco más y entonces Scale estalló en un rugido de resollantes carcajadas y se levantó con gran esfuerzo, casi haciendo volcar la mesa cuando se le enganchó su poderosa panza.

—¡Háblame de tus victorias, sobrino!

Y extendió los brazos a los lados, dejando que la mano de hierro colgara inerte del extremo del derecho, el marchito.

Stour puso su sonrisa de lobo mientras rodeaba la mesa con presteza.

—Últimamente no hay ninguna que cantar, tío. —Abrazó al rey y ambos se dieron palmadas en la espalda haciendo gala de varonil aprecio—. Esa zorra de la Unión y el cobarde del Sabueso siguen compitiendo a ver quién puede huir de mí más deprisa.

—¡Ja! ¡Tú sigue apretando, chico, sigue apretando! ¡No des a esos cabrones ni un respiro! —Scale dio unos débiles golpecitos con la mano de hierro como si fuese un ejército, mientras se terminaba su jarra con la otra y la tendía para que se la rellenaran.

—Debería hacerse con una jarra más grande —murmuró Trébol.

—O con dos —dijo Wonderful—. Podría vaciar una mientras sus siervas le llenan la otra. Esas pobres chicas nunca podrían parar de servir cerveza.

El Gran Lobo seguía lamentándose por la ausencia de muertes.

—A este ritmo, terminarán replegándose al otro lado del Torrente Blanco y ganaremos sin tener que desenvainar siquiera.

Scale dio una palmada en el hombro a Stour tan fuerte que estuvo a punto de derribarlo sobre la mesa.

—¡Eres como un perro de pelea que no puede esperar a que lo suelten! Yo también lo era, en mis tiempos. Yo también lo era.

El rey de los norteños se quedó con los ojos extraviados en el fuego, brillantes con su reflejo; volvió a vaciar su jarra y la sostuvo en alto de nuevo, obligando a la chica a echarse hacia atrás su larga trenza y correr con el jarro. Otra vez.

Trébol dio un sorbo de su propia jarra.

—Nunca me dejes ensimismarme con mis viejas glorias, Wonderful.

Ella gruñó.

—Para eso, tendrías que tener alguna gloria.

—¡Cuéntame otra vez cómo derrotaste al Extraño que Llama! —rugió Scale. Era de esos hombres incapaces de decir nada en voz baja—. ¡Por los muertos, ojalá pudiera haber estado presente! —Dio un resonante golpe con la mano de hierro contra la mesa—. ¿Dónde está esa chica? ¡Llénale la jarra a mi heredero!

Stour se reclinó y subió una bota a la mesa.

—Bueno, tío, cuando crucé el Crinna con mil carls, sabía que nos superaban con mucho en número...

Wonderful se frotó las sienes.

—Debo de haber escuchado esa historia como diez veces en las últimas diez semanas.

—Sí —dijo Trébol—, y con cada narración Stour queda más como un héroe. Cuando quieras darte cuenta, habrá derrotado a mil bárbaros con las manos detrás del culo y la espada atada a la polla.

—Cómo son los guerreros. —Sulfur dio un profundo suspiro, como quien se resigna por una racha de mal tiempo—. Parece que

el Gran Lobo no está de humor para tratar el futuro del Norte esta noche.

—¡No, maese Sulfur! —De haber sido cualquier otro hombre, Trébol habría llamado lisonjero al matiz que captó en la voz de Calder el Negro—. Al igual que todas las tormentas, no tardará en descargarse.

—Por desgracia, tengo otros muchos asuntos que atender. —Los ojos de Sulfur se desviaron un instante hacia Trébol, que reparó en que eran de distintos colores a la luz de las antorchas—. Ni un solo momento de paz, ¿verdad, maese Escarpado?

—Eso parece, sí —musitó Trébol, sin la menor idea de cómo era posible que aquel cabrón conociera su antiguo nombre, pero decidió que siempre era sabio estar de acuerdo con un hombre peligroso. Y cualquier hombre al que Calder el Negro temiese era peligroso, llevara espada o no—. Pero ahora me llaman Trébol.

—Llamar vaca a un lobo no hará que dé leche. Y podría decirse lo mismo de llamar orden al caos. —Sulfur apartó su jarra, se levantó y miró desde arriba a Calder—. Mi maestro es consciente de que en ocasiones debe haber un poco de caos para que emerja un orden mejor. No puede haber progreso sin dolor, ni creación sin destrucción. Por eso ha consentido esta escaramuza que os traéis entre manos. —Alzó la mirada cuando Scale estalló en carcajadas ante alguna nueva floritura de Stour y los guerreros que los rodeaban compitieron entre ellos para proferir la muestra de júbilo más babosa—. A mi maestro le gusta ver la tierra arada de vez en cuando.

Calder asintió.

—Eso es lo único que intento hacer.

—Suponiendo que el terreno se asiente deprisa y se siembre nueva semilla. De otro modo, ¿cómo podrá recoger la cosecha?

—Decidle que esta guerra terminará pronto —pidió Calder—, y la cosecha será más abundante que nunca. Ganaremos. Él ganará.

—Quienquiera que gane, él gana. Ya lo sabéis. Pero demasiado caos es perjudicial para los negocios de todo el mundo. —Sulfur recogió su báculo de la pared—. A menudo es la perdición de los hombres bendecidos con la grandeza estar también maldecidos con

mala memoria. Vuestro padre, por ejemplo. Os aconsejo que tengáis siempre en mente ese foso. El que hay en las afueras de Osrung.

Y Sulfur sonrió mientras daba media vuelta. Fue una sonrisa pequeña, dentuda y acompañada con un brillo de ojos, pero a Trébol le pareció que llevaba implícita cierta amenaza.

Se inclinó hacia Wonderful.

—Todo el mundo sirve a alguien, supongo.

—Eso parece —dijo ella mientras veía a Sulfur marcharse del salón—. Y suele ser a un gilipollas.

En el momento en que Sulfur hubo desaparecido, Calder dio un furioso manotazo en la mesa.

—¡Por los putos muertos! —Miró iracundo a su hijo, que seguía fanfarroneando para gran deleite del rey—. ¡Está peor que nunca y mi hermano solo hace que animarlo! ¿No te dije que lo llevaras por el buen camino?

Trébol separó las manos en gesto de impotencia.

—Hay un límite a lo que incluso el mejor pastor puede hacer con un carnero tozudo, jefe.

—¡A este paso, terminará hecho chuletas! ¿Qué era lo que decía Stolicus? ¿Aquello de nunca temer a tu enemigo pero siempre respetarlo? Esa tal Brock no es ni por asomo una estúpida, y el Sabueso no es ni por asomo un cobarde.

—Imagino que estarán esperando su oportunidad. —Trébol suspiró—. Tarde o temprano van a tendernos una trampa.

—Y como sigan así, esos dos héroes van a caer de lleno en ella como unos imbéciles. —Calder frunció el ceño más que nunca a su hijo—. ¿Cómo ha podido terminar con tan poco de mí en él?

—Nunca ha tenido que afrontar tiempos difíciles —dijo Wonderful en voz baja.

Trébol meneó un dedo en su dirección.

—Ahí está hablando la ponderosa voz de la experiencia. Las derrotas hacen mucho más bien a los hombres que las victorias. —Alzó la mano y se rascó la cicatriz con suavidad—. Es el mejor regalo que he recibido nunca. Me enseñó humildad.

—Humildad —se burló Calder—. No se me ocurre nadie que tenga mejor opinión de sí mismo que tú.

Trébol alzó su jarra en dirección a Magweer, que lo había escogido como objetivo de otra dosis de mirada hostil mientras la viril leyenda de Stour alcanzaba su clímax.

—El mundo está repleto de gente ansiosa por hundirme en la miseria. No veo motivo para hacerles yo el trabajo.

—Tú no ves motivo para hacer ningún trabajo en absoluto.

No tenía sentido negarlo. Por suerte para Trébol, el rey de los norteños eligió ese momento para su segundo esfuerzo de levantarse y alzó la mano de hierro para exigir silencio.

—Aquí llega la sabiduría —murmuró Calder el Negro, sin mucho entusiasmo.

—¡Mi padre, Bethod —rugió Scale a los congregados, tambaleándose por la buena cerveza y las débiles rodillas—, se hizo a sí mismo rey de los norteños! Construyó ciudades y las unió con carreteras. Obligó a los clanes a unirse y forjó una nación donde antes no la había.

No hubo mención alguna a los treinta años de carnicerías que fueron necesarios para ello. Pero era lo bueno que tenía echar la vista atrás. Podías elegir las partes que convenían a tu historia y arrojar las verdades tristes al viento.

Scale estaba mirando la hoguera con la frente arrugada.

—A mi padre lo traicionaron. ¡A mi padre lo derribaron! Su reino se despedazó como un trozo de carne entre perros avariciosos. —Sus ojos húmedos se alzaron y señaló a Stour con la mano buena—. Pero enmendaremos los errores del pasado. ¡Acabaremos con el puto Protectorado del Sabueso! ¡Expulsaremos a la condenada Unión del Norte! ¡Stour Ocaso, mi sobrino y heredero, será el gobernante supremo desde el Torrente Blanco hasta el Crinna y más allá! —Alzó la jarra, derramando cerveza por el borde y manchándose la ropa—. ¡El sueño de Bethod sigue vivo en su nieto! ¡El Gran Lobo!

Y todos alzaron las jarras y compitieron entre ellos para rugir más alto el nombre de Stour, y Trébol y Wonderful levantaron las suyas igual de altas que las de los demás.

—Sigo diciendo que es un capullo —susurró Trébol, a través de su amplia sonrisa.

—Más a cada día que pasa —masculló Wonderful entre dientes apretados, e hicieron chocar sus jarras y dieron un sorbo, porque a Trébol nunca le había preocupado mucho por qué bebía, siempre que bebiera.

Calder no se unió al brindis. Se quedó mirando con el semblante preocupado a su hermano, que se dejó caer de nuevo en su banco y gritó pidiendo más cerveza.

—Algunos hombres nunca aprenden —murmuró.

—Todos aprendemos. —Trébol contempló a aquellos viejos guerreros y a los jóvenes, y con toda la delicadeza del mundo se rascó la cicatriz—. Es solo que algunos tenemos que aprender por las malas.

Un trato

—Me lo prometiste, Gunnar. —La voz de Liddy llegó amortiguada a través de la delgada pared, pero costaba poco entenderla—. Me prometiste que no te meterías en líos.

—Lo he intentado Liddy. No andaba buscando líos, es que... los líos nos han encontrado a nosotros.

—Los líos tienen la costumbre de encontrarte.

Savine miró al otro lado de la pequeña sala hacia May, sobre cuya mandíbula tensa caía la luz de la ventana mal colocada. La chica tenía la cabeza apartada de las voces de sus padres, como para fingir que no podía oírlos.

—Solo intento sobrevivir de un día al siguiente —llegó la voz de Gunnar—. Procuro que las cosas no se desmadren.

Procurar que las cosas no se desmadraran no era tarea fácil en Valbeck. Tal vez los disturbios hubieran cesado en su mayoría, pero el calor, la furia y el miedo pendían sobre la ciudad tan densos como lo habían hecho los vapores cuando los hornos aún estaban encendidos. Miedo a la violencia. Miedo al hambre. Miedo a lo que ocurriría cuando regresaran las autoridades. Miedo a que quizá no lo hicieran. Quién estaba al mando dependía de a quién se preguntara, de en qué parte de la ciudad se estuviera, de si era de día o de noche. Si había algún plan en toda aquella locura, en toda aquella destrucción, Savine no alcanzaba a verlo. En Valbeck nadie estaba a salvo. Quizá nadie lo estuviera de verdad en ninguna parte. Quizá la seguridad fuese una mentira que la gente se contaba a sí misma para poder seguir adelante.

Cerró los ojos y pensó en lo que había sentido al atravesar el pecho de aquel hombre bizco. Al apuñalar al del gorro por la espalda. Una ligera presión en la palma de la mano. Un leve tirón en el puño de la espada. Qué asombrosamente fácil era matar a

alguien. Se decía a sí misma que no le habían dejado elección. Y sin embargo, veía sus caras siempre que cerraba los ojos, y notaba que se le aceleraba la respiración, que le picaba el sudor, que su corazón martilleaba como lo había hecho en aquel momento, y tenía que frotarse una y otra vez el cuello pegajoso e irritado con las yemas de los dedos.

—Entonces, ¿ahora eres un rompedor? —llegó la voz de Liddy a través de la pared.

—Malmer está haciendo todo lo que puede por la gente, así que yo hago todo lo que puedo por él. Vigilar las barricadas. Repartir algo de comida. Yo ya no soy soldado. Ya no soy pastor. ¿Qué quieres que sea?

—Mi marido. El padre de May.

—Lo sé, eso es lo único que importa, pero... ¿qué debería hacer? —Era raro oír aquel tono suplicante, casi lacrimoso en la voz de un hombre tan peligroso como Savine sabía que era Gunnar—. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras la gente sale herida, ¿verdad?

En la voz de Liddy no había debilidad alguna. A Savine le impresionó su fuerza, su forma de seguir adelante, trabajando, sonriendo, sobrellevando aquella pesadilla como mejor podía.

—Es una línea muy delgada, Gunnar, la que hay entre ayudar a la gente y hacerle daño. Y tú tienes tendencia a cruzarla a las primeras de cambio.

—Solo intento hacer lo correcto. Es solo... que lo correcto no siempre es fácil de distinguir.

Sus voces se redujeron a un tenue e ininteligible rumor cuando alguien se puso a dar gritos en la calle. Una pelea, tal vez. Savine se encogió hasta que las voces se perdieron calle abajo y desaparecieron.

Se lamió los labios mientras el silencio empezaba a acosarla. No quería hablar. Pero era mejor que ver otra vez aquellas caras.

—Mis padres también discutían a veces.

May la miró a los ojos.

—¿Sobre qué?

—El trabajo de mi padre. La afición de mi madre a beber. Yo.

Siempre fui su discusión favorita.

¿Estarían discutiendo por ella en esos momentos? Savine bajó la mirada a los tablones baratos, llenos de grietas y astillas. Era mejor no pensar en su antigua vida. Era mejor fingir que era una persona distinta, cuyo sitio estaba allí mismo. Una persona que sabía lo afortunada que era por estar allí.

Liddy le había dado un vestido, si es que podía llamarse de ese modo. Era un saco deforme de tela áspera, remendado con esmero y que olía a jabón barato, y Savine lo agradecía. Gunnar le había encontrado un colchón, o más bien una arpillera áspera de la que sobresalían briznas de paja. Savine no tenía la menor duda de que estaba infestado de piojos, y lo agradecía. Compartía con May una habitación que no era más grande que un ropero de su casa de Adua, con listones que asomaban entre la escayola resquebrajada y una mancha de moho cerca del desconchado marco de la ventana. Casi nunca tenía un momento para estar a solas, pero eso también lo agradecía. Cuando estaba sola, las cosas que había visto y hecho el día del levantamiento se colaban en su mente, como agua fétida en una barca agujereada, y la hundían tan deprisa que creía estar ahogándose.

Había pensado en tratar de abandonar la ciudad, pero lo cierto era que, si apenas lograba reunir el valor para mirar por la ventana, era inconcebible arriesgarse a salir otra vez a la calle. Había descubierto que tenía mucho menos coraje del que con tanto engreimiento había supuesto cuando chantajeaba a inversores, o elegía peluca, o decretaba condenas de muerte social en los salones de Adua. Siempre se había considerado toda una jugadora. La mujer más audaz de la Unión. Ahora se daba cuenta de que los juegos siempre habían estado amañados a su favor. Nunca antes había tenido que jugarse su propia vida, y de pronto las apuestas habían subido demasiado para su gusto.

Habían tenido una vela durante las primeras noches, pero se había agotado y la única luz llegaba desde fuegos lejanos, que siempre estaban ardiendo en algún lugar de la ciudad. Todo estaba terminándose. Las tiendas estaban saqueadas; las casas de los ricos, desvalijadas hasta que solo quedaban las vigas. Los

Rompedores repartían algo de comida, pero cada día iba llegando menos.

Siempre había sabido que la vida era dura en aquellos barrios pobres, pero las pocas veces que pensaba en ello había imaginado una versión romántica de todo el asunto. Una versión con la que le era fácil vivir. Hermosos niños retozando en los albañales entre grititos de alegría. Ancianas riendo mientras cocían huesos en una cacerola. Hombres fornidos dándose palmadas en la espalda, cantando viejas canciones de trabajo sentados en torno a una hoguera encendida con sus últimos muebles. ¡Oh, la hermandad de las mujeres, la reciedumbre, la hidalguía de la pobreza!

Resultó que no había ningún romanticismo en cagar en un cubo mientras otras personas miraban. Nada recio en guardar los huesos del pollo para la comida del día siguiente. Ninguna hermandad en las mujeres que se peleaban por los restos encontrados escarbando en enormes montones de basura. Ninguna hidalguía en los retortijones que provocaba el agua podrida de la bomba, ni en quitarse piojos de los sobacos, ni en tener siempre frío, siempre hambre, siempre miedo.

Y aun así, vivir de esa manera no hacía que Savine sintiera lástima por las personas atadas a esa existencia, las personas que vivían así en los muchos edificios como aquel de los que ella sacaba beneficio a lo largo y ancho de la Unión. Solo hacía que Savine se propusiera con todas sus fuerzas no volver a vivir de aquel modo nunca más. Quizá eso la convirtiera en una persona egoísta. Perversa. Malvada, incluso. Durante su gimoteante huida por la ciudad el día del levantamiento, había jurado a un dios en el que no creía que sería buena persona, con solo que pudiera sobrevivir.

En esos momentos se alegraba de ser malvada, con solo que pudiera estar limpia.

—Estabas en casa del coronel Vallimir —dijo May.

Savine la miró, pillada por sorpresa y fracasando en su intento de ocultarlo, mientras la constante picazón del miedo se volvía de repente terriblemente aguda.

—¿Qué? —farfulló.

—La noche antes del levantamiento. —May no podía parecer

más calmada—. Te serví gelatina.

Los ojos de Savine resbalaron hasta el suelo. Pero no había forma de salir de aquella habitación sin pasar por la contigua, donde un hombre al que había visto pisotear la cabeza de otro contra el suelo estaba discutiendo con su esposa.

—Una gelatina espantosa —murmuró.

—Estaba intentando adivinar cuánto costaba tu vestido —dijo May. La respuesta era que mucho más que aquella habitación. Seguramente mucho más que el edificio entero—. Tenías el pelo distinto. —Miró la pelusa castaña que empezaba a crecer de nuevo en la cabeza de Savine—. ¿Llevabas peluca?

—La llevan muchas mujeres. En Adua.

Por tanto, la chica sabía quién era Savine. Lo había sabido desde el principio. Pero no había dicho nada. Savine respiró hondo, intentando ocultar el miedo que sentía. Intentando pensar. Pensar como lo hacía en las reuniones con sus socios. En las negociaciones con sus rivales.

May asintió despacio. Como si estuviera adivinando lo que pensaba Savine.

—Vestidos bonitos. Gelatinas espantosas. Es un mundo distinto, ¿verdad? Me preguntaste qué opinaba yo de la ciudad.

—Fuiste... muy sincera.

—Un poco más de lo que me convenía, me parece. Siempre he tenido ese problema. Pero tú me defendiste. Estaba escuchando por el ojo de la cerradura y tú me defendiste.

Savine carraspeó.

—¿Por eso me acogiste en tu casa?

—Ojalá pudiera decir que sí. —May echó la espalda hacia delante y dejó las delgadas manos colgando de sus rodillas—. Pero no estaría siendo sincera del todo. El caso es que en casa de Vallimir no se hablaba de otra cosa que de tu visita. Todo el mundo estaba desesperado por verte. Sé quien sois, mi señora.

Savine se crispó.

—No tienes que llamarme así.

—¿Y cómo tengo que llamarte? ¿Savine?

Savine se encogió.

—Será mejor para las dos que no me llames así tampoco.

May redujo su voz a un susurro.

—¿Lady Glokta, entonces?

Savine hizo una mueca.

—Es mejor ni siquiera pensar en ese apellido.

Se hizo un largo silencio mientras las dos se miraban. En la puerta de al lado, alguien había empezado a cantar. Siempre eran canciones felices, porque ya había bastante miseria allí sin tener que cantar más de ella.

—¿Puedo preguntarte... si tienes intención de contárselo a alguien?

May apoyó la espalda.

—Mi padre cree que eres una flacucha cualquiera que se ha perdido. Mi madre da por sentado que eres alguien, pero nunca adivinaría quién. Es mejor que todo siga como está. Si se supiera...

La chica dejó la frase en el aire. Con muy buen juicio. No había ninguna necesidad de decir más. Savine recordaba a los hombres de su factoría textil, todos mirándola. La turba. El odio en sus rostros.

Savine se lamió los labios, toda cautela.

—Te... agradecería esa discreción. Quedaría... muy, muy en deuda contigo.

—Ah, ya cuento con ello.

Savine giró el dobladillo de su vestido, con el pulso latiendo, latiendo, latiendo en los oídos, y hurgó con un dedo dentro de la costura deshilachada hasta sacar los pendientes que había llevado puestos el día del levantamiento. Primero uno y luego el otro, revelando el desacostumbrado resplandor del oro entre las sombras.

—Quédatelos. —Le salió la voz demasiado anhelante para una negociadora con su experiencia—. Son de oro, con...

—No creo que vayan a juego con mi conjunto. —Los ojos de May bajaron a su propio vestido raído y regresaron a Savine—. Quédatelos tú.

El silencio se extendió. Saltaba a la vista que May había planeado aquello. Había esperado el momento y tenía bien claro su precio.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Savine.

—Quiero a mi familia protegida. Cuando esto acabe, habrá represalias en serio.

Savine cerró la mano en torno a los pendientes y la dejó caer.

—Supongo que sí.

—Quiero que no tengamos ningún problema con la Inquisición. Quiero un indulto pleno para mi padre. Quiero que nos busques un sitio donde vivir y buenos trabajos para ellos dos. Eso es todo lo que quiero: que nos protejas, igual que nosotros te hemos protegido a ti. —May le sostuvo la mirada un buen rato, intentando juzgar si Savine era de fiar o no. Era justo lo que habría hecho la propia Savine en su lugar—. ¿Podrás hacerlo?

Era una novedad refrescante negociar sin tener ningún naipe en la mano.

—Creo que es lo menos que podría hacer —dijo Savine.

May se escupió en la mano y la tendió. La habitación era tan minúscula que apenas tuvo que inclinarse hacia delante.

—¿Trato hecho, entonces?

—Trato hecho.

Y se estrecharon la mano.

El nuevo monumento

—¿Sabéis cuántos trabajadores plebeyos murieron construyendo las calzadas del rey Casamir? —preguntó Risinau.

Se había hecho visera con la mano contra el sol abrasador para mirar el monumento que dominaba la plaza de Casamir. O sus restos, por lo menos. Lo único que quedaba sobre el pedestal de ocho pasos de alto, envuelto en una telaraña de tambaleante andamio, era un par de botas enormes cercenadas por la pantorrilla. La famosa estatua de Aropella en honor al legendario rey, que había derrotado a los norteños e incorporado Angland a la Unión, yacía en pedazos sobre los adoquines, embadurnada de borrosas consignas. Un alegre golfillo callejero estaba intentando arrancar la nariz a su majestad con una palanca.

Vick solo interrumpía el silencio cuando sabía que podía reemplazarlo con algo mejor. Risinau era la clase de persona que tardaba poco en responder sus propias preguntas.

—¡Miles! Enterrados en la marga de Midderland, en fosas sin marcar junto a las calzadas. Y aun así, a Casamir se lo recuerda como a un héroe. Un gran rey. ¡Todas esas calzadas tan maravillosas, qué gran regalo para la posteridad! —Risinau dio un bufido despectivo—. ¿Cuántas veces habré cruzado esta plaza y contemplado esta oda a un tirano, este símbolo de opresión?

—Sin duda, es una mancha en el pasado de la Unión. —Al oírlo, Risinau se volvió con reparos hacia Malmer, que estaba junto a él, con Gunnar Broad alzándose enorme a su otro lado—. Pero lo que me preocupa a mí es el presente.

La mayoría de los Rompedores conservaban todavía el fervor de los auténticos creyentes, o al menos fingían conservarlo, pero Broad se subió los anteojos y miró el monumento destrozado con cara de estar albergando sus dudas. Nadie sabía lo que podría ocurrir

cuando los demás empezaran a dudar también. Pero a Risinau no parecía preocuparle. Estaba centrado en cuestiones más elevadas.

—¡Y mirad lo que hemos conseguido hoy, hermanos! —Cogió a Malmer y Broad por los hombros como si quisiera fundirse con ellos en un gran abrazo—. ¡Hemos derrocado a Casamir! ¡En su lugar, erigiremos un nuevo monumento a los trabajadores que murieron por su vanagloria!

Vick se preguntó cuántos trabajadores morirían por la vanagloria de Risinau. No serían pocos, supuso. Derrocar a un rey que llevaba dos siglos muerto era una cosa, pero el que ocupaba el trono en esos momentos quizá planteara objeciones más drásticas. Vick empezaba a pensar que el exsuperior estaba como mínimo medio loco. Pero, claro, de un tiempo a esa parte la cordura escaseaba en Valbeck, y no parecía que fuese a ponerse de moda otra vez en un futuro próximo.

Siempre había practicantes deambulando cerca de Risinau, como los perros alrededor de la basura que se asaba al sol en la ciudad. Habían renunciado a los ropajes negros y se habían quitado las máscaras, pero un ojo perspicaz aún podía advertir un moreno revelador en torno a la boca. Merodeaban por las calles cerca del Pabellón de Interrogatorios, renombrado con optimismo Pabellón de la Libertad, a la caza de ciudadanos desleales. O quizá de ciudadanos leales. La lealtad se había vuelto un concepto muy fluido.

El levantamiento había cambiado algunas cosas, pero otras parecían agotadoramente familiares. Los trabajadores seguían trabajando, los practicantes seguían vigilando, los sombreros importantes quizá hubieran cambiado de cabeza, pero quienes los llevaban seguían dando lecciones a todos los demás sobre cómo debían ser las cosas sin mover ni un dedo ellos mismos.

Menudo Gran Cambio.

—Desde su fundación por parte de ese charlatán de Bayaz, la Unión siempre se ha alzado sobre las espaldas de la gente corriente —siguió parloteando Risinau—. La llegada de las máquinas, la siempre creciente avaricia de los inversores, el advenimiento del dinero como nuestro dios y de los bancos como sus templos no son

más que los últimos y desalentadores apéndices a nuestra lamentable historia. ¡Debemos excavar unos nuevos cimientos teóricos para la nación, amigos míos!

Malmer hizo otro intento de devolver a Risinau a la realidad.

—La verdad es que a mí me preocupa más dar de comer a la gente. Uno de los grandes graneros se incendió el primer día. Otro está vacío. Y este calor no ayuda. Unas cuantas bombas del casco viejo están a punto de secarse del todo. El agua que dan algunas de las otras no se la daría ni a un perro, y...

—La mente también requiere sustento, hermano. —Risinau espantó una mosca, la única especie que prosperaba en la sofocante ciudad, y luego sonrió a Vick—. Sin duda, Sibalt ya te lo dijo.

Si Sibalt le hubiera dicho algo parecido, lo más probable sería que Vick le hubiera partido la nariz. Era la clase de mierda que solo podía salir de la boca de alguien que nunca hubiera pasado hambre.

—Era un buen hombre. —Risinau se dio un golpe con el puño en el corazón—. Lo echo de menos como podría echar de menos una parte de mí mismo. Creo... que por eso disfruto tanto conversando contigo, hermana. Ahora es lo más que puedo acercarme a hablar con él.

Vick casi nunca se permitía el lujo de que le cayera mal alguien. Igual que casi nunca se permitía el de que le cayera bien. Cualquiera de las dos cosas podía terminar matándola. Pero estaba empezando a aborrecer de verdad a Risinau. Era vanidoso como un pavo real, egoísta como un bebé y, por muy grandilocuentes que fueran sus palabras, empezaba a sospechar que era idiota. Las cosas inteligentes de verdad se dicen con palabras cortas. Las largas se emplean para disimular la estupidez. Era imposible que aquel soñador gordinflón pudiera haber organizado él solo aquel levantamiento. El trabajo duro tenía que haberlo hecho alguien mucho más formidable que él. Y Vick tenía muchas ganas de saber quién era. De modo que fue asintiendo a las sandeces que decía Risinau como si jamás hubiera escuchado unas revelaciones tan profundas.

—Lo hice prisionero por organizar a los trabajadores aquí —dijo

Risinau, con la mirada perdida en la lejanía—. Fue hace veinte años, al poco de incorporarme a la Inquisición, cuando estaban cimentándose las primeras factorías en Valbeck. Éramos jóvenes los dos. Idealistas. Lo arresté, pero al final no tuve más remedio que aceptar sus postulados. Reconocer que se oprimiría a los trabajadores. —Risinau soltó un profundo suspiro, con la mano rechoncha en su tripa rechoncha, subiendo y bajando al ritmo de su respiración—. Lo liberé. Para que actuara de informador, o al menos eso creía. Me decía a mí mismo que lo había convencido, pero lo cierto es que... él me había convencido a mí. Ambos habíamos convencido al otro, tal vez. ¡Éramos solo nosotros dos, hablando hasta altas horas de la noche sobre los buenos golpes que propinaríamos en favor del pueblo llano! Bueno, nosotros dos... y el Tejedor.

Vick frunció el ceño.

—¿El Tejedor no eres tú?

—Es un título que tomé de un hombre mejor —musitó Risinau antes de que su veleidosa atención pasara a otra cosa—. Deberíamos redactar un manifiesto, ¿no os parece? ¡Exigir que haya un representante de los trabajadores en el Consejo Cerrado! —Volvía a tener ese brillo en los ojos, como si estuviera escrutando un futuro diáfano—. A Sibalt le habría encantado la idea.

—Escucha, hermano. —Malmer se lanzó a otro intento desesperado de despertar al soñador, acercándose a Risinau y poniendo en guardia a sus practicantes—. Yo también conocía a Sibalt, y era buena persona, pero está muerto. Hay muchas buenas personas vivas que están sufriendo. La gente está hambrienta, enferma, asustada. —Bajó la voz—. Para serte sincero, yo mismo estoy asustado, joder.

—¡No tienes por qué estarlo! Ni tú ni nadie. Hemos detenido los disturbios, ¿verdad?

—De día. Pero ha habido palizas. Hasta ahorcamientos. Y no solo de propietarios. Extranjeros, sirvientes... La gente está aprovechando la ocasión para ajustar cuentas. Para llevarse todo lo que les apetece. Necesitamos que haya orden.

—¡Y lo habrá, hermano! Algunos trabajadores llevaban tanto

tiempo oprimidos que no es de extrañar que se hayan dejado llevar un poco por su reciente libertad. Pero nuestros prisioneros están a salvo en el Pabellón de Interrogatorios... de la Libertad, quiero decir, en el Pabellón de la *Libertad*. El alcalde, el comandante de la guardia de la ciudad y diversos ciudadanos influyentes, con lo que estoy refiriéndome a los más avariciosos y corruptos...

—¿Y qué pasa con Savine dan Glokta? —preguntó Malmer—. Oí decir que estaba en la ciudad.

—Estaba. —Risinau se estremeció por la repulsión—. Qué mujer más mordaz, arrogante y maleducada. La personificación de la avaricia explotadora de esta era moderna. Apenas un ápice preferible a su padre como comensal en una cena.

—No son sus modales lo que me interesa, sino lo que podría conseguirnos.

—Parece que se nos ha escurrido entre los dedos. El día del levantamiento fue más bien caótico, como digo, incluso más de lo esperado, y...

Broad miró con preocupación a Malmer por encima de sus anteojos.

—Esperemos que no la tenga la Jueza.

Vick sintió una punzada de inquietud incluso más intensa que de costumbre.

—¿Por qué iba a tenerla la Jueza?

—Los Quemadores se encargaron de buena parte del casco viejo —dijo Broad—. Tuvimos que levantar barricadas. No son muy selectivos a la hora de hacer daño.

—No sabemos qué estará pasando en esa zona —añadió Malmer—, pero han tomado rehenes. Se dice que la Jueza se ha instalado en el juzgado.

—¿Dónde si no iba a establecer su residencia la Jueza? —Risinau soltó una pequeña risita, pero nadie lo imitó.

—Dice que va a empezar a juzgar a sus prisioneros por crímenes contra el pueblo.

Vick sintió que el horror empezaba a subirle por la garganta.

—¿Cuántos tiene?

—¿Doscientos? —Malmer se encogió de hombros

desesperanzado—. ¿Trescientos? Hay algunos propietarios y unos pocos ricachones, pero también mucha gente pobre. Colaboradores, los llama ella. Cualquiera que no sea lo bastante fervoroso para su gusto. Y a ella le gustan los muy fervorosos.

—Tenemos que llevarnos a esos presos —dijo Vick—. Si tenemos alguna intención de negociar con...

—La Jueza nunca ha sido una persona muy razonable. —Risinau levantó los hombros como si todo aquello fuera un desastre natural al respecto del cual no pudiera hacer nada—. Desde el levantamiento, se ha vuelto directamente corrosiva.

—¿Los Quemadores no cumplen tus órdenes?

—Bueno... son gente impredecible. Fogosa. ¡Por eso deben de llamarlos Quemadores! —Soltó una nueva risita, pero al ver que Vick nunca había tenido menos aspecto de ir a echarse a reír, carraspeó y siguió hablando—. Supongo que podría pedirle que me entregue a los prisioneros.

—O podrías enviarme a mí a pedírselo —dijo ella, cruzando la mirada con él y sosteniéndosela—. Es lo que haría Sibalt. Necesitamos que tú te concentres en lo que es importante de verdad. Nuestro manifiesto. Nuestros principios. Deja que hable yo con la Jueza.

A Risinau le gustó la idea. Sus ojitos titilaron al pensar en párrafos y más párrafos de bonita caligrafía. En solemnes declaraciones. En derechos y libertades.

—Hermana, empiezo a comprender por qué Sibalt tenía tan buena opinión de ti. Llévate a algunos hombres.

—Desde luego.

Por lo que había visto de la Jueza, Vick pensó que más le valía llevarse a muchos hombres, y mejor que fueran de los más preparados para la violencia. Por suerte, su primera elección andaba cerca.

—¿Hermano Gunnar? —Miró el tatuaje del puño de Broad—. Me da la impresión de que podrás encontrar a unos cuantos hombres que sepan pelear.

Broad la miró muy serio por encima de sus lentes.

—Prometí a mi esposa que no correría riesgos.

—No hacerlo es un riesgo aún mayor. Si la única hija del archilector sale herida, su eminencia no descansará hasta vernos a todos ahorcados. —Miró hacia Risinau, que estaba explicando a sus practicantes desenmascarados qué aspecto quería que tuviera su nuevo monumento, viviendo en un sueño que muy bien podía convertirse en la pesadilla de todos los demás—. A este paso, su nuevo monumento será nuestra tumba.

Todos iguales

Los Quemadores estaban al mando allí y se notaba.

Había casas desvalijadas, cuyas puertas rotas se mecían colgando de bisagras retorcidas. Había casas incendiadas, cuyas ventanas se abrían vacías, y ladrillos ennegrecidos de un tiro de chimenea caído despedazados en la calle, sobre el barro cocido por el sol. Había basura y cristal esparcidos, ropa destrozada y muebles reventados como si un vendaval hubiera asolado el vecindario. El hedor iba en aumento cuanto más se adentraban en el lugar. Apestaba a podredumbre y meados y madera calcinada y humo rancio, todo hirviendo junto en el pegajoso calor.

Sarlby empuñaba con fuerza su ballesta y vigilaba los portales con ojos endurecidos.

—No había mucha gente rica por aquí antes del levantamiento.

—No había nadie rico —dijo Broad.

—Pero todo está incendiado y saqueado de todas formas.

—Los pobres nunca están cómodos cerca de los ricos. Si les dejas elegir, preferirán siempre robar a otros pobres.

Vick giró la cabeza para sisear por encima del hombro.

—No os distraigáis. No os separéis.

—La verdad es que no me hace mucha gracia aceptar órdenes de una mujer —refunfuñó Sarlby, aunque las aceptó de todos modos.

—Esta parece saber lo que se hace —replicó Broad—. Que es más de lo que puede decirse de casi todos los oficiales en Estiria.

—Ahí llevas razón.

—Repasando mis últimos cinco años, la verdad es que tomo decisiones de mierda. Ahora tiendo a hacer lo que me dicen las mujeres y suponer que será para bien. ¿Que Liddy me dice que levante una barricada? Pues la levanto. ¿Que May me dice que

acoja a la chica que la cruzó? Pues la acojo.

—¿La de la cabeza afeitada? ¿Está viviendo con vosotros?

—Se llama Ardee y no sabe hacer nada. Liddy le pidió que ayudara a cocinar y se quedó mirando la cazuela como si no hubiera visto una en la vida. —Broad hinchó los carrillos y bufó—. Pero May le ha cogido cariño, así que se queda.

—Tiempos duros, supongo —dijo Sarlby—. Todo el mundo hace lo que mejor puede.

—Tiempos duros —repitió Broad—. ¿Y cuándo se ablandan? Esa es la cuestión.

Todo parecía demasiado tranquilo. Broad vio a alguien acechando en un callejón, y una cara en una ventana que desapareció al instante, y una pareja peleándose por un hueso que se escabulló en cuanto se acercaron. Alguien había estado muy ocupado con una brocha, porque había lemas garabateados entre salpicaduras por todas partes. Pintados a lo largo de manzanas enteras con letras de tres pasos de altura. Borrajeados en puertas delanteras con letras tan diminutas como las de un libro.

—¿Qué pone? —preguntó Sarlby.

Broad se subió los anteojos por la nariz sudada y entrecerró los ojos para distinguir las letras.

—Que se joda el rey. Que se joda la reina. Que se jodan todos. Alzaos. Tomad lo que es vuestro. Esas cosas.

—Lo mismo te roban la ropa —murmuró Sarlby, negando con la cabeza—, pero te dejan unas consignas estupendas. Putos Quemadores. Son solo otra clase de mamones.

—Así es la política —gruñó Broad—. Mamones buscando excusas para mamonear.

—Los altos ideales y la realidad son como el aceite y el agua —murmuró Vick—. No se mezclan bien. —Se acuclilló en una esquina y les hizo señas para que se acercaran—. Ahora, silencio. Hemos llegado.

El juzgado de Valbeck había sido una construcción grandiosa, de señoriales peldaños de mármol coloreado con señoriales columnas en su cima. Alguien había subido al tejado y había arrancado parte del cobre de la cúpula, dejando a la vista una telaraña de vigas por

un lado. El gran banco nuevo que habían construido al lado debía de haber sido incluso más grandioso que el juzgado hacía poco, pero solo quedaba de él un cascarón quemado. Las cenizas se perseguían unas a otras alrededor de las botas de Broad, formando pequeños remolinos mientras el grupo cruzaba la plaza vacía en dirección al edificio.

—Alguien intentó contenerlos aquí —dijo Broad mientras subían los escalones. Las puertas estaban destrozadas, una arrancada a medias de sus goznes y colgando suelta.

—Esperemos que a nosotros nos vaya mejor —dijo Sarlby, empuñando su ballesta.

La entrada estaba flanqueada por un par de estatuas. Eran mujeres de inaudita majestuosidad, en poses que jamás adoptaría una persona real, una sosteniendo un libro y una espada y la otra con una cadena rota en las manos. Justicia y libertad, supuso Broad. Los Quemadores habían decapitado a golpes a Libertad y le habían reemplazado la cabeza por la de una vaca muerta: moscas paseando por sus ojos vidriosos, franjas de sangre seca que caían por el mármol resquebrajado. Justicia tenía una enorme sonrisa roja pintarrajeada sobre el rostro adusto, y las palabras «Nosotros os daremos puta justicia» pintadas con letras que goteaban en el pecho.

Vick pasó entre ellas con paso firme.

—Sí que tienen sentido del humor estos Quemadores.

—Huy, sí —dijo Broad—. Son la monda.

La puerta que daba a la gran sala del tribunal no estaba vigilada, pero había algunos Quemadores sentados en los bancos del público. O quizá fuesen solo ladrones, chulos, jugadores y borrachos. Era difícil distinguirlos. Algunos aullaban y vitoreaban, sacudiendo los puños en el aire. Otros estaban inconscientes, rodeados de botellas vacías. Una pareja se había construido un nido con unas viejas cortinas y sus besos ansiosos resonaban por toda la sala. Un kántico de piel oscura estaba dando unas caladas tan profundas a una pipa de cáscaras que Broad se preguntó si pretendería reemplazar él solo los vapores de Valbeck. Las moscas zumbaban en el espeso calor y el lugar hedía a cuerpos sin lavar.

Alguien había dibujado una infantil polla en el suelo de mosaico con pintura roja, pero había llovido a través del hueco de la cúpula y la mitad estaba emborronada en un charco herrumbroso.

En lo alto del estrado estaba sentada la Jueza, la lunática mandamás de aquel circo de locos, con el bonete negro de cuatro picos que correspondía a un juez sobre su maraña de pelo rojizo. Se había ataviado con joyas robadas: tenía los dedos envueltos en anillos, un brazo saturado de pulseras, cadenas gremiales y tiras de perlas y collares de dama hechos un chabacano embrollo sobre el maltrecho peto. Tenía una pierna larga y delgada colgando perezosa del brazo de la silla dorada, con letras azules tatuadas que daban vueltas y más vueltas a su desnudo muslo blanco. Ver aquella pierna dio a Broad un cosquilleo culpable en las entrañas. El mismo que sentía cuando notaba que se avecinaba violencia.

En el banquillo de los acusados había un preso anciano y huesudo, con las manos atadas a la espalda, el pelo ralo tieso por la sangre, la barbilla cubierta de canas de unos días. Los dos guardias que tenía a ambos lados vestían un surtido de ropa que les daba aspecto de payasos, pero las espadas que llevaban no eran ninguna broma.

—¡Ricter dan Vallimir! —exclamó despectiva la Jueza—. Aparte de todo el resto, estás acusado de llevar un puto «dan» en el apellido.

—¡Culpable! —Había diez meretrices en el palco del jurado, ocho mujeres y dos chicos, además de un hombre rechoncho con delantal que parecía de lo más desconcertado por hallarse allí. Una puta se había levantado de un salto haciendo tintinear el cascabel nocturno que llevaba al cuello, con el rostro pintado retorcido en una mueca demencial—. ¡Culpable, cojones!

—¡Damas del jurado! —La Jueza llamó al orden golpeando su mesa con un hacha de mano, que hizo volar astillas—. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? ¡Quiero puto silencio hasta que haya terminado de leer los cargos!

—Rechazo este tribunal —gruñó Vallimir, inflando el pecho—. ¡Lo impugno! —Alguien le arrojó fruta podrida desde la bancada del público. Falló, se estrelló contra la pared del fondo y pringó de baba

los caros y antiguos paneles—. ¡Vosotros, chusma, no tenéis ninguna autoridad sobre mí!

—¡Incorrecto! —chilló la Jueza—. ¡Enseñadle nuestras credenciales!

Uno de los payasos pegó a Vallimir con una cachiporra en la cabeza y lo envió jadeando contra la barandilla. El otro volvió a levantarlo, con chorretones de sangre fresca cayéndole por la cara.

La Jueza agitó su puño cubierto de anillos en la dirección de Vallimir.

—¡Tenemos la autoridad del puño! ¡Tenemos la autoridad del metal afilado! Tenemos la autoridad de la *fuerza*, mamón llorica, que es la única autoridad que existe. —Algunas aclamaciones sueltas procedentes de los pocos miembros del público que seguían conscientes—. Eso deberías saberlo bien. Fuiste soldado. ¿Alegato de la defensa? ¿Dónde está ese gilipollas de Randock?

Un hombre se levantó temblando de detrás de una mesa cubierta de ceniza, botellas vacías y una carcasa de pollo a medio podrir. Estaba desnudo aparte de unas lentes rotas aupadas en su nariz rota, se protegía sus partes con las manos y tenía la espalda cubierta de cardenales morados.

—No hay alegato, señoría —farfulló—. ¿Qué alegato podría haber?

Dejó escapar una risita histérica y volvió a hundirse en su silla rota, que bailaba sobre tres patas y estuvo a punto de tirarlo al suelo, para gran regocijo del jurado.

La Jueza no se reía. Había visto a Vick y sus Rompedores entrando por la puerta y dispersándose entre los bancos del público. Sus ojos negros parecieron detenerse un tiempo en Broad e hicieron que aquel cosquilleo culpable se extendiera por todo su cuerpo. Broad se dijo que aquella mujer era letal como un escorpión, pero no sirvió de nada. Más bien al contrario.

—No recuerdo haber convocado a testigos —dijo la Jueza, torciendo el labio—. Puede que tenga que acusaros de desacato.

—Es una forma de llamarlo —replicó Vick, mirando a su alrededor—. Nos envía Risinau. Quiere a tus prisioneros.

La Jueza echó mano a una botella y le dio un buen sorbo. Ver

beber a la gente siempre daba sed a Broad, pero había algo en su forma de envolver con la lengua el cuello de la botella que hizo que deseara con más fuerza estar en su lugar. O quizá lo que deseaba era estar en el lugar de la botella.

La Jueza entornó los ojos hacia Vick.

—Si Risinau quiere pedirme un favor, debería haber venido en persona.

—Me ha enviado a mí.

—¿Debería asustarme?

Los Quemadores empezaban a percatarse de los recién llegados, a mirarlos amodorrados, a acercar las manos muy despacio a sus armas.

Vick no dio un paso adelante, pero tampoco atrás.

—No si me entregas a los prisioneros.

—Mis prisioneros tienen que responder a acusaciones, hermana, ¡mas no temas! —La Jueza hizo un gesto en dirección al jurado—. Estas zorras deliberan como el rayo. ¡A veces tengo que impedir que den su veredicto hasta antes de nombrar al acusado! Si estuvieran al mando en Adua, ya no quedarían casos atrasados ni abogados con trabajo.

—¡Estarían vendiendo el culo en el arroyo! —chilló una fulana, provocando risotadas en sus compañeros del jurado, y el abogado desnudo se encogió y se miró los pies.

La Jueza se inclinó hacia delante y su sonrisa se convirtió en gruñido.

—¡No hemos derrocado a nuestros amos para que se alce otro en su lugar! Me parece a mí que Risinau está colocándose como un propietario sobre sus trabajadores, como un rey sobre sus súbditos, como...

—¿Una jueza sobre su jurado? —propuso Vick.

—¡Vaya! —La Jueza hizo un mohín, fingiéndose molesta—. Me has dado a probar mi propia medicina, cabrona astuta. —Asomó la cabeza por delante del estrado para chillar hacia el diminuto escritorio del taquígrafo, donde estaba sentada una mendiga anciana—. ¡Que eso no conste en acta!

—Qué más dará, si no sé escribir —murmuró la mendiga, y

siguió pintando garabatos en los libros.

—Lo entiendo. —Vick dio un paso adelante—. Queréis ver a alguien pagando. Y desde luego hay mucho que pagar. —Broad no entendía cómo podía estar tan calmada con toda aquella locura rodeándola—. Nadie quiere verlos pagar más que yo. Pero tenemos una ciudad llena de gente en la que pensar. Necesitamos algo con lo que negociar.

Fue un buen intento. Muy tranquilo. Muy razonable. Pero a Broad no le daba la impresión de que aquel fuese lugar para la tranquilidad ni el raciocinio. Detalles aparte, era la autoridad del puño la que contaba. La Jueza había tenido razón en eso, y Broad lo sabía mejor que nadie. A su lado, Sarlby retiró el tope del gatillo de su ballesta.

La Jueza se levantó despacio, con los puños tensos apoyados en la mesa llena de hachazos, los hombros huesudos alzados junto al cuello, las cadenas robadas balanceándose.

—Ah, ya veo. Vas a entregar a mis prisioneros a nuestros opresores a cambio de un mundo mejor. Solo tú y tu lengua acaramelada.

Sacó su propia lengua y movió la punta de una forma que Broad encontró desagradable y extrañamente excitante, todo a la vez. Era la mismísima encarnación de los líos. Era todo a lo que Broad había jurado renunciar. Tenía la sensación de estar faltando a su palabra solo por mirarla. Y no podía quitarle los ojos de encima.

—Venga, por favor —escupió la Jueza—. La libertad no puede comprarse. —Cogió su hacha y la descargó contra la mesa, sobresaltando a todo el mundo—. ¡Hay que cortársela a esos cabrones! ¡Hay que quemar a los muy hijos de puta y luego revolver sus cenizas hasta encontrarla! Miraos, miserables desgraciados. Menuda pandilla de cobardes, jugando al cambio. Que alguien saque a esos idiotas de mi vista.

—¡Sí, señoría! —Uno de los payasos avanzó hacia Vick—. Dice que largo de aquí, así que...

La frase se interrumpió con un gañido cuando Broad lo cogió por el cuello y lo arrojó al otro lado de la sala. Dio contra el estrado de los testigos, su sien se estrelló en el panel y cayó hecho un amasijo

de extremidades y astillas mientras su espada rebotaba por el suelo.

Hubo uno de esos momentos largos y silenciosos. Broad oyó a gente respirar fuerte a su espalda, el rumor de hombres levantándose, el tenue golpe de la ballesta de Sarlby al apoyársela en el hombro, el siseo metálico del acero al desenvainarse armas. Broad se quitó los anteojos de las orejas, los plegó y los guardó en el bolsillo de su chaqueta. Estaba preparado para dejarse ir. Siempre estaba preparado.

—Uuuuuh. —La voz grave de la Jueza se había vuelto suave como un ronroneo y, aunque Broad solo veía un borrón brillante, sabía que estaba mirándolo fijamente a él—. Tú sí que me gustas. Tienes un demonio dentro. Los iguales se reconocen entre ellos, ¿eh?

Broad se sintió como al borde de un precipicio, a solo un empujoncito de caer sin remedio. Su voz pareció venir de muy lejos. Apenas le sonó propia en absoluto.

—No quiero hacer daño a nadie.

—¡Pues claro que quieres, coño! Lo tienes escrito por todas partes. Porque no se te da muy bien ninguna otra cosa, ¿verdad? ¡Pero en hacer daño a la gente eres el mejor! ¡No te disculpes por ello! No apagues tu llama, hombre malvado, ¡deja que arda! Tu sitio está con nosotros. Tu sitio está *conmigo*. ¿Que no quieres hacer daño a nadie? —Chasqueó la lengua—. Tu boca dice que no, pero tus puños dicen que sí.

Entonces Broad notó una mano en el hombro. Ligera. Pero firme.

—Solo queremos a los prisioneros. —Era la voz de Vick, sólida como una muralla—. Y nadie saldrá herido.

Aquel momento maravilloso, horrible, se extendió un poquito más. Entonces la Jueza volvió a sentarse, sacó la lengua e hizo una larga pedorreta.

—Tú eres de esas zorras tozudas, ¿verdad? Cuando echas un mordisco a algo, ya te pueden dar palos que no vas a soltarlo. ¿Sabes por qué me llaman la Jueza?

—La verdad es que no —dijo Vick.

—Yo antes zanjaba las disputas entre las putas, allá en los muelles de Keln. Juzgaba quién llevaba razón. Juzgaba qué era lo

justo. Y esas chicas pueden disputarse cualquier condenada cosa, créeme. Y cuando juegas a ese juego... bueno, a veces tienes que buscar un punto intermedio. A fin de cuentas, estamos todos en el mismo bando, ¿verdad que sí? ¿No queremos todos un mundo mejor? ¿Un mundo en el que seamos todos iguales?

—Exacto —respondió Vick, con la mano todavía en el cosquilleante hombro de Broad—. Todos iguales.

—Incluso aunque tengamos métodos distintos, es decir, que los míos funcionan y los vuestros estoy segura de que no lo harán ni de puto milagro. —La Jueza hizo un generoso ademán con la mano, moviendo los dedos cubiertos de anillos—. Llevaos a los prisioneros. Pero si creéis que al Viejo Palos vais a sacarle algo a cambio de ellos, me parece que aprenderéis una lección bien amarga. ¿Alguacil?

Un hombre se adelantó e hincó su alabarda dorada en los baldosines con un golpe seco, sonriendo de oreja a oreja, desnudo por completo aparte de un calcetín mugriento cubriéndole sus partes.

—¿Sí, su puta señoría?

—Llévate a estos respetables ciudadanos al patio donde descansa la mayoría de nuestros prisioneros. Y ojito con esa boca tan sucia, picaruelo, que nuestros invitados son muy sensibles. —Hizo un gesto como apartando a Vallimir—. Bajadlo y entregadlo a la custodia de los Rompedores, al cabrón suertudo. Al suertón cabrudo. ¡Ja! Caso desestimado.

No habría más violencia ese día, pues. Broad no estaba seguro de si era alivio o decepción lo que sentía mientras volvía a ponerse los anteojos para ver a la Jueza señalándolo con el dedo, sus labios abiertos en una sonrisa demente.

—Y en cuanto a ti, hermoso cabronazo, cuando te canses de fingir, mis brazos siempre están abiertos. —Se quitó el bonete y lo lanzó dando vueltas al fumador kántico—. ¡No acapares esa pipa, pedazo de mierda! Avívala y dame una calada.

Broad se quedó mirándola un momento más, con el pulso aún latiéndole en el cráneo, y luego dejó que Vick se lo llevara tras las nalgas peludas del alguacil hasta salir de la sala del tribunal. Los

abucheos del jurado lo siguieron, pero se oían bastante desganados. Parecía que, de momento, los Quemadores estaban saciados de justicia.

Le pareció oír el crujido de las jarcias mientras seguía a Vick por los sombríos escalones que había detrás de la sala. Era el sonido que había oído al mirar las velas infladas durante la travesía hacia Estiria. Pero no había ningún motivo para que hubiera tanta madera y cuerda detrás de un juzgado.

—Me cago en la puta —susurró Sarlby cuando salieron a la luz.

A lo largo del patio empedrado, entre las ventanas rotas de ambos lados, los Quemadores habían tendido en horizontal una docena de grandes postes, quizá robados de alguna factoría en construcción. De esos postes, a intervalos regulares, colgaban cuerpos. Serían unos cien. Tal vez más. Se mecían un poco por el viento. Había hombres y mujeres. Había jóvenes y viejos.

Todos iguales ya, en efecto.

—Me cago en la puta —susurró Sarlby otra vez.

Ninguno de los Rompedores dijo una sola palabra. Vick se quedó plantada mirándolos. Broad se quedó plantado mirándolos. Ideales elevados, como los que lo habían llevado a él hasta Estiria. Sin duda podían llevar a la gente a lugares bien oscuros.

—Hay unos pocos que aún no están juzgados, abajo en las celdas. —El alguacil se sorbió la nariz y se ajustó el calcetín sucio —. Supongo que también podéis llevároslos.

La insensatez de los jóvenes

—El príncipe Orso no viene —dijo Leo, pisando con fuerza la ruinosa escalera tras su madre, seguido por el Sabueso—. Tenemos que combatir.

La única respuesta de su madre fue un suspiro frustrado mientras llegaba a la musgosa cima de la torre. Desde arriba había una buena vista del valle que se extendía bajo el fortín en ruinas, de la carretera que serpenteaba a lo largo del fondo y de la alta colina en el extremo opuesto, coronada por rojos helechos. Lejos, hacia el oeste, la calzada llegaba a un riachuelo torrencial y lo cruzaba por medio de un puente que parecía antiguo. Más allá debía de haber un pueblo: las casas no se veían, pero el humo de las chimeneas manchaba un poco el cielo.

Les llegaron gritos cuando arreció el viento. Miles de hombres, centenares de caballos, docenas de carros que recorrían poco a poco la calzada entre las dos colinas y cruzaban el puente formando una cinta rutilante. El ejército de Angland, que se retiraba sin tregua hacia el sur y el oeste. Lo mismo que llevaba semanas haciendo.

—Mustred y Clensher trajeron dos mil hombres de Angland. No vamos a recibir más tropas. —Leo se situó al lado de su madre y plantó los puños en el inseguro parapeto—. Si ahora nos contenemos... quedaremos como cobardes.

Su madre soltó una risita seca.

—La única ventaja de ser una mujer al mando de un ejército es que no tienes que preocuparte por parecer cobarde. Es lo que todo el mundo espera.

—¡Pero es que seremos unos cobardes de mierda!

El Sabueso rebufó.

—Tu madre fue prisionera de Dow el Negro y no se amilanó, y no solo se liberó ella misma hablando, sino que además salvó a

sesenta hombres. No consentiré que se le den lecciones de valentía, chico. Hay una diferencia abismal entre tener miedo a luchar y esperar hasta que puedas ganar.

—¡Siempre que la espera termine! —Leo señaló en la dirección que confiaba que fuera el sudoeste, más allá del puente hacia Angland. La dirección en la que las tropas de la Unión estaban retirándose. Siempre retirándose—. No estaremos a más de treinta leguas de la frontera, y si nos empujan hasta el Torrente Blanco jamás podremos revolvernos y hacerles retroceder. El Protectorado será historia.

Cabría haber esperado cierto apoyo por parte del Sabueso. Era su puto Protectorado, ¿o no? Y había combatido al lado de Nueve el Sanguinario, el mayor campeón que el mundo había visto jamás, ¡un hombre que había triunfado en once duelos y reclamado la corona del Norte en el círculo!

Pero el viejo norteño se limitó a mirar ceñudo el valle, rascarse pensativo la barbilla puntiaguda y decir en voz baja:

—Bueno, hay que ser realista. Nada dura para siempre.

—Comprendo lo que está en juego —dijo la madre de Leo, apartando la mirada de la carretera para mirar preocupada el bosque oscuro que había al norte, tocándose distraída la calva que tenía bajo el pelo. Por debajo de ellos se distinguía dónde se había alzado la fortaleza en la cima de la colina, las murallas que habían quedado en poco más que montones de cascotes, las piedras sueltas esparcidas por la ladera, el bosque intentando avanzar sobre su pie—. Si tú piensas que lo único que hacemos es huir, quizá nuestros enemigos lo piensen también.

Las comisuras de los ojos del Sabueso se llenaron de arrugas cuando sonrió.

—Pretendéis combatirlos aquí.

—¿Lo aprobáis?

—Es buen terreno. —El Sabueso estudió el empinado comedero de cerdos que era aquel valle, con el hilo gris de su río, el hilo marrón de su calzada, las colinas rocosas a ambos lados—. Podría ser muy bueno, si nos acompaña la suerte.

—¿Vas a combatirlos aquí? —preguntó Leo, con los ojos como

platos.

—Esto es una guerra, ¿verdad? Stour Ocaso se ha adelantado a su padre y su tío. Puede que les saque hasta una jornada de ventaja. Sus hombres están dispersos, cansados, mal pertrechados y expuestos.

El Sabueso sonrió.

—Un poco imprudente por su parte.

—Un error que espero que podamos convertir en letal.

—Si ponemos un gusano lo bastante gordo en el anzuelo.

—Ya sabéis cómo son los guerreros con sus banderitas. —La madre de Leo se volvió para mirarlo a él—. Tu estandarte debería ser el cebo perfecto para él. Sobre todo después de que le pincharas el orgullo llevándote uno suyo. Haremos que parezca que nuestra retaguardia se ha quedado atascada en el puente. Con un poco de suerte, será una tentación a la que no podrá resistirse.

—¿Me queréis aquí, en las ruinas? —preguntó el Sabueso.

—Escondido y aguardando mi señal. Las fuerzas de Angland se concentrarán detrás de esa colina que hay al sur. Cuando Ocaso lance su ataque, caeremos sobre él desde los dos lados y lo atraparemos contra el río. Si hacemos bien la pinza, podríamos destruirlo de un solo golpe.

—Eso serviría de mucho para equilibrar la balanza.

—Y me haría sentir muchísimo mejor acerca de tanto retirarnos. Lo creas o no, Leo, esto me gusta tan poco como a ti.

Leo no pudo contener la sonrisa que se extendía por su cara.

—Vamos a combatirlos aquí.

—Pasado mañana, espero. ¿Alguno de los dos tiene opiniones sobre el plan?

Leo estaba demasiado ocupado imaginando la victoria. Las dos colinas serían las fauces de su trampa. El Gran Lobo se vería atraído hasta el valle que delimitaban por su propia arrogancia, rodeado en el puente y aplastado contra el agua. ¡Menuda canción compondrían! Ya estaba preguntándose cómo iban a llamar a la batalla cuando escribieran los libros de historia.

—Me gusta —dijo el Sabueso—. Si hay algo en lo que se puede confiar, es en la insensatez de los jóvenes. Avisaré a los guerreros

de Uffrith para que se congreguen aquí y se preparen para la batalla. —Calló un momento y el viento le revolvió el pelo canoso en torno a los marcados rasgos de la cara—. Lady Finree... he luchado junto a grandes combatientes. Grandes jefes guerreros. Y contra algunos, también. Pero muy pocas veces he visto un ejército mejor dirigido que por vos. Tal vez haya quienes vean alguna debilidad en lo que habéis hecho estas últimas semanas. —Plegó la lengua y escupió por encima de las almenas—. Esos hombres saben menos que nada sobre la guerra. Habría sido fácil traicionar la lealtad a nosotros. Dejar que nos engulleran. Pero vos habéis cumplido vuestra palabra. No hay muchos que lo hagan, después de ver lo que va a costarles.

Le ofreció la mano.

La madre de Leo parpadeó, a todas luces conmovida, y la cogió.

—Habré cumplido mi palabra cuando hayáis vuelto a vuestro jardín de Uffrith, ni un momento antes.

El Sabueso le dedicó una enorme sonrisa dentuda.

—En ese caso, brindaremos allí por nuestra victoria.

Y dio media vuelta y regresó bajando la maltrecha escalera con un renovado brío en el paso.

Leo sintió una oleada de orgullo al ver el respeto que sentía el viejo norteño por su madre. El respeto mutuo que se tenían. Inhaló el frío aire por la nariz y dejó que saliera feliz y ruidoso por la boca.

—Encabezaré a los hombres del puente y...

—No —dijo su madre—. Quiero que esté allí tu estandarte para atraer a Stour Ocaso, pero no tú.

—En la primera unidad de refuerzos, pues.

—No. —Y le dedicó aquella mirada desde encima de la nariz que siempre hacía que Leo se sintiera como un niño pequeño—. Mantendremos nuestra caballería como reserva en el pueblo de Sudlendal. —Señaló con el mentón hacia las volutas de humo que se elevaban al otro lado del puente—. Quiero que estés con ellos.

—¿En la *reserva*? —Leo movió una mano hacia el valle. Hacia la gloria. Hacia las canciones—. ¿Por fin vamos a luchar y me dejas con la impedimenta?

—Tampoco es que esté enviándote de vuelta a Ostenhorm. —

Los músculos de la sien de su madre se movieron cuando apretó la mandíbula—. Si algo sale mal, cosa que es muy posible, podrás llegar cabalgando y salvarnos. Para eso estamos aquí todos, ¿no? ¿Para ser testigos de tu leyenda?

—¡Qué injusto ha sido eso! —rezongó, y la insistente idea de que en realidad podría ser de lo más justo lo enfadó incluso más—. ¡Cuando combates por tu vida, no dejas tu mejor espada en la repisa de la chimenea y cargas con un cuchillo para el pan!

—Hay otros soldados en este ejército que saben pelear. —Su madre hablaba con una calma gélida, pero en su cara se extendía un rubor iracundo—. Hombres experimentados que comprenden el valor de la cautela, de la planificación y de obedecer las putas órdenes. Tú eres temerario, Leo. No puedo arriesgarme.

—¡No! —rugió él, golpeando las desmenuzadas almenas con el puño y soltando piedras que cayeron rebotando contra el muro—. ¡Pronto seré lord gobernador! Ya no soy un niño y no...

—¡Pues compórtate como un adulto, joder! —gritó ella, con tanta violencia que Leo se encogió un poco—. ¡Esto no es una negociación! ¡Te quedarás con la reserva y se acabó! ¡Tu padre está muerto! Está muerto, y no puedo perderte a ti también, ¿lo entiendes? —Le dio la espalda para contemplar el valle—. No puedo perderte a ti también.

Hubo una vacilación casi imperceptible en su voz, y por algún motivo eso le hizo un corte más profundo que el de cualquier espada. Se quedó allí mirando, de pronto sintiéndose culpable y avergonzado y estúpido. Su madre lo había llevado adelante, cuando su padre murió y todo se derrumbó. Había permanecido severa y con los ojos secos junto a la tumba, y entre lágrimas Leo había pensado en lo desalmada que era. Pero en ese momento comprendió que se había mantenido fuerte porque alguien tenía que hacerlo. Los había llevado a todos adelante desde entonces. Y en vez de mostrarse agradecido, de ser un buen hijo, de ayudarla a cargar con aquel peso imposible, él había lloriqueado, y protestado, y la había pinchado como si no hubiera en juego nada más importante que su propio orgullo.

Le llegó el turno a él de parpadear conteniendo las lágrimas, y

dio un paso adelante y le puso una mano en el hombro.

—No vas a perderme, madre —dijo—. No vas a perderme nunca.

Ella apoyó su mano encima de la de él. De repente, le pareció una mano vieja, frágil, con la piel del dorso arrugada en torno a los nudillos.

—Capitanearé la reserva —dijo.

Se quedaron juntos al viento, mirando el valle.

Se acabó la fiesta

El traqueteo del asa, el gorgoteo del agua nauseabunda entrando en el cubo, las salpicaduras y rociadas al levantarlo, resollando, las piernas, brazos y hombros tiritando, y pasárselo a May, y coger otro cubo vacío del anciano que tenía a la izquierda, con el asa traqueteando, y agacharse de nuevo hacia el agua.

Estaba encorvada, metida en el río hasta las rodillas, con el vestido mojado enrollado y recogido en un cinturón hecho de cuerda anudada, olvidada toda consideración por el decoro. Hasta su última consideración por el decoro había desaparecido en el momento en que salió trastabillando de aquella cloaca de río por primera vez, tiritando en bragas.

Traqueteo, gorgoteo, salpicaduras y rociadas. ¿Cuánto tiempo llevaba ya llenando cubos? Le parecían horas. La tarde azul se había tornado gris anochecer que se había tornado enloquecida oscuridad. El lejano tufillo a incendio se había convertido en un hedor punzante y luego en un inacabable humo rasposo que, incluso con un paño húmedo tapándole la cara, le daba ganas de vomitar con cada bocanada que daba. ¿Cuánto tiempo llevaba ya llenando cubos? Le parecían días. Tenía la sensación de haber estado llenando cubos desde siempre, y de tener que seguir haciéndolo por toda la eternidad.

Las mujeres habían formado una cadena y se iban pasando entre ellas baldes, latas y cacerolas orilla arriba, mientras los niños corrían entre la basura con los recipientes vacíos para que Savine pudiera cogerlos y llenarlos otra vez, traqueteo, gorgoteo, salpicaduras y rociadas.

Al otro lado del río ardían las fábricas, con llamas que se alzaban en la noche, las enormes chimeneas resaltadas contra el brillo como dedos negros, sus reflejos desdibujándose en el agua que fluía

lenta. Caían cosas ardiendo desde el cielo a las calles, a la playa, al río, pequeños pájaros flamígeros que chisporroteaban y chasqueaban, luces bailarinas que flotaban un instante en el negro espejo antes de desaparecer.

Arriba, entre los edificios incendiados, al final de la cadena de cubos, los hombres bregaban con los fuegos, gritando, aullando, dándose voces unos a otros. Furia, tal vez. Desespero, tal vez. Ánimos, tal vez. Savine estaba demasiado cansada para distinguirlos. Tan cansada que apenas recordaba cómo hablar. Cómo pensar. Ella misma se había transformado en máquina. En una máquina de llenar cubos. ¿Qué pensarían sus importantes contactos de la Sociedad Solar si la vieran ahora? Dio un agotado bufido que se le trabó en la garganta y le provocó una arcada. «Le está bien empleado a esa zorra arrogante», casi con certeza.

El traqueteo del asa, el gorgoteo del agua entrando en el cubo, las salpicaduras y las rociadas al pasárselo a May, las piernas, brazos y hombros tiritando por el esfuerzo. ¿Sería el frío, el agotamiento o el miedo lo que hacía que temblara tanto? ¿Qué diferencia había?

Se atragantó y tuvo un ataque de tos, repentino como un puñetazo en la tripa. Se agachó, sintiendo su castigada caja torácica zumbar con cada espasmo ahogado, se arrancó el paño de la cara y vomitó. Todo lo que podía vomitar, al menos, amarga bilis y agua rancia, su pequeña contribución a la suciedad del río.

Recuperó por la fuerza el control de sus pulmones y se agachó para llenar el cubo. Traqueteo, gorgoteo, salpicaduras y rociadas...

Una mano se le posó en el hombro. La de Liddy.

—Está apagado —dijo.

Savine la miró atontada, y luego sus ojos remontaron la ribera hacia los edificios. La humareda seguía emanando hacia el cielo, pero ya no había llamas. Salió vadeando del río y se dejó caer a cuatro patas en la resbaladiza gravilla, totalmente exhausta. Arqueó la espalda hacia un lado y luego hacia el otro, y sintió punzadas de dolor hasta los mismos talones, hasta el mismo cuello. Era, tal vez, una tenue sombra de lo que su padre sentía cada mañana. Pensarlo quizá debería haberle provocado cierta compasión. Pero como a su

padre le encantaba decir, para lo único que sirve el dolor es para sentir pena de uno mismo.

—Está apagado —repitió May con voz ronca, tumbándose en la orilla a su lado.

Savine gimió al incorporarse y torció el gesto al intentar mover los dedos, agrietados y arrugados por el agua fría, pelados por las asas oxidadas de los cubos.

—Está apagado lo de aquí —susurró, mirando sobre el río hacia el gran fulgor que seguía danzando en la otra orilla.

—Solo podemos preocuparnos de lo de aquí. Lo de allí...

El resplandor anaranjado de los fuegos al otro lado del río resaltó las facciones de la cara de Liddy incluso más de lo habitual. Savine comprendió. Lo de allí estaba perdido. Lo de allí ya no existía.

A su llegada a la ciudad, había sonreído al ver solares en construcción por todas partes, las grúas y los andamios, las herramientas para crear. Pero Valbeck se había convertido en una inmensa demolición.

Descubrió que una parte de su mente intentando calcular la escala de las inversiones que se habían convertido en humo. Los edificios y la maquinaria destruidos, la gente arruinada. ¿Cuántas pérdidas había sufrido ella, por cierto? Nada de aquello parecía muy importante, comparado con el dolor de sus manos.

Llegó un vientecillo, por fin, que se llevó el humo neblinoso río abajo. Bastó para que Savine pudiera meter una bocanada decente de aire en su pecho irritado.

—¿Qué ha pasado? —susurró.

—Supongo que los Quemadores incendiaron algunas cosas mientras salían de la ciudad. —Liddy se frotó la cara con el dorso de la manga y solo consiguió mancharla de ceniza—. Un regalito de despedida.

—¿Mientras salían?

May se pasó la lengua por el interior de la boca y escupió.

—Dicen que el príncipe heredero se aproxima con cinco mil soldados. Se rumorea que para mañana habrán llegado a la ciudad.

—¿Orso está aquí? —susurró Savine.

Apenas había pensado en él desde el levantamiento. El hambre,

el frío y la amenaza constante de muerte ahogaban bastante el apetito por el romance. Pero entonces la sonrisa de Orso afloró en su recuerdo, dolorosamente nítida, y se sintió flaquear con una sensiblera oleada de alivio.

—Supongo que habrán conseguido arrancarlo del burdel —dijo Liddy—. Sin duda, traerá con él a la Inquisición.

—Oh —dijo Savine, como una tonta. Para casi todo el mundo allí, era una perspectiva horrorosa. Para ella, la mejor noticia que había recibido en semanas.

—Parece que se acabó la fiesta —murmuró May.

Hubo un ruido atronador y Savine levantó la cabeza bruscamente. Al otro lado del río, el techo de una factoría en llamas estaba cayendo, lanzando a la noche géiseres de chispas y una gigantesca nube de humo cuando la mitad de una fachada se derrumbó hacia dentro. La brillante nueva era colapsando sobre sí misma.

El príncipe heredero Orso cabalgaba a su rescate. Quizá Savine debería haberse reído de ello. Quizá debería haber sollozado por ello. Pero no le quedaban ni risas ni lágrimas. Era un cascarón vacío.

Se sentó en la orilla y contempló las llamas que danzaban en el agua.

Comer guisantes con una espada

—¿Nos disponemos para atacar, alteza?

—¿Atacar, coronel Forest? —Orso no se lo tuvo en cuenta. La violencia venía a ser el oficio de un soldado de carrera, a fin de cuentas. Pero los límites de la imaginación de Forest empezaban a quedarle claros—. ¿Atacar a quién? La ciudad en sí misma es un recurso, no un enemigo. Y en cuanto a sus habitantes, la verdad es que no tenemos ni idea de quiénes son leales y quiénes no. Quiénes son rebeldes y quiénes rehenes. Declarar la guerra a nuestros propios ciudadanos... quedaría fatal. Podríamos crear más rebeldes que los que matáramos.

Orso volvió a mirar hacia Valbeck por el catalejo. Distinguió diminutos edificios, torres, chimeneas que parecían palillos, oscuras columnas de humo alzándose desde la malhadada ciudad que atribuyó más a la destrucción que a la industria.

¡Cómo le habría gustado ordenar una gloriosa carga! Pasar a los rebeldes a espada, registrar casa tras casa hasta dar con Savine. Levantarla del suelo y besarla con pasión y todo eso, para gran deleite de ella. Ser por una vez él quien corriera en su rescate. Pero Orso sabía que debía dejarse de cuentos infantiles y pensar.

Savine era dura. Mucho más dura que él. Era ingeniosa. Mucho más ingeniosa que él. Lo mejor que podía hacer por ella, por todo el mundo, era actuar despacio, con cautela y siendo muy, muy aburrido. Lanzó un suspiro desde sus mejillas hinchadas, que le picaban por los inicios de una barba que esperaba que le diera un aire marcial pero sospechaba que acabaría siendo otro de sus muchos errores.

—Atacar la ciudad con un ejército sería como comer guisantes con una espada —dijo—. Aparatoso, frustrante y con muchas posibilidades de acabar haciéndote un tajo a ti mismo en la cara.

Tenemos que ser comedidos. Tranquilos. La firme pero necesaria mano de la autoridad. Tenemos que ser nosotros los adultos. —Por una vez en su vida.

Orso cerró el catalejo con decisión. Es crucial mostrarse decidido, sobre todo cuando no se tiene ni puta idea de lo que se está haciendo. Llevaba toda la vida improvisando sobre la marcha, por supuesto, pero nunca antes había tenido los destinos de muchos millares de personas dependiendo directamente de su absoluta ignorancia. Aunque quizá en eso consistiera el heroísmo. En la abrumadora confianza en sí mismo necesaria para bailar al borde del precipicio sin plantearse siquiera la caída.

—Rodea la ciudad —dijo, dándose unos golpecitos cavilosos con el catalejo en la otra palma y dejando que sus ojos vagaran por los campos de alrededor de Valbeck—. Despliega nuestros cañones donde puedan verse a simple vista pero *no* dispararse. Bloquea todas las rutas de entrada y salida, interrumpe sus suministros, deja claro como el agua que nosotros estamos al mando.

—¿Y luego? —preguntó Forest.

—Luego averigua quién lidera a los rebeldes y... —Se encogió de hombros—. Y ofrécele parlamento.

—Toda guerra es solo un preludio de las posteriores conferencias de paz —dijo una voz. Había un hombre cerca, vestido con elegante ropa de civil. Un hombre al que Orso, que él recordara, jamás había puesto los ojos encima. Un hombre poco destacable, con el pelo rizado y un largo palo de madera en una mano, que sonrió a Orso—. Mi maestro daría su aprobación sin reservas, alteza.

Como príncipe heredero, Orso estaba acostumbrado a olvidar a nueve de cada diez personas que le presentaban, además de a todos los desconocidos que metían las narices en sus asuntos, de modo que se mantuvo escrupulosamente educado.

—Disculpadme, pero creo que no nos conocemos.

—Os presento a Yoru Sulfur —intervino el superior Pike—, miembro de la Orden de los Magos.

—Estaba poniendo todo mi empeño en apagar un incendio en el Norte cuando el inconfundible hedor de la Unión en llamas me llegó

a la nariz. —Sulfur ensanchó la sonrisa—. Nunca tenemos un momento de paz, ¿eh? Ni un solo momento de paz.

—Su eminencia el archilector —dijo Pike—, además de su majestad, vuestro padre, insistieron en que maese Sulfur se uniera a nosotros.

—Solo como observador. —Sulfur le quitó importancia con un gesto, como si el favor de los dos hombres más poderosos de la Unión no mereciera ni comentarse—. Y quizá para ofreceros algún minúsculo consejo, si me es dado. Como representante de mi maestro, Bayaz, Primero de los Magos. Unos asuntos urgentes lo reclaman en el oeste, pero la estabilidad de la Unión siempre se ha contado entre sus principales preocupaciones, aun así. Estabilidad, estabilidad, no para de decir. Una Unión estable significa un mundo estable. Esta situación... —Y meneó la cabeza con tristeza mientras miraba el humo sobre Valbeck—. Esta situación es todo lo contrario. Vaya, pero si lo primero que hicieron fue incendiar el banco.

—Ya... veo —dijo Orso, lo cual significaba que no lo veía para nada. Se volvió de nuevo hacia Forest, donde las cosas por lo menos tenían un poco más de sentido—. ¿Qué estaba diciendo?

—Hablabais de rodear la ciudad, alteza.

—Ah, sí. ¡Proceded!

Forest le hizo un saludo envarado y sonaron las órdenes, seguidas por las pisadas y tintineos cuando la última columna de la División del Príncipe Heredero salió de la calzada y se desplegó por los campos para iniciar el asedio.

—¿Maese Sebo? —dijo Orso.

El chico se adelantó.

—Sí, señor. Quiero decir, su... esto....

—Alteza —le apuntó Tunny, con un asomo de sonrisa.

—¿Has estado dentro de la ciudad?

El chico asintió, con aquellos ojos enormes y luminosos fijos en Orso.

—¿Y has presenciado alguna reunión de esos Rompedores?

El chico asintió de nuevo.

—¿Tienes alguna idea de quién puede estar al mando ahí dentro?

—Risinau, el superior de la Inquisición. Se hacía llamar el Tejedor. Parecía que los dirigía él, pero hablaba como si estuviera loco. También había una mujer llamada la Jueza. —Se estremeció un poco—. Pero parecía hasta más loca que Risinau. Y luego había un tipo más viejo. Mulmer. Molmer. Algo por el estilo. Parecía... decente, diría yo.

—Entonces, Mulmer, supongo. —Orso frunció el ceño a Sebo—. ¿Hoy has comido algo? Pareces muerto de hambre.

Sebo parpadeó.

—¿Te gusta el pollo?

El chico asintió despacio.

—¿Yema?

—¿Alteza?

—Ve a la cocina y tráele al chico un pollo con... bueno, con lo que quiera.

Yema pareció un poco irritado.

—¿Te ofende, Yema? ¿Crees que no es una tarea digna de ti?

—Bueno...

—Eres tú quien no es ni remotamente digno de cualquier tarea que te encomiende. Tráele un condenado pollo al chico, y luego quiero que salgas hacia Valbeck con una bandera blanca. ¿Tenemos bandera blanca, Tunny?

Tunny se encogió de hombros.

—Clavamos una camisa a un palo y listos.

—Pollo primero, luego camisa en palo, y luego vete hasta la barricada más cercana y diles que al príncipe heredero Orso le gustaría mucho hablar con Mulmer de los Rompedores. Diles que estoy preparado para negociar. Diles que estoy más que dispuesto a negociar. Diles que siento por la negociación lo mismo que un semental por una yegua.

—Sí, alteza —dijo Yema, todavía con un poco de cara de contrariedad.

—Sí, alteza —dijo Sebo, con los ojos aún abiertos de asombro. Parecía que estrecharlos no era una opción siquiera para el chico.

Mientras los dos se marchaban, Orso miró preocupado la ciudad con una mano en la tripa.

—¿Hildi? —llamó.

La chica estaba sentada con las piernas cruzadas, vestida con su uniforme de tamborilero, haciendo una cadena de margaritas.

—Estoy un poco liada.

—Tráeme un pollo, ¿quieres?

—Yo también comería algo.

—Trae un pollo a todo el mundo, pues. ¿Pollo, maese Sulfur?

—Sois muy amable, alteza, pero debo guardar una dieta muy específica.

—La disciplina de las artes mágicas, ¿eh?

Sulfur compuso una amplia sonrisa, mostrando dos hileras de brillantes dientes blancos.

—Todos debemos hacer sacrificios.

—Supongo que sí. Pero a mí nunca se me ha dado muy bien.

—Será la falta de práctica —dijo Hildi.

Orso se tragó una carcajada.

—No es que pueda negarlo. Me temo que quiero caer bien a todo el mundo, maese Sulfur.

—Como todo hijo de vecino, alteza, pero quien intenta complacer a todo el mundo termina no complaciendo a nadie.

—Ojalá pudiera negar eso también, pero sin duda hasta la fecha no he logrado complacer a nadie. —Miró al mago, quien, aparte del cayado, venía a ser la persona de aspecto menos mágico que hubiera podido desearse—. Supongo que no podríais resolver todo esto con... no sé, ¿un hechizo?

—La magia puede arrasar montañas. Eso lo he visto. Pero siempre hay un precio, que crece a cada año que pasa. Creedme si os digo que las espadas salen considerablemente más a cuenta.

—Habláis más como un contable que como un hechicero.

—Son los tiempos que corren, alteza.

—¿Superior Pike? ¿Puedo tentaros con un pollo?

El superior no pareció complacido con la idea del pollo. De hecho, Orso tuvo que obligarse a no ceder terreno cuando el espantoso rostro quemado del hombre se acercó a él.

—¿Pretendéis tratar con los rebeldes?

—Así es, superior. —Orso hizo una risita falsa—. A fin de

cuentas, ¿qué daño puede hacer hablar?

—Muchísimo daño. No estoy seguro de que su eminencia vaya a aprobarlo.

—¿Acaso hay algo que apruebe su eminencia? —Orso sonrió, pero Pike mantuvo la cara impasible. Quizá fuesen las quemaduras. Quizá le hiciera muchísima gracia pero fuese físicamente incapaz de sonreír. Quizá estuviera carcajeándose por dentro a todas horas. Aunque no parecía probable—. Mirad, superior, lo maravilloso de ser príncipe heredero es que uno puede hablar y lisonjear y prometer y fanfarronear y todos los demás tienen que callar y escuchar. —Se inclinó para susurrar a los restos fundidos de la oreja de Pike—. Pero uno nunca tiene el poder para hacer nada de verdad.

Pike enarcó una ceja. O daba la impresión de que lo habría hecho, si hubiera tenido alguna que enarcar. Luego hizo un leve asentimiento, que quizá incluso fuese de aprobación, y se retiró para conferenciar con Sulfur.

Orso se quedó a solas en el trigal con Tunny, que sostenía el Estandarte Firme cubierto en un brazo doblado.

—¿Qué ocurre, cabo?

—Nunca he visto que nadie haga más daño que los héroes que no pueden esperar a empezar con lo suyo.

Orso se abrió el botón de arriba. Los uniformes venían muy bien para las barrigas, pero podían apretar el cuello que era un horror.

—Bueno, si en algo sobresalgo, es en no hacer nada.

—¿Sabes qué, alteza? Empiezo a pensar que a lo mejor acabas siendo un rey por encima de la media.

—Eso me dices siempre.

—Sí. —Tunny tenía una sonrisita astuta mientras miraba cómo los hombres de la División del Príncipe Heredero se desplegaban sin pausa alrededor de la ciudad—. Pero hasta hoy, nunca había sido en serio.

La Batalla de Colina Roja

—¿Cómo tienes la pierna? —preguntó Rikke.

—Dolorida —dijo Isern, arrugando la nariz mientras se movía los puntos con una uña—. Y algo costrosa. —Se enderezó con un suspiro—. Pero el dolor y las costras vienen a ser lo mejor que puede esperarse de una herida de flecha.

Metió dos dedos en una bolsita y empezó a untarse algo en la piel rosada y llena de pliegues. Entonces le tocó a Rikke arrugar la nariz. El olor de aquel pringue era casi indescriptible.

—Por los muertos. —Intentó contener el aliento—. ¿Qué es eso?

Isern empezó a enrollarse una venda limpia en el muslo.

—Es mejor que no lo sepas. Podría tener que ponértelo a ti si te dan un flechazo y no querré que protestes. —Sujetó el vendaje con un alfiler y se levantó, con gestos de dolor al frotarse el muslo con el pulgar, al doblar la rodilla, al probar a apoyarle peso—. El conocimiento no siempre es un don, ¿comprendes? De vez en cuando es mejor arroparte en la reconfortante oscuridad de la ignorancia.

Se metió una bolita de chagga tras el labio y después hizo rodar otra entre el índice y el pulgar para ofrecérsela a Rikke. Esta la mordió y degustó aquel sabor amargo y terroso que tanto asco le había dado al empezar a masticarlo pero del que ya no se hartaba nunca, antes de empujarla con la lengua para dejarla detrás del labio.

Hacía frío. No habían encendido fuegos por si los exploradores de Stour los veían y descubrían la trampa, y Rikke apenas había dormido y le dolía todo y tenía hambre y ganas de vomitar al mismo tiempo y joder qué nerviosa estaba. No dejaba de mover los dedos, mover la bolita de chagga con la lengua, mover las runas que llevaba al cuello, mover el anillo de la nariz...

—Deja de moverte —dijo Isern—. Ninguna de las dos vamos a combatir.

—Pero puedo estar preocupada por los que sí, ¿verdad?

—¿Te refieres a tu Joven León? —Isern sonrió y se le vio la lengua por aquel agujero entre los dientes—. Sabes que no puedes pasarte la vida entera follando.

—No. —Rikke dio un suspiro vaporoso—. Pero es algo a lo que aspirar, eso sí.

—He oído hablar de objetivos menos nobles, cierto es.

El silencio se prolongó. El silencio, y los nervios, y en algún lugar alguien se puso a cantar una canción con una profunda voz de bajo. Era esa de la Batalla de las Altiplanicies, en la que el padre de Rikke había derrotado a Bethod. Viejas batallas. Viejas victorias. Se preguntó si en algún momento del futuro la gente cantaría sobre la Batalla de Colina Roja y, en caso de que lo hicieran, quiénes serían los vencedores y quiénes los vencidos.

—¿Cuándo van a llegar? —preguntó por centésima vez.

Isern se apoyó en su lanza y miró ceñuda hacia el este. El sol estaba saliendo, un fulgurante semicírculo asomando sobre las colinas, incendiando los bordes de las nubes. Por debajo, el valle seguía oscuro salvo algún brillo suelto en el arroyo, y la niebla que pendía sobre los árboles empezaba a desplazarse hacia el norte.

—Podría ser pronto —musitó Isern—. Podría ser más tarde. Podría ser que cambiaran de opinión y al final no vinieran.

—En otras palabras, no tienes ni idea.

Isern la miró de soslayo.

—Ojalá tuviéramos a alguien capaz de ver el futuro y decirnos cómo va a desarrollarse todo. Eso nos vendría muy bien.

—Sí. —Rikke apoyó la barbilla en las palmas de las manos y sus músculos flaquearon—. Pero que muy bien.

—Valentía —dijo Glaward, mirando melancólico el fuego—, audacia, lealtad... sí. Pero nunca habría adivinado que la paciencia iba a ser la virtud más importante en un soldado.

Barniva se frotó la cicatriz con la yema del pulgar.

—Luchar y ser soldado son dos cosas muy distintas.

A Leo empezaban a parecerle cosas opuestas. Miró impaciente hacia el sol, una manchita rosada casi invisible en el este. Podría haber jurado que el muy cabrón estaba saliendo a la décima parte de su velocidad normal. Seguro que se había compinchado de algún modo con su madre.

—La paciencia es la madre del éxito —murmuró Jurand, con un toque tan liviano en el hombro de Leo que este apenas lo notó—. Stolicus.

—Pues vaya.

Normalmente, al salir el sol, Leo habría estado entrenando. Había oído decir que Bremer dan Gorst, a sus cincuenta y muchos años, seguía practicando tres horas al día, de modo que se había decidido a hacer lo mismo. Pero ¿qué sentido tenía entrenar si luego uno acababa tirado de culo en un pueblo tan alejado del combate? Respiró con fuerza y dejó salir el vaho. Era la milésima vez que lo hacía aquella mañana.

—No tenemos otra cosa que hacer que esperar. —Jin Aguablanca movió las salchichas en la sartén con cuidado y las hizo chisporrotear. El tenedor parecía diminuto en la enorme zarpa que tenía por mano—. Esperar y comer.

El olor estaba haciendo que sonara el estómago de Leo, pero en lo último que podía pensar era en comer. Estaba demasiado nervioso. Demasiado impaciente. Demasiado frustrado.

—¡Por los muertos! —Proyectó un brazo hacia los hombres dispersos por el pueblo, ya con sus armaduras puestas. La caballería de Angland. Los mejores y más brillantes, allí cruzados de brazos—. ¡Mi madre debería dejarnos luchar! ¿En qué está pensando?

—Una vez vi un ejército mal dirigido en Estiria —dijo Barniva—. No es lo que parece esto.

—Si me preguntáis a mí —dijo Jurand—, la señora gobernadora es una general de mil demonios.

—Nadie te ha preguntado —restalló Leo, aunque acababa de hacerlo.

Jurand soltó un suspiro, Barniva se acomodó la manta sobre los

hombros y todos siguieron mirando cómo chisporroteaban las salchichas.

Leo alzó el ceño al oír cascos. Un jinete llegaba trotando por el camino lleno de surcos que procedía del puente. Era Antaup, acompañando el movimiento del caballo.

—¡Buenos días! —exclamó, echándose atrás su rizo de pelo oscuro con los dedos.

—¿Hay noticias? —Leo no pudo evitar un pequeño gallo de ansiedad en su voz, aunque era más que evidente que no había noticias en absoluto. Estaba necesitado como un amante al que hubieran dado calabazas, incapaz de dejar de anhelar por muchas veces que lo rechazaran.

—Ninguna noticia —respondió Antaup, desmontando. Miró la sartén por encima del gran hombro de Jin—. ¿Os sobra alguna salchicha por aquí?

Barniva sonrió.

—¿Para un chico con una sonrisa tan dulce como esa? Creo que encontraremos una salchicha.

—¿Es necesario? —espetó Leo, torciendo el labio con repugnancia—. ¿Qué fue lo que dijo mi madre? —Lamentó al instante haber empleado esas palabras, pero ¿cómo podía un hombre hacer que el hecho de recibir órdenes de su madre sonara bien?

—Dijo que nos quedáramos quietecitos. —Antaup se apoyó en el hombro de Jin, lo hizo volverse y estiró el brazo por su lado ciego para robarle con destreza el tenedor del plato—. Dijo que te informaría si había algún cambio. —Y se estiró para pinchar una salchicha de la sartén.

—¡Oye! —exclamó Jin, apartándolo de un codazo.

Leo alzó la mirada torva hacia la colina coronada de rojo, una masa negra contra el cielo cada vez más rosado, puntuada aquí y allá por el revelador destello del metal donde los hombres se preparaban para la batalla. O para otro día más esperando.

La espera, la espera, la puta e inacabable espera. De verdad que Leo era el hombre a quien peor se le daba del mundo no hacer nada.

—¡Voy para allá arriba! —Cogió su yelmo y salió a zancadas hacia su caballo.

—¡Y también dijo que no subas ahí arriba! —gritó Antaup con la boca llena.

Leo se quedó quieto un momento, apretando la mandíbula con furia. Luego siguió andando.

—¡Pues pienso ir de todas formas!

—Te acompaño —dijo Jurand—. ¡Guardadme una salchicha!

—Para un chico con rasgos tan delicados como esos —dijo Barniva, con risa en la voz—, siempre tendré una salchicha.

—Por los muertos —gruñó Leo, crispando los hombros.

—Tengo un pálpito sobre hoy —dijo Wonderful.

Trébol estaba ocupado recortándose una ampolla del pulgar del pie.

—¿Un pálpito bueno o malo?

—Un pálpito y punto. Va a pasar algo.

—Bueno, pasa algo todos los días.

—Algo gordo, idiota.

—Ah —dijo Trébol—. Bueno, pues espero quedarme fuera. A mí me gustan más las cosas pequeñas.

—Entonces estarás encantado con tu rabo. —Era Magweer, mirándolo burlón desde su caballo con el sol detrás.

Trébol no vio ninguna necesidad acuciante de apartar la mirada de sus pies.

—El rabo no está para darte placer a ti mismo, chaval, sino para dárselo a otras personas. A lo mejor ahí es donde tienes el problema.

Magweer se erizó. Los más rápidos en insultar eran siempre los más picajosos, por algún motivo.

—Dedicas más tiempo a tus ampollas que a tus armas.

—Mis ampollas son más importantes —dijo Trébol.

La fea cara de Magweer se arrugó en un regaño perplejo.

—Si tienes suerte, puedes pasar una campaña entera sin haber tenido que desenvainar la espada. —Trébol dio a la ampolla una

última pasada con la punta de su cuchillito y se reclinó para admirar el resultado—. Pero nunca podrás evitar utilizar los pies.

—Tiene sentido —dijo Wonderful.

Magweer escupió.

—No tengo ni puta idea de por qué, pero Stour os quiere a los dos al frente con él.

—¿Ah, sí? —dijo Trébol—. ¿No le dais ya vosotros, hatajo de héroes, todos los consejos sabios que necesita?

—¿Te burlas de mí, anciano?

Trébol soltó un bufido de hastío. Aquel chico parecía decidido a darse cabezazos contra él. Con la mayoría de los hombres, si uno dejaba estar las cosas, él también las dejaba estar. Pero algunos se empeñaban en seguir ofendiéndose.

—Nunca me atrevería, Magweer —respondió—. Pero las guerras son muy deprimentes, digan lo que digan las canciones. Hay que aligerar el ambiente siempre que se pueda, ¿eh, Wonderful?

—Yo sonrío a la primera ocasión —dijo ella, con el rostro pétreo.

Magweer pasó la mirada de uno a la otra, dio un siseo amargado, escupió otra vez por si acaso y tiró bruscamente de las riendas para dirigir su caballo hacia el oeste.

—Vosotros subid ahí con los exploradores en cuanto podáis, o habrá problemas.

Y se marchó, haciendo saltar barro de los cascos de su montura, a punto de atropellar a una pobre mujer que estaba recogiendo agua y haciendo que soltara los cubos en el fango.

—Me cae muy bien ese chaval. Me recuerda a mí de joven. —Trébol negó con la cabeza—. Si hubiera sido un capullo de no te menees.

—Eras un capullo de no te menees —replicó Wonderful—. Y no he observado ningún cambio significativo a ese respecto.

Trébol empezó a ponerse la bota.

—Ni a ningún otro respecto, en realidad.

Wonderful se rascó inquieta la nuca afeitada mientras miraba ceñuda el camino hacia el oeste.

—Pero me cago en todo —dijo—, tengo un pálpito sobre hoy.

—Ni rastro —dijo el padre de Rikke, ofreciéndole su maltratado catalejo.

—Si tú dices que no hay ni rastro —respondió ella—, es que no hay ni rastro. Eres el jefe guerrero. Yo soy... No sé, ¿una vidente, quizá? —Sonaba muy pretencioso como título—. Solo que... mala de cojones.

—Tarde o temprano tendrás que dejar de ocultar tus talentos, chica. Ese ojo largo tuyo no acabará de funcionar bien, pero los cortos siguen siendo mucho más agudos que los míos.

Rikke suspiró, cogió el catalejo y escrutó por encima de las viejas almenas cubiertas de malas hierbas, sin asomarse mucho por si acaso. Grupitos de tojos en la ladera. Agua rápida en el arroyo. Ovejas sueltas sobre la hierba verde amarillenta. Sol y sombra persiguiéndose entre ellos valle abajo a medida que las ráfagas de viento empujaban las nubes por el cielo. Había un par de centenares de soldados de la Unión congregadas en el puente, donde habían situado un carro con gran meticulosidad para que pareciera que se le acababa de romper un eje y estaba formando un atasco en el centro.

El cebo en su anzuelo. En ese momento le pareció un truco tan evidente que daba risa, pero los trucos siempre lo parecían si se sabía en qué consistían. Aun así, los peces seguían picando.

—Ni rastro.

Rikke devolvió el catalejo, dio una palmada a su padre en el hombro y descendió por la escalera.

El patio de la ruina estaba atestado de carls de Oxel y Sombrero Rojo que comprobaban su equipo, se ofrecían comida y hablaban en voz baja entre ellos. Cualquiera habría pensado que los hombres deberían enardecerse antes de una batalla, pero lo más normal es que se pongan sensibleros. Cuando se siente la fría sombra de la Gran Niveladora en la espalda, no se vuelve a las esperanzas, sino a los remordimientos.

Isern había aposentado su huesudo culo en el montón de mampostería derruida que había sido la muralla norte de la

fortaleza, con su lanza cruzada en las rodillas para dar unas pasadas a la hoja con la piedra de afilar.

—¿Ni rastro? —preguntó, sin alzar la vista siquiera.

A Rikke le había parecido ver un destello de metal entre los árboles al fondo de la cuesta, pero ya no había nada allí.

—Ni rastro.

Se izó a la muralla derrumbada, se revolvió hasta encontrar un sitio cómodo y empezó a recolocar las frondas de una mala hierba sorprendentemente bonita que crecía en ella.

—Las canciones no hablan mucho de todo el rato que se pasa sentada, ¿verdad?

Isern hizo una mueca al estirar la pierna herida.

—Los escaldos prestan una atención desproporcionada a la esgrima, así es. Lo cierto es que las batallas se ganan más a menudo con palas que con hojas. Caminos, y zanjas, y trincheras, y agujeros para cagar bien hechos. Hay que excavar el camino hacia la victoria, me decía siempre mi padre.

—Creía que odiabas a tu padre.

—Que fuese un cabrón no significa que se equivocara. Más bien al contrario, en lo referente a pelear.

—Es un triste hecho que...

Rikke dejó la frase en el aire, mirando embobada.

Había salido un hombre de entre los árboles. Un hombre alto con las cejas claras y el pelo claro hecho un revoltijo pinchudo, los hombros caídos, los codos muy hacia fuera y una barbita proyectada hacia delante. Llevaba una espada en una mano y un hacha en la otra, y miraba pendiente arriba con la frente arrugada. No a Rikke, sino a la torre de detrás.

—¿Quién es ese? —preguntó.

—¿Quién es quién?

El hombre pálido hizo una seña con el hacha y Rikke se quedó boquiabierta al ver que otro par de docenas de hombres salían de entre los árboles que lo rodeaban, todos bien armados. Se levantó de un salto, estuvo a punto de caer encima de la hierba bonita y se puso a señalar como una loca hacia ellos.

—¡Hay hombres en los árboles! —chilló.

Unos cuantos carls treparon a la muralla derruida y miraron hacia abajo. Oxel estaba entre ellos. Rikke esperaba que rugiera convocando a más hombres, pero lo único que hizo fue volver su mueca de furtivo desdén de los árboles hacia ella y escupir.

—¿Se puede saber de qué coño hablas, chica? —gruñó—. Ahí no hay nadie.

—Puta zorra loca —oyó Rikke que murmuraba otro mientras iban regresando a la ruina, meneando la cabeza.

Rikke se preguntó si estaría volviéndose loca. O más loca, tal vez. Estaba saliendo una horda de los árboles. Centenares de hijos de puta.

—Tú los ves, ¿verdad? —preguntó a Isern con un hilo de voz.

La montañesa se apoyó en su lanza, masticando con calma.

—Esos hombres son unos groseros, pero tienen razón. Ahí no hay nadie. —Dio un doloroso codazo a Rikke con su codo afilado—. Pero quizá lo *habrá*.

—Oh, no. —Rikke se tapó los ojos con una mano y notó el izquierdo caliente—. Tengo ganas de vomitar. —Se dobló por la cintura y expulsó un poco de líquido agrio pero, al levantar la cabeza, los hombres seguían allí, demasiado iluminados para lo bajo que estaba el sol, alrededor de un gran estandarte que ondeaba con brío a pesar de que el viento había cesado—. Hasta llevan bandera.

—¿Qué bandera?

—Negra con un círculo rojo.

Isern arrugó aún más la frente.

—Ese era el estandarte de Bethod. Ahora es el de Calder el Negro.

Rikke vomitó de nuevo. Solo un hilito de baba esa vez. Escupió y se limpió la boca.

—Creía que... estaba muy al norte.

—No puedes obligar al ojo largo a que se abra —murmuró Isern—. Pero cuando se abre por sí mismo, necio es quien no mira. —Se volvió y fue cojeando con rapidez por el patio de la fortaleza, salpicado de cascotes, haciendo protestar a los hombres cuando los apartaba a codazos—. Calder el Negro siempre ha tenido la mala

costumbre de aparecer donde no debería.

—¿Y qué estás haciendo?

—Avisar a tu padre.

—¿Seguro? —musitó Rikke mientras seguía a Isern por los agrietados peldaños, aún vislumbrando a aquellos hombres por el rabillo del ojo. Ya eran todo un ejército—. O sea, ¿y si resulta que van a presentarse la semana que viene? ¿O el mes que viene? ¿Y si aparecieron hace años?

—Entonces quedaremos como unas idiotas. —Isern sonrió mientras llegaba renqueando a la cima de la torre—. Pero al menos no seremos dos cadáveres más en un enorme montón de cadáveres. ¡Sabueso!

—Isern-i-Phail —murmuró el padre de Rikke con una mirada de soslayo—. Que sea rápido, tengo una batalla que...

—Calder el Negro está en ese bosque. —Señaló con la barbilla hacia el norte—. Planea rodearte, supongo.

—¿Has visto a sus hombres?

—Debo confesar que no. Pero tu hija sí. —Dio una fuerte palmada en el hombro de Rikke—. La luna nos ha sonreído a todos y la ha bendecido con el extraño don del ojo largo. Deberíamos prepararnos para la sangre.

—No estás de broma. —El padre de Rikke señaló en la dirección opuesta—. Stour Ocaso podría llegar por esa calzada en cualquier puto minuto, ¡y lady Brock cuenta con nosotros para ser la mitad de su trampa! Si no llegamos, el plan entero se hunde en la mierda.

Isern sonrió de oreja a oreja, como si todo aquello fuese divertidísimo.

—Pero ni la mitad de profundo que si Calder el Negro nos sorprende con el culo en pompa mirando hacia el otro lado, ¿verdad?

El padre de Rikke se apretó las sienes.

—Por los muertos. No puedo dar media vuelta solo porque tú lo digas, Rikke. No puedo.

—Lo sé —dijo ella, levantando los hombros tan alto como pudo —. Yo tampoco lo haría.

—Pero ¿los has visto? —graznó Escalofríos.

Rikke miró a un lado y allí estaban todavía, una hilera inmensa justo delante de los árboles, cientos de carls, sus escudos brillantes manchas de color, congregados en torno al estandarte de Calder el Negro.

—Los estoy viendo ahora mismo. El de delante me está sonriendo directamente.

—Descríbelo.

—Un cabrón alto, flaco y pálido con hacha y espada, como un poco jorobado, todo huesudo. Uf. —Y tuvo que doblarse de nuevo, las manos en las rodillas, la cabeza dándole vueltas.

—Suena mucho como el Clavo —dijo Escalofríos, mirando muy serio hacia el bosque—. Si Calder el Negro ha enviado a alguien a rodearnos, el Clavo es la clase de hombre al que se lo encargaría.

El padre de Rikke soltó un grave gruñido.

—Puede.

—Déjame unos cuantos carls —propuso Escalofríos—. Voy a registrar ese bosque. Si no encuentro a nadie, no perdemos nada.

El padre de Rikke miró a Escalofríos, a Isern, a Rikke y volvió al primero.

—Registra, pues, pero rápido. Si nos llaman, no podremos esperar.

Escalofríos asintió y se marchó escalera abajo. El sol empezaba a ascender, y abajo en el valle, en la franja marrón que era la calzada, se movían hombres. Eran pocos, y se acercaban con cautela.

—Ay, por los muertos. —Rikke se tapó el ojo con la mano y notó que aún palpitaba caliente contra la palma—. Dime que a esos los ves.

—Ya lo creo. Exploradores de Stour Ocaso, supongo. —Isern escupió—. A esos, claro que los veo.

El amanecer turbio y gris se había transformado en una mañana turbia y gris cuando Leo llegó cabalgando entre los helechos rojos de la ladera. Los hombres de Angland esperaban sentados en aglomeradas filas, ocultos a la vista desde el valle, armados y listos.

Algunos se levantaron para saludar, otros alzaron sus espadas. Otros gritaron: «¡El Joven León!», desobedeciendo sus órdenes de no hacer ruido. Parecía que los soldados respaldaban a Leo mucho más que su madre.

Lady Finree estaba arrodillada entre los helechos, justo al otro lado de la cumbre, con un catalejo apuntado hacia el valle y rodeada de un susurrante grupo de exploradores y oficiales.

Negó con la cabeza mientras Leo se acercaba despacio, agachado.

—Creía haber ordenado a Antaup que no subierais aquí.

—Sí, y he venido de todas formas porque... —No terminó la frase. Había tropas en el valle. Hombres a caballo, desplegados, observando el pequeño espectáculo de incompetencia que su madre había organizado en el puente. Norteños, sin la menor duda —. ¿Exploradores de Ocaso? —preguntó con un ansioso susurro.

Su madre le pasó el catalejo.

—Y el grueso de sus tropas los sigue de cerca. La cabeza de la columna está allí, en la granja.

Leo dirigió el catalejo a unos pocos edificios blancos que había más arriba en el valle. El metal relucía en la franja marrón de la calzada. Malla y puntas de lanza. Una columna de hombres armados que avanzaba hacia el puente. Carls, a juzgar por los puntos de color brillante que debían de ser sus rodelas. Como cuando uno ve una hormiga en la hierba y de pronto resulta que son decenas, Leo distinguió otra columna, y otra.

—¡La leche! —graznó, porque la emoción le embargó la garganta y estuvo a punto de ahogarlo—. ¡Están picando!

Siguió escrutando con más atención. Había algo ondeando junto a la granja, una bandera alta y gris. Aunque no podía estar seguro a tanta distancia, le daba la sensación de que había un lobo negro en ella.

—El estandarte de Ocaso —susurró.

—Sí. —Su madre le quitó el catalejo de la mano sin fuerza y volvió a llevárselo al ojo—. Y esta vez no tengo ninguna duda: el Gran Lobo está aquí en persona.

—¿Qué han hecho estos desgraciados? —preguntó Trébol, alzando la mirada adusta hacia los cadáveres.

—Estaban de parte del Sabueso —dijo Sendaverde, asintiendo como si colgar a una familia de un árbol fuese un trabajo bien hecho.

Un par de siervos que habían sacado a rastras un armario de la granja lo tumbaron de un empujón y empezaron a darle hachazos. Trébol los miró con ojos entrecerrados y perplejos.

—¿Qué creen que revelará un hacha que no pudieran averiguar abriendo las puertas?

—Cosas escondidas. Oro, tal vez.

—¿Oro? Tienes que estar de broma.

Sendaverde hizo un mohín malcarado. Aparte de los gestos desdeñosos, era su única expresión.

—Plata, pues.

—¿Plata? Si estos desgraciados tenían plata, y ya no digamos oro, ¿por qué demonios iban a vivir aquí sacándose una miseria con la granja? Estarían en algún pueblo, borrachos, que es donde debería estar yo.

—Es mejor asegurarse —dijo uno de los siervos.

—Ah, claro —repuso Trébol—. Y me imagino que, cuando no encontréis nada, quemaréis la casa porque el fuego es bonito.

El hombre miró a Sendaverde con cierto aire avergonzado y se rascó la cabeza. Al parecer, era justo eso lo que había planeado.

—Y si Stour quiere algún sitio para dormir esta noche, que se acurruque en las cenizas, ¿no?

Trébol retomó el paseo meneando la cabeza. Qué desperdicio. Desperdicio de gente, desperdicio de cosas, desperdicio de esfuerzo. Pero así era la guerra. No era nada que no hubiera visto ya una docena de veces. Si el Gran Lobo quería decorar sus nuevos territorios con cadáveres y escuchar el crujido de las sogas como música, ¿quién era él para protestar?

El rey en ciernes estaba un poco más adelante junto a Wonderful, contemplando las vistas mientras daba mordiscos a una

manzana robada.

—Esto no me gusta —dijo Trébol, cruzándose de brazos—. No me gusta nada.

—No —convino Wonderful—. Huele a putos rayos.

La calzada descendía hasta un valle herboso delimitado por dos escarpadas colinas. Una tenía una vieja ruina en la cima rocosa. La otra era más grande y baja, y los helechos rojos que la coronaban tenían un aspecto de sangre seca que a Trébol no le hizo mucha gracia.

Entre los dos promontorios, al fondo del valle, un puentecito cruzaba un riachuelo. Parecía que podía haber hombres de la Unión atascados en ambos extremos. Los ojos de Trébol ya no eran lo que habían sido, pero le pareció entrever una bandera ondeando sobre ellos.

Los ojos de Stour eran más agudos, y los tenía entornados en esa dirección con gesto pensativo.

—¿Creéis que eso de ahí abajo es el estandarte de Leo dan Brock?

A Trébol se le cayó el alma a los pies. Empezaba a ser una sensación familiar cuando estaba cerca del hijo de Calder el Negro.

—¿Podría ser el de algún otro? —aventuró, esperanzado—. ¿O el de nadie en particular?

—No, es el suyo. —Stour dio unas vueltas a sus siguientes palabras en la boca antes de escupirlas—. El Joven León. ¿Qué clase de apodo es ese?

—Uno ridículo. —Trébol levantó las manos y movió los dedos—. ¡En cambio, el Gran Lobo sí que es un buen apodo!

A Wonderful se le escapó un pequeño gemido. Tenía los labios muy apretados, como si intentara no cagarse encima. Stour la miró con la frente arrugada, y luego a Trébol.

—¿Estás burlándote de mí, viejo bastardo?

Trébol puso cara de asombro.

—¿Un hombre como yo, burlándome de uno como vos? Jamás osaría. Estaba dándoos la razón en que es ridículo que a un hombre lo apoden el Joven León. Por una parte, no es un león, ¿verdad? Y, por otra, ¿cuántos años tiene, veintipocos?

—Por ahí andará —dijo Wonderful.

—Por tanto, teniendo en cuenta lo que vive un león... —Trébol alzó la mirada al cielo gris, pensando que no tenía ni idea de cuánto vivía un león—. Supongo que... tal vez... sería un león bastante viejo, ¿no?

Mantuvo el rostro en blanco como la nieve recién caída, confiándose a la atención volátil que tan común era entre los guerreros famosos. Y en efecto, al poco tiempo el Gran Lobo se olvidó de todo aquello y se dedicó a mirar iracundo valle abajo, hacia aquel puente. Hacia aquel estandarte. Se sorbió la nariz con fuerza.

—Vamos a pinchar a esos hijos de puta.

De repente, Wonderful pareció a punto de cagarse encima por motivos muy distintos.

—No sé yo, jefe. ¿Estáis seguro?

—¿Alguna vez has visto que no esté seguro de algo?

Desde el experto punto de vista de Trébol, solo los idiotas estaban jamás seguros de algo. Señaló con la cabeza la torre en ruinas que dominaba el puente y luego la colina de cima roja que se alzaba al otro lado.

—Podría ser una trampa. Si tienen tropas esperando en esas colinas, nos veremos en un aprieto de los buenos.

—Sin duda —dijo Wonderful con la mandíbula tensa.

Stour soltó un siseo irritado.

—A vosotros dos todo os parece una trampa.

—Si tienes esa actitud —respondió Trébol—, nunca te sorprenden.

—Y tú nunca sorprendes a tu enemigo tampoco. Tráeme un par de cientos de carls, Wonderful. —Stour apretó los puños hasta que se le pusieron blancos los nudillos, como si no pudiera esperar a liarse a puñetazos—. Vamos a pinchar a esos hijos de puta.

Wonderful miró a Trébol con aquel ceño suyo, pero él solo pudo encogerse de hombros, de modo que Wonderful se volvió y gritó a un explorador que trajera más hombres. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ordenar a la gente que hiciera lo que decía su jefe era en lo que consistía ser la segunda al mando. Que su jefe fuera o no un

capullo era irrelevante.

Rikke estaba de pie en la cima de la torre derruida, crispándose, masticando, moviéndose, incluso más nerviosa que antes. Tan nerviosa que casi no lo soportaba.

Primero los norteños habían obligado a la Unión a retroceder en el puente, luego habían llegado más tropas de la Unión y habían hecho replegarse a los norteños, luego habían aparecido más norteños y en ese momento había una enorme concentración de guerreros apiñados en las dos orillas del río, mientras se acercaban a él más carls de Ocaso por la calzada. Llegaban sonidos extraños, distorsionados por el viento y la distancia.

—¡El muy gilipollas ha picado!

El padre de Rikke estaba lamiéndose los labios, pero ella no podía compartir su alegría. No podía sacudirse de encima la sensación de que eran ellos los que estaban picando en algo. Volvió a mirar hacia los árboles. Los hombres que había visto con el ojo largo ya se habían esfumado. Quizá alcanzara a entrever algunos ecos fantasmales de ellos. Quizá no fuese nada.

—No podemos esperar más. ¿Sombrero Rojo?

—¿Sí, jefe?

—Avisa a Oxel y Hardbread de que...

—¡Espera! —susurró Rikke. Algo se movía en el bosque. Ramas agitadas, un atisbo de metal entre las hojas—. ¡Dime que ves eso!

La cara de su padre se había ensombrecido.

—Lo veo.

Escalofríos saltó de entre los árboles y siguió corriendo a toda velocidad hacia la fortaleza. Algunos de sus exploradores salieron del bosque a su alrededor y uno miró atrás mientras empezaban a remontar la hierba de la ladera.

—¡Defended las murallas! —rugió Escalofríos. Volaron flechas desde los árboles, silbando en torno a él. Un carl recibió un flechazo en la espalda y resbaló, se levantó a trompicones y siguió corriendo con el astil clavado en el hombro—. ¡El bosque está lleno de esos cabrones!

El padre de Rikke se irguió en las derruidas almenas para gritar hacia el patio.

—¡A las murallas! ¡Calder el Negro avanza desde el norte!

Entonces Rikke vio a aquel hombre pálido salir de entre los árboles y llegar al mismo punto en el que ya lo había visto. Hizo una seña con el hacha, la misma que ya le había visto hacer, y empezaron a asomar hombres del bosque a su alrededor.

—¡Es el Clavo! —bramó Sombrero Rojo, blandiendo su espada, y los guerreros corrieron en tropel hacia la muralla en ruinas, tropezando entre ellos con las prisas por desplazarse de la cara sur de la fortaleza hasta el lado norte.

Y ahí llegaba el estandarte, negro con el círculo rojo. El estandarte de Bethod. El estandarte de Calder el Negro. De pronto, la arboleda estaba repleta de hombres.

Isern suspiró.

—Ese es el problema de ir buscando pelea. —Retiró la funda de piel de ciervo del brillante puyón de su lanza—. A veces encuentras más pelea de la que querías.

Parecía que el Clavo sonreía directamente a Rikke. Justo como ella había sabido que haría.

Sin quitar ojo al valle, la madre de Leo levantó un dedo.

—Que las tropas se pongan de pie.

Leo oyó las voces de los oficiales extendiéndose por la vertiente trasera de la colina. El enorme ajetreo metálico mientras los hombres se levantaban, empuñaban sus armas y empezaban a formar filas.

El valle estaba ya infestado de norteños. Eran centenares. Miles. Una plaga de hierro que se extendía sin cesar por la calzada que llevaba al puente. Leo se sentía inútil del todo. Lo único que podía hacer era quedarse arrodillado en el suelo, sentir cómo la creciente llovizna calaba dentro de su armadura y mirar.

—Los hombres están preparados, lady Finree —dijo un oficial—. ¿Avanzamos?

Ella negó con la cabeza.

—Solo un poco más, capitán. Solo un poco más.

El tiempo pasó, lento, silencioso, insoportablemente tenso. Un ave planeaba en lo alto, con las plumas meciéndose al viento, equilibrada y lista para caer en picado.

—Saber cuál es el momento adecuado. —La mirada de la madre de Leo recorrió el desorganizado combate del puente, las columnas de norteños en el valle, ascendió a la granja y regresó—. Mi padre siempre me decía que eso era la mitad del trabajo de un general.

—¿Y la otra mitad? —preguntó Leo.

—Que parezca que sabes cuál es el momento adecuado. —Se levantó y se sacudió el polvo de las rodillas de la falda—. ¿Ritter?

Un niño pequeño y pecoso se adelantó con una corneta aferrada en una mano.

—¿Excelencia?

—Toca a avance.

La corneta resonó por todo el valle, fuerte y penetrante, y un estruendo retumbó cuando varios miles de hombres con armadura iniciaron la marcha.

—Mierda —dijo Wonderful, mirando preocupada la colina roja.

Trébol sintió aquella familiar desazón cuando siguió su mirada. La misma sensación que había tenido al menos una vez en todas las batallas en las que había participado. Vio puntas de lanzas asomando sobre la cima, contra el cielo lluvioso, luego yelmos, luego hombres. Filas y más filas de hombres. Infantería de la Unión, bien armada y organizada, descendiendo desde el terreno elevado hacia el flanco de Stour Ocaso.

No parecieron inquietar en absoluto al Gran Lobo. Más bien al contrario.

—Encantador —ronroneó, sonriendo como un novio anhelante cuando hacen pasar a la novia—. Una puta preciosidad. Formad una muralla de escudos encarada a esa colina y nos ocuparemos de esos hijos de puta de la Unión.

—¿Encantador? ¡Pero si no sabemos dónde está el Sabueso! —Trébol señaló hacia la fortaleza en ruinas con un dedo acusador.

Hasta sus viejos ojos captaban siluetas en la cima de aquella torre —. ¿Y si hay hombres ahí arriba? ¡Estaremos enseñándoles nuestros culos desnudos!

—Supongo que sí.

Stour miró de nuevo hacia el puente, sin la menor prisa. Aquello era un desastre absoluto de cadáveres desperdigados, flechas silbando, lanzas enredadas e incluso hombres forcejeando en el agua. Stour lo contempló todo dándose unos golpecitos con el dedo contra los labios fruncidos, como si fuese un cocinero rumiando si echar o no un pellizco más de sal al guiso y no un jefe guerrero enviando a hombres a la muerte. Pero quizá esa despreocupación por las vidas de otros era precisamente lo que necesitaba un general.

—Traed a todo el mundo. Creo que voy a tomar ese puente.

Wonderful pareció anonadada, y con buen motivo.

—¡Estáis siguiéndoles el puto juego! —exclamó—. ¡Es una trampa, joder!

Los ojos húmedos de Stour se desviaron hacia ella.

—Pues claro que sí, pero ¿quién ha caído en ella?

—Nosotros —restalló Trébol—, y hemos llegado a ella por ir tropezando con nuestras pollas. ¿Qué le parecerá esto a vuestro padre?

—Le parecerá de puta madre. —La sonrisa de lobo se extendió por el rostro de Stour—. Ha sido todo idea suya.

Trébol parpadeó.

—¿Cómo?

Stour movió la cabeza en dirección a la antigua fortaleza.

—Está al otro lado de esa colina, preparado para atacar. Esos idiotas creen que van a pillarnos con los pantalones bajados. —Se inclinó muy cerca de Trébol—. Pero seremos nosotros quienes los pillemos a ellos. ¡Venga, cabronazos! —Desenvainó la espada y la hizo rodar entre los dedos con tanta ligereza como si fuera un cuchillo de mesa—. ¡Tenemos una puta batalla que ganar!

Rikke nunca había visto antes una batalla, y deseó no ver ninguna

otra jamás.

Las tropas de Calder el Negro presionaban desde todos los lados. La muralla a medio derrumbar se había convertido en un revoltijo de hombres esforzados, de escudos enganchados y de lanzas que resonaban, resbalaban y se clavaban. Una había perforado una bandera que, a su vez, se había enrollado en el brazo de un carl, que chillaba furioso mientras intentaba arrancársela y solo conseguía enredarse más. Rikke vio que una punta de lanza le pinchaba la mejilla y el hombre se revolvió y gritó, pero no logró hacerse oír ni zafarse, y el peso de los hombres que tenía detrás lo empujó contra esa lanza, el chorrito de sangre se convirtió en un torrente y Rikke apartó la mirada con el aliento trabado en la garganta.

Vio a su padre en los peldaños de la torre, con las venas marcadas en el cuello mientras rugía palabras que no le llegaban por culpa de los chillidos de dolor y de furia. ¿Cómo podía nadie llevar orden a aquel caos? Sería como ordenar a una tormenta que cesara el viento.

Vio a un chico de pelo rizado mirar sin más, dar un paso a un lado, luego al otro, con la cara blanquecina y la boca abierta, sin saber qué hacer. Rikke se preguntó si el chico iba a morir allí. Se preguntó si ella iba a morir allí.

La lluvia había arreciado con el viento frío, y perlaba armas y armaduras, adhería el pelo a rostros desencajados, embarraba el suelo pisoteado por botas y cuerpos.

—¡Empujad!

La muralla de escudos no estaría a más de diez pasos de ella, flaqueando y retorciéndose, los escudos chirriando y raspando, las botas resbalando mientras los hombres intentaban con desespero apartar a los atacantes. Uno se irguió para descargar su hacha por encima de los escudos. Volvió a hacerlo y una lanza se le clavó por debajo del borde del casco. Cayó hacia atrás chillando y revolviéndose mientras manaba sangre entre los dedos atenazados a su cara.

—¡Mi ojo! ¡Mi ojo!

Llovieron flechas que chasquearon contra el suelo y rebotaron en

los restos de una hoguera. Un hombre se derrumbó de rodillas, apoyado en su maza, con el rostro encogido, babeando y resollando, con una flecha clavada en la espalda.

—Cuidado —dijo Isern, llevándose a Rikke detrás de una columna rota con viejas tallas mohosas de caras de demonio en el capitel—. Cuidado.

Rikke sintió que algo frío le rozaba la palma de la mano y vio que Isern le había puesto allí un puñal, que miró como si nunca en la vida hubiera visto nada parecido.

Vio a un hombre sentado en el suelo, renegando mientras se apartaba la manga empapada, con sangre en la barba y un hacha colgando de una muñeca. Vio a un hombre pisoteando la cabeza de otro, salpicándose de sangre el rictus enloquecido mientras alzaba la bota y la descargaba, la alzaba y la descargaba.

—¿Podré salvar la pierna?

Era un chico con el pelo rubio oscurecido por la lluvia y los harapos de sus pantalones empapados de negro. Otro hombre farfullaba mientras se levantaba la cota de malla para enseñar un pequeño corte del que manaba la sangre, y cuando la sanadora se la limpió, empezó a manar de nuevo y ella se la limpió otra vez pero la sangre salía demasiado rápida para detenerla, demasiado rápida.

Hubo una especie de gemido, y en la muralla donde había crecido aquella hierba tan bonita los escudos cedieron, cayeron, y Rikke vio cómo los hombres de Calder el Negro irrumpían en la fortaleza.

Un nudo de hombres, sus mallas relucientes por la lluvia y salpicadas de fango. Una cuña de hombres, erizados de filoso acero. Una estocada de hombres, vociferando sus gritos de guerra, y al frente un hombre con oro en el yelmo y un árbol verde en el escudo lleno de abolladuras y muescas. Embistió directo hacia Rikke con un hacha levantada sobre la cabeza.

Habría sido un buen momento para correr, pero quizá Rikke ya había corrido demasiado. Quizá la locura era contagiosa. Sin pensar, se agachó, desnudó los dientes y alzó su puñal para recibir al hombre.

El guerrero se retorció mientras sus botas rechinaban contra el

suelo e Isern se impulsó desde los escalones destrozados con la pierna buena, coló la punta de su lanza por encima del brocal del escudo, alcanzó al hombre bajo la mandíbula y le rajó la garganta. El hombre se tambaleó durante otro par de pasos mientras la sangre caía a chorro sobre aquel árbol verde y lo teñía de rojo, y entonces le fallaron las rodillas, cayó de cara al suelo y su yelmo repujado en oro rebotó y rodó hasta acabar entre las botas de Rikke.

Vio que Escalofríos bramaba, atacaba, bramaba, su ojo metálico reluciente. Vio que Sombrero Rojo disparaba flechas al grueso de los atacantes. Vio a otros hombres que conocía, algunos de los más íntimos de su padre, hombres buenos, hombres amables, desgañitarse de odio, empujar con escudos, descargar tajos con espadas y hachas.

La cuña de tropas de Calder el Negro quedó estrangulada, atrapada, y los hombres fueron cayendo uno a uno, pinchados con lanzas, empujados al vacío con escudos, pisoteados en el suelo. Quedó en pie un solo guerrero enorme, equipado con una maltrecha armadura de placas, que blandía un hacha inmensa en círculos irreflexivos pero que topaban estrepitosos contra las lanzas que intentaban clavársele.

Entonces, con un grito, un siervo se le subió de un salto a la espalda, le apresó el cuello con un brazo y empezó a darle puñaladas. Otro llegó corriendo y descargó un tajo en su pierna que le hizo hincar la rodilla en el suelo. Lo rodearon todos y Oxel usó su espada como si fuera un pico, a dos manos, para quitarle el casco a cincel, para abrirle el cráneo a cincel.

Rikke vio a Isern con la lengua apretada en la fisura entre los dientes mientras daba muerte a un guerrero herido tras otro con su lanza. Uno moribundo se arrastró hacia Rikke, con la cara llorosa y embarrada, y Escalofríos le pisó el cuello y le cercenó la coronilla con un arco de su espada.

Aquel asalto había resultado en una pila de cadáveres, su valentía convertida en nada, pero los hombres de Calder el Negro seguían presionando por todo su alrededor. Entre las lanzas que se mecían vio al Clavo subido a la muralla, agitando su hacha, con el rostro salpicado de sangre y retorcido de furia y risa al mismo

tiempo, chillando:

—¡Matad a esos cabrones! ¡Matad a esos cabrones!

Las flechas volaban por encima y el ruido de la contienda era como el del granizo en un tejado de estaño. Rikke empezó a ver fantasmas entre el combate, entre la masacre, entre los muertos. Fantasmas de hombres combatiendo, masacrándose, muriendo. Batallas libradas hacía mucho, tal vez, y batallas que estaban por llegar, y se deslizó contra la columna hasta que su trasero dio contra el barro, y el puñal se le cayó de la mano al suelo, y se quedó allí sentada temblando, con los irritados ojos cerrados con fuerza.

Leo estaba de pie en la cima de la colina, sus manos cerrándose y abriéndose con impotencia.

Era la mayor batalla que había visto jamás. La mayor que había visto el Norte desde la Batalla de Osrung, en la que a su madre le encantaba decir que él había sido concebido.

La muralla de escudos de Ocaso había retrocedido ante la primera carga de los hombres de Angland. Había cedido y parecía a punto de descomponerse por la presión, pero había resistido. Habían llegado más norteños por la calzada para apuntalarla y habían hecho retroceder a los anglandeses hasta el pie de la colina roja. Había un enfrentamiento que bullía a lo largo de todo el fondo del valle, un clamor enloquecido que resonaba en las colinas, la carnicería del puente en un extremo.

Si el Sabueso descendía desde el otro lado del valle, todo habría terminado. Ocaso quedaría rodeado, destruido, y podrían tomar prisioneros a cada uno de sus hombres. Quizá incluso pudieran capturar al mismísimo Gran Lobo y hacer que el muy hijo de puta se arrodillara.

Pero el Sabueso no aparecía, y el regocijo de los oficiales en la colina se convirtió en inquietud y luego en lúgubre preocupación.

—¿Dónde coño está el Sabueso? —murmuró la madre de Leo. Las ruinas del otro extremo del valle eran solo un fantasma desdibujado en la lluvia creciente—. Debería estar atacando.

—Sí —dijo Leo. No podía decir más. Tenía la boca demasiado

seca.

—No se ve una mierda con tanta lluvia —protestó ella.

—No —dijo Leo. Siempre había sido un hombre de acción. Quedarse quieto mientras otros combatían era un suplicio.

—Como no llegue pronto...

Todos se daban cuenta. Seguían llegando siervos de Ocaso al campo de batalla. Si el Sabueso no aparecía pronto, podrían rodear el flanco y el frente de la Unión se vendría abajo.

Apareció un jinete remontando la parte trasera de la colina, forzando a su montura. Un norteño, agitado y manchado de barro.

La madre de Leo se acercó a grandes pasos mientras el hombre desmontaba.

—¿Qué ha sido del Sabueso?

—Calder el Negro ha salido del bosque —dijo, jadeante—. Estamos resistiendo a duras penas en la ruina. Es imposible que podamos ayudar en el ataque.

Un oficial tragó saliva. Otro contempló el valle. Un tercero pareció desinflarse, como un odre de vino perforado.

—Se suponía que Calder el Negro estaba a una jornada de distancia —susurró la madre de Leo, con los ojos como platos.

—Nos ha engañado —murmuró Leo.

Habían caído en su propia trampa, estaban superados en número y se cernía sobre ellos la destrucción. Miró hacia el puente. Allí era donde debía estar, donde se forjaban los nombres y se componían las canciones del mañana. Su presencia allí podría marcar la diferencia. Sabía que era así.

La estrategia había fracasado. Era hora de pelear.

—Tenemos que desplegar las reservas. —Se acercó a su madre. Ya no lloriqueaba, ya no suplicaba. Se limitaba a decir la pura verdad—. No nos queda elección. Hemos comprometido nuestras tropas.

Su madre observó el valle con expresión de inquietud, tensando y relajando sin cesar un músculo del lado de la cara, sin decir nada.

—Si nos retiramos, estaremos dejando al Sabueso a merced de Calder el Negro. Tenemos que *luchar*.

Ella cerró los ojos, su boca una línea plana y dura, sin decir

nada.

—Madre. —Le apoyó una mano delicada en el hombro—. Quizá las guerras las ganen los listos, pero las batallas deben librarlas los valientes. Es el momento.

Su madre abrió los ojos, respiró hondo y soltó el aire con un soplido.

—Ve —dijo.

Fue como si una sola palabra pronunciada en voz baja hubiera encendido un fuego en la tripa de Leo y le hubiera hecho cosquillear todo el cuerpo, desde la raíz del pelo hasta las puntas de los dedos de los pies. Notó que una enorme sonrisa se extendía por su cara mientras daba media vuelta.

—¡Jurand! —ladró con la voz cargada de emoción—. ¡Vamos a entrar!

Jurand se levantó de un salto.

—¡Sí, señor! —respondió, corriendo hacia su caballo.

—¿Leo?

Se volvió. Su madre resaltaba contra el cielo gris, sus puños cerrados con fuerza.

—¡Destroza a esos hijos de puta! —rugió.

—¡Vamos! —chilló Stour. No se había molestado en ponerse yelmo, lo que a Trébol le parecía una idiotez de primera magnitud, pero claro, si los hombres no te ven la cara, ¿cómo podrán contar luego a todo el mundo quién hizo las grandes gestas?—. ¡Quiero ese puente! —rugió el Gran Lobo, con el pelo mojado pegado a la frente y los dientes desnudos como deberían estarlo los de un lobo—. ¡Ese es mi puto puente!

Todo era confusión. Los carls de Stour habían logrado por muy poco contener a la Unión al pie de aquella colina roja, con una muralla de escudos que se retorcía sobre sí misma y amenazaba con reventar. Pero los habían contenido, y la refriega se extendía sin ningún orden por todo el valle, más virulenta en el puente que había en un extremo, donde el estandarte dorado de Leo dan Brock ondeaba sobre la masacre. Era una tentación que Stour no podía

pasar por alto.

—¡Llevadme hasta ese hijo de puta! —Le faltaba soltar espumarajos por la boca—. ¡Voy a rajar a ese Joven León desde los huevos hasta el cuello!

A Trébol no le parecía que ese puente mereciera tanto esfuerzo. De no haber sido por lo mucho que había llovido la última semana, se podría haber rodeado el condenado armatoste sin mojarse los pies. Empezó a aflojar el paso. Que Stour y sus jóvenes acompañantes ansiosos cargaran por delante. Él ya había luchado en bastantes batallas. Le parecía bien que los chavales reclamaran su parte de la acción, y los costes, y las lecciones.

Se detuvo con las manos en las rodillas y estuvo a punto de caer al suelo cuando alguien le dio un empujón. Se volvió con una maldición en los labios, pero sonrió de oreja a oreja al ver al responsable.

—¡Magweer! —Y traía una cara incluso más de perros que la normal. Como si hubiera pillado a Trébol tirándose a su madre en vez de solo recobrando un poco el aliento—. Creía que estarías ahí delante con los demás revoltosos, hinchando tu nombre de gloria.

—Parece que hago falta aquí —gruñó Magweer—. ¡Para asegurarme de que luches, cobarde!

—Un cobarde es solo un hombre que guarda el debido respeto al metal afilado —dijo Trébol, moviendo la mano hacia abajo para rechazarlo—. Una batalla no es lugar para un guerrero.

—Pero ¿qué coño dices? —farfulló Magweer, mientras todas sus armas tintineaban molestas.

—No hay espacio para girar la espada. Mueren más hombres por culpa de la mala suerte que por la buena esgrima. Son todo empujones y gruñidos, a merced de decisiones tomadas a millas de distancia y horas antes por hombres a los que nunca conocerás. Tu problema es que te has hecho una idea de cómo debería ser la vida, pero el caso es que la vida es como es.

Magweer torció los labios para escupir alguna réplica, pero Trébol lo detuvo inclinándose para recoger de la hierba una saeta de ballesta. Era una cosa horrible, con la lluvia brillante en su punta afilada.

—Voy a enseñarte lo que digo. Imagínate que te dieran con una de estas cabronas.

La voz de Magweer se volvió chillona por la ira.

—No sería una batalla sin...

Se le desorbitaron los ojos cuando Trébol le cogió el hombro y le hundió la saeta en el cuello, tan fuerte y tan de repente que la punta salió por la parte de atrás.

Trébol lo sostuvo cuando le flaquearon las rodillas y lo bajó al suelo con delicadeza. Movió la cabeza a ambos lados, pero no había nadie mirándolos. Que los hombres murieran en un campo de batalla casi nunca resultaba sospechoso, al fin y al cabo. Magweer palpó con torpeza en busca de alguno de sus muchos cuchillos, pero Trébol le cogió la mano y la sujetó con firmeza.

—Te lo he advertido. —Meneó la cabeza con gesto triste mientras Magweer alzaba la mirada hacia él, con sangre burbujeando en la nariz—. Las batallas son sitios peligrosos.

Trébol agarró la cota de malla ensangrentada y se echó a Magweer al hombro, compuso una expresión de preocupada sorpresa y echó a andar tan rápido como pudo hacia la retaguardia. No pudo avanzar muy deprisa, a decir verdad. Hacía ya bastante tiempo desde la última vez que había cargado con un hombre. A las pocas pisadas ya estaba resollando, sobre todo con todas las armas de Magweer balanceándose. Estaba claro que no importaba cuántas espadas llevara uno encima, si otra persona atacaba antes.

Recorrió con esfuerzo la calzada enfangada, alejándose del puente donde la lucha arreciaba más que nunca, alejándose de la gran muralla de escudos que se extendía por el valle, dejando atrás a carls ceñudos que corrían en dirección contraria. Cayeron más proyectiles de ballesta desde el terreno elevado, que rebotaron contra la hierba.

Con un rechinar de dientes, Trébol se colocó mejor a Magweer en el hombro y notó la sangre templada calando a través de su camisa. Siguió colina arriba y pasó junto a un jefe guerrero que urgía a sus hombres a luchar con más ímpetu. Siguió, dejando a un lado a dos camilleros con un siervo herido aullando entre ellos. Siguió, como si no hubiera nada más importante que salvar al pobre

chico herido de flecha que llevaba a la espalda. Por los muertos, cómo costaba, pero siguió, hasta llegar a aquella granja y su árbol donde aún se mecían los cuatro cadáveres.

Habían tendido a los heridos al lado de la casa, gimoteando y sollozando y pidiendo que les llevaran agua, o piedad, o a sus madres. Todas las cosas que tendían a pedir los heridos, que eran gente bastante predecible en ese aspecto. Las canciones sobre lo glorioso que era todo aquello escaseaban por esos lares. Trébol deseó poder habérselo enseñado a Magweer cuando aún vivía. Quizá entonces lo habría comprendido. Pero lo dudaba mucho. Lo más frecuente era que los hombres solo vieran lo que querían ver.

Levantó a Magweer de su hombro y lo dejó sobre la hierba mojada, donde había una sanadora trabajando con sangre hasta los codos. La mujer le echó un vistazo rápido de reojo.

—Está muerto.

No fue una gran revelación para Trébol. Cuando decidía apuñalar a alguien, se esforzaba en hacerlo de modo que jamás le fuese a hacer falta otra puñalada, y la práctica lo había vuelto muy bueno en el oficio. Pero aun así, fingió sorpresa y tristeza.

—Qué lástima. —Puso los brazos en jarras y negó con la cabeza, abrumado por aquel sinsentido—. Qué desperdicio.

Pero, en fin, tampoco era nada que no hubiera visto ya cien veces antes.

Estiró la espalda dolorida y miró muy serio hacia el camino que acababa de recorrer. La batalla seguía encendida, neblinosa a través de la lluvia, una enorme e hirviente masa de matanza en el fondo del valle.

—Mierda. —Se secó la frente sudada—. Seguro que ya habrá terminado para cuando vuelva ahí abajo.

La sanadora no respondió. Estaba ocupada atendiendo al siguiente de la cola, que tenía un tajo muy feo en el hombro del que caía sangre a chorros por su brazo flácido.

Trébol encontró una roca para sentarse y dejó su espada junto a ella, todavía envainada.

—Supongo que será mejor quedarme aquí arriba.

Resolverlo como hombres

Leo se apretó la correa en torno a la muñeca, asió con fuerza el astil y se volvió hacia los jinetes que tenía detrás mientras la lluvia repicaba contra sus armaduras y las mantas mojadas de sus caballos. Alzó el hacha bien alta.

—¡Por la Unión! —vociferó, y hubo asentimientos y murmullos—. ¡Por el rey! —Pero tampoco es que hubiera nadie muy contento con su augusta majestad últimamente—. ¡Por Angland! —Voces más altas, viriles gruñidos, gritos furiosos, guanteletes cerrados golpeando escudos—. ¡Por vuestras mujeres e hijos! —Puso una mano en el hombro de Jurand y se levantó en los estribos, intentando que todos sintieran la misma ira encendida, la misma ansia ardiente, el mismo gozo vehemente que él—. ¡Por vuestro honor y vuestro orgullo! —Llegaron vítores, humeando desde los yelmos en el aire húmedo, y se alzaron armas—. ¡Por la puta venganza! —Un rugido furioso, cascos pisoteando el barro, hombres apretándose hacia delante, impacientes por que los liberaran.

—¡Por Leo dan Brock! —Glaward dio un puñetazo al cielo, gigantesco como un caballero de leyenda—. ¡El Joven León!

Eso despertó los vítores más ruidosos de todos, y Leo no pudo contener la sonrisa. Los hombres encontraban su nombre casi tan inspirador como él mismo.

—¡Adelante!

Bajó la celada del yelmo y espoleó a su montura.

Avanzó al paso, descendiendo por el sendero irregular del pueblo, deshaciendo los charcos en los que goteaba la lluvia con los cascos de su caballo. Barniva se puso a su altura, y a través de la visera abierta de su yelmo Leo distinguió una sonrisa ansiosa, evaporado aquel hastío suyo hacia la guerra en el fuego de la acción. Leo sonrió con él y azuzó a su caballo. Delante, en la punta

misma de la lanza, donde un líder debía estar.

Avanzó al trote, con Antaup saltando junto a él, agachado sobre el cuello de su montura, y Jin Aguablanca con su barba rojiza al otro lado. El valle se veía gris a través de la lluvia, y el arroyo y las dos colinas cabeceaban con los movimientos del caballo de Leo. Entre ellas estaba el puente, atestado de hombres que embestían desde ambos lados bajo una maraña de lanzas.

Su sonrisa se ensanchó. Jurand estaba a su lado y no había nada que no pudiera hacer. ¡Por fin se había liberado de sus grilletes! Podía decidir su destino con sus propias manos. Tallarse un lugar en las leyendas. Igual que había hecho Harod el Grande o Casamir el Firme. Igual que había hecho Nueve el Sanguinario.

Avanzó al galope, entre el estruendo de los cascos, seguido por los mejores hombres de Angland, cargando hacia la batalla. Una batalla poco adecuada para la caballería, eso sí, se vio obligado a admitir.

Las fuerzas de la Unión se desmoronaban. Las habían hecho retroceder hasta la orilla más próxima del arroyo y empezaban a romper filas. Vio a hombres curtidos en la batalla corriendo presas del pánico, a carls bramando sus gritos de guerra mientras cruzaban el puente a la carrera.

Leo rebasó a los anglandeses que se dispersaban casi sin mirarlos, concentrado en uno de los norteños que les daban caza. Cuando el carl vio a Leo abalanzarse sobre él, su sonrisa amarilla se convirtió en un círculo de sorpresa. Dio media vuelta, resbaló y cayó, un cazador convertido en presa. Aún intentaba levantarse cuando el hacha de Leo lo alcanzó entre los hombros y lo derribó bocabajo.

Leo lanzó un rugido triunfal y oyó el agudo aullido de Antaup por encima del martilleo de los cascos, por encima del viento que le entraba por la celada. Atacó a un carl, falló cuando su objetivo se echó a un lado y se inclinó en la silla de montar para derribar a otro y lanzarlo despatarrado al barro.

Todo era simple. No había preocupaciones punzantes, ni frustraciones irritantes, ni días desperdiciados que se iban perdiendo. Solo el hermoso, terrible ahora.

—¡Adelante! —bramó, aunque no tuviera sentido hacerlo. ¿Hacia dónde si no podía ir una unidad de caballería en plena carga?

Algunos jinetes norteños se habían abierto paso por el puente y Leo espoleó su montura en dirección a ellos y arrolló a un carl que huía, que rebotó en el flanco de su caballo y murió aplastado bajo los cascos del de Barniva.

Embistió entre los sorprendidos jinetes, con una montura mucho más grande y mejor entrenada que las de ellos, expulsándolos a los lados como un arado en la tierra suelta. Una agradable sacudida en el brazo cuando su hacha rebotó en el yelmo de un norteño, dejándolo desequilibrado en la silla, y se clavó en el cuello de su caballo, haciendo salpicar sangre y que el animal se tambaleara hacia el lado.

Leo se inclinó hacia el otro lado, notando cálido el yelmo por su propio aliento mientras gruñía y escupía y maldecía. Descargó un hachazo contra un escudo, lo apartó, atacó al hombre que lo empuñaba, le rajó el hombro y lo sacó de la silla entre una lluvia de sangre y anillas de malla, le lanzó un tajo en la pierna atrapada en los estribos y le hizo una enorme hendidura.

Una lanza chirrió al descender contra su escudo y Leo aferró el asta y forcejeó mientras mascullaba reniegos sin sentido. Se incorporó en la silla de montar, alzó el hacha para trazar un amplio arco con ella y hundió el casco del lancero con un golpetazo hueco.

Atacó de lado a un jinete con anillos de plata en la barba, falló, se quedó enzarzado con él, le golpeó con la mano del escudo y le echó la cabeza hacia atrás. ¡Él vivía para aquello! Vivía para...

—¡Aj! —Se le había atascado el hacha con algo—. ¡Uf! —La cabeza serrada se había enganchado en las correas de una silla de montar que se estaba alejando, tirando de él hacia un lado—. ¡Mierda!

Retorció la mano con esfuerzo para soltarla del lazo del hacha, pero se lo había ceñido bien y estaba viéndose arrastrado hacia atrás. Notó un tirón en la pierna cuando su pie se soltó del estribo. Cayó al suelo mientras el mundo daba vueltas y recibió en el yelmo una potente coz de un caballo que alguien acababa de derribar a su lado.

Rodó, aturdido, con el yelmo lleno de baba. Se puso a gatas, se sacudió el escudo del brazo y se concentró en la correa que le rodeaba la muñeca, tirando de ella con dedos torpes dentro de sus guanteletes. Era como intentar coser llevando manoplas. Algo hizo que le pitaran los oídos... ¿o acaso estaban pitándole ya de antes?

De pronto, su muñeca se liberó y estuvo a punto de caer de espaldas. El jinete que llevaba plata en la barba estaba tendido junto a él, maza en mano, con una pierna atrapada bajo su caballo.

—¡Cabrón! —estaba exclamando en norteño—. ¡Cabrón!

Intentó dar un mazazo a Leo pero era imposible que lo alcanzara. Leo se puso en pie, meciéndose. Le cayó fango encima cuando un caballo pasó al lado atronando. Cayó en la cuenta de que tenía las manos vacías. ¡Espada! Desenvainar espada.

Palpó en busca del pomo, intentando sacudirse la neblina de la cabeza. Un tenue raspar de acero cuando se deslizó al sacarla de la vaina. Intentó descargar una estocada al jinete, tropezó, falló y la punta de la espada se hundió en el barro a su lado.

—¡Cabrón! —El jinete dio a Leo con su maza, pero muy flojo. Leo casi ni se enteró.

Empezaba a pasársele el mareo. Apuntó mejor en el segundo intento y atravesó el pecho del hombre con su hoja. El jinete se incorporó un poco e hizo un largo sonido ventoso. Entre resollante y ridículo. Leo liberó su espada y el jinete volvió a caer.

No estaba seguro de hacia dónde estaba encarado; el mundo era un batiburrillo vertiginoso visto a través de la rendija torcida de su celada. El dichoso trasto debía de haberse deformado con la coz del caballo. Le palpitaba la cabeza. Tenía la sensación de que apenas podía respirar. Abrió la hebilla como pudo y dio media vuelta al yelmo antes de poder arrancárselo por fin.

El viento gélido le dio una bofetada en el rostro sudado y el mundo se abalanzó sobre él, el estruendoso fragor de la batalla furioso en sus oídos.

—¡Leo!

Alguien lo cogió por el brazo y estuvo a punto de soltarle un tajo antes de reparar en que era Barniva, desmontado y manchado de barro. Había caballos muertos por todas partes. Hombres muertos.

Hombres heridos. Armas rotas. Leo se agachó con torpeza y recogió un escudo. Una rodela de carl. Metió la mano por la embrazadura. Un norteño estaba reptando por el fango con una lanza rota clavada en la espalda. Leo le abrió la cabeza de un tajo.

—¡Reagrupaos! —rugió, sin apenas saber a quién gritaba, sin apenas saber si quedaba alguien que pudiera reagruparse a excepción de Barniva y él. No importaba. Podían hacerlo juntos. Podía hacerlo él solo.

La lluvia caía con fuerza, en gotas gordas que rebotaban en su armadura y empapaban el acolchado de debajo, convirtiéndolo en frío plomo.

—¡Al puente!

Y echó a andar trabajosamente en la dirección en que creía que estaba, confiando en que sus hombres lo siguieran. Ya llevaba demasiado tiempo retirándose.

Avistó su estandarte. El campo blanco, el león dorado. Colgaba empapado en el lado más próximo del puente. Y allí estaba el de Stour Ocaso. El lobo salivante sobre campo gris. Mustio por la lluvia en el extremo opuesto. Un león y un lobo luchaban en un círculo de sangre, y el león ganaba.

Leo enseñó los dientes, chapoteando por un fango removido y aplastado por innumerables botas avanzando y retirándose, avanzando y retirándose. Allí era donde el combate había sido más feroz. Cuerpos por todas partes. Cadáveres de ambos bandos. Hombres quietos y hombres moviéndose aún, arrastrándose, llorando, dando manotazos al suelo, dándose manotazos a sí mismos. Leo pasó entre ellos, pasó por encima de ellos, dientes apretados, cabeza palpitando, siempre hacia el puente.

—¡Leo!

Barniva lo cogió, tiró de él hacia abajo y le puso su propio escudo delante de la cara. Notó el impacto de algo contra él. Una flecha. Otra rebotó en la hombrera de Barniva, y otras muchas se clavaron en la hierba. Alguien cayó al suelo con las manos en la garganta. Leo asomó un ojo por encima del brocal de su escudo y vislumbró a los arqueros, arrodillados en una larga hilera frente al puente, cargando flechas.

Barniva se sentó.

—Lo —dijo, con la lengua extrañamente embotada.

Le salía una flecha de la cara. Del hueco entre el ojo y el caballete de la nariz. Parecía ridícula. Como de broma. Como cuando un niño se metía la espada de madera entre el brazo y las costillas y se ponía de lado. ¡Me han herido, me han herido!

Pero no era ninguna broma. Barniva tenía la esclerótica roja, manchada de sangre.

Leo lo cogió por los hombros cuando empezó a caer hacia atrás.

—Lu —dijo Barniva, y su ojo rojo rodó para mirar de lado. El otro bizqueaba un poco, intentando mirar el astil que sobresalía de su cara, con aire de confundida sorpresa—. Uh. —Un largo surco de sangre cayó desde la flecha y le bajó por la mejilla, como una lágrima roja.

—¿Barniva? —dijo Leo. Pero su amigo no se movió—. ¿Barniva?

Estaba muerto.

Leo se levantó, estupefacto. Cayeron más flechas a su alrededor, acompañando a la lluvia. Alzó su espada bullendo de ira.

—¡A la carga! —vociferó, aunque terminó saliendo como un gorgoteo enloquecido.

Otros hombres bramaron a su espalda. Distinguió la voz de Glaward, y la de Jin, y la de Jurand, gritos de guerra, chillidos inarticulados. Todos estaban corriendo. Pasó una flecha a su lado. Otra rebotó en el peto de Leo.

—¡Hijos de puta! —chilló, rociando el aire de saliva—. ¡Hijos de puta!

Se le enganchó el pie con algo y cayó bocabajo, dio un mordisco de hierba y estuvo a punto de herirse con su propia espada. Se levantó como pudo y retomó la embestida, tirando a un lado su escudo robado y levantando la espada con ambas manos.

Un vistazo al riachuelo, lleno de cadáveres que oscilaban. Un vistazo a los arqueros cuando estuvo más cerca de ellos. Algunos eran viejos. Otros jóvenes. Uno llevaba una capucha de cuero. Otro tenía una mata de pelo rojo rizado. Otro tenía la cara torcida hacia un lado por alguna vieja herida. Ese vio que Leo cargaba hacia él,

titubeó mientras sacaba una flecha del carcaj, la soltó y se volvió para salir corriendo. El del pelo rizado disparó una flecha a solo unos pasos de distancia, pero el pánico hizo que saliera despedida hacia las alturas, dando vueltas.

El arquero se agachó con un respingo bajo la espada de Leo, que entonces estrelló su hombro contra él, lo derribó de espaldas y empezó a descargar tajos sobre los otros, a llenarse los oídos con sus gemidos y sus balbuceos y sus propios gruñidos y los golpes y chasquidos del metal y la carne.

—¡Morid! —rugía Glaward junto a su oído—. ¡Morid!

Los arqueros no llevaban armadura y la espada de Leo se clavaba en ellos como el cuchillo de un carnicero, abriendo enormes cortes de los que salpicaba y brotaba la sangre. Un hombre cayó chillando con el costado abierto de arriba abajo. Leo rompió el arco de otro cuando intentó detener con él su espada y se llevó también su brazo por delante, trastabilló desequilibrado y rebotó en Antaup mientras este atravesaba a un hombre en el suelo con su lanza. Cayó, rodó, vio a un arquero con una daga a punto de saltar sobre él, alzó una mano desmañada para apartarlo y entonces el arquero desapareció de delante, lanzado al aire por una maza enorme. Jin Aguablanca, que cogió la muñeca de Leo y tiró de él para levantarlo.

Los arqueros huían, algunos eran masacrados, otros vadeaban en el arroyo, y Leo siguió tambaleándose en dirección al puente.

Un hombre se apartaba cojeando, agarrándose el hombro, con sangre que burbujeaba entre los dedos, y Leo le descargó su espada en la sien, pero impactó por la parte plana, lo tiró al suelo y Leo tuvo que pisotearlo.

Tenía el pecho en llamas, las extremidades entumecidas y blandas. Cada paso era una montaña.

Subió al puente. Notó las piedras viscosas por el lodo y la sangre, resbaladizas por la lluvia que caía.

Había carls allí, intentando organizar a la desesperada una muralla de escudos. Un Mejor Guerrero con una piel de zorro en torno a los hombros señaló con un dedo grueso. Leo, más que cargar contra él, cayó sobre él, y su tajo exhausto rebotó inocuo en el escudo del hombre. Se dio en la barbilla con el brocal y la boca se

le llenó del salado sabor de la sangre.

El norteño retrocedió un paso pero no se derrumbó, y los dos se retorcieron en un incómodo y agotado abrazo, arrastrando los pies, gritando, forcejeando a hombro y codazo mientras a su alrededor se masacraban entre ellos hombres con armadura.

Leo oyó la respiración desesperada, sibilante del norteño en su oreja, gruñó e intentó aferrarlo, notando el pelo de zorro mojado en la boca. Tenía la espada enganchada con algo y no podía moverla. Consiguió sacar la daga con la otra mano y apuñaló, pero la hoja solo resbaló inútil contra la malla del norteño. No había espacio. No había aliento. No había fuerza, y la daga se le cayó de la mano al barro.

Siguieron bregando en un círculo de zarpazos, rebotaron en el parapeto del puente y quedó el suficiente espacio para que Leo forzara su mano libre hasta la barbilla del hombre, le metiera el pulgar envuelto por el guantelete en la boca, lo cerrara para atraparle la mejilla y tirara, desgarrándole el labio, desgarrándole la cara, y el hombre chilló y asió la muñeca de Leo y la retorció hasta hacerle soltar la espada. Con un último esfuerzo y un último gruñido, Leo le dio un empujón, le soltó un puñetazo en la sien, hizo una mueca cuando la sangre le salpicó la cara, cuando algo le rebotó en la mejilla. Un diente, tal vez. El hombre se precipitó rodando desde encima del parapeto musgoso y cayó al riachuelo con los demás cadáveres. Aquella puta corriente era ya más cadáver que río. Sin cadáveres no había gloria.

Leo se derrumbó a cuatro patas y recogió su espada acompañada por un puñado de fango. Se izó sobre una rodilla, con un gemido se levantó del todo y se quedó tambaleándose, intentando agarrarse a las piedras resbaladizas, con todos los músculos palpitando, dando bocanadas de aire con enormes y sibilantes gañidos, como un pez capturado y sacado indefenso del río.

—Tenemos... que replegarnos. —Era Jurand, al que apenas quedaba aliento para hablar. Iba sin yelmo y tenía la cara manchada de sangre. Abrazó a Leo, medio sosteniéndolo y medio apoyándose en él—. Llevarte a un lugar seguro.

—No —gruñó Leo, agarrándolo con fuerza, raspando su armadura mojada contra la suya, y luego intentó zafarse, continuar avanzando—. Lucharemos.

La lluvia caía a cántaros, tabaleando y salpicando. Ante ellos se extendía el puente vacío, un montículo lleno de surcos, regado de cadáveres muertos a flecha y lanza, despatarrados junto a los parapetos, amontonados contra ellos, tirados sobre ellos como trapos. En el extremo opuesto, bajo aquel estandarte del lobo, había más norteños reunidos.

Eran un grupo tan embarrado, sanguinolento y sucio como el de Leo, con los dientes desnudos de odio pero las armas caídas de cansancio. Se miraron unos a otros sobre el puente anegado por la lluvia, Leo y sus amigos a un lado, aquellos Mejores Guerreros norteños en el otro, y en su centro había un hombre alto, cuyo pelo largo estaba pegado por la lluvia a su rostro crispado.

—¡Leo dan Brock! —aulló, con sus ojos húmedos febriles por la locura de la batalla, y Leo dedujo por el oro de su espada y el oro de su cinturón y el oro de su armadura quién debía de ser.

—¡Stour Ocaso! —rugió en respuesta, haciendo saltar saliva de los dientes descubiertos. Intentó echarse hacia delante, pero Jurand lo retuvo, o quizá lo sostuvo, porque solo la furia impedía que las rodillas de Leo flaquearan.

—¡No resolveremos esto en el campo de batalla! —gritó Ocaso.

Era bien cierto. Estaban todos derrengados. En lo alto de la colina roja, borrosas por la lluvia, las tropas de la Unión estaban replegándose, pero los hombres de Stour no estaban en condiciones de perseguirlos y la lluvia había convertido el campo de batalla en pegamento.

Stour se zafó de sus guerreros y se irguió en toda su altura, señalando a lo largo del puente con su espada ensangrentada.

—¡Vamos a resolverlo como hombres! ¡En el círculo! ¡Tú y yo!

A Leo apenas le importaban una mierda las condiciones. Lo único que quería era luchar contra aquel hijo de puta. Desmembrarlo con sus manos desnudas. Arrancarle la carne con sus dientes.

Un león y un lobo luchaban en un círculo de sangre, y el león ganaba.

—¡En el círculo! —bramó a la lluvia—. ¡Tú y yo!

Tercera parte

«El amor se vuelve, con la ayuda de un poco de indulgencia, indiferente o desagradable. Solo el odio es inmortal.»

William Hazlitt

Exigencias

Forest entró en la sala llevando su distintivo gorro de piel y su expresión dura y severa. El sombrero se lo quitó. La expresión severa la dejó en su sitio.

—Los Rompedores deberían llegar pronto, alteza.

—Bien —murmuró Orso—. Bien.

Expresaba tan a menudo el opuesto exacto de lo que sentía que habría cabido esperar que se le diera mejor. En realidad, la perspectiva de que llegaran los Rompedores le daba unas ganas desesperadas de tomar un trago. Pero el alba probablemente se consideraría una hora demasiado temprana en una negociación de paz, incluso para un vaso pequeño de cerveza o lo que fuese. Suspiró con inquietud.

Un ciudadano pudiente les había ofrecido su comedor como sala de reuniones y, aunque la mesa estaba bien abrillantada, Orso encontraba las sillas demasiado incómodas. O quizá era solo que se encontraba incómodo él mismo en el papel de negociador. O en cualquier papel de responsabilidad, ya puestos. Nervioso, se estiró la casaca por milésima vez. Le había sentado como un guante en la seguridad de Adua, pero de repente le apretaba en el cuello. Se inclinó hacia el superior Pike con una sonrisa desganada.

—Creo que podría convenirnos que, cuando lleguen... ¿vos hagáis de villano?

Pike sometió a Orso a su mirada fulminante.

—¿Por mis horripilantes quemaduras?

—Por eso y por todo el negro.

El leve movimiento en la cara de Pike casi podría haber sido una sonrisa.

—No os preocupéis, alteza, ya tengo cierta práctica con ese papel. Sentíos libre de pararme los pies si me pongo demasiado

ruin. Ardo en deseos de veros como el héroe de nuestra pequeña función.

—Espero resultar convincente —murmuró Orso, alisándose una vez más la casaca—. Me temo que falté a todos los ensayos.

La puerta doble se abrió de par en par y los Rompedores entraron con paso firme. La siempre fértil imaginación de Orso los había visualizado como fanáticos sorprendidos con las manos en la masa. En persona eran un grupo normal y corriente, un poco decepcionante... o, mejor pensado, más bien reconfortante.

Lo encabezaba un hombre grande y anciano: hombros fornidos, manos anchas y unos ojos saltones que se posaron en Orso y se quedaron ahí, inamovibles. Después venía un tipo con cicatrices en la cara cuyos ojos no se posaron en nada, sino que iban inquietos por la sala hacia las ventanas, las puertas y la media docena de guardias plantados contra los paneles de madera de las paredes, sin mirar a nadie a la cara. Por último, había una mujer con el abrigo manchado, una pelambrera descuidada y lacia y, por debajo, uno de los ceños mejor fruncidos que Orso había visto en la vida. En realidad, la mirada de implacable desprecio en sus ojos azules le recordó bastante a su madre.

—¡Bienvenidos! —Había aspirado a un tono equilibrado entre la cálida indulgencia y la autoridad innata, pero sin duda terminó sonando a debilidad quisquillosa—. Yo soy el príncipe heredero Orso, este es el coronel Forest, comandante de los cuatro regimientos que rodean Valbeck ahora mismo, y este...

—Todos hemos oído hablar del superior Pike —dijo el anciano, dejándose caer pesadamente en la silla del centro y lanzando una mirada torva por encima de la mesa.

—Solo cosas buenas, espero —susurró Pike, rezumando amenaza. Orso notó que se le erizaban los pelillos de la nuca incluso estando en su mismo lado. A la hora de interpretar a un villano, saltaba a la vista que estaba en presencia de un virtuoso.

—Me llamo Malmer. —La voz del anciano rompedor era tan ponderosa como su físico y cada palabra parecía colocada con la misma meticulosidad que un maestro mampostero encajando sus piedras—. Este es el hermano Heron, que combatió doce años en

los ejércitos de vuestro padre. —Movió la cabeza hacia el hombre de las cicatrices y luego hacia la mujer de rostro duro, que parecía estar alcanzando nuevas cotas de épico desdén con cada respiración de Orso—. Esta es la hermana Teufel, que pasó doce años en los campos de prisioneros de vuestro padre.

—¿Encantado? —probó a decir Orso, más esperanzado que convencido, pero Pike ya estaba echándose hacia delante y retrayendo los labios.

—Te dirigirás al príncipe heredero de la Unión llamándolo alt...

—¡Por favor! —Orso alzó una mano tranquilizadora e hizo que Pike se reclinara como quien sujeta a un perro—. No va a morir nadie por una falta de protocolo. Es mi más ardiente deseo que no muera nadie en absoluto. Tengo entendido... que habéis cogido rehenes.

—Quinientos cuarenta y ocho según el último conteo —dijo con voz ronca la mujer, Teufel, como si estuviera propinando un insulto mortal a un antiguo enemigo.

—Pero nos encantaría verlos liberados —añadió Malmer.

Orso se moría por preguntar si Savine estaba entre ellos pero, por muy incompetente que fuese como negociador, hasta él sabía que hacerlo solo serviría para ponerla en más peligro. Tenía que morderse la lengua. Tenía que dejar de seguir a su polla de un desastre al siguiente y usar la cabeza por una vez.

—¿En qué circunstancias podríais liberarlos sin más? —se aventuró a preguntar.

Malmer compuso una sonrisa alicaída y la piel correosa se le arrugó en las comisuras de los ojos.

—Me temo que antes tenemos algunas exigencias.

—La Corona no negocia con traidores —rechinó Pike.

—Por favor, caballeros, por favor. —Orso volvió a levantar su mano tranquilizadora—. Dejemos a un lado las culpas y concentrémonos en una resolución que conceda a todas las partes algo de lo que reclaman. —Le sorprendió lo bien que había sonado. Quizá no se le diese tan mal aquello—. Por favor, exponed vuestras exigencias.

Su satisfacción se interrumpió de golpe cuando Teufel envió por

encima de la mesa pulida un papel doblado que dio vueltas antes de caer al regazo de Orso. Hizo una mueca mientras lo desdoblaba, esperando insultos garabateados en sangre.

Pero encontró solo un texto ordenado, escrito en letra pequeña y muy controlada.

No mostréis sorpresa. Fingid que estáis leyendo una lista de exigencias. Pese a lo que pueda parecer, soy vuestra amiga.

Pillado con la guardia baja, Orso alzó la mirada hacia la mujer. Ella le devolvió una mirada asesina con más furia incluso que antes, y entre sus cejas se marcaron unas líneas duras.

—Sabéis leer, ¿verdad, *alteza*? —dijo en tono burlón.

—Debo de haber agotado a una docena de tutores, pero mi madre insistió en que aprendiera.

Orso miró ceñudo el papel, intentando parecer desconcertado por lo que estaba leyendo. La tarea no le exigió un gran esfuerzo de simulación.

El superior Risinau fue el principal instigador del levantamiento, pero huyó de la ciudad antes de vuestra llegada junto con los Quemadores, que provocaron la mayor parte de las muertes y los daños. Si hay alguien al mando ahora, ese es Malmer. No es mala persona. No quiere que se haga daño a los rehenes. Su mayor preocupación es la seguridad de los civiles, y de los Rompedores y sus familias. Tiene exigencias, pero está empezando a desesperarse. La comida escasea y el orden se está viniendo abajo.

Aquella información era, como mínimo, tan útil como inesperada, pero aun así Orso consiguió mantener sus facciones inexpresivas. Actuó como si le hubieran repartido una mano ganadora en la mesa de juego y solo le quedara sacar las mayores apuestas posibles a los demás jugadores.

Malmer sabe que tiene poco con lo que negociar. Si le ofrecéis

demasiado, sospechará. Temía que atacarais nada más llegar. Ahora teme que rodeéis la ciudad y esperéis a que el hambre haga rendirse a los Rompedores. Espera que seáis un mentiroso arrogante. Mi consejo es que lo tratéis con sinceridad y respeto. Que busquéis una solución pacífica y evitéis las bravatas. Pero también que rechacéis con firmeza toda exigencia y le dejéis bien claro que el tiempo juega en vuestro favor. Si le ofrecéis la amnistía para los Rompedores, creo que podríais convencerlo de que se rindiera. Sabe que es más de lo que podría haber esperado.

A continuación se listaban las demandas de los Rompedores: cambios en las leyes laborales, controles en los sueldos y el precio del pan, sanidad y vivienda, cosas que Orso apenas alcanzaba a comprender, no digamos ya tener la capacidad de concederles.

El superior Pike extendió el guante fundido que tenía por mano.

—Alteza, ¿me per...?

—No os permito.

Orso plegó el papel, afiló el doblez con la uña del pulgar y se lo guardó dentro de la casaca. Luego sonrió —siempre había que empezar con una sonrisa— y se inclinó hacia Malmer como si fuese a compartir una confidencia con un viejo amigo. Como si el destino de miles de personas de ningún modo dependiera de que ellos dos llegaran a un acuerdo.

—Maese Malmer, tengo la impresión de que sois un hombre sincero, de modo que también quiero serlo yo. Para mí sería fácil ofreceros el mundo entero, pero no deseo insultaros. Lo cierto es que el Consejo Cerrado no está de humor para negociar y que, incluso si yo accediera a todas vuestras exigencias... —Separó las manos con el mismo gesto de impotencia caballeresca que empleaba con las amantes abandonadas, los acreedores frustrados y los agentes de la ley enfurecidos—. Soy el príncipe heredero. No habría nada que impidiera a mi padre o a sus consejeros negarse a cumplir mis promesas. Siendo franco, sospecho que precisamente ese es el motivo de que me hayan enviado a mí. Y siendo franco, sospecho... que sois muy consciente de ello.

—Entonces, ¿se puede saber qué hacemos aquí? —saltó Heron.

Forest había logrado forzar la expresión severa de su rostro lleno de cicatrices un nivel por encima que antes.

—Las tropas están listas para irrumpir en la ciudad a vuestra orden, alteza.

—Lo último que nos interesa es que haya más sangre derramada, coronel Forest —dijo Orso, dedicándole a él la mano tranquilizadora en esa ocasión. Tenía mano tranquilizadora más que de sobra para todo el mundo—. Somos todos ciudadanos de la Unión. Somos todos súbditos de mi padre. Me niego a creer que no logremos encontrar una solución pacífica.

Orso no habría pasado mucho tiempo negociando con rehenes, pero si se trataba de convencer a alguien de que era de fiar, ya fuese en una sala de juego, en la alcoba de una dama o en la mesa de un prestamista, tenía una experiencia casi sin fondo a la que recurrir. Suavizó la voz, suavizó la cara, lo suavizó todo. Sostuvo la mirada a Malmer y se convirtió en un dechado de almibarada comprensión.

—Estoy al tanto de que el responsable de esta desafortunada situación... fue el superior Risinau. Sin embargo, veo que no ha dado la cara para negociar. ¿Es posible que, a medida que crecía el peligro, se marchitara su compromiso con su propia causa? —A Orso casi le pareció detectar una levísima contracción en el rostro pétreo de Malmer—. Conozco a esa clase de hombre. Seamos sinceros, he visto a esa clase de hombre muchas veces en el espejo. Un hombre que lo deja todo hecho un desastre y se marcha para que lo frieguen otros.

Nadie salió en defensa de Orso, lo cual fue decepcionante, pero tampoco salió nadie en defensa de Risinau.

—Comprendo lo que es que le endosen a uno las culpas. —Dedicó a cada uno de sus tres adversarios una mirada compasiva—. Valoro que quienes seguís en la ciudad sois quienes decidisteis quedaros para intentar salvar la situación. Los autores de esta catástrofe serán perseguidos y castigados, eso os lo aseguro.

—De eso no cabe la menor duda —siseó Pike.

—Pero no tengo ningún interés en castigaros a vosotros por sus

crímenes —prosiguió Orso—. Mi preocupación, mi *única* preocupación, es la seguridad de los hombres, mujeres y niños de Valbeck. De todos ellos, sin importar dónde hayan puesto su lealtad. Puedo llevar vuestras exigencias a mi padre. Puedo transmitirlas al Consejo Cerrado. Pero al final, tanto vos como yo sabemos que no puedo comprometerme a cumplirlas. —Orso respiró hondo y soltó un largo suspiro—. Sin embargo, sí que puedo... prometeros la amnistía. Una absolución completa para todo rompedor que se entregue con sus armas antes de que se ponga el sol mañana, además de todos los rehenes ilesos. En ese caso, se permitirá la entrada de comida y suministros en la ciudad de inmediato y...

—Alteza —interrumpió Pike—, no podemos permitir que los traidores...

Orso lo silenció con aquella mano alzada, sin apartar los ojos de los de Malmer.

—Me temo que la alternativa es que ordene al coronel Forest que rodee la ciudad y no deje entrar ni salir nada. He despejado bastante mi agenda y puedo esperar el tiempo que haga falta. En ese caso, cuando os rindáis, como sin duda haréis, no será a mí, sino al superior Pike.

Sobraba decir que nadie halló ninguna expresión de consuelo en la cara derretida del superior. Malmer se reclinó despacio y estudió a Orso con detenimiento.

—¿Por qué deberíamos confiar en vos?

—Entiendo que no queráis hacerlo. Pero, dadas las circunstancias, creo que se trata de una oferta generosa. Sé que es lo mejor que podéis esperar.

Malmer desvió la mirada hacia Heron. Luego hacia Teufel. Ninguno de los dos reveló expresión alguna.

—Tendré que consultarlo con los míos.

—Por supuesto —dijo Orso, levantándose.

Extendió la mano mientras Malmer se ponía en pie. El anciano rompedor la miró un momento muy serio antes de envolverla con su enorme zarpa. Orso apretó con firmeza.

—Pero debo insistir en que necesito una respuesta hoy mismo, antes del anochecer.

—La tendréis. —Malmer lo observó un momento más—. Alteza.

Salió preocupado de la sala, seguido de su inquieto amigo. La silla de Teufel rechinó contra las baldosas del suelo cuando se levantó, disparó a Orso una última andanada de desprecio y luego dio la espalda a la reunión. La puerta se cerró con un chasquido.

—Eso ha estado bien hecho, alteza. —Hubo un leve atisbo de sorpresa en las cejas peladas del superior Pike, pero ¿cómo reprochárselo? Orso llevaba una década esmerándose en promover unas expectativas bajas—. Lo habéis hecho con bastante maestría.

—Debo confesar que he tenido una ayuda considerable. —Orso sacó la lista de exigencias de su casaca—. De la mujer con cara de zapapico.

Pike parpadeó mientras leía la estrategia negociadora de Orso al completo, expuesta en ordenados párrafos de excelente caligrafía.

—Debe de ser la agente que tiene el archilector dentro de la ciudad.

—No le encuentro otra explicación. Parece que se ha granjeado una posición de cierta confianza entre los Rompedores.

—Impresionante. —Pike miró ceñudo hacia la puerta—. De su valoración dependen ahora muchas cosas.

—Así es, superior.

Orso tuvo una punzada de preocupación al pensar en Savine. Sola en la ciudad. ¿Rehén? ¿Cadáver? Arrugó el semblante. Le estaba entrando un dolor de cabeza infernal desde detrás de los putos ojos.

Quizá no fuese demasiado temprano para ese trago, a fin de cuentas.

Llevar las riendas

A Rikke le picaba la nariz por el frío de antes del alba, y el aliento de los heridos se transformaba en volutas de humo.

Se preguntó cuántos habría tendidos en aquel claro. Quizá cien. Quizá más. Las sanadoras encorvadas y ensangrentadas se movían entre ellos, cosiendo, vendando, colocando, repartiendo comida y agua y el consuelo que podían. Que no era mucho.

Había un zumbido grave, como en uno de esos arbustos en flor que las abejas no puedan dejar en paz pero hecho de murmullos, gimoteos, quejidos y sollozos. Un coro de dolor. Bastante deprimente, en general. Rikke se estremeció y se arropó mejor el cuello con la capa de piel usando la mano libre.

—Que la sostengas más alta, he dicho.

—Perdona.

Le dolió el hombro al levantar de nuevo la antorcha para que Isern pudiera ver lo que hacía, con la lengua metida en el hueco de sus dientes mientras cosía una roja herida en el hombro de un joven. El chico tenía un palo para morder, los ojos cerrados y surcos de lágrimas resplandeciendo en sus mejillas rosadas.

—Nunca te había imaginado como sanadora —dijo Rikke, encogiéndose cuando Isern absorbió sangre con un trapo.

—¿No?

—No creí que pudieras ser lo bastante amable.

—¿Amable? ¡Ja! Si estás herida, una sanadora amable es lo último que te interesa. —Isern hizo gorjear al chico al clavarle de nuevo la aguja en el hombro—. Si estás herida, una sanadora amable puede ser lo último que veas. Una gran sanadora tiene que ser más dura y más despiadada que un gran guerrero. Está haciendo un trabajo mucho más arduo con mucha menos recompensa.

Otra sanadora gruñó su acuerdo sin soltar el pequeño cuchillo que sostenía con los dientes. Isern bajó un poco la cabeza para lanzar a Rikke una mirada significativa.

—Una gran sanadora, igual que una gran líder, debe hacer de su corazón piedra.

El chico en el que Isern trabajaba se quitó el palo babeado de la boca.

—Por los muertos, no la distraigas.

—Puedo coserte y hablar al mismo tiempo, chaval.

Isern le cogió el palo de la mano, se lo volvió a meter entre las fauces y siguió trabajando. Rikke contempló el claro lleno de gemidos con los ojos como platos.

—Cuántos heridos.

—Y estos son solo los que tienen mejor pinta. Los que aún podrían levantarse.

—Vete a saber por qué siguen haciéndolo.

—¿El qué, ir a la guerra?

—Sí, la guerra.

—A lo mejor no lo harían si todos los Mejores Guerreros se pasaran por aquí abajo a que les restregaran los hocicos en la cosecha de lo que han sembrado, pero no se los ve por aquí, ¿a que no? Porque aquí abajo no se está muy a gusto, ¿comprendes? No hay mucho metal brillante, quitando los trozos que sacamos de los moribundos. Sanar es trabajo de mujeres, ¿no?

Sonaba un poco hipócrita en boca de Isern, ya que Rikke la había visto matar al menos a cinco hombres con aquella lanza suya, pero como principio general era difícil no estar de acuerdo.

—Ellos rompen —murmuró—, nosotras creamos.

Isern negó con la cabeza, apretando los labios mientras manejaba la aguja con destreza.

—Con el esfuerzo que cuesta crear una persona y luego solo cantan sobre los asesinos. ¿Cuándo fue la última vez que oíste a un hombre cantar un nombre de mujer? A no ser que estuviera cantando para que viniera su mamaíta cuando la Gran Niveladora le puso la mano encima.

—Sin duda, el mundo podría mejorarse de muchas maneras —

dijo Rikke, con un humeante suspiro.

—Mi más sentido agradecimiento por esa revelación —dijo Isern, girando un ojo desdeñoso hacia ella—. Lo único que he aprendido en treinta y seis inviernos es que el mundo no va a cambiar solo. Si quieres reparar heridas, más vale que estés dispuesta a coser.

Rikke se sintió incluso más impotente de lo habitual, rodeada de todo aquel dolor.

—¿Qué puedo hacer yo?

—¿Tú? ¿Rikke, la del ojo largo? Viste venir a los hombres de Calder el Negro, ¿verdad? Puede que salvaras al ejército. Puede que nos salvaras a todos.

—Puede.

Era cierto que la gente la miraba distinto desde la batalla. Como si la respetaran, lo cual era un cambio agradable. Como si la temieran, lo cual no tanto. Como si la odiaran, un par de ellos, lo cual era extrañamente desagradable y agradable al mismo tiempo. Nunca había creído que sería lo bastante importante para que la odiaran.

—Ya no eres una cualquiera, Rikke la Pegajosa. —Isern abrió mucho los ojos—. La leyenda crece.

—¿Leyenda? —Rikke dio un bufido—. Yo no soy nada ni nadie.

—Ah, pero ¿acaso no es así como empiezan todas las mejores leyendas? Diría que estás mejor equipada para dirigirnos hacia un mañana más brillante que la mayoría.

—No soy una condenada líder.

—¿Cómo vas a serlo, arrastrando los pies por ahí detrás mientras lloriqueas sobre lo inútil que eres? Sostén esa antorcha más alta.

—Perdona. Tendrás que encontrar a alguien para que te la sostenga dentro de un rato. Me han convocado a una reunión cuando amanezca. —Rikke se infló—. La señora gobernadora Brock, de hecho.

—Quiere usar tus artimañas femeninas para convencer a su hijo de que no luche, ¿verdad?

Rikke volvió a desinflarse.

—Si cuenta con mis artimañas femeninas, es que debe de estar

muy desesperada.

—Ah, pues a mí me parece que tienes más artimañas de las que crees. Fuiste tú quien convenció al chico de pelear en un principio, ¿verdad? —Isern le lanzó su mirada de soslayo, como si estuvieran tramando juntas alguna astuta maquinación.

—¿Qué?

—Con tus leones y tus lobos y tus círculos de sangre.

—Eso es solo lo que vi, en la visión. ¡Me preguntaste qué había visto!

Isern dejó de coser.

—No puedes elegir lo que ves. Pero sí que puedes elegir lo que dices. Hace un momento estabas hablando de cambiar el mundo, ¿y ahora no puedes cambiar ni la opinión de un chico? Afrontemos los hechos, no es la mente más preclara que hay por aquí. —Cortó el hilo con los dientes y cogió las vendas—. Sé que te gusta pensar que vas dando tumbos sin poder hacer nada en un carro desbocado, en dirección a quién sabe dónde y sin voz ni voto en el asunto, pero si miras hacia abajo quizá veas que eres tú quien lleva las riendas. —Dirigió a Rikke otra de aquellas miradas—. A lo mejor es el momento de usarlas. Y ahora, sostén esa puta antorcha más alta.

El Joven León nunca tenía mal aspecto, pero estar enfadado le sentaba bien, y los rasguños de la batalla le sentaban bien, y hasta mostrarse un poco taciturno parecía sentarle bien. En términos generales, a Rikke le estaba costando un poco imaginar a un hombre mejor parecido.

El problema era que los duelos a muerte no los ganaba siempre el mejor parecido. Si acaso, la historia favorecía a los campeones feos. Quizá se debiera a que dedicaban al entrenamiento el tiempo que los guapos perdían acicalándose frente al espejo. Pero Rikke se reservó ese pensamiento, porque todos estaban ya bastante alterados. Leo había apostado el futuro de todos a un duelo contra uno de los hombres más peligrosos del Norte, al fin y al cabo, y la única persona que no lo consideraba la peor idea del mundo desde

las espadas hechas de tarta venía a ser el propio Leo, ampliamente conocido por su mal juicio.

El humor de Rikke no mejoraba en absoluto por el mensajero real que se alzaba inmóvil en el centro de la tienda, ofreciendo una carta de su augusta majestad en su puño cubierto por un guantelete. Cuando había abierto la lona y lo había visto allí de pie, se había preguntado de dónde sacaban a todos aquellos hijos de puta tan altos. Luego se había preguntado por qué nadie más le estaba haciendo ningún caso. Y luego, durante una diatriba particularmente apasionada, la señora gobernadora había caminado a través de él y salido por el otro lado, y Rikke había reparado en que tenía caliente el ojo izquierdo y el hombre no estaba allí de verdad. O no estaba allí todavía, tal vez.

Cuando vio venir a Calder el Negro, había empezado a considerar el ojo largo como una bendición. En ese momento le parecía una maldición de nuevo.

—No puedo echarme atrás —estaba diciendo Leo, todo huraño y raspado y hermoso—. ¿Cómo iba a quedar?

Su madre lo miró incrédula. Había estado haciéndolo mucho.

—¡Hay cosas más importantes en juego que cómo quedes tú!

El padre de Rikke tomó la palabra, colocándose entre los dos y poniendo una mano apaciguadora en el hombro de Leo.

—Mira, hijo, es una ironía de la vida que, cuanto más viejo te haces y menos años te quedan por delante, más temes perderlos. Cuando eres joven, puede dar la impresión de que eres invencible, pero... —Chasqueó los dedos bajo la nariz de Leo—. Tal que así, te lo pueden arrebatar todo.

—¡Eso ya lo sé! —exclamó Leo—. ¡Pero si fueron tus historias sobre el Sanguinario lo que me interesó por los duelos! Todas sus grandes victorias en el círculo. El destino del Norte pendiendo de un solo...

El padre de Rikke parecía estar horrorizado.

—¡Se suponía que eran para advertirte, chico, no para animarte!

—¿Se os ha ocurrido a alguno de los dos que podría ganar, joder? —Leo apretó iracundo un puño lleno de costras—. ¡Las tropas están agotadas! ¡No va a llegarnos ayuda y Scale Mano de

Hierro tiene a hombres frescos preparados! Esta podría ser nuestra única oportunidad de reconquistar Uffrith. ¡De mantener vivo el Protectorado!

El padre de Rikke se cruzó de brazos, bufó un lento suspiro y miró a la madre de Leo desde debajo de sus pobladas cejas.

—No puede negarse que en eso lleva razón.

—¡Puedo ganar! —Leo se detuvo justo al lado del mensajero real estático, y el gran sello del pergamino que no estaba allí casi le tocó la cara—. ¡Sé que puedo! ¡Rikke lo vio!

El padre de Rikke y la madre de Leo se volvieron a la vez para mirarla. Ella se quedó petrificada, con la boca y los ojos muy abiertos como una ratera atrapada con la mano en un monedero.

Y entonces se le ocurrió que Isern había estado en lo cierto. Lo que veía era una cosa, pero lo que decía era otra y no tenía por qué haber un camino recto entre las dos, sino cualquier clase de laberinto que ella decidiera poner allí. Perdona, Leo, cometí un error. Perdona, Leo, tu madre tiene razón. Perdona, Leo, en realidad el león perdía, y le arrancaban las pelotas y las clavaban en una pica.

Quizá fuese verdad que llevaba las riendas, a fin de cuentas. Quizá siempre las hubiera llevado. Quizá, ya que ella había hecho aquello, podía deshacerlo.

Pero en algún lugar del fondo de su mente, en un rincón oscuro que apenas sabía que tenía, descubrió que quería ver a Leo combatir contra Stour Ocaso. Verlo derramar la sangre de aquel cabrón malvado delante del Norte entero. Llevarse su porción de venganza, por su padre, por los heridos del claro, por los muertos ya devueltos al barro, por toda la mierda que había tenido que sufrir en los fríos bosques.

Podría haber dicho cualquier cosa. Escogió decir la verdad.

—Vi un león y un lobo luchando en un círculo de sangre, y el león ganaba.

La madre de Leo se apretó las sienes con los dedos.

—Entonces, ¿vas a arriesgar tu vida, por no hablar del futuro del Norte, porque esta chica vio animales peleándose mientras tenía un ataque?

—Vio al Clavo salir del bosque antes de que ocurriera —dijo el

padre de Rikke, obligado contra su criterio a defenderla—. Si no fuera por eso, podríamos estar ya todos de vuelta en el barro.

—¡Por el amor de Dios, Rikke! —gritó Finree—. ¡Tú no eres tonta! ¡Dile que esto es una locura!

—Bueno... —Rikke frunció el ceño al oír unos pasos tintineantes fuera, espuelas en un escarpe, y puso los ojos en blanco hacia el techo de la tienda—. Aaah, ahora lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Que da igual lo que opine yo. O vos.

—¿Puedo preguntar por qué?

Rikke desvió la cabeza hacia la entrada de la tienda.

—Por él.

La lona se abrió ondeando y el mensajero real entró pisando fuerte en la tienda. Sacó el pergamino de su morral y avanzó hasta quedar en el punto exacto donde había estado desde el principio, tendiendo el pergamino a Leo con el gran sello colgando.

—Mi señor Brock —dijo—, un mensaje del rey.

Hubo una quietud expectante en la tienda mientras Leo cogía el pergamino y lo desenrollaba muy despacio. Leyó las primeras líneas y alzó la mirada, con los ojos como platos.

—El rey me confirma en el puesto de mi padre como lord gobernador de Angland.

El padre de Rikke dejó escapar el aire despacio. La madre de Leo dio medio paso hacia delante.

—Leo...

—No —dijo él. No fue cortante, pero sí muy firme—. Sé que quieres lo mejor para mí, madre. Te agradezco todo lo que me has enseñado. Pero ahora debo tomar mis propias decisiones. Voy a enfrentarme a Stour Ocaso. Nada que pueda decir nadie me hará cambiar de opinión.

Y dio media vuelta y salió de la tienda.

El mensajero real inclinó la cabeza, un poco avergonzado, hacia lady Finree, y luego siguió al nuevo lord gobernador de Angland, por suerte llevándose con él su fantasma.

El padre de Rikke se frotó la barba de unos días con gesto cansado.

—Bueno, lo hemos intentado.

Dio una palmadita a Rikke en el hombro y salió también.

Lady Finree se quedó allí, mirando hacia la entrada. Unos momentos antes, había ostentado todo el mando. Y un trazo de la pluma del rey la había degradado a madre preocupada de un guerrero.

—Parece que fue ayer cuando le daba de comer, lo vestía y le limpiaba el culo. —Miró a Rikke y se le endureció la voz—. Es un puto imbécil que no sabe nada sobre nada, pero nació con polla, así que ahora puede decidir por todos nosotros.

De pronto pareció mayor, y débil, e indefensa, y Rikke lo lamentó por ella, y lamentó lo que había hecho, pero ya no había forma de deshacerlo. Quizá se pudiera ver el pasado con el ojo largo, pero nunca se podía ir allí.

Alzó tanto los hombros que le hicieron cosquillas en las orejas y luego los dejó caer impotentes.

—¿Puede que gane?

Un arma de necios

—¡Es un puto imbécil! —mascullló Calder, que cruzaba el pueblo con paso enfadado.

—Sí. —Trébol suspiró, siguiéndolo—. Un puto imbécil.

Las enfangadas calles estaban atestadas de guerreros de Scale, hombres armados y furiosos y acostumbrados a no ceder nunca. Pero tardaron poco en hacerse a un lado cuando vieron a Calder el Negro llegar con cara de tormenta.

—Quería a mi esposa, Trébol —gruñó—. La quería más que a mi propia vida.

—Pues... eso es bueno, supongo.

—Esa fue mi gran debilidad.

—Ah.

—La quería, y murió, y lo único que quedó de ella fue nuestro hijo.

—Oh.

Calder siguió dando zancadas hacia el salón del jefe, que el rey de los norteños había convertido en su taberna provisional.

—Así que lo consentí, y lo malcrié, y en las muchas ocasiones en que debería haber dado a ese puto imbécil el sopapo que se merecía, veía la cara de ella en la de mi hijo y no podía hacerlo.

—Igual ya es un poco tarde para darle unos azotes —murmuró Trébol.

—Eso ya lo veremos —dijo Calder, y empujó las puertas del salón para irrumpir furioso.

El rey Scale estaba bebiendo. ¿Qué iba a hacer si no? Bebía, y reía anhelante con las historias de la batalla, que ya estaban inflándose de mentiras como la cerveza aguada. Su sobrino, el poderoso Stour Ocaso, condecorado con unos cuantos cortes y magulladuras nuevos, sonreía al escuchar sus propias hazañas,

incluso más con las falsas que con las verdaderas. Alrededor de aquellos dos héroes, los guerreros jóvenes y viejos gozaban en el soleado resplandor de una victoria que aún no habían alcanzado.

Se quedaron callados mientras Calder llegaba con paso firme, desarmado pero con el rostro tan afilado como una espada desenvainada.

—Fuera. Todos.

Los mamones viejos y jóvenes se erizaron, refunfuñaron, miraron a sus respectivos amos, y Scale infló los carrillos surcados de venas y señaló hacia la puerta. Se levantaron y desfilaron, dedicando a Trébol su porción habitual de desprecio mientras él les devolvía su acostumbrada sonrisa bienhumorada. Tras la actuación se cerraron las puertas y quedaron solo cuatro personas en el salón: el rey Scale Mano de Hierro, su hermano Calder el Negro, el hijo de este, Stour Ocaso... y Trébol.

Menudo grupito.

—¡Mi adorable familia, toda junta! —canturreó Calder con una voz que rebosaba desdén.

Stour tenía un aire de engreído rechazo.

—Padre...

—¡No me vengas con «padre», chico! ¿Tú apruebas esta locura, entonces, Scale?

—Estamos en guerra, hermano. —El rey de los norteños miró tranquilo a Calder bajo sus cejas entrecanas—. Y en la guerra, sí, apruebo que los guerreros luchen.

—¡El problema es cómo luchan y cuándo! ¡Estás poniendo en peligro todo lo que hemos conseguido! ¡Todo nuestro trabajo! —Es decir, todo el trabajo de Calder, ya que Scale no había hecho nada aparte de beber en la retaguardia y Stour nada aparte de pavonearse en el frente—. ¡Tú eres nuestro futuro, Stour! ¡El futuro del Norte! No podemos arriesgarte en...

—¡Dijiste lo mismo cuando me enfrenté al Extraño que Llama! —Stour quitó importancia a su padre como quien aparta una telaraña—. «Es un hombre demasiado peligroso, no podemos arriesgarte, tú eres el futuro de todos nosotros.» —Hizo una imitación gimoteante que, en justicia, tampoco se alejaba mucho del parloteo de Calder

—. ¡Pero lo derroté! ¡Igual que el Sanguinario derrotó a Shama el Cruel cuando todos decían que era imposible! —Y se le infló el pecho y le brillaron los ojos, como un gallo cuando descubre a otro en su patio—. ¡Ese chiquillo de la Unión no es ni la mitad de guerrero que era el Extraño que Llama! ¡Ni la cuarta parte!

—El Joven León, lo llaman, y según mis espías es formidable. ¿Cuántas veces te he dicho que nunca temas a tu enemigo pero siempre lo respetes? Todo duelo es un riesgo, y no tenemos necesidad de apostar. El enemigo está agotado y nosotros tenemos refuerzos frescos. Piedrallana puede rodear por el flanco, y el terreno es...

—Basta de *estrategia*. —Scale arrugó la nariz como si la palabra apestara—. El pasado invierno me dijiste que ganaríamos la guerra en primavera. En primavera me dijiste que sería en verano. En verano, que en otoño. La semana pasada me dijiste que la guerra estaría ganada para hoy. Que habrías superado en inteligencia a esa zorra de la Unión y en batalla al Sabueso. Pues parece que la zorra de la Unión es más inteligente y el Sabueso más batallador de lo que creías. ¿Y si vuelves a errar el juicio, no puedes acabar con ellos antes de que cambie el tiempo y ese holgazán del rey de la Unión despierta y envía ayuda? Entonces, ¿qué?

Calder lo desestimó con un gesto iracundo.

—Si tuviera que llegar ayuda de Midderland, ya la habrían recibido. Aún podemos acabar con ellos antes del invierno.

—No te preocupes —dijo Stour—. Yo puedo acabar con ellos antes de que anochezca mañana. —Y se rio, y Scale rio, y Calder decididamente no, y Trébol los observó, pensando que aquella no era forma de gobernar un reino—. Nueve el Sanguinario nunca se retiró de una pelea, ni Dow el Negro, ni Whirrun de Bligh, ni yo tampoco lo haré.

—Acabas de enumerar una lista de *idiotas muertos* —siseó Calder, a punto de arrancarse los pelos—. ¡Díselo, Trébol, por los muertos, díselo!

Trébol llevaba casi medio año diciendo cosas a Stour sin hacer mella, como quien dispara un carcaj lleno de narcisos a un hombre con armadura de placas. Pero un narciso más tampoco haría daño.

Extendió las manos hacia delante como sosteniendo una bandeja repleta de buenos consejos.

—No hay estupidez mayor que elegir enfrentarte a un hombre peligroso en igualdad de condiciones. Miradme a mí. Lo perdí todo en el círculo.

Stour retorció el labio.

—¿Los huevos también?

—Siguen en su sitio, mi príncipe, aunque un poco arrugados. Pero ahora ya no pienso con ellos.

—Mi sobrino derrotó al Extraño que Llama en el círculo —dijo el rey, y sopló espuma de su cerveza—. Puede derrotar a un imbécil de la Unión.

—¿Quién se llevó tu mano, hermano? —preguntó Calder—. Fue un imbécil de la Unión, creo recordar.

En lugar de enfurecerse, Scale sonrió enseñando los dientes que le faltaban.

—Eres sabio, hermano. Eres astuto, como nuestro padre. Todo lo que tengo se lo debo a tu ingenio, tu crueldad y tu lealtad, eso lo sé. Hay muchas cosas que tú comprendes muchísimo mejor que yo. Pero no eres un guerrero.

El labio de Calder se combó de desprecio.

—¡Llevas veinte años sin luchar contra nadie! Solo quieres verlo pelear para poder revivir tus glorias pasadas. Estás gordo como...

—Sí, estoy gordo como un cerdo, y en declive desde hace veinte años, y me atrevo a decir que soy el hazmerreír de muchos. Pero hay una cosa que olvidas, hermano. —Scale metió el pulgar bajo su cadena dorada y la levantó para que pendiera el gran diamante y destellara con las llamas de la hoguera—. *Yo* soy el hijo mayor de nuestro padre. *Yo* llevo su cadena. ¡*Yo* soy el rey! —Dejó caer la cadena y descargó una palmada en el hombro de Stour—. Yo nombro a Stour no solo mi heredero, sino también mi campeón. Él entrará por mí en el círculo y luchará por Uffrith y toda la tierra entre el Cusk y el Torrente Blanco. Y se acabó.

Stour borró aquella sonrisa de ojos mojados que tenía.

—Quizá deberías dejar que los guerreros hablen, padre. Aún tenemos que elegir arma.

Calder se quedó callado un momento más, con el rostro hecho una máscara rígida.

—Guerreros —susurró, como si fuera el peor insulto que se le ocurría, y luego dio media vuelta y se marchó del salón.

Stour levantó su jarra de cerveza.

—Por los muertos, cuando le da por ahí, puede balar como un puto corderi...

El bofetón que le atizó Scale resonó por todo el salón, derribó la jarra de su mano y la envió dando vueltas por el suelo.

—¡Harías bien en tratar con respeto a tu padre, chico! —gritó el rey, con su enorme dedo pegado a la sorprendida y cada vez más rosada cara de Stour—. ¡Todo lo que tienes se lo debes a él! —Hubo un largo silencio y luego Scale dio un golpecito cariñoso al pomo dorado de la pesada espada que llevaba—. Llámame antiguo, pero yo sigo inclinándome por la espada. ¿Tú qué opinas, Trébol?

—Opino que la espada es un arma de necios.

Stour, que estaba frotándose la cara con las yemas de los dedos y mirando a su tío con ojos entornados, desvió su atención hacia Trébol.

—Tú llevas una.

—Así es. —Trébol dio unos toquecitos con la uña a su propio pomo abollado—. Pero procuro no desenvainarla nunca.

Scale echó al aire las manos, la de hierro y la de carne.

—¡Pero si te ganas la vida enseñando a la gente a usarla!

—Me pagan para aprender. Pero siempre empiezo diciéndoles que no la usen nunca para pelear. Si vas a por alguien con una espada, te verá venir, y si un hombre al que pretendes matar te ve venir es que lo estás haciendo fatal.

—En el círculo no hay donde esconderse. —Stour dio la espalda a Trébol, asqueado—. En el círculo, el otro siempre está preparado.

—Por eso yo me alejaría incluso más del círculo que de la espada —replicó Trébol—. Dinero, tierra, fama, amigos, incluso tu nombre: si los pierdes pero conservas la vida, con tiempo y trabajo duro siempre puedes recuperarlos. —Al fin y al cabo, él había perdido su nombre, ¿verdad? Y conseguido uno nuevo. Aún llegaba a su nariz el dulce olor a tréboles de cuando yacía en el círculo,

esperando el final—. Pero no se puede derrotar a la Gran Niveladora. Ningún hombre regresa del barro.

Stour dio un siseo ofendido.

—Palabras de puto cobarde.

—Un cobarde vivo puede hallar su valor otro día. Un héroe muerto... —A Trébol le gustaba hablar, pero a veces el silencio decía más. Dejó que se extendiera un poco más y luego sonrió—. Aun así, me atrevería a decir que os saldréis con la vuestra, Gran Lobo.

Y siguió los pasos de Calder el Negro fuera del salón.

Esperanzas y odios

—Lo metieron en una caja —dijo Jurand, mirando triste el fuego.

—¿A quién? —preguntó Glaward.

—A Barniva. Para enviarlo a su familia.

Aguablanca hizo una mueca al tocarse un enorme cardenal que se había hecho en la batalla.

—Supongo que es lo que se hace. Con los muertos.

—Lo envolvieron con sal, pero yo creo que olerá para cuando llegue así, porque...

—¿Estás intentando quedarte con su papel de curtido en mil batallas? —restalló Leo, a quien aquella conversación no le estaba gustando nada. No quería pensar en la muerte de Barniva. No quería pensar en la responsabilidad que podía haber tenido en ella —. Tengo un puto duelo que ganar. ¡Mañana a estas horas podrían estar metiéndome a mí en una caja!

—Pero a ti no tendrían que enviarte a ningún lado —dijo Aguablanca, arrugando la frente de perplejidad—. Tu madre está en el campamento.

Leo hizo rechinar los dientes.

—Me refiero a que tengo que concentrarme. Lo de Barniva fue una pena. Era un hombre valiente. Un buen amigo. Siempre te apoyaba cuando lo necesitabas. —Sintió que la voz le flaqueaba un poco—. Si no me hubiera protegido con su escudo... —Quizá seguiría vivo. Todas sus tediosas advertencias sobre los horrores de la guerra empezaban a parecerle palabras sabias. Leo nunca había pensado que las echaría de menos—. Es una lástima que muriera Barniva, pero tendremos que llorarlo más tarde. Ahora mismo, tenemos que hacer que su sacrificio merezca la pena. El suyo, el de Ritter, los de todos los demás... —Volvía a hacerle gallos la voz, maldita sea. Sintió una oleada de furia—. Necesito que todos os

concentréis, joder. Tengo que decidir qué arma llevaré al círculo. Mi vida podría depender de la elección.

Jurand se enderezó.

—Lo siento, es que... —Y volvió a decaer—. En una caja, nada menos.

—Lanza —dijo Antaup—. Tiene alcance, velocidad, sutileza...

—Sutileza. —Aguablanca soltó una risita—. El círculo no es lugar para la sutileza.

Glaward puso los ojos en blanco como si jamás hubiera escuchado tamaña necedad.

—Y cuando Stour Ocaso gane el lado de tu pinchacerdos, ¿qué harás?

—¿Y qué propones tú? —preguntó Antaup con un sofisticado enarcar de ceja—. ¿Un hacha de batalla monstruosa, supongo, más pesada que él, para que pueda dar dos tajos antes de agotarse?

Glaward pareció un poco ofendido.

—También hacen hachas pequeñas.

—La lanza es demasiado engorrosa para el combate singular en un recinto cerrado. —Jin torció el gesto mientras volvía a frotarse la mejilla magullada—. El hacha es sencilla, sólida, buena de cerca.

—Para luchar de cerca, la espada es más versátil. —Antaup se puso a imitar los movimientos—. Estocada, tajo, acometida, golpe de pomo.

Glaward puso los ojos en blanco.

—Siempre estás con el puto golpe de pomo. La espada es demasiado obvia.

—La espada es un clásico.

—Ninguno comprendéis el problema —espetó Leo—. Escoges arma, pero nunca sabes si lucharás tú con ella o se la darás a tu adversario y pelearás tú con lo que haya llevado él. Lo que hace falta es algo que tú puedas usar pero el otro hijo de puta no.

Glaward arrugó las cejas.

—Como por ejemplo...

—¡No lo sé! ¡Por eso os lo pregunto!

—A lo mejor, deberías preguntar a alguien listo. —Jin estaba moviéndose un diente, justo detrás de la magulladura, para

comprobar si estaba suelto—. Como tu madre.

—Ahora mismo no nos llevamos muy bien —dijo Leo, malhumorado—. No le hace demasiada ilusión todo esto del duelo.

Hubo un breve silencio. Antaup y Glaward cruzaron una mirada significativa. Entonces Jurand se echó hacia delante, con expresión abierta y sincera, las llamas reflejadas en los extremos de sus ojos. Leo no podía negar que tenía un efecto en él cuando hacía eso.

—¿No crees que... tal vez... deberías hacerle caso?

—¿En serio? ¿Ahora?

—Bueno, viene a ser la persona que conozco que más sabe de táctica, así que...

—Entonces, ¿no creéis que pueda conseguirlo?

—¡Nadie cree en ti más que yo! —Jurand carraspeó, miró a los otros y echó un poco atrás la espalda—. Más que nosotros, quiero decir. Pero un combate singular... es una apuesta. Podría pasar cualquier cosa. No quiero... no queremos que te... hieran. —La voz le falló en la última palabra y le salió un graznido. Como si no pudiera hacerse a la idea de decir: «maten». Todos sabían que solo podía ser la victoria o la Gran Niveladora.

—¿Sabes usar el látigo? —preguntó Antaup.

Leo lo miró.

—¿En serio?

—Una vez vi a una mujer gurka que quitaba a hombres las espadas con un látigo. En un espectáculo. Los hacía salir del público y... en fin, impresionaba. Le medio quitó el vestido a una chica sin hacerle daño, también. —Sonrió al recordarlo.

—¿Y qué quieres, que desnude a Stour Ocaso con un látigo? —preguntó Leo.

—No, pero es que estaba pensando en algo que él no pudiera usar y...

—Debería daros con el látigo yo a todos vosotros.

Rikke llegó caminando, moviendo el chagga a lo largo del labio inferior con la lengua como siempre y negando despacio con su desgreñada cabeza. Leo se alegró de verla. Se alegró mucho. Rikke siempre lo hacía sentir bien. Tuviera el ojo largo o no, de algún modo, siempre veía a través de las chorradas hasta el corazón de

las cosas. Y ayudaba a que él viera también el corazón de las cosas. Bien sabían los muertos que le hacía falta un poco de claridad.

—Estamos hablando de armas, mujer —refunfuñó Glaward.

—Ya lo he oído, *hombre* —dijo Rikke—, y hablabais con el culo. Lo que llevas al círculo en las manos importa mucho menos que lo que llevas en la cabeza. —Se dio un golpecito en un lado del cráneo —. Dudo que vayáis a ser de mucha ayuda con lo primero, y sin duda sois un puto lastre con lo segundo.

—¿Y cuántos duelos has librado tú? —protestó Jin.

—Los mismos que todos vosotros juntos —respondió ella sin perder comba—. Y ahora, desapareced, que necesito hablar con mi campeón.

Quizá estuvieran acostumbrados a que les diera órdenes la madre de Leo, y Rikke parecía haber tomado prestadas sus dotes de mando. Se levantaron sin rechistar y recogieron sus cosas.

—¡No os vayáis muy lejos! —les gritó ella—. ¡Va a necesitar que sostengáis los escudos!

—¿Qué se te ha metido en el cuerpo? —preguntó Leo.

Rikke se sorbió la nariz con altanería e hizo que se moviera el anillo que llevaba en ella.

—Isern me ha dicho que debería llevar las riendas.

—¿Ahora soy un caballo?

—Sí, y te hace falta espuela.

—Me la suele dar mi madre. —Leo sintió una oleada de nervios al darse cuenta otra vez de que pronto estaría combatiendo a muerte—. Y cuando más la necesito, va y me abandona, joder.

—Valdría para historia triste, pero a mí me parece que ella ve las cosas de otra forma. Está acostumbrada a llevar el mando, Leo, y ahora se siente impotente. Está asustada, creo.

—¿Que ella está asustada? ¡Pero si soy yo quien tiene que luchar contra el Gran Lobo! ¡Debería estar aquí!

—Llevabas semanas lloriqueando porque siempre la tenías encima. ¿Y ahora que sales de su sombra, la echas de menos? Por los muertos, el Joven León no debería necesitar a su madre.

Leo inhaló despacio y soltó el aire por la boca.

—Tienes razón. Llevo toda la vida queriendo pelear en el círculo. —Se agarró la cabeza—. Me cago en la puta, Rikke, ¿por qué narices querría yo luchar en el círculo?

Ella lo cogió por las muñecas y se las bajó.

—Nadie recuerda cómo se ganó el combate, solo quién lo ganó. Pelea duro.

—Lo haré.

—Pelea sucio.

—Lo haré.

—El león derrota al lobo.

—Lo sé.

—No. No lo sabes. —Le cogió la cara con las dos manos—. El león derrota al lobo. Lo he visto.

Sus ojos grandes y claros estaban llenos de certeza, y a Leo le infundieron coraje. Empezó a sentirse más valiente. Empezó a sentirse otra vez él mismo. ¡El Joven León! Ella era justo lo que necesitaba en ese momento. Un manantial de fe en un desierto de duda. Era lo que decían: todo buen hombre necesitaba una buena mujer a su lado. O debajo de él, por lo menos.

—Te amo, joder —dijo. Las cejas de Rikke se dispararon hacia arriba. Casi tan altas como las de él. ¿Por qué había dicho eso? Estaba permitiendo que guiara sus actos la primera emoción que le pasaba por la cabeza, como le recriminaba siempre su madre—. O sea... no me refiero a amar, *amar* —tartamudeó. ¿Y a qué diablos se refería? ¿Cómo se llamaba cuando una mujer era tu amante y también tu amiga? Nunca le había pasado antes—. O puede que sí que me refiera a...

—Pues prométeme una cosa. —Rikke le puso la mano en la nuca y lo atrajo hacia ella hasta que sus narices casi se tocaron—. Prométeme que matarás a ese hijo de puta.

Leo enseñó los dientes.

—Te lo prometo. Matar a ese hijo de puta es el objetivo de todo esto. Por ti. Por tu padre. Por Ritter. Por Barniva. —Sonrió—. La espada de Barniva. Esa es el arma que llevaré.

—Buena elección, supongo.

Leo sintió otra oleada de pena al mirar puente abajo, seguida al

instante por un estremecimiento nervioso.

—Solo espero que a mí me traiga más suerte que a él.

—No necesitas suerte. —Rikke le giró la cara de nuevo hacia ella y lo besó, suave y seria, llena de fe—. Lo he visto.

La gente ya empezaba a congregarse en el lugar acordado. Parecía que los ríos de sangre derramados el día anterior solo habían servido para acentuarles la sed de más. Haber perdido un duelo él mismo había hecho menguar mucho la afición de Trébol por aquel asunto, pero le habían pedido que sostuviera un escudo para el heredero del Norte, y hacerlo se consideraba todo un honor. Le había parecido prudente por lo menos llegar con tiempo.

Habían cortado una zona de hierba hasta las raíces, no muy lejos de donde el combate había sido más reñido, y el círculo de seis buenos pasos de diámetro estaba marcado con estacas y cuerda. Los carpinteros habían improvisado unos asientos en tarimas, para que la gente importante pudiera ver bien cómo se decidían los futuros de todos. Para que Calder el Negro y Scale Mano de Hierro, y el Sabueso y lady Brock no se perdieran ni una sola gota de sangre derramada. Sería una pena que cayera al suelo inadvertida, claro.

Hacía buen tiempo para un duelo. El azul se desleía en el horizonte a medida que el sol se hundía cansado hacia las colinas. Una gran uve de gansos parpaba de camino al sur, muy altos, indiferentes a los asuntos de los hombres. Indiferentes a quién ganaba y quién perdía, quién vivía y quién moría. Era bueno saber que los gansos seguirían volando pasara lo que pasara, aunque con toda probabilidad supondría poco consuelo para el héroe que terminase con una espada metida en el culo.

Se suponía que los hombres que sostenían los escudos en torno al círculo, para asegurarse de que nadie lo abandonara hasta haber zanjado la contienda, eran los guerreros más feroces que pudieran hallar los dos bandos y, para ser justos, los más jóvenes estaban lanzando miradas belicosas a través de la hierba recortada. Los más mayores ya habían visto todo aquello antes, sin embargo, y se

reservaban los rugidos para cuando sirvieran de algo. Pese a combatir en bandos opuestos, algunos Mejores Guerreros de Scale y del Sabueso estaban charlando como viejos amigos. Trébol conocía casi todos los nombres. Sombrero Rojo y Oxel, Piedrallana y Brodd el Silencioso, Lemun el Entizado de allá arriba, cerca de Yaws, y Gregun Cabezahueca de los Valles Occidentales. Y también el Clavo, con su pelo blanquecino todo hacia arriba como una flor de cardo, envuelto en vendajes sanguinolentos por la lucha de la víspera.

En cierto modo, era raro ver a hombres que unas horas antes habían estado empeñados en matarse unos a otros relacionarse entre ellos tan contentos, nivelando y soplando y puliendo los brocales de sus escudos, reflexionando sobre combates del pasado, el combate más reciente y el combate que estaba por llegar. Pero en fin, los guerreros de bandos distintos siempre habían tenido más en común entre ellos que con cualquier otro.

—La más solitaria de las profesiones —murmuró Trébol casi para sus adentros. Tal vez los pastores no hicieran muchos amigos, pero al menos tampoco solían ordenarles que mataran a los que tenían.

—Jonas el Escarpado.

Trébol se volvió con brusquedad hacia la voz susurrante, asustado y también extrañamente emocionado al oír mencionar ese nombre. A su lado había un hombre enorme con un escudo abollado en el brazo, de pelo gris que se revolvía al viento en torno a una cara con barba gris de unos días, con una cicatriz que dejaba la de Trébol a la altura del betún. Y en medio de aquella cicatriz, una brillante bola de metal muerto donde debería haber estado el ojo.

—Pero si es Caul Escalofríos. Ya no me llaman el Escarpado. Aprendí que los nombres grandiosos y duros hacen que los hombres quieran liarse a espadazos contigo para poder cortarte un trozo de él.

Escalofríos dio la clase de asentimiento hastiado que nacía de la dura experiencia.

—El mundo está lleno de idiotas ansiosos, ya lo creo que sí.

—No hay necesidad de que yo incremente su número. Ahora soy

solo Trébol.

—Había tréboles en aquel círculo, ¿verdad? En el que luchaste.

—Los había. Ahora, siempre que los huelo, recuerdo lo que se siente con la derrota.

Escalofríos repitió aquel asentimiento hastiado, con la mirada perdida hacia las colinas.

—Deberíamos hablar tú y yo alguna vez. De un caballo de guerra viejo y herido a otro.

—Tú serás un caballo de guerra, Escalofríos. Yo soy más un cuervo que revolotea picando los restos.

—No es que no me guste tu interpretación; es muy buena. —Escalofríos miró un momento a Sendaverde, que merodeaba por ahí como si fuese a enfrentarse él al Joven León y además estuviera seguro de ganar—. Y no dudo que tienes a un montón de idiotas ansiosos tomándote por un payaso. —Se acercó para susurrar. O quizá para susurrar con la voz incluso más rasposa—. Pero los dos sabemos lo que eres.

Trébol había oído decir que Caul Escalofríos podía ver los pensamientos con aquel ojo de metal. Gilipolleces, por supuesto. Pero con el otro ojo había visto muchas cosas. Más que la mayoría de los hombres. Quizá el suyo fuese el nombre más duro de todo el Norte que todavía proyectaba sombra. No necesitaba ningún ojo mágico para adivinar con cierto tino.

Trébol respiró.

—Ya, bueno, hay que jugar con las cartas que te reparten.

—Algunos lo hacemos. Otros matamos a los hombres que tienen mejores cartas y jugamos con las suyas. ¿Qué tal es ese Stour Ocaso como luchador?

—Yo no querría enfrentarme a él.

—Todo hombre razonable hace lo posible para evitar cualquier enfrentamiento.

—Cualquiera que sea justo.

Hicieron una pausa para ver cómo se amontonaba la gente, en el bando de la Unión y en el del Norte. Guerreros, siervos, mujeres, más y más de ellos hasta que solo se veía una multitud parloteante en todas las direcciones.

—¿Qué tal es como hombre? —preguntó Escalofríos.

—Viene a ser lo que podrías esperar de alguien a quien llaman el Gran Lobo. Desde luego, no mejor que eso. ¿Qué tal es Brock?

Escalofríos se encogió de hombros.

—Viene a ser lo que podrías esperar de alguien a quien llaman el Joven León. Desde luego, no peor que eso.

—Vaya. Pues ya que tenemos todas las respuestas, a veces me pregunto por qué seguimos a esos cabronazos.

El ruido creció, ovaciones en un bando y refunfuños en el otro, y los hijos de Bethod se abrieron paso entre el gentío, un par de hermanos tan dispares como jamás se habían visto. Scale Mano de Hierro, enorme y carnoso y reluciente de oro, todo sonrisas. Calder el Negro, escuálido como una lanza y ceñudo como el trueno.

—Oigo hablar mucho de lealtad —dijo Escalofríos mientras los hombres que habían gobernado el Norte durante casi veinte años ocupaban sus asientos elevados sobre el círculo.

Trébol bufó.

—Dado que entre los dos habremos tenido una docena de amos muertos, y que ambos tuvimos nuestro papel en más de un derrocamiento, no me avergüenza decir que la lealtad está sobrevalorada.

—Ayuda tener a alguien digno de serle leal.

Las ovaciones y los refunfuños se invirtieron cuando un hombre viejo y delgado, con el pelo largo y el rostro puntiagudo, subió envarado a los asientos de enfrente.

—¿Es el Sabueso? —Parecía gris. Rostro gris y pelo gris, como si le hubieran aspirado la vida dejando un seco caparazón que podría llevarse por los aires una ráfaga repentina—. Parece que ya han pasado sus mejores años.

Escalofríos desvió un ojo perezoso hacia Scale y de vuelta. Sabía cómo decir mucho con pocas palabras.

—Por lo menos, los tuvo.

—Sí. —Trébol dejó escapar un suspiro cansado—. Respeto mucho al Sabueso, dentro de lo que cabe. Es el único hombre al que he visto obtener alguna medida de poder en el Norte y mantenerse medio decente. Lo demás, Bethod, Nueve el

Sanguinario, Dow el Negro, Calder el Negro, en fin... entre tú y yo... —Trébol se rascó un poco la cicatriz y bajó mucho la voz—. Ha sido como una competición a ver quién era más capullo, ¿no te parece?

Escalofríos asintió despacio.

—Una auténtica procesión de gilipollas.

—Pero, claro, los gilipollas tienden a ganar, ¿verdad? Tal vez seré débil; aun así, prefiero estar en el bando ganador, aunque los perdedores huelan mejor.

—Deberías conocer a su hija.

—¿La de quién, del Sabueso?

—Sí. Rikke. No prometo nada sobre su aroma, pero merece la pena hablar con ella.

Movió el mentón hacia el estrado, al que estaba subiendo por detrás una chica, toda huesos, para embutirse entre el Sabueso y una mujer de la Unión pálida y dura que Trébol supuso que sería la antigua señora gobernadora de Angland.

La chica se apartó de la cara su maraña de pelo castaño rojizo, reveló sus grandes ojos grises y a Trébol no le quedó la menor duda de que era ella. La que había llegado a trompicones montaña abajo y había caído a sus pies. La que había dejado que huyera al bosque.

—Nos conocimos de pasada. Me pareció así como poquita cosa.

—Entonces, la juzgaste mal.

Sin duda estaba de buen ver, pero también se la veía más que un poco enloquecida, salvaje e inquieta, con una cruz pintada sobre un ojo, un grueso anillo de oro a través de la nariz y un revoltijo de cadenas tintineantes alrededor del cuello, como si estuviera aprendiendo a ser una hechicera montañesa pero aún no hubiera llegado a los sortilegios.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—¿Te parezco un hombre dado a los ensueños?

Trébol miró de arriba abajo a Escalofríos en un momento.

—De los menos dados que siguen con vida. Y ya hace tiempo que se me curó la falsa creencia de que siempre tengo razón en todo.

—Cuanto más sabio es un hombre, más dispuesto está a que lo

instruyan.

Se entrevió una pequeña curva en las comisuras de los labios de Escalofríos mientras miraba cómo Rikke gesticulaba con las manos. Un atisbo de orgullo, tal vez. El mayor sentimiento que había mostrado en toda la conversación. Alguien capaz de extraer algún calor de aquel bloque de piedra con forma de cara era alguien que merecía la pena observar, supuso Trébol.

En torno al borde del círculo, los portadores de escudos empezaban a formar empujados por la gente de detrás, que buscaba el mejor ángulo para ver la carnicería.

—Dímelo cuando quieras tener esa charla, pues, Escalofríos, viejo cabrón. —Trébol levantó su escudo y se encaminó hacia su posición—. Mis oídos siempre están abiertos a una forma mejor de hacer las cosas.

Rikke había esperado que el odio se derritiera cuando por fin viese el rostro de Stour Ocaso, porque el odio que sentía por él empezaba a suponerle toda una carga. Lo miraría a los ojos y vería que no era el monstruo que había explicado con voz quejumbrosa sus esperanzas para el horrible asesinato de Rikke, que había incendiado el jardín de su padre y matado a buenas personas que ella conocía, sino solo un hombre con sus amores y sus miedos como cualquier otro, y entonces su odio se derretiría.

Como solía ocurrir con las esperanzas, y con los odios, no resultó ser del todo así.

El rey en ciernes entró pavoneándose en el círculo entre los feroces vítores, las alabanzas y las palmadas en la espalda de su bando, y se quedó allí con la misma sonrisita de ojos húmedos que pondría un invitado a una boda que se había cepillado a la novia la noche anterior.

—¿Ese es Ocaso? —musitó Finree dan Brock, pálida y rígida al lado de Rikke, y a todas luces intentando cubrir su desdicha con una cara valiente.

—Ese es.

Rikke entornó los ojos, deseando poder ver su mente. Ver alguna

pista de lo que iba a hacer. Ver alguna debilidad que Leo pudiera aprovechar. Ver venir su muerte.

Pero no se podía obligar al ojo largo a abrirse, y lo único que vio fue aquella puta sonrisita enervante, como si fuese él quien pudiera ver el futuro y el suyo no contuviera nada más que victorias. Stour miró hacia ella, la sonrisa de lobo creció un diente por cada lado y se acercó con paso tranquilo hacia su lado del círculo.

—¿Eres Rikke? —llamó, tomándose su tiempo para mirarla de arriba abajo con aquellos ojos llorosos, la boca abierta enseñando la lengua—. Eres más hermosa de lo que había esperado.

Ella le devolvió la misma clase de mirada, pero con la boca torcida por el desprecio.

—Tú eres más o menos tan feo como había esperado.

—Dicen que puedes ver lo que está por venir. ¿Te has visto ya chupándome la polla?

Risas lascivas al oírlo, y Rikke apretó los puños.

—Solo a ti perdiendo en el círculo.

Su sonrisa solo hizo que ensancharse.

—Sé que estás mintiendo en eso. Puede que también mientas sobre lo otro.

Y le lanzó un guiño ladino mientras le daba la espalda. Le había guiñado el ojo, el muy hijo de puta, y Rikke sintió que el odio bullía más ardiente que nunca.

—¡No te preocupes por eso! —chilló, levantándose de un salto y haciendo ademán de clavarle un dedo—. ¡Cuando Leo te haya partido en dos, podrás chupártela tú solito!

Por lo menos provocó algunas risotadas en su propio bando, y algunas miradas muy feas en los portadores de escudo de Stour. Reconoció al Clavo entre ellos, mirándola directamente con las cejas pálidas arrugadas en profundo pensamiento, y Rikke hizo un tubo con la lengua y le escupió saliva, y él sonrió e hizo una leve reverencia.

—Tranquila —murmuró su padre, tirando de su codo para sentarla—. Solo los idiotas y los cobardes recurren a las palabras gruesas. Puede que Stour sea lo uno y lo otro, pero tú desde luego no eres ninguna de las dos cosas.

—Guiñapo guiñoso —gruñó ella—. Veré a ese cabrón follado por un cerdo. Lo veré colgado con zarzas de un árbol y le cortaré la cruz de sangre. Enviaré sus tripas a su padre en una caja. Con hierbas. Para que no las huelan hasta que abran la caja.

Vio que su padre la estaba mirando con bastante preocupación.

—¿Qué pasa? —refunfuñó, encorvando los hombros—. ¿No me creías capaz de odiar a un hombre?

—Lo único que digo es que tengas cuidado. Si odias tanto a un hombre, le concedes poder sobre ti.

—Puede. Pero ese poder volverá al barro con él. —Su voz sonó dura a sus propios oídos—. La Gran Niveladora anula todas las deudas.

Los abucheos y las pullas de su lado del círculo se convirtieron en cerrada ovación cuando Leo llegó entre la multitud seguido de sus amigos.

Su padre se inclinó hacia ella.

—¿También eres capaz de amar a un hombre? —Rikke lo miró, cogida por sorpresa—. Soy viejo, Rikke, no ciego.

Leo se encogió cuando la muralla de escudos se cerró con estruendo a su espalda, como podría hacer un preso al girar la llave el carcelero. Había dicho que la amaba. No era que Rikke pensara que mentía. Era solo que dudaba que Leo hubiera amado alguna vez a alguien más que a sí mismo.

—Hay cosas que amo en él. —Los mejores abdominales que había visto en la vida, por ejemplo—. Hay cosas que no. —La cabeza más inflada que había visto en la vida, por ejemplo.

—Puedes odiar cosas de una persona y aun así amarla. No es fácil ver a alguien a quien amas entrar en el círculo.

Rikke apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en las palmas.

—Ayuda si odias más al otro hijo de puta.

El ruido empezó a remitir cuando Isern-i-Phail entró en la hierba cortada, masticando despacio, con su alta lanza en la mano. Cuando solo quedó un nervioso silencio, se encajó el chagga bajo el labio con la lengua.

—¡Soy Isern-i-Phail! Mi padre, Crummock-i-Phail, arbitró el

combate entre Fenris el Temible y Nueve el Sanguinario. Era bien conocido como un auténtico cabronazo. —Algunas risas y aullidos de asentimiento—. ¡Pero era bien conocido! Y como montañés, era lo más parecido a una parte neutral que nadie podía encontrar. Yo soy tan bien conocida como él. —Y levantó la barbilla y se señaló a sí misma—. Pero yo, por mi incisivo ingenio y mi inolvidable belleza. —Más risas—. Parece que, como montañesa, ha recaído en mí la responsabilidad de arbitrar este lance. —Sonrió a Stour—. Aunque debo declarar desde el principio que odio a este capullo de aquí, y aún podría dejarme convencer de matarlo yo misma.

La risa solo puso más nerviosa a Rikke.

—Tengo que admirar tu sinceridad —dijo Stour.

—Me importa la polla de una polilla lo que tú admires, pero arbitrar un duelo es un deber sagrado y tal y puto cual, así que podéis confiar en que arbitraré este con justicia, desde luego.

—No me preocupa —replicó Stour—. Cuando me alce sobre su cadáver, no hará falta mucho arbitraje. Tú di que empecemos. Yo me ocupo de lo demás.

—¡Eh, eh, chaval! —gritó Isern—. La luna aprecia que las cosas se hagan en su debido orden, y aún nos faltan las presentaciones, lo que está en juego y la elección de armas. Tranquilo, que no perderé más tiempo inflando vuestros abotargados nombres del que sea necesario. Aquí a mi... —Pensó un momento, frunció el ceño mirando a Leo, luego a sus manos, luego al cielo, y entonces chasqueó los dedos—. ¡Izquierda! A mi izquierda tenemos a Leo dan Brock, hijo de Finree dan Brock, recién nombrado lord gobernador de Angland, a quien los hombres llaman el Joven León por su juventud y su heroica opinión de sí mismo. Si es tan diestro como hermoso, presenciaremos todo un combate. —Señaló con la lanza a Stour—. Lo cual significa que este tipo debe de estar a mi derecha y se llama Stour Ocaso, ¿sabéis?, hijo de Calder el Negro y heredero de la cadena de Bethod, a quien los hombres llaman el Gran Lobo por... vete a saber, porque tendrá el culo más peludo de todo el Norte, a lo mejor. Derrotó al Extraño que Llama en el círculo, pero todos sabemos que el hombre ya estaba en plena decadencia. ¿Basta con eso?

Leo no dijo nada: tenía los ojos fijos en Stour como si estuvieran solos en el círculo.

Stour se encogió de hombros, sin dejar de sonreír.

—Basta con eso.

—Cabrón, cabrón, puto cabrón —siseó Rikke entre labios apretados. Estaba mordiendo la bolita de chagga con tanta fuerza que le dolía toda la cara, urgiendo a sus tripas a tener arcadas, a su ojo a calentarse, a algún fantasma del futuro a mostrarse. Pero no llegó nada.

—¡Vamos con el siguiente asunto! —exclamó Isern—. ¿Por qué van a matarse entre ellos estos dos idiotas? Sobre todo es una cuestión de orgullo varonil, como debe ser en un duelo, pero también está la rica y oscura tierra del Norte. El vencedor se quedará con la parte de ella que los hombres llaman el Protectorado, que se extiende desde el Torrente Blanco hasta el Cusk e incluye la ciudad de Uffrith. Si gana Stour Ocaso, pertenecerá al rey Scale. Si gana Leo dan Brock, seguirá en poder del Sabueso en el amoroso abrazo de la Unión. ¿Todo el mundo está satisfecho con estas condiciones?

Hubo silencio. Nadie en el bando de Rikke parecía demasiado satisfecho con nada.

—¿Sabueso, jefe de Uffrith? —preguntó Isern.

—Sí —dijo el padre de Rikke, apagado.

—¿Brock, lord gobernador de Angland?

—Sí —ladró Leo.

—¿Scale Mano de Hierro, rey de los norteños?

—Sí —atronó Scale, y le temblaron los carrillos caídos al contener un eructo, como si aquel fuese el tercer duelo que veía esa mañana—. Vamos a ello, mujer.

—Pues eso haremos, colina de manteca. —Isern dio con la contera de su lanza contra el suelo e hizo chasquear los dedos en dirección a Escalofríos—. Préstame tu escudo, guapo. —Escalofríos miró hacia atrás como si creyera que Isern pudiera estar hablando con otra persona y luego se lo lanzó. Isern lo atrapó en el aire y lo apoyó en el suelo—. ¿Brazales o pintura, Brock? —Aunque el escudo de Escalofríos estaba tan maltratado que solo quedaban

unos pocos y tozudos copos de pintura en él.

—Pintura —dijo Leo.

Isern arrojó el escudo dando vueltas por los aires y los hombres empezaron a gritar y abuchear y aullar, y Rikke vio que a su lado lady Finree daba una especie de respingo y se tapaba los ojos con las manos.

—Ganará —dijo Rikke.

—¿Cómo puedes saberlo?

Rikke le cogió la mano fría y sin fuerza y se la apretó.

—Ganará —repitió, haciéndolo sonar como un hecho seguro, aunque su propia cabeza estaba a punto de reventar por las dudas.

Quizá hubiera podido convencer a Leo de que no lo hiciera. Pero ya era demasiado tarde.

El escudo cayó con un repiqueteo.

—Brazales hacia abajo —dijo Isern—. Tú eliges, Gran Lobo.

Stour miró a Rikke a los ojos y se encogió de hombros, más despreocupado que nunca, como si la idea de perder ni se le hubiera ocurrido.

—Que elija él.

—Tú eliges, Joven León.

Leo negó con la cabeza.

—Que elija él.

—¡Cómo sois los hombres! —Isern puso los ojos en blanco—. Nunca podéis comprometeros. Pues hala, lucharéis con lo que habéis traído. —Lanzó el escudo de vuelta a Escalofríos, recogió su lanza del suelo y señaló a los hombres del círculo, a sus escudos ya todos encarados hacia dentro, los brocales rechinando al ensamblarse juntos formando una muralla—. Y vosotros, mantened a estos dos aquí dentro hasta que esto se resuelva. Y ninguna intromisión que no sea razonable. —Escupió jugo de chagga, se secó la barbilla y asintió, como si todo estuviera dispuesto a su entera satisfacción—. Vamos a ello.

Donde se labran los nombres

Leo había oído decir a alguien que la mejor defensa era un buen ataque. No recordaba a quién, pero se le antojaba una filosofía valiente. Palabras por las que vivir. Por tanto, su plan era ser un remolino. No dejar a Stour aliento, ni espacio, ni ocasión de pensar. Leo abrumaría a ese mamón sonriente, lo devolvería al barro y esperaría los banquetes en su honor y las canciones sobre su arrojo.

Pero los planes solían derrumbarse cuando se blandían espadas contra ellos, y el de Leo no duró más que el tiempo que Isern-i-Phail tardó en chillar:

—¡Luchad!

Stour acometió contra él con una velocidad tan sorprendente que Leo tuvo que convertir su ataque inicial en una parada burda, obligado a cambiar el peso al pie trasero por un tajo avasallador que sacudió la espada de Barniva en su mano.

Un atisbo de la sonrisa de Stour y un destello de brillante acero y Leo tuvo que retroceder de nuevo, bloqueando, esquivando, bloqueando, el veloz raspar y golpear de sus hojas casi perdido en el rugido sanguinario de la multitud. Se agachó y esquivó a duras penas un tajo feroz que podría haberlo decapitado, pero Stour no le dejó una torpe pasada de arco sobre la que actuar, sino que se apartó con desdén del contraataque de Leo y presionó de nuevo.

Por lo visto, Stour también había oído aquello del ataque y la defensa. Solo que a él se le daba mejor.

—¡Mátalo! —chilló Antaup.

—¡Vamos! —gritó Jurand.

—¡Leo! —rugió Glaward, agitando su escudo.

Pero Stour ya estaba otra vez encima de él, y lanzó tres tajos tan rápidos que Leo apenas pudo esquivar los dos primeros por puro

instinto. Reculó ante el tercero, meneando su espada en un débil intento de apartar a su adversario. Stour era el remolino. Leo era la hojita que hacía volar por todo el círculo.

Qué velocidad tenía. Empuñaba una espada pesada norteña, de hoja ancha, guarnición sólida y enorme pomo dorado, pero la manejaba con tanta agilidad que parecía un estoque estirio. Casi sin pasarse de arco. Casi sin tiempo de recuperación. Sus intenciones disimuladas con maestría.

Aparte de Bremer dan Gorst, firme candidato a ser considerado el mejor espadachín de su época, Leo nunca había visto a nadie manejar una hoja con tanta habilidad y tanto salvajismo. Sintió que la duda reptaba fría trepándole por la columna vertebral. Estaba acostumbrado a arrebujarse en una manta de autoconfianza, y la gelidez que lo embargó al serle arrancada le resultó mucho más impactante por desconocida.

Pero Leo había oído decir a alguien que había muchas formas de cascar un huevo. Al oírlo no había estado muy seguro de qué significaba, pero se le antojaba una filosofía práctica. Palabras por las que vivir. Stour tendría la velocidad, pero Leo tenía la fuerza. Tenía que esperar una abertura, acorralar al muy mamón y machacarlo como una nuez en un yunque.

El siguiente ataque de Stour fue rápido y letal, pero Leo estaba preparado. Giró su espada, lo apartó con fuerza, presionó en vez de retirarse y captó una satisfactoria expresión de sorpresa en la cara de Stour. Descargó un tajo tras otro, golpes a los que conferían peso el miedo y la frustración, que hicieron temblar la espada en la mano de Ocaso.

El acero rechinó cuando Stour atrapó la hoja de Leo con la suya y la contuvo con el tercio fuerte, de forma que el filo de Leo casi le rozó la punta de la nariz. Rugieron en la cara del otro, haciendo chirriar los gavilanes, sus nudillos casi rozándose, cambiando de postura en un envite para obtener una brizna de ventaja, trabados en un furioso y atorado forcejeo mientras el público emprendía un estrepitoso e inarticulado clamor en el que los ánimos apenas se distinguían de los insultos.

La breve sensación de triunfo se apagó mientras Leo, muy poco

a poco, notaba que iba perdiendo el desafío. Enseñó los dientes, gruñó, escupió, pero Stour lo obligó a retroceder, más y más, hasta que al final Leo perdió el equilibrio y tuvo que apartarse tropezando, que separar la espada con un siseo. Ahogó un grito cuando la hoja de Stour llegó sibilante, esquivó desesperado, resbaló y casi cayó y retrocedió para ganar un poco de espacio, jadeando.

La multitud del bando norteño bramó su aprobación. La multitud del bando de la Unión murmuró su decepción. El Gran Lobo hizo una vistosa floritura con la espada y sonrió. Era evidente que los dos estaban llegando a la misma conclusión.

Stour era mejor espadachín.

Aun así, Leo había oído decir a alguien que siempre había un camino. En el momento había tenido sus dudas, pero allí, en el círculo, se le antojó una filosofía esperanzadora. ¿Palabras por las que vivir? Si no podía derrotar al Gran Lobo con la velocidad ni con la fuerza, tendría que aguantar más que él. Agotarlo con una defensa empedernida, una hosca determinación, una tozuda resistencia. Leo sería el árbol de raíces profundas que el huracán no podía mover. Tenía que desgastar a aquel mamón.

Stour se abalanzó sobre él, pero descentrado. A Leo le resultó fácil salir del ataque y por fin percibió una abertura. Pero justo cuando intentaba aprovecharla, Stour bajó el hombro y cruzó la espada como un látigo. Leo dio un respingo al sentir el viento de la hoja en la cara. Respondió con un tajo propio, pero el Gran Lobo ya se alejaba danzando y sonriendo, siempre sonriendo.

La muchedumbre rugió. Por un momento, Leo creyó que era por él. Entonces notó que le cosquilleaba algo en la mejilla. La punta de Stour le había raspado la cara, tan rápida y tan afilada que ni lo había notado. Lo que vitoreaba la gente era la sangre. Su sangre.

Mientras Leo retrocedía, el corte empezó a picarle y luego a dolerle. Se preguntó si le dejaría mucha cicatriz. Se preguntó si sería una herida de las que otorgaban la condición de Mejor Guerrero, de las que ponían nombre. Pero mientras esa fría duda le subía hasta la garganta, cayó en la cuenta de que para eso tenía que sobrevivir al duelo. Los muertos no recibían nombres.

La sonrisa de Stour se hizo un diente más ancha. Un diente más

cruel.

—Voy a desangrarte, chico —dijo.

Trébol se echó atrás de golpe cuando la punta de la espada de Brock, pasada de arco, brilló a medio palmo de su nariz. Stour avanzó, todo grito y furia, estocada, otra estocada. Brock aspiró aire al saltar hacia atrás, apartando tanto la espada de Stour que hizo una nueva muesca en el escudo contiguo al de Trébol.

Por los muertos, qué escandalera. El rechinar del acero, los gruñidos de los combatientes, la monstruosa furia del público.

Por los muertos, qué presión. Los portadores de escudos en tensión, los bordes raspando contra el suyo al cambiar de postura, los hombros apretándole los suyos al empujar, el anillo de escudos torciéndose cuando los luchadores danzaban cerca, las botas aplastando la tierra cuando los hombres contenían a los espectadores que tenían detrás, que empujaban siempre hacia dentro cada vez que veían sangre.

Trébol se dijo que odiaba aquella pelea de necios, observada por más necios. Un brutal desperdicio de al menos una vida que apelaba a todo lo peor de los hombres. Pero en alguna parte muy escondida de él, también le encantaba. Se emocionaba con el afilado metal blandido y la cálida sangre derramada. Era un pedacito de Jonas el Escarpado, que tenía clavado como una astilla que nunca podía arrancarse del todo.

No había muchas cosas en el mundo que hicieran latir el corazón con más fuerza que ver a dos hombres combatir a muerte. Solo ser uno de ellos. Sintió una vergonzosa oleada de emoción cuando Stour embistió de nuevo. Sintió la sonrisa ansiosa en sus propios labios cuando Brock paró el golpe y retrocedió. No cabía duda de que era buen espadachín. Pero Stour estaba haciendo que quedara como uno del montón. Más y más a cada momento que pasaba. Utilizaba aquella espada enorme con la misma destreza que una costurera su aguja, todo muñeca y giro y un dominio que parecía casi innato.

Otra ráfaga de golpes, altos y bajos, punta y filo. Brock cambió

de postura y bloqueó, pero Stour le acertó el último tajo al salir como una exhalación de la distancia próxima. Un corte en el brazo izquierdo que envió unas gotas de sangre al público. Con toda probabilidad, habría podido dejar colgando el brazo de Brock, pero Stour no se había convertido en el Gran Lobo dejando pasar las ocasiones de lucirse, y sonrió enseñando el filo rojo de su espada a la multitud. No solo era un espadachín de primera, sino también un fanfarrón de primera. Las dos cosas solían darse juntas con deprimente frecuencia.

Brock apretó los dientes, con la mejilla roja por el corte en la cara, y acometió con terquedad. Su coraje era irreprochable, pero el coraje no es la virtud más valiosa en un guerrero, digan lo que digan las canciones. Es la crueldad, el salvajismo y la velocidad del ataque lo que gana los combates; justo las cualidades en las que Stour sobresalía. El Gran Lobo atacó de nuevo, riendo mientras trazaba grandes círculos con su espada roja y enviaba a Brock trastabillando contra la muralla de escudos.

Trébol recibió al Joven León con el suyo después de un tropezón, lo dejó ceder un ápice como un buen colchón de plumas y luego le dio un leve impulso de vuelta hacia arriba para que pudiera esquivar, detener un golpe de Stour y desviarlo lejos con un chirrido metálico.

Dudaba mucho que su acto fuese a cambiar en algo el resultado. Parecía un día aciago para la Unión. Un día aciago para Leo dan Brock y todo quien le amara. Lo cual debería haber sido algo bueno para Jonas Trébol. Militaba en el bando opuesto, al fin y al cabo, y se suponía que ganar sabía a gloria a los guerreros.

Era solo que a veces desearía tener los arrestos para elegir el bando correcto, aunque fuera el perdedor.

Alguien se había puesto a tocar un tambor, lento y pesado. Rikke podría haber estrangulado al muy cabrón.

Por los muertos, qué tensión. El dolor persistente en su garganta, cada vez peor a medida que los dos daban vueltas, vigilantes, retorciéndose como perros tras un rastro, olisqueando en

busca de una abertura. La boca irritada de Rikke le sabía a vómito y miedo mientras los hombres de los escudos gritaban, daban patadas al suelo, bramaban su odio y sus ánimos.

Por los muertos, qué impotencia. Quería chillar. Quería dar un puñetazo a algo. Quería arrancarse el anillo de la nariz. Nadie, por muy optimista que fuese, podría haber dudado que a Leo iban a matarlo allí dentro, y no había nada que Rikke pudiera hacer.

Casi todos los presentes se lo estaban tomando como un día festivo. Había niños subidos a un árbol, mirando con los ojos muy abiertos. Scale, ese capullo enorme y gordo que tenían como rey, estaba riéndose, empinando el codo con su cáliz en la mano, riendo de nuevo. El enorme y gordo monte de gelatina.

—¿Cómo pueden reír? —susurró Finree.

—Porque no son quienes se enfrentan a la Gran Niveladora —dijo el padre de Rikke, su rostro tallado en piedra gris.

Lo único peor que el miedo a que los luchadores se encontraran era el terror cuando lo hacían, impactante como un relámpago cada vez, Rikke encogiéndose a cada movimiento, crispando el culo a cada destello de acero. Se aferró al banco como si fuese la silla de un caballo al que intentara domar, se aferró a la fría mano de Finree con la suya caliente haciendo tanta fuerza que le dolió la muñeca.

Sabía que con un solo movimiento de espada podía perder a su amante, su hogar, su futuro. La gente podía ser durísima, sobrevivir a hambres, fríos y decepciones exageradas, encajar palizas increíbles y salir más fuerte de todo ello. Pero la gente también podía ser muy frágil. Un pedazo de metal afilado era lo único que hacía falta para convertir a un hombre en barro. Un pequeño golpe de mala suerte. Un susurro desatinado.

¿Era ella quien había hecho aquello? ¿Era ella quien había hecho que ocurriera?

Ahogó un grito cuando Ocaso avanzó y cambió de dirección en un abrir y cerrar de ojos. El acero tañó, una vez, dos, y Leo contraatacó, pero fue demasiado lento y Stour rodeó la trayectoria de la espada, hizo un corte en la pierna de Leo y lo dejó trastabillando.

—No.

Una especie de escalofrío invadió a Finree y Rikke le cogió la mano con más fuerza que nunca. Intentó ser fuerte por las dos, aunque ni por asomo le llegaba la fuerza a la mitad de la que necesitaba ella misma. Intentó enseñar los dientes, y concentrarse en la sonrisita de Stour, y convertir el miedo y el remordimiento que estaba tragándose en furia. Intentó hacer de esa furia algo que pudiera utilizar.

No se podía obligar al ojo largo a abrirse, igual que no se podía ordenar a la marea que subiera. Pero ¿qué daño podía hacer intentarlo?

Plantó los puños en sus rodillas y se echó hacia delante. Se negó a parpadear. Miró iracunda la hierba como si pudiera fulminarla y ver lo que estaba por venir. Intentó forzar el calor en su ojo.

Era posible que viera lo que quería ver. Bien sabían los muertos que eso había pasado mucho en los últimos días. Pero por un fugaz instante, le pareció ver fantasmas allí, en el círculo. Eran tenues y titilantes. Atisbos de siluetas. Stour y Leo, y sus espadas, deshechos como telarañas al viento cuando los hombres de verdad los atravesaban.

Rikke retrajo los labios, y atenazó los puños, y tensó tanto la mandíbula que temió que se le partieran los dientes, y miró el círculo como si sostuviera la mirada a un vendaval.

Se *obligó* a sí misma a ver.

Stour estaba carcajeándose. Reía como si todo contacto fuese un chiste hilarante.

A Leo no le hacía ninguna gracia. Se dijo que era el Joven León. El lord gobernador de Angland. El orgulloso hijo de un orgulloso linaje de guerreros, con la gloria a su alcance. Pero, en realidad, apenas intentaba siquiera devolver los golpes. La espada de Barniva le pesaba más cada vez que la blandía. Temía que, si atacaba, dejaría a Stour una abertura letal. Pero temía que, si se defendía, las cosas solo pudiesen terminar de una manera.

Estaba llegando al punto en que temía, sin más.

Stour se echó hacia delante y Leo retrocedió con torpeza.

Bastaba una finta burlona del pie y un giro de muñeca para poner a Leo pies en polvorosa. Stour ya no solo buscaba ganar, sino dar espectáculo con ello. Enseñar una lección. Mostrar al Norte entero que el Gran Lobo era un hombre al que temer. Su espada atravesó rauda la guardia cansada de Leo. Stour podría haberlo empalado, pero eligió limitarse a pincharle la tripa. Pinchársela y apartarse veloz de nuevo, riendo.

Leo era el Joven León, pero estaba sangrando. Tenía sangre en la cara, sangre en la pierna. Franjas rojas descendiendo por la mano derecha, que volvían pegajoso el puño de la espada de Barniva. La idea de regar de sangre el círculo le había parecido emocionante cuando escuchaba las historias de Nueve el Sanguinario. Pero emocionaba mucho menos cuando era la propia sangre.

Leo era el Joven León, pero estaba cansándose. Jadeaba, resollaba, el aire frío le irritaba la garganta, pero nunca lograba inhalar el suficiente. Le temblaban las rodillas y perdía la potencia del brazo a marchas forzadas. Iba a resultarle imposible desgastar a Stour. Su única posibilidad era pensar mejor que él. El problema era que Leo nunca había sido un gran pensador. De haberlo sido, quizá no habría aceptado el desafío en un principio.

Sus ojos recorrieron el círculo, buscando alguna idea.

Vio a sus amigos, con los escudos decayendo. Glaward se mordía el labio. Jin se mesaba la barba. Antaup, cabizbajo. Jurand, estremeciéndose como si sintiera cada herida. Entrevió a su madre, afligida, blanquecina, mirando. El Sabueso estaba con el semblante torvo a su lado, y Rikke miraba con intensidad hacia el círculo, jugueteando con el anillo que le atravesaba la nariz.

«Pelea sucio —le había dicho—. Nadie recuerda cómo se ganó el combate, solo quién lo ganó.» Una filosofía cruda. Palabras por las que morir.

Stour fintó y Leo reculó de nuevo, tropezó de nuevo, pero en esa ocasión cayó peor de lo que era inevitable. Sacó una mano hacia atrás como para equilibrarse y arrancó un puñado de hierba. Stour se acercó de nuevo, sonriente, y Leo gruñó mientras forzaba sus piernas a recobrar la potencia, se levantó de un salto, tiró la hierba a la cara de Stour y le descargó un tajo en dirección al cuello.

Incluso parpadeando, escupiendo y desequilibrado, Ocaso logró bloquearlo, pero Leo ya estaba embistiendo contra él con toda la fuerza que le quedaba. Estampó su frente en la boca de Stour con un glorioso crujido, obligando al Gran Lobo a retroceder a trompicones hasta los escudos de sus hombres.

Por un momento se le nublaron los ojos, se le abrió de sorpresa la boca ensangrentada. Leo aspiró una enorme y sonora bocanada e hizo silbar su espada arriba y adelante, pero el tajo cayó en los escudos contra los que Stour había estado un momento antes y Leo a duras penas logró mantener asida la vibrante empuñadura.

Stour se apartó bailando, escupiendo hierba, enseñando los dientes rojos al sonreír.

—¡Vaya, ahora sí que tenemos una pelea!

Se arrojó a un lado, cambió de dirección en un instante y pasó junto a Leo por el otro, rápido como el viento e igual de difícil de contener. Leo se quedó encallado y dio un respingo cuando el filo de la espada de Stour le fustigó el muslo, dejando una línea fría que no tardó en volverse ardiente. Lo único que pudo hacer Leo fue mantenerse de pie mientras la sangre le empapaba la pernera del pantalón.

Leo no era un león, era un niñito asustado que no quería morir.

Pero ya era demasiado tarde para hacer caso a su madre.

Brock estaba malherido. Chorretones de sangre en la cara por el corte en la mejilla, pantalones oscuros en torno al tajo en la pierna y la mano roja por la herida del brazo. Regando el círculo con su sangre, como dirían los escaldos. No era un espectáculo agradable, pero tampoco nada que Trébol no hubiera visto antes. Nada que no hubiera protagonizado antes. Si lo que se buscaba era un espectáculo agradable, el círculo era mal sitio al que acudir.

Stour estaba seguro de su victoria. Sonreía como un lobo y se pavoneaba tanto que solo le faltaba hacer piruetas con el rabo. El rabo de lobo, no el de mear, pero Trébol supuso que ambos significados encajarían bastante bien con la actitud del heredero del Norte. Se carcajeaba con los brazos abiertos, animando a la

multitud a proferir gritos cada vez más fuertes de admiración y gozo. A algunos hombres los aplausos les sientan como a otros la bebida: cuanto más tienen, más necesitan, hasta que demasiado nunca es suficiente.

Scale estaba disfrutando casi tanto como su sobrino. Hizo aspavientos con la mano de hierro hacia el círculo y rugió:

—¡Juega con él!

La admiración de un rabo por otro. La voz del rey pareció azuzar a Brock, que acometió con poca traza, lento por la pérdida de sangre, y lanzó un golpe desmañado que se veía venir a diez pasos de distancia. Stour lo desvió con una mueca desdeñosa y podría haber rajado la espalda a Brock de lado a lado, pero prefirió dejar que pasara tropezando.

—¡Acaba con él, maldita sea! —vociferó Calder el Negro, tan repugnado por la actuación de su hijo como encantado estaba su hermano.

Stour podría haber acabado con Brock ya cinco veces, pero le estaba gustando tanto echarle el anzuelo que lo dejaba escapar una y otra vez para poder engancharlo de nuevo. A Trébol le pareció mala idea, por decirlo con suavidad. En el círculo no hay que correr riesgos ni conceder oportunidades, ya que está en juego todo lo que se tiene y se tendrá jamás. Basta con un pequeño giro del destino para devolverlo a uno al barro, y el destino puede ser un pequeño cabroncete revoltoso.

Nadie sabía eso mejor que Trébol.

La cabeza de Rikke daba vueltas, tenía la visión borrosa y notaba el estómago revuelto mientras miraba concentrada el círculo. Tenía el ojo izquierdo caliente, ardiendo en su cabeza. Lo obligó a abrirse más y mirar, mirar, mirar.

Leo se dobló por la cintura, torpe, encorvándose sobre la herida del costado, manchado de sangre por todas partes. Stour parecía más rápido que nunca, más seguro que nunca, brincando, bailando, casi a punto de ponerse a echar besos al público.

Rikke vio fantasmas de espadas y lanzas por encima de la

multitud. De banderas ondeando a un viento que no corría. ¿La batalla del día anterior? ¿Otra batalla en el futuro? Por los muertos, qué ganas tenía de vomitar. Le palpitaba la cabeza. El sudor frío le hacía cosquillas en el cuero cabelludo y le goteaba por la cara, pero no se atrevía a apartar la mirada. No se atrevía a parpadear. No se atrevía a romper el hechizo.

También había fantasmas en el círculo. Titilantes y movedizos. Fantasmas de Leo y de Stour. Fantasmas de manos y pies y caras. Fantasmas de espadas.

Leo hizo un gesto de dolor cuando la hoja de Stour lo alcanzó en la tripa. No fue un golpe mortal. Solo un roce cariñoso. Un corte que salpicó de sangre los escudos más próximos. Leo trastabilló, cayó de rodillas y su espada le resbaló de la mano y cayó a la hierba.

—No —susurró la madre de Leo, derramando lágrimas que le cayeron por las mejillas mientras cerraba los ojos.

Ocaso giró despacio sobre sí mismo en el centro del círculo, prolongando la victoria, absorbiendo la gloria, y miró por encima del hombro a Rikke y le guiñó un ojo.

Por los muertos, Rikke notaba el ojo incandescente. Como si fuese a arder y caérsele de la cabeza.

Stour dejó de mirarla y levantó el brazo.

Rikke vio su espada.

Pero la vio con el ojo largo.

Y por un instante, como si fuese el agua desbocada al estallar la presa, el conocimiento absoluto de aquella espada la embargó.

Vio el mineral de su hierro, arrancado de la fría tierra, convertido en acero en el horno llameante y derramado al rojo blanco en el molde.

Vio a Watersmeet el herrero trabajar con su martillo, el rostro iluminado en naranja por las chispas con cada golpe, sus hijos accionando los fuelles y Drenna, su madre, exhalando volutas del humo de chagga de su pipa mientras tiraba de la encordadura del puño.

Vio que Calder el Negro se la regalaba a Stour en su décimo cumpleaños, apoyaba la mano en el hombro del chico sonriente y le decía: «En la guerra, solo importa ganar. El resto solo sirve para que

los necios canten sobre ello.»

Vio la espada en la vaina del Gran Lobo, liberada al comenzar el duelo, tajo y estocada, el círculo lleno de las refulgentes cintas de su paso.

Vio la espada trazando una resplandeciente trayectoria a la altura del cuello, y los dientes de Stour brillando en un aullido triunfal. Un tajo grandioso, negligente, espectacular, pensado para cercenar una cabeza de sus hombros.

Supo con absoluta certeza dónde iba a estar aquella espada en todo momento, pero no sintió el mismo júbilo que cuando había conocido la flecha, aquel día en el bosque mojado. Porque más allá de la reluciente espada de Stour vio una hendidura en el cielo, y más allá de esa hendidura un inmenso foso negro, un foso que no tenía fondo ni final ni principio y en el que reposaba el conocimiento no de una espada o de una flecha sino de todo. Un conocimiento tan vasto y terrible que la más mínima esquirla suya podría despedazar la mente de Rikke.

Leo se enderezó un poco, aturdido, ensangrentado, y recogió su propia hoja de la hierba.

Rikke se levantó tambaleándose con él, gimiendo, jadeando, agarrándose la cabeza palpitante. El cielo se abría y la absorbía.

Stour sonrió. Empezó a volverse. El ojo de Rikke era una brasa humeante en su cráneo.

Leo empezó a erguirse, a alzar la cabeza hacia el fantasma centelleante de la espada de Stour.

Rikke dio una fuerte palmada por encima de su cara ardiente y chilló en el idioma de la Unión, chilló desgañitándose:

—¡Ataca bajo!

Leo no habría sabido decir el motivo, pero le parecía importante morir de pie.

Apenas le dolía ya. Solo se sentía embotado. Débil. Pesado.

Le hicieron falta todas las fuerzas que le quedaban para levantarse.

El mundo se bamboleaba como gelatina, todo tierra oscura y

brillante cielo rosado y una revuelta masa de escudos pintados y rostros desencajados y alientos humeantes.

Casi no podía oír nada más que su propio latido atronador, casi no distinguía el rugido de la multitud del rugido de su respiración. Había cogido un puñado de hierba junto con su espada. Condenada hierba. Condenada tierra.

La boca le sabía a metal. En la batalla, un hombre descubre quién es de verdad. Obligó a sus piernas a estirarse, tambaleándose, tratando de enfocar.

Captó un atisbo de Stour dándose la vuelta, un destello de su sonrisa ensangrentada. Y entonces, sobre el estrépito de la multitud, oyó un chillido.

—¡Ataca bajo!

Así que se dejó caer. O tal vez cayó, sin más. Sintió el aire revolviéndole el pelo y, con un último esfuerzo, lanzó un espadazo bajo. No fue ni por asomo su mejor golpe. Torpe y débil, con la empuñadura suelta en sus dedos doloridos.

Pero a veces un mal golpe puede ser lo bastante bueno.

Se oyó un ruido carnoso cuando la hoja se clavó profunda en el muslo de Ocaso.

Los ojos de Stour se desorbitaron, y abrió mucho la boca y soltó un extraño y agudo chillido. Más de sorpresa que de dolor. Dio medio paso trastabillando, aspiró una sibilante bocanada de aire en el repentino silencio y empezó a chillar de nuevo. Más de dolor que de sorpresa, en esa ocasión.

Leo liberó su espada de un tirón y Ocaso se tambaleó, salpicó saliva sanguinolenta, se apoyó sobre su pierna buena, alzó su espada en alto y el filo relució rojo al sol poniente.

Una palmada cuando Leo atrapó el puño de Stour con la mano, y entonces dio un paso adelante, gruñendo, y proyectó el otro brazo con tanto ímpetu que el pomo de la espada de Barniva se estrelló contra la cara de Ocaso y le cortó el chillido de raíz. La barbilla de Stour se disparó hacia arriba, sangre negra contra el rosado anochecer, y Leo atrapó la guarnición de la espada de Stour y se la arrancó de los dedos sin fuerza mientras Ocaso retrocedía a trompicones.

El Gran Lobo cayó fuerte al suelo, con los brazos extendidos, soplando burbujas de sangre de su nariz rota con cada aliento ronco. Leo se alzó sobre él, por algún extraño motivo empuñando las dos espadas. ¿Cómo había sucedido eso?

Los escudos pintados de los hombres que rodeaban el círculo descendieron en brazos flácidos, bajo bocas muy abiertas, pero nadie estaba más sorprendido que el propio Leo.

Y entonces el griterío de la muchedumbre en su lado del círculo se alzó, más intenso que nunca. La sorpresa se convirtió en estupefacto regocijo, y el estupefacto regocijo en salvaje triunfo.

—¡Leo dan Brock!

—¡El Joven León!

Y el grito más estruendoso de todos:

—¡Mátalo!

Era indudable que Ocaso habría matado a Leo, de ser él quien yaciera allí indefenso. Lo habría matado del modo más lento, más doloroso, más vergonzante que hubiera podido. Se habría encaramado a los tejados de Uffrith para jactarse de su victoria y se habría reído a carcajadas cada vez que los escaldos hubieran vuelto a cantarle el relato en los años venideros.

Stour intentó escapar arrastrándose, soltó un gemido burbujeante al mover la pierna herida y se encogió cuando las puntas de las dos espadas se quedaron flotando en el aire encima de su cuello. Miró hacia arriba, con el pelo pringoso de sangre pegado a la cara, con los ojos muy abiertos y llenos de temor.

Resultaba que no era invencible.

Los gritos encontraron un ritmo y se convirtieron en cántico.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo!

Cada vez más alto, mientras el vaho de las palabras vociferadas se elevaba en el frío anochecer por todo su alrededor.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo!

Cada vez más alto, unido al estruendo de las armas, a los golpes de puños en escudos, a los pisotones de botas que hacían temblar el gélido suelo, acompasados al atronador latido del corazón de Leo, resonando a través de él desde los pies al cuero cabelludo.

—¡Mátalo! —oyó que Glaward rugía por encima de su escudo.

—¡Mátalo! —oyó que Antaup chillaba con el rostro deformado por la furia.

—¡Mata a ese cabrón! —bramó Jin Aguablanca.

Leo vio a su madre, con lágrimas en los ojos y una mano sobre la boca. Vio al Sabueso, atrapado a medio camino entre sentarse y levantarse, con una sonrisa incrédula. Vio a Rikke, de pie en el estrado entre los dos, tapándose la cara con las manos, un ojo brillando entre sus dedos.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo!

Leo respiró una larga y fría bocanada, alzó la espada de Barniva y la de Stour, y el gruñido de su garganta cascada creció hasta convertirse en un vibrante rugido con el que clavó las dos hojas hacia abajo al mismo tiempo.

Las hundió en el suelo, a ambos lados del rostro encogido del Gran Lobo.

—Stour Ocaso —farfulló. Hasta hablar le suponía un esfuerzo supremo, como si cada palabra fuese una enorme piedra que tuviera que levantar—. Te perdono... la vida.

Mareado a más no poder, cayó sobre una rodilla. Bajó al círculo de hierba mojado de rocío, mojado de su propia sangre.

—Poco mareado —dijo, y se derrumbó hacia un lado.

Mejor tumbarse.

Los pobres son quienes lo pagan

—Amnistía —dijo Malmer—. Entregamos nuestras armas, entregamos a nuestros rehenes y todos salimos libres.

Silencio, mientras todo el mundo meditaba sobre lo que significaba aquello. Era mucho más de lo que habían esperado esa mañana, tal vez. Pero muchísimo menos de lo que habían soñado unas semanas antes.

Era una reunión pequeña y penosa, en un almacén saqueado al que entraba el viento frío por las puertas rotas. Había quince Rompedores, cada uno al mando de un distrito diferente de Valbeck. En la medida en que alguien podía estar al mando de la caótica conejera de basura a la que se había degradado la ciudad. Los adustos y taciturnos que habían resistido hasta el amargo final. Les habría gustado considerarse los más leales, pero quizá fuesen solo quienes más tenían que perder.

Broad respiró hondo. No debería haberse involucrado. Lo había sabido en el momento y lo sabía entonces. Pero se había dicho a sí mismo que las cosas podían cambiar. Se había dado otro cabezazo contra la pared, seguro de que en esa ocasión no le dolería. Por mucho que prometiera ser un hombre nuevo, de algún modo se las ingeniaba siempre para tomar las mismas decisiones equivocadas.

—¿Absoluciones completas? —preguntó una mujer de cara demacrada.

Heron asintió con la cabeza, aunque no parecía convencido del todo.

—Eso nos ha dicho su alteza.

—¿Y qué tenía que decir ese hijoputa de Pike? —preguntó Sarlby.

—No le ha hecho gracia —dijo Vick—, pero no ha discrepado.

—¿Confiáis en Orso? —preguntó Broad.

—Es mejor no tomar nunca decisiones basadas en la confianza —respondió Vick, como si la confianza fuera un animal legendario en el que solo creían los niños—. Solo en lo que es mejor para la mayoría.

Malmer dio un suspiró que sonó como si se alzara desde los sedimentos mismos de un pozo de fatiga.

—Sabes que la cosa está apurada cuando los revolucionarios ponen sus esperanzas en el príncipe heredero. Pero parece un tipo bastante decente, dadas las circunstancias. Mucho mejor de lo que esperábamos.

—Las expectativas no podían ser más bajas —dijo Vick, frunciendo el ceño como siempre. Esa mujer tenía todo un ceño, desde luego.

Malmer hizo un impotente encogimiento de hombros.

—Supongo que confío más en él que en la mayoría de la familia real. Pero también confié en Risinau, y mirad cómo estamos ahora.

—La verdad es que no tenemos opción —dijo Heron—. Se ha terminado la comida. No hicimos esto para matar de hambre a nuestra propia gente.

—A veces me pregunto por qué lo hicimos.

Un par de meses antes, en aquellas concurridas reuniones, la gente se habría dado codazos para enumerar todas las injusticias que morirían por rectificar. En ese momento, nadie ofreció a Malmer una razón. Las causas justas se habían emborronado mucho últimamente. Como chimeneas lejanas entre los vapores, costaba saber si de verdad estaban allí o eran solo espejismos creados por la mente.

—Pues se acabó, supongo —dijo Malmer—. Avisad a todo el que aún quiera escuchar. Vamos a desmontar las barricadas. Abrimos la ciudad. Nos rendimos.

Uno por uno, los demás asintieron para mostrarse de acuerdo. Apenados, como si ese asentimiento les costara un pedacito de sí mismos. Pero nadie veía ninguna alternativa. El levantamiento había muerto.

—Se me hace un nudo en la garganta —dijo Sarlby—, con esto de rendirnos.

Broad le dio una palmada en el hombro.

—Alégrate de tener algo en la garganta.

En el aire de fuera seguía flotando un olor a viejo incendio. A viejo incendio y a nueva podredumbre. El viento arrastraba ceniza por la calle y la depositaba en la basura como pequeños bancos de nieve negra. No muy lejos se alzaba el cascarón de una factoría destripada, vigas ennegrecidas que se erguían desnudas contra el cielo claro, ventanas ennegrecidas que se abrían vacías.

—Y se suponía que esto iba a ser nuestro Gran Cambio. —Malmer negó despacio con su cabeza canosa. Broad había jurado que la tenía más blanca desde hacía unos días—. Qué puto desastre.

—No voy a llorar por los propietarios que han perdido sus factorías —dijo Sarlby levantando la voz—, eso os lo aseguro.

—¿Y qué hay de los trabajos en esas factorías? —preguntó Vick—. Seguro que los ricos cuyas inversiones han volado en humo podrán salir del paso. Pero ¿qué pasa con los pobres que ya no podrán ganarse la vida?

—Creía que estábamos haciendo el bien —dijo Malmer, su cara avejentada crispada de fruncida incredulidad—. Estaba seguro de que hacíamos el bien.

—El bien y el mal no son tan fáciles de distinguir como parece —replicó Vick—. La cuestión es sobre todo desde dónde los miras.

—Esa es la triste verdad —gruñó Broad.

Malmer contempló con tristeza aquel cascarón calcinado.

—Y los pobres son quienes lo pagan, otra vez.

Broad recordó Musselia después del saqueo. Los barrios pobres saqueados y convertidos en ruinas humeantes, los cadáveres tirados por las calles. Pero el palacio intacto en su terreno elevado sobre el humo. Reunió saliva y escupió.

—Los pobres siempre son quienes lo pagan.

Esa noche la gente salió de Valbeck en procesión. Formaron columnas que serpentearon en torno a las barricadas abandonadas y cruzaron los campos. Unos pocos eran Rompedores que iban a

entregar sus armas y arriesgarse con la amnistía. La mayoría eran personas que habían oído que quizá hubiera comida.

Lo primero que encontró la cansada cola de los sucios, hambrientos y desposeídos fue a mujeres sonrientes que repartían hogazas de pan. Cualquiera habría dicho que llevaban esperanza en estado puro y no pan en sus carretas, por el buen humor que extendían columna abajo. Unos días antes, la gente no habría encontrado palabrotas lo bastante soeces para describir al príncipe heredero Orso. Con un poco de pan en el estómago, se les llenaba la boca de alabanzas hacia él. Broad no fue mejor que el resto cuando le llegó aquel celestial aroma a masa horneada, y se le hizo la boca un diluvio de agua. Ver las sonrisas de May y Liddy al comerse su ración fue un regalo mucho mejor que el propio pan. Ardee no sonreía. Broad no creía haberla visto sonreír jamás. Se limitó a masticar, mirándose los pies inquietos, con los ojos grandes y húmedos en aquella cara tan flacucha.

Al poco tiempo de que se desvaneciera el sabor del pan, Broad volvió a ser el viejo asesino preocupado que había sido esa mañana. El sol se hundía hacia el bosque lejano y empezó a hacer frío y llegaron a un grupo de soldados inexpresivos que recogían las armas. Había un arsenal diverso amontonado a ambos lados del camino: viejos bastones herrados, espadas oxidadas, cuchillos de carnicero y hachuelas de jardinero.

—Yo soy zapatero —rezongaba un hombre mientras un oficial examinaba un conjunto de hojas relucientes—. ¿Cómo voy a trabajar sin mis cuchillos?

—Quien algo quiere, algo le cuesta. Venga, adelante.

Entregar un arma se parecía demasiado a reconocer una culpa, a ojos de Broad. Él había tirado las suyas a un pozo mucho antes de salir, y se había alegrado de separarse de ellas. Quizá sea la gente la que mata a la gente, pero no se puede apuñalar a un hombre con una hoja que no se posee.

—No tengo nada —dijo al oficial al mando, acomodándose los anteojos en la nariz como para sugerir que era un hombre leído—. No sabría qué hacer con un arma de filo.

El oficial lo miró de arriba abajo, dando a entender que aquello

era un poco demasiado como para que ninguno de los dos se lo tragara, pero ladeó la cabeza indicándole que continuara.

Otra hora de cola y el cielo empezó a oscurecerse, y los ánimos se oscurecieron con él. Se murmuraba que más adelante estaba la Inquisición haciendo preguntas. Apartando a gente de la fila. A cualquiera que hubiera tenido buena relación con los Rompedores. Había soldados a caballo merodeando por los campos a ambos lados del camino, con antorchas en sus puños envueltos en guanteletes. Algunos querían conservar la esperanza. Otros estaban seguros de que iban a ahorcarlos a todos por traición allí mismo. Pero nadie se marchó. Como corderos haciendo cola hacia el cuchillo del matarife, solo se apiñaron más y siguieron arrastrando los pies hacia el lóbrego futuro.

—Esto no me gusta —susurró Liddy.

A Broad tampoco le gustaba mucho. Después de lo que había hecho en Valbeck, y lo que había hecho en su granja, y lo que había hecho en Estiria, ¿de verdad podía confiar en librarse? Qué mal estaba el asunto, si tenía que tranquilizarse pensando que no había justicia en el mundo.

Había más de una veintena de soldados congregados en el punto donde el camino cruzaba un portón en una muralla semiderruida, y más de una veintena de practicantes enmascarados con ellos. Todos supervisados por un inquisidor de negro chaquetón, con los marcados rasgos de su cara pálida iluminados por una antorcha que le daba un aspecto bastante demoniaco. Mientras Broad miraba, se llevaron a dos hombres a un lado y una especie de gemido nervioso se extendió por la fila. Sintió un repentino deseo de correr y miró a su alrededor buscando la mejor ruta de escape.

—¡Tranquilizaos! —exclamó el inquisidor—. ¡Su alteza el príncipe heredero ha ofrecido plena amnistía! Hay preguntas que hacer y preguntas que responder, nada más. Tenéis mi palabra de que no se hará daño a nadie, y la palabra del superior Pike y la del mismísimo príncipe Orso. Hay sopa para todos un poco más adelante.

A eso se había reducido todo. Podías morir, pero podían darte sopa. Lo más triste era que a Broad más o menos le parecía bien.

—Habrá que confiar en ellos —murmuró—. Ya hemos llegado demasiado lejos.

—Podríamos dar media vuelta —susurró Liddy, con la frente arrugada de inquietud.

—Nos verían y pensarían que tenemos algo que ocultar. Quizá sería mejor que vosotras dos os apartarais de mí. —Quizá habría sido mejor que se hubieran apartado de él hacía mucho tiempo. Pero May se negó en redondo.

—¡No! No vamos a separarnos. Es mejor que mantengas la...

—¿Qué leches...? —Mientras discutían, Ardee se había separado con paso envarado de la cola y estaba caminando derecha hacia el inquisidor—. ¿Qué está haciendo?

Si aquella condenada vagabunda inútil atraía la clase de atención que no debía, estaban todos acabados. Pero no había nada que Broad pudiera hacer. Si salía corriendo de la fila para agarrarla, solo empeoraría las cosas.

Un practicante le impidió el paso, con su cayado aferrado con fuerza en los dos puños.

—Vuelve con los demás, chica.

—¡Soy Savine dan Glokta! —exclamó ella con un torrente de voz que pareció extenderse millas y millas en la silenciosa tarde—. ¡La hija de su eminencia el archilector! ¡Exijo hablar con el príncipe heredero Orso de inmediato!

Se hizo el silencio mientras el inquisidor se la quedaba mirando. Mientras los practicantes se la quedaban mirando. Mientras todos se la quedaban mirando, Broad incluido. No podía creerlo. Después de todo lo que habían hecho por ella, iba a enviarlos a todos al cadalso.

Pero su voz tenía algo distinto. Era pura, firme e imperiosa. También había algo distinto en su postura, rígida y erguida, con los hombros hacia atrás, el cuello largo y fino estirado y su marcada mandíbula elevada con orgullo. De pronto, parecía una cabeza más alta que antes.

—¡De inmediato! —gritó al inquisidor.

El hombre la miró un momento más y luego agachó la cabeza.

—Por supuesto.

El practicante parecía tan perplejo como podía estarlo bajo la

máscara.

—¿Y vamos a...?

—Si esta joven dama es quien dice ser, entonces merece nuestra asistencia inmediata. Si no lo es... tardaremos poco en averiguarlo. Y el mundo es un lugar mucho más luminoso si uno cree en la sinceridad fundamental de la gente.

Le tendió la mano con una educación extravagante.

—Gracias, inquisidor —dijo ella—. Esos tres vienen conmigo.

El inquisidor observó a Broad con una mirada dubitativa.

—No puedo eximir a todo el mundo de...

—Por supuesto que no —lo interrumpió Ardee. O Savine. O quien coño fuese—. Solo a estos tres. Debo insistir.

—Muy bien.

El inquisidor les hizo una seña para que lo siguieran. Broad miró a Liddy, pero ¿qué podía hacer ella? ¿Qué podía hacer cualquiera de ellos?

—Más os vale que esa chica esté diciendo la verdad —gruñó el practicante al oído de Broad mientras los seguía por el camino en la creciente penumbra.

—Yo estoy tan sorprendido como tú —murmuró Broad.

Estuvo a punto de morderse la lengua cuando el hombre lo empujó y su bota tropezó en un surco del camino. Estuvo muy tentado de darle un puñetazo en la cara, pero solo habría conseguido que lo mataran a él y quizá también a su familia. Lanzarse a toda pelea que le ofrecían no convertía a alguien en un gran hombre, sino en un ceporro.

—¿Tú sabías algo de esto? —siseó a May por la comisura de la boca.

—Claro que lo sabía. Lo organicé yo.

—¿Que hiciste qué?

Liddy estaba mirándola fijamente desde el otro lado.

—¿Qué has hecho, May?

—Lo que tenía que hacer. —May tenía la mirada fija al frente y movía los músculos de la mandíbula—. Ya iba siendo hora de que alguien pensara en esta familia antes que nada.

La mujer nueva

Savine se lamió los labios agrietados. Se afanó con los deshilachados dobladillos del vestido, espantoso y con demasiado almidón, que le habían dado. Se pellizcó la piel levantada alrededor de las uñas rotas.

Cuánto cuidado ponía antes en sus manos. A menudo la gente comentaba lo elegantes que eran. Pero en ese momento, por mucho que se tirara de las mangas, no había manera de esconder las costras, las magulladuras, los callos. Todo por lo que había pasado se reflejaba en sus dedos torcidos.

Ya no era Ardee, la esquelética chica perdida. Pero sin duda tampoco era Savine dan Glokta, la temida e intrépida reina escorpión de los inversores. Antes se sentía atraída por su propio reflejo como una abeja por una flor. Ahora rehuía el espejo, amedrentada por lo que pudiera ver en él. Pero, claro, todo la amedrentaba.

Sabía que debería haber experimentado un alivio abrumador por no tener que seguir pasando hambre. Un gozo inmenso por hallarse limpia por fin. Una gratitud llorosa por todas las improbables casualidades que habían llevado a su salvación. Conocía a pocas personas que hubieran estado atrapadas en Valbeck y tuvieran tanta suerte.

Pero lo único que sentía era un terror constante e insistente. Tenía la sensación de ser más una rehén que una prisionera liberada. Tan horrible como cuando había huido por las calles enloquecidas de Valbeck el día del levantamiento. Peor, porque entonces el miedo había tenido sentido. Se suponía que ahora estaba a salvo.

Oyó voces fuera y se volvió, con el corazón dándole repentinos martillazos. Un antiguo y letárgico instinto la urgió a colocarse para

dar la impresión más favorable posible. Una dama de buen gusto siempre debería encontrarse ocupada en algo más importante. Levantó la mano para ajustarse la peluca y cayó en la cuenta de que allí no había otra cosa que su propia pelusa sin forma, sin gracia, sin color. Acabó quedándose petrificada, no una belleza posando para un retrato, sino más bien una ratera sorprendida en un callejón oscuro, con una mano costrosa retorciendo la otra cuando alguien apartó la lona de un manotazo y se agachó para entrar en la tienda.

Orso.

El rojo y el dorado de su uniforme parecían imposiblemente vivos. En Valbeck, hacia el final, todo había tenido el color del polvo. Parecía haber ganado peso. O quizá fuese que Savine estaba tan acostumbrada a ver a todo el mundo famélico que quienes estaban meramente bien alimentados parecían miembros de una especie distinta. Puso una expresión muy rara al verla. ¿Horror? ¿Lástima? ¿Repulsión? Tuvo una especie de estremecimiento y se tapó los ojos con una mano, como si verla le resultara doloroso.

—Eres tú —susurró Orso—. Gracias a los Hados. —Hizo ademán de andar hacia ella pero se detuvo azorado antes de dar el paso—. ¿Estás... herida?

—No.

Los dos sabían que mentía, y ni siquiera con la menor convicción. Estaba vapuleada por dentro y por fuera. Estaba destrozada y vuelta a coser de cualquier manera.

—Bien. —Orso forzó una sonrisa torcida—. Tienes buen aspecto.

Savine no pudo contener una carcajada amarga.

—Siempre has sido un mentiroso de campeonato, Orso, pero esa ha sido un poco demasiado gorda como para que te quede creíble incluso a ti.

—A mí me pareces hermosa —dijo él, sosteniéndole la mirada—, pienses lo que pienses.

Savine no tenía ni idea de qué responder a eso. Era una mala actriz sustituta, empujada de un puntapié al escenario vacío desde los bastidores que miraba horrorizada al público porque no se sabía el papel. Ni siquiera sabía qué obra estaban representando.

Cuando por fin habló, se sorprendió por lo tranquila que sonaba.

—Había unas personas conmigo. Una familia. No querría que...

—Están a salvo y atendidos. No tienes que preocuparte de nada.

—Que no me preocupe —susurró. No era otra cosa que una pila de preocupaciones, mantenida en equilibrio por un vestido de mierda—. Siento... que hayas tenido que venir —logró decir—. Sé lo mucho que querías... viajar al Norte.

—Al oír que estabas en peligro, no me lo pensé dos veces. No me lo pensé ni una. Tampoco es que tu padre o el mío me dieran elección. Supongo que es mejor que deje el Norte a hombres como Leo dan Brock. Creo que todos estaremos de acuerdo en que no tengo mucha madera de soldado.

—El uniforme te sienta bien.

—Seré un corderito en el campo de batalla, pero en lo que respecta a llevar el uniforme, soy todo un tigre.

Hubo una época en la que Savine podía pasarse horas pronunciando bellas palabras sin decir nada. En ese momento le pareció obsceno intercambiar desenfadadas cortesías mientras una parte de la conversación se estaba cagando por todo el suelo.

Sintió una irracional punzada de ira. ¿Por qué Orso no había llegado antes? ¿Por qué se había quedado allí fuera cruzado de brazos esperando, el puto cobarde inútil? Quería sacar las uñas y liarse a arañazos con él. En lugar de eso, vomitó cumplidos.

—Desde mi punto de vista, parece que has llevado todo este asunto bastante bien.

—Más por suerte que por habilidad, me parece.

—Todo el mundo está vivo. —Un fogonazo de sangre salpicando la cara de aquel guardia mientras los engranajes devoraban su brazo. Savine tuvo que toser y tragó ácido—. Casi todo. Casi todo el mundo.

—Tú lo estás. Eso es lo único que importa. Siento haber tardado tanto. En llegar aquí. En encontrarte. —La miró a los ojos con una intensidad que Savine no pudo resistir—. En comprender... lo que siento por ti. No veo forma de que las cosas puedan seguir entre nosotros... como estaban antes.

Savine estuvo a punto de echarse a reír.

—Pues claro que no.

¿Cómo podía seguir nada como estaba antes, nunca jamás?

—Por eso...

Parecía tan nervioso que rayaba el ridículo. El príncipe heredero Orso, famoso por no importarle nada. ¿A cuántas mujeres habría decepcionado? A cientos, con toda seguridad. Debería haber aprendido a hacerlo mejor.

—Por eso...

Orso respiró hondo. Parecía que estuviera preparándose para alguna grandiosa gesta de valentía. Savine alzó la barbilla, como para facilitar la tarea al verdugo. Él la miró. Culpable. Afligido. Avergonzado.

La paciencia de Savine cedió.

—¡Escúpelo de una vez!

—¡Quiero que te cases conmigo! —exclamó de sopetón—. O sea... ¡Mierda! —Apoyó una rodilla en el suelo con torpeza—. No lo había planeado así. ¡Ni siquiera tengo anillo!

Ella lo miró con helado asombro.

—¿Qué?

Orso cogió la mano flácida de Savine con las dos suyas. Las notó calientes y húmedas.

—Es de locos, ya sé que es de locos, pero... te amo. Ha hecho falta que pasara esto para darme cuenta, pero... tú escúchame.

Lo cierto era que Savine se había quedado sin palabras para interrumpirlo.

—Sin ti, soy un mierda. Un mierda de cojones, lo sabe todo el mundo. Pero contigo... tengo la oportunidad de ser una persona que merezca la pena. No he venido aquí para salvarte a ti. La misma idea es absurda, joder. He venido para que tú puedas salvarme. Soy el último hombre al que cualquiera escogería como rey, ya lo sé, pero... ¡coño, Savine, tú naciste para ser reina! No hay nadie a quien admire más. ¡Tienes todo el cerebro y las agallas y la ambición que me faltan a mí! Imagínate lo que podríamos construir juntos. Bueno, imagínate lo que yo podría verte construir. Reina Savine. —Compuso aquella sonrisa infantil y lisonjera que tenía—. Casi hasta rima.

—Reina... —Salió como un graznido estrangulado. La clase de

sonido que podría hacer un ganso cuando le retorcían el cuello—. Savine...

Orso podría tener a quien quisiera. Pero la quería a ella. Y no por su dinero, ni sus contactos, ni por sus pelucas y sus vestidos y sus joyas. No por el concepto de ella. Por ella. En su peor momento. Incluso allí mismo. Incluso así. No solo como su amante. Como su esposa. Como su *reina*.

—Yo... —susurró, pero la voz le falló por completo y no salió nada más que un eructo acre.

—Mierda. —Orso hizo una mueca mientras se levantaba de golpe—. No tienes que responder. No tienes ni que pensártelo. —Apartó una mano, pero siguió cogiéndola con las yemas de la otra, como si no pudiera acabar de convencerse de soltarla—. No debería habértelo pedido. Menudo gilipollas estoy hecho. Tómate todo el tiempo... que necesites y...

Orso había cabalgado en su rescate. Con cinco mil hombres armados. Hombres pagados por ella, pero aun así lo había hecho. Savine nunca había creído que pudiera necesitar un rescate. Nunca había soñado que él pudiera ser el hombre que la rescatara. Era como si hasta ese momento jamás hubiera visto a Orso de verdad. Ya sabía que podía reírse con él. Pero jamás habría imaginado que pudiera contar con él. Confiar en él. Se había preparado para el rechazo y la decepción. Con la comprensión y el apoyo no tenía ni idea de qué hacer.

—Mierda —dijo él, soltándole por fin los dedos y dejándoselos con un extraño cosquilleo—. Esto se me da como el culo. ¿Necesitas alguna cosa? ¿Hay algo que yo pueda...? ¿Quieres estar sola? ¿Quieres que me vaya?

Se volvió hacia la entrada de la tienda.

Savine le cogió la muñeca. Estaba temblando. La muñeca de él y también la mano de ella.

Y entonces estaba besándolo.

No fue elegante. Orso retrocedió sorprendido, topó con un poste en el centro de la tienda y, por un momento, Savine temió que derribara todo el armatoste de lona encima de ellos. Sus barbillas chocaron y le dolió. Luego las narices. Intentó girar la cabeza a un

lado y él fue hacia el mismo sitio, y entonces los dos giraron hacia el otro.

Savine le asió la cabeza, la cogió con las dos manos, frotándose los dientes, gruñendo como animales, sorbiendo sin dignidad. Incómodos y feroces y apremiantes, como si se les terminara el tiempo. Nada parecido a las pulcras rutinas que seguían en el despacho de Sworbreck, con el civilizado toma y daca de un baile formal, un juego decoroso en el que los dos vigilaban sus cartas. Pero habían pasado a estar todas sobre la mesa y aquello daba la sensación de ser mortalmente serio, y el corazón de Savine le atronaba en las orejas igual que lo había hecho el día del levantamiento.

Vio la cama de Orso detrás de una cortina, el latón brillante en la sombra, y empujó a Orso hacia ella. Él tropezó con una estufa, todavía intentando besarla, estuvo a punto de irse al suelo y luego se enredó con la cortina hasta que ella la apartó con brusquedad. ¿Cuánta gente sabía que ella estaba allí dentro? ¿Cuántos podrían adivinar lo que estaba sucediendo? Le daba igual.

¡Con todas las complejas precauciones que acostumbraba a seguir! Las cuidadosas coartadas, los cambios de carruaje, las cortinas echadas en el puto despacho de Sworbreck. Para que no lo descubriera su padre. Para que no lo descubrieran los padres de él. Para no terminar embarazada de un bastardo. Qué formidablemente organizada había sido, qué abrumadoramente sensata. El romance, totalizado y anotado en el libro de Zuri como la contabilidad de una factoría.

Y ya no podía pensar en nada aparte de lo fácil que habría sido que muriera en Valbeck. Muerta a palos. Muerta de hambre. Muerta por el fuego. Desmembrada por sus propias máquinas. Los modales, el decoro, la reputación, la prudencia... nada de eso parecía importar ya, aparte de la necesidad de arrancarse aquel saco al que llamaban vestido y sentir la piel de Orso contra la suya. Savine tenía la cara mojada. Tal vez hubiera llorado. Le daba igual.

Se volvió para que Orso llegara a los cierres.

—Quítame esta cosa.

—Hago lo que puedo —murmuró él, trasteando con el cuello—.

Puto... ¡Joder!

Un rasgar de costuras, un golpeteo y un repiqueteo de botones saltando por los aires y rebotando, y logró arrancar los brazos de las mangas, empujó el vestido hacia abajo, se meneó para salir de él como una serpiente emergiendo de una piel indeseada. Lo apartó de una patada, incluidas las enaguas baratas, e hizo que la pared de lona de la tienda aleteara y crujiera.

Hubo veces, en el despacho de Sworbreck, en las que no había llegado ni a quitarse el sombrero antes de terminar. Y allí estaba, desnuda del todo. Descubierta, desprotegida. Las manos de Orso en su cintura. Las yemas rozándole apenas la piel. Como si no se atreviera a tocarla. Oyó su respiración. Metió los dedos entre los de él, se envolvió con sus manos, guiándolas, arriba hacia su pecho, abajo entre sus piernas. Tenía la lengua entre los dientes, mordiendo, casi dolorosamente.

En las recargadas historias románticas que su madre fingía no leer, el príncipe siempre cabalgaba al rescate de la heroína y la apartaba del peligro en el último momento, y ella caía en su cama extasiada de gratitud, tan predecible que resultaba patética. Savine nunca había sentido más que desdén al leer aquellas absurdeces, y allí estaba haciéndolo de verdad. Le daba igual.

Orso paró un momento y su respiración entrecortada acarició la oreja de Savine.

—¿Estás segura de que quieres...?

—Claro que estoy segura, joder.

Echó la mano atrás para enredarle los dedos en el pelo y bajarle la cabeza para poder besarlo por encima del hombro, chuparle la lengua. Besos torpes, hambrientos, de bocas aplastadas mientras su otra mano bregaba con el cinturón de Orso a su espalda, hurgando en él, retorciéndolo hasta que por fin lo abrió con un tirón y un tintineo. Orso ahogó un leve gritito cuando Savine le abrió los pantalones, encontró su polla y empezó a frotarla, con la muñeca tan torcida que dolía.

—Joder —resolló él, manipulando los botones de su casaca—. Putos... uniformes.

Cuando por fin se hubo quitado la camisa, Savine cerró los ojos

por la calidez del pecho de Orso contra su espalda desnuda, su brazo rodeándole las costillas, apretándola hacia él, piel contra piel. La otra mano de Orso se deslizó de nuevo abajo entre sus piernas y Savine se frotó contra ella, atrás y adelante. Subió una rodilla a la cama, sin maña, desequilibrada, a punto de caer, y tuvo que agarrarse al armazón con una mano, sin dejar de frotarle la polla con la otra, sintiendo que la punta le apretaba húmeda contra el trasero.

Sin ambiciones ni manipulaciones. Sin reconcomerse por lo que había sucedido la víspera ni por lo que ocurriría al día siguiente. Solo los gruñidos sin aliento de él y los entrecortados gemidos de ella, ojos cerrados y boca abierta. Por los Hados, sonaba como una gata suplicando que la dejaran entrar en casa. Le daba igual.

Se liberó de todo.

Causas perdidas

—Puedes salir —dijo Vick.

Los ojos del practicante se desviaron hacia el prisionero, taimados, crueles y muy entornados. Vick se preguntó si los entrenaban para usar así los ojos o si solo la gente con una mirada amenazadora innata se presentaba para trabajar como practicante. Un poco de ambas cosas, quizá.

—Creo que podré encargarme sola —dijo.

El preso tenía las muñecas atadas a su espalda, a fin de cuentas, y encadenadas a la silla por si las moscas. La bolsa que le cubría la cabeza se movía con su respiración.

La puerta se cerró y Vick cogió la bolsa por una esquina y se la quitó.

Le había caído bien Malmer desde el momento en que lo conoció. Nunca lo habría admitido, porque podría haberse convertido en una debilidad que explotar. Pero le caía muy bien. Lo respetaba. Creía que estaba tan cerca como podía llegarse a ser buena persona. Por tanto, le dolió la mirada herida que puso al reconocerla. Pero no era más que una mirada. Vick había recibido patadas y palos y cuchillos con una sonrisa, y algunos de ellos de gente que le había caído bien. Una mirada herida no iba a hacer vacilar su resolución más de lo que un vientecillo haría vacilar una montaña. O eso se dijo a sí misma.

—Eres una de ellos —susurró Malmer, cerrando los ojos, y negó despacio con la cabeza—. Nunca habría adivinado que eras tú. Eres la última en la que habría pensado.

—En eso consiste mi trabajo —repuso ella mientras se dejaba caer en la silla de enfrente.

—Pues se te da de maravilla. Espero que te enorgullezca.

—No me avergüenza. La gente que se aferra a lastres como la

vergüenza y el orgullo no dura ni una semana en los campos.

—¿Al menos eso era cierto, entonces?

—Mi familia murió allí. Todos ellos.

—Entonces, ¿cómo puedes trabajar ahora para estos hijos de puta, después de lo que pasaste?

—Es justo al revés. —Vick se inclinó hacia él—. Después de lo que pasé, ¿cómo podría *no* trabajar ahora para estos hijos de puta?

Los hombros de Malmer se hundieron.

—Se nos prometió la amnistía. ¿Eso es verdad, por lo menos?

—Es verdad. Pero tenías que saber que habría preguntas. —Lo miró directa a la cara, para poder evaluar toda contracción, espasmo o movimiento de los ojos. Para percibir la verdad—. ¿Dónde está Risinau?

Malmer dio un suspiro de hastío.

—No lo sé.

—¿Dónde está la Jueza?

—No lo sé.

—Tienes que darme algo que yo pueda darles a ellos. Ayúdame a ayudarte.

—¿Crees que no entregaría a la Jueza si pudiera? —Malmer soltó una risita triste—. Hasta gritaría hurras en el puto ahorcamiento de esa bruja loca.

Las respuestas que Vick había sabido que obtendría. Pero, aun así, tenía que hacer las preguntas.

—¿Quién es el Tejedor?

—Es como se refirió a sí mismo Risinau cuando nos conocimos.

—¿Cuándo fue eso?

—Me detuvieron por agitador. Hace cinco años. Puede que seis. Lo único que hicimos fue unirnos para pedir un salario justo, pero me llevé yo toda la culpa. Se ve que tengo talento para eso. Risinau vino a hablar conmigo, en una sala como esta. Me dijo que veía las cosas a nuestra manera. Que quería ayudar. Dar un buen golpe en favor del pueblo, eso me dijo. Provocar un Gran Cambio. —Malmer torció el labio—. Supongo que creí lo que quería creer. Se ve que también tengo talento para eso.

—Como casi todos —dijo Vick—. ¿Sabes lo que pienso yo?

—Si lo supiera, tal vez no estaría en esta silla.

—Que Risinau era idiota. Es posible que estuviera al mando del caos, pero de ninguna manera pudo planear la rebelión. —Se acercó un poco más, como si estuviera compartiendo sus secretos en vez de sonsacándoselos a él. No hay nada mejor para que la gente confíe en ti que fingir que tú confías en ellos—. Dijo que Tejedor era un título que cogió de otra persona. De quien lo puso en este camino.

Era una teoría muy endeble, Vick lo sabía. Nada que pudiera convencer a su eminencia de que existía una conspiración más profunda. Pero Vick nunca había sido capaz de dejar estar un cabo suelto.

—¿Qué le debes a Risinau? —preguntó—. Os utilizó a todos. ¿Un buen golpe en favor del pueblo? No me hagas reír. ¿Quién es el Tejedor?

Malmer miraba la mesa con el ceño fruncido. Como si Vick le hubiera hecho pensar. Parecía que estuviera repasando el pasado, mirando cosas desde otros ángulos. Entonces parpadeó y apoyó la espalda con un gruñido, como si de pronto hubiera encajado algo.

—Había un hombre en la primera gran reunión a la que fui. Risinau estaba muy... respetuoso con él. Deslumbrado, casi. Igual que un sacerdote si Dios hubiera aparecido durante su servicio. Risinau lo señaló en su discurso. Lo llamó el fundador del festín, la razón por la que todos estábamos allí. Pero el hombre no abrió la boca. Solo observó.

—¿Quién era? —preguntó Vick con voz áspera. Casi veía la respuesta colgando delante de ella.

—No llegué a oír su nombre nunca —dijo Malmer—. Ni tampoco le vi bien la cara, pero...

El pomo de la puerta giró con un repiqueteo y Vick se volvió, dispuesta a gritar al practicante que se largara. Las palabras no salieron de sus labios.

En el umbral estaba el superior Pike con el rostro quemado inexpresivo, seguido de dos practicantes que tenían la mirada incluso más cruel de lo habitual por encima de las máscaras.

—Vaya, vaya —dijo Pike con un susurro seco como el papel,

entrando en la angosta sala—. Qué acogedor.

Las patas de la silla de Vick chirriaron cuando se levantó.

—Superior Pike, es un honor.

—El honor es todo mío. Has hecho un trabajo excepcional en Valbeck, inquisidora. Sutil a la par que audaz. Astuto a la par que valiente. Sin ti, este levantamiento podría haber tenido un final mucho más sangriento. Pero no debería sorprenderme. Su eminencia siempre ha sabido escoger a la persona adecuada para cada trabajo.

Vick hizo una humilde inclinación.

—Sois muy amable, superior.

—No mucha gente estaría de acuerdo contigo en eso —dijo Pike, y su mirada pasó a Malmer.

—Este hombre era uno de los líderes del levantamiento. Estaba haciéndole preguntas sobre sus orígenes.

—Creía que la responsabilidad de eso recaía en nuestro descarriado colega, el superior Risinau.

—Posiblemente. —Vick lo dejó ahí. No había que emplear más palabras si bastaba con pocas.

—Me encantaría verte trabajar. Hay poca gente de la que podría aprender algo sobre interrogatorios. —Pike suspiró apenado—. Pero su eminencia quiere que regreses a Adua. Desea felicitarte en persona.

—De verdad que no es molestia seguir con...

—Disfruta del descanso. —Pike le puso una mano en el hombro. Fue un toque levísimo, pero aun así le provocó un desagradable hormigueo en la piel—. Nadie puede decir que no te lo hayas ganado. Yo descubriré todo lo que pueda descubrirse. —Un practicante dejó una pesada caja en la mesa y los instrumentos del interior traquetearon—. Créeme.

Vick volvió a mirar a Malmer. Una vez, en los campos, mientras arrastraban troncos por un lago helado, un preso había caído a través del hielo. Otros dos se habían tumbado y habían ido resbalando sobre la tripa hasta el agujero, con la esperanza de sacarlo del agua. Se habían hundido ellos también.

Para sobrevivir, más valía saber juzgar bien las causas perdidas.

Y luego, más valía abandonarlas. Abandonarlas antes de hundirse con ellas. Vick se volvió hacia la puerta.

—Deberíamos hablar en algún momento tú y yo. —Pike era de esas personas con la mala costumbre de volver a llamar a la gente, solo para demostrar que podía.

—¿Sobre qué, superior?

—Hay muchos miembros de la Inquisición que han pasado tiempo en los campamentos de prisioneros de Angland, pero la mayoría llevaban las llaves. —Se acercó a ella para murmurar, y el cosquilleo de su aliento hizo que a Vick se le erizaran los pelillos de la nuca—. Los pocos de nosotros que estuvimos en el otro lado de los cerrojos deberíamos mantenernos juntos. Deberíamos recordarnos unos a otros... las lecciones que aprendimos allí.

Vick compuso una sonrisa enfermiza.

—Siempre las tengo muy presentes.

Malmer tenía la mirada fija en uno de los practicantes, que empezó a sacar instrumentos del estuche y a colocarlos en una pulcra hilera a lo largo de un lado de la mesa.

A Vick le había caído bien desde el momento en que lo conoció. La escena que empezaba a desarrollarse no le gustaba nada. Pero más valía saber juzgar bien las causas perdidas. Y luego, más valía abandonarlas. Cuadró los hombros y se volvió hacia la puerta.

—Veamos. Maese Malmer, ¿verdad? Creo que estaba diciendo algo acerca... ¿del Tejedor?

Y el pestillo se cerró.

El hombre nuevo

Los ojos de Orso se abrieron poco a poco.

Luz tenue. El crujido de la lona al viento. Le costó un momento recordar dónde estaba.

Valbeck. Y algo de lo que sentirse muy satisfecho...

El levantamiento estaba acabado y...

¡Savine!

Rodó en la cama, con toda la lentitud que pudo, casi sin atreverse a mirar, de pronto aterrorizado por si lo había soñado todo e iba a encontrar vacía la cama.

Pero allí estaba, acostada a su lado. Los ojos cerrados, los labios entreabiertos, las marcadas clavículas moviéndose un poco con su respiración.

Por un instante, notó el picor de las lágrimas y tuvo que apretar los párpados. Savine estaba a salvo. Estaba con él. La sonrisa se extendió por su cara.

Le había pedido matrimonio. De verdad lo había hecho. Y en efecto, quizá ella no le hubiera respondido con un sí rotundo, pero arrastrarlo a la cama se le antojaba muy lejos de un no. Cuando Orso elegía botas, podía cambiar tres veces de opinión y luego se la replanteaba durante todo el día. En cambio, sobre aquello, sobre la decisión más importante de su vida, su mente no albergaba ninguna duda. Savine era la mujer perfecta para él. La que quería y la que necesitaba. Siempre lo había sido.

Se acercó un poco a ella. Extendió el brazo para tocarle la cara.

Quería despertarla. Abrazarla. Follársela otra vez, por supuesto, pero era mucho más que eso. Aquello era amor, no lujuria. O como mínimo, era las dos cosas. Quería hablarle de las esperanzas que tenía. Esperanzas para los dos. Sueños para la nación. Planes para todo el bien que podían hacer juntos.

Entonces se detuvo, con los dedos casi rozándole la mejilla, sintiendo el calor de su aliento en la palma de la mano.

Qué tranquila se la veía. Despertarla sería puro egoísmo. Por una vez en su vida, iba a anteponer el bienestar de otra persona. Se convertiría en una columna de apoyo en vez de en un lastre de decepción que los demás tuvieran que arrastrar de fracaso en fracaso. Retiró la mano.

No optaría por el camino fácil y se haría pasar por un héroe. Haría el trabajo duro y se convertiría en uno. Con suma delicadeza, se levantó de la cama, cogió los pantalones con dos dedos y, sosteniendo la hebilla para que no tintineara, se los puso y calzó su dureza matutina con desdén tras el cinturón, donde podía decaer cuando le viniera en gana. No iba a necesitarla esa mañana. Iba a dejar espacio a Savine. Iba a dejarle cualquier cosa que necesitara. Iba a ayudarla a curarse.

Se puso el batín de seda de Suljuk, incapaz de dejar de sonreír. Había un centenar de papeles que había intentado desempeñar y fracasado, a menudo espectacularmente. El de marido era de los pocos que quedaban en los que tal vez aún pudiera alcanzar un éxito deslumbrante. No iba a dejar que se le escapara la oportunidad. Esa vez no.

Se quedó un momento ante la cortina que daba a la zona principal de la tienda, mirando atrás. Se apretó los dedos contra la boca y estuvo a punto de lanzarle un beso. Se detuvo, comprendiendo lo ridículo que era. Luego lo hizo de todas formas, qué demonios, y dejó que la cortina cayera.

En otros tiempos —el día anterior, para ser sinceros—, el alba lo habría encontrado registrando las botellas esparcidas alrededor de su cama en busca de algo cuyas últimas gotas pudiera beberse. Pero ese hombre se había esfumado y no regresaría jamás. Lo que necesitaba era un té. ¡Lo que bebían por la mañana los triunfadores diligentes!

—¡Hildi! —gritó, más o menos en dirección a la entrada de la tienda—. ¡Hay que encender el fogón!

Empezaba a sentirse en extremo complacido consigo mismo y sospechaba que, por una vez, quizá hasta lo mereciera.

Era cierto que el trabajo peligroso lo había hecho la formidable agente doble del archilector Glokta, pero Orso tenía la sensación de haber jugado bastante bien la mano de ases que ella le había repartido. Había tomado la dura decisión de esperar y andar de puntillas. Había llevado las negociaciones con regia autoridad. Había mostrado clemencia, templanza y buen juicio. Había salvado vidas.

¿Quizá los historiadores lo llamarían Orso el Magnánimo, admirados por sus logros? Sonaba bastante bien. Mucho mejor que la mayoría de los motes que le había puesto el populacho, por lo menos.

El levantamiento había sido espantoso, por supuesto, pero quizá pudiera salir algo bueno de él. Podía marcar el momento en que Orso dejara de ser una decepción. Para el mundo y para sí mismo. Con Savine a su lado, podía hacer cualquier cosa. *Ser* cualquier cosa. Caminó en círculos por la tienda, lleno de ideas que se pisaban unas a otras. Afrontar el día solía ser para él un esfuerzo insoportable. Esa mañana, ardía en deseos de empezar.

Tenía que comprender lo que estaba sucediendo de verdad, no solo en los centros de poder, sino sobre el terreno polvoriento, con el pueblo llano. Hablar con la tal Teufel. Estaba claro que esa mujer sabía muy bien cómo funcionaban las cosas. Y luego, cuando regresara a Adua, entrevistarse con los miembros del Consejo Cerrado para hablar de proyectos. Auténticas conversaciones, con un orden del día, como debía ser. Discutir cómo podría cambiar las cosas. Cómo liberar al país de sus deudas y construir. Cómo zafarse de aquellos buitres de Valint y Balk, que volaban trazando círculos sobre ellos. Cómo distribuir la riqueza. ¿De qué servía el progreso si solo beneficiaba a unos pocos? Tenía que asegurarse de que nunca pudiera volver a suceder nada como aquel levantamiento. ¡Y esta vez nada de disculparse por ser como era, joder! ¿Acaso Savine se disculparía por ser como era? ¡Nunca!

La lona de la tienda se apartó con brusquedad y Hildi entró dando fuertes pisadas, dejando un rastro de huellas enfangadas por la lona del suelo.

—¡Buenos días, Hildi!

La chica parecía mucho menos complacida con Orso que él, y ni siquiera miró en su dirección mientras arrastraba taciturna una enorme cesta de leña hacia el fogón.

—Hace un día estupendo, ¿verdad?

La madre de Orso lo había vuelto sensitivo como un sabueso al particular carácter de los silencios punitivos, y el de Hildi empezaba a parecer serio. Abrió de un tirón la portezuela del fogón y, tras el sonoro golpetazo, empezó a meter troncos como si fuesen puñales y el fogón un odioso enemigo.

—¿Te molesta algo, por casualidad?

—Ah, no, alteza. —Su voz aguda sonó próxima a derrumbarse bajo el peso del sarcasmo.

—Y sin embargo, intuyo un levísimo matiz de animosidad. Los agravios son como la cama de un borracho, Hildi. Siempre es mejor airearlos.

Cuando la chica se volvió hacia él, Orso se quedó de piedra por su violenta expresión hostil.

—¡Yo te defendí! ¡Cuando la gente se reía! ¡Hablé bien de ti!

—¿Te... agradezco el apoyo? —aventuró Orso, desconcertado.

—¡Sabías que esto iba a pasar, joder!

Orso tragó saliva y notó una sensación de profundo temor empezando a subirle por la garganta.

—¿Que iba a pasar qué?

Hildi levantó una temblorosa mano hacia la lona, al otro lado de la cual el sonido de los martillazos y las voces alzadas parecía haber adoptado un repentino aire siniestro.

—¡Eso!

Orso se arrebujó en el batín y salió a la gélida mañana.

Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la luz, todo parecía más bien ordinario. Oficiales disfrutando de sus desayunos. Soldados calentándose las manos en una hoguera. Otros desmontando una tienda, preparándose para el trayecto de regreso a Adua. A más distancia, un herrero martilleando algún pedazo de hierro forjado. Ninguna masacre, plaga o hambruna de la que él fuese responsable, por lo que alcanzaba a...

Se quedó petrificado. Habían erigido un poste alto, casi un

mástil, al lado del camino que llevaba a Valbeck, con una vigueta perpendicular fijada al poste. De la vigueta pendía una jaula cilíndrica. Dentro de la jaula había un hombre. Un hombre muerto, a todas luces, con las piernas colgando. Algunos cuervos curiosos ya empezaban a congregarse en las ramas de un árbol cercano.

Un oficial lo saludó con un enérgico «¡Alteza!» y Orso ni siquiera pudo reunir el ánimo de acusar recibo. No le apetecía nada acercarse a la horca, pero no tenía opción, y notó frío el barro del campamento en los pies descalzos cuando echó a andar hacia allí.

Había dos practicantes sosteniendo la base del poste mientras otro apisonaba la tierra a su alrededor con un mazo gigantesco. Un cuarto estaba afanado martilleando clavos en sus soportes. Habían acercado hasta allí un carro enorme, cargado con más postes. ¿Veinte? ¿Treinta? El superior Pike estaba de pie a su lado, mirando ceñudo un gran mapa y señalando algo al carretero.

—Oh, no. —Las tripas de Orso empezaron a pesarle más con cada paso y temió que pudieran desgarrarse y caerle por el culo—. Oh, no, no, no.

La jaula crujió al volverse despacio hacia él y terminó revelándose a su ocupante, un hombre con la cara horriblemente inerte tras una maraña de pelo entrecano. Malmer. El hombre que había dirigido a los Rompedores. El hombre a quien Orso había prometido la amnistía.

—¿Qué coño habéis hecho? —aulló, a nadie en concreto. Era una pregunta idiota. La respuesta no podía ser más evidente. El propósito de aquellos hombres era hacerla tan evidente como fuese posible.

—Estamos colgando a doscientos de los líderes a intervalos de un cuarto de milla a lo largo del camino a Valbeck —recitó Pike, como si el chillido desesperado de Orso hubiera sido una petición directa de información sin ningún elemento emocional. Como si el problema fuera la posición precisa de los cadáveres, no que los hubiera.

—Pues... ¡parad, maldita sea! —gritó Orso echando espumarajos, su majestuosidad algo mermada por tener que sujetarse el batín como la falda de una dama sobre el barro del

camino—. ¡Que paréis, joder!

Un practicante se detuvo a media martillada y enarcó una ceja interrogativa en dirección al superior.

—Alteza, me temo que no podemos. —Pike asintió para que el hombre siguiera y el martillo siguió dando, dando, dando contra el clavo. El superior sacó un documento de aspecto ponderoso con varias firmas garabateadas al final y un gran sello rojo y dorado que Orso reconoció de inmediato como el de su padre—. Estas son las órdenes expresas y específicas de su eminencia el archilector, respaldadas por los doce integrantes del Consejo Cerrado. Y de todos modos, parar ahora no serviría de nada. Los doscientos traidores ya han confesado y han sido ejecutados. Lo único que falta es exhibirlos.

—¿Sin juicio? —La voz de Orso se había vuelto demasiado chillona. Casi histérica. Trató de someterla a su control y falló por completo—. ¿Sin el debido proceso? ¿Sin...?

Pike desvió sus ojos desprovistos de cejas, desprovistos de emoción, hacia él.

—Vuestro padre ha concedido poderes extraordinarios a la Inquisición para interrogar, juzgar y ejecutar a los responsables de esta rebelión de inmediato. Su decreto revoca vuestros sentimientos, alteza, y los míos, y en realidad los de cualquier otro.

—Pero me temo que en realidad nunca hubo alternativa. —Yoru Sulfur estaba tumbado en el carro, comodísimo entre los postes para horcas, con una mano detrás de la cabeza. Saltaba a la vista que su muy específica dieta incluía la fruta, porque sostenía una manzana a medio comer en la otra mano. Mientras Sulfur miraba con calma la jaula, Orso reparó en que tenía los ojos de colores diferentes, uno azul y uno verde—. He visto muchos casos como este y, creedme, la justicia debe caer como el relámpago. Rápida y despiadada.

—Los relámpagos rara vez caen sobre quienes lo merecen —dijo Orso con voz áspera.

—¿Quién de entre nosotros es inocente del todo? —Sulfur enseñó los dientes para morder su manzana y masticó meditabundo—. ¿De verdad podríais haber liberado a esos Rompedores? ¿Para

que se desperdigaran con el viento y extendieran el caos por toda la Unión? ¿Para que fomentaran nuevos levantamientos? ¿Para impartir la lección de que los asesinatos, las revueltas y la traición son naderías, apenas dignas de comentar y mucho menos de castigar?

—Les prometí la amnistía —murmuró Orso, notando que se le debilitaba más la voz con cada sílaba.

—Dijisteis lo que era necesario decir para llevar este desafortunado episodio a su final. Para asegurar la estabilidad. Una Unión estable significa un mundo estable, como afirma siempre mi maestro.

—No se os puede exigir que cumpláis la palabra dada a unos traidores, alteza —añadió Pike.

Orso torció el gesto mirando el fango. Se había dado cuenta de que aún tenía la polla dolorosamente atrapada tras el cinturón y metió un disimulado pulgar dentro del batín para soltarla, todo resto de magnificencia matutina marchito por completo. Le resultaba difícil contradecir los argumentos de Sulfur. Gobernar una gran nación parecía ser un asunto mucho más complejo que unos minutos antes, en la intimidad de su tienda. Y de todos modos, ¿qué podía hacer al respecto? ¿Desahorcar a los Rompedores? Su improductiva ira ya empezaba a menguar, reemplazada por unos remordimientos igual de improductivos.

—¿Qué va a pensar de mí la gente? —susurró.

—¡Pensará que, al igual que Harod y Casamir y los grandes reyes de antaño, sois un hombre que hace lo que debe hacerse! —Sulfur mordisqueó el corazón de la manzana y meneó un dedo—. La piedad es una virtud admirable en las clases populares, pero me temo que no sirve de nada para mantener a un rey en el poder.

—Podéis volver a hacerme quedar como el villano —añadió Pike—. Debo aceptar que estoy algo encasillado en el papel. —Hizo una reverencia envarada—. Y ahora, tendréis que disculparme, alteza, pero queda mucho por hacer. Deberíais regresar a Adua con toda la celeridad posible. Vuestro padre arderá en deseos de felicitaros.

Sulfur terminó de comerse la manzana y tiró el corazón a un lado antes de reclinarse a la sombra de la horca con una mano detrás de

su cabeza llena de rizos.

—No me cabe duda de que estará muy orgulloso de vos. Y mi maestro también.

Su padre estaría muy orgulloso. Por no mencionar al maestro de aquel imbécil. Una pernera del pantalón de Malmer se había subido por encima de la pantorrilla, y el viento le alborotaba los pelos grises sobre la piel pálida. Tenía un ojo cerrado, pero el otro parecía escrutar hacia abajo, en la dirección de Orso. Había oído decir que los muertos no tenían opiniones, pero aquel parecía albergar una excepcionalmente mala sobre Orso de todos modos. Casi tan mala como la suya propia.

—No es precisamente el final que esperábamos para nuestra aventura. —Tunny había llegado hasta allí con una humeante taza de té en una mano—. Pero es un final, supongo.

Orso no creía que aquel hombre le hubiera caído nunca tan mal como en ese momento.

—¿Por qué no has venido a buscarme? —preguntó con aspereza.

—Me ha dado la sensación de que estabas ocupado en otra cosa. —Tunny hizo un significativo carraspeo—. ¿Y de qué habría servido?

—Podría haber... podría haber... —Orso se esforzó por encontrar las palabras—. Detenido esto.

Tunny le entregó la taza antes de darle una palmadita paternal en el hombro.

—No habrías podido.

Orso se planteó arrojarle el té en la cara, pero tenía la boca muy seca, de modo que en vez de eso dio un sorbo. Por encima, la horca rechinó y Malmer empezó a darle la espalda muy despacio.

¿Le llamarían los historiadores Orso el Magnánimo, admirados por sus logros?

No parecía muy probable.

Tal para cual

—¿Cómo estás?

Leo contrajo el semblante al estirar la pierna herida.

—Aún me duele un poco.

—Podría haber sido mucho peor.

Hizo otra mueca al apretarse el corte del costado.

—Ya lo creo.

Su madre levantó la mano y le pasó el pulgar con delicadeza por la mejilla vendada.

—Me temo que te quedarán cicatrices, Leo.

—Como corresponde a un guerrero, ¿no te parece? En el Norte las llaman heridas que ponen nombre.

—Creo que ya hemos tenido demasiadas costumbres norteñas estos últimos días.

—No me vendría mal un descanso. —Leo respiró hondo—. Rikke no ha venido a verme.

—El resultado del duelo no la satisfizo.

—¿Preferiría que yo hubiera muerto?

—Preferiría que hubiera muerto Ocaso. Ha estado hablando sobre el tema sin pelos en la lengua.

—Habla sin pelos en la lengua sobre cualquier condenado tema —refunfuñó Leo. Tal vez Rikke pareciera un inacabable manantial de risas, pero Leo empezaba a ver que por debajo había un pozo de profundos rencores—. ¿Y qué opinas tú?

—Creo que perdonaste la vida a Ocaso porque tienes buen corazón.

—¿Es decir, pocos sesos?

—Stolicus dijo que matar a un enemigo es motivo de alivio. Convertirlo en amigo es motivo de celebración. —Su madre lo miró a los ojos. Con esa expresión que ponía cuando quería que Leo

aprendiese una lección—. Si pudieras hacerte amigo del Gran Lobo, si pudieras llegar a una alianza con el Norte...

Dejó la frase en el aire. Leo parpadeó mirándola.

—Incluso ahora, estás pensando en el siguiente paso.

—Un corredor que no piensa en el siguiente paso se cae de morros.

—Si Rikke está dolida porque Ocaso sigue vivo, ¿qué le parecerá que sea un amigo?

—Si quieres ser un gran lord gobernador, los sentimientos de Rikke no deben dictar tu política más de lo que deben dictarla los míos. O incluso los tuyos. Tienes que hacer lo que sea mejor para la mayoría. ¿Quieres ser un gran lord gobernador, Leo?

—Sabes que sí.

—De forma intermitente, la Unión ha estado en guerra con el Norte desde el día en que Casamir conquistó Angland. No podemos derrotar a los norteños con espadas, Leo. No del todo. Siempre estaremos combatiendo para repelerlos. —Bajó mucho la voz—. A menos que los invitemos a casa.

—Entonces, ¿ahora soy un pacificador?

—Eres un guerrero, como lo fue tu padre. Pero lo que distingue a un soldado de un mero asesino es que sabe cuándo dejar de luchar.

Encogiéndose por el dolor del costado, el dolor del abdomen, el dolor del muslo, Leo sacó los pies de la cama y los bajó al frío suelo.

—Debo reconocer que ahora mismo no me apetece mucho luchar.

—Dudo que podamos tenerte apartado de las espadas mucho tiempo. —La madre de Leo compuso una sonrisa seca mientras se sacaba un papel doblado de la manga—. Te ha llegado una carta. Un mensaje del rey. O de su lord chambelán, al menos.

—No me lo digas: por fin nos envían refuerzos.

—Se han enterado de que no hacen falta. Así que, por supuesto, se deshacen en elogios a tu mérito marcial.

—Sus elogios serán todo un bálsamo para mis heridas, estoy seguro.

—Ofrecen más que eso —dijo ella, volviendo a mirar la carta—. Estás invitado a Adua para un triunfo. ¡Un gran desfile para celebrar

tu victoria sobre los norteños! Sospecho que el Consejo Cerrado quiere que el rey y su hijo se bañen en el reflejo de tu gloria.

Leo se frotó la herida del hombro por encima de la venda.

—Tú eres quien merece ese triunfo.

—¿Por qué, por retirarme? —Su madre puso las manos sobre las de Leo—. Tú combatiste. Tú ganaste. Tú mereces las recompensas. —Calló un momento y lo miró a los ojos—. Estoy orgullosa de ti.

Esas palabras fueron como otro corte hecho a espada, y Leo cerró los ojos y sintió lágrimas ardiendo contra los párpados.

Nunca se había dado cuenta de lo mucho que anhelaba escucharlas.

No era fácil.

Caminaba con bastón y cada paso le suponía un doloroso esfuerzo. Los norteños desperdigados por el valle competían para lanzarle la mirada más amenazadora al verlo pasar con dificultades por delante. Uno estaba afilando una espada con un rítmico chirrido, chirrido, chirrido que parecía estar aplicado directamente a sus nervios en carne viva.

—Tengo la sensación de que no les caemos muy bien —murmuró Jurand con los labios apretados.

—Tengo la sensación de que no les cae bien nadie —susurró Glaward.

—No hace falta que les caigamos bien, siempre que no nos maten.

Leo empezaba a sospechar que aquello había sido muy mala idea. Pero tampoco habría sido la primera que tenía. Echó la cabeza hacia atrás e intentó andar como si estuviera buscando otro duelo para ese preciso instante.

No era fácil. Pero si cambiar el mundo fuese fácil, todo el mundo se dedicaría a ello.

Había una casa junto al indolente riachuelo al fondo del valle, de cuya achaparrada chimenea surgía una manchita de humo. Un hombre salía encorvado por la baja puerta, con el pelo gris como el

hierro y el semblante duro como el hierro. Leo lo reconoció del círculo. Calder el Negro. Padre de Stour Ocaso, hermano de Scale Mano de Hierro. El hombre que de verdad gobernaba el Norte.

—Eres un hombre audaz por venir aquí, Leo dan Brock. —Calder entornó los ojos como si él fuese un gato y Leo un ratón particularmente insensato—. Muy audaz o muy estúpido.

Leo aventuró una sonrisa encantadora.

—¿Un hombre no puede ser ambas cosas?

No consiguió nada de Calder el Negro.

—He comprobado muchas veces que las dos suelen darse juntas. Pero si quieres meter la cabeza en las fauces del lobo, ¿quién soy yo para impedírtelo?

—Lo cual solo nos deja un asunto pendiente.

—¿Sí?

Leo señaló con el mentón hacia los guerreros malcarados.

—Tus hombres no pintan nada acampados en tierras del Sabueso, y menos con esas caras tan belicosas. Ya va siendo hora de que vuelvan con sus familias y recuerden cómo se sonríe.

Calder el Negro lo miró un momento más y luego soltó un bufido.

—La derrota los pone de mal humor.

Y se marchó.

—Vosotros dos esperad aquí —dijo Leo a sus amigos. Nada le habría gustado más que llevarlos con él, pero algunas cosas había que hacerlas en solitario.

La estancia no era muy distinta a la habitación donde él había yacido los últimos días. El fuerte olor a hierbas de sanadora y sudor rancio. El agobiante calor del fuego demasiado alimentado. La única cama, la única silla. El material de combate muy usado, amontonado en una esquina. Un recordatorio de que el hombre que ocupaba la habitación había sido un guerrero. Una tozuda insistencia en que volvería a serlo.

—Vaya, vaya, el Joven León en persona viene de visita. —Stour Ocaso estaba tendido en una esquina sombría, con la pierna vendada sostenida en alto sobre mantas dobladas. Tenía el labio torcido en una épica sonrisa burlona, como para compensar los cardenales en torno a ambos ojos y la costra de sangre bajo la nariz

hinchada—. El último cabrón al que esperaba ver junto a mi lecho de enfermo es el cabrón que me metió aquí.

Leo colgó el asa de su bastón en el respaldo de la silla y se sentó con pesadez.

—Un gran guerrero siempre intenta sorprender.

—Hablas bien en norteño.

—Viví un año en Uffrith, con el Sabueso.

Los ojos de Stour resplandecieron en la semipenumbra. Como los ojos de un lobo en la oscuridad del bosque.

—Y he oído que le clavas el rabo a la flacucha de su hija.

Leo le sostuvo la mirada.

—Cuando no estoy clavando la espada al flacucho del hijo de Calder el Negro.

La sonrisa burlona de Stour creció en salvajismo.

—Por tu espada, dicen que tal vez no pueda volver a andar.

Leo estaba demasiado dolorido él mismo para sentirse compasivo. Y de todos modos, allí no iba a servirle de nada.

—Me confundes con alguien a quien le importe una mierda —dijo—. No soy una niñera y tampoco soy un puto diplomático. Soy un guerrero, como tú.

—No eres como yo ni de lejos. —Stour culebreó hacia atrás en el colchón, torciendo el gesto al mover la pierna—. Podría haberte devuelto al barro una docena de veces.

—Es muy posible.

—Fui mejor espadachín que tú, con mucho.

—Es muy posible.

—Si no hubiera querido lucirme...

—Pero quisiste lucirte, y no me tomaste en serio, y perdiste como un mierda. —Leo tuvo que reconocer que disfrutó muchísimo diciéndolo—. Y ahora me debes la vida.

Stour cerró el puño como si se dispusiera a atacar. Pero no se puede dar un puñetazo muy fuerte tumbado bocarriba, y los dos lo sabían. Se hundió hacia atrás y apartó la mirada, como un lobo recién derrotado por otro y escabulléndose en el sotobosque.

—Lección aprendida. —Sus ojos regresaron a los de Leo—. La próxima vez no te daré la misma oportunidad.

—No habrá próxima vez. Aunque puedas volver a andar. No eres el único que puede aprender una lección.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Porque mi madre dice que los niños lloriquean por lo que está hecho. Los hombres deciden lo que se hará.

—¿Siempre haces caso a tu madre?

—Protesto por ello, pero sí. —No era ningún diplomático, a fin de cuentas. O la franqueza resolvía la situación o nada lo haría—. Es una mujer muy inteligente.

—Suena parecido a lo que diría mi padre.

—He oído que es un hombre muy inteligente.

—Eso me dice una y otra vez. Miremos hacia el futuro, pues —dijo Stour—. ¿Qué ves en él, Joven León?

Eso: ¿qué veía? Leo respiró hondo.

—Nueve el Sanguinario ganó diez duelos en el círculo, pero dejó vivir a la mayoría de sus adversarios. Rudd Tresárboles. Dow el Negro. Hosco Harding.

—Conozco los nombres.

—Quedaron en la obligación de servirle.

Stour frunció el labio.

—¿Y quieres que yo te sirva?

—¿El Gran Lobo como mascota? —Vio que el rostro de Stour se retorcía de furia y dejó que esperara un momento más antes de continuar—. No me haces falta como sirviente. Te quiero como amigo.

Stour rebufó incrédulo, rebosante de orgullo y desprecio. Todo lo que hacía rebosaba orgullo y desprecio, aunque hubiera perdido.

—¿Como *qué*?

—Me da la sensación de que tú y yo queremos lo mismo.

—¿Y qué coño es eso?

—¡La gloria! —exclamó Leo, y su voz resonó en el angosto espacio e hizo encogerse a Stour—. Quieres que los hombres susurren tu nombre con temor. Con asombro. Con orgullo. ¡Quieres oírlo en las canciones, y en las mismas frases que el del Sanguinario y el de Whirrun de Bligh y el de todos los grandes guerreros de nuestra era! Quieres la fama. —Y Leo agitó el puño

cerrado ante la cara de Stour—. ¡Fama en el círculo y fama en el campo de batalla! Quieres sobreponerte a grandes enemigos y devolver a esos hijos de puta al barro. ¡Quieres *ganar*! —Hizo restallar la última palabra como un grito de batalla y la cara de Stour se contrajo al oírla, como la de un avaricioso al entrever un destello de oro—. ¿Y sabes cómo lo sé? —Leo sonrió, o por lo menos enseñó los dientes—. Porque yo también lo quiero.

La habitación volvió a quedar en silencio. Solo el crujido de un tronco al moverse en la chimenea. Stour estaba pensativo, con los ojos fijos en Leo. Dos héroes jóvenes y guapos en la plenitud de sus fuerzas. Un lord gobernador y un rey en ciernes, preparados para salir de las largas sombras de sus padres. Un par de campeones, de hombres de acción, con grandes victorias ya en su haber, dispuestos a heredar el mundo y volver a forjarlo a su antojo.

—Puede que al final sí que nos entendamos uno al otro —dijo Stour en voz baja.

—Tenemos que ser vecinos —continuó Leo, echándose hacia delante—. Podríamos derrochar nuestras fuerzas combatiendo entre nosotros. Derrochar nuestras vidas esperando la puñalada en la espalda, como hicieron nuestros padres tan inteligentes. Pero no somos ellos, somos nosotros mismos, y podemos hallar nuestro propio camino. El Círculo del Mundo es amplio. No van a faltarnos otros enemigos. Podría irnos mejor si combatimos juntos a esos cabronazos.

—Es un cuadro bonito —dijo el Gran Lobo con los ojos brillantes, y Leo se preguntó si debería confiar incluso menos en el Stour pensativo que en el furioso—. Pero ¿de verdad crees que un lobo y un león pueden compartir la carne?

—Si hay carne suficiente, ¿por qué no?

Stour empezó a sonreír despacio.

—Pues estrechémonos la mano, Joven León. —Y tendió la suya hacia Leo.

Leo pensó si de verdad estaba metiendo la cabeza en la boca del león, pero ya había llegado demasiado lejos. No había vuelta atrás. Así que hizo una mueca al levantarse y estiró el brazo para coger la mano de Stour.

Dio un respingo cuando los dedos se cerraron con fuerza en torno a los suyos y tiraron de él hacia delante, con un dolor agudo en el costado herido. Se encontró doblado encima de Stour con una daga rozándole el cuello.

—¿Te metes en la madriguera del lobo hablando de amistad? —Stour hizo chasquear la lengua—. No es muy inteligente.

—Nadie me ha acusado nunca de ser inteligente. Pero ya hemos probado a ser enemigos. —Leo pasó la mano en torno a la hoja del cuchillo de Stour para rascarse con suavidad la cara vendada—. Y mira lo que hemos conseguido.

El Gran Lobo enseñó los dientes y Leo sintió el filo de la daga apretándole el cuello, la tensión en el brazo de Stour al empuñarlo con fuerza.

—Me gustas, Brock. Tal vez sí que seamos tal para cual, después de todo. —El rictus de Stour se convirtió en sonrisa y clavó la daga en la pared de zarzo, para gran alivio de Leo—. El Joven León y el Gran Lobo juntos. —La sonrisa empezó a rezumar satisfacción mientras apretaba la mano de Leo incluso con más fuerza—. ¡Esa sí que es una unión que hará temblar el mundo!

Cofres vacíos

El viento había arreciado y sus ráfagas fustigaban las hojas marrones de los árboles y las enviaban volando por la ladera de la colina, fustigaban el pelo de Rikke contra su cara mientras ella se levantaba y miraba con silenciosa ira cómo Leo se acercaba renqueando seguido de Jurand y Glaward.

No había dejado de estar iracunda desde el duelo, y no siempre en silencio. Tres veces había ido a la casa donde Leo yacía herido. Tres veces había merodeado por fuera. Tres veces se había marchado sin entrar. Queriendo verlo, negándose a verlo. Había esperado que su silencio atronara por ella, pero algunos hombres se empecinaban en la sordera.

Leo enseñaba los dientes al caminar, apoyando buena parte del peso en un bastón. Verlo espolvoreó algo de remordimiento en la furia de Rikke. Leo había combatido por ellos, al fin y al cabo. Había arriesgado su vida por ellos sin tener nada más a favor que la palabra de Rikke diciendo que ganaría. Tropezó y ella estuvo a punto de echar a correr para ayudarlo. Pero Leo alzó la mirada, la vio y fue entonces cuando de verdad empezó a parecer dolorido. Como si esperase de ella un trato peor que de sus enemigos. En eso, por lo menos, no iba errado.

—Ahora verás lo que es estar dolorido —murmuró ella entre dientes.

No mejoraba en absoluto su humor que, desde el combate, seguía viendo fantasmas. Figuras neblinosas que acechaban en los bordes de su visión. Imágenes borrosas que seguían a los rostros. Gente preparando el círculo. Gente luchando y muriendo en la batalla. Una vez, un tipo cagando entre los arbustos. No seguían ninguna pauta que ella pudiera discernir. Aún notaba caliente el ojo izquierdo, y los nervios descarnados y escocidos, y el estómago

ruidoso y burbujeante. Esa mañana se había levantado de la cama y había dado un chillido al mirar atrás y vislumbrar un atisbo de ella misma durmiendo. Se encogía de vez en cuando al pensar en aquella hendidura del duelo. Se estremecía con el recuerdo del foso negro que había al otro lado, el foso que contenía el conocimiento de todo.

A lo mejor sí que se podía obligar al ojo largo a abrirse, a fin de cuentas. Pero volver a cerrarlo quizá fuese otro cantar.

—Rikke. —Al acercarse, Leo probó con una sonrisa culpable que no hizo ningún bien a ninguno de los dos—. Me alegro de...

—Dice Antaup que has estado charlando con Stour Ocaso.

Leo hizo una mueca.

—No tendría que haber dicho nada.

—¿Así que el problema no es que lo hayas hecho, sino que él lo haya contado? ¡Dime que esta vez sí que has matado a ese hijoputa de los guiños!

Leo suspiró, como si hablar con ella fuese una tarea agotadora.

—Ya ha habido bastante matanza, ¿no crees?

—Toleraría una tumba más para el hombre adecuado.

Glaward ya estaba apartándose poco a poco; escasas agallas para alguien tan corpulento.

—Creo que será mejor... De hecho, ahora mismo tengo que...

Jurand se mantuvo donde estaba, frunciendo el ceño a Rikke, con una mano extendida como para sostener a Leo si perdía el equilibrio.

—¿Quieres que me quede?

—No —dijo Leo, pero dio a entender que en realidad sí—. Ahora os alcanzo.

Jurand se apartó de mala gana. Por cómo miraba a Rikke, cualquiera habría dicho que la pareja eran Leo y él. Rikke se había propuesto mostrarse firme pero justa, como su padre le decía siempre que fuera, pero mucho antes de que Jurand dejara de poder oírlos empezó la regañina.

—¿De qué teníais que hablar ese cabrón asesino y tú?

—Del futuro. Nos guste o no, será el rey de los norteños. Mejor hablar que pelear, porque...

—¿Lo es? —restalló Rikke—. Me sorprende que no te hayas quedado allí a cogerle la manita mientras se cura y reíros juntos recordando cuando quemó el salón de mi padre. ¡Cuando me persiguió a mí por el bosque y mató a mis amigos y los tuyos!

Leo crispó los rasgos como si estuviera saliendo a una tormenta.

—No estoy cambiando de bando, Rikke. Solo intento construir un puente de un lado al otro.

—Sin duda. ¡Un puente por el que esos capullos malvados puedan marchar otra vez hacia aquí!

—Matar a un enemigo es motivo de alivio —recitó él, pomposo —. Convertirlo en amigo es motivo de celebración.

—¡Te haces amigo de tus enemigos cuando ves el barro amontonado encima de los muy cabrones! ¿Crees que Calder el Negro tiene intención de dejarlo estar? Quiere todo el Norte y no se quedará tranquilo hasta conseguirlo. Lo único que has hecho es despertarle el apetito.

Leo tenía el mismo aspecto de niño enrabietado que cuando estaba con su madre. Rikke sentía más afinidad con ella a cada día que pasaba.

—Ahora el heredero del Norte me debe la vida. Está obligado conmigo. Eso es valioso, ya que...

—Por los muertos —lo interrumpió ella, despectiva—. ¿Crees que a la gente como Stour Ocaso le importan una mierda las deudas y las obligaciones? Te traicionará rápido como una serpiente. Me prometiste que lo matarías, Leo. Me lo prometiste.

—¡No es tan fácil matar a un hombre! No cuando está ahí tendido, a tu merced.

—¡Pues yo diría que ese es el puto momento perfecto!

—¿Qué sabrás tú de esto? —espetó él—. Se da una hermandad entre dos hombres en el círculo. Un *vínculo*. ¡Tú no puedes entenderlo!

—¿Porque tengo coño o porque tengo cerebro?

—Puede que mi madre me trate como a un niño pequeño, pero al menos soy su hijo, joder. ¡Ahora soy lord gobernador! —Medio enfadado y medio suplicante, como si intentara convencerse a sí mismo tanto como a ella—. Tengo que tomar las decisiones.

—¿Y la primera que tomas es incumplir tu propia puta palabra?

Pareció sorprendido por lo salvaje que sonó Rikke. En realidad, a ella también la sorprendió un poco.

—No tenía ni idea de que pudieses ser tan... despiadada.

—Ya, claro, Rikke la Despiadada, terror del Norte. Parece que ningún hombre de mi vida me conoce tan bien como cree. El caso es que ser majo no sirve para nada. Debes hacer de tu corazón piedra, Leo. Tendrías que haberlo matado.

—Puede que sí. —Leo alzó la barbilla—. Pero gané. Qué hacer con él era decisión mía.

Por los muertos, ¿cómo habían llegado a estar así ellos dos? Habían pasado de una gran dicha con pocos incordios a un gran incordio sin la menor dicha. Rikke supuso que existía un límite a la distancia que se podía cabalgar sobre unos buenos abdominales. Sintió una oleada de espasmos en la mejilla y el hecho de no poder controlar su propia cara la cabreó más que nunca.

—¡Eres un gilipollas arrogante! —le gritó—. ¡Fuiste imprudente, y estúpido, y de lejos el segundo mejor luchador de dos! ¡Saliste victorioso porque Stour es un imbécil más inflado incluso que tú y no pudo evitar ponerse a presumir! ¡Ganaste porque mi ojo largo vio lo que iba a hacer y te lo chillé, joder!

El rostro magullado y vendado de Leo apenas se había movido mientras ella hablaba. Cuando a Rikke se le terminaron las cosas con las que hacerle daño y se quedó callada, Leo dio un pequeño paso hacia ella. No estaba enfadado. No estaba triste.

—¿Qué fue lo que me dijiste? Nadie recuerda cómo se ganó el combate. Gané yo. A nadie le importa cómo.

Le rozó el hombro al pasar a su lado, no del todo apartándola de su camino, pero casi.

No habría pasado más de un par de días desde que Leo dijera que la amaba. Al parecer, se olvidaba de sus amores con la misma facilidad que de sus promesas.

La dejó en la ladera de la colina, fustigada por el viento. En silenciosa ira.

—El puto Leo dan Brock —gruñó, y por si alguien no se había percatado de su opinión, añadió—: ¡Ese zopenco presumido!

Isern estaba jugueteando pensativa con los huesos de dedos de su collar.

—Intuyo que algo se ha interpuesto entre los jóvenes amantes.

—Tienes una percepción increíble para estas cosas —afirmó el padre de Rikke.

—¡Es una puta vejiga llena de vanidad! —restalló Rikke, frotándose el ojo. Aún le dolía. Aún le ardía.

—¿Sabes cuál es tu problema? —Su padre tenía aquella expresión tranquilizadora que siempre, sin excepción, la enfurecía más.

—¡Mi problema es el mentiroso de Leo dan Brock, ese mamón traicionero!

—Sueles tener unas expectativas de la gente tan altas que lo único que pueden hacer es decepcionarte...

—A mí nunca deja de preocuparme —terció Isern, asintiendo— lo mucho que me adora esta chica.

—... y cuando lo hacen, la caída es de aúpa.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Rikke. Entonces se preguntó si lo sería y al instante perdió la paciencia para aquel ejercicio—. ¡Menuda gilipollez!

—Llevas desde el principio diciendo que Leo tiende a pensar en sí mismo en primer lugar, y en segundo, y en tercero, y en último —le recordó Isern.

—¿Y dices que está bien?

—Digo que es un defecto de no te menees en un amante, pero un defecto al que ya tenías los ojos muy abiertos. Verás, si construyes un barco hecho de queso, luego no puedes clamar al cielo cuando se hunda, porque es bien sabido que el queso es mal material de construcción náutica.

—Solo deberías pedir promesas que sabes que van a cumplirse —dijo su padre—. Y estamos hablando del círculo. —Hizo un gesto de impotencia—. Estas cosas pasan. Tienes que intentar ver la parte

luminosa o te pasarás la vida a oscuras.

Los dientes de Rikke rechinaron. Como de costumbre, los dos planteaban muchos argumentos racionales. Pero eran argumentos irracionales lo que ella quería en esos momentos.

—Entonces, si alguien me da una patada en el culo, ¿tengo que agradecerle que no me la haya dado en los dientes?

—Hemos recuperado nuestras tierras, Rikke. Nuestra ciudad. Nuestro salón. Nuestro jardín. —La boca de su padre se curvó en una sonrisa distante—. Está claro que habrá que repararlo todo un poco, pero...

—¿Cuánto tiempo crees que durará? —preguntó Rikke con desdén, poco reconfortada por la idea de cultivar una rosa o dos—. ¿Crees que Calder el Negro va a tirar a la basura los sueños de su padre, a descartar sus ambiciones con las raspas del pescado? Ese cabrón avaricioso no va a irse a ninguna parte. ¡Cuando miremos hacia otro lado, volverá!

Su padre, como siempre, se negó a dejarse llevar a la ira y mantuvo una tranquila resignación.

—Nada dura para siempre, Rikke. Ni la paz ni la guerra. Lo único que puedes hacer es lo mejor posible en el tiempo que se te concede.

—Pues nada, ahí tenemos la respuesta. ¡Hacer lo mejor posible! Una sabiduría de la que enorgullecerse.

Lo único que obtuvo de él fue una expresión nostálgica.

—Ojalá tuviera alguna sabiduría que ofrecerte. Ojalá tuviera las respuestas.

Entonces Rikke se sintió culpable. Últimamente parecía que le pasaba mucho, cuando no estaba enfadada. Pasaba de un estado a otro como un puto balancín. De los que dan buenos golpes en el culo.

—Lo siento —gruñó—. Me has ofrecido mucha sabiduría. Y más respuestas de las que merece cualquier niño. No me hagas caso. —Pero no pudo resistirse a añadir murmurando—: Nadie me lo hace.

—Bueno, el problema de tu traicionero pero bien proporcionado lord gobernador va a solucionarse solo. —Isern se reclinó y subió una bota a la mesa mientras amasaba una bolita de chagga entre el

índice y el pulgar—. Porque se marcha a la Unión, donde los idiotas engreídos que no movieron ni un dedo para ayudar lo llamarán el guerrero más grande desde Euz y le inflarán la cabeza a pedos hasta que no pase por una puta puerta ni de lado.

—Anda. —Rikke movió con destreza la bolita de chagga cuando Isern se la puso en la boca y la encajó tras su propio labio—. Pues menuda solución.

—Pensaba que lo odiabas.

—Así es.

—¿Pero no quieres que se marche a ninguna parte? —preguntó Isern, empezando a hacer otra bolita para ella.

Rikke puso los codos en la mesa y la barbilla en las manos y se hundió desdichada sobre ellas.

—Exacto.

Su padre cogió la segunda bolita de los dedos de Isern y se la metió en la boca.

—En ese caso, es una suerte que vayas a ir con ellos.

Rikke levantó la mirada.

—¿Dónde dices que voy a ir?

—A Adua.

—Yo tengo que volver a Uffrith contigo. Cuidar el jardín y esas cosas. —Aunque lo cierto era que nunca había tenido paciencia para ello, y mucha menos tal y como estaban las cosas.

—Isern y Escalofríos te acompañarán para asegurarse de que no hagas travesuras.

—¿O de que sí? —murmuró Isern, mirándolos a los dos con cautela mientras amasaba una tercera bolita.

—Podrás derramar una copa en la tumba de mi viejo amigo Hosco. —Sonrió un poco—. No hace falta que pronuncies unas palabras. Nunca le gustaron. Pero se llegará a acuerdos en Adua, y tenemos que estar representados. Después de la Batalla de Osrung, se nos prometieron seis asientos en el Consejo Abierto. Aún los estamos esperando.

—Las promesas son como las flores —dijo Isern, separando los brazos a los lados—. Entregadas a menudo, mantenidas pocas veces.

—Bueno, si Leo cumple con nosotros, puede que esta vez se mantengan.

Rikke, taciturna, pasó la bolita de un lado del labio al otro.

—No he demostrado ser muy buena haciendo que Leo cumpla con nada.

—Prueba otra vez. Tal vez mejores. Y te hará bien ver mundo. Hay más cosas en él que bosques, lo creas o no.

—Adua —murmuró Rikke—. La Ciudad de las Torres Blancas.

Había oído hablar mucho de ella, pero jamás había ido en persona. Un año en Ostenhorm ya había sido bastante agotador.

—Pero prométeme una cosa.

—Lo que sea.

—Déjalo estar.

—¿El qué?

—El rencor —dijo su padre, y de pronto pareció exhausto—. Las disputas. Los enemigos. Confía en la palabra de un hombre con un buen capazo de experiencias amargas. La venganza es solo un cofre vacío con el que eliges cargar. Un cofre bajo cuyo peso tendrás que doblarte hasta tus últimos días. Un ajuste de cuentas solo planta las semillas de otros dos.

—¿Estás diciéndome que debería olvidarme de lo que dijeron? ¿Olvidarme de lo que hicieron?

—Esas cosas no se olvidan. Yo estoy acorralado por los recuerdos. —Dio unos manotazos, como si las sombras estuvieran ocupadas por un gentío invisible—. Asediado por los muy hijos de puta. Por los sufrimientos y las lamentaciones. Por los amigos y los enemigos y quienes fueron un poco las dos cosas. Una vida demasiado larga, llena de ellos. No puedes elegir lo que recuerdas. Pero sí puedes elegir lo que haces al respecto. Llega un momento... en el que tienes que dejarlo estar. —Sonrió triste, bajando la mirada a la mesa—. Para poder regresar al barro sin ese lastre.

—No hables así —dijo Rikke, poniendo la mano sobre el dorso de la de su padre. Se sentía como si navegara por mares tormentosos y él fuese la única estrella con la que orientarse—. Estás muy lejos del barro.

—Estamos todos a solo un pelo de distancia, chica, en todo

momento. A mi edad, uno tiene que estar preparado.

Rikke comprendió que se había dejado llevar por la amargura, se inclinó hacia delante, dio un fuerte abrazo a su padre y apoyó el mentón en el escaso pelo de su coronilla.

—Lo dejaré estar, lo prometo. —Pero empezaba a tener la sensación de que no se le daba muy bien dejar estar nada.

A la espalda de su padre, Isern se dio un golpecito con el puño en el corazón y vocalizó una palabra: «Piedra».

Como la lluvia

—Ah, el hogar —dijo Savine mientras el carruaje se detenía con una sacudida.

Broad nunca había ido en carruaje y tenía todos los huesos doloridos. Como con la mayoría de los lujos, empezaba a comprender que era más importante lo que parecía que lo que se sentía.

El hogar de Savine habría resultado impresionante como fortaleza, así que no digamos como casa. Era un gigantesco cubo de piedra clara, hectáreas de ventanas oscuras que miraban ceñudas a la vía Regia a través de unos jardines que parecían en llamas por los colores otoñales. Tenía un enorme porche con grandes columnas, como si fuese un templo del Viejo Imperio. Tenía una torre en una esquina con aspilleras y almenado. Tenía a un par de guardias que sostenían alabardas ceremoniales, inmóviles como estatuas a ambos lados de la inmensa escalinata de mármol.

Broad miró a Liddy tragando saliva, y ella le devolvió la mirada con los ojos como platos, y ninguno de los dos tenía nada que decir. Unos lacayos los ayudaron a bajar del carruaje. Llevaban casacas verde esmeralda y botas pulidas hasta reflejar como espejos y grandes y aleteantes puños de encaje en las mangas. May miró fijamente al hombre que le ofrecía una mano envuelta en un guante blanco inmaculado, como si temiera manchárselo con los dedos.

—Estos condenados lacayos parecen grandes lores —murmuró Broad.

—Uno de ellos es un lord —replicó Savine, mirando hacia atrás.

—¿Qué?

—Es broma. Tranquilo. Ahora esta es vuestra casa.

Era fácil decirlo para ella, que estaba entrando por su propia

puerta delantera. Broad se sentía como si estuviera metiendo la cabeza en la boca de un dragón. Aunque pocos dragones podrían haber tenido unas fauces con la mitad del tamaño de aquellos altísimos portones.

—No me encuentro muy tranquilo —murmuró a Liddy mientras emprendía los peldaños.

—¿El señor preferiría una celda en el Pabellón de Interrogatorios? —respondió ella, sin que flaqueara la sonrisa poco convincente que estaba dedicando a un guardia—. ¿O una horca en el camino de Valbeck?

Broad carraspeó.

—Bien dicho.

—Pues cierra el pico y da gracias.

—Siempre buenos consejos.

El recibidor podría haber contenido una manzana entera de un barrio pobre de Valbeck. Era una refulgente extensión de maderas exóticas y mármoles de colores importados de lugares cuyos nombres Broad seguramente no sabría ni pronunciar, de modo que se tiró hacia abajo de las mangas desgastadas y se tiró hacia arriba del cuello desgastado en un penoso intento de quedar un poco más presentable.

Los esperaba una hermosa dama de piel oscura, alta y elegante, con las manos juntas y el cabello azabache recogido en un tenso moño.

—Lady Savine.

Savine fue hacia ella y la abrazó.

—Me alegro mucho de verte, Zuri. No sabes cuánto.

La mujer de piel oscura se quedó un momento sorprendida y luego alzó los brazos y devolvió el abrazo a Savine.

—Lamento muchísimo haberos defraudado. No dejaba de pensar que... si hubiera podido estar allí...

—Me alegro de que no estuvieras. Nadie habría podido hacer nada. Dejémoslo todo... tal y como estaba antes. —Y Savine compuso una sonrisa frágil e incómoda, como si fuese más fácil decirlo que hacerlo. Broad sabía lo que era eso—. ¿Pudiste ayudar a tus hermanos?

—Gracias a vos. Han regresado conmigo. —Zuri hizo una señal a dos hombres para que se acercasen. Los dos tenían la piel oscura como ella, pero por lo demás no podrían haber sido más distintos—. Este es Haroon.

Haroon era ancho como una puerta, calvo y barbudo. Se tocó la amplia frente con dos dedos, solemne como un enterrador, y habló con la voz más grave que Broad había oído en la vida.

—Damos gracias a Dios por haberos traído de vuelta sana y salva, lady Savine.

—Y este es Rabik.

Rabik no sería mucho mayor que May, de constitución ligera y ojos brillantes, con el lustroso pelo negro largo hasta el cuello. Hizo una rápida inclinación y mostró muchos dientes en una sonrisa fácil.

—Y os agradecemos que nos refugiéis del caos que hay en el Sur.

—Me alegro mucho de teneros aquí —respondió Savine.

—Vuestra madre desea veros, por supuesto —dijo Zuri—, y hay mucho de lo que hablar en los libros, pero he pensado que antes querríais daros un baño.

Savine cerró los ojos y dejó escapar un suspiro entrecortado.

—Por los Hados, cómo te echaba de menos. Baño, madre, libro, en ese orden.

—Subiré a ayudar a vestiros cuando vuestros amigos estén instalados. Me he... tomado la libertad de contratar a otra maquilladora.

Savine tragó saliva.

—Por supuesto. ¿Y podrías traerme un poco de polvo de perla, Zuri? Necesito... un empujoncito.

Zuri le apretó la mano.

—Ya está esperándoos.

Broad miró a Savine marcharse escalera arriba. Era tan ancha que podría haber subido por ella con el carruaje. La lámpara de araña atrapó su mirada. O estuvo a punto de cegarla con su brillo, en realidad. Era una montaña invertida de titilante cristal de Visserine. Docenas de velas, y todas ellas de cera, de las buenas, de las de a diez cobres. Broad se preguntó cuánto habría costado

fabricarlo. Cuánto costaría encenderlo cada tarde.

—Debéis de ser la familia Broad.

Zuri estaba observándolo con atención, ya no tan cordial, con sus negros ojos duros y cautos. Broad no se lo podía reprochar. Liddy y él habían perdido al mismo tiempo el don del habla y le correspondió a May hablar en nombre de la familia. Al parecer, estaba ocurriendo cada vez más.

—Yo soy May, y estos son mis padres, Liddy y Gunnar. —Alzó el mentón en un pequeño gesto desafiante que hizo sentir a Broad un extraño orgullo—. Cuidamos de lady Savine en Valbeck. La mantuvimos a salvo.

—Ella y sus padres estarán tremendamente agradecidos. Y nadie ha hecho jamás a esta familia un favor o una afrenta que no se hayan devuelto por triplicado. Supongo que os incorporaréis al servicio de lady Savine.

—Nos gustaría —respondió Liddy.

—Os hará trabajar. Hace trabajar a todo el mundo.

—Nunca nos ha dado miedo el trabajo —dijo May.

—El profeta dice que es el camino más directo hacia el paraíso, a fin de cuentas.

La mujer lo dijo con una especie de curiosa sonrisa, como si no fuese ni por asomo tan devota como daban a entender sus palabras, antes de llevarlos por un pasillo que parecía no tener fin. Allí no había reluciente mármol, sino solo yeso encalado y tablones desnudos, pero estaba todo bien colocado y olía a jabón. Incluso allí atrás, Broad seguía sintiéndose un poco superado en clase. Se cruzaron con dos chicas cargadas con la colada, que los miraron nerviosas como si fuesen animales que hubieran escapado de sus jaulas. Quizá lo eran.

—¿Cuántos sirvientes hay? —preguntó May.

—Diecinueve en esta casa, además de doce guardias.

Los ojos de Liddy estaban casi tan abiertos como debían de estarlo los de Broad.

—¿Cuántas casas tiene?

—Esta es la casa en la ciudad del padre de lady Savine, su eminencia el archilector. Lady Savine pasa aquí buena parte de su

tiempo libre, aunque tiene muy poco. —Zuri echó una mirada rápida a un reloj que llevaba en una cadenita al cuello y apuró un poco el paso—. Pero es dueña de otras cinco casas propias. Una en Adua, que utiliza para las reuniones de la Sociedad Solar y otros acontecimientos sociales, una en Keln, una en Angland, un pequeño castillo en el campo cerca de Starnlend y otra en Westport. —Se acercó a ellos para murmurar—: Pero que yo sepa, a esa no ha ido nunca.

—El castillo es pequeño, ojo —gimió May al oído de Broad.

Pasaron delante de una cocina en la que una mujer estaba apaleando con ganas un montón de masa mientras otra cortaba un pescado con un cuchillo de filetear.

—¿Cuánta gente trabaja para ella? —preguntó Liddy.

—En su servicio personal, incluyéndoos a vosotros, a mis hermanos y a la maquilladora nueva, treinta y cuatro. En sus distintos negocios, bueno... centenares. Miles, tal vez.

—¿A qué negocio se dedica? —graznó Broad mientras giraban para coger una larga escalera.

—Sería mejor preguntar a qué negocios *no* se dedica. ¿Qué experiencia tenéis?

—Yo sé coser —dijo Liddy—. Una vez fui ayudante de una modista. Puedo limpiar y sé cocinar un poco.

—Lady Savine siempre encuentra trabajo a quien sepa utilizar la aguja. Solo su guardarropa ya provee empleos para una legión. —Giró una llave y los hizo pasar a una sala inundada de luz. Los árboles susurraban en el viento al otro lado de las tres enormes ventanas, dejando caer suavemente sus hojas amarillentas. A través de una puerta, Broad vio un enorme y antiguo armazón de cama. Empezaba a preguntarse si los habían llevado allí para que limpiaran cuando la mujer le entregó la llave—. Podéis usar estas habitaciones de momento, hasta que os encontremos algo mejor.

—¿Mejor? —murmuró Broad, sin poder dejar de mirar un jarrón de flores frescas sobre una mesa antigua y bonita.

Siempre se había considerado una persona desafortunada. En ese momento se preguntó qué había hecho para merecer tanta suerte. ¿Por qué estaba en aquellas habitaciones que olían tan a

limpio mientras los cuervos picoteaban los cadáveres de hombres mejores en el camino a Valbeck? Lo único que se le ocurrió fue que merecerlo no tenía nada que ver con el asunto. La vida te caía encima sin más, como la lluvia.

—¿Qué papel os veis desempeñando aquí, maese Broad?

Broad se subió los anteojos por la nariz y negó despacio con la cabeza.

—Nunca me había visto desempeñando nada en una casa como esta. Yo trabajaba en una cervecería, mi señora.

Zuri sonrió.

—No tienes por qué llamarme así. Soy la dama de compañía de lady Savine.

—Creía que erais amigas —dijo May.

—Y lo somos. Pero si algún día olvidara que también soy su sirviente y ella es también mi señora, no seguiríamos siendo amigas mucho tiempo. —Miró a Broad de nuevo—. ¿Qué más?

—Vengo de una familia de pastores, desde hace mucho tiempo. —A la mujer aquello le daba igual. A Broad apenas le importaba ya, dado que le parecía que habían pasado mil años—. Y también... estuve en el ejército... un tiempo.

Los ojos de Zuri se posaron en el dorso tatuado de su mano.

—¿Has visto acción?

Broad tragó saliva. Empezaba a tener la sensación de que a aquella mujer se le escapaban pocas cosas.

—Alguna. En Estiria.

—¿No aprendiste nada estando de campaña?

—Nada que pueda ser útil en el servicio de una dama.

Zuri rio mientras se volvía hacia la puerta. Una risa que transportaba un considerable significado.

—Ah, te sorprenderías.

Copas con mamá

Savine había esperado que cuando estuviera en casa rodeada de sus cosas, bañada, perfumada y segura en su armadura de corsetería, volvería a ser ella misma. Mejor, de hecho, porque las adversidades fortalecen el carácter. Savine sería el árbol de raíces profundas que se comba en la tormenta pero no puede partirse. Sería la espada que sale del fuego templada y bla, bla, puto bla.

En vez de eso, era como un palo muerto hecho añicos. Como arrabio fundido con la consistencia del lodo. Valbeck no había quedado tras ella en el pasado: seguía muy presente, rodeándola por todas partes. Saltaba con los susurros y se asustaba de las sombras, como si aún estuviera escondida en la esquina de la sofocante habitación de May y las pandillas rondaran fuera por las calles. Mientras se empolvaba las pecas de la nariz hasta obtener una pálida perfección, se sentía como si le hubieran rajado las tripas y estuvieran cayendo por todo el suelo. Le costaba recordar aquella confianza automática que solía tener. Era una impostora en su propia ropa. Una extraña en su propia vida.

—¡Madre!

—¡Savine! ¡Gracias a los Hados, estás a salvo!

—Gracias a los Broad. No podría haber sobrevivido sin ellos.

—Creía que vendrías derecha a verme cuando llegaras. —Su madre tenía su acostumbrado mohín de cuando la sermoneaba. Tenía tantas ganas como Savine de fingir que todo seguía igual.

—Quería lavarme primero. Me parecía que llevaba meses sin estar limpia.

Pero no se sentía limpia ni entonces. Por mucho que se frotara, aquel temor incierto seguía adherido a ella como una pegajosa segunda piel.

—Nos tenías a todos muy preocupados. —Su madre sostuvo a

Savine con los brazos estirados para poder mirarla de arriba abajo. Como un propietario examinando los daños a una casa asolada por las llamas—. Querida, qué delgada estás.

—La comida... no era buena. Y luego se terminó. —Savine soltó una risa aguda, aunque nada en absoluto de aquello era gracioso—. Comíamos mondas de verduras. Es increíble lo deprisa que empiezas a considerarte afortunada por tenerlas. Había una mujer en la puerta de al lado que intentó hacer sopa hirviendo la pasta del papel de pared. No le... salió bien. —Se sacudió—. ¿Me pones una copa madre? Necesito... un empujoncito.

Habría preferido con mucho que la abrazaran pero, dado que eran quienes eran, bien podía emborracharse.

—Sabes que nunca rechazo un trago antes de comer. —Su madre abrió el gabinete y empezó a servir—. Lubrica el duro camino hacia la tarde.

Ofreció una copa a Savine, que se la bebió de un trago y la devolvió vacía. Su madre enarcó una ceja.

—Sí que necesitas lubricación.

—Fue... —Savine notó que se le anegaban los ojos de lágrimas mientras intentaba expresar con palabras lo que había sido. Reptar a través de las chirriantes máquinas. Correr por una ciudad enloquecida. Acuclillarse en la apestosa oscuridad—. Fue...

—Ahora estás a salvo. —Y su madre empujó otra bebida sobre la mesa hacia ella.

Savine se obligó a regresar de las barriadas de Valbeck. Dio un sorbito a su copa, aunque habría preferido beber a morro de la licorera.

—¿Dónde está mi padre?

—Trabajando. Tengo la sensación de que no se atrevía a verte. —Su madre se sentó con un frufrú de sus faldas, limpió un poco de vino que había caído en el exterior de su copa y se chupó el dedo—. Puede enviar a cien prisioneros a congelarse en Angland sin inmutarse, pero te decepciona y apenas es capaz de levantarse de la cama. Seguro que no tardará en llegar, para comprobar que estás bien. —Su madre la estudió un momento por encima del borde de su copa—. ¿Estás bien, Savine?

—Claro. —El chapoteo del cubo en el agua negra, el hedor a incendio en su nariz—. Aunque... —El crujido de la cadena cuando el cuerpo del propietario se balanceaba colgado de la chaveta de su propia factoría—. Puede costarme... —La sensación cuando su espada atravesó el cuerpo de aquel hombre. Qué poca resistencia. La cara que puso. Qué sorprendido—. Algo de tiempo... —El chirrido, el desgarro, el aullido cuando el brazo del guardia se hundió entre los engranajes de aquella máquina—. Adaptarme.

Vació la copa otra vez. Se sacudió para liberarse de Valbeck otra vez. Obligó a la sonrisa a regresar a su cara. Otra vez.

—Madre... tengo una noticia.

—¿Más importante que el hecho de que estés viva?

—En cierto modo, sí. —O por lo menos, eso opinaría la reina Terez.

—¿Es mala? —preguntó su madre, poniendo cara de preocupación.

—No, no, es buena. —O eso pensaba—. Es muy buena. —O eso esperaba—. Madre, he recibido una propuesta de matrimonio.

—¿Otra? ¿Cuántas llevas ya?

—Esta vez voy a aceptar.

¿Qué hombre encajaba mejor con ella, al fin y al cabo? ¿Qué hombre podía ofrecerle más?

Su madre puso los ojos como platos.

—Ay, joder. —Apuró la copa de un largo trago—. ¿Estás segura? Teniendo en cuenta por lo que acabas de pasar...

—Estoy segura. —Era lo único de lo que estaba segura—. Lo que acabo de pasar... solo me ha hecho comprender... lo segura que estoy.

Orso era lo único del mundo entero que tenía sentido, y cuanto antes volviera a estar entre sus brazos, mejor.

—Pero aún no soy lo bastante mayor como para tener una hija casada. —La madre de Savine aspiró una risotada mientras iba a la mesa y quitaba el tapón de la licorera—. Dime, ¿quién es el capullo más afortunado de la Unión?

—Ahí está la cosa. Es... bueno...

—¿Te has encaprichado de alguien inadecuado, Savine? —El

vino borbotó al caer a la copa—. Casarte por debajo de tu clase social no es lo peor que hay en el mundo, ya lo sabes. Tu padre lo hizo y...

—¡Es el príncipe heredero Orso!

La cabeza de su madre se alzó de sopetón y, por una vez, la copa quedó olvidada en su mano. Savine tuvo que reconocer que sonaba absurdo. La parte más improbable de la fantasía más improbable. Carraspeó, miró el suelo y siguió hablando con la voz entrecortada.

—Parece que... a su debido tiempo... voy a ser la reina de la Unión.

Y también tuvo que reconocer que sentaba bien decirlo. Quizá al final la serpiente de la ambición que tenía enredada en las entrañas no hubiera muerto en el levantamiento, sino que solo se hubiera quedado adormecida. Y al olisquear un poder tan embriagador, había despertado de golpe con el doble de su antigua hambre.

Pero cuando alzó la mirada, su madre tenía una expresión muy extraña. Desde luego, no era de gozo. Ni siquiera de sorpresa. Casi habría que llamarla de horror. El pie de la copa de vino tintineó cuando su madre la dejó resbalando en la mesa, como si ya no pudiera sostener su peso.

—Savine, dime que estás de broma.

—No lo estoy. Me ha pedido que me case con él. Una dama de buen gusto nunca contesta de inmediato, por supuesto, pero voy a decirle que sí y...

—¡No! ¡Savine, no! No es... no es tu tipo para nada. Es un haragán. Y famoso por ello. Es un borracho.

Savine casi dio un respingo por la hipocresía, pero su madre la agarró y sus dedos se le clavaron desesperadamente fuertes en los brazos.

—¡No puedes casarte con él! Solo quiere tu dinero. Tú solo quieres su posición. Eso no son fundamentos para un matrimonio, seguro que lo...

¿Lecciones sobre los fundamentos adecuados para un matrimonio? ¿De boca de su madre? Savine la apartó.

—No es por el dinero ni por la posición. Sé que todos piensan

que es un idiota, pero se equivocan. Será un gran rey. Sé que lo será. Y un marido maravilloso. Estoy segura. Estaba allí. Cuando de verdad lo necesitaba, movió montañas por mí. La gente cree que no tiene carácter, pero no saben lo que dicen. Yo soy lo que necesita, y él es lo que yo necesito. Lo que ni siquiera me había dado cuenta de que necesitaba. —Con él podía sentirse segura. Ser la mejor persona en que había prometido transformarse. Con él podía dar la espalda a los horrores de Valbeck y mirar hacia el futuro. Soltó una risita de doncella que no le encajaba nada—. Estamos enamorados. —Que los Hados la asistieran, quería cantarlo y bailar por toda la sala como una niña—. ¡Estamos enamorados!

Su madre no estaba bailando. Su rostro había palidecido hasta volverse más que fantasmal. Se hundió en una silla y se llevó una mano a la boca.

—¿Qué he hecho? —susurró.

—Madre, me estás asustando.

—No puedes casarte con el príncipe Orso.

Savine se acuclilló delante de ella. Le cogió las manos entre las suyas. Estaban frías. Manos de cadáver.

—No te preocupes. Él hablará con la reina. Hablará con el rey. ¡Llevan años queriendo casarlo y les encantará que se case con un ser humano! ¡Y si no, él los convencerá! Lo conozco. Confío en él. Va a...

—No puedes casarte con el príncipe Orso.

—Ya sé que tiene mala reputación, pero no es en absoluto como cree la gente. Nos amamos. Tiene buen corazón. —¿Estaba hablando de buenos corazones? Desvariaba, pero no podía detenerse a sí misma y los nervios hacían que farfullara cada vez más deprisa—. Y yo tengo suficiente buen juicio para los dos. Nos *amamos*. Y piensa en todo el bien que podría hacer si...

—No me estás escuchando, Savine. —Su madre alzó la mirada. Tenía los ojos húmedos, pero también se distinguía una dureza en ellos. Una dureza que Savine no había visto muy a menudo. Pronunció cada palabra con severa precisión—. *No puedes...* casarte... con el príncipe Orso.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

La madre de Savine apretó los párpados y una lágrima negra por el maquillaje le surcó la mejilla.

—Es tu hermano.

—Es... —Savine se la quedó mirando, con todo el cuerpo helado y escociéndole—. ¿Es qué?

Su madre abrió los ojos enrojecidos. Parecía ya calmada. Sacó las manos de entre las de Savine, las cogió entre las suyas y las apretó con fuerza.

—Antes de que el rey... fuera rey, antes de que nadie imaginara que sería jamás el rey, nosotros... él y yo... tuvimos una relación.

—¿Cómo que una relación? —susurró Savine. El rey siempre había tenido un comportamiento muy extraño con ella. Muy curioso. Muy solícito.

—Éramos amantes. —Su madre levantó los hombros con impotencia—. Luego todo el mundo descubrió que era hijo bastardo del rey Guslav y ascendió al trono y tuvo que casarse según dictaba la política. Pero yo... ya estaba encinta.

A Savine le costaba respirar bien. La forma en que la había mirado el rey en la última reunión de la Sociedad Solar. Aquella mirada afligida...

—Era una época peligrosa —dijo su madre—. Los gurkos acababan de invadirnos. Lord Brock se había rebelado contra la Corona. La monarquía pendía de un hilo. Para protegerme... para protegerte a ti... tu padre... —Hizo una mueca, comprendiendo que la palabra ya no se podía ajustar del todo al archilector—. Se ofreció a casarse conmigo.

Y se mordió el labio con gesto culpable. Como una niña pequeña a la que hubieran sorprendido robando galletas.

—¿Soy hija bastarda del rey? —Savine arrancó sus manos de las de su madre.

—Savine...

—¿Soy la condenada bastarda del rey y mi padre no es mi padre? —Se levantó tambaleándose y reculó como si le hubieran dado una bofetada.

—Por favor, escúchame...

Savine se apretó las sienes con los dedos. Le palpitaba la

cabeza. Se quitó la peluca y la arrojó a una esquina.

—¿Soy la bastarda del rey, mi padre no es mi padre y he estado *comiéndole la polla* a mi hermano? —chilló.

—Baja la voz —susurró su madre, empezando a levantarse de la butaca.

—¿Que baje la puta voz? —Savine se agarró el cuello—. Voy a vomitar.

Y vomitó, solo un poco. Fue una arcada agria, con sabor a vino, que logró tragarse de nuevo, encorvada.

—Lo siento mucho —murmuró su madre, dándole palmaditas en la espalda como si fueran a servir de algo—. Lo siento mucho. —Cogió el rostro de Savine con las manos y lo giró hacia ella. Lo giró con una firmeza sorprendente—. Pero no puedes decírselo a nadie. A *nadie*. Sobre todo, no a Orso.

—Algo tendré que decirle —susurró Savine.

—Dile que no —respondió su madre—. Dile que no y déjalo ahí.

Copas con mamá

—¿Cuándo partimos hacia el Norte, entonces? —preguntó Yema.

Tunny lo miró altivo, como a una cochinilla que hubiera caído al revés y no pudiera enderezarse.

—¿No te has enterado?

Yema pareció perplejo. Su expresión favorita.

—¿De qué no me he enterado?

Forest dejó emanar dos hilos perfectos de humo rizado por las fosas nasales. Era un hombre tan consumado fumando como llevando gorro y organizando tropas.

—Nuestro nuevo lord gobernador de Angland, Leo dan Brock, ganó un duelo contra Stour Ocaso, hijo de Calder el Negro, heredero al trono del Norte y, al parecer, un adversario de lo más temible.

—¡Un duelo de hombres, al estilo norteño! —Orso dio un manotazo en la mesa—. ¡Hombre contra hombre, en un círculo formado por los hombres de los hombres! Sangre en la nieve y todo eso. Sangre de hombre, cabe suponer.

—Creo que fue un poco demasiado al sur para que hubiera nieve en esta época —observó Tunny—. Aunque no para la sangre.

—Dime que se partió su condenada cabeza de idiota mientras lo hacía —pidió Yema.

—Por lo que cuentan, acabó lleno de pintorescas heridas —gruñó Orso—, pero su cráneo quedó intacto.

—Ciertamente, no hay justicia —dijo Tunny.

—¿Y eso te sorprende?

—Por alguna razón, siempre conservo la esperanza.

—La guerra en el Norte ha terminado —dijo Forest—. Uffrith vuelve a estar en manos del Sabueso y el Protectorado sigue como hasta ahora.

—Igual un poco chamuscado.

—Entonces, ¿el Joven León nos robó toda la gloria? —rezongó Yema.

—La gloria solo se queda pegada a algunos hombres. —Orso se miró las manos y les dio la vuelta, meditabundo—. A otros les resbala y se cae.

—Como el agua de un pato —aportó Hildi desde su sitio en el banco.

—Yo siempre he repelido la gloria —observó Tunny—, y no me arrepiento de nada.

—¿De nada? —dijo Orso—. ¿Ni de las doscientas personas que dejamos muertas en jaulas en el camino a Valbeck?

—No fue culpa mía.

—Ni vuestra tampoco, alteza —añadió Forest.

—Sospecho que cargaré con buena parte de la culpa en según qué ambientes.

Tunny se encogió de hombros.

—A los ricos pareces caerles mejor que nunca. —Era cierto que un educado grupo de admiradores bien vestidos se había reunido a las puertas de Adua para darle la bienvenida—. Y pueden expresar su amor en términos financieros.

—Cierto —dijo Yema—. Porque, a ver, ¿de qué sirve en realidad el amor de los pobres?

—Claro, por supuesto —replicó Orso—. Porque todos los grandes reyes mostraron un desprecio absoluto por la mayoría de sus súbditos.

Había pretendido que su sarcasmo resultara devastador, pero Yema se las ingenió para no captarlo de todos modos.

—Exacto —dijo—. A eso me refiero.

La reina esperaba sentada con rígida disciplina en una de las incómodas sillas doradas que había en el centro de su inmenso salón. Un cuarteto de cuerda sonreía radiante mientras interpretaba música relajante en una esquina lejana.

—¡Orso, el héroe conquistador! —Su madre se levantó para

saludarlo, un honor casi sin precedentes, le dio un gélido beso en la mejilla y luego una gélida palmadita en el mismo sitio por si acaso—. Nunca he estado más orgullosa de ti.

—Me temo que no había dejado el listón muy alto en ese aspecto.

—Aun así.

Orso fue directo hasta la licorera y le quitó el tapón. Costaba encontrar un buen motivo para dejarla con el tapón puesto, la verdad.

—Sin embargo, parece que no puedo competir con las victorias del Joven León.

La reina Terez ensanchó las fosas nasales con majestuosidad.

—Has vencido sin desenvainar la espada. Tu abuelo siempre decía que esa es la mejor clase de victoria. Él también habría estado orgulloso de ti.

El abuelo y tocayo de Orso, el gran duque Orso de Talins, había sido según decía casi todo el mundo un tirano odiado a lo largo y ancho de Estiria. Pero lo habían vencido, derrocado y asesinado, y la posteridad solía tener una pobre opinión acerca de esa clase de personas.

—Engañé a unos plebeyos para que se rindieran y luego los colgué —dijo mientras se servía—. Es lo que dirán los libros de historia.

—Los libros de historia dicen lo que ordenes a los historiadores que escriban. Serás rey, Orso. No puedes pensar en unos pocos, sino que debes considerar el bienestar de los muchos. Confío en que este pequeño episodio haya saciado tu sed de gloria por el momento, al menos.

—Sospecho que la ha saciado para siempre. De hecho... he estado pensando en mis responsabilidades dinásticas. En el matrimonio, ya sabes.

La cabeza de la reina se volvió hacia él como la de un halcón al vislumbrar un ratoncillo entre los helechos.

—¿Lo dices en serio?

—Así es.

La madre de Orso chasqueó los dedos.

—La hija mayor del duque de Nicante está entrando en edad casadera y esa familia tiene una fertilidad casi indecente. Se rumorea que la chica tiene un carácter maravillosamente amable y...

A Orso se le escapó una risita.

—No estoy muy seguro de que los caracteres amables sean mi tipo.

—Ah, pero ¿ahora tienes un tipo?

—La verdad es que sí.

La verdad era que había una mujer para él y todas las demás eran escoria. En el instante en que la había visto en su tienda, había sabido que estaba perdidamente enamorado. Su dignidad. Su resistencia. Las puras agallas que tenía esa mujer, indoblegable ante toda adversidad. No necesitaba joyas, ni pinturas, ni pelucas. Era más hermosa sin ellas. Orso sabía que no la merecía, pero quería merecerla, y al esforzarse por merecerla quizá terminara mereciéndola de verdad. O algo parecido. Fuera hacía un tiempo espantoso, la lluvia golpeteaba en los ventanales y las ráfagas de viento esparcían hojas marrones por los jardines de palacio, pero cuando Orso pensaba en Savine era como si el sol saliera y derramara en él toda su calidez.

Su madre advirtió la beatífica sonrisa que empezaba a formarse y entrecerró los ojos.

—¿Por qué me da la sensación de que ya tienes a una dama en mente?

—Porque no tengo nada más en mente que una dama en particular.

La reina no iba a alegrarse. Pero llega un momento en la vida de todo hombre en el que debe apartar a un lado las opiniones de su madre. Orso respiró hondo y echó la espalda adelante.

—Madre...

Lo interrumpió una llamada a la puerta. Se entreabrió y apareció por el hueco la cabeza de Hildi. Se quitó el gorro con torpeza para revelar unos rizos rubios que, por algún motivo, llevaba cortos.

—Traigo ese mensaje que esperabais, alteza.

Y levantó la carta. Era solo un cuadrado de papel blanco con un sello blanco. Qué paquete tan pequeño para transportar todos sus

sueños.

—¡Sí, sí! —exclamó Orso, casi saltando de su silla por la emoción—. ¡Pasa, pasa!

Pareció costar una eternidad que Hildi recorriera nerviosa la gran extensión de baldosas brillantes, que se detuviera e hiciera a la reina una reverencia insegura.

—Majestad...

—¡Déjate de historias! —espetó Orso, y le quitó la carta de la mano.

No recordaba haber anhelado tanto nada en la vida. Intentó despegar el sello pero tenía las manos como envueltas en manoplas y terminó arrancándolo junto a un trozo de papel con las prisas. Le martilleaba el corazón. Tenía la visión borrosa por los nervios. Pero era un texto breve, así que solo podía ser un sí. Seguro que era un sí. ¿Qué otra cosa iba a ser?

Cerró los ojos, dejándose relajar por la música, hizo una larga inspiración, recobró la compostura y leyó.

Mi respuesta debe ser un no. Te pido que no vuelvas a ponerte en contacto conmigo. Nunca.

Savine.

Eso era todo.

Su primera sensación fue de aturdida incredulidad. ¿Era posible que lo hubiera rechazado? ¿Cómo podía haberlo rechazado? Con lo seguro que había estado de que aquello era lo que ambos querían.

Volvió a leerla. Y lo hizo por tercera vez. «Mi respuesta debe ser un no.»

Y entonces llegó un ardiente aguijonazo de furia. ¿Tenía que hacerlo con tanta grosería? ¿Con tanto salvajismo? ¿Con una nota? ¿Con una sola línea? Él le había ofrecido todo lo que tenía, todo lo que era, y ella le había pisado la polla mientras le sacaba las tripas de una patada. Arrugó la nota en un puño tembloroso.

—¿Malas noticias? —preguntó su madre.

—Nada de lo que preocuparse —se oyó decir de algún modo a

sí mismo en su característico tono aburrido, arrastrando las palabras.

Y entonces llegó una oleada de fría pérdida. En un instante, todos sus sueños se habían echado a perder. Era una nota que no dejaba hueco a la esperanza. No dejaba hueco a la súplica, ni siquiera a un veterano suplicante como él. «Te pido que no vuelvas a ponerte en contacto conmigo. Nunca.» No volvería a haber jamás otra mujer que pudiera comprenderlo como ella. No volvería a haber jamás otra mujer como ella, y punto. Savine nunca le había resultado tan asombrosamente deseable como después de saber que jamás podría tenerla.

—¿Alguna respuesta? —preguntó Hildi, frunciendo el ceño.

—No —logró responder Orso—, sin respuesta.

¿Qué respuesta podía haber a aquello?

Y entonces llegó la lenta acumulación de odio a sí mismo, que fue convirtiéndose sin pausa en una inundación de absoluta repugnancia. Por lo menos, era una sensación familiar. Mientras las aguas fétidas se cerraban sobre su cabeza, ni siquiera se resistió. ¿Para qué? Había estado tan convencido de que aquello era lo que quería que apenas se había parado a considerar los deseos de ella. Todos decían que Orso era el colmo del egocentrismo, a fin de cuentas. No era una gran sorpresa que resultara que todos tenían razón. ¿Por qué iba una mujer como ella iba a querer a un hombre como él? ¿Por qué iba a quererlo cualquier mujer? Aparte de una corona, chistes malos y una reputación de mierda, ¿qué tenía él que ofrecer, en realidad?

—¡Debemos planificar un gran triunfo para ti! —Los ojos de su madre centellearon al pensar en cómo iba a demostrar por fin cuánta razón tenía a los ojos del mundo—. La nación entera será testigo de la vindicación de nuestra familia. Yo me ocuparé de ello.

Y entonces se hundió en una ciénaga de depresión. Savine había sido el inminente amanecer, pero el sol se había apagado y Orso estaba condenado a la penumbra eterna. Miró la lluvia, que arreciaba fuera. No era solo a ella a quien había perdido, sino también al mejor hombre que podría haber sido con ella a su lado, y la mejor Unión que podrían haber forjado juntos. Se sintió marchitar,

derretir en su silla hasta desplomarse como un montón de carne flácida. A duras penas reunió la energía para levantar la cabeza. A duras penas reunió la energía para respirar.

Había intentado, demasiado mal y demasiado tarde, hacer algo de sí mismo. El resultado eran doscientos cadáveres enjaulados en el camino a Valbeck y una nota de rechazo.

—Y luego tendremos que planificar una boda. Tan pronto como encontremos a alguien de tu tipo, claro.

¿Por qué se molestaba? ¿Por qué se molestaba en nada?

Apuró la copa. Era un excelente ospriano, pero le supo a serrín en la lengua. Profirió un suspiro que le dolió de verdad.

Quería echarse a llorar.

—Ponme otra, ¿quieres? —murmuró.

Preguntas

—Soy yo —dijo Sebo, con su talento para declarar lo evidente. Vick ya sabía que sería él. Tampoco era que recibiera muchas visitas.

Lo cogió por el hombro y lo hizo pasar al estrecho recibidor. No había mucho espacio, pero ella estaba incluso más delgada de lo normal después de Valbeck, y Sebo siempre había sido un escuchimizado. Miró a un lado y a otro en el patio mal iluminado. Era una costumbre de los campos, que había mantenido desde entonces. Pero no había nadie observando. El único sonido era el goteo de un desagüe roto, muy arriba.

—¿Estás bien? —preguntó a Sebo mientras empujaba la puerta con el hombro para cerrarla y pasaba los dos gruesos pestillos.

—Fuiste tú la que se quedó atrapada en la ciudad —dijo él.

—Por mí no te preocupes.

—Claro que no —repuso él, dedicando a sus zapatos una sonrisa triste—. Estás tallada en madera. Nada te afecta.

Se parecía más a su hermano cada vez que lo veía. O tal vez fuese su memoria lo que estaba cambiando, haciendo que su hermano se pareciese más a Sebo. Para poder salvarlo esa vez, quizá. ¿Cuán patético sería eso? La memoria podía ser traicionera, Vick lo había visto un centenar de veces. Troceaba las cosas y las revolvía hasta que resultaran más convenientes. Había que tener la guardia alta en todo momento. Contra todos los demás. Contra una misma.

Se volvió para que Sebo no atisbara ninguna pista de lo que estaba pensando. Si les mostraba debilidad, encontrarían la forma de aprovecharla.

—¿Has visto a tu hermana? —le preguntó mientras lo llevaba desde el estrecho recibidor al estrecho comedor.

—La he visto.

—¿Está bien?

Sebo asintió de un modo que parecía decir: «No gracias a ti». O quizá fueran imaginaciones de Vick. Sacó una silla de debajo de la mesa con la bota y Sebo se sentó en ella, escurriéndose en el hueco que dejaba la superficie cuadrada. No le fue fácil, ni siquiera con lo flaco que estaba.

—¿Qué es esto?

Vick reparó, con una extraña y leve punzada de fastidio, que Sebo estaba mirando el libro de Sibalt. *La vida de Dab Sweet*. Abierto por aquella página. Por la que siempre caía abierto. Aquel grabado de un jinete solitario que contemplaba la interminable hierba y el interminable cielo.

Le resultaba muy desagradable que lo mirara otra persona. Como si estuviera escrutando en el interior de su cabeza, vislumbrando sus sueños secretos.

—Son las Tierras Lejanas —dijo en voz baja.

—Es bonito.

Vick debería haber tirado el dichoso libro. Extendió el brazo y lo cerró de golpe.

—Es un dibujo inventado en un libro lleno de embustes. —Lo tiró al polvoriento alféizar.

Sebo hundió la cabeza entre los hombros.

—Supongo.

Entonces Vick se sintió un poco mal por haber sido tan brusca.

—¿Quieres tomar algo? —gruñó. Era lo que se hacía cuando se tenía un invitado. Por muy reacio que fuese dicho invitado.

—¿Qué tienes?

Vick lo pensó un momento.

—Nada.

—Pues ponme dos de eso, entonces. —Sebo contempló el comedor angosto y austero de Vick con aquellos ojos enormes que tenía, hasta posarlos en las paredes manchadas de humedad alrededor de la ventana sucia—. ¿Así que lo haces por esto?

—¿Qué?

—Todo esto. —Sebo levantó las manos y las dejó caer del todo.

Había que reconocer que, visto con nuevos ojos, el lugar no

impresionaba mucho. Vick solo estaba allí cuando no tenía ningún otro sitio donde estar.

—¿Preferirías que estuviera viviendo como una reina?

—Lo entendería, por lo menos. —Se inclinó hacia ella desde el otro lado de la estrecha mesa. Si ella se inclinaba del mismo modo, sus cabezas chocarían en el centro—. Colgaron a doscientas personas, ya lo sabes. Por lo que hicimos.

—A doscientos traidores. —Vick clavó el dedo en la mesa bajo la cara de Sebo—. Y fue por lo que hicieron ellos. ¿Cuántos murieron en su puta idiotez de levantamiento? No te engañes pensando que había un bando bueno en todo esto. No te engañes pensando que había un camino noble que no tomamos. Tomamos el único camino que había. Laméntalo si quieres, ¡pero yo no lo haré! —Reparó en que Sebo se había echado hacia atrás y ella estaba hacia delante, casi gritando. Se obligó a bajar la voz. Menos furiosa negación, más declaración de hechos—. No lo haré. Toma.

Se sacó la moneda del bolsillo y la plantó en la mesa entre ellos con un golpe deliberado. La cabeza de Jezal I miraba con suma seriedad desde una dorada moneda de veinte marcos, recién acuñada.

—¿Para qué es esto? —preguntó Sebo.

—Hiciste un buen trabajo en Valbeck. Te moviste deprisa. Tomaste la iniciativa.

—Solo hice lo que tú me dijiste.

—Lo hiciste bien.

El chico miró la moneda dorada.

—No es que esté muy orgulloso.

—A mí solo me preocupa lo que hagas. Lo que sientas al respecto es cosa tuya. Pero deja la moneda, si tanto te agobia.

Sebo tragó saliva, moviendo la marcada nuez del cuello, y luego sacó una mano y retiró la moneda de la mesa. Como Vick había sabido que haría. Tuvo que sonreír al verlo. Joder, cómo se parecía a su hermano.

—No todos estamos tallados en madera —gruñó él.

—Dale tiempo —dijo ella—. Todo se andará.

—¡Inquisidora Teufel! —Glokta sonreía de oreja a oreja, como si la visita de Vick fuese una deliciosa sorpresa y no una reunión que él había exigido y a la que ella no podía negarse. Dio una palmada en el banco junto a él—. Siéntate, siéntate.

Sentarse cerca de otra persona siempre la incomodaba. Pero, en fin, había dormido junto a perfectos desconocidos en los campamentos. Apretados en la paja apestosa como una camada de lechones. Mejor aquello que congelarse. Mejor eso que ofender a su eminencia.

Se sentó, con la mirada perdida en el parque, arrebujándose en su abrigo. Hacía un día claro y fresco, con alguna ráfaga de viento suelta que barría ondulaciones en la superficie del lago y arrancaba puñados de hojas de los árboles. Y las arremolinaba en torno a las botas negras de los atentos practicantes.

—Antes pasaba mucho tiempo en este mismo banco. —Glokta entornó los ojos ante el fulgor otoñal—. Mirando el agua, nada más. Mis médicos dicen que debería darme más el sol.

—Es un sitio muy... relajante —dijo Vick. La charla insustancial nunca había sido su fuerte.

—Como si cualquiera de los dos fuese a relajarse a este lado del sepulcro. —Glokta le dedicó su sonrisa hueca—. Hiciste un trabajo excelente en Valbeck. Demostraste pensamiento rápido, valentía y lealtad. El superior Pike se quedó muy impresionado, y no es un hombre fácil de impresionar.

A Vick no se le escapó que Glokta estaba haciéndole los mismos cumplidos que ella acababa de hacer a Sebo. Con algunas personas recogías el sedal haciéndoles creer que te necesitaban. Pero era más frecuente hacerles pensar que tú las necesitabas a ellas. A la gente le gustaba sentirse bien consigo misma. Querían sentirse necesarios. Vick se preguntó si a ella le habían recogido ya el sedal. Hacía mucho tiempo.

Lo dejó en un simple:

—Gracias, eminencia.

—De un tiempo a esta parte estoy apoyándome en ti cada vez

más y más. Eres la única persona en la que tengo la sensación de poder confiar por completo.

Vick se preguntó a cuántas otras personas habría soltado la misma mentira el archilector. La idea de que pudiera confiar por completo en alguien era endulzar demasiado el postre, pero Vick lo dejó correr. Dejó que los dos creyeran que los dos lo creían.

—Te has ganado una recompensa —prosiguió Glokta—. ¿Hay alguna cosa que necesites?

A Vick no le gustaban las recompensas. Ni siquiera las que se había ganado. Le daban demasiado la sensación de ser deudas que quizá debiera saldar. Pensó en responder: «Solo seguir sirviendo» o alguna chorrada patriótica por el estilo, pero entonces habría sido ella la que estuviera endulzando demasiado el postre. Se decidió por un:

—No.

—Permíteme buscarte unos aposentos mejores, por lo menos.

—¿Qué tienen de malo los míos?

—Sé exactamente lo que tienen de malo. Yo antes vivía ahí. Cuando estaba al servicio de mi antecesor, el archilector Sult.

—Sirven a mis propósitos.

—Y servían a los míos, pero no me molestó conseguir un alojamiento mejor. Hay gente que obtiene mucho más por mucho menos.

—Eso es cosa de ellos.

Glokta sonrió como si supiera con total exactitud lo que Vick estaba pensando. Como si ya se lo esperase, incluso.

—¿Es posible que, por algún motivo, creas que si no aceptas la recompensa de tu trabajo, es como si no hubieras hecho el trabajo? Porque los dos sabemos que hiciste el trabajo.

—Aceptaré nuevos aposentos cuando el trabajo esté terminado, eminencia. —Miró a un jardinero que rastrillaba hojas y las iba echando en una carretilla. Un trabajo muy ingrato, ya que cada ráfaga de viento depositaba más en la estrecha franja que ya había despejado—. Las cosas podrían haber ido mucho mejor en Valbeck. Risinau escapó. La Jueza también. Él podría ser peligroso. Ella sin duda lo es. Muchos más huyeron de la ciudad antes de que llegara

el príncipe heredero, y no creo que el resultado les haya quitado ningunas ganas de actuar en pos de su Gran Cambio.

—Yo tampoco. Los Rompedores están... rotos, pero solo de momento.

—Risinau era un gordinflón soñador. No creo que planeara el levantamiento él solo.

—Me inclino a estar de acuerdo. —El archilector barrió el parque con sus ojos entrecerrados y bajó la voz un cauteloso ápice—. Pero empiezo a sospechar que las raíces de nuestro problema podrían estar hundidas en el extremo opuesto de la escala social.

Desvió la mirada significativamente hacia un lado. La cúpula dorada de la nueva Rotonda de los Lores asomaba reluciente sobre los árboles.

—¿Los nobles?

—Fueron sometidos a gravosos impuestos para financiar las guerras del rey en Estiria. —Glokta apenas movía los labios al hablar—. Exigieron reformas en compensación y adquirieron grandes extensiones de tierras comunales. Muchos se lucraron a lo grande. No obstante, la mayoría del Consejo Abierto firmó hace poco una carta de protesta dirigida al rey.

—¿Por qué protestaban?

—Por lo de siempre. Poder insuficiente. Dinero insuficiente.

—¿Y qué exigían?

—Lo de siempre. Más dinero. Más poder.

—¿Sospecháis de los hombres que firmaron esa carta?

—Por supuesto. —Glokta se llevó su pañuelo a la cara para secarse el ojo lloroso—. Pero mucho menos de lo que sospecho de los que no la firmaron.

—¿Nombres, eminencia?

—Los Brock tienen excusa, porque han estado bastante ocupados en el Norte. Pero los jóvenes lores Heugen, Barezin y, sobre todo, Isher, sonríen demasiado. Salieron perdiendo cuando el rey fue elegido, o por lo menos sus padres perdieron. Son quienes sufrieron los mayores agravios, y sin embargo no protestan.

—¿Creéis que uno de ellos podría haber estado detrás del levantamiento?

—Forma parte de la naturaleza de los hombres, y sobre todo de los ambiciosos, ser infelices. Los felices me ponen nervioso. Y lord Isher, en particular, es astuto. Estuvo involucrado en la redacción de esas nuevas leyes sobre la propiedad del terreno, que lo han hecho excepcionalmente rico.

—Problemas en ambos extremos de la escala social —murmuró Vick—. Tiempos difíciles.

Glokta contempló a aquel jardinero que se esforzaba en despejar el césped indespejable.

—Siempre lo son.

Civilización

La cubierta crujía bajo sus pies, la lona de la vela chasqueaba al viento y las aves marinas volaban en círculos y graznaban en el aire salado.

—Por los muertos —murmuró Rikke.

La ciudad era una inmensa medialuna de color crema que se extendía en torno a la bahía gris verdosa azotada por el viento. Un amasijo de murallas, y puentes, e interminables edificios apiñados unos contra otros como percebes en la marea baja, y ríos y canales que emitían tenues destellos entre todo lo demás. Se alzaban torres, y enormes chimeneas altas como torres cuyo humo marrón manchaba los cielos.

Rikke había oído que era grande. Todo el mundo lo había oído. Si alguien visitaba Adua, regresaba rascándose la cabeza y diciendo: «Es grande», pero ella no había esperado que fuese tan, tan grande. Se habría podido meter cien veces Uffrith en ella y aún hubiera quedado sitio para cien veces Carleon. Sus ojos no lograban encontrar sentido a la escala. La cantidad de edificios, la cantidad de barcos, la cantidad de personas, como hormigas en un hormiguero. En mil hormigueros. Solo pensarlo hacía que le diera vueltas la cabeza. O más vueltas, en todo caso. Bajó la mirada hacia la cubierta, frotándose las sienes. Ya llevaba tiempo sintiéndose bastante insignificante.

—Por los muertos —murmuró otra vez, inflando los carrillos.

—Adua —dijo el hombre que estaba de pie a su lado—. El centro del mundo. —Era un viejo rechoncho de cejas tupidas, una barba corta entrecana y una cabeza calva que parecía martilleada en hierro sobre un yunque, toda planos y protuberancias—. Los poetas la llaman la Ciudad de las Torres Blancas, aunque hoy en día tienden más a algo entre el gris y el marrón. ¿Es hermosa, verdad,

desde lejos? —Se inclinó hacia ella—. Pues créeme, cuando te acercas, apesta.

—Como casi todo —musitó Rikke, mirando hacia Leo con el ceño fruncido.

El Joven León sonreía al viento con sus despreocupados amigos, los putos jóvenes muchachos todos juntos, los putos jóvenes héroes, los putos jóvenes capullos. Rikke sorbió un poco de jugo de chagga de sus encías y lo escupió dando vueltas al agua revuelta.

No dejaba de pensar en las cosas que podría haberle dicho. Perlas de ingenio y sabiduría que jamás obtendría de aquellos idiotas. Habría muerto en el círculo de no ser por el ojo largo de Rikke. Y la estaba tratando como si Rikke le avergonzara.

Estaba calentándose para enfadarse en serio cuando Leo echó atrás la cabeza y profirió aquella gran risa abierta y sincera que tenía, y lo único que sintió Rikke fue tristeza por haberse peleado, y celos de que no estuviera riendo con ella, y decepción con él, con ella misma, con el mundo. La verdad era que lo echaba de menos, joder. Pero antes muerta que pedirle perdón. Debería ser él quien le pidiera perdón a ella, y de rodillas. Pero ¿cómo se podía odiar a un hombre con un culo como...?

Leo miró en su dirección y ella se aseguró de apartar la mirada. Si la sorprendía mirándolo, sería como si Leo se anotara un punto, de algún modo. Pero apartar la vista de Leo significaba devolverla hacia aquel mamón calvo, que seguía observándola como si la encontrara muy interesante.

—¿Quién leches eres tú, por cierto? —preguntó. Un poco brusca, pero su fallido romance y el ojo que no dejaba de arder y dolerle y una semana o dos de mareos en el mar habían erosionado su paciencia.

La sonrisa del tipo solo se ensanchó. Era una sonrisa hambrienta, como la de un zorro en el gallinero.

—Me llamo Bayaz.

—¿Como el Primero de los Magos?

—Exactamente igual. Soy él.

Rikke parpadeó. Tal vez debería darle un puñetazo por

mentiroso. Pero había algo en sus rutilantes ojos verdes que hizo que Rikke se lo creyera.

—Vaya, pues qué cosas.

—Y tú eres Rikke. La hija del Sabueso. —El hombre sonrió al ver que Rikke lo miraba fijamente—. El conocimiento es la raíz del poder. En mi negocio, hay que saber quién es quién.

—¿Cuál es tu negocio?

Él se inclinó hacia ella y casi susurró la palabra:

—Todo.

—No está nada mal como área de responsabilidad.

—Reconozco que a veces pienso que debí apuntar más bajo.

—¿No deberías llevar cayado?

—Lo dejé en casa. Por muy grande que sea el cofre con que viajas, nunca puedes meterlo. Y la magia, en fin, está un poco... —Entornó los ojos pensativo hacia la ciudad—. Un poco pasada de moda de un tiempo a esta parte.

—Habla por ti mismo —dijo ella, cambiándose la bolita de chagga de lado en la boca y masticando—. Yo estoy bendecida con el ojo largo. —En ese momento entrevió el tenue fantasma de un barco hundiéndose, el mástil inclinado hacia ellos mientras se iba a pique en un mar tormentoso. Rikke carraspeó, esforzándose por no hacer caso a los marineros fantasmales que caían al agua salada—. O tal vez maldecida con él.

—Fascinante. ¿Y qué has visto?

—Atisbos frustrantes, sobre todo. Fantasmas y sombras. Una flecha y una espada. Una hendidura en el cielo que contiene el conocimiento de todo. Vi a un lobo comerse el sol, y luego un león se comía al lobo, y luego un cordero se comía al león, y luego un búho se comía al cordero.

—¿Y qué augura eso?

—Que me jodan bien jodida si lo sé.

—¿Qué ves cuando me miras a mí?

Rikke lo miró de soslayo.

—A un hombre que podría decir más verdades y comer menos pasteles.

—Ah. —Y el calvo se apoyó una ancha mano en la barriga—.

Revelaciones profundas, ciertamente.

Rikke sonrió de oreja a oreja. Tenía que reconocer que empezaba a caerle bien aquel tipo, aunque no tuviera ni idea de si creerse o no una sola palabra suya.

—¿Qué trae a Adua al Primero de los Magos?

—Llevaba demasiado tiempo retenido en el malogrado Oeste del mundo por las exigencias de unos hermanos muy poco razonables. Anclados en el pasado. Miopes al futuro. Pero me gusta hacer una parada en Adua siempre que puedo. Así intento asegurarme de que nadie está destruyendo lo que construí. —Entrecerró los ojos mirando la bahía, atestada de barcos de todos los tamaños, formas y diseños—. La capacidad de la gente para hacerse daño nunca deja de asombrarme. Adoran hallar su propio camino, aunque salte a la vista que los lleva a un precipicio. Y la Unión tiene muchos enemigos.

Rikke alzó las cejas mirando la ciudad inacabable.

—¿Quién sería tan idiota como para declarar la guerra a esto?

—Los gurkos, antes de que su imperio se viniera abajo como un merengue poco hecho. Y Bethod, contra mis consejos. Y luego Dow el Negro, contra mis consejos. Y luego Calder el Negro. Contra mis consejos.

—Parece que tus consejos no son tan populares como querrías —dijo Rikke, mirándolo de soslayo.

Bayaz dio un suspiro decepcionado, como la institutriz de Ostenhorm cuando intentaba enseñar modales a Rikke.

—A veces hay que permitir a la gente que cometa sus propios errores.

Rikke se protegió los ojos de la espuma mientras atravesaban la demencial confusión de barcos hacia los muelles abarrotados. Alcanzaba a oír el tenue estrépito de voces bramando y carros retumbando y cargamento cayendo en los muelles.

—¿Cuánta gente vive aquí? —susurró.

—Miles. —El Primero de los Magos se encogió de hombros—. Puede que ya sean millones, construyendo más alto e hinchándose hacia fuera con cada día que pasa. Adua eclipsa incluso a las grandes ciudades de antaño en escala, si no en esplendor. Hay

gente de todas las tierras del Círculo del Mundo. Kánticos de piel oscura que huyen del caos en Gurkhul, pálidos norteños que buscan trabajo y llegados del Viejo Imperio que ansían empezar de nuevo. Aventureros del nuevo reino de Estiria, mercaderes de las Mil Islas, habitantes de Suljuk y de Thond, donde adoran al sol. Más de los que pueden contarse, viviendo, muriendo, trabajando, reproduciéndose, trepando unos encima de otros. —Bayaz extendió los brazos para abarcar la ciudad monstruosa, bella, inacabable—. ¡Bienvenida a la civilización!

Jurand miró hacia Adua entrecerrando los ojos para que no le salpicara el agua.

—Por los Hados, cómo ha crecido la ciudad.

—Muchísimo —dijo Leo.

Sin embargo, de algún modo se le antojaba más pequeña que en su última visita. Entonces había sido solo el joven hijo con educación rural de un lord gobernador. En esos momentos llegaba como lord gobernador él mismo, después de derrotar a un gran guerrero en combate singular, salvar el Protectorado y obtener una célebre victoria para el rey sin la ayuda de nadie.

No cabía duda de que Adua había crecido. Pero Leo dan Brock había crecido más.

Se descubrió mirando de soslayo. Hacia donde miraba una y otra vez, aunque supiera que no debía. Hacia Rikke. Si la hubiera tenido a su lado, podría haberle señalado todas las grandes vistas de la ciudad. La Muralla de Casamir y la de Arnault. La Casa del Creador y la cúpula de la Rotonda de los Lores. Las Tres Granjas, con las columnas de humo de sus nuevas factorías. Podrían haber disfrutado juntos de aquello, si ella no hubiera sido una zorra malhumorada y tozuda. Leo había estado a punto de morir en el círculo por ella. Y Rikke lo estaba tratando como si fuese un traidor.

Estaba esforzándose por alimentar su amarga indignación cuando la vio haciendo aspavientos a su manera loca mientras hablaba con un viejo calvorotas, y lo único que sintió Leo fue tristeza, y remordimiento, como si se hubiera desviado del buen

camino y no lograra regresar a él. La verdad era que la echaba de menos, joder. No hacía tanto que le había dicho que la amaba, y había sido medio en serio como mínimo. Pero antes muerto que disculparse. Debería ser ella quien le suplicara perdón...

Rikke miró en su dirección y él apartó la mirada justo a tiempo. Si lo sorprendía mirándola, lo consideraría una victoria mezquina. ¡Qué mezquino era todo con ella! ¿Por qué no podía limitarse a perdonarlo y que todo volviera a ser como antes?

—Parece que han enviado un comité de bienvenida —dijo Glaward, señalando hacia los atestados embarcaderos.

Leo se animó al verlo. Se había congregado una multitud bastante decente en el muelle, bajo un enorme estandarte con el sol dorado de la Unión y otro con los martillos cruzados de Angland. Había jinetes con armadura formando en una hilera perfecta, ataviados con las capas púrpura de los Caballeros de la Escolta. ¡El rey le enviaba una guardia de honor! La encabezaba un jinete de hombros monstruosos y un cuello aún más monstruoso, que llevaba el pelo entrecano rapado.

Jurand se estaba asomando peligrosamente por encima de la regala para ver.

—¿Ese es... Bremer dan Gorst?

Leo forzó la mirada hacia él mientras el barco iba aproximándose al puerto, el capitán ladraba órdenes y los marineros se apresuraban a obedecer.

—¿Sabes? —dijo, animándose más—. ¡Creo que sí!

Cuando la plancha raspó terreno seco, Leo se aseguró de ser el primero en desembarcar, todavía andando con bastón aunque fuese solo para recordar a todo el mundo que había recibido una herida heroica por una causa noble. Un hombre con la cabeza rala y rosada y una pesada cadena de cargo oficial se dirigió hacia él. Saltaba a la vista que no se había conformado con su barbilla endeble y una papada, porque parecía haber optado por tener varias extendidas sobre el cuello forrado de piel.

—Excelencia, soy el lord chambelán Hoff, hijo del lord chambelán Hoff. —Hizo una pausa, al parecer esperando una ronda de carcajadas. No hubo ninguna. Sin duda, los burócratas eran una

necesidad lamentable, como las letrinas, pero a Leo no tenían por qué gustarle. Y mucho menos cuando la burocracia pasaba a ser un negocio familiar—. Y este es...

—¡Bremer dan Gorst! —Leo iba a encontrarse con personas importantes, claro, pero había algo especial en conocer a un héroe de la infancia. Había pasado horas escuchando las historias de su padre sobre las hazañas de aquel hombre en la Batalla de Osrung, pendiente de cada palabra. Gorst había cambiado las tornas en el puente sin ayuda de nadie y había encabezado el asalto final a los Héroes, descuartizando norteños como un carnicero descuartiza corderos—. ¡Una vez os vi combatir contra tres hombres en una exhibición!

Leo apartó al lord chambelán para estrechar la mano al hombretón y se llevó una sorpresa desagradable. «Se puede saber mucho de un hombre por su apretón de manos», decía siempre el padre de Leo, y el de Gorst era asombrosamente débil y húmedo.

—No es algo que recomendaría en el campo de batalla. —La voz de Gorst fue incluso más sorprendente que su apretón. Leo nunca habría pensado que un cuello tan poderoso pudiera producir un tono tan femenino.

—Creo que me dijeron una vez que somos parientes —dijo mientras empezaban a montar—. Primos quintos o algo por el estilo.

Leo lanzó el bastón a Jurand. Ni de broma iba a quedar como un tullido ante un hombre al que tanto admiraba. Se empecinó en izarse solo a la silla de montar pese al dolor en la pierna, el abdomen, el costado, el hombro.

—¿Cómo está... vuestra madre? —preguntó Gorst con su extraño gorjeo.

—Está bien —dijo Leo, sorprendido—. Contenta de que la guerra haya terminado. Encabezaba la lucha cuando los norteños atacaron por primera vez. —Pensó en cómo lo dejaba aquello a él—. O me daba unos consejos excelentes, por lo menos.

—Siempre fue muy perceptiva.

—Sé que salvasteis la vida de mi padre en Osrung. Le encantaba contarme esa historia. Pero no tenía ni idea de que conocierais a mi madre.

Gorst pareció incomodarse un poco.

—Fuimos buenos amigos... en su momento.

—Caramba. —Leo ya había dedicado más que suficiente tiempo en su vida a preocuparse por los sentimientos de su madre. Cambió de tema sin miramientos—. Me habría encantado entrenar con vos durante mi estancia aquí, pero... me temo que no estoy en condiciones. ¿Quizá podría observar?

—Por desgracia, el tiempo de vuestra excelencia estará muy solicitado —dijo el lord chambelán, inmiscuyéndose como una babosa en la conversación—. Su majestad tiene muchas ganas de saludaros.

—Bueno, estoy a disposición de su majestad, por supuesto.

Leo puso su caballo al paso siguiendo a los dos portaestandartes.

—Como todos nosotros, excelencia. Pero, antes, su eminencia el archilector desea tratar vuestro triunfo.

—¿Desde cuándo organizan desfiles los inquisidores?

El lord chambelán carraspeó con delicadeza.

—Vuestra excelencia descubrirá que ocurren pocas cosas en Adua sin el visto bueno del archilector Glokta.

Uno de los estandartes que encabezaban la imponente columna del Joven León se había enganchado en una cuerda de tender, así que les tocó a todos quedarse sentados en sus espléndidas sillas de montar mientras esperaban a que lo desengancharan. Al propio Leo apenas se lo veía entre la servil bandada de ostentosos lameculos. Incluso Jurand y Glaward habían quedado degradados a cabalgar atrás, e iban perdiendo puestos hacia la retaguardia con cada recodo que doblaban. Al parecer, la falsa adoración de los desconocidos importaba más a Leo que sus amigos, que su familia, que su amante. Si es que Rikke seguía siendo eso para él. Si es que lo había sido alguna vez.

Rikke enarcó las cejas cuando una columna entera de soldados de piel oscura salió marchando de una calle perpendicular, con los dorados estandartes brillando y las lanzas bajadas. Tuvo que pasar

un carro a través de ellos para que se diera cuenta de que no estaban allí.

—Por los muertos. —Se tapó con una mano el ojo izquierdo, que ardía y le picaba y le dolía hasta los dientes.

—¿Aún ves cosas? —murmuró Isern, mascando chagga con fruición—. Tómatelo como una prueba de que la luna te considera especial y regocíjate.

Todo aquello hacía que Rikke sintiera bastante nostalgia por la época en que la gente se limitaba a tomarla por loca.

—Si esto es especial, creo que preferiría ser mediocre.

—Ya, bueno, todo el mundo quiere las cosas que no tiene.

—¿Y ya está? ¿Tú no estabas para ayudarme con el ojo largo?

—Dije que descubriría si lo tenías y luego te ayudaría a abrirlo. Quedó claro para cualquiera presente en la batalla o en ese duelo que lo tienes y que está abierto de par en par. —Isern sonrió enseñando los dientes—. Cerrar a ese cabronazo nunca se contó entre mis promesas.

—Maravilloso, joder —musitó Rikke, incitando a su montura para buscar un hueco en el que poder respirar. Pero en aquella condenada ciudad no era fácil.

¡Por los muertos, aquel aire! Agobiante y pegajoso y lleno de olores raros. Se le trababa rasposo en la garganta y le picaba en los ojos, como un incendio lejano. ¡Y qué escandalera! Gente parloteando en una docena de idiomas que no conocía, suplicando, gritando, peleando, todo el mundo abriéndose paso a codazos hacia ninguna parte, como si todos llegaran siempre tarde a todo. Martillos tañendo, ruedas girando y fuegos ardiendo, tantos que componían un grave retumbar que hacía vibrar el suelo. Como si la propia ciudad estuviese viva, y torturada, y furiosa, y desesperada por librarse de aquella plaga de piojos humanos.

—¡Cuánto progreso! —Era Bayaz de nuevo, mirando con aprobación los enormes solares en construcción que había a ambos lados, con sus imponentes grúas y sus telarañas de cuerda y andamiaje y sus enjambres de trabajadores gritando—. No te creerías lo mucho que ha cambiado en tan poco tiempo. ¿Este barrio, las Tres Granjas? ¡Aún recuerdo cuando de verdad eran tres

granjas, y muy alejadas de la muralla! Luego la ciudad se comió la muralla y levantaron otra más lejos y se la comió también, y ahora en las Tres Granjas hay tantas factorías que la hierba apenas ocupa una franja de un paso de anchura en el barrio. Todo es ya de hierro y piedra.

Rikke vio que un caballo más adelantado que ellos levantaba la cola y soltaba unos pocos mojones. De eso seguía habiendo mucho en las calles.

—¿Todo hierro y piedra? ¿Y eso es bueno?

Bayaz dio un bufido como si la mera idea del bien fuese un desperdicio de su valioso tiempo.

—Es algo tan irresistible como la marea. Una marea dorada de industria y comercio. No existe límite a lo que puede comprarse y venderse. Acabo de ver una tienda, no muy atrás, que no vendía nada más que jabón. Una tienda entera. ¡Para el jabón! Cuando llegas a mi edad, aprendes a nadar a favor de la corriente.

—Vaya. Habría pensado que los magos famosos cabalgarían en primera fila con la gente importante, en vez de quedarse atrás con la gentuza.

Bayaz sonrió. No había forma de incordiar al muy cabrón del Primero de los Magos.

—El mascarón va en la proa del barco. Desafía el terror del viento y las olas, asume los riesgos y cosecha la gloria. Pero es un hombre en el que nadie se fija, oculto cerca de la popa, quien maneja el timón. —Sonrió mirando hacia la cabecera de la columna —. Ningún líder que valiera algo dirigió jamás a sus tropas desde el frente.

—Palabras por las que vivir, supongo —masculló Rikke.

—La última sabiduría que podré ofrecerte de momento, me temo.

Bayaz desvió a su caballo por los imponentes peldaños frontales de un edificio. Era una construcción enorme, a medio camino entre fortaleza y templo, con grandiosas columnas por delante y tallas de piedra por todas partes, pero muy escasa en ventanas.

—¿Qué es este lugar? —No le gustaba mucho su apariencia. Había mucha gente seria entrando y saliendo, rodeando a un tipo bien vestido cuya mano sostenía sin fuerza unos papeles y tenía

una extraña mirada de horror en el rostro—. ¿Una escuela de magia?

—No del todo —respondió el Primero de los Magos—. Es un banco.

—¿Maestro Bayaz? —Un hombre de aspecto normal y corriente se había acercado a coger la brida del hechicero.

—¡Ah! Este es Yoru Sulfur, miembro de la Orden de los Magos.

—Yo soy Rikke —dijo ella—. Rima con...

—Sí —dijo Sulfur sonriéndole—. La hija del Sabueso. La que está bendecida con el ojo largo.

Rikke no pudo decidirse entre la sospecha y la satisfacción al ver que su leyenda la precedía.

—O maldecida con él, supongo.

—Espero que podamos seguir hablando más tarde —dijo Bayaz —. Las jóvenes nacidas con el ojo largo son un fenómeno más bien extraño en estos últimos tiempos.

—Casi tan extraño como los magos —gruñó ella.

Sulfur ensanchó la sonrisa con los ojos todavía fijos en su cara, y Rikke se dio cuenta de que eran de colores distintos, uno azul y el otro verde.

—Las reliquias de la Era de la Magia deberíamos apoyarnos entre nosotros.

—Supongo que podré. Tampoco es que esté asediada por los admiradores.

—Puede que todavía no. —Bayaz le dedicó una última mirada pensativa, como un carnicero evaluando el rebaño de un pastor para decidir cuánto ofrecerle—. Pero ¿quién sabe qué nos deparará el futuro?

—Pues sí —murmuró Rikke mientras lo miraba subir la escalinata con su secuaz de pelo rizado—, saberlo sería un truco de puta madre.

Escalofríos estaba en su silla de montar, dando vueltas y más vueltas al anillo que llevaba en el dedo meñique, mirando hacia el banco con una cara de pocos amigos tremenda incluso para él.

—¿Qué problema tienes? —le preguntó Rikke.

Él giró la cabeza y escupió.

—Nunca he confiado en los bancos.

El hombre al que llamaban el Viejo Palos, el torturador en jefe del rey, el archilector Glokta, estaba encorvado tras un gigantesco escritorio cargado de papeles, frunciendo el ceño mientras firmaba uno tras otro. Condenas a muerte, imaginó Leo, ejecutadas sin sangre por un trazo de una pluma.

Su eminencia hizo esperar a Leo un rato insultantemente largo antes de alzar la mirada por fin, hacer una mueca al inclinarse para dejar la pluma en su tintero y sonreír. En aquella cara demacrada, cerosa, exangüe, marcada por profundas líneas de expresión y con un amplio hueco donde deberían haber estado los cuatro dientes delanteros, había una expresión tan atroz y perturbadora como una pierna doblada hacia donde no debía por la rodilla. Si la corrupción interna se expresaba como fealdad externa, y Leo siempre había estado convencido de que así era, el archilector era un hombre incluso más vil que las cosas más viles que se decían sobre él. Que no era poco. Leo extendió la mano.

—Disculpadme, excelencia, pero me cuesta levantarme.

—Por supuesto. —Leo renqueó hacia delante, apoyando mucho peso en el bastón—. Yo tampoco estoy muy brioso ahora mismo.

—Confío en que vos sanaréis. —La repugnante sonrisa de Glokta se ensanchó—. Me temo que para mí ya es demasiado tarde.

Parecía que un viento fuerte podía hacer trizas al archilector, pero su mano huesuda, con la piel manchada por la edad casi transparente, le estrechó la mano con mucha más fuerza que la enorme zarpa de Bremer dan Gorst. «Se puede saber mucho de un hombre por su apretón de manos», decía siempre su padre, y el de aquel viejo tullido era como las tenazas de un herrero.

—Debo daros la enhorabuena por vuestra victoria —dijo Glokta después de estudiar a Leo un momento más—. Habéis prestado un gran servicio a la Corona.

—Gracias, eminencia. —Aunque, pensándolo bien, ¿quién podría haberlo negado?—. Pero no fui yo solo. Murieron muchos

hombres buenos. Buenos amigos... muertos. Y el coste para las arcas de Angland fue prohibitivo. —Leo sacó el pesado pergamino que le había dado su madre—. El consejo de la provincia me ha encargado que entregue a los consejeros de su majestad estas cuentas de la campaña. En ausencia de ayuda alguna prestada por la Corona durante la guerra, esperan... no, *exigen*, apoyo financiero en sus postrimerías.

Leo había practicado el discurso durante la travesía, y se quedó bastante satisfecho de cómo le había salido. Podía ocuparse de aquel asunto de la burocracia tan bien como cualquiera. Pero Glokta miró el pergamino como si le estuvieran ofreciendo un zurullo. Sus ojos subieron hacia los de Leo.

—Vuestro triunfo se celebrará dentro de tres días. Una parada de unos cuatro mil soldados, además de dignatarios extranjeros y miembros del Consejo Cerrado y el Abierto. Arrancará desde palacio y trazará un recorrido por la ciudad en torno a la Muralla de Arnault para regresar a la plaza de los Mariscales. Allí, su majestad pronunciará un discurso ante los ciudadanos notables de la Unión y os hará entrega de una espada conmemorativa.

Leo no pudo contener una sonrisa.

—Todo suena... maravilloso. —En efecto, era un sueño de la infancia hecho realidad.

—El príncipe heredero Orso cabalgará junto a vos —añadió Glokta.

—¿Disculpad? —dijo Leo, y la sonrisa se desvaneció a marchas forzadas.

El párpado del archilector tembló y una lágrima cayó surcando su mejilla. Se la quitó delicadamente con un dedo.

—Su alteza también ha protagonizado una famosa victoria hace poco, al sofocar una rebelión en Valbeck que...

—Ahorcó a unos plebeyos. —Leo llevaba todo el día tan satisfecho de sí mismo que aquella repentina sorpresa supuso una doble decepción—. ¡No es lo mismo!

—Cierto —dijo Glokta—. Él es el heredero al trono, al fin y al cabo, y vos el nieto de un traidor. Demuestra una gran generosidad por su parte que esté dispuesto a compartir la gloria.

La cara de Leo hormigueó como si le hubieran dado un sopapo. Pero es que le habían dado un puto sopapo, y en el orgullo, que tenía mucho más sensible que la cara.

—¡Yo derroté a Stour Ocaso en combate singular! ¡Le perdoné la vida!

—¿A cambio de qué?

—¡De que su padre y su tío abandonaran nuestras tierras, de mantener vivo el Protectorado del Sabueso y de salvaguardar Angland!

—¿Sin más concesiones? —preguntó Glokta, con los ojos brillantes en sus cuencas hundidas y amoratadas—. ¿Sin garantías permanentes?

Leo parpadeó, desconcertado.

—Bueno... Hay un código de honor entre norteños.

—Incluso suponiendo que lo hubiera, vos no lo sois.

—¡Entre guerreros! Nacieran donde nacieran. ¡Y yo me crie con los norteños! —Leo frunció el labio mientras miraba al tullido de arriba abajo—. Vos no lo entenderíais.

—¿Ah, no? ¿Cómo creéis que me quedé lisiado? Me temo que los códigos de honor no valen ni el papel en el que no están escritos. Deberíais haber tomado a Stour como rehén. Podríais haberlo enviado al rey para asegurar el futuro buen comportamiento de Scale Mano de Hierro. En vez de eso, no obtuvisteis nada más que su *palabra*.

Leo no sabía si estaba más furioso porque era evidente que Glokta se equivocaba o porque empezaba a preguntarse si sus palabras podían tener cierto sentido. Quizá aquel asunto de la burocracia fuera un poco más complicado de lo que había creído.

—Gané yo. —Su voz salió con un matiz de aquel gimoteo que tenía cuando se quejaba a su madre—. ¡Derroté a todo el condenado Norte! Y sin contar con un solo soldado de Adua. Arriesgué la vida...

—Arriesgasteis no solo vuestra vida, que es vuestra para perderla, sino también los intereses de la Unión, que evidentemente no lo son. Yo tiendo a ser más generoso, pero hay quien podría considerarlo una temeridad.

—Yo... —Leo casi no podía creerlo—. ¡Me hice amigo del próximo rey de los norteños! ¡Soy soldado, no un puto diplomático!

—Debéis ser ambas cosas. —Glokta era implacable—. Ahora sois lord gobernador. Uno de los hombres de más altura en la Unión. Uno de los siervos más importantes de su augusta majestad. Ya no podéis limitaros a pensar con vuestra espada. ¿Comprendéis eso, excelencia?

Leo se quedó sentado mirando, pasmado por la falta de respeto, la injusticia, la nauseabunda ingratitud. Ya era poco admirador del Consejo Cerrado cuando había llegado a Adua, pero había bastado una entrevista con aquel gusano de escritorio contrahecho para convertir el desprecio en pura repulsión.

—Por todos los putos muertos —susurró en norteño.

El archilector se tomó la frase como una expresión de aquiescencia o fingió hacerlo.

—Creo que el lord canciller desea hablar con vos a continuación. Alberga ciertas preocupaciones sobre las últimas cuentas de los impuestos de Angland. No conviene hacerlo esperar. —Señaló con la barbilla el pergamino, que Leo reparó en ese instante en que seguía en su puño apretado—. Quizá deberíais entregarle a él vuestros adeudos de guerra. —Glokta cogió su pluma y pasó el siguiente documento del montón—. Por lo visto, un lord gobernador debe ser un guerrero, un diplomático y también un contable.

Talento innato

Broad giró la manecilla, abrió la puerta del carruaje y se apartó con respeto.

Savine enarcó una ceja.

—¿Y?

—Ah. —Broad le ofreció la mano—. Eh... mi señora.

La ayudó a bajar mientras Rabik sonreía burlón desde el pescante, muy divertido viendo lo mal que estaba llevándose el asunto.

Broad supuso que había pasado a ser cochero. Llevaba el uniforme, por lo menos. Una casaca verde brillante con botones de latón, mejor que la de la mayoría de los oficiales en Estiria. Y unas botas nuevas y brillantes, también, aunque le apretaban un poco. Se habría sentido bastante ridículo con aquel atuendo tan elegante, de no haber sido tan evidente que cualquiera a menos de cien pasos de distancia estaría mirando embobado a Savine, él incluido.

Aún no acababa de creerse que aquella mujer tan hermosa y autoritaria fuese la misma chica andrajosa e indefensa que se había escondido en la habitación de su hija. Parecía pertenecer a una especie distinta que el resto de la lamentable humanidad. Su ropa, una obra maestra de la ingeniería en la misma medida que de la sastrería, confería a Savine una figura imposible en una persona. Era grácil como una equilibrista, imparable como el mascarón de un barco de guerra. La gente la contemplaba boquiabierta, como si una de los Hados hubiera descendido del cielo y estuviera dando un paseo por su solar en construcción.

—¿Me quedo aquí? —preguntó Broad con un murmullo mientras ayudaba a bajar a Zuri, a quien no le hacía ninguna falta porque tenía la destreza de una bailarina. Con toda probabilidad, debería ser ella quien lo ayudara a él.

—No, no. —Zuri tenía una sonrisa que costaba catalogar—. Sería muy amable de tu parte si nos acompañaras.

Habían abierto una brecha enorme en la antigua muralla de la ciudad, y los cascotes se veían entre un batiburrillo de andamios y dos grúas que se alzaban por encima. También habían derribado unas pocas hileras de casas y estaban excavando una gigantesca zanja a lo largo del centro de todo ello. Había grupos de hombres, algunos con el pecho descubierto pese al frío, bregando con picos y palas al ritmo de una canción de trabajo mascullada entre dientes apretados. Había mujeres en vestidos mugrientos, con el pelo mojado pegado a la cara, que resbalaban y subían por la pendiente con yugos a los hombros cargados de baldes llenos de fango. Más atrás, había un enjambre de niños pululando por el fondo de la gran excavación, manchados de gris de la cabeza a los pies, apisonando la arcilla a los lados de la zanja con los pies descalzos.

—¿Qué es esto? —murmuró Broad.

—Será un canal —respondió Zuri—, por el que circularán cargamentos hasta el corazón de la ciudad. Y del centro hacia fuera, por supuesto.

—¿Qué participación tiene lady Savine?

—Una quinta parte. O eso debería ser. Estamos aquí para asegurarnos.

Subieron una escalera y pasaron entre dos largas hileras de oficinistas. Al final había un despacho que ocupaban casi por completo un hombre corpulento y rollizo, de pelo entrecano extendido sobre la calva coronilla, y un escritorio exageradamente grande cubierto de cuero verde. El hombre tuvo que inclinarse tanto sobre la mesa para estrechar la mano de Savine que hizo pasar graves apuros a los botones de su chaleco.

—Maese Kort —dijo ella mientras Broad cerraba la puerta.

—Lady Savine, me alegro mucho de ver que estáis bien. —Kort miró a Broad con una sonrisa algo turbada. Broad no se la devolvió. Tenía la sensación de que no lo habían llevado allí para sonreír—. Todos estábamos... preocupados en extremo.

—Qué conmovedor —dijo Savine, quitándose un guante tras el otro mientras Zuri soltaba un pasador que parecía una daga—. Pero

en los negocios, debemos dejar a un lado los sentimientos. —Con el más leve de los giros, Zuri retiró el sombrero de una peluca que debía de costar más de lo que Broad solía ganar en un año—. Estoy encantada de ver que las obras de nuestro canal progresan tan bien.

Kort hizo una mueca, titubeó, hizo otra mueca y por fin se inclinó hacia delante, juntando las manos.

—No hay una forma fácil de decir esto...

—Pues usa la forma difícil. No estoy hecha de cristal.

—Lamentablemente, lady Savine, me vi obligado a llegar a un nuevo acomodo.

—¿Y quién se ha mostrado tan acomodaticio?

—Lady Selest dan Heugen. —La expresión de Savine no pareció cambiar, pero a Broad le dio la impresión de que mantenerla había costado esfuerzo—. Su primo tuvo la cortesía de concertar ciertos permisos que...

—Teníamos un acuerdo, maese Kort.

—Así es, pero... no estabais aquí para cumplirlo. Por fortuna, lady Selest pudo ocupar vuestro lugar.

Savine sonrió.

—¿Y crees que puedes colocarla en mi lugar sin pedirme permiso siquiera?

Kort se removió incómodo en su butaca.

—La Banca Valint y Balk tuvo la amabilidad de financiarla a ella, y ella de financiarme a mí. Lady Savine, os aseguro que no tuve elección.

—Hace poco pasé varias semanas viviendo como los perros. —Savine seguía sonriendo, pero Broad captó algo quebradizo en su expresión. Algo desgranado—. Y no es una forma de hablar. Estaba hambrienta. Sucia. Oculta en una esquina, temiendo siempre por mi vida. Eso me cambió la perspectiva. Me hizo ver lo frágiles que somos todos. Después me vi involucrada en... llamémoslo un asunto del corazón, que no terminó satisfactoriamente para mí. No quedé satisfecha en absoluto.

—Contáis con mi plena comprensión, lady Savine, en...

—Tu comprensión no vale ni un pedacito de mierda. —Savine

atrapó una mota de polvo infinitesimal de su manga y la apartó frotando con el índice y el pulgar—. Lo que quiero es tu canal. Tal y como acordamos. Ni más ni menos.

—¿Qué puedo decir? —Kort separó sus enormes manos—. Mi canal ya no está disponible.

La sonrisa de Savine se endureció como la de una calavera. Los tendones de su cuello sobresalieron mientras iba pronunciando las palabras.

—El caso es que gran parte de los negocios es puro espectáculo. Consiste en la confianza que la gente tenga en una. Y la confianza es muy frágil. Estoy segura de que ambos lo hemos visto un centenar de veces. Forjada en hierro un momento, desmoronándose como la arena al siguiente. Tras mis desventuras en Valbeck, la confianza en mí ha sufrido un duro revés. La gente está observándome. Juzgándome.

—Lady Savine, os aseguro...

—No te molestes. Solo pretendo hacerte entender que, con independencia de quién esté financiándote, no puedo permitirme el lujo de dejar que Selest dan Heugen y tú me jodáis viva en esto.

Y desvió la mirada hacia Broad y la trabó con él.

«Por lo menos no habrá líos, sirviendo a una dama de sociedad, ¿eh?», había dicho Liddy. Broad había sonreído. «Claro. Nada de líos.» Ya no sonreía.

Sabía a ciencia cierta lo que quería Savine. Había visto antes esa misma mirada, en los ojos de hombres junto a los que había combatido. Eran los hombres con los que había que tener cuidado. Los hombres por los que había que preocuparse. Sabía que él mismo había tenido esa mirada. Una especie de enloquecido deleite de que las cosas hubieran llegado hasta ahí.

Broad no sabía de negocios, ni de tratos, ni de canales. Pero esa mirada la comprendía. Demasiado bien.

De modo que Broad cogió el borde del enorme escritorio de Kort y lo apartó de su camino. No había espacio para empujarlo, así que se limitó a levantar un extremo. Los papeles, los adornos, un buen abridor de cartas, todo se precipitó desde el cuero verde al inclinarse como un barco naufragando y cayó repiqueteando al

suelo a su lado. Broad izó aquel trasto hasta ponerlo vertical, dejando a Kort extrañamente expuesto en su butaca, con los ojos como platos y las rodillas regordetas juntas de miedo.

Broad se quitó los anteojos, los plegó y se los guardó en el bolsillo de la casaca. Luego dio un paso adelante en el despacho borroso y un tablón suelto crujió bajo su bota nueva.

—Perdí muchas cosas en Valbeck, maese Kort. —La voz de Savine llegó desde lo que parecía una gran distancia—. Varias inversiones y varios socios, un maravilloso cinto de espada y una maquilladora irritante pero muy capaz. Y también perdí la paciencia.

Broad llegó tan cerca de Kort que sus rodillas se tocaron. Se agachó y puso las manos en los brazos de la butaca, dejando sus narices a solo unos dedos de distancia, tan cerca que el borrón de su cara se concretó en una expresión de absoluto pavor.

—Me disgustas —dijo Savine—. Y estoy de un humor que me da ganas de ver rotas las cosas que me disgustan. Rotas de forma que ya no puedan repararse.

Broad agarró la butaca con tanta fuerza que todas sus juntas chirriaron, resoplando por las fosas nasales como un toro. Toro Broad, solían llamarlo. Se comportó como si a duras penas lograra controlarse. Quizá fuese lo que pasaba.

—¡Nuestro acuerdo sigue en pie! —chilló Kort, con la cara vuelta y los párpados muy apretados—. Por supuesto que sigue en pie, lady Savine, como no podría ser de otro modo.

—Vaya, qué noticia tan excelente. —Y el tono animado en la voz de Savine fue como una mano soltando el cuello de Broad.

—¡Sois la socia que siempre deseé! —exclamó Kort—. Nuestro acuerdo está forjado en hierro, igual que mi puente.

—¿*Tu* puente?

Mientras Broad se pasaba los anteojos por detrás de las orejas, Kort estaba componiendo una sonrisa trémula y desesperada.

—Nuestro puente.

—Maravilloso. —Savine se puso un guante mientras Zuri volvía a colocarle el sombrero con magistral precisión e hincaba el pasador en su sitio—. No querría tener que enviar a maese Broad a visitarte sin el refreno de mi influencia. ¿Quién sabe lo que podría ocurrir?

Broad cerró la puerta del despacho a sus espaldas con un suave chasquido. No fue hasta que retiró la mano del pomo cuando se dio cuenta de que le temblaba.

Zuri se acercó a un oficinista.

—Maese Kort podría necesitar un poco de ayuda para enderezar su escritorio.

Parecía que había demasiada luz fuera mientras Broad seguía a Savine entre el ruido y el ajetreo de vuelta al carruaje.

—No soy cochero, ¿verdad? —murmuró.

—Gran parte de lo que hago consiste en identificar el talento —dijo Savine mientras contemplaba a los trabajadores esforzados en la excavación—. Vi el tuyo en el momento en que me salvaste de aquellos hombres, en la barricada de Valbeck. Emplearte como cochero sería como emplear a un gran pintor para encalar casas de campo. Pero ¿verdad que así te sientes mejor? —Se inclinó hacia él para musitar—: Yo, desde luego, sí.

Y siguió deslizándose hacia el carruaje como si el mundo entero le perteneciera.

—Tienes un talento natural para esto, maese Broad —dijo Zuri, y le puso algo en la mano.

Era una moneda de oro. Una pieza de veinte marcos. Más de lo que le habían pagado por todo un mes trabajando en la cervecería de Valbeck. Más de lo que le habían pagado por el asalto en Musselia.

Broad alzó la mirada hacia ella.

—Tú crees en Dios, ¿verdad?

—Ah, sí. Muchísimo.

—¿Y no estaba muy en contra de la violencia?

—Si estuviera tan en contra de ella... —Zuri sonrió mientras le cerraba el puño dolorido sobre la moneda y le daba una palmadita cariñosa—. ¿Por qué iba a crear hombres como tú?

Buenos momentos

Leo se sentía un poco fuera de lugar en su propia fiesta.

Se celebraba en la Cámara de los Espejos, el salón más asombroso de un palacio lleno de salones asombrosos, con todas las paredes cubiertas de cristal de Visserine bañado en plata para que los más ricos, los más nobles y los más hermosos de la Unión se extendieran repetidos en todas las direcciones hasta la tenue lejanía.

Desde luego, las presentaciones parecían eternas. Leo estrechó manos húmedas y besó mejillas empolvadas hasta que se le agrietaron los labios y se le pelaron los dedos. Fue una inundación de enhorabuenas, admiraciones y buenos deseos. Una arremetida de largos nombres y títulos ponderosos que apenas oyó y olvidó al momento.

El embajador de aquí o de allá. El secretario en jefe de tal cosa. La sobrina de lord Comosellame. Un viejo calvo sonriente al que quizá alguien llamara el Primero de los Magos, que le soltó una chorrada mágica sobre que derrotar a los devoradores en un círculo de hierro salado era como luchar contra Stour Ocaso en un círculo de hierba. Leo dio por sentado que era una broma, aunque no muy graciosa. Le dolían las mejillas de devolver todas las sonrisas radiantes y las promesas de amistad imperecedera que perecían al siguiente aliento.

Aquello era lo que había querido, ¿verdad? Que las personas más importantes del reino se deshicieran en halagos con él. El problema era que, visto de cerca, todo resultaba muy falso. Habría preferido con mucho estar en un granero con el Sabueso y sus guerreros, y con sus propios amigos. Distinguió a Jurand, de pie solo al otro lado del salón, y notó asomar una sonrisa a sus labios. Pudo dar un paso en su dirección antes de que lo interceptaran.

—Es indignante, en mi opinión —murmuró un hombre alto y quizá diez años mayor que Leo, aunque su pelo cepillado con esmero era de color blanco puro.

—¿El qué? —preguntó Leo, siempre incapaz de resistirse a un cebo.

—Que debas compartir tu triunfo con el príncipe heredero. Tú diste tu sangre por la nación. ¿Qué hizo nuestro heredero medio estirio? ¿Colgar a unos plebeyos?

Era como si el del pelo blanco hubiera echado un vistazo dentro del cráneo de Leo y hubiera leído en voz alta su contenido.

—Supongo que para eso tenemos a la realeza, para adjudicarse el mérito de otros —musitó Leo.

—Soy Fedor dan Isher. —Si se podía conocer a un hombre por su apretón de manos, entonces Isher era firme, fresco y cauteloso—. Estos son mis colegas del Consejo Abierto, lord Barezin... —Un hombre de peso, embutido en un uniforme repleto de galones, con las mejillas rosadas y el pelo rubio desmadrado e infantil—. Y lord Heugen. —Bajito y guapo, con pequeños ojos brillantes, bigote muy cuidado y una boca en perenne mohín.

—Encantado de conoceros a todos.

Daba gusto oír por fin unos apellidos que Leo ya conocía. Tenía ante él a los cabezas de tres de las familias nobles más poderosas de Midderland. Hombres con asientos contiguos al de Leo en primera fila de la Rotonda de los Lores.

—Mi padre conocía bien al tuyo. —Los carrillos caídos de Barezin se balancearon con sentimiento—. Me decía siempre que era un hombre maravilloso, un líder de hombres, todo un ejemplo de las virtudes de los nobles. Eran amigos íntimos.

Que Leo recordara, su padre siempre había desdeñado el Consejo Abierto, llamándolo nido de víboras. Pero aquella era una nueva generación y supuso que nunca se tienen demasiados amigos.

—Todos queremos agradecerte el gran servicio que has prestado a la Unión —recitó Isher.

—Es una vergüenza que tuvieras que encargarte del asunto tú solo —dijo Barezin casi echando espuma por la boca—. ¡Qué

bochorno, qué horror!

—Las nuevas leyes nos impiden mantener ejércitos propios en activo. —Heugen hablaba con buen ritmo y con precisión, sin dejar de negar con la cabeza como si nada cumpliera jamás sus altas expectativas—. De lo contrario, habríamos volado en tu ayuda nosotros mismos.

—Sois muy amables —dijo Leo, aunque una ayuda tangible habría sido incluso más amable.

—Nuestros antiguos derechos y privilegios están bajo ataque constante —dijo Isher, bajando la voz—. Del Viejo Palos y sus secuaces.

Heugen asintió como un pollo picando grano.

—El Consejo Cerrado es...

—Un hatajo de burócratas gilipollas —estalló Leo, sin poder contenerse—. ¡Qué descaro el de ese mamón de Glokta! ¡Y luego el canciller! ¡Mira que darme la paliza con impuestos adicionales después de habernos desangrado para ganar su guerra! Muchos hombres buenos sacrificaron la vida. La gente de Angland estará... —Iba a decir «encabronada hasta la puta médula», pero se dio cuenta de lo alto que estaba hablando y se conformó con—: muy disgustada.

Isher, en cambio, parecía bastante contento.

—El Consejo Abierto debe presentar un frente unido. Sobre todo con este malestar en las clases más bajas.

—Tu lugar está con nosotros —dijo Barezin.

—Como el primero de nosotros —dijo Heugen.

—Como nuestro campeón —dijo Isher, apretando el puño con languidez—, igual que lo fue tu abuelo.

—¿En serio? —preguntó Leo, poniéndose un poco suspicaz por tanta adulación en armonía cerrada—. He oído que era un traidor.

Isher no se desalentó en absoluto. Se inclinó hacia Leo para murmurar:

—Yo he oído que era un patriota. Es solo que se negó a dejarse amilanar por Bayaz. —Movió la cabeza hacia aquel hombre calvo, que estaba enfrascado en una conversación susurrada con el lord canciller Gorodets, quien, había que reconocerlo, parecía amilanado

de la cabeza a los pies.

—¿Es Bayaz de verdad? —preguntó Leo, desconcertado.

Isher torció el gesto.

—Durante la última guerra prometió a mis tíos que serían chambelán y canciller, y luego, cuando tuvo la corona en el bolsillo, les quitó la alfombra de debajo de los pies.

—La lealtad es una cualidad admirable —dijo Barezin—. Admirable. Pero debe ir en los dos sentidos.

—La lealtad a un régimen corrupto es necedad —añadió Heugen—. Peor que eso: es cobardía. ¡O peor! ¡Es deslealtad!

Leo no estaba seguro de haber seguido la lógica.

—¿Lo es?

—Nosotros, la inspiración y el alma del Consejo Abierto, deberíamos reunirnos —dijo Barezin.

—Para tratar el progreso de nuestros intereses comunes —dijo Heugen.

—Tener a un verdadero héroe entre nosotros supondría toda una diferencia —dijo Isher.

—Desde luego, para mí sí que supondría toda una diferencia. —Al oír la voz, Leo se volvió y encontró a una mujer pelirroja y muy despampanante junto a su hombro—. No deberíais acaparar al protagonista de la velada, señores míos. Y dado que no habéis tenido la cortesía de presentarme... —Aunque en realidad, no les había dado ocasión y saltaba a la vista que podía arreglárselas sola—. Soy Selest dan Heugen.

La mujer le tendió la mano.

—Encantado —dijo Leo, inclinándose para besarla. Y era cierto que estaba encantado, además—. La calidad de la compañía va mejorando.

La mujer dejó escapar una risa sonora y se abanicó, y él sonrió, y ella lo abanicó a él, y él rio, y Barezin, Isher y Heugen se desvanecieron con unos refunfuños sobre hablar más tarde, pero Leo ya no les prestaba demasiada atención.

Selest. Sonaba bien. Y tenía una forma de comportarse apasionada, como si toda palabra que saliera de la boca de Leo fuese una deliciosa sorpresa.

—¿Estás disfrutando de nuestra ciudad? —preguntó ella.

—Mucho más desde que te has acercado.

—¡Caramba, excelencia, sospecho que me estáis adulando! —Le rozó la muñeca con las yemas de los dedos de un modo que no podía ser accidental. ¿O sí? Se inclinó hacia él y su voz sonó un poco más grave—. Deberías venir a visitar mi nueva factoría antes de marcharte de Adua. —Lo dijo como si visitar factorías fuese una emoción prohibida. La forma en que los ojos de Selest encontraron los suyos por encima del abanico le hizo preguntarse si la oferta incluiría visitas a otras cosas.

—¿Y qué...? —La voz le salió tan chillona como la de Bremer dan Gorst, y tuvo que carraspear e intentarlo de nuevo—. ¿Y qué es lo que se hace allí?

—Dinero. —Selest soltó otra risita—. ¿Qué si no?

Mientras cruzaba Adua a caballo en la procesión, Rikke había pensado que no podría sentirse más desplazada. Estaba descubriendo lo mucho que se había equivocado.

Era como si hubieran hecho una competición para inventar las circunstancias que la harían sentir más espantosamente minúscula, agitada y fea, y lo que tenía delante hubiera sido la idea ganadora. Lo único que le faltaba para completar el horror era tener un ataque y cagarse encima por todo el inmaculado suelo de baldosas.

Qué limpio iba todo el mundo. Qué bien olía todo el mundo. Qué brillantes eran los zapatos de todo el mundo. Vestían todos aquellas sonrisitas, puestas encima como máscaras para que nadie tuviera ni idea de lo que pensaban en realidad. Hablaban en susurros, como si todo fuera un secreto destinado solo a unos oídos concretos, oídos que desde luego nunca eran los de Rikke. Por lo menos, el ojo largo estaba dejándola en paz por el momento. Los únicos fantasmas a la vista eran sus propios reflejos incómodos, que le hacían muecas, profundamente poco impresionados, desde los espejos que eran las paredes del salón.

Se sentía como si su propia piel no le sentara bien, no digamos ya la ropa. Deseó tener un poco de chagga que mascar, pero no

llevaba nada encima porque no le había parecido la clase de lugar en la que se masticara chagga, y de hecho no lo era. ¿Dónde lo habría escupido? ¿En la espalda de alguien? Solo había un puñado de personas a las que conocía en toda la inmensa estancia. A Bayaz difícilmente podía llamarlo un amigo, y de todos modos el mago llevaba ropa igual de elegante que los demás y se paseaba de grupo en grupo con su coronilla calva brillando, intercambiando secretos entre susurros, como si aquel fuese su lugar. Jurand estaba de pie solo, en apariencia languideciendo por Leo incluso más que Rikke, mientras el propio Joven León se veía siempre en el centro de una pandilla de acicalados amigos nuevos, que sin duda lo apuñalarían por la espalda en el momento en que se la diera.

Como si quisiera frotar sal en las heridas aún abiertas de Rikke, una mujer se había acercado flotando a él. Una mujer pálida y tan hermosa que parecía sobrenatural, con el pelo más rojo de lo que el pelo tenía derecho a estar, todo recogido con pequeñas peinetas doradas y luego cayendo en bucles hasta sus pecosos hombros desnudos. Sus tetas parecían a punto de salirse del vestido constantemente, pero algún conjuro de sastrería les impedía hacerlo del todo. Un hecho al que Leo, a todas luces, no estaba ciego. Casi cabría pensar que la mujer tenía el secreto de la creación escondido en el escote, por la forma en que los ojos de Leo no dejaban de vagar hacia él. Llevaba un collar de centelleantes gemas rojas, con brazalete a juego, y destellantes cristales cosidos en el corpiño y, por los muertos, también en los zapatos.

Rikke llevaba un anillo atravesado en la nariz, como un toro conflictivo.

Eso lo resumía todo. Deseó poder quitarse el condenado anillo, pero no había forma de hacerlo sin arrancarse media nariz. Y dudaba mucho que ni siquiera así lograra llamar la atención de nadie. No tenía ni la menor idea de cómo jugar a aquel complejo juego de abanicos y pestañas e insinuaciones dejadas caer por encima del hombro y tetas que no se enseñaban pero caray-por-qué-poquito, ni mucho menos las herramientas para ganar.

Sorbió un poco más de aquel vino con tan poco cuerpo que le habían dado. Apenas sabía a nada, pero ya le estaba haciendo

efecto. En concreto, hacía que notara calientes las puntas de las orejas y que se hundiera cada vez más en una celosa depresión. Todos decían que la bebida ponía feliz a la gente, pero se referían a que ponía más feliz a la gente feliz. Nadie decía que a la gente triste la ponía más triste que en su puta vida.

Soltó un eructo dulce y desagradable y se pasó la lengua por los dientes.

—Cómo son los hombres —murmuró, desvalida.

—Lo sé —dijo una voz a su espalda—. No hay forma de razonar con ellos.

Por los muertos, esa mujer era incluso más bella que la de antes. Tenía un lustre en la piel que insinuaba que no estaba hecha de carne, sino de alguna aleación mágica de carne y plata, y completaba todos los ademanes hasta las mismas puntas de los dedos, como si se tratara de un baile practicado hasta la extenuación y perfeccionado a más no poder.

—Coño —susurró Rikke, incapaz de dejar de contemplar a aquella mujer de arriba abajo—. Sí que te has esforzado.

—Si te soy sincera, casi todo lo han hecho mis doncellas. Yo solo he tenido que quedarme de pie.

—¿Doncellas? ¿Cuántas te hacen falta?

—Solo cuatro, si saben lo que se hacen. Me gusta mucho tu camisa. Parece muy cómoda. Ojalá pudiera llevar una yo.

—¿Por qué no lo haces?

—Porque hay un millón de normas distintas que una dama de buen gusto debe obedecer. Nadie te dice cuáles son, pero las sanciones por incumplirlas pueden ser de lo más severas.

—Suena a grano en el culo.

—No te haces una idea.

—Reconozco que, en realidad, no sabía qué esperar. —Rikke se tiró de la camisa. Se le había enganchado en los sobacos con el calor de todas aquellas personas mintiéndose unas a otras—. Llevo botas nuevas, eso sí. Y hasta me he cepillado el pelo. —Nerviosa, se apartó detrás de la oreja un enredo suelto—. Pero pasé unas semanas durmiendo en el bosque y, desde entonces, se niega a comportarse. ¿Cómo consigues que el tuyo haga... todo eso?

La mujer se inclinó hacia ella.
—Es una peluca.
—¿Ah, sí? —Rikke miró aquellas brillantes trenzas, enrolladas y apiladas y levantadas como un nido de oro hilado—. Parece pelo de verdad, solo que... más.
—Es que es pelo. Solo que no es el mío.
—¿A ti no te crece?
—Me lo rapo.
—O te lo rapan tus doncellas.
—Bueno, sí. Casi todas las mujeres que hay aquí llevan peluca. Es la moda.
Pronunció aquella palabra, «moda», como si sirviera para explicar cualquier clase de locura.
—¿Y lo saben todos?
—Todos.
—Entonces, ¿por qué susurramos? —susurró Rikke.
—Bueno, porque todos lo saben pero nadie lo reconoce.
—¿Así que... os afeitáis la cabeza para poneros sombreros hechos del pelo de otra gente y luego mentir sobre ello? —Rikke infló los carrillos—. Eso da a mis preocupaciones cierta puta perspectiva.
—No todas tenemos el valor para ser sinceras.
—No todas tenemos el ingenio para mentir.
La mujer entornó los ojos mirando a Rikke.
—Dudo que te falte ingenio.
Rikke entornó los ojos mirando a la mujer.
—Dudo que te falte valor.
La mujer se encogió un poco, como si Rikke hubiera metido el dedo en alguna llaga, y cambió de tema.
—Me gustan mucho tus collares, también.
Rikke pegó la barbilla al cuello para mirar el enredo de amuletos que había ido coleccionando con los años. Tenía algunos gurkos, otros norteños, los dientes de un chamán y más cosas variadas. Siempre había opinado que no se podía tener demasiada buena suerte. En ese momento le parecieron un montón de basura vieja. Enganchó con el pulgar el tarugo bien mordido y lo levantó.

—Este es para morderlo si me da un ataque. De ahí las marcas de dientes.

La mujer levantó las cejas.

—Bonito y, además, práctico.

—Y este es de runas. Las talló mi amiga Isern-i-Phail. Se supone que me mantienen a salvo. Pero con el año que llevo, dudo mucho que funcionen.

—Pues son preciosas de todos modos. Nunca había visto nada parecido.

Parecía que lo decía de corazón, y había sido amable con ella, en cierto modo.

—Toma. —Rikke se quitó las runas y puso el collar con delicadeza a la mujer pasándoselo por la cabeza—. A lo mejor a ti te funcionan mejor.

—Gracias —dijo Savine, y por una vez estaba siendo sincera. Había sido un gesto tan simple y directo que la había desarmado. Le costaba recordar la última vez que alguien le había dado algo sin esperar duplicar su valor a cambio.

—Ya me haré con otro —dijo la chica norteña, quitándole importancia con un ademán—. A ti te queda mucho mejor. Tienes los hombros para llevarlo.

—Esgrima.

—¿Cómo, con espada?

—Es un buen ejercicio. Me mantiene centrada. —La cogió por sorpresa el repentino recuerdo de su espada atravesando las costillas de aquel hombre, en Valbeck, en el albañal. El ruido que había proferido cuando ella tiró para sacarle la hoja del cuerpo. Tuvo que sacudirse de encima un desagradable estremecimiento—. Aunque... quizá jugar con espadas sea mala idea.

—A lo mejor yo pruebo con el hacha. Las hachas son siempre muy populares en el sitio de donde vengo.

—Eso había oído.

Y se sonrieron. Savine se dijo a sí misma que encontraba adorable la actitud sincera de aquella chica. Pero la verdad, como

de costumbre, era menos sentimental. No confiaba en sí misma lo suficiente para hablar con nadie más importante.

Cada vez que alguien expresaba sus insinceras condolencias por el suplicio que había pasado Savine, o un alivio muy poco convincente al ver que había regresado sana y salva, quería derribarlos al suelo y clavarles el tacón en un ojo. Llevaba todo el día esnifando polvo de perla. Solo un pellizquito al amanecer, para espantar las pesadillas. Luego otro pellizco con el desayuno, para mantener la cabeza fuera del agua. Quizá un par más antes de comer. El problema era que, en vez de espabilarla como hacía antes, el polvo de perla estaba dejándola inquieta y descontrolada y extrañamente insensata.

—Toma. —Abrió el cierre de su collar. Oro rojo de Suljuk y las esmeraldas oscuras más impresionantes de toda Thond, engarzadas con maestría por su hombre de Ospria a un precio que le había parecido prohibitivo incluso a ella. Lo pasó alrededor del cuello de la chica y lo cerró—. Te lo cambio.

La chica lo miró, envuelta en aquel revoltijo de cuentas, amuletos y talismanes, con sus ojos grandes más grandes que nunca.

—No puedo aceptarlo.

—Ya me haré con otro —dijo Savine, quitándole importancia con un ademán—. A ti te queda mucho mejor. Tienes el pecho para llevarlo.

—Parece un anillo de oro alrededor de un zurullo. —La chica echó una mirada a la vanguardia de Savine—. Y tú tienes el doble que yo.

—Tengo la mitad que tú y un corsé muy caro. —Savine extendió los dos brazos, apartó la maraña descuidada de pelo castaño rojizo del rostro de la chica y lo evaluó. Estaba siendo impertinente, sin duda, pero era el estado de ánimo que tenía—. De verdad que cuentas con unas ventajas naturales muy notables.

—¿Que cuento con qué? —dijo ella, con expresión de estar un poco asustada.

Savine le puso un dedo bajo la barbilla para levantarle la cara a la luz.

—Huesos bonitos y fuertes. Dientes maravillosos. Y tus ojos, por

supuesto. —Eran enormes y claros y muy expresivos—. Nunca he visto nada que se les parezca.

La chica se encogió un poco, como si Savine hubiera metido el dedo en alguna llaga.

—No sé muy bien si son una bendición o una maldición.

—Pues yo conozco a mujeres que matarían por ellos. Literalmente. Si pasases una hora con mis doncellas, podría tener a todos los presentes babeando por ti. —Savine dio una palmadita de despedida a chica en la cara y la soltó, mirando pensativa hacia la ajena reunión social—. Lo cual demuestra que esto es una mentira ridícula. Que *todo* es una puta mentira ridícula. —Reparó en que había escupido esa última frase con una repentina y amarga furia—. Discúlpame. Estoy siendo muy grosera.

—Estás siendo asombrosa, desde mi punto de vista. —La chica bajó la mirada al cuello y se sonrojó, lo cual solo la volvía más atractiva—. Si mi padre me viera con esto puesto, se cagaría encima.

—Yo no sé lo que pensaría mi padre, pero se caga encima a diario.

La chica sonrió.

—Eres buena gente, ¿lo sabes?

Y Savine, entre todas las cosas que podía sentir, sintió una súbita necesidad de llorar. Desvió la mirada a la Cámara de los Espejos, parpadeando para contener las lágrimas. Había un hombre viejo y calvo al que no terminaba de situar, mirándola directamente como un carnicero en una feria de ganado. Abrió el abanico con un giro de muñeca, como si pudiera esconderse detrás de él.

—No —murmuró—. No lo soy.

Tuvo que evitar un estremecimiento al ver a Orso, apoyado de cualquier manera en una columna, con aspecto ebrio y abatido. Era como si tuviera un anzuelo clavado en la garganta y cada atisbo de él fuese un doloroso tirón del sedal. Le daba vergüenza admitirlo, pero no lo quería menos que antes. Y desde luego, no quería ser reina menos que antes. Su único deseo era ir hacia él y cogerle la mano y decirle que sí y besarlo y abrazarlo y ver cómo se extendía la sonrisa por su cara y...

Y casarse con su hermano.

La idea la repelía. Pero tampoco más que cualquier otra cosa, de un tiempo a esta parte. Inhaló una trémula bocanada. Orso estaba perdido para siempre, y la persona que ella había sido junto a él estaba perdida para siempre, y ni siquiera podía explicarle por qué. Cuánto debía de despreciarla. Casi tanto como se despreciaba ella misma.

—¿Lady Savine?

Descubrió para su horror que el rey estaba de pie a su lado con aquella expresión entre turbada y fascinada que tenía siempre en su presencia.

—Majestad. —Savine hizo una reverencia por puro instinto, notando un ardor repentino en la cara. Por el rabillo del ojo vio que la chica norteña intentaba imitarla con desmaña, pero, al llevar pantalones, fracasaba estrepitosamente.

—Disfruté mucho en mi visita a la Sociedad Solar —estaba parloteando el rey. Savine apenas oía las palabras entre el golpeteo de la sangre en su cabeza—. Me impresionó mucho lo que vos y maese Cursnbick habéis logrado. La industria, la innovación, ¡el progreso! Me enorgullece tener... súbditas como vos. Jóvenes damas que señalan el camino al futuro y todo eso.

—Por favor, disculpadme —logró susurrar ella, y se volvió tan deprisa que estuvo a punto de tropezar. Dio un par de pasos tambaleantes, notando flojas las rodillas.

—Yo soy Rikke —oyó que decía la chica norteña en voz muy alta a sus espaldas—. Rima con pique.

—¡La hija del Sabueso, cómo no! Era buen amigo de mi buen amigo Logen Nuevededos.

—Bueno, hay que ser realista.

—¡Exacto!

—Ya que sale el tema, mi padre me ha comentado que se le prometieron seis asientos en el Consejo Abierto y...

Savine se tiró del corsé en un vano intento de dejar entrar un poco de aire. Se sentía enterrada. Estaba segura de que se encontraba a punto de ponerse a vomitar como una fuente por encima de toda la flor y nata de la sociedad. Fue solo una abrupta y

nada halagüeña puñalada de fría ira lo que la detuvo, congeló el remordimiento y el miedo y la dejó helada como un témpano.

Selest dan Heugen, aquella zorra ladina. Estaba solo a veinte pasos de distancia, usando todas las armas de su arsenal sobre Leo dan Brock, abanicándose como si estuviera ardiendo.

¿Acaso se creía capaz de arrastrarse hasta ocupar el lugar de Savine? ¿De robarle su canal, sus contactos, sus beneficios? Era justo lo que Savine habría hecho de estar en sus zapatos de mal gusto, por supuesto, pero eso era solo un motivo más para hacer que lo pagase caro.

Selest la vio venir, cruzando el salón sobre una oleada de furia venenosa, y se apresuró a cortarle el paso.

—¡Lady Savine! ¡Qué contentos estamos todos de que hayáis vuelto sana y salva!

—Lady Selest, sois un tesoro.

—Debéis de haber pasado por un calvario espantoso.

La tentación de morderla era casi abrumadora. Pero Savine se limitó a encogerse de hombros.

—No fui ni por asomo la única que sufrió.

Selest era bonita, lista y rica, pero iniciaba sus ofensivas con el pecho y sonreía demasiado. Demasiadas sonrisas ponían a la gente empachada, como una cocinera que no sirviera otra cosa que merengue. Si las sonrisas eran un manjar muy poco frecuente, la gente se desesperaba por degustarlas otra vez. Savine permitió que Brock viera la comisura de la suya, solo por un instante, casi oculta tras su abanico.

—Soy Leo —dijo, con aquel acento franco y campechano de Angland.

—Claro que lo sois —repuso Savine.

La voz de Selest rezumó veneno de chivata.

—Lady Savine estuvo en *Valbeck*.

Como si Valbeck fuese algún horroroso secreto. Pretendía dejar a Savine como una persona destrozada. Pero lo único que iba a conseguir era volverla fascinante. Ya se encargaría Savine de ello.

—Es cierto —dijo, apartando la cara y mordiéndose el labio como si la asaltaran terribles recuerdos.

Brock parpadeó.

—¿Durante el levantamiento?

—Estaba visitando una factoría de la que soy... de la que *era* propietaria parcial... cuando ocurrió. —Dejó que aquello calara durante un momento largo y por fin miró a Leo a los ojos. Como si no contara esa historia a cualquiera, pero a él no pudiese ocultarle la verdad—. Los trabajadores se volvieron en nuestra contra. Eran varios centenares. Me avergüenza confesar que me encerré en una oficina. Oí cómo reducían a los guardias, cómo se abalanzaban sobre mi socio.

Brock se la quedó mirando, con la boca un poco abierta.

—Por los muertos...

Savine distinguió un delicioso atisbo de duda en los rasgos de Selest. Acababa de darse cuenta de que sus banales estupideces no podían competir con aquello.

—Encontré un tablón suelto y me rompí las uñas levantándolo. Tuve que arrastrarme entre la maquinaria para escapar, mientras arriba ellos derribaban la puerta.

Brock estaba hechizado.

—Tuvo que hacer falta valor.

—O cobardía afortunada, en mi caso. Vi a un guardia atrapado por la maquinaria. Los engranajes le arrancaron un brazo.

Selest se acicaló y pestañeó en un intento de recuperar la atención de Brock, pero fue en vano. A veces las mentiras bonitas conducían al triunfo. Pero a veces las horribles verdades cortaban más profundo. Savine siguió hablando, implacable, imaginando que cada palabra era una bofetada en la cara de Selest.

—Repté por las entrañas del edificio hasta el río y me escurrí entre una pared y una noria. Encontré un abrigo asqueroso que el río había llevado a la orilla, me disfracé de mendiga y corrí. La ciudad estaba... enloqueciendo. Pandillas arrasándolo todo. Presos obligados a desfilar en columnas. Propietarios colgados de chavetas. Ojalá pudiera decir que ayudé en algo, pero pensaba solo en mí misma. Si os soy sincera, apenas pensaba en absoluto.

—No se os puede reprochar —dijo Brock.

—Me persiguieron por los suburbios. Por edificios llenos de

fumadores de cáscaras tumbados, doce por habitación. Por la mugre de corrales de cerdos. Dos hombres me acorralaron en un callejón sin salida y...

Recordó ese momento. Recordó sus caras. Pero iba a convertir su terror en ventaja. Hasta Selest parecía fascinada, por lo laxo que pendía su abanico.

—¿Qué... pasó? —murmuró Brock, como si temiera la respuesta.

—Yo llevaba espada. Era un adorno, pero... estaba afilada. —Savine dejó que el silencio se extendiera un intervalo de tiempo casi incómodo. Una parlanchina como Selest nunca entendería que el dramatismo no es tanto cuestión de palabras como de los silencios entre ellas—. Los maté. A los dos, me parece. No es que decidiera hacerlo siquiera, pero de repente... estaba hecho. —Respiró, se le trabó el aliento en la garganta y lo soltó, entrecortado—. No me dejaron elección, pero... todavía pienso en ello. Pienso en ello una y otra vez.

—Hicisteis lo que teníais que hacer —susurró Brock.

—No por eso es más fácil vivir con ello.

La voz de Selest sonó un poco cascada.

—Bueno, ahora habéis vuelto con nosotros, y yo por lo menos...

Brock habló por encima de ella, como si no estuviera allí.

—¿Cómo escapasteis?

—Tropecé con unas personas decentes y... me acogieron. Me mantuvieron con vida hasta que el príncipe Orso rescató la ciudad.

Selest dan Heugen sabía cuándo estaba derrotada. Abrió su abanico de golpe y se marchó. La fresca sensación de la victoria fue lo más parecido al placer que Savine había sentido en algún tiempo. Quizá nunca sería reina de la Unión, pero seguía siendo la gobernante suprema del salón de baile.

—Y aquí estoy —concluyó.

—Es... toda una historia —dijo Brock.

—No en comparación con enfrentarse a guerreros temibles en un círculo de escudos, diría yo.

—Vuestro suplicio duró semanas. El mío terminó en pocos momentos. —Se acercó a ella, como si pretendiera revelarle su

propio secreto—. Entre nosotros, Stour Ocaso es mejor espadachín que yo. —Se frotó con un dedo la larga costra que tenía bajo el ojo y Savine comprendió, con culpable emoción, que debía de ser una herida de espada—. Podría haberme matado una docena de veces. Lo único que hice fue sobrevivir el tiempo suficiente para que su propia arrogancia lo derrotara.

Savine alzó su copa.

—Por los supervivientes, entonces.

—Puedo brindar por eso. —Brock tenía una sonrisa bonita. Abierta, sincera, llena de dientes perfectos. Aunque el combate estaba ganado, Savine reparó en que seguía hablando con él. Y lo más sorprendente fue descubrir que estaba disfrutando—. ¿Os llamáis Savine?

—Sí, Savine dan Glokta. —Podrían decirse muchas cosas del apellido, pero garantizaba una reacción. A Brock le entró una tos repentina. Ese hombre no era capaz de disimular ni aunque lo mataran—. ¿Habéis conocido a mi padre, entonces?

—Solo puedo decir que habéis heredado el aspecto de vuestra madre, y que debe de ser toda una belleza.

Savine le dedicó un asentimiento valorativo.

—No es mal intento, dadas las circunstancias.

Lo único que había querido era machacar a Selest dan Heugen, que estaba abanicándose como loca al lado de un indiferente lord Isher. Pero con la pelea ganada, el polvo de perla y la bebida dieron alcance de nuevo a Savine, que concluyó que el premio era un hombre extremadamente apuesto. De verdad había algo de león en su pelo largo y arenoso, en su barba corta y arenosa, en su confiada, cómoda y evidente fuerza. Con aquel corte que iba curándose en su cara, parecía el héroe de un desmedido libro de cuentos. Tan varonil, y tan popular, y tan poderoso. De hecho, sin duda el lord gobernador de Angland debía de ser en esos momentos el soltero más deseable de toda la Unión. Si se descartaba al príncipe heredero Orso. Cosa que Savine se temía que debía hacer.

—Tiene que ser difícil ser un héroe famoso —dijo. Todo el mundo quería un poco de comprensión, a fin de cuentas, por muy poco que la mereciera.

—Reconozco que cuesta un poco acostumbrarse.

—Tiene que ser difícil distinguir la admiración genuina de las palabras vacías. Estar rodeado de gente pero siempre solo. —Hizo un suspiro teatral—. Que todo el mundo pretenda utilizaros.

—¿Mientras que vos miráis solo por mis intereses?

—No insultaré vuestra inteligencia fingiendo nada parecido. Pero deberíamos poder utilizarnos mutuamente.

Volvió a sonreír a Leo. ¿Por qué no? Su comportamiento directo y sencillo era lo contrario que el de Orso. No planteaba a Savine ningún acertijo que resolver. Si sus palabras a duras penas tenían un único sentido, mucho menos iban a tenerlo doble. Y, a veces, un tonto hermoso era justo lo que una necesitaba.

Savine estaba cansada de ser lista. Quería ser imprudente. Quería hacer daño a alguien. Dañarse a sí misma.

—Hay un lugar en la ciudad que de verdad deberíais visitar durante vuestra estancia.

—¿Ah, sí?

—El despacho de un amigo mío. Un escritor. Spillion Sworbreck.

Brock parecía abatido.

—No... no soy mucho de leer.

—Ni yo tampoco, a decir verdad. Sworbreck está de viaje para documentarse en las Tierras Cercanas. —Rozó a Leo en el pecho con el abanico y lo miró a los ojos a través de sus pestañas. Necesitaba... un empujoncito—. Pero yo sí que estaré allí.

Brock carraspeó.

—¿Mañana?

—Ahora —dijo Savine—. Mañana podría habérmelo pensado mejor.

Lo más probable era que estuviera poniéndose en ridículo. Lo más probable era que estuviera provocando un escándalo.

Pero podría decirse sin temor a errar que sería un escándalo menor que si se casara con su hermano.

Orso se dedicaba a estar de pie y beber.

Bueno, para ser exactos, se dedicaba a estar de pie, beber y

observar a Savine. Con disimulo, al principio. Pero el disimulo iba menguando con cada copa. Solo verla ya era una tortura. Verla con el patán de mandíbula cuadrada que era Leo dan Brock triplicaba la tortura. Una tortura que, por algún motivo, no podía parar de infligirse a sí mismo.

Había gente bailando entre los dos, le parecía, un suelo entero lleno de figuras destellantes y arremolinadas, pero eran solo una neblina alcohólica. Lo único que Orso veía era a Savine y al Joven León riendo. Había pensado que solo él era lo bastante gracioso para hacerla reír así. Resultó que Savine podía hacer también lo mismo con la gente menos graciosa posible.

Que lo hubiera rechazado tampoco era una gran sorpresa. Pero que, como parecía, empezara a seducir a otro hombre a los pocos días de rechazarlo a él, y para colmo a uno al que la mayoría consideraba su rival, le dolía. Se acabó la copa y cogió otra de una bandeja que pasaba por allí. ¿A quién pretendía engañar? Todo le dolía. Orso no era más que una herida tremenda. Una herida que jamás iba a sanar.

—¡Y este es mi hijo! El heredero al trono, el príncipe Orso.

Orso se volvió y encontró a su padre en compañía de un anciano de constitución sólida, calvo como un huevo y con una barba corta entrecana.

—Te presento a Bayaz —dijo el rey, con gran ceremonia—. ¡El Primero de los Magos!

Tenía solo un parecido superficial con su magnífica estatua de la vía Regia. En vez de báculo, sostenía un bastón pulido con el mango de latón y cristal. En vez de un aire de misteriosa sabiduría, tenía una expresión de hambrienta ufanía. En vez de túnica arcana, llevaba la ropa de un moderno hombre de negocios. Uno al que un sastre excelente debiera una gran suma de dinero.

Orso se sorbió la nariz.

—Parecéis más un banquero que un mago.

—Uno debe adaptar su estilo a los tiempos que corren —dijo Bayaz, levantando su bastón y admirando el juego de la luz al atravesar el pomo de cristal—. Mi maestro acostumbraba a afirmar que el conocimiento es la raíz del poder, pero sospecho que hoy en

día el poder tiene raíces doradas. En realidad ya nos habíamos cruzado, alteza, aunque me parece que vos no podíais tener más de cuatro años.

—¡Apenas ha cambiado! —exclamó el rey, con una sofocante risita falsa.

—Me temo que tengo una memoria terrible para cualquier cosa que ocurriera hace más de una hora —dijo Orso—. Está todo un poco borroso.

—Ojalá pudiera haber venido más —dijo Bayaz—, pero siempre hay problemas que deben resolverse. Nada más terminé de maquinar un cese de hostilidades con un hermano problemático en el Sur, en el Oeste dos hermanos decidieron ponerse... difíciles.

—Así es la familia, ¿eh? —gruñó Orso meneando la copa hacia su padre, que parecía más incómodo con cada palabra que se pronunciaba.

—Las semillas del pasado dan sus frutos en el presente —murmuró Bayaz—. Las heridas del pasado, incluso más. Y así, no se puede dar la espalda al Norte ni una hora sin que estalle por lo menos una guerra. Ni un solo momento de paz. En todo caso, confío en que mi antiguo aprendiz, Yoru Sulfur, haya resultado útil en mi ausencia.

—Extremadamente —dijo emocionado el rey—. Y ahora, si pudiera...

—*Extremadamente* —repitió Orso, notando una punzada de ira a través de la neblina de la borrachera—. De hecho, resultó muy útil a la hora de ahorcar a doscientas personas inocentes. ¡Personas a las que yo había prometido la amnistía!

—Esos modales, Orso —murmuró el rey entre dientes apretados.

Su padre siempre estaba agobiado por las preocupaciones, pero Orso nunca lo había visto aterrorizado de verdad. ¿Qué tenía que temer el rey de la Unión en su propio palacio? Y aun así, parecía asustado: su cara había perdido todo el color y tenía una pátina de sudor en la frente.

—Dejad que el chico se divierta —dijo Bayaz con amabilidad—. Todos fuimos jóvenes una vez, ¿eh? Aunque, en mi caso, fuera

hace mucho, mucho tiempo. Cuando llegue el momento, aprenderá cómo funciona realmente el mundo. Igual que hicisteis vos.

Y con una sonrisa, el Primero de los Magos se marchó.

—No deberías consentir a ese viejo idiota que hable así —refunfuñó Orso.

—Tú no estabas allí. —Los dedos del rey se clavaron dolorosos en la muñeca de Orso—. Cuando vinieron los devoradores. No viste... de qué es capaz. —Sus ojos tenían una extraña mirada perdida—. Tienes que prometerme que jamás lo desafiarás.

Orso intentó soltar el brazo.

—¿De qué estás hablando?

—¡Tienes que prometérmelo!

—¡Hablemos, majestad! —llamó Bayaz y, con una mirada hacia atrás, el rey se apresuró a ir junto al mago como un perro tras el silbido de su amo.

Orso dio otro trago de vino y se volvió de nuevo hacia Savine, que seguía riendo con el Joven León.

Quería enfurecerse con ella, pero no podía odiarla más de lo que un borracho puede odiar la botella. Quería enfurecerse con Leo dan Brock, pero él no había hecho nada malo, por muy horriblemente aunque justificadamente vanidoso que fuese, por muy magníficamente masculino que fuese, por muy absolutamente superficial que fuese el muy hijo de puta. Estaba haciendo justo lo mismo que Orso habría hecho en su lugar, solo que pareciendo un héroe mientras tanto.

La única persona de aquel miserable triángulo con quien podía enfurecerse con motivo era él mismo. Se las había ingeniado, a saber cómo, para echarlo todo a perder. Por ser demasiado parado o demasiado lanzado, demasiado lento o demasiado rápido, demasiado algo. Sabía que casi todo el mundo le tenía un desprecio absoluto pero, por algún motivo, aun siendo la mujer más lista, valiente y hermosa del mundo, ella no se lo había tenido. Orso se había permitido creer que Savine lo amaba. Pero no era más que otro truco. Un truco que él se había hecho a sí mismo.

—Cómo son las mujeres —murmuró, desvalido.

—Lo sé —dijo una voz a su espalda—. Malditas zorras.

Era la chica norteña. La hija del Sabueso, Rikke. Orso la había visto de lejos y había pensado que parecía interesante, con su pelo salvaje y sus gestos nerviosos y su total carencia del decoro habitual. De cerca era muchísimo más interesante. Por alguna razón, llevaba un grueso anillo de oro atravesado en la nariz, y unas franjas de pintura oscura en la cara pecosa, y un encantador atisbo de escote entre un repiqueteante amasijo de collares y talismanes que incluía un maravilloso e incongruente juego de esmeraldas. Pero lo mejor de todo eran sus ojos, grandes y claros y penetrantes. Orso tuvo la impresión de que la chica estaba mirando en su interior y no se sentía repelida por lo que encontró allí. Lo cual era agradable, porque él desde luego sí.

Joder, qué borracho estaba.

—¿Estaría mal por mi parte decir que te encuentro fascinante? —dijo, y le trajo bastante sin cuidado lo mal que estaba pronunciando.

—Para nada. —La joven se sorbió la nariz, altiva, haciendo que se moviera aquel grueso anillo de oro—. Eres un hombre, no puedes evitarlo.

A pesar de sus esfuerzos por ser el héroe trágico de su propia vida, a Orso se le escapó la risa.

—Eso se ha comentado en alguna ocasión.

Orso siempre había sido el juez más pésimo de sus propias necesidades, pero lo que necesitaba en esos precisos momento quizá fuese la mujer que menos se pareciera a Savine en todo el mundo. Y allí mismo, como por arte de magia...

—A veces pienso que en esta ciudad nadie es capaz de decir la verdad más de tres respiraciones seguidas. —Orso movió su copa hacia la multitud y derramó un poco de vino en las baldosas—. Pero tú pareces... sincera.

—Y muy graciosa.

—Y muy graciosa.

—¿Quién coño son todos esos mamones?

—Bueno, ese de ahí es el relojero de la corte. Y ella es una actriz famosa. Ese idiota calvo es un mago legendario, por lo visto. Me han dicho que esa mujer de allí es una espía estiria. Una de las

que fingimos no saber que lo son.

Rikke suspiró.

—Soy como un pollo furioso intentando disimular entre cisnes.

—Pues resulta que yo he probado el cisne. Tienen una carne pero que muy mediocre, una vez desplumados. —La chica quizá no llevara ropajes de dama, pero sin duda había una figura de mujer debajo de los que llevaba, y una figura a la que Orso no encontró ni el más mínimo defecto—. Un buen pollo, en cambio...

—Eres hombre de buen gusto, ¿eh?

—Eso se ha comentado en alguna ocasión.

—He oído que eres el heredero de todo esto.

—Una triste verdad.

La chica hinchó las mejillas mientras paseaba la mirada por la Cámara de los Espejos.

—Tanta riqueza y tanta lisonja tienen que ser... toda una maldición.

—Me han convertido en el gilipollas inútil que soy.

—Los resultados son indiscutibles.

—He oído que eres una bruja capaz de ver el futuro.

—Bruja, no. El futuro, a veces. —Rikke hizo una mueca y se apretó una mano contra el ojo izquierdo como si le doliera—. Un poco demasiado, últimamente.

—¿Para qué es el anillo? —preguntó él.

—Me mantiene amarrada a la tierra.

—¿Podrías irte flotando si no?

—Tengo tendencia a los ataques. —Pareció pensar en ello y luego soltó una risotada nasal que expulsó moco a su labio superior —. Y a cagarme encima —añadió mientras se lo limpiaba—. He oído que te has acostado con cinco mil fulanas.

—Me sorprendería que fueran más de cuatro mil novecientas.

—Vaya. —La chica lo sometió a un largo, perezoso y absolutamente desvergonzado repaso de arriba abajo. Fue una mirada de cuyo significado no podía dudar nadie que estuviera a menos de treinta pasos. Una mirada que hizo sentirse a Orso un poco avergonzado y bastante excitado al mismo tiempo—. ¿Te han enseñado alguna cosa?

Orso cayó en la cuenta de que ni siquiera había mirado de reojo a Savine desde que habían empezado a hablar. Entonces la miró. Sintió una amarga punzada de pérdida al verla tocar a un sonriente Leo dan Brock en el pecho con su abanico.

—Yo antes estaba con él —murmuró Rikke. También estaba mirándolos, y parecía más que un poco resentida.

—Qué cosas —dijo Orso—. Yo antes estaba con ella.

—¿Y no te molesta? ¿Quedar en segunda posición detrás del Joven León?

—Confieso que duele, pero estoy acostumbrado a ser lo peor que hay. —Orso apuró su copa y la lanzó con un tintineo a una mesita lateral—. Ocupar la segunda posición es toda una mejora. —Le ofreció su codo—. ¿Podría acompañarte a dar un paseo por los jardines de palacio?

Ella volvió aquellos cautivadores ojos grises hacia él.

—Siempre que termine en la alcoba.

Cuatro cosas sobre la valentía

El frío mordisqueaba las orejas de Leo mientras recorrían las calles oscurecidas, pero los fuegos de la emoción ardían incluso más fuertes en su interior. Jurand parecía igual de ansioso que él. Tenía un centelleo juguetón en los ojos. Un atractivo rubor en las mejillas.

—¿Dónde vamos? —murmuró Jurand, con la mano en el hombro de Leo y la voz un poco chillona.

—A algún lugar apartado de ojos curiosos, imagino. —Leo le dio un codazo en las costillas—. No queremos provocar un escándalo, ¿a que no?

—¿La verdad? —dijo Jurand, con aquella media sonrisa en la comisura de la boca—. Me da lo mismo.

Leo no estaba escuchando. Había visto el letrero de la calle. Había visto el número.

—Es aquí —susurró, y su aliento humeó en la fría noche.

Era una alta casa adosada, algo ennegrecida por el humo, igual que la otra docena de casas que había en esa calle, que a su vez era igual que la otra docena de calles que habían recorrido después de salir del Agriont. El edificio no era lo que se dice interesante. Pero brillaba una franja de luz entre los postigos de una ventana del piso superior y Leo se sintió casi tan inquieto al mirarla como cuando había mirado hacia aquel puente el día de la batalla, dispuesto a ordenar la carga.

—Gracias por orientarme —dijo—. Eres un buen amigo. El mejor. Nos veremos mañana. En el desfile.

Cuando se volvió, sonriente, Jurand tenía una expresión muy rara en el rostro. De sorpresa. Abatimiento. Decepción.

—¿Con quién vas a verte? —susurró.

—Con la hija del archilector. Savine. —Leo tuvo un escalofrío nervioso al pronunciar el nombre y bajó la voz—. Pero supongo que

será mejor que no se lo menciones a nadie.

—No. —Jurand cerró los ojos y soltó una risita incrédula—. Tienes razón. Claro.

—Anímate. —Leo le dio un rudo apretón en los hombros con un brazo, mirando de nuevo hacia el edificio. Hacia la única ventana iluminada—. Hay damas más que de sobra para todos nosotros. —Aunque no se le ocurría ninguna que tuviera ni por asomo tanta clase como Savine dan Glokta.

—Damas más que de sobra —repitió Jurand, lúgubre—. Espero que sepas en qué te estás metiendo.

—A veces es mejor no saberlo.

Leo entregó su bastón a Jurand, le dio un amistoso puñetazo de despedida en la tripa y cruzó la calle pavoneándose, intentando que no se notara el dolor. No lo llamaban el Joven León por nada, al fin y al cabo. Sabía cuatro cosas sobre la valentía, y el truco estaba en descartar toda idea de elección y hacerlo sin más. Levantó el puño y dio cuatro golpes rápidos con los nudillos mientras componía en la cara la clase de aplomada expresión seductora que imaginaba que debían de tener los grandes amantes de la historia.

La expresión se le borró por completo cuando se abrió la puerta. Al otro lado había una mujer de piel oscura a la que no había visto en la vida.

—Eh... Esperaba...

—Debéis de ser el Joven León —dijo ella en la lengua común, Leo supuso que con menos acento que el que tenía él.

—Hay quienes me llaman así, porque...

La mujer adelantó la cabeza hacia él, hizo entrechocar los dientes con un gruñido sorprendentemente leonino y él se echó atrás por la sorpresa, torció el gesto al apoyar el peso en la pierna herida e intentó disimularlo con una risita falsa mientras ella lo invitaba a pasar y después se apoyaba en la puerta hasta cerrarla con un golpe seco.

—Lady Savine os quiere arriba.

—Pues arriba será. —Se sorprendió sonrojándose, lo cual seguramente no era algo que habrían hecho los grandes amantes de la historia—. O sea, no me refiero a eso, sino... En fin, no se me

da muy bien hablar.

—Sin duda Dios os ha concedido otros talentos.

Y la mujer dio media vuelta con una levísima sonrisa.

La oscura escalera se le hizo muy larga y el corazón le latía tan fuerte que se podría oír desde la calle, y la rendija de luz que asomaba por debajo de la puerta negra estaba cada vez más cerca, llena de promesas. Leo no tenía ni idea de qué podía esperar. No lo habría sorprendido encontrar a Savine esperando con una ballesta cargada. O tumbada desnuda en una piel de tigre. O las dos cosas, ya puestos.

Se detuvo ante la puerta, intentando recobrar el aliento, pero su aliento se negaba a recobrarse. Fuera hacía demasiado frío, allí dentro demasiado calor. Pensó en llamar, pero se le ocurrió que quedaría más imperioso entrar sin más. No lo llamaban el Joven León por nada, al fin y al cabo. Las cargas imprudentes eran su especialidad. Cogió el pomo de la puerta, paró un momento para dejar pasar una oleada de nervios y luego irrumpió con demasiado ahínco.

Savine estaba de pie, sirviendo vino a la luz de una lámpara, con una postura tan meticulosa como si estuviera posando para un retrato. Ni se inmutó al abrirse la puerta ni giró la cabeza para mirarlo: solo alzó la copa hacia la luz y arrugó un poco la frente al comprobar el color.

—Lo has encontrado, ¿eh? —dijo, volviéndose por fin hacia él.

—Sí.

Buscó algo ingenioso que añadir, pero encontró el almacén vacío. Savine estaba todavía más perfecta que como la recordaba. Su figura destacada sobre la luz de la lámpara era de una etérea... ¿qué? En fin, ¿dónde iban a fallarle las palabras a Leo, si no en el despacho de un puto escritor?

Miró a su alrededor, esperando encontrar alguna inspiración. Había estantes atestados de libros, un escritorio con tapete de cuero lleno de papeles desparramados. En una esquina estaba lo que debía de ser una imprenta, el trasto más espantoso que Leo había visto en la vida, todo engranajes y manecillas de hierro, un rodillo negruzco y una página impresa reposando en sus fauces abiertas.

—Es la última sarta de fantasías que ha escrito Sworbreck —dijo Savine—. Pero no has venido para oír las aventuras de otra gente.

—¿Para qué he venido? —preguntó él mientras cerraba la puerta, a medio camino entre un débil intento de broma y una verdadera solicitud de respuesta.

—Para vivir una aventura propia.

Savine le ofreció la copa. Parecía un dechado de serenidad, de entereza, de absoluto control, pero cuando fue hacia él, Leo atisbó algo titilante en sus ojos. Una brizna de anhelo, o de furia, o de locura incluso, que lo excitó mucho, y le dio un poco de miedo. O quizá fuese al revés. Se descubrió apartándose encogido y terminó apretado en una postura incómoda contra la mesa, con el borde metálico clavado en el culo.

Por los muertos, ni siquiera el hombre con menos sesos de Adua, y Leo se consideraba entre los aspirantes al título, podría haber dudado de lo que pretendía Savine. Lo más seguro era que en ningún momento hubiese existido la menor duda, pero por algún motivo Leo se había permitido pensar que tal vez de verdad quisiera enseñarle el despacho de un escritor. Aquí están las plumas, ahí la tinta, y ahora podemos volvernos todos a nuestras camas separadas y dormir como ceporros, sin que nos perturbe el sueño la preocupación por nuestra capacidad como amantes.

Si le preguntase cualquiera, él siempre diría que adoraba a las damas. Pero en ocasiones lo inquietaba que las mujeres no acabaran de... excitarlo tanto como deberían. Tanto como excitaban a otros hombres. En los últimos tiempos, parecía que su problema había consistido tan solo en encontrar a la adecuada. Rikke había sido una compañía muy fácil. Era como uno de los chicos. Pero Savine no podría ser más diametralmente opuesta. Leo nunca había conocido a una mujer que fuese más... *mujer* que ella.

—¿Nervioso? —preguntó Savine.

—No —mintió él. Se le quebró un poco la voz y ella sonrió. Una sonrisa pequeña pero dura, como si pensara que lo había pillado. Que era justo lo que había ocurrido, por supuesto. Leo nunca había sido muy buen mentiroso.

Lo cierto era que Leo nunca había estado cómodo con las

mujeres. Pero quizá la comodidad fuese la última característica que debía tener un romance. Quizá debiera tener cierto filo. Y cada momento que pasaba con Savine le resultaba tan emocionante y peligroso como entrar al círculo con el Gran Lobo.

—Es que... no creo que haya conocido nunca a una mujer como tú —dijo.

—Claro que no. —Savine se bebió la copa entera con un solo movimiento practicado, y los finos músculos de su cuello se tensaron al tragar—. Soy única.

Savine tiró la copa al cuero de la mesa, donde trastabilló sobre el borde pero, por alguna extraña hechicería, se quedó derecha. Se acercó un poco a él, su pecho pálido subiendo y bajando, su piel suave resplandeciente a la luz de la lámpara y...

Llevaba un collar que no encajaba lo más mínimo con su ropa impecable. Una retorcida tira de cuero con tabletas de hueso enhebradas, de talla irregular y picuda. Se parecía a los collares que llevaba Rikke, ruidosos y revueltos. Incluso con la bebida y la emoción, pensarlo le provocó una oleada de remordimiento.

—¿De dónde has sacado las runas?

—Del Norte —dijo ella distraída, con los ojos en la boca de Leo.

—¿Y qué dicen?

Leo no estaba haciendo nada malo, ¿verdad? Rikke le había dejado claro como el agua que no quería nada más con...

Savine le cogió la barbilla con una fuerza irresistible.

—¿A quién le importa?

La yema del pulgar de Savine subió por su mejilla, sus ojos entornados fijos en ella, y la punta de la lengua asomó entre sus labios cuando encontró la reciente cicatriz y la acarició con un toque liviano, haciéndole un poco de cosquillas, un poco de daño.

—¿Esto te lo dejó Stour Ocaso? —preguntó.

—Además de otros pocos recuerdos.

—¿Te duele?

—Solo si apriet... ¡Ah!

Se la había apretado con toda la intención del mundo, desnudando los dientes con salvajismo por un instante, y Leo se encogió y se retorció, incluso más incómodo que antes contra la

mesa.

Era increíble lo ligera que era, lo delgada, lo mucho que se marcaban los tendones al mover el hombro desnudo. Leo casi no se atrevía a tocarla por si se partía entre sus manos. Pero Savine era más fuerte de lo que había esperado. Mucho más fuerte. Mucho más cálida. Le llegó su aroma, sobre todo a pradera en verano pero con un penetrante matiz animal. Quizá Leo estuviera más temeroso que excitado, pero sin duda a su polla le pasaba al revés.

Tenía la garganta tan oprimida que apenas podía hablar. Se descubrió preguntándose cuántos años más que él tendría ella. ¿Cinco, diez? ¿Cuánta más experiencia tendría?

—¿Estás segura de que esto es buena idea?

—Estoy segura de que es una idea terrible. Por eso es tan atractiva.

Savine abrió una cajita, cogió un pellizco de algo entre el índice y el pulgar y lo levantó hacia la cara de Leo. Se las ingenió para hacer incluso eso con elegancia.

—Ten.

—¿Qué es?

—Polvo de perla.

—¿Eso que usan los artistas para ponerse más sensitivos?

—Lo que funciona a los artistas nos funciona igual de bien a todos los demás. En realidad son mucho menos especiales de lo que les gusta pensar. Tú esnífalo.

—No estoy seguro de...

—¿No habías venido buscando una aventura?

Y le apretó aquel pellizco de polvo contra una fosa nasal mientras le cerraba la otra presionando con un dedo. A Leo no le quedó más opción que esnifarlo. El momento de tomar decisiones había sido fuera, en la calle.

—¡Ah, por los muertos! —Le ardió un fuego en el fondo de la garganta que subió a sus orejas, bajó a sus dientes y le llevó lágrimas a los ojos. Fue una sensación espantosa—. ¿Por qué leches querría nadie...?

—Venga, por el otro lado —siseó ella, girándole la cabeza y casi metiéndole los dedos en la otra fosa. Leo casi ni se dio cuenta de

que Savine le estaba desabrochando el cinto de la espada hasta que lo oyó caer al suelo. Estaba desarmado en todos los sentidos.

Joder, qué ganas tenía de estornudar. Se quedó un momento con los ojos cerrados, intentando contenerlo. Cuando pasó el apuro, encontró que Savine estaba besándolo, con pequeños mordisquitos en los labios, y entonces le giró la cara de lado y empezó a lamer, chupar, morder.

Leo le apretó las costillas pero no llegó a sentirla a ella, sino solo a su fortaleza de corsetería, rígida como una armadura. El ardor de la cara empezaba a remitir y la cabeza le daba agradables vueltas. Su boca se movía mecánica, entumecida y torpe. Tenía los labios como efervescentes. Notó el sabor del vino en la boca de Savine.

Leo no habría sabido decir si era por ella, por la bebida o por aquello que se metían los artistas por la nariz, pero empezó a sentirse atrevido. Salvaje. Era el puto Joven León, ¿verdad? ¡Había venido en busca de una puta aventura! ¡Nada de imitarlos, *era* uno de los grandes amantes de la historia, maldita sea!

Bramó un rugido de león mientras le cogía la cara, pulgar bajo la mandíbula, encontró la cinta del vestido y la aferró, la retorció, apretando fuerte con los nudillos el hombro de Savine, haciendo que diera un respingo, y le dio la vuelta hasta que fue él quien la estaba empujando a ella contra el borde de la mesa. Se le enganchó el pie con su espada, perdió un poco el equilibrio, ella la apartó de una patada con un zapato puntiagudo y la espada se salió a medias de la vaina al topar contra las patas talladas con forma de garras de león que tenía la imprenta.

Ya no le dolía la cara. Ni un poco. Apenas sentía nada del cuello para arriba, pero el doble de lo habitual de cintura para abajo.

Ella dio un gruñido gutural, con los labios retraídos en algo a medio camino entre una sonrisa y una mueca para mordisquear a Leo. Él notó que Savine manipulaba su cinturón, que terminaba desabrochándolo, sintió que los pantalones iban cayendo hasta que se le enredaron con las botas. El aire acarició fresco su culo, y luego la mano de Savine más fresca todavía.

Todo pensamiento de negarse había desaparecido hacía tiempo. Todo pensamiento sin más, ya puestos.

Savine se contoneó con destreza para subir de espaldas a la mesa, casi como si lo hubiera practicado muchas veces, y sus faldas bisbisearon cuando se las subió, más y más, y tiró de Leo hacia ella con una mano enredada en su pelo.

Casi le dolió, pero no del todo.

Sustitutos

—Por los muertos —gimió Rikke.

Se apoyó en los codos, intentó quitarse de un soplido el pelo enmarañado que tenía en la cara y fracasó. Tuvo que echarlo atrás usando los dedos, cerró con fuerza los irritados ojos para protegerlos de la luz y luego, muy poquito a poco, abrió un ápice solo uno.

Estaba tumbada con una sábana enredada en torno a las caderas, de la que asomaba una pierna que sabía que debía ser suya porque podía mover los dedos de los pies. Estaba desnuda del todo excepto por la camisa, cuya manga arrugada le rodeaba una muñeca al revés mientras el resto se extendía flácido por la cama como una bandera de rendición.

Miró frunciendo el ceño más allá de la camisa, hacia la ventana, y entonces se incorporó de golpe y miró alrededor.

¿Dónde cojones estaba?

La habitación era inmensa como el salón de un jefe, con una tremenda extensión de cortinas de vivos colores ondeando junto a las grandes ventanas. El lejano techo estaba todo cubierto de hojas doradas, los muebles todos abrillantados hasta darles un lustre cegador, la puerta lo bastante alta para que la usaran gigantes y con un pomo en forma del sol de la Unión.

El pomo giró y la puerta se abrió temblando como si le hubieran dado una patada.

Entró alguien con una bandeja de plata bamboleándose en una mano, haciendo resbalar peligrosamente las cosas que sostenía. Era un hombre con una casaca de color carmesí y muchos bordados de oro, que llevaba entreabierta y revelaba una franja de pecho y barriga pálidos y algo peludos. El hombre viró despacio hacia la cama, totalmente absorto en mantener equilibrada la

bandeja.

Era el príncipe heredero Orso.

—Oh. —Rikke sintió que las cejas se le disparaban hacia el techo cuando la anegó de sopetón el recuerdo de la última parte de la noche anterior—. Oh...

Había estado a punto de taparse, pero ya no le encontraba mucho sentido, así que se limitó a dejarse caer otra vez en el colchón, con los brazos extendidos.

—Estás despierta —dijo él, sonriendo de oreja a oreja.

—Porque tú lo digas —graznó ella—. ¿Cuánto bebí anoche?

—Todo, me parece. —Orso dejó la bandeja con orgullo en la cama, al lado de Rikke—. Te he traído un huevo.

Rikke levantó un poco la barbilla para echarle un ojo. No había tenido las tripas nada asentadas desde el duelo de Leo. En ese momento las sintió menos asentadas que nunca.

—Así me gusta. ¿Lo has puesto tú en persona?

—No tiene mucho sentido ser príncipe heredero si te toca hacer todo el trabajo duro. Pero mira, lo he traído desde la puerta hasta la cama. —Y señaló el camino que había recorrido—. Como observarías anoche, follarse a un príncipe heredero no es una gran distinción, aunque tú lo hicieras bastante de puta madre...

Rikke hizo un humilde encogimiento de hombros.

—Tengo un don, qué quieres que te diga.

—... pero que un príncipe te traiga el desayuno sí que es un honor muy poco frecuente.

Rikke tuvo que admitir que se sentía un poquito honrada. No creía que nadie le hubiera llevado el desayuno en la vida. Desde luego, Leo jamás se había molestado. Nunca penetraría en su grueso cráneo la idea de que existían necesidades en el mundo aparte de las suyas. Se preguntó dónde estaría en esos momentos. Seguro que con aquella mujer tan horriblemente hermosa, a la que Rikke no podía ni siquiera odiar por culpa del regalo, absurdo de tan generoso, de las joyas verdes que resplandecían sobre su pecho en ese preciso instante.

—¿Qué es esto? —preguntó, cogiendo unos papeles doblados de la bandeja. Rikke no era ninguna experta en impresión, pero le

pareció que aquel era un ejemplo pésimo.

—Un boletín de noticias. Te cuentan lo que está pasando. —Orso meditó sobre lo que acababa de decir—. O te cuentan lo que tienes que pensar sobre lo que está pasando. —Meditó más—. Los que triunfan de verdad se limitan a confirmarte lo que ya pensabas sobre lo que está pasando.

—Pues vaya.

En la parte de delante había un grabado borroso de Leo a caballo, con un aspecto incluso más pomposo que el normal. Debía de haber como media página con todos los detalles de cómo se recortaba la barba. Luego había algo sobre los Rompedores causando estragos, sobre problemas en el Sur, rivalidades con Estiria, sobre cómo los inmigrantes habían echado a perder el espíritu de un barrio y cómo todo era mejor durante el reinado del rey Casamir y...

Rikke dio un bufido de incredulidad.

—Escucha esta mierda. «Su alteza fue visto abandonando la recepción en compañía de la bella y misteriosa Bruja del Norte.»

—Madre mía, qué mal escrito está. —Orso se fue inclinando muy, muy poco a poco mientras hablaba, con los ojos fijos muy serios en la cara de Rikke—. Debería poner: «Bella, misteriosa, bien proporcionada, astuta, con talento, muy divertida...».

Rikke arrojó el boletín aleteando por la alcoba, sonrió mientras cogía a Orso de la oreja, tiró de él hacia ella y le plantó un beso en toda la boca. Fue un beso cochino y de sabor amargo, pero si una esperaba a que todo fuera perfecto, ¿cuántos besos estupendos se perdería?

—No eres para nada lo que me esperaba —dijo Rikke cuando se separaron.

—Soy incluso más guapo en persona, ¿eh?

—Guapo me lo esperaba. Amable, no.

—¿Amable? —Orso la miró raro—. Eso podría ser lo más bonito que nadie ha dicho jamás de mí. —Alzó la mirada al techo—. Ahora estoy preguntándome si será la única cosa bonita que nadie ha dicho jamás de mí. ¡Podría enseñarte la ciudad! —Saltó de la cama con un entusiasmo que dio dolor de cabeza a Rikke—. ¡Adua, la

Ciudad de las Torres Blancas! Es el centro del mundo, ¿sabes?

—Eso he oído.

—¡El teatro! Puedo hacer que lo vacíen. Organizar una función privada, solo para nosotros dos.

—¿Gente representando historias tontas? ¿Venga magia, guerras y romanticismo? No creo que sea para mí.

—Naipes, pues. ¿Tú juegas a las cartas?

—No sé si sería muy justo. Tengo el ojo largo, ¿recuerdas?

Los ojos de Orso se ensancharon, como los de un niño al descubrir un buen juego nuevo.

—¡Mejor todavía! ¡Por fin podré borrar la sonrisa de la cara a ese cabrón de Tunny en la mesa!

—¿No tenías que encabezar un desfile?

La boca de Orso se retorció.

—No me merezco un desfile. A no ser que pase pisoteándome, supongo. —Y se dejó caer bocarriba, mirando las hojas doradas del techo.

—¿No habías aplastado no sé qué rebelión?

—Ah, sí, el heroico príncipe heredero. Convencí a unos trabajadores de que se rindieran.

—Bueno, es algo que celebrar. Salvaste algunas vidas, ¿no?

—Las salvé. —Rodó de lado para mirarla—. Y luego los ahorcaron a todos.

Rikke se quedó mirando también el techo.

—Ah.

—No pasó porque lo ordenara yo. Pero tampoco lo impedí. Menudo héroe estoy hecho, ¿eh?

—He oído que un líder debe hacer de su corazón piedra. —Rikke se incorporó y sacó el huevo de su copita—. Por lo menos tú sabes lo que eres. —Y mordió la punta.

—No soy ningún Joven León. En eso creo que estaremos de acuerdo.

—Gracias a los muertos. —Y Rikke sonrió, enseñándole un bocado de huevo machacado—. Ese hombre es un puto gilipollas.

Orso le devolvió la sonrisa.

—¿Sabes? No creo que haya conocido nunca a una mujer como

tú.

—Y eso que has conocido a un montón.

—Si te soy sincero, mi reputación en ese aspecto está enormemente hinchada.

—Conque enormemente hinchada, ¿eh? A lo mejor te pareces más a Leo dan Brock de lo que crees.

Se echó hacia él para coger una rebanada de pan de la bandeja y hubo un traqueteo cuando la puerta se abrió sin ningún cuidado.

—Por el amor de Dios, Orso. —Un acento extraño y marcado—. Dime que no estás aún...

Una mujer vestida con magnificencia entró a la habitación, casi flotando con toda la majestuosidad de un gran barco a toda vela, y se detuvo en seco para mirar altiva hacia la cama. Rikke no tardó mucho en comprender que se trataba de la madre de Orso. Su augusta majestad la gran reina de la Unión. Rikke dio una especie de gañido desesperado. Tal vez podría haberle salido algo más digno si no hubiera acabado de embutirse un trozo de pan en la boca abierta del todo, pero lo dudaba mucho.

—¿Quién es esta... persona? —preguntó la reina.

—Eh... Esta es Rikke. ¡La bella y misteriosa Bruja del Norte! —Orso intentó una recargada floritura, como si estuviera presentándola ante el trono en vez de que la hubieran pillado en su cama, y Rikke tosió y estuvo a punto de salirle pan disparado por la nariz—. Es una emisaria del Protectorado.

Rikke no estaba segura de si eso haría que ella quedara mejor o el Protectorado peor. Se sacó el pan de la boca, la cerró y luego pinzó la sábana entre el índice y el pulgar y la fue subiendo muy poco a poco por encima de las tetas.

La reina hizo un arco a partir de una ceja perfecta.

—En lo referente a estrechar fuertes lazos diplomáticos con el futuro rey de la Unión, no se puede hacer la menor crítica a su entrega.

Rikke carraspeó.

—Bueno, es que es una alianza crucial para nosotros.

Orso ahogó una carcajada. Su madre no. Rikke se planteó seguir tirando de la sábana hasta que le tapara toda la cabeza.

—Dime que esta no es la chica con la que estabas pensando en casarte, Orso.

Rikke se lo quedó mirando.

—¿Vas a...?

—¡No! —Orso hizo una mueca de dolor—. Eso fue todo... un malentendido.

La reina dio un profundo suspiro.

—Dice algo sobre el alcance de mi desesperación que estaba absolutamente dispuesta a darle la bienvenida a nuestra familia.

Salió con la cabeza bien alta y la puerta se cerró a su espalda con un nítido chasquido.

Rikke infló los carrillos.

—Por los muertos, tu madre tiene una mirada que podría agriar la leche.

—Creo que le has caído bien —dijo Orso—. Y eso es todo un cumplido. En lo relativo a mujeres desnudas, tiene un criterio exquisito.

—Más vale que me vista. —Rikke volvió a incorporarse y buscó sus pantalones con la mirada—. Por si a tu padre se le ocurre entrar también.

—¿Para eso necesitas mucho tiempo?

Rikke se miró a sí misma.

—Si me pongo las botas, ya casi lo tengo hecho.

—Estupendo. —Orso también la estaba mirando, con el fantasma de una sonrisa rondándole los labios. Le pasó un dedo por el cuello, lo deslizó hacia abajo hasta llegar al dobladillo de la sábana y empezó a bajarla también—. A lo mejor podríamos hacer hueco a una breve ronda de diplomacia antes del desfile.

—Bueno, es verdad que me enviaron para mejorar las relaciones con la Unión.

Y tiró la bandeja al suelo de una patada, escupió un huevo tras ella mientras cesaba el estrépito, agarró la casaca de Orso y lo hizo bajar de un tirón encima de ella.

Sin reparar en gastos

—¡Coño, qué de gente! —berreó Leo para hacerse oír por encima de los vítores.

—Sí que son muchos —gritó Orso en respuesta.

Se amontonaban hasta los bordes de cada calzada y abarrotaban todos los techos y ventanas. Las calles eran cañones de humanidad; las plazas, mares de caras. Justo cuando Leo empezaba a pensar que ya no podía haber más, doblaban una esquina y se abría ante ellos otra avenida llena de sonrisas que se extendían en la distancia. Le dolía el costado herido de tanto cabalgar, el brazo herido de tanto saludar, la cara herida de tanto sonreír.

—¿Están cogiendo a los del final y trayéndolos delante por calles secundarias, o algo así?

—Teniendo en cuenta que esto lo ha organizado mi madre —dijo Orso—, no me extrañaría lo más mínimo.

El desfile en sí debía de estar compuesto por varios millares de personas. Al frente cabalgaban los magnates del Consejo Abierto, acicalados con galones y medallas. Al mirar hacia atrás, Leo recibió un asentimiento aprobador de lord Isher. Un puño sacudido con brío de Barezin. Un orondo saludo marcial de Heugen.

Un poco más atrás desfilaban la aristocracia menor, los oficiales del ejército y los burócratas ribeteados en pieles. Embutidos entre ellos y las rutilantes filas de soldados a pie había un grupo de embajadores, emisarios y otros extranjeros de pro con una sobrecogedora variedad de tonos de piel y trajes nacionales.

Con un aguijonazo de culpabilidad, Leo cayó en la cuenta de que Rikke debía de estar entre ellos. Se preguntó qué habría hecho ella la noche anterior después del baile. Seguramente sentarse a solas en la oscuridad, planeando la destrucción de Leo. Se apresuró a

devolver la mirada hacia delante, hacia el glorioso estandarte que ondeaba en la mismísima cabecera de la columna, el caballo blanco encabritado con un sol dorado de fondo. Verlo hizo que las ascuas del fervor patriótico de Leo ardieran vivas de nuevo. Era una reliquia de tiempos mejores, en los que la Unión estaba gobernada por rectos guerreros, no por avariciosos tullidos.

—El Estandarte Firme —murmuró, con la voz queda por el sobrecogimiento.

Orso asintió.

—El mismo trozo de tela que ondeó al frente de los ejércitos conquistadores de Casamir.

—Sin Casamir, no existiría Angland en absoluto. Ese sí que era un buen rey.

—Ya lo creo. —El príncipe heredero suspiró—. Hace que uno se dé cuenta de lo mucho que ha decaído la monarquía.

—No me refería a...

—Tranquilo —dijo Orso con una sonrisita triste. Parecía triste en general, teniendo en cuenta que todo aquello se celebraba parcialmente en su honor—. Nadie tiene una opinión de la familia real peor que la mía, y eso que la competencia es atroz. Pero hace pensar, ¿verdad? ¿Casamir, Harod y los demás eran de verdad los grandes hombres que nos describe la historia o solo mediocridades del ayer, inflados por siglos de méritos robados hasta convertirlos en los héroes imponentes de hoy? —Señaló hacia el gentío—. No sé, todos estos han venido por ti. Tú eres quien derrotó a Stour Ocaso. Los hombres se recortan la barba como tú. Llevan la espada como tú. Hay una obra de teatro sobre tu duelo, tengo entendido.

—¿Es buena?

—Seguro que es menos estimulante que el original.

Leo tuvo que reconocer que el príncipe heredero le caía bastante bien. Había esperado que fuese un petimetre de mucho cuidado, y sí, nadie lo habría llamado un machote, pero no cabía duda de que era un tipo muy atractivo, y estaba resultando ser bastante considerado y generoso. Era difícil odiarlo. Leo estaba aprendiendo que la gente y su reputación rara vez tenían mucho en común. Ironías del destino, se descubrió imitando al archilector en tratar de

exagerar los logros de Orso.

—Vos liberasteis Valbeck, alteza. Sofocasteis una rebelión sangrienta.

—Yo rodeé una ciudad y tomé un desayuno excelente, negocié las condiciones y tomé un almuerzo excelente, acepté una rendición y tomé una cena excelente, y luego resultó que la mayoría de mis prisioneros ya estaban ahorcados cuando me levanté a la mañana siguiente. Fue culpa mía por dormilón, supongo.

—Pero sois el heredero al trono y...

—Mis padres no se pondrán de acuerdo en nada más, pero en eso sí. Sin embargo, ser el heredero al trono no requiere ningún esfuerzo. Créeme: lo sé. Tú, en cambio, arriesgaste la vida. —Hizo un gesto hacia la cicatriz de la cara de Leo—. ¡Tienes la roja marca de la valentía! La herida más grave que me he hecho yo fue cuando me di un golpe en la cabeza al salir borracho de la cama. La hemorragia fue bastante espectacular, eso sí, pero la gloria fue mínima.

A Leo le llamó la atención un grupo de mendigos de piel oscura en el público.

—Veo muchas caras marrones —dijo, frunciendo el ceño.

—Hay problemas en el Sur. Los refugiados llegan a raudales cruzando el mar Circular en busca de una nueva vida.

—Libramos una guerra contra los gurkos hace treinta años, ¿verdad? ¿Estamos seguros de que son de fiar?

—Algunos sí y otros no, diría yo. Igual que los norteños. Igual que todo el mundo. Y no todos proceden de Gurkhul.

—¿De dónde, entonces?

—De todo el Sur —respondió Orso—. Kadir, Taurish, Yashtavit, Dagoska. Decenas de idiomas. Decenas de culturas. Y han elegido venir aquí. Es para estar orgulloso, ¿no crees?

—Si vos lo decís. —Leo no sabía nada de esos lugares salvo que no quería que la Unión se convirtiera en uno de ellos. No le hacía ninguna ilusión que se aguara el carácter de su patria. Sintió la necesidad de bajar la voz—. ¿No os preocupa que pueda haber... devoradores entre ellos?

—No creo que los hechiceros caníbales se cuenten entre

nuestros problemas más acuciantes.

—Algunos pueden robar las caras de la gente. O eso he oído. —Leo estiró el cuello para volver a mirar mal a aquellos sureños—. Pueden adoptar el aspecto de cualquiera.

—Entonces, ¿una cara pálida no sería mejor disfraz que una oscura?

Leo arrugó la frente. No se le había ocurrido pensarlo.

—Es que... ya casi no parece que la Unión siga siendo la Unión.

—Yo opino que la mayor fuerza de la Unión siempre ha sido su variedad. Por eso se llama Unión.

—Hum —gruñó Leo.

Normal que Orso pensara así. Él mismo era un mestizo medio estirio. Le cayó algo en el regazo. Una flor. Miró hacia una ventana de un primer piso y vio un grupito de chicas sonrientes que estaban arrojándole más. Sonrió y les echó un beso. Suponía que era lo correcto.

—Parece que Adua está disfrutando de ti —comentó Orso—. ¿Tú estás disfrutando de ella?

—No puedo decir que aprecie los vapores. Y la política también es bastante turbia. Como el Consejo Cerrado no ayudó a librar la guerra, había esperado que al menos ayudara a pagarla.

—Siempre he creído que es más fácil abrir una puerta al infierno que el monedero del rey.

—Una pérdida total de tiempo. Pero por otra parte... he conocido a una mujer. Nunca antes había conocido a otra como ella.

El príncipe heredero soltó una repentina risita.

—Qué cosas, yo también.

—Hermosa. Lista. Aguda como una daga y feroz como una tigresa.

Otra risa.

—Qué cosas, yo también.

—Pero toda desenvoltura, toda elegancia. Una dama de la cabeza a los pies.

Orso rio más alto que nunca.

—Mira, ahí diferimos. ¿Esa mujer sin parangón que has conocido tiene nombre?

Leo carraspeó.

—Creo que es mejor que no lo diga.

—Entonces, hiciste algo más que conocerla, ¿eh?

—Me llevó a... —No, no, aquello sonaba demasiado débil—. La conocí, por así decirlo, en el despacho de un escritor, nada menos. —Leo vio que la cara del príncipe se crispaba. Quizá le gustaban los libros incluso menos que a él—. Pero... no me invitó para leer, ya sabéis a qué me refiero.

—Creo que puedo deducirlo. —La voz de Orso sonó estrangulada, pero Leo nunca había sido muy hábil en entresacar el significado oculto de las cosas. Era un hombre directo. Así que siguió adelante. Directeando. ¿Esa palabra existía?

—Fue una noche de pasión con una mujer bella, misteriosa y mayor que yo.

—Sin duda, el sueño de todo hombre joven —dijo Orso con voz crispada.

—Sí, solo que... —Leo no estaba seguro de si debía decir más. Pero Orso era hombre de mundo. De hecho, era infame por ello. Quizá él pudiera ayudarlo a encontrarle algún sentido—. Si se supiera, la gente podría pensar que me aproveché de ella, pero... me da la sensación de que fue ella quien se aprovechó de mí.

—Todos deseamos que se nos desee —gruñó Orso, con la mirada fija al frente.

—Qué forma tenía de mirarme. —Como si él fuera su siguiente comida—. Qué forma tenía de tocarme. —Sin ninguna dulzura y sin ninguna vacilación—. Qué forma tenía de hablarme. —Sabiendo precisamente lo que quería y sin importarle lo más mínimo lo que pudiera querer él. Solo pensarlo ya estaba poniéndolo duro bajo sus pantalones de vestir—. Fue igual que...

Puso los ojos como platos. ¡Joder, era justo la forma en que le hablaba su madre! La idea hizo que sus pantalones se arrugaran incluso más deprisa que se habían erguido. ¿Podría ser que... muy en el fondo... le gustara que le hablasen de ese modo?

—¿Sabes? —dijo Orso, comprobando el estado de su montura —. Yo no debería estar aquí.

—¿Qué?

—Tú te lo has ganado. Yo no.

Orso le dio una palmada en el brazo y, sin esperar respuesta, llevó su caballo hacia el lado y empezó a quedarse atrás.

Hasta ese momento había habido una extraña nota discordante en los elogios. Algún abucheo, algún grito burlón de «¡El Joven Cordero!», e incluso chillidos descarados de «¡Asesino!». Pero cuando Orso se marchó, se llevó con él todas las críticas, mientras que al paso de Leo, que ahora encabezaba en solitario el desfile, cabalgando bajo el Estandarte Firme como quizá lo hiciera el propio Casamir, las ovaciones duplicaron su intensidad. Los pétalos de flores cayeron a chorro. Los golfillos callejeros señalaron con el dedo, con los ojos desorbitados en sus caras mugrientas. ¡Ahí va el Joven León, el salvador de la Unión!

Leo sonrió. No le costó mucho esfuerzo. Orso tenía razón, al fin y al cabo. Era cierto que él se había ganado la gloria.

¿Cuántos hombres podían decir que habían ganado una guerra ellos solitos?

Al verlo pasar en solitario al frente del desfile, todo el mundo había aclamado a Leo dan Brock, un héroe famoso se mirara por donde se mirara. El ambiente se calmó mucho cuando lo siguieron los prohombres del Consejo Abierto.

—Ese es el hijoputa de Isher —gruñó Broad al verlo montar con la barbilla bien alta y su enorme capa dorada extendida sobre las grupas de su caballo cabriolante—. El que nos robó la tierra. Parece que le ha cundido bien, al muy...

—Déjalo estar. —La mano de Liddy se posó amable en el dorso de la suya. Amable pero firme—. Tu rabia no le hará ningún daño, pero a nosotros podría hacérnoslo.

—Sí —dijo Broad, e inhaló con fuerza—. Tienes razón.

Su rabia ya les había hecho bastante daño.

Los lores iban seguidos de personas notables con ropa ribeteada en piel, que intentaban llevarse parte de una gloria que no habían hecho nada para merecer. Luego pasaron los oficiales, y Broad giró la cabeza y escupió. Después de todo lo que había sufrido en

Estiria, aquellos cabrones no le caían ni un ápice mejor que los lores.

—¡Ese es Orso! —gritó un niño que iba a hombros de su padre.

—¿Qué hace ahí atrás?

—Le dará vergüenza cabalgar junto a un héroe de verdad —refunfuñó alguien.

Entonces Broad lo vio. Montaba a lomos de un buen rucio, relajado como si no supiera lo que es el remordimiento, poniendo una extraña media sonrisita mientras charlaba con un soldado entrado en años que llevaba un excelente gorro de piel.

—¡Qué vergüenza! —rugió alguien—. ¡Abajo el príncipe heredero! —Era un hombre alto con una tupida barba negra, que se había puesto de puntillas para gritar por encima de las cabezas que tenía delante. La gente lo miró con mala cara, pero él tenía la luz de la locura en los ojos y no reculó ni un paso—. ¡Asesino!

Liddy negó con la cabeza.

—Ese idiota solo va a provocar líos.

—Pero no le falta razón —musitó Broad—. Orso es un puto asesino.

—¿Es que no aprendiste nada en Valbeck, Gunnar? Puedes tener razón y, aun así, quedarte calladito.

—Colgó por traidores a doscientos buenos hombres y mujeres —gruñó Broad.

—Es que *eran* traidores —dijo May con la mandíbula tensa—. Eso es un hecho.

A Broad no le gustaba oírlo, y mucho menos en boca de su hija.

—Creo que eso podríamos discutirlo. —Aunque discutir con May jamás lo había llevado a ningún lugar al que quisiera ir—. Pero la verdad es que Leo dan Brock luchó en una guerra. El príncipe solo se sentó en un comedor y mintió.

—Pues vitorea a Leo dan Brock —murmuró Liddy— y deja en paz a su alteza. No sabes quién puede estar escuchando. Hay inquisidores por todas partes.

Al capullo de la barba no parecía importarle.

—¡A la mierda el Joven Cordero! —bramó haciéndose bocina con las manos.

Leo miró hacia él con aquella leve y aburrida sonrisa e hizo una pequeña reverencia, y hubo algunas risas que Broad tuvo que admitir que quitaron un poco de veneno a todo el asunto.

Un momento después, alguien le dio un empujón en el hombro y tres hombres vestidos de negro se abrieron paso entre el gentío. El gritón barbudo los vio y dio media vuelta, pero había otros dos llegando desde la otra dirección. La multitud se apartó como de un apestado mientras los practicantes atrapaban al barbudo, lo tiraban al suelo y le metían la cabeza a la fuerza en una bolsa manchada.

—¡No! —susurró Liddy. Fue solo entonces cuando Broad reparó en que le había puesto la mano en el brazo. Las dos manos, para tirar de él con todas sus fuerzas—. ¡No más líos! —Y fue solo entonces cuando se dio cuenta de que tenía todos los músculos en tensión y los puños tan cerrados que le temblaban y los labios retraídos en una mueca de ira.

—¡No te atrevas a jodernos la marrana a todos! —May se había situado delante de él y le estaba poniendo la punta del dedo en la cara—. ¡No cuando empieza a irnos bien! —Había lágrimas centelleando en sus ojos—. ¡No te atrevas!

Broad respiró hondo y soltó el aire con un estremecimiento. Vio a los tres practicantes llevarse al pobre idiota entre la muchedumbre. Podría haber sido él a quien estuvieran arrastrando hacia el Pabellón de Interrogatorios. Habría sido él quien hubiera acabado muerto en una jaula junto al camino a Valbeck, de no ser por May y por el mayor golpe de suerte que hubiera tenido jamás un hombre que tan poco lo merecía.

—No lo haré, May. —Notó lágrimas en sus propios ojos y se apartó los anteojos nariz abajo para secárselos—. Lo siento.

—Nos lo prometiste —bisbiseó Liddy, tirando de él de vuelta a los hombres que marchaban y los caballos que cabriolaban y las banderas y el metal brillante—. No más líos.

—No más líos. —Broad pasó los brazos alrededor de su esposa y su hija y las atrajo hacia sí—. Lo prometo.

Pero seguía teniendo los puños tan apretados que le dolían.

A Savine siempre le habían encantado los grandes acontecimientos. Cuanto mayor fuera la multitud, más oportunidades tenía de convertir a extraños en conocidos, a conocidos en amigos y a amigos en dinero. Eran una ocasión de dejarse ver, y en consecuencia admirar, y en consecuencia conservar el poder. Porque el poder era una montaña por la que una siempre estaba resbalando hacia abajo. Una montaña en la que había que arañar y bregar y trepar a todas horas solo para mantener la posición, no digamos ya para ascender por su ladera. Una montaña que no estaba hecha de roca, sino de los cuerpos esforzados, resollantes y ansiosos de todos los demás.

Y pocos acontecimientos había más grandiosos que aquel. Se había decretado un día festivo para los trabajadores de Adua y los hornos estaban apagados y los vapores despejados. Hacía calor para ser principios de invierno y el sol brillaba claro sobre la muchedumbre gozosa. Aquellos de entre la flor y nata que no acompañaban a los célebres laureados en su desfile estaban congregados al final del recorrido, junto con una multitud de tallos marchitos y leche cortada, en la plaza de los Mariscales.

Savine estaba de pie en la zona reservada a las personalidades, en un extremo del palco real festoneado en púrpura, con una legión de lacayos lameculos y adustos Caballeros de la Escolta, por no mencionar a sus augustas majestades los grandes rey y reina de la Unión. Terez se alzaba dolorosamente erguida en la mismísima cúspide del poder, honrando al gentío con algún saludo desdeñoso de vez en cuando, la incuestionable ama de todo cuanto veía. Por una vez, Savine no tuvo que esforzarse para envidiarla. Ese podría haber sido su lugar. Debería haberlo sido. Casi lo había sido.

El rey desvió la mirada a un lado y, por un breve instante, la cruzó con la de Savine. Tenía el mismo aspecto melancólico y necesitado de siempre, y ella bajó los ojos a sus carísimos zapatos. No tenía ni idea de por qué se avergonzaba. No era ella quien se había follado a su madre y abandonado el resultado. Pero, aun así, le ardía la cara.

Siempre le habían encantado los grandes acontecimientos, pero ese día lo odiaba todo y a todos, a ella misma más que a nadie. Echaba tanto de menos a Orso como a su brazo si se lo hubieran cortado. Se le ocurría alguna observación que solo él habría entendido, sonreía y se volvía hacia Zuri para que organizara un encuentro... y entonces la embargaba otra vez aquella sentimental punzada de pérdida.

Leo dan Brock había sido una distracción agradable. De cuello para abajo, resultaba impresionante. Cuando Savine le había abierto la camisa, se había quedado un momento sin hacer más que mirarlo. Era como si estuviera tallado en mármol de color carne por un escultor propenso a la exageración. En un momento dado, Leo la había levantado del suelo sin el menor esfuerzo y Savine se había sentido como si jamás fuese a volver a tocarlo con los pies.

Pero al final, lo que de verdad valía en un hombre estaba por encima del cuello. Si ella hacía un chiste, Orso se habría abalanzado sobre él, lo habría desplegado y desarrollado y se lo habría devuelto deliciosamente cambiado. Leo apenas era consciente de que se había hecho un chiste. Al igual que aquel nuevo invento del que siempre estaba parloteando Curnsbick, Leo era como un carro sobre raíles. En términos conversacionales, solo podía circular en una dirección, y tampoco demasiado rápido.

Savine necesitaba un empujoncito. Se agachó como para ajustarse un zapato y sacó la cajita de plata de la manga del vestido. Solo un pellizco para quitarse los nervios. Pero ese pellizco, que en realidad sería como el quinto de esa mañana, no terminó de cumplir su función, así que Savine tomó otro más grande. Una dama de buen gusto nunca hacía las cosas a medias, a fin de cuentas.

Se irguió de golpe y estuvo a punto de caer hacia atrás por una oleada de sangre tan bestial en la cabeza que le pareció que los ojos iban a saltarle del cráneo. Cuando el mundo volvió a enfocarse, reparó en que Zuri la estaba sosteniendo con firmeza por el codo.

—¿Qué quieres? —restalló Savine, arrancándole el codo de la mano. Sintió remordimientos al instante—. Perdona. Lo siento. No sé qué haría sin ti.

—Lady Savine... —Zuri paseó una mirada cautelosa por todo el

palco real. Estaba claro que el traspié de Savine no había pasado desapercibido. Los putos buitres siempre estaban al acecho, buscando carne fresca que desgarrar—. No parecéis vos misma.

—¿Y quién soy ahora? Respóndeme a eso. —De repente casi estaba gritando, notando la sangre palpitar tras las sientes, y se limpió la nariz irritada y cerró los ojos—. Discúlpame, Zuri. Nadie merece menos que le griten que tú.

—¿Necesitáis marcharos?

—¿Y perderme esta mierda? —Al abarcar con un gesto la abarrotada plaza, Savine se fijó en que tenía el índice y el pulgar del guante manchados de polvo de perla e intentó sin éxito limpiárselos contra la otra mano.

—¿Dedos pegajosos? —murmuró su padre por la comisura de la boca. Aunque, por supuesto, no era su padre. Era el archilector Glokta, que no tenía ningún vínculo de sangre con ella.

—Nada de lo que debas preocuparte —le espetó.

—Pues me preocupa. —Glokta siguió mirando hacia la muchedumbre mientras los lejanos vítores iban ganando intensidad a medida que el feliz desfile se aproximaba por las calles del Agriont, pero dobló un dedo para que Savine se agachara junto a su silla—. ¿Puedo preguntarte qué estás haciendo con Brock?

—¿Te has enterado de eso?

—Supongo que ya lo sabe media Adua.

—Lo último que necesito es un puto sermón —restalló.

De pronto, espontáneo del todo, inadecuado del todo, afloró un recuerdo. El de aquella niñita de piel oscura, de ojos húmedos iluminados por las llamas, suplicándole en un mugriento callejón de Valbeck. Por favor, por favor, una y otra vez, y el terror aplastante y el hedor a incendio.

Savine llevaba la ropa muy apretada, demasiado apretada, tanto que casi no podía respirar. Se dobló y se retorció en sudoroso pánico, y manoteó sin sentido detrás de su cintura en busca de unos cordones que sabía que no podría aflojar. No más de lo que un preso podría forzar sus grilletes con las uñas.

Su padre le frunció el ceño.

—¿Qué se te ha metido en el cuerpo, Savine?

—¿Qué se me ha metido a mí? —La ira burbujeó de nuevo mientras aferraba el brazo de la silla de su padre y se agachaba para sisearle al oído—: ¿Sabes lo que me ha contado tu esposa?

—Claro que lo sé. ¿Por qué clase de necio me tomas?

Savine dio una risotada aspirada, amarga, mocosa.

—Por uno ni la mitad de grande que el que mi madre y tú creíais que era yo.

Una oleada de espasmos recorrió la parte izquierda de la cara de Glokta e hizo temblar su párpado.

—Tu madre era joven, estaba sola y cometió un error. Desde entonces, solo ha pensado en lo que es mejor para ti.

—En eso y en vaciar botella tras... ¡Ah!

La mano de su padre había asido su brazo para obligarla a bajar más. Glokta forzó las palabras a través de labios apretados.

—Deja a un lado tu rencor. Esto es serio.

—¿Rencor? —susurró ella—. ¿Rencor? Soy una mentira, ¿es que no lo entiendes?

Saltaba a la vista que varias personas se habían percatado de la furia con que hablaban y habían vuelto sus rostros curiosos hacia ellos. Uno en particular. El Primero de los Magos estaba de pie junto al rey, en esa ocasión vestido con una túnica que tenía un toque arcano para su aparición en público. Dedicó a Savine una pequeña sonrisa astuta acompañada de un asentimiento cómplice.

A su padre no se le escapó. Apenas movió sus finos labios, pero Savine vio que se le tensaba un músculo en el lado de la cabeza.

—¿Ha hablado contigo?

—¿Quién?

—Bayaz —susurró él, apretándole tanto la muñeca que casi le dolió.

—No he hablado nunca con él. —Savine arrugó el entrecejo—. Pero... había un hombre en la Sociedad Solar que afirmaba ser mago. No lo parecía.

Los tendones del cuello de su padre se movieron al tragar saliva.

—¿Sulfur?

—Dijo no sé qué chorradas sobre cambiar el mundo. Sobre buscar nuevos amigos y...

—Te pidan lo que te pidan, te ofrezcan lo que te ofrezcan, niégate, ¿entendido? —Por fin alzó la mirada hacia ella. Savine no creía haberlo visto nunca antes asustado—. Niégate y ven a verme de inmediato.

—¿Qué cojones tiene que ver Bayaz con nada?

—¡Todo! —La apretó aún más fuerte, tiró de ella aún más cerca —. No creo que te hayas planteado lo peligrosa que es tu posición. Bastarda o no, eres la hija mayor del rey. Eso podría hacerte muy valiosa. Y muy vulnerable. Y ahora, recobra la compostura. Esa actitud hosca no es digna de ti.

La soltó, se limpió una lágrima de su húmedo ojo izquierdo y empezó a aplaudir con educación cuando Leo dan Brock entró cabalgando en la plaza, todo sonrisa, y las aclamaciones se redoblaron.

Savine se enderezó despacio, frotándose las manchas pálidas que los dedos de su padre le habían dejado en la muñeca. Quería darle un puñetazo en su boca desdentada. Quería chillar hasta desgañitarse, en toda la cara del rey. Quería marcharse furibunda de allí, al menos.

Pero solo conseguiría llamar la atención. Y nadie podía enterarse de su secreto. En eso tenía razón su padre. O la habría tenido, de ser su padre. Bayaz seguía sonriéndole sin dejar de mirarla. Se veía mucho menos majestuoso que su estatua, que se alzaba no muy lejos en la vía Regia, pero mucho más engreído. Lo único que pudo hacer Savine fue devolver la atención a la plaza, forzar los hombros hacia atrás y el mentón hacia arriba y la boca hacia la sonrisa más insípida imaginable, y aplaudir.

Y echar humo como un hervidor al fuego.

Orso oyó las ovaciones por delante cuando el desfile llegó a la plaza de los Mariscales. Oyó los cánticos de «¡Leo, Leo!», los gritos de «¡El Joven León!». Era indudable que aquel cabrón tan varonil desempeñaba el papel de héroe a la perfección. Mucho mejor de lo que Orso sería capaz jamás.

Tuvo que reconocer que el nuevo lord gobernador de Angland lo

había sorprendido para bien. Había esperado que fuese un matón sin sentido del humor, y sí, tenía los típicos prejuicios provincianos, pero resultó ser encantadoramente sincero y generoso. Era difícil odiarlo. El pobre mamón no tenía ni idea de que estaba martilleando clavos en el cráneo de Orso al hablarle de Savine. No tenía ni idea de muchas cosas. Lo más seguro era que Savine terminara exprimiendo al desgraciado idiota hasta sacarle todo el jugo y lo dejara hecho una cáscara anhelante. No sería la primera vez que lo hacía. Solo hacía falta que Orso pensara en ella con otro hombre para que le entraran ganas de vomitar sus propios ojos.

Entonces vio a Rikke y se descubrió sonriendo muy a su pesar.

Iba encorvada en la silla de montar, entrecerrando los ojos furiosa al sol como si se tomara su brillo por una afrenta personal. Orso no creía que se hubiera cambiado ni una sola prenda desde que había salido de su cama. Rodeada de una compañía tan impecablemente vestida, acicalada y decorada, Orso encontró un extraño atractivo en su absoluta ausencia de esfuerzo.

Al fin y al cabo, había querido casarse con la mujer mejor vestida del Círculo del Mundo, y mira cómo había terminado eso.

—Su alteza —gruñó Rikke cuando Orso retrocedió hasta ella.

—Su... —Orso frunció el ceño—. ¿Cómo hay que dirigirse a una emisaria del Protectorado?

—¿Rikke?

—No os andáis con muchas ceremonias allá arriba, ¿verdad?

—Las pisoteamos nada más verlas. ¿Qué haces aquí atrás con toda la escoria? ¿La calle no es lo bastante ancha para que pasen dos cabezas tan infladas como la tuya y la de Leo dan Brock?

—Me ha caído bastante bien. —Orso se encogió de hombros—. Bastante mejor que yo mismo, por lo menos. En lo cual me parece que, por una vez, coincido con la actitud del público. —Los pocos plebeyos que miraban en la dirección de Orso tendían a hacerlo con odio—. Aunque está claro que me lo merezco.

—Como eres impopular en casa, te has bajado hasta aquí para trabajar en las alianzas con el extranjero. No eres el vividor egocéntrico que me había esperado.

—Me temo que soy incluso peor. —Se inclinó hacia ella y bajó la

voz—. Solo hay una alianza en la que quiero trabajar, y es la que hay entre mi nabo y tu...

Le llamó la atención el hombre que cabalgaba justo detrás de Rikke. Era un norteño viejo y muy alto, con la cicatriz más monstruosa que había visto en la vida y una brillante bola de metal reluciendo en su centro. Tenía el otro ojo fijo en Orso con una expresión que helaba la sangre. Pero, claro, debía de ser difícil poner expresiones cariñosas con una cara que parecía la pesadilla de un asesino.

Orso tragó saliva.

—Tu amigo tiene un ojo metálico.

—Se llama Caul Escalofríos. Es un firme aspirante a ser el hombre más temido del Norte.

—¿Y es tu... guardaespaldas?

Rikke levantó sus hombros huesudos.

—Solo un amigo. Pero supongo que hace ese papel.

—¿Y la mujer?

Ella estaba mirando a Orso incluso con más atención que Escalofríos, si es que era posible. Tenía una mano azul por los tatuajes y un rostro pétreo que se movía a ritmo constante al masticar algo. Sin interrumpir el contacto visual, giró la cabeza y soltó un enorme escupitajo.

—Ella es Isern-i-Phail, considerada la más sabia de las montañesas. Se conoce todos los caminos, incluso mejor que se los conocía su padre. Me ha estado ayudando a abrir el ojo largo. Y a hacer de mi corazón piedra. Con resultados variables.

—Entonces, ¿es tu... maestra?

Rikke volvió a levantar los hombros.

—Solo una amiga. Pero supongo que cumple ese papel.

—Para ser una mujer de tan buen trato, tienes unos asistentes muy temibles.

—No te preocupes. Estás a salvo. —Se acercó a él—. Siempre que no me decepciones.

—Ah, yo decepciono a todo el mundo.

Orso le sonrió, y ella le devolvió la sonrisa, de lado a lado de su ancha boca. El gesto parecía tan maravilloso, tan abierto y sincero,

que de algún modo Orso se sintió satisfecho de haber contribuido en algo a provocarlo.

Al fin y al cabo, había propuesto matrimonio a la mujer más manipuladora del Círculo del Mundo.

Y mira cómo había terminado eso.

No habían reparado en gastos. Habían convertido la plaza de los Mariscales en un enorme anfiteatro, como hacían para el Certamen Estival, erigiendo gradas que rebosaban de muchedumbres felices. Los edificios estaban adornados con banderas: el sol de la Unión, los martillos cruzados de Angland. Todo el mundo llevaba sus mejores galas, aunque la calidad dependía de en qué lado de la plaza estuvieran. Arriba, en el extremo opuesto, era todo joyas y plata; allí abajo era todo chaquetas recosidas y alguna cinta en los muy afortunados.

Sin embargo, los sentimientos no costaban dinero, por lo que no faltaron emociones cuando las fulgurantes hileras fueron desfilando por delante. Había admiración envidiosa, de los mendigos a los plebeyos, de los plebeyos a los burgueses, de los burgueses a los nobles, de los nobles a los reyes, todos ellos estirando el cuello para alzar la mirada hacia lo que no terminaban de poseer. Había entusiasmo bélico, sobre todo por parte de quienes no habían desenvainado una espada en la vida, ya que quienes estaban acostumbrados a blandirlas tenían más conocimiento de causa. Había fervor patriótico suficiente para sumergir una isla llena de chusma extranjera, y satisfecha suficiencia porque la Unión generaba los mejores hijos de puta del mundo. Había orgullo cívico en los ciudadanos de la poderosa Adua, la Ciudad de las Torres Blancas, pues nadie respiraba unos vapores tan densos ni bebía un agua tan sucia como ellos, ni pagaba tanto por unas habitaciones tan pequeñas.

A la hora de alimentar a la gente, o de proporcionarles mejor alojamiento que a los perros, siempre había estrictos límites a lo que el gobierno pudiera permitirse. En cambio, si se trataba de un triunfo real, el Consejo Cerrado siempre se las ingeniaba para encontrar el

dinero. Alguien que había pasado hambre en los campos de prisioneros, que había mentido para ganarse los corazones y las camas de buenas personas, que había engañado y torturado para traicionar una causa en la que creía a medias por otra en la que no creía en absoluto, podría haberse resentido un poco al ver tanto dinero desperdiciado.

Pero el corazón de Vick era demasiado duro para eso, y desde luego su cabeza era incluso más dura. O al menos eso se decía a sí misma.

—Te he buscado por todas partes. —Sebo llegó junto a ella. No le había hecho falta abrirse paso entre la muchedumbre. Estaba tan flaco que podía colarse por los huecos como el viento bajo una puerta. Llevaba consigo a una chica, ataviada con un tocado que incluso Vick, que no se había puesto un tocado en la vida, sabía que había pasado de moda un siglo antes—. Esta es mi hermana.

Vick parpadeó.

—¿Esa que...?

—Solo tengo una.

No había forma de adivinar la edad de la chica. Cuando los niños no están bien alimentados, a veces parecen mucho más jóvenes de lo que son y a veces mucho más mayores. A veces las dos cosas a la vez. La hermana de Sebo tenía sus mismos ojos grandes pero la cara aún más flaca, por lo que los ojos parecían incluso más grandes, como los de una rana trágica. Vick vio su propio reflejo serio y distorsionado en las húmedas comisuras de aquellos ojos y tampoco le gustó demasiado su aspecto.

—Venga, adelante —dijo Sebo, dando un codazo a su hermana.

La chica tragó saliva y pareció que intentaba excavar las palabras desde mucha profundidad.

—Solo quería... darte las gracias. Estoy viviendo en un buen sitio. Es limpio. Y me dan de comer hasta que digo que no quiero más. Aunque tampoco es que coma mucho, supongo. El caso es que... en fin, nuestros padres murieron. Nunca nos había cuidado nadie.

Vick era dura. Que se lo preguntaran a cualquiera que hubiera intentado jugársela en los campos. Que se lo preguntaran a

cualquiera a quien hubiese enviado a los campos desde entonces. Que se lo preguntaran a cualquiera tan desafortunado como para cruzarse con ella. Vick era dura. Pero aquello le dolió. Esa chica estaba agradeciéndole que la hubiera tomado como rehén. Le agradecía que la empleara como herramienta para obligar a su hermano a traicionar a sus amigos.

—¿Qué te ha contado Sebo? —preguntó Vick en voz baja.

—¡Nada, de verdad! —La chica no quería meterlo en problemas—. Solo que estaba haciendo un trabajo para ti, así que tú ibas a cuidar de mí mientras tanto. —Alzó la mirada, temerosa—. ¿El trabajo ya ha terminado?

—El trabajo nunca termina —dijo Vick, y la chica se animó al instante.

Quizá Vick debería haberse alegrado de que alguien se alegrara de que hubiera más trabajo. Pero Vick nunca había estado segura de lo que se sentía al estar alegre. A lo mejor le había pasado sin que se diera cuenta.

Se oyó una fanfarria ensordecedora y centenares de botas pisando al unísono cuando los soldados ocuparon sus lugares definitivos y dieron por concluido el desfile. Durante un momento, todo fue quietud. Luego alguien se alzó entre los ilustres hombres del Consejo Cerrado, al lado del rey, y la luz del sol resplandeció en los símbolos arcanos que llevaba cosidos en la rutilante túnica. Era Bayaz, el Primero de los Magos.

—¡Nobles señores y damas! ¡Recia soldadesca! ¡Orgullosos ciudadanos de la Unión! ¡Nos hallamos en el escenario de una gran victoria! —Y sonrió a la plaza de los Mariscales, un lugar que aún estaba reconstruyéndose con penurias después de que él mismo lo arrasara hacía solo treinta años. Decían que quedaría mejor que nunca cuando hubieran terminado, pero las cosas siempre iban a ser mejores, o lo habían sido tiempo atrás. Ningún político llegaba a ninguna parte explicando a la gente que las cosas estaban bien como estaban.

»¡Aquí fue aplastado sin remedio lo mejor que los gurkos fueron capaces de enviar contra nosotros! —Y Bayaz agitó un puño carnoso que dio la entrada a un gruñido patriótico igual que un

director de orquesta daría la entrada a la percusión—. Aquí fue derribado sin remedio su gran emperador. Aquí fue humillado sin remedio el profeta Khalul, desde aquí se envió a su maldito ejército de devoradores al infierno del que jamás debieron salir. Nos dijeron que los soldados del emperador eran innumerables, que los hijos del profeta eran indestructibles. ¡Pero la Unión salió victoriosa! *Yo* salí victorioso. Las fuerzas de la superstición y la barbarie salieron derrotadas, y se abrieron las puertas a una nueva era de progreso y prosperidad. —La sonrisa de Bayaz era tan enorme que se vio por todo el anfiteatro. Estaba claro que un mago podía estar tan satisfecho de sus glorias pasadas como cualquier otro vejestorio.

»Para mí, pues huelga decir que estoy muy entrado en años, es como si hubiera sido ayer. Pero los jóvenes héroes de ojos brillantes que combatieron aquí contra los gurkos ya peinan canas. —Y apoyó una pesada mano en el hombro del rey Jezal, que pareció más incómodo que complacido por el reconocimiento—. ¡Las páginas de la historia van quedando atrás, una generación cede el paso a la siguiente y hoy tenemos no una, sino dos nuevas y famosas victorias de la Unión que celebrar! ¡En el Norte, en las áridas fronteras de Angland, el lord gobernador Brock derrotó a los enemigos exteriores! —Hubo vítores generalizados y un niño aupado a hombros de alguien agitó frenético una banderita de la Unión—. ¡Mientras tanto, aquí, en Midderland, fuera de las murallas de Valbeck, el príncipe heredero Orso puso fin a la rebelión interna!

Los aplausos para Orso fueron más débiles, sobre todo en el lado de la plaza que ocupaba Vick, y los que hubo tuvieron ese aire exagerado que guardaba más relación con el monedero que con el corazón. El príncipe tenía pocos amigos entre la nobleza e incluso menos entre la plebe. Por lo que Vick alcanzaba a ver de su expresión, él mismo era bien consciente de ello.

—Me da pena Orso. —Sebo soltó un pequeño suspiro sensiblero. Ese chico tenía un don para la sensiblería—. No fue culpa suya que colgaran a aquella gente.

—Supongo que no —dijo Vick. Fue menos culpa de Orso que de ella, por lo menos—. Es curioso que a un pobre le sobre lástima para un príncipe heredero.

—La piedad no cuesta nada, ¿verdad?

—Te sorprenderías.

—¡He visto librar muchas batallas! —exclamó Bayaz mientras terminaban de apagarse las ovaciones—. Ganar muchas batallas. Pero jamás había estado tan orgulloso de los vencedores. Jamás había albergado mayores esperanzas en su futuro. Nosotros, los miembros de anteriores generaciones, haremos lo que podamos. Aconsejaremos. Informaremos. Ofreceremos nuestra experiencia adquirida con sufrimiento. Pero el futuro pertenece a los jóvenes. Y con jóvenes como estos... —Extendió los brazos a los lados, uno hacia el hombre al que llamaban el Joven León y el otro hacia el que empezaban a llamar el Joven Cordero—. Creo que el futuro no podría estar en mejores manos.

Más aplausos, y más hurras, pero también se oía refunfuñar a los pobres que rodeaban a Vick. Lord Isher había acercado su caballo al de Leo dan Brock, le murmuró algo entre dientes y los dos miraron preocupados hacia el palco real.

Problemas en ambos extremos de la escala social. Problemas por todas partes. Vick miró ceñuda al príncipe Orso y luego a la chica norteña del pelo que parecía un nido de pájaro arrancado de su árbol por el viento. La chica se miraba la mano con una expresión rarísima. Por lo que Vick alcanzaba a ver, le temblaba. Bajó del caballo con movimientos de borracha, cogió algo que llevaba colgado del cuello y se lo calzó en la boca.

—¿Qué le pasa? —preguntó Sebo.

—No lo sé.

Como un árbol talado, la chica se derrumbó hacia atrás.

—¿Rikke?

La joven hizo acopio de fuerzas para abrir un ojo. Una rendija de cortante y enfermizo fulgor.

—¿Estás bien? —Orso le estaba acunando la cabeza con una mano y parecía bastante preocupado.

Rikke expulsó de la boca el tarugo mojado de saliva, empujándolo con la lengua, y graznó la única palabra en la que

pudo pensar.

—Joder.

—¡Esa es mi chica! —Isern se acuclilló a su otro lado, haciendo que se balanceara su collar de runas y huesos de dedo, componiendo aquella sonrisa retorcida que mostraba el hueco de sus dientes y sin ofrecer a Rikke la menor ayuda—. ¿Qué has visto?

Rikke alzó una mano para agarrarse la cabeza. Tenía la sensación de que, si no contenía su cráneo, le iba a estallar. Aún veía formas burbujeantes en el interior de sus párpados, como las manchas brillantes después de haber mirado una vela en una habitación negra.

—He visto un caballo blanco haciendo cabriolas en la cima de una torre rota. —Humo asfixiante, hedor a incendio—. He visto una gran puerta abierta, pero al otro lado solo había una sala vacía. —Estantes desocupados, nada salvo el polvo—. He visto... —Entonces notó que la asaltaba un temor—. He visto a un anciano jefe muerto.

Rikke se apretó una mano contra el ojo izquierdo. Aún lo notaba caliente. Ardiendo.

—¿Quién era?

—Un anciano jefe, muerto, en un alto salón iluminado por velas. Hombres reunidos alrededor del cadáver, mirando hacia abajo. Todos ellos preguntándose que podrían obtener de él. Como si fueran perros y ese viejo muerto fuese la carne. —El miedo creció y creció y los ojos de Rikke se ensancharon y se ensancharon—. Tengo que volver a casa.

—¿Crees que era tu padre? —preguntó Isern.

—¿Quién más podría ser?

Escalofríos tenía muy arrugado el entrecejo y el sol relucía en su ojo metálico.

—Si lo es... vete a saber quién se hará con el poder en Uffrith.

Rikke hizo una mueca por el martilleo de su cabeza.

—Era todo sombras donde deberían estar sus caras. ¡Pero he visto lo que he visto!

—¿Estás segura? —preguntó Orso.

—Estoy segura. —Rikke gimió al apoyarse en un codo—. Tengo

que volver al Norte. Y cuanto antes... —Reparó en que todos la estaban mirando. Y «todos» era un montón de gente en esos momentos. Arrugó la nariz al captar un olor desagradable—. Ah, por los muertos...

Un cabrón de los que me gustan

—¿Cómo está esa pierna? —Scale rio y dio una palmada en el muslo herido de su sobrino que le provocó un rictus de dolor.

—Mejor que antes —dijo Stour mientras la estiraba bajo la mesa.

—Tienes suerte, chico. —Scale dio otro trago de su jarra y se derramó cerveza en la barba. Trébol habría pensado que alguien que bebía tanto como él habría mejorado la técnica, pero aquel mamón no parecía capaz de no mancharse—. El Joven León podría haberte matado.

—Sí. —Stour bajó la mirada hosca al suelo, aún con un asomo de cardenales amarillos en torno a los ojos—. Yo lo habría matado a él, si hubiera sido al revés.

—Ya me imagino que sí. —Scale soltó una risita y pidió más cerveza con un gesto.

Hacía algún tiempo que los cabrones viejos que lo acompañaban tenían un aire soberbio y los jóvenes que acompañaban a Stour uno resentido. Cuando su amo perdió, todos habían perdido un poco también. Por lo menos habían perdido un poco de orgullo. Hacía mucho tiempo que Trébol no veía el orgullo más que como una desventaja, pero aun así había hombres que lo amaban más que el oro.

—El rey parece sentir un extraño placer por la derrota de su campeón —musitó Wonderful, casi sin mover los labios.

—Sí —dijo Trébol—. Puede que porque le da la oportunidad de menear el dedo y dar la paliza con la arrogancia de los jóvenes y estar siempre con la cantinela de lo mucho que ha aprendido en su larga carrera de apurar jarras de cerveza.

—Y eso que estaba tan a favor del duelo como Stour.

—Así son los reyes. Las ideas de mierda siempre se les ocurren a otros. —Trébol vio que Stour se frotaba la pierna herida. Parecía

más cachorro domesticado que Gran Lobo. Pensativo. Sometido, incluso—. Parece que la derrota por fin ha enseñado alguna lección que otra a nuestro rey en ciernes, eso sí.

—¿Como te las enseñó a ti?

—Ya dicen que el fracaso es el mejor maestro.

Wonderful asintió y miró la sala a través de sus cejas entrecanas.

—Total, que la guerra ha terminado.

—Eso parece —dijo Trébol—. Muchos muertos para que tampoco cambie gran cosa.

—Así es la guerra. Da el mejor resultado a los peores de nosotros. Sin duda, tardaremos poco en tener otra.

—No me extrañaría.

—¿Y mientras tanto? ¿Volverás a enseñar esgrima?

—No se me ocurre otra cosa para la que valga y que pueda hacer sentado. ¿Y tú?

Wonderful miró a Stour con el ceño fruncido y dejó escapar el aire por la nariz como en un suspiro.

—Mientras no me toque seguir haciendo de niñera a ese cabrón, la verdad es que me da igual.

—Podrías venirte conmigo.

—¿Y enseñar esgrima a niños?

—Tienes más sabiduría para transmitir que la mayoría, me parece a mí.

Ella dio un bufido.

—Más que tú sí, eso seguro.

—Pues ahí lo tienes. Como en toda buena colaboración, cada uno compensa las deficiencias del otro. Tú puedes dedicarte a transmitir la sabiduría y yo a sentarme a la sombra.

Trébol dio un sorbo a su propia jarra y sonrió, pensando en apoyarse contra su árbol favorito. La rugosa corteza contra la espalda. Los palos haciendo clac, clac abajo en el campo.

—Hablas en serio —dijo ella con los ojos entornados.

—Bueno, no hablo *no* en serio. Si he acabado haciendo cosas solo, ha sido más por mala suerte que por preferencia.

—Por eso y por matar a tus amigos, claro.

—Esto es el Norte —murmuró Trébol—. ¿Quién no ha matado a un amigo o dos?

Y sonriéndose, hicieron entrechocar las jarras.

Unas pocas sillas más allá, Stour miraba muy pensativo su cerveza, como si tuviera un acertijo al fondo.

—Nunca antes había perdido. A nada.

—¡Habrías ganado si no fuera por esa puta bruja! —exclamó Sendaverde, tan amargado como si hubiera salido derrotado él—. Puto ojo largo, o lo que sea. Una puta trampa, eso es lo que fue. Habría que cortarles la cruz de sangre a todos.

—No hay ninguna regla que impida gritar, ¿verdad? —Stour hablaba en voz baja, y con una especie de aire meditabundo que Trébol no le había visto nunca—. Y me parece que me hizo un favor. Perder... me ha hecho ver las cosas de otra manera. Es como ponerte un cristal tintado delante de los ojos y ver el mundo en colores nuevos, o... ¡No! ¡Es como quitártelo de delante y ver el mundo tal y como es!

Scale miró a su sobrino con las cejas enarcadas. No era el único. A Trébol apenas le quedaba espacio en la frente de lo mucho que se habían alzado las suyas.

—A lo mejor te pareces más a tu padre de lo que pensaba —dijo el rey—. Sabía que eras un luchador, pero nunca te había tenido por un pensador.

—Ni yo tampoco —repuso Stour, con los ojos húmedos y brillantes—. Pero cuando yaces herido, ¿qué puedes hacer más que pensar? Me ha hecho darme cuenta de una cosa. El Joven León no me devolvió al barro. Pero todos volveremos a él tarde o temprano.

—Cierto, sobrino, la Gran Niveladora nos espera a todos.

—Me ha hecho darme cuenta de una cosa. —Stour se miró la mano mientras cerraba los dedos en un puño—. Solo tienes una vida para labrarte un nombre, y una vida puede no ser tanto tiempo.

—Cierto, sobrino. Nadie va a regalarte un lugar en las canciones. Tienes que apoderarte de él.

—Me ha hecho darme cuenta de una cosa. —Stour descargó el puño en la mesa—. No puedes esperar para tomar lo que te pertenece.

Scale sonrió mientras alzaba su jarra.

—Cierto, so...

La palabra se interrumpió con una especie de chapoteo enfermizo, y el rey vomitó sangre y cerveza y Trébol vio, para su gran sorpresa, que Stour había hundido un cuchillo en el cuello de su tío.

Hubo un chasquido y algo salpicó la cara de Trébol, que vio que al viejo guerrero que estaba sentado a su lado acababan de partirle la cabeza hasta el caballete de la nariz con un hacha.

A otro lo subieron a la mesa y le cercenaron la cabeza allí mismo. Hicieron falta dos tajos.

Otro se revolvió mientras Sendaverde le rajaba la garganta, pateando carne y jarras fuera de la mesa, haciendo llover cerveza.

Otro bramó maldiciones, blandiendo su cuchillo de comer, enredado con su propia capa de piel hasta que le clavaron una espada en las tripas. Soltó un reniego y se babeó sangre en la barba antes de que una maza le hundió la coronilla.

A una de las chicas que servían al rey la habían tirado al suelo y la otra tenía aferrado el jarro contra el pecho como si pudiera esconderse detrás de él. El propio Scale había caído bocabajo en la mesa, con los ojos desorbitados y la lengua colgando, todavía soplando débiles burbujas rojas por la nariz mientras la cerveza sanguinolenta goteaba del borde de la mesa con un plic, plic, plic.

Uno de sus viejos guerreros estaba debajo, arrastrándose, gruñendo, arrastrándose, intentando llegar a una espada caída con su brazo bueno. Se estiró y se estiró, como si recorrer con sus dedos aquella pequeña distancia de piedra hasta el pomo fuese lo único que importaba. Un chico de Stour saltó sobre la mesa y le dio pisotones en la nuca, uno, dos, tres, con un crujido de huesos.

No habían pasado más que unos pocos latidos antes de que todos los viejos capullos hubieran regresado al barro y los jóvenes se alzaran sobre ellos con sonrisas en sus rostros salpicados de sangre.

Trébol carraspeó y, con movimientos cautos, dejó su jarra, echó atrás su silla y se levantó. Se dio cuenta de que aún tenía un hueso con carne a medio comer en la mano, lo tiró en la mesa y se limpió

la grasa de los dedos.

Se sentía raro. Calmado. El hacha hizo un sonido de succión cuando la arrancaron de la cabeza de aquel viejo guerrero. Los hombres de Stour se volvieron hacia él con hojas rojas en las manos. Wonderful se encaró hacia ellos, de pie en postura baja de guardia, con la espada nivelada y los dientes a la vista.

—¡Tranquilos todos! —gritó Stour—. ¡Tranquilos todos! —Volvió a sentarse y la sonrisa de lobo reapareció en su cara magullada, más amplia que nunca—. ¿Esto lo habías previsto, Trébol?

—No todos tenemos el ojo largo.

Por muy buena opinión que tuviese de su propia inteligencia, había estado tan ciego a lo que ocurría como Scale. Pero sí sabía que, si Stour lo hubiera querido muerto, ya estaría tendido en el suelo con los demás. De modo que Trébol se quedó de pie y esperó a ver hacia dónde soplaba el viento.

—Dejas ver que eres un cabrón algo atontado. —Stour dio un sorbito de su jarra y se lamió los labios—. Pero también eres un cabrón muy listo. El bufón sabio, ¿eh? Siempre pensé que tus lecciones eran idioteces de cobarde pero, recordándolas ahora, veo que llevabas razón desde el principio. —Meneó su daga ensangrentada en dirección a Trébol—. Como aquello que decías de los cuchillos y las espadas. Pasé veinte años entrenando con la espada cada mañana y cada atardecer, pero he obtenido más con una sola puñalada. Me gustaría que te quedaras conmigo. Puede que tengas más cosas que enseñar. Pero... necesitaré una muestra de buena voluntad. —Miró de soslayo hacia Wonderful—. Mátala.

Ella se volvió, con los ojos como platos.

—Tré...

Pareció enormemente sorprendida cuando Trébol la envolvió en un abrazo, el brazo de la espada de Wonderful atrapado bajo el izquierdo de él mientras la apuñalaba en el corazón con el derecho, y la sangre manó caliente sobre su puño y le bajó por el brazo y cayó goteando al suelo.

El secreto estaba en escoger el momento. Trébol siempre lo había dicho. Se lo decía a todo el que quisiera escucharle. Había que reconocerlo al verlo llegar, y aprovecharlo sin reconcomerse por

el pasado ni preocuparse por el futuro.

Abrazó a Wonderful mientras moría. No tardó mucho. Se dijo a sí mismo que él querría que lo abrazasen cuando regresara al barro, pero lo cierto era que quería abrazarla. Necesitaba hacerlo. No había forma de saber lo que sentía ella al respecto. Los sentimientos de los muertos pesaban menos que una pluma.

No hubo últimas palabras. Solo una especie de sonido gutural. Y Trébol la bajó al suelo y la dejó tumbada en un charco en expansión de su propia sangre, con los ojos decepcionados fijos en unas telarañas que había entre las vigas del alto techo.

—Joder —dijo Stour—. No has tenido que pensártelo mucho.

—No.

Trébol había visto muchos cadáveres. Había creado él mismo una cierta cantidad nada despreciable. Pero le estaba costando pensar en Wonderful como una muerta. En cualquier momento, ella se reiría de aquello. Haría algún chiste al respecto. Lo dejaría en su sitio con una ceja enarcada.

—Eso ha sido frío de cojones. —Sendaverde negó con la cabeza mientras otro guerrero joven daba un silbido—. Pero que muy frío.

—Un hombre debe combarse con el viento. —La sonrisa del Gran Lobo estaba más ensanchada que nunca—. Eres un cabrón, Trébol. Pero eres un cabrón de los que me gustan.

Un cabrón de los que le gustaban a Stour. Ahí era donde lo había llevado todo lo listo que era.

Hubo un estallido cuando las puertas se abrieron de sopetón y entraron hombres armados en el salón, con los escudos pintados en alto y las espadas y las lanzas y las hachas dispuestas. Calder el Negro entró dando zancadas tras ellos y se le pusieron los ojos como platos al ver la masacre.

—¡Padre! —lo llamó Stour, sirviendo cerveza y levantando la jarra—. ¿Bebes conmigo? —La apuró y la dejó en el charco cada vez más extenso de la sangre del rey.

—¿Qué has hecho? —susurró Calder.

—He escogido no esperar.

Stour separó la gorda cabeza de Scale de la mesa cogiéndola por una oreja y le quitó la cadena de los hombros, con su diamante

rojo de sangre colgando. Sendaverde soltó una risita y los otros sonrieron enseñando los dientes, todos bien satisfechos con cómo se habían desarrollado las cosas.

Trébol nunca había creído que vería a Calder el Negro quedarse sin palabras. Miró el cuerpo de Wonderful, luego a Trébol, luego de nuevo a su hijo y cerró los puños.

—¡Tenemos aliados que no van a aceptarlo! ¡Habrá hombres que no seguirán leales!

—¿No te has enterado? —preguntó Stour—. ¡Me he hecho amigo del Joven León! No encontraré un aliado más poderoso que la Unión. Pero si la gente quiere mantenerse fiel a mi tío, por mí, bien. —Mostró los dientes, con los ojos húmedos desorbitados—. ¡Pueden volver al puto barro con él! —Stour se puso la cadena en los hombros y los eslabones rojos cayeron torcidos y le mancharon de sangre la camisa blanca—. Tendrán que aprender que los tiempos cambian. Y tú también. Ahora soy el rey de los norteños.

La cara de Calder estaba blanca como la leche, pero ¿qué iba a hacer? ¿Matar a su hijo por cargarse a su hermano? Stour era el futuro del Norte. Siempre lo había sido. Y a la vista de todos aquellos viejos guerreros que yacían masacrados en el suelo ensangrentado del salón, parecía que el futuro se había adelantado. El peor enemigo de un hombre es su ambición, solía decir Bethod, y allí tenían la prueba salpicada de rojo. Calder el Negro había gobernado durante veinte años. Con una sola cuchillada, su época había concluido.

—El sueño de tu abuelo... —susurró, como si todas sus grandiosas maquinaciones pudieran desjoderse. Como si el rey Scale pudiera desmatarse.

Stour dio un siseo a medio camino entre la repugnancia y el aburrimiento.

—La gente no para de decir cosas de mi abuelo, que si Bethod esto, que si Bethod lo otro, pero yo ni siquiera conocí a ese cabrón. —Hizo una mueca al levantar la pierna herida y apoyarla en la gruesa espalda del rey asesinado—. Tengo mis propios sueños en los que pensar.

Trébol se quedó allí de pie, mientras la sangre que le empapaba

la manga iba enfriándose.

Larga vida al rey

Orso despertó en la oscuridad y extendió el brazo, pero ella se había marchado.

Se incorporó, no muy seguro de dónde estaba. No muy seguro de hacia quién había acercado la mano. Se frotó el caballete de la nariz. ¿Había estado soñando?

Rikke había desaparecido de regreso hacia el Norte. Savine había desaparecido de su vida para siempre. La gente todavía se daba codazos para llamar su atención, por supuesto, para abrazarlo, para adularlo, para beneficiarse de él. Pero Orso estaba solo.

No recordaba haberse sentido nunca más solo.

Lo arrancó de su reconfortante cobijo de autocompasión un ruido en el pasillo. Un grito lejano, amortiguado. Luego otro, más cerca, y unas fuertes pisadas que pasaron por delante y se alejaron. Echó a un lado las mantas y bajó los pies descalzos al suelo frío. En la fina rendija de luz que entraba por debajo de su puerta se movieron sombras, y entonces el pomo giró y se abrió con un crujido.

—Joder, madre, ¿es que nunca llamas?

Su madre estaba tan regia como siempre, su rostro impasible como una máscara a la luz de la vela que sostenía. Pero llevaba puesta una bata y tenía el pelo suelto. Orso no estaba seguro de haberla visto jamás salir de sus aposentos sin un elaborado recogido. Le caía casi hasta la cintura y, de algún modo, parecía un heraldo del desastre más convincente que si cualquier otra persona hubiera irrumpido en su alcoba abrasada en llamas.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Ven conmigo, Orso.

Había muchísima actividad en palacio, teniendo en cuenta que estaban en plena noche. Todo el mundo se afanaba en nada, corría hacia ninguna parte con la misma extraña expresión de pánico. Un

caballero de la Escolta con armadura completa pasó con un estrépito metálico, la frente perlada de sudor y una lámpara en la mano que hacía relucir los paneles dorados.

—¿Qué ocurre, madre? —preguntó Orso con la boca muy seca.

Ella no dijo nada. Se limitó a seguir deslizándose por el pasillo helado, decorado con bayas para el festival del año nuevo, tan deprisa que Orso tuvo que intercalar alguna zancada a la carrera para mantenerse a su altura.

Había otros tres Caballeros de la Escolta en la imponente puerta de la alcoba de su padre. Se apresuraron a ponerse en posición de firmes al ver aproximarse a la reina. Uno dio a Orso una mirada de extraña turbación antes de desviar los ojos hacia las brillantes baldosas.

Había un grupo de gente amontonada en torno a la cama, en camisones y batas, pelo canoso en ralo desorden. Hombres del servicio del rey, lores del Consejo Cerrado, rostros estupefactos a la cambiante luz de las velas. Se apartaron sin mediar palabra para dejarlo pasar y Orso se vio absorbido por el hueco sin que hubiera movido los pies. Como si lo llevaran en carrito, adormecido y ensoñado, el aire entrando despacio, despacio, despacio, hasta que apenas pareció entrar en absoluto.

Se detuvo al lado de la cama y miró hacia abajo.

El rey Jezal I yacía bocarriba, con los ojos cerrados y la boca un poco abierta. Le habían retirado las mantas hasta los tobillos y los pies aún levantaban dos pequeños montículos en la tela carmesí. Le habían subido el camisón hasta encima del pecho, dejando a la vista su ceroso y blanquecino cuerpo, con retales aquí y allá de vello entrecano, la polla marchita caída de lado y pegada contra la cadera. El padre de Orso siempre había dicho que la dignidad era un lujo que los reyes no podían permitirse.

El médico real estaba arrodillado junto a la cama y tenía una oreja apretada contra el pecho del rey. Alguien se abrió paso entre los presentes para entregarle un espejo de mano y el médico lo acercó a la boca del rey, buscó sus anteojos con una mano torpe y se los puso en la nariz.

—No había signos de que estuviera enfermo —llegó con un

murmullo incrédulo.

—Estuve hablando con su majestad anoche mismo. ¡Estaba muy animado!

—¿Y qué leches importa eso? —espetó alguien.

El silencio se extendió.

El médico dejó con cuidado el espejo y se levantó despacio.

—¿Y bien? —preguntó el lord chambelán Hoff, retorciéndose las manos pálidas.

El médico parpadeó y negó con la cabeza.

Bremer dan Gorst inhaló una bocanada tan brusca que hizo un extraño silbido en su amplia nariz.

El archilector Glokta se hundió en su silla de ruedas.

—El rey ha muerto —murmuró.

Entre los congregados se extendió una especie de gemido. O quizá saliera de la garganta del propio Orso.

De pronto le pareció que se le habían quedado muchas cosas por decir a su padre. Siempre había pensado que hablarían más adelante de las cosas cruciales. De las cosas profundas. Pero ya no iba a ocurrir jamás. Solo había tenido un tiempo prefijado en presencia de su padre, y Orso lo había desperdiciado hablando del tiempo. Y ya no habría más.

Notó una mano pesada en el hombro, más agarrándolo que reconfortándolo, y se volvió para ver al Primero de los Magos de pie detrás de él. Casi tenía el fantasma de una sonrisa en las comisuras de los labios.

—Larga vida al rey —dijo Bayaz.

Agradecimientos

Como siempre, a cuatro personas sin las cuales...

A Bren Abercrombie, que se fatigó los ojos leyéndola.
A Nick Abercrombie, que se fatigó los oídos oyendo hablar de ella.
A Rob Abercrombie, que se fatigó los dedos pasando sus páginas.
A Lou Abercrombie, que se fatigó los brazos sosteniéndome.

Y también mi más sincero agradecimiento...

A todas las encantadoras y dotadas personas del mundo editorial británico que han ayudado a llevar los libros de «La Primera Ley» a los lectores a lo largo de los años, incluyendo pero en absoluto limitándome a: Simon Spanton, Jon Weir, Jen McMenemy, Mark Stay, Jon Wood, Malcolm Edwards, David Shelley, Katie Espiner y Sarah Benton. Y también, cómo no, a todas aquellas personas que me han ayudado a crear, publicar transmitir y sobre todo *vender* mis libros, dondequiera que estén a lo largo y ancho del mundo.

A los artistas gráficos responsables de hacer que, de algún modo, continúe pareciendo que tengo clase: Didier Graffet, Dave Senior, Laura Brett, Lauren Panepinto, Raymond Swanland, Tomás Almeida y Sam Weber.

A los editores del otro lado del charco: Lou Anders, Devi Pillai, Bradley Englert y Bill Schafer.

A los campeones del círculo: Tim y Jen Miller.

Al hombre de las mil voces: Steven Pacey.

Por mantener al lobo en el lado correcto de la puerta: Robert

Kirby.

A todos los escritores cuyo camino se ha cruzado con el mío en internet, en el bar o en la sala de guionistas, y que me han proporcionado apoyo, risas e ideas que merecía la pena robar. Ya sabéis quiénes sois.

Y por último, y sin embargo en primer lugar...

A la gran maquinista, Gillian Redfearn. Porque todo Jezal sabe que, en el fondo, no vale una mierda sin Bayaz.

La gente importante

Personas notables de la Unión

Su augusta majestad Jezal I: Gran rey de la Unión.
Su augusta majestad Terez: Gran reina de la Unión.

El príncipe heredero Orso: Hijo mayor y único del rey Jezal y la reina Terez, heredero al trono e infame holgazán.

Hildi: Ayuda de cámara y chica de los recados del príncipe heredero, anteriormente lavandera en un burdel.

Tunny: Antes conocido como cabo Tunny, ahora proxeneta al servicio del príncipe heredero Orso y compañero suyo de juergas.

Yema: El secuaz idiota de Tunny.

Archilector Sand dan Glokta: El «Viejo Palos», el hombre más temido de la Unión, líder del Consejo Cerrado y de la Inquisición de su majestad.

Superior Pike: Mano derecha del archilector Glokta, con un semblante horrorosamente quemado.

Lord chambelán Hoff: Vanidoso cortesano en jefe, hijo del anterior lord Hoff.

Lord canciller Gorodets: Sufrido titular del cordel que cierra el monedero de la Unión.

Lord mariscal Brint: Soldado veterano y viejo amigo manco del rey Jezal.

Lord mariscal Rucksted: Soldado veterano con afición a las barbas y a contar historias, casado con Tilde dan Rucksted.

Coronel Forest: Oficial esforzado de origen humilde e impresionantes cicatrices.

Bremer dan Gorst: Primer guardia del rey Jezal y maestro espadachín, de voz atiplada.

Lord Isher: Un elegante y triunfador prohombre del Consejo Abierto.

Lord Barezin: Un bufonesco prohombre del Consejo Abierto.

Lord Heugen: Un pedante prohombre del Consejo Abierto.

En el círculo de Savine dan Glokta

Savine dan Glokta: Hija del archilector Sand dan Glokta y Ardee dan Glokta, inversora, miembro de la alta sociedad, celebrada belleza y cofundadora de la Sociedad Solar con Hornig Curnsbick.

Zuri: Dama de compañía sin parangón de Savine, refugiada sureña.

Lisbit: Maquilladora de Savine, de mejillas rosadas.

Freid: Una de las muchas doncellas de guardarropa de Savine.

Metello: La experta en pelucas de Savine, una estiria de rasgos afilados como un hacha.

Ardee dan Glokta: Madre de Savine, famosa por su lengua viperina.

Haroon: Hermano corpulento de Zuri.

Rabik: Hermano delgado y guapo de Zuri.

Hornig Cursnbick: «El Gran Maquinista», famoso inventor y empresario industrial, cofundador de la Sociedad Solar con Savine dan Glokta.

Dietam dan Kort: Notable ingeniero y constructor de puentes, que pierde dinero con un canal.

Selest dan Heugen: Admiradora y rival en potencia de Savine.

Kaspar dan Arinhorm: Áspero experto en bombear agua de las minas.

Tilde dan Rucksted: La chismosa esposa del lord mariscal Rucksted.

Spillion Sworbreck: Escritor de fantasía barata.

Majir: Una figura del inframundo que debe dinero a Savine.

Coronel Vallimir: Un soldado incapaz convertido en socio novato de Savine.

Lady Vallimir: Esposa del coronel Vallimir, desprovista de buen gusto.

Superior Risinau: Hombre de manos sudadas que dirige la Inquisición en Valbeck.

Lord Parmhalt: El sonámbulo alcalde de Valbeck.

Con los Rompedores

Victarine dan Teufel: Expresidiaria, hija de un maestre de la Ceca del Rey caído en desgracia y ahora empeñada en dar un buen golpe en favor del pueblo.

Collem Sibalt: Líder de una célula de Rompedores.

Sebo: Un flacucho joven miembro de los Rompedores de cara trágica.

Grise: Una miembro de los Rompedores de lenguaje duro y rasgos blandos.

Páramo: Miembro de los Rompedores de voz profunda.

Gunnar «Toro» Broad: Exsoldado de escala de asalto con tendencias violentas, recién regresado de las guerras de Estiria, casado con Liddy Broad y padre de May Broad.

Liddy Broad: Sufrida esposa de Gunnar Broad y madre de May Broad.

May Broad: Terca hija de Gunnar y Liddy Broad.

Sarlby: Antiguo compañero de armas de Gunnar Broad, ahora empleado en una cervecería.

Malmer: Encargado de la cervecería, un líder de los Rompedores.
La Jueza: Una lunática desquiciada, al mando de los Quemadores.

En el Norte

Scale Mano de Hierro: Rey de los norteños, hermano de Calder el Negro y tío de Stour Ocaso. En otro tiempo fue un gran luchador y jefe guerrero. Ahora... no.
Calder el Negro: El astuto hermano de Scale Mano de Hierro, padre de Stour Ocaso y el verdadero poder en el Norte.
Stour Ocaso: «El Gran Lobo», hijo de Calder, rey en ciernes, heredero del Norte y renombrado guerrero y gilipollas.
Magweer: Uno de los Mejores Guerreros de Stour Ocaso y portador de muchas hachas.
Sendaverde: Uno de los Mejores Guerreros de Stour Ocaso y experto en muecas desdeñosas.

Jonas Trébol: Antes conocido como Jonas el Escarpado y famoso guerrero, ahora considerado un vago desleal.
Wonderful: Segunda de Calder el Negro, una Mejor Guerrera con un humor muy seco.

Gregun Cabezahueca: Un jefe de los Valles Occidentales, padre del Clavo.
El Clavo: Hijo de Gregun Cabezahueca y formidable guerrero.

En el Protectorado

El Sabueso: Jefe de Uffrith y famoso líder guerrero, padre de Rikke.

Rikke: Hija del Sabueso, propensa a los ataques, bendecida o maldecida con el ojo largo.

Isern-i-Phail: Una montañesa medio loca, de la que dicen que se conoce todos los caminos.

Caul Escalofríos: Un muy temido Mejor Guerrero con un ojo de metal.

Sombrero Rojo: Uno de los jefes guerreros del Sabueso, conocido por su capucha roja.

Oxel: Uno de los jefes guerreros del Sabueso, conocido por su mala educación.

Hardbread: Uno de los jefes guerreros del Sabueso, conocido por su indecisión.

De Angland

Finree dan Brock: Señora gobernadora interina de Angland y magnífica organizadora.

Leo dan Brock: «El Joven León», hijo de Finree dan Brock, lord gobernador en ciernes y guerrero audaz pero temerario.

Jurand: El mejor amigo de Leo dan Brock, sensible y considerado.

Glaward: Amigo de Leo dan Brock, excepcionalmente corpulento.

Antaup: Amigo de Leo dan Brock, conocido mujeriego.

Barniva: Amigo de Leo dan Brock, con opinión ambigua sobre la guerra.

Jin Aguablanca: Amigo de Leo dan Brock, jovial norteño.

Ritter: Amigo de Leo dan Brock, fácil de dirigir y con una esposa de barbilla algo hundida.

Lord Mustred: Noble anciano de Angland, con barba pero sin bigote.

Lord Clensher: Noble anciano de Angland, con bigote pero sin barba.

La Orden de los Magos

Bayaz: Primero de los Magos, hechicero legendario, salvador de la Unión y miembro fundador del Consejo Cerrado.

Yoru Sulfur: Antiguo aprendiz de Bayaz, sin rasgos notables a excepción de sus ojos de colores distintos.

El profeta Khalul: Antiguo Segundo de los Magos, ahora archienemigo de Broad. Se rumorea que su muerte a manos de un demonio sumió al Sur en el caos.

Cawneil: Tercera de los Magos, ocupada en sus propios asuntos inescrutables.

Zacharus: Cuarto de los Magos, que guía el destino del Viejo Imperio.